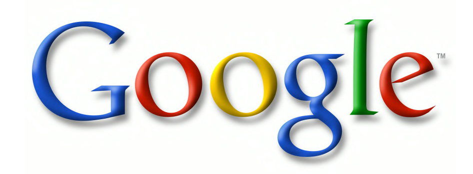
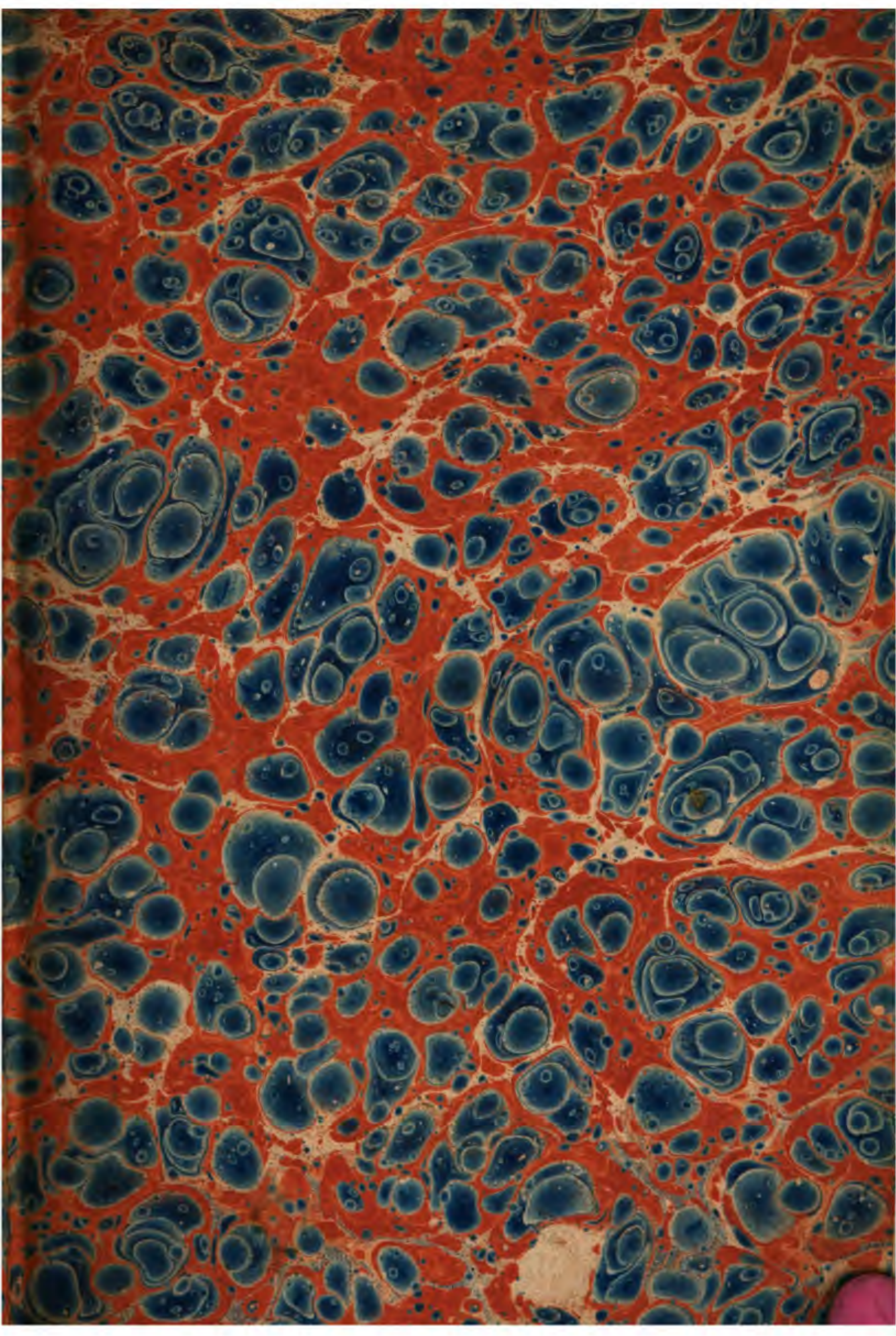






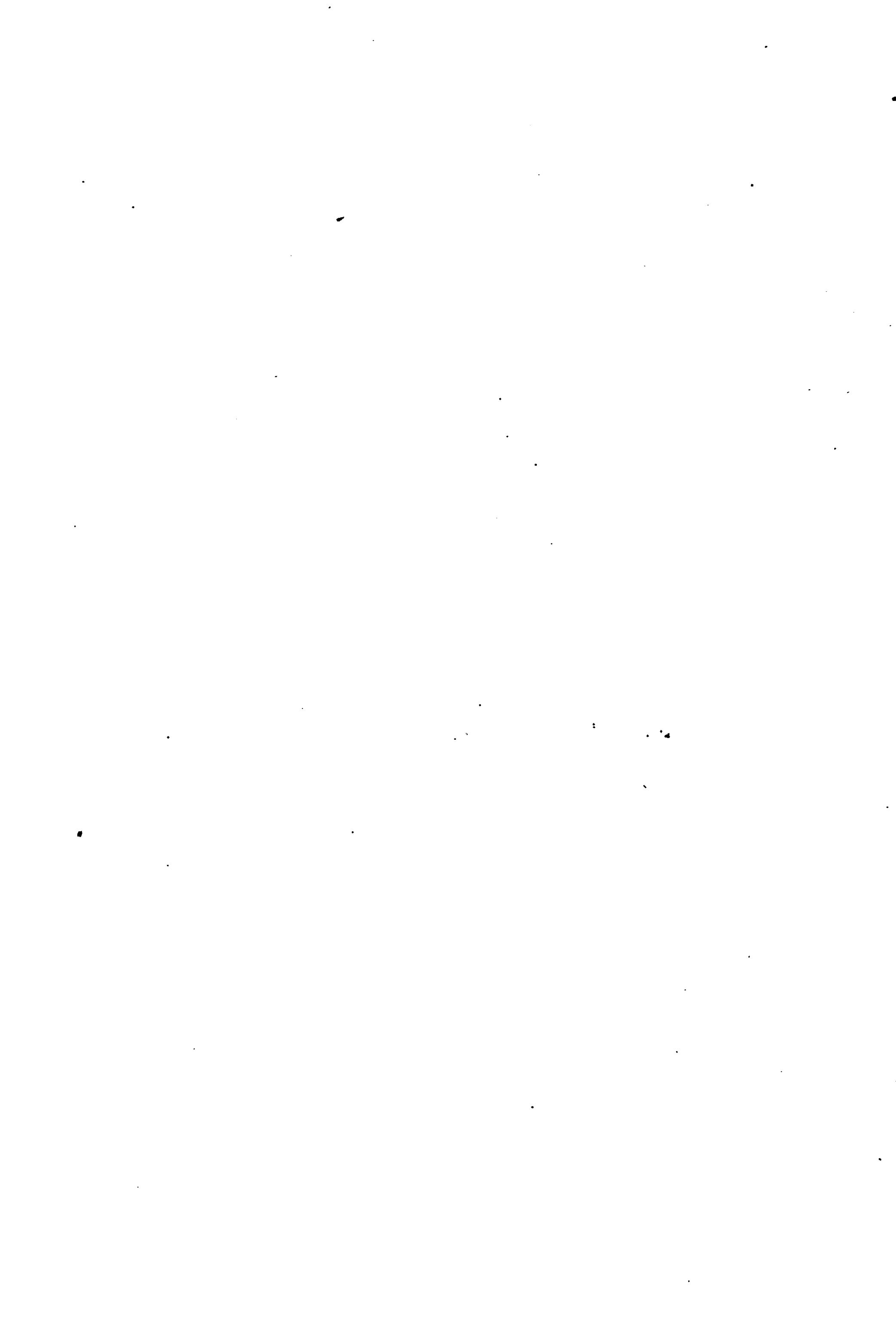
274 dd 25
M
1895
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
274. dd. 25.
275. b. 20.
Vet. Span. III. B. 26



HISTORIA

Y DESCRIPCION

DEL ESCORIAL.



HISTORIA

DEL

REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO

LLAMADO COMUNMENTE

DEL ESCORIAL

DESDE

SU ORIGEN Y FUNDACION HASTA EL PRESENTE, Y DESCRIPCION DE LAS BELLEZAS ARTISTICAS Y LITERARIAS QUE CONTIENE,

escrita por el ex-Bibliotecario de S. M. en dicho Monasterio

DON JOSÉ QUEVEDO,

Canónigo de la Santa Iglesia catedral de Badajoz, Rector y Catedrático de Historia y Disciplina eclesiástica del Seminario conciliar de dicha Capital, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, Miembro honorario de la Biblioteca Imperial de San Petersburgo, Oficial de la Junta directiva de archivos del Ministerio de Gracia y Justicia, etc.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

IMPRENTA, FUNDICION Y LIBRERIA DE D. EUSEBIO AGUADO.

1854.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL PANDO,

MARQUÉS DE MIRAFLORES,

CONDE DE VILLAPATERNA, GRANDE DE ESPAÑA, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE S. M. C. EN LONDRES EN 1834, EMBAJADOR ESTRAORDINARIO EN LONDRES Y PARIS EN 1838 HASTA 1840, SENADOR DEL REINO, PRESIDENTE DEL SENADO EN CINCO LEGISLATURAS, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISON DE ORO, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA Y DE CRISTO DE PORTUGAL, PADRE DE PROVINCIA DE LA MUY LEAL DE ALAVA, ACADEMICO DE LA HISTORIA Y DE LA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, ETC., ETC., ETC.

Señor.

CUANDO *en* 1848 *me dispensó V. E. el honor de permitirme que su nombre ilustre figurase al frente de la primera edicion de esta Historia y Descripcion del Escorial, me sentí estimulado por un deseo vehemente de asociarme, en cuanto mi pequeñez alcanzase, á las elevadas miras que la acrisolada fidelidad á nuestros Augustos Monarcas, el sentimiento religioso, el espíritu de nacionalidad, y el jamás desmentido amor á las ciencias y á las bellas artes habian inspirado á V. E., entonces Gobernador de Palacio. Todas ellas iban dirigidas al mejor sostenimiento y mayor lustre de la inmortal obra de Felipe II; y no encontré otro medio de cooperar á tan nobilísimo pensamiento, que dar á conocer en toda su grandeza, y en sus mas mínimos detalles, aquel edificio magnífico, cuyo solo*

nombre encierra toda una historia gloriosa; para que su exacto conocimiento reuniese todas las voluntades en favor de su conservacion, y las hiciese contribuir á crearle un porvenir digno de su grandeza. He tenido la satisfaccion de que el público haya premiado mi sincero deseo, leyendo con afan mi pequeño trabajo: mi objeto se ha logrado en parte, porque el interés por el Real Monasterio de San Lorenzo ha crecido dentro y fuera del reino; muchas ideas que podrian serle contrarias se ha rectificado; y el conocimiento que ya todos han adquirido del piadoso objeto del Fundador, la generosidad con que todos los Monarcas sus sucesores lo han engrandecido, el aprecio que las naciones estrangeras han hecho de esta inestimable joya de la corona, y el respetabilísimo destino que aún conserva de panteon de las cenizas venerandas de los Reyes de España, son otras tantas voces que se levantan sin cesar en favor de su conservacion y de su gloria.

Permítame pues V. E. que complete la mia, dispensándome otra vez el honor de aceptar esta segunda edicion, como un testimonio insignificante de gratitud, amor y respeto á la persona de V. E., cuyas manos besa su atento servidor y Capellan.

José Quevedo.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Nunca un objeto precioso, cuya posesion hemos disfrutado largo tiempo, nos parece mas bello y estimable que cuando alguna circunstancia nos hace concebir el temor de perderlo, ó de verlo muy deteriorado. Entonces recordamos con entusiasmo el origen de su posesion; contemplamos mas detenidamente sus bellezas, y nos parecen mayores y mas numerosas que nunca; analizamos hasta sus mas insignificantes pormenores; el presentimiento de su pérdida parece multiplicar los motivos de aprecio, exajerando en nuestra imaginacion el gran vacío que quedará al dejar de pertenecernos; y como si nunca lo hubiéramos sabido apreciar bastante, entonces su valor nos parece infinito.

Tal debe haber sido el sentimiento general que de algunos años á esta parte se nota en favor del monasterio del Escorial, del primer monumento de España, y aun me atreveré á llamarle de Europa; el mas bello y completo edificio que han producido las artes, el templo mas augusto de la cristiandad, el mas incontestable y elocuente testimonio del saber, civilizacion y poderío de la nacion española, la página mas elocuente de su historia en el siglo XVI.

Desde que las circunstancias políticas hicieron necesaria la estincion de las comunidades religiosas, ha ido aumentando progresivamente la concurrencia de viajeros que de todos los puntos de España, y de los mas remotos climas de Europa y América, han venido á contemplar y admirar la grande y bien entendida fábrica que concibió Felipe II, trazó y comenzó Juan de Toledo, y llevó á cabo el inmortal Juan de Herrera; y se han apresurado á tomar apuntes, sacar diseños y copias, comenzándole á mirar con el aprecio que tan insigne monumento merece. Hasta entonces parecia olvidado aun de los mismos españoles; mas desde la época citada ha cundido su nombradía, ha aumentado su interés

hasta un punto que se juzga una falta imperdonable no haberlo visitado, como si el tiempo faltara, como si se temiera perderlo para siempre.

Jamás he creido que llegaría esta época fatal para nuestra nacion; nunca me he podido persuadir que el monasterio del Escorial se dejase arruinar; y de ello responde, no solo la solidez admirable con que está construido, capaz de resistir la accion destructora de algunos siglos, sino mucho mas la consideracion de que el Gobierno en cuyo tiempo se arruinase, el monarca que abandonase esta rica piedra de su corona, atraería sobre sí la maldicion del siglo presente, y la execracion de las generaciones venideras.

Sin embargo, arrojada de este vasto y grandioso edificio la corporacion religiosa que recibió del mismo Felipe II el encargo de conservarlo, cesó aquella celosa y económica vigilancia que se ejerce sobre la casa propia; los bienes destinados á tan noble objeto se aminoraron y distrajeron; dejó de existir una familia cuya vida social estaba identificada con la material del edificio; y desde entonces su decadencia es rápida é inevitable, porque nada se ha puesto que reemplazase á aquella, y una fábrica tan colosal bajo todos conceptos, necesita mucha inteligencia, mucho amor á las artes, mucha actividad, celo y desinterés en la persona que ha de estar al frente de su conservacion.

Tambien con la falta de la Comunidad, y con la muerte de la mayor parte de los individuos que la componian, comenzó á perecer y variar la tradicion de que aquel cuerpo religioso habia sido depositario, y á la vuelta de muy pocos años la historia del Escorial sería muy poco conocida, y estaría envuelta en un caos de patrañas, consejas é inexactitudes difíciles de desenmarañar, al menos desde la época en que concluyen las narraciones de los PP. Fr. José de Sigüenza y Fr. Francisco de los Santos, esto es, desde el año 1680, que es hasta donde llegan sus historias de la orden de San Gerónimo. Esta es una de las razones por que emprendí esta Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comunmente del Escorial, para fijar de un modo cierto todos los acontecimientos que en él han tenido lugar, y referir todos los hechos que de cualquiera manera están relacionados con el edificio. Con este fin no solo reproduzco en ella todo lo que los dichos PP. Sigüenza y Santos escribieron acerca de su edificacion, fundacion y engrandecimiento, sino que

continúo con la mayor exactitud posible la historia hasta el presente, de modo que el que la lea, muy poco ó nada tendrá que preguntar de cuanto pueda hacer referencia al Escorial. Aunque los entendidos historiógrafos antes citados fueron testigos presenciales de los hechos que refieren; aunque sus narraciones están desempeñadas con tanto talento y verdad, no me he contentado con seguirlos ciegamente, sino que por mí mismo he examinado los documentos originales, los he comparado y cotejado con las obras impresas, y he enriquecido mi trabajo con algunas otras noticias que aquellos omitieron, tal vez por lo muy triviales y conocidas en su época, pero ya casi enteramente perdidas al través de tres siglos, y hoy sumamente interesantes. Nada hay en todo el libro exajerado, nada que no sea cierto; en cada uno de los hechos hubiera podido copiar los documentos originales ó citar minuciosamente el paraje de donde los he tomado: pero hubiera hecho el libro muy voluminoso, y me hubiera separado de mi objeto, que ha sido hermanar la exactitud con la brevedad; por eso pongo al fin de esta advertencia el catálogo de los libros que principalmente he consultado, y los depósitos literarios de donde he tomado los datos. Muy poco me he valido de la tradicion cuando no la he encontrado apoyada en algun documento; pero he tenido que apelar á ella en algunas épocas, de las cuales, por incuria ó por malicia, han desaparecido de los archivos los comprobantes oficiales.

Otro de los objetos que me he propuesto es escitar mas y mas el interés por este monumento artístico que tanto honra á nuestra nacion, á fin de que presentándolo de bulto á los ojos de todos, no haya nadie que deje de interesarse por su conservacion, y todos contribuyan á ella del modo que les sea posible; porque este edificio no es una cosa aislada y particular, es el retrato fiel de la nacion española y del monarca que la gobernaba en la última mitad del siglo XVI.

Tambien he tenido en consideracion, que ninguna de las historias y descripciones que hasta ahora se han publicado llena completamente este objeto, porque en la parte histórica ninguno ha continuado á los PP. Sigüenza y Santos, y aun en la época que estos abrazan, y que escribieron (particularmente el primero) con la elocuencia, maestría y llaneza propias de su talento y de su pluma, mezclaron los asuntos

de la orden de San Gerónimo, cuya historia general era su objeto primario, y trataron del Escorial como por incidencia; y esto hace que sus narraciones sean interrumpidas y algo pesadas, además de que ya esta obra es de difícil adquisicion por los pocos ejemplares que quedan. Las que despues del P. Sigüenza publicaron los PP. Fr. Francisco de los Santos, Fr. Andrés Jímenez y Fr. Damian Bermejo, se ocupan únicamente de la parte descriptiva, abandonando la histórica; y la anónima, publicada en 1843, aunque contiene buenas noticias tanto históricas como descriptivas y artísticas, es sumamente compendiosa. Mas no por eso se crea que intento rebajar en lo mas mínimo el mérito de las historias y descripciones citadas; sus autores llenaron su objeto completamente, y yo me daria por muy satisfecho si hubiera podido imitar la elocuente llaneza y lenguaje castizo del P. Sigüenza, y la exactitud, tino y buen orden de los restantes.

Sin embargo, puedo asegurar que no he perdonado medio alguno de cuantos han estado á mi alcance para reunir, indagar y reconocer cuantos datos podian conducir al logro de tan noble é interesante objeto; y si el desempeño corresponde á mis esfuerzos y deseo, seguro es que mis lectores no verán frustradas sus esperanzas.

Tal vez á algunos parecerá inutil describir y presentar (como lo hago) objetos que ya no existen: mas creo que esto podrá dar una idea de nuestra antigua riqueza y poderío, y tal vez indicará preciosidades con que otras naciones injustamente se engalanan; y al menos nos conservará la gloria de haberlas poseido, y nos vindicará de los insultos de los que nos tratan de poco ilustrados y bárbaros, facultándonos para devolvérselos, enseñándoles al mismo tiempo las preciosidades artísticas que destruyó su vandalismo ó nos arrebató su ambicion, y en las que estaba demostrado de un modo incontestable cuánto habian podido, valido y sabido los que ahora están despreciados.

PARAJES

DE

donde se han tomado las noticias, y libros que se han consultado para escribir esta historia.

El archivo del Real Monasterio de San Lorenzo.

El archivo de la villa del Escorial.

Memorias del P. Fr. Antonio de Villacastin, autógrafas, manuscritas.

Memorias del P. Fr. Juan de San Gerónimo, autógrafas, manuscritas.

Memorias sepulcrales de los monjes del Escorial, manuscritas.

Libros de actas capitulares del mismo, manuscritas.

Cuentas originales de la obra del panteon, por Fr. Nicolás de Madrid, autógrafas, manuscritas.

Fr. Juan de los Reyes, estracto del archivo del Escorial, manuscrito.

Vida y hechos del P. Fr. Marcos de Herrera, anónima, manuscrita.

Historia de la Santa Forma, por Fr. Francisco de los Santos, manuscrita.

Descripcion de las pinturas al fresco que hay en el Escorial, por el P. Fr. Francisco de los Santos, manuscrita.

Historia de la orden de San Gerónimo, por Fr. Juan Nuñez, quinta parte, manuscrita.

Historia de la orden de San Gerónimo, por Fr. Francisco Salgado, quinta parte, manuscrita.

Relacion sumaria del último incendio de 1671, por Fr. Juan de Toledo, manuscrita.

Esplicacion de los órganos del Escorial, anónima, manuscrita.

Esplicacion y descripcion de la librería del coro del Escorial, anónima, manuscrita.

Relacion sumaria de la célebre causa llamada del Escorial, por Fray Vicente Florez, manuscrita.

Historia de la orden de San Gerónimo, por el P. Fr. José de Sigüenza, segunda y tercera parte, impresa.

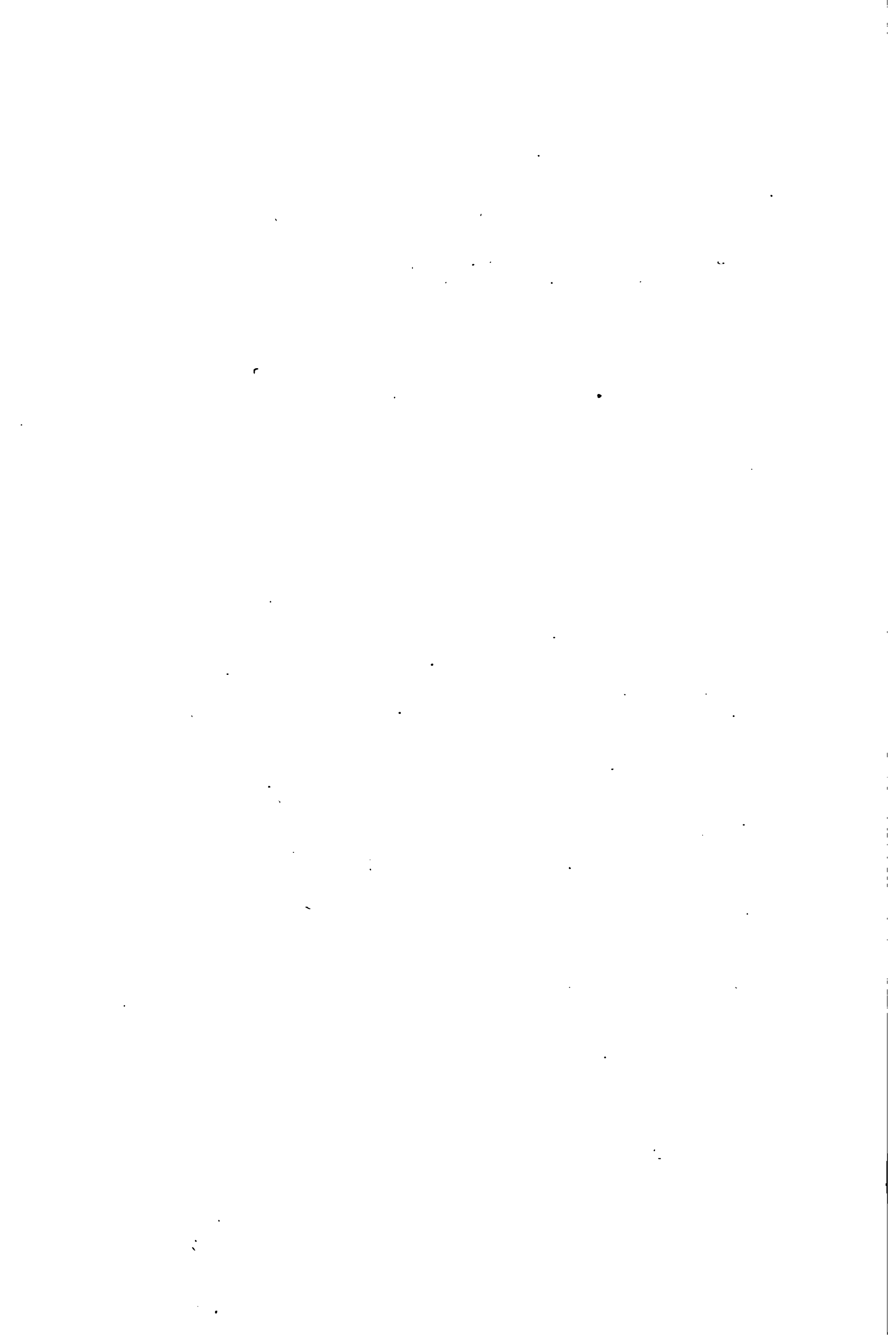
Historia de idem, cuarta parte, por el P. Fr. Francisco de los Santos, impresa.

Historia de Felipe II, por Cabrera, impresa.

Relacion de la última enfermedad y muerte de Felipe II, por Cervera de la Torre, impresa.

Las descripciones del Escorial publicadas por los PP. Santos, Jimenez y Bermejo, impresas.

La anónima publicada en 1843, impresa.



HISTORIA

DEL REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO,

LLAMADO COMUNMENTE EL ESCORIAL.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

Causas de la fundacion.—Diligencias que la precedieron.—Eleccion del sitio.—Invitacion á la Orden de San Gerónimo para que envie monjes fundadores, y su aceptacion. Desmonte del terreno.—Acordelamiento y nivelacion del mismo.—Situacion y cercanias del Real Sitio de San Lorenzo.

La historia del suntuoso monasterio de San Lorenzo, llamado comunmente del Escorial por su proximidad á la villa de este nombre, junto á la cual está fundado, tiene su origen en el reinado del Sr. D. Felipe, II de España, monarca tan poco conocido todavía, como exajeradamente ensalzado y deprimido, pues ni han juzgado bien sus actos los que le han llamado *Rey santo,* ni han estado exentos de envidia, animosidad y mala fe los que le han apellidado *Demonio del Mediodía*. La falta de datos históricos, sepultados aún en los archivos, ha dado margen á que sus acciones públicas no sean conocidas á fondo, y á que se le haya tenido por déspota, sanguinario é hipócrita; mas tal vez cuando se conozcan las causas, medios y fines de su proceder, con toda la claridad que es necesaria para juzgar, aparecerá su retrato con tintas más suaves, y la Europa le hará justicia.

Su padre, el emperador Carlos V, deteriorada su salud y gravemente molestado por la gota, cansado de las penosas fatigas su-

fridas en tantas y tan continuadas guerras, abrumadas en cierto modo sus augustas sienes con los frondosos laureles de innumerables victorias, y deseoso de encontrar algun descanso, se decidió á cambiar el trono por la estrecha celda de un monje, el imperio del mundo por la austeridad de un monasterio, el estruendo de las armas, las comodidades de un palacio, el brillo de la púrpura y diadema por el silencio, mortificacion y soledad del desierto; y en 16 de enero de 1556 renunció en su hijo la estensa monarquía de España, retirándose á vivir al monasterio de San Gerónimo de Yuste.

Felipe II, joven todavía, pero amaestrado ya en los negocios de gobierno; de caracter inflexible y austero, naturalmente meditabundo y misterioso, y si no tan guerrero, mas político que su padre, conoció la gravísima carga que comenzaba á pesar sobre sus hombros juveniles, y sintió oprimidas sus sienes por el peso de una corona que, aunque orlada de un poder grande y de una gloria inmensa, necesitaba mucha energía, mucha fuerza y teson para sustentarla. Lejos de mostrar cobardía por este convencimiento, el temple duro de su alma se escitó mas á vista de la dificultad, y empuñó con mano fuerte un cetro que por su mucha estension era facil se balancease.

La España, cuyo gobierno se habia resentido demasiado de las largas ausencias del emperador, aún no tenia la suficiente unidad en sus leyes, costumbres é intereses, y abrigaba aún las cenizas humeantes de las turbulencias y discordias pasadas. Una guerra, religiosa en la apariencia, pero política en el fondo, agitaba de algunos años antes los Paises-Bajos; los diversos y ricos estados de Italia escitaban la envidia de algunos soberanos, entre los que se contaba el Sumo Pontífice; las nuevas posesiones de América reclamaban por sí solas un desvelo y cuidado inmenso; y las intrigas de la Europa entera dirijian sin descanso sus tiros contra el formidable poder y engrandecimiento de los monarcas de España.

A todo, sin embargo, hizo frente el nuevo y joven rey; y al mismo tiempo que dictaba leyes y arreglaba la administracion de tan vasta monarquía, un ejército, á cuyo frente marchaba el valiente y memorable Duque de Alba, arrimaba las escalas á los muros de Roma para obligar al Sumo Pontífice, Paulo IV, á que aceptase la paz; mientras que otro mucho mas numeroso, mandado por Filiberto Manuel, Duque de Saboya, se dirijia contra Francia, y despues de amagar á varios puntos para engañar al enemigo, sitiaba la interesante plaza de San Quintin, en cuyas inmediaciones el dia 10 de agosto de 1557 fue completamente destruido el ejército francés, que al mando del Condestable Montmorenci se dirijia en su socorro. Se apresuró Felipe II á recojer el fruto que prometia tan interesante victoria, y al dia siguiente desde Cambray se trasladó al campamento, permaneciendo en él hasta que á presencia suya fue entrada por asalto la plaza el dia 27 del mismo mes y año. A la de San Quintin se siguió la rendicion de Chatelette y Han, y París consternado le

creyó ya dentro de sus muros, obligando estas victorias á que la Francia aceptase la paz en el tratado de Chateau-Cambresis.

Lo grande de estos triunfos sobrepujó las esperanzas del nuevo monarca, que no pudo menos de llenarse de satisfaccion y orgullo al ver que los primeros laureles que recojia en nada desmerecian de los heredados; y al ver á sus pies humillada la Francia, al contemplarse tan halagado por la fortuna en las primeras empresas con que inauguraba su reinado, determinó en su ánimo perpetuar la memoria de tan célebre jornada, erijiendo un monumento que revelase su poder y su grandeza á los siglos venideros.

Esta idea, nacida en la imaginacion de Felipe II en medio de la embriaguez de la victoria, á vista de la sangre y los cadáveres, entre el estruendo del cañon, los gritos de los combatientes y las ruinas de San Quintin, recibió mayor firmeza, se arraigó mas en su Real ánimo cuando, convencido de que la victoria es un don de Dios, levantó los ojos al cielo para darle gracias; y entonces, estimulado por su religiosidad, y segun el gusto de su siglo, resolvió que el monumento que habia de perpetuar la memoria de tan señalado triunfo fuese un templo, donde dia y noche se rindiesen alabanzas al Dios de los ejércitos, que tan cumplidamente habia coronado su primera campaña.

Despues de comenzado el monasterio anduvo por algun tiempo muy valida la idea, y aun ha llegado hasta nuestros dias, de que la realizacion de este proyecto habia sido consecuencia de un voto hecho por Felipe II á San Lorenzo, prometiendo edificarle un templo si salia vencedor en aquella jornada; y aun algunos han querido asegurar que fue una espiacion impuesta por el Sumo Pontífice, y apoyada por el remordimiento que le causaban las muchas víctimas que habia sacrificado en San Quintin. Pero es indudable que no hubo tal voto ni tal espiacion, como se infiere del P. Fr. José de Sigüenza, sino que dedicó este monasterio al valeroso mártir español, porque además de la devocion que le tuvo en sus primeros años, la rota del Condestable (segun queda anotado) fue el dia 10 de agosto, en que la Iglesia celebra la fiesta de este gran santo; á lo cual añade el P. Fr. Antonio de Villacastin, que tantas veces y tan familiarmente habló con Felipe II, que uno de los motivos habia sido, *que para verificar el asalto de San Quintin, habia tenido que batir y destruir un monasterio de San Lorenzo que estaba junto á dicha plaza;* y nada tenia de estraño que un monarca, cuyas ideas eran altamente religiosas, se propusiese resarcir con la dedicacion de este nuevo templo, el que la necesidad de la guerra le habia obligado á destruir.

Resuelto, pues, Felipe II á poner en práctica la idea que en San Quintin habia concebido, permanecia en Flandes esforzándose en componer las diferencias religiosas, que cada dia tomaban un aspecto mas alarmante, cuando recibió la nueva de la muerte de su augusto padre, el emperador Carlos V, acaecida en el monasterio de

San Gerónimo de Yusté á las dos de la noche del 21 de setiembre de 1558. Este desagradable suceso dió mayor ensanche y firmeza á su proyecto, puesto que el emperador en su postrer codicilo encargó á su cuidado lo que tocaba á su sepultura, y al lugar y parte donde su cuerpo, y el de la emperatriz su esposa, habian de ser puestos y colocados. Por consecuencia, á la determinacion precedente se unió la obligacion de cumplir la voluntad de su padre; y á la idea del templo se agregó la de un mausoleo digno de conservar los restos venerandos del mayor de los monarcas de su siglo.

Tan pronto como los graves asuntos que le detenian se lo permitieron, dejó por gobernadora de los Paises-Bajos á su hermana Doña Margarita, Duquesa de Parma, y partió para España, arribando felizmente al puerto de Laredo hácia fin de agosto de 1559. Como una de sus primeras medidas fue trasladar la corte desde Valladolid á Madrid, comenzó desde luego á observar si en sus cercanías se hallaria algun sitio á propósito para levantar el grandioso edificio que habia dibujado en su alma. Iba comunmente á pasar la Semana Santa al monasterio de Guisando, situado en un monte, cerca de donde están los famosos toros de este nombre, entre Cebreros y Cadalso; y la costumbre de ver aquel pais rudo, pero ricamente engalanado por la naturaleza, aquellas peñas ásperas, pero vestidas con profusion de árboles, arbustos y flores, hizo que le cobrase aficion, y pensase en plantear alli sus designios: mas cuando lo consideró detenidamente se convenció de que la aspereza de aquel pais era indomable, y mucho lo que de Madrid distaba. Recorrió las faldas de los montes situados al Norte de la capital, conocidos con el nombre del Real de Manzanáres, y tampoco en ellas se halló lugar á propósito; se pensó en Aranjuez, y hubo que abandonar la idea por los muchos inconvenientes que ofrecia. Por fin, resolvió se buscase lugar á propósito en la distancia media entre el monasterio de Guisando y el Real de Manzanares, y al efecto nombró una comision compuesta de arquitectos, médicos y filósofos, dándoles el encargo de recorrer todas aquellas laderas, y buscar el sitio mas á propósito para que nada faltase en él á la realizacion completa de su grandioso pensamiento.

Con la presteza y cuidado que requeria el mandamiento de un monarca tan enérgico, y que tanto habia meditado el asunto, verificaron los comisionados sus investigaciones, recorrieron todo el Real de Manzanares, sin hallar sitio á propósito; contentóles la frescura y abundante vejetacion de la Fresneda, pero por su insalubridad estaba casi despoblado; pasaron á la Alberquilla, sitio que reunia cuanto podia apetecerse, mucho mas llano y alegre que el que élijieron despues, pero escaso de aguas, y por lo tanto inutil; y por fin, un poco mas al Norte de dicha Alberquilla, á la mitad de la falda de una cordillera de montes que sale de las sierras de Guadarrama, hallaron un sitio, que por la grande abundancia de aguas, fertilidad y frescura del terreno, buena calidad de la piedra ber-

roqueña ó de granito, y proximidad á buenos y abundantes pinares para maderas de construccion, les pareció llenaría los deseos del monarca, á quien vueltos á Madrid, dieron parte detallado del resultado de su comision.

Mucho contentó á Felipe II la eleccion del sitio, porque la soledad y aspereza que por todas partes le rodea, se adaptaba mucho á su caracter meditabundo, á sus ideas melancólicas, y al objeto á que le destinaba, pues además de los fines ya indicados, se proponia tener en él un retiro donde descansar de los negocios públicos, separado de la corte, mas no tan lejos de ella que sus ausencias pudiesen perjudicar á los asuntos del Estado. No procedió sin embargo con precipitacion, ni descansó en el solo parecer de los comisionados; él mismo fue varias veces á reconocerlo y analizarlo, se informó detenidamente de la salubridad y fertilidad del terreno, y pesó en su penetracion y prudencia las ventajas que en él se hallaban favorables á la realizacion de su gran proyecto.

Encontrado ya sitio conveniente, pensó luego en elejir las personas que fuesen mas á propósito para llenar cumplidamente el fin religioso y moral que se habia propuesto, y puso sus miras en la orden de San Gerónimo, no solo porque siendo nuevamente establecida en España, estaba entonces en un estado admirable de recojimiento, virtud y observancia (1), sino tambien por la preferencia y amor que le habia manifestado su augusto padre, retirándose á vivir á uno de sus monasterios, y por la devocion que él mismo la tenia. Con este motivo, en el Capítulo general que celebró la Orden de San Gerónimo en el monasterio de Lupiana (provincia de la Alcarria) en el año 1561, se hizo presente de parte del rey, *¿si aceptaria la Orden un monasterio que pensaba edificar á honra y gloria de Dios, dedicado al martir español San Lorenzo? Que viesen lo que en esto les parecia, y señalasen luego personas que con título de Prior, Vicario y otros cargos fuesen á tomar posesion del sitio.* La contestacion de todo el Capítulo fue inclinar humildemente la cabeza, en señal de aceptar la merced con que S. R. M. los honraba, y procedieron luego á nombrar por Prior y primer fundador de aquella insigne casa al P. Fr. Juan de Huete, profeso del monasterio de Zamora, y por Vicario el P. Fr. Juan de Colmenar, profeso de Guisando, ambos sugetos de muchísima probidad y virtud; dando inmediatamente cuenta al rey de la aceptacion y nombramientos, y las gracias por la grande honra con que habia distinguido á la Orden.

---

(1) Aunque la Orden de los monjes de San Gerónimo hacia ya algun tiempo que estaba establecida en Italia, y aun en España habia de algunos años atrás ermitaños de este nombre, sin embargo, formal y canónicamente no se estableció hasta que la confirmó y fundó en España el Papa Gregorio XI, por su Bula dada en Aviñon, dia de San Lucas Evangelista, 18 de octubre de 1373, nombrando por su primer Prelado á Fr. Pedro Fernandez Pecha, camarero que habia sido del rey Don Alonso XI, y despues de su hijo Don Pedro, llamado el Cruel.

Alegróse Felipe II con la humilde y reconocida contestacion de los monjes, y luego con fecha 14 de noviembre de 1561 escribió á los nuevos electos, encargándoles que para el dia de San Andrés próximo estuviesen en la villa de Guadarrama. En cumplimiento de esta orden, el 30 de noviembre se reunieron en dicha villa, además del Prior y Vicario electos por el Capítulo, el Secretario de S.M. Pedro de Hoyo, Juan Bautista de Toledo, famoso y entendido arquitecto, Fr. Gutierrez de Leon, Prior del monasterio de San Gerónimo de Madrid, y algunos religiosos que los acompañaban, y pasaron al sitio destinado, con el objeto de ver si era á propósito para las necesidades y género de vida acostumbradas en la religion de San Gerónimo, y si el terreno se prestaria á la edificacion, y tratar y convenir entre sí cuanto pudiese conducir á su mejor ejecucion y forma.

Al subir el repecho que hay desde la villa del Escorial hasta el Sitio, un huracan violento arrancó las bardas que habia sobre la pared de una pequeña viña y las arrojó á la cara de los viajeros, causándoles algun daño; mas ellos no se acobardaron sino que siguieron su camino, y quedaron estraordinariamente admirados de hallarse al dia siguiente con un correo de S. M., y una carta en que les decia no se espantasen del aire que habia hecho, porque en Madrid habia sido lo mismo. ¡Tanto era el cuidado de Felipe II, y tan grande el deseo de verificar sus proyectos!

Avisado por esta última comision de que no habian encontrado dificultad alguna, sino antes al contrario todo muy propio para lo que se proponia, fue el rey á pasar la Semana Santa, segun tenia por costumbre, al monasterio de Guisando, llevando en su compañía al Duque de Alba, á Don Antonio de Toledo, Prior de San Juan, al Marqués de Cortes, Don Francisco Benavides, Marqués de las Navas, al de Chinchon y otros caballeros, con su arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo, que llevaba ya en muy buen estado la formacion del plano y traza del edificio. El segundo dia de Pascua salió de Guisando con tan lucida compañía, aumentada por los PP. Fr. Juan del Colmenar, Fr. Juan de San Gerónimo y Fr. Miguel de la Cruz, con los que fue á hacer noche al Escorial. Se detuvo allí dos dias, volviendo á reconocer detenidamente el sitio y sus contornos, los bosques inmediatos, los manantiales y fuentes, haciendo observaciones, dirijiendo preguntas y notándolo todo con estraña minuciosidad é inteligencia; despues de lo cual partió para Madrid con los que le acompañaban, quedándose solos los monjes en la villa del Escorial, con el encargo de hacer preparativos y comprar provisiones para cuando comenzase le obra.

En estremo pequeña y miserable era entonces la villa del Escorial, pues el mismo Fr. Juan de San Gerónimo, como testigo ocular, dice en sus memorias manuscritas, que en toda ella no habia ni una chimenea ni una sola ventana, de modo que la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenian una entrada y salida comun; y

el P. Sigüenza añade, para ponderar la miseria de dicho pueblo, que estaba tan escondido y olvidado, que ni aun los escribanos y alguaciles de Segovia, gente que anda á descubrir cuestiones para sus intereses ilícitos, tenian noticia del nombre del Escorial. En una de aquellas pobres chozas se albergaron los monjes con harta incomodidad, y desde allí subian todos los dias á cuidar de los peones que trabajaban en el desmonte, que comenzó á principios de abril del año 1562.

Todo lo que ocupa ahora el monasterio era entonces un jaral tan espeso y enmarañado, que los pastores de aquellas inmediaciones tenian hechos en él sus rediles para guarecer sus ganados del frio en el invierno, y sus abrevaderos y siestas para el verano. Habia dentro de él dos abundantísimas fuentes que jamás se secaban, la una de agua sumamente delgada y digestiva, llamada de *Blasco Sancho* (ahora está junto al estanque grande de la huerta, y se llama la fuente del Estribo); la otra mas apartada á Poniente, á que daban el nombre de *Mata-las-fuentes*, porque los ganados preferian beber de ella por tener algo mas de sal. Despues de la fundacion se la llamó fuente de la Reina, se la formó cañería, y estaba en el camino que va á las Navas del Marqués; ahora está enteramente perdida y abandonada, y sus aguas suelen filtrarse y correr por medio del camino.

Apenas se habia concluido el desmonte y arranque de la jara, Felipe II, acompañado de los mismos caballeros que en la Semana Santa anterior, volvió al Sitio, y quiso que á su presencia se acordelase y estacase, á fin de señalar las líneas por donde debian abrirse los cimientos. Colocados el rey y los caballeros en lugar competente para verlo bien, ejecutó la operacion el entendido arquitecto Juan Bautista de Toledo, con arreglo al plano del edificio que él mismo habia trazado. Para evitar que los vientos fuertes que reinan comunmente en este sitio hiriesen de frente las fachadas del edificio, y para que las habitaciones gozasen mas el sol del Mediodía, le pareció oportuno colocarlo con poco mas de un grado de inclinacion hácia el Oriente; y con este desvío de los puntos cardinales se tiró la primera línea de Oriente á Poniente en la estension de 580 pies (1). En sus estremos se levantaron dos perpendiculares de Norte á Mediodía, de 735 pies cada una, cerrando con la cuarta, paralela á la primera, un paralelógramo rectángulo, cuyos lados situados al Oriente y Poniente, tienen 155 pies mas que los que miran á Mediodía y Norte. El área que quedó en medio, aunque á la vista parecia bastante plana, luego que se echaron los niveles se vió que tenia una inclinacion de mas de 30 pies, y además estaba llena de enormes peñascos, hendiduras, altos y bajos, que no costaron poco trabajo de nivelar. Concluida esta operacion Felipe II cambió el nombre al ter-

(1) Pies castellanos ó tercias de vara, que será la medida que usaré, tanto en la parte histórica como en la descriptiva.

reño, y quiso que en adelante se llamase el **Real Sitio de San Lorenzo**; con lo cual aquel pais, antes olvidado é inculto, y en donde la naturaleza se mostraba en toda su desaliñada rusticidad, quedó destinado á ser un verjel, un emporio de las artes el mas famoso y conocido de Europa.

Antes de continuar la historia de la fábrica del insigne monasterio de San Lorenzo, razon será marcar su situacion, y describir y dar noticia de sus inmediaciones, con lo cual quedará contestado de paso un dicho que tanto han repetido los émulos de su fundador, y que en mi concepto tiene mas de agudo que de cierto, mas de malicioso que de histórico, á saber: *que Felipe II habia destruido y despoblado muchas villas y lugares para poblar un monasterio de frailes;* los lectores juzgarán á vista de los hechos. El terreno elejido para fundar el Real Sitio de San Lorenzo está situado á los 40° y 35' de longitud septentrional del meridiano de Madrid. Colocado segun hemos dicho á la mitad de la falda de la sierra llamada Carpentana, le rodean por la parte de Poniente y Norte unos altos picos (1), conocidos en el pais con diferentes nombres, de los cuales los principales son *Machota*, que es el que está hácia el Mediodía; San Benito, colocado en medio hácia el Poniente, forma á sus dos lados unas gargantas, por donde se precipitan los vientos fuertes que tanto molestan, particularmente en invierno y primavera, pero que tan apacible y fresco hacen este pais en el verano. Al lado de éste hácia el Norte se eleva el *Malagon*, que es el que se une con las sierras de Guadarrama, y en el que antiguamente habia una ermita llamada San Juan de Malagon, á la que los serranos del pais hacian grandes romerías: hoy no existe ni aun rastro. Por toda la parte de Oriente y Mediodía se descubre un largo y pintoresco horizonte, cuya vista es encantadora en los dias despejados de invierno. Su cielo es de un azul tan puro y trasparente, que con dificultad podrá encontrarse un pais que le iguale; y esceptuando los dias en que los vientos fuertes reinan, en los demás su temperatura es deliciosa aun en la estacion mas cruda. Su distancia de Madrid es tan corta, que en los dias despejados se distinguen con la simple vista los edificios;

---

(1) Los nombres de los picos mas culminantes que rodean el Escorial, con la altura que tienen sobre el nivel de la lonja, van puestos á continuacion en la siguiente tabla, que he encontrado en esta biblioteca.

	Pies casts.
El primero de los Ermitaños mas distante al Mediodía tiene	1488
El segundo de dichos Ermitaños	1464
El que está sobre el Castañar	1405
El de Machota	1688
El de San Benito	2610
El cabo de la Torrecilla	1759
El de la ventisca del Alojero	1937
El del Helechar	1695
El puerto de Malagon	1919
El de la Cruz de Enmedio	1899

y por un camino recto no llegaria á cuatro leguas: por el que hoy hay de calzada se cuentan ocho y algunas varas, segun la última demarcacion. La posicion topográfica de Madrid respecto del Escorial es entre Oriente y Mediodía; á este último punto está Toledo á 12 leguas; al Poniente Avila, que dista 9, y otras tantas Segovia, situada al Norte.

A larga distancia se ve una cerca que tiene sobre 10 leguas de circunferencia, formada de piedra seca y alta como de unos 10 á 12 pies, la cual cierra los frescos y amenos bosques con que Felipe II dotó al monasterio, y que han estado desde entonces tan poblados y amenos, que ya en su tiempo el P. Sigüenza los comparaba á una mata de albahaca en el verano; los cuales adquirió comprándoselos á los particulares que los poseian. La dehesa de la Herrería forma parte de estos bosques. Comienza en las mismas paredes del monasterio, y se estiende á larga distancia por la parte de Mediodía. Fue antiguamente término de una poblacion llamada la *Herrería de Fuente Lámparas*, que se cree haber estado situada en lo mas alto de la huerta que ahora se llama del Castañar, donde aún quedan algunos vestigios; pero despoblada de tan antiguo, que ya el año 1443 pertenecia á un solo particular llamado el doctor Juan García de San Roman de Porras, de cuyos herederos la compró Felipe II en 15.000 ducados. La iglesia parroquial se cree estuvo en un terraplen cuadrado que aún se conserva, con su pequeña iglesia dentro del Castañar; y en su término habia una ermita de la Virgen de la Herrería, cuyas ruinas permanecen aún al pie del cerro llamado de los Ermitaños, de los cuales aún hubo alguno cuando se fundó el monasterio. Posteriormente se mandó derribar dicha ermita en el año 1595, para evitar las profanaciones tan posibles en lugar despoblado, y la imagen fue trasladada á la villa del Escorial, donde se venera ahora en una capilla particular. Dentro de esta misma posesion está el Castañar de que hemos hablado ya, que es una gran huerta, abundante de esquisitas frutas, con varias fuentes y sitios sumamente deliciosos; particularmente la placetuela llamada de los Tilos es un paraje lleno de poesía y encanto. Un poco mas hácia el Oriente, como un tiro de ballesta del Castañar, está la llamada Silla de Felipe II, que son cinco asientos abiertos á pico en lo alto de un enorme peñasco, donde tradicionalmente se asegura que se sentaba el rey para observar desde alli los adelantos de la fábrica, sin que notasen los obreros su presencia.

Como un tiro de bala de la Herrería, y en lo mas hondo del valle, comienza el parque de la Fresneda, que tambien fue lugar poblado, aunque siempre de pocos vecinos, y pobres. Cuando Felipe II compró este terreno á los cinco que lo poseian, en la cantidad de 21.822.227 maravedís, no tenia mas que seis ó siete vecinos sumamente pobres, porque no eran mas que meros renteros. Todavía se conserva la que antiguamente fue iglesia parroquial bajo la advocacion de San Juan Bautista. Lo que fué cuerpo de la iglesia forma ahora como un átrio

cercado de buena pared de cal y canto, y la capilla mayor como estaba, aunque renovada posteriormente. Hay en ella un retablo estimable por su antigüedad, con pinturas sobre tabla, en cuya parte inferior hay una inscripcion de letra de la llamada comunmente gótica alemana, pero que es la monacal de privilegios rodados, sumamente estrecha, que dice asi: *Este retablo mandaron facer los señores del consejo de está villa, siendo cura el licenciado Frias, canónigo é capiscol de Toledo, en el año de* 1314. En este sitio mandó despues Felipe II fabricar un pequeño palacio, y una casa de recreo á modo de convento, donde los monjes tuviesen su granja, y por esto se llama ahora la *Granjilla*. Adornó aquella quinta con jardines, que fueron los primeros que arregló y plantó el P. Fr. Marcos de Cardona, sugeto de gran habilidad é inteligencia en la horticultura, embellecidos con fuentes, cascadas y cenadores; hizo cinco magníficos y costosos estanques para el riego, donde se cria buena y abundante pesca; y se plantaron en todo el parque largas calles de árboles, que hacian aquel sitio deliciosísimo, aunque muy tercianario por la humedad de los estanques. Desde que dejó de existir la comunidad, la capilla y casa no se han reparado; los jardines, fuentes y estanques, ya muy deteriorados desde la invasion francesa, se han acabado de perder; y las zarzas y el tiempo, ayudado de la mano destructora del hombre, han casi borrado las bellezas de aquella mansion deliciosa. ¡Desgracia es que lo que se habia conservado á través de dos siglos y medio, acabe de perderse por la incuria y abandono!

Por toda la parte de Oriente detrás de la Fresneda en la direccion del Norte, se estiende un frondoso bosque á mas de legua y media de distancia, cuyo cuartel principal es las *Radas*. En él se encuentra un poco á la izquierda de la Granjilla el llamado *Mirador de la Reina*, que no es mas que una pequeña torrecilla con tres grandes ventanas y la puerta, para que desde ella pudiera la reina ver pasar la caza sin peligro, y aun tirarla con comodidad en las grandes batidas. Es toda de piedra berroqueña labrada, y asentada sobre un gran peñasco, al que se sube por una ancha escalera tambien de piedra.

En el mismo cuartel y un poco mas al Norte se encuentra el llamado *Canto de Castejon*, que son otros peñascos por el estilo de la Silla de Felipe II. Antes de llegar á lo alto, grabada en una gran peña se lee esta inscripcion: *En* 1588 *á* 20 *de abril, tiró á esta peña el primer arcabuzazo el príncipe Don Felipe, tercero de este nombre, siendo de edad de diez años y seis dias, en presencia de la M. del rey Don Felipe nuestro señor, su padre, y de la señora Infanta Doña Isabel su hermana*. Debajo hay otra inscripcion cavada tambien en la misma peña en un hueco algo mas pequeño, que dice asi: *En el feliz reinado de Carlos IV se renovó esta inscripcion, á* 17 *de mayo de* 1803. Desde el llano donde está esta inscripcion se sube á los dos picos del canto por dos escalerillas abiertas en la misma peña, con

21 peldaños ó gradas la de la derecha y 13 la de la izquierda. En lo alto hay tambien abiertos algunos asientos, y tal vez es el punto desde donde mejor se goza la vista del monasterio, y la frescura y estension del bosque.

Las Radas se estienden hasta encontrarse casi al Norte con las ricas dehesas de *Campillo* y *Monasterio*, que fueron dos lugares, con otro que alli cerca habia, llamado la *Colacion de las Pozas*, despoblado ya de tiempo inmemorial. Pertenecieron estos lugares á dos hermanos del apellido de Ajofrin, que murieron sin dejar sucesion en la batalla de Aljubarrota, que Don Juan I de Castilla perdió en Portugal; y por esta causa pasaron á otros poseedores. Despues de varios pleitos, ventas y vicisitudes, vinieron á poder de los Marqueses de Santillana, y últimamente á los Condes de Tendilla y Duque de Maqueda, á quienes los compró Felipe II en 40.000 ducados. Cuando se verificó esta compra, Campillo contaba con unos ciento veinte vecinos y Monasterio con sesenta, que eran generalmente pobres, y se ocupaban en un poco de labranza, criar ganados y cuidar la hacienda del Duque, cuya principal especulacion era llevar yeguas de vientre para criar en los términos de dichos pueblos los potros, que salian bastante buenos y de mucha fatiga. A todos estos colonos dió el rey facultad para avecindarse donde mejor les pareciese, eximiéndolos por su vida del pago de alcabalas y otros pechos, y haciéndolos otras mercedes, sin perjuicio de haberles pagado bien si tenian alguna propiedad. De lo dicho hasta aqui se infiere que estos dos fueron los únicos pueblos destruidos por Felipe II para poblar un convento, lo cual no me parece que merece tanta y repetida ponderacion.

En Campillo se conserva aún un castillo antiguo, aunque muy variado interior y esteriormente. Es todo de piedra, y las paredes de mas de ocho pies de espesor, de forma enteramente cuadrada en la estension de unos 83 pies por lado y 74 de alto; con una sola puerta al Mediodía. La escalera, tambien de piedra, está construida con primor é inteligencia, y sube á una sala cuadrada del piso principal, que no sé si llamarla sala de armas ó de representaciones. Está abierta hasta el tejado; por el piso segundo la rodea un balconaje volado con antepechos de madera, y por el tercero unos arcos tambien con antepechos, que dan á una galería ancha que forma el piso tercero. En el principal y segundo tiene ocho puertas, que dan entrada á otras tantas habitaciones. Tiene este castillo una cosa sumamente estraña, que es en la parte que mira al Norte arrimado al ángulo de Oriente, un cubo todo de piedra, pero aunque arrimado á las paredes del castillo fabricado con entera independencia de ellas. Su forma es semicircular, y de 6 á 7 pies de diámetro el hueco interior, con tres entradas ó puertas junto al suelo que dan á la parte esterior del castillo, y sin mas comunicacion con él que una abertura junto al tejado con antepecho de piedra. Asomándose por ella parece un pozo profundo; y ni he hallado no-

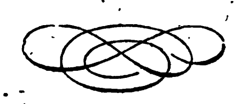
ticia alguna del uso á que pudiera estar destinado, ni ninguna de las personas que he consultado lo ha podido comprender. Cuando Felipe II lo compró, mandó abrirle algunos balcones en lugar de los tragaluces que antes tenia, y arreglar algun tanto las habitaciones interiores; pero cuando quedó enteramente mudado fue al principiar el reinado de Felipe IV. Entonces, en lugar de la plataforma que lo cubria se puso tejado, quitando un balconaje de hierro que corria todo alrededor. Tambien se edificaron entonces las casas que hay al lado, con el objeto de que los criados que acompañaban al Rey á caza tuviesen dónde alojarse.

Tambien los Condes de Maqueda edificaron en el término de dicho pueblo una grande y para aquellos tiempos costosísima fábrica, donde se labraban armas de todas clases. Hoy no quedan ya mas que algunos trozos de pared, á que se da en el pais el nombre del Molino de las Armas.

En lo antiguo andaba por aquellos pueblos muy valida la tradicion de que en el término de *Monasterio,* que linda con el de Campillo, hubo un pequeño palacio, donde el rey Don Rodrigo tuvo algun tiempo depositada á la Cava, á la cual venia á ver so pretesto de cazar en aquellas dehesas; añadiendo que unos restos de edificios antiguos con algunas bovedillas que aun ahora se rastrean en la ribera del rio Guadarrama, eran los baños que, segun la costumbre de aquellos siglos, usaba dicha señora. Mas esta tradicion está reputada por enteramente fabulosa en una Real cédula que la Católica reina Doña Isabel I, fecha 5 de abril de 1503, espidió mandando al Comendador mayor de Leon edificase una casa en el término de Monasterio, donde Su Alteza pudiese alojarse cuando pasase por allí. Hízose pues la casa, que despues disfrutaron los Condes de Maqueda, y posteriormente fue derribada para edificar el palacio que ahora hay, y que en 1839 aún estaba bien conservado. Su forma es un cuadrángulo de 120 pies de largo por 60 de ancho. Tenia mirando al Occidente una lindísima fachada toda de piedra; cinco arcos formaban la entrada ó primer cuerpo, á los cuales correspondian en el segundo otros tantos balcones muy rasgados, con sus cornisas, jambas y dinteles perfectamente labrados. Por encima corria una ancha cornisa, rematando la fachada con un triángulo ó frontispicio, en cuyo centro habia una gran ventana circular. Aunque desde la invasion francesa habia quedado sin puertas ni ventanas, todo lo demás del edificio se hallaba en buen estado de conservacion; pero en 1839 al administrador patrimonial le ocurrió la fatal idea de desmantelar este edificio, con el pretesto de aprovechar sus maderas, y lo que consiguió fue destruirlo enteramente, pues las maderas sirvieron para poco ó nada, y el coste de quitarlas y conducirlas fue mucho mayor que el que hubiera ocasionado reparar tan lindo y bien situado palacio. Abandonado ya enteramente sucedió lo que era de esperar; la fachada entera se vino abajo (quién sabe si alguna mano maliciosa cortaria su clave), y ahora ya no es mas

que un monton de ruinas. ¡Cuántos males causa un cálculo mal hecho!

Las iglesias parroquiales de los dos pueblos de que acabo de tratar, pertenecian á la jurisdiccion eclesiástica de Toledo; la de Campillo estaba dedicada á la Santísima Trinidad: hoy aún se conserva enfrente del castillo, aunque en muy mal estado, la de Monasterío, llamada Santa María de Marrubial. Algunas otras particularidades notables de estos bosques se tocarán en el discurso de esta historia. Ahora volveré al terreno señalado y acordelado, para seguir paso á paso la fábrica de tan suntuoso edificio.



CAPITULO II.

Noticia del arquitecto mayor y demás personas notables encargadas de la obra.—Abrense los cimientos, y prepáranse materiales.—Orden para suspender la fábrica, y arbitrio de Andrés de Almaguer.—Colócase la primera piedra en el edificio y en el templo.—Estrechez y pobreza con que estaba Felipe II á los principios.—Plan y diseño de Juan Bautista de Toledo.—Motivos de cambiarlo, y dificultades que ofreció.—Se adopta el dictamen del P. Villacastin.—Fincas que compró Felipe II, su coste, y particularidades de alguna de ellas.

Elejido, desmontado y acordelado el terreno del ya llamado Sitio de San Lorenzo, por los avisos que el monarca envió á todas partes comenzaron á acudir maestros, oficiales y peones, canteros, albañiles, carpinteros, herreros y demás oficiales mecánicos. Fue nombrado juez veedor y contador de toda la fábrica Andrés de Almaguer, *natural de Almorox, hombre de buen entendimiento y de verdad*, á quien luego se unió por mandado del rey para llevar la cuenta y razon y tener los libros, el P. Fr. Juán de San Gerónimo, religioso sumamente laborioso y entendido, autor de unas memorias manuscritas que se conservan en esta Real biblioteca, de las cuales dice el P. Sigüenza que tomó muchas de las noticias que publicó en su historia, y á quien tambien he consultado yo detenidamente, y que pintó algunas aguadas y dibujos, y formó una gran coleccion de las plantas y animales que de América enviaban á Felipe II, en cuya habitacion sirvieron de adorno mucho tiempo. Desgraciadamente no ha quedado ni una pequeña muestra de tan prolijo como util trabajo.

Dirijia la obra el arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo, artista eminentísimo, pues además de la profesion de arquitecto, de que nos dejó muestra tan aventajada, era escultor, dibujaba perfectamente, entendia las lenguas griega y latina, era filósofo y matemático, y de esta última facultad escribió un tratado del *Cuerpo cúbico*, que tambien se guarda en esta biblioteca. Le ayudaba como obrero mayor el P. Fr. Antonio de Villacastin, monje gerónimo de la clase de coristas legos, profeso en el monasterio de la Sisla, de Toledo, que habia dado pruebas de su inteligencia en el arte de edificar, dirijiendo la obra de la habitacion que en San Gerónimo de Yuste se labró para morada del emperador Carlos V. Durante la

fábrica de San Lorenzo desplegó tal inteligencia, celo y actividad, que puede llamarse el agente principal, el alma de ella. Vino por pagador Juan de Paz, por aparejador ó maestro principal de cantería Pedro de Tolosa, y no obstante Fr. Francisco de la Armedilla tenia á su cargo todas las canteras y toda la piedra que se recibia. Jusepe Flecha, italiano, el era maestro mayor de carpintería.

Admirable era la trasformacion que diariamente se notaba, no solo en el paraje acordelado, sino tambien en todas las inmediaciones. Por todas partes resonaban los golpes del hacha, de los picos y mazos; peñascos enormes desaparecian como por encanto, y hoyos y aberturas inmensas quedaban igualadas con el suelo de la noche á la mañana, al paso que por las líneas acordeladas se abrian las profundas zanjas donde se habian de sentar los cimientos. En las inmediaciones se hacian grandes bascas para la cal, se construian hornos para yeso y ladrillo, se abrian las canteras, se preparaban fraguas, y por todo el rededor se levantaban chozas, casas de madera y tiendas de campaña para que los laborantes se guareciesen del temporal, y custodiasen sus herramientas; de modo que aquel lugar, poco antes tan desierto, tan silencioso y sombrío, habia pasado á una estraordinaria animacion, y á todas horas se oia el estallido de los barrenos, el bullicio de la obra, y los rústicos y variados cantares de los peones.

Entre tanto iba desapareciendo el desaliño y aspereza natural del enmarañado bosque, y á impulso de la inteligencia y laboriosidad del P. Fr. Marcos de Cardona, profeso de la Murta de Barcelona, se convertian en amenos verjeles los sitios que poco antes habian servido de morada al jabalí y de madriguera al lobo. Felipe II le habia comisionado y dado ámplias facultades al efecto, y el monje correspondia á ellas de un modo sorprendente.

Además de los muchísimos peones que aqui se ocupaban, cuadrillas numerosas cortaban los corpulentos y nunca bastante ponderados pinos de Cuenca; é igual operacion se hacia en los pinares que (por decirlo asi) festonean el cuadro magnífico del Escorial, como son los de Balsain, Guadarrama, Pinares Llanos, el Quejigar y Navaluenga, mientras que otros labraban y aserraban las maderas acomodadas á los diferentes usos de construccion, y una carretería innumerable las conducia al rededor de la nueva fábrica. El que ignorando el objeto contemplase desde cualquiera de los picos que coronan el terreno el inmenso acopio de materiales, y la multitud de gente afanosa que se movia en las laderas y en los valles, hubiera creido se trataba de levantar á la vez la capital de un grande imperio.

En todo el año de 1562 y principios del siguiente, á pesar de la multitud de operarios y buena direccion de los maestros, no se hizo mas que preparar el terreno, abrir las zanjas principales para los cimientos, y allegar piedras y materiales de todo género. Ya todo estaba preparado cuando Felipe II, al tener que marchar á las cor-

tes de Monzon, se encontró tan escaso de recursos, que mandó suspender de todo punto la obra comenzada. Muchísima pena causó á todos la soberana determinacion, porque veian los grandes perjuicios que esta suspension indefinida iba á causar, los enormes gastos que iban á inutilizarse por la pérdida de materiales, y porque los obreros se retirarian, y el descrédito que resultaria; pero el contador Andrés de Almaguer, con sus muchos conocimientos y claro talento, *dió noticia á S. M. de cierto aviso, del cual se sacaron dineros para proseguir la obra de este monasterio, los cuales duraron hasta que S. M. señaló el dinero que se habia de gastar* (1). La obra pues continuó sin interrupcion, y Felipe II para darla mas impulso, y con el caracter previsor que le distinguia, envió para que estuviese al lado de Juan Bautista de Toledo al que despues no solo dividió sino que arrebató toda la gloria de su maestro, al que fue prez y lustre de la arquitectura española, al célebre Juan de Herrera, á quien por esta razon se daban cien ducados anuales de salario ó entretenimiento (1).

Habia llegado tambien por este tiempo el primer Prior Fr. Juan de Huete, acompañado de otros dos religiosos. Los cinco que en el Sitio habia lo recibieron con amor y humildad, y lo condujeron á su nueva habitacion, que era una pequeña casa que Felipe II les habia comprado en la villa del Escorial, que aunque muy miserable pudieron dividirla en muy estrechas celdillas, y hacer á su lado una pequeña huerta.

Pareció á Juan Bautista de Toledo que habia reunido los materiales necesarios, y se estaba en el caso de comenzar á edificar; y á fin de que no faltase la solemnidad correspondiente en el principio de tan grande fábrica, dió aviso al Prior y monjes, que convinieron con él en que el 23 de abril de aquel año de 1563 se colocase la primera piedra. El Prior, por sus muchos años y quebrantada salud no pudo asistir; pero lo hicieron el Vicario y demás monjes, á los que se reunieron todos los maestros, oficiales y peones para celebrar la inauguracion de la obra. Bajaron todos en procesion á la ancha y profunda zanja, que se estendia de Oriente á Poniente, y en llegando al medio de ella, puestos de rodillas, cantaron los religiosos vários salmos y oraciones, invocando el favor del cielo, y luego colocaron en el centro de la fachada de Mediodía, debajo de donde ahora está el asiento del Prior en el refectorio,

---

(1) Esta noticia, de que no hacen mencion ni el P. Sigüenza ni Fr. Juan de San Gerónimo, la he encontrado en el libro de actas capitulares de esta comunidad, traida con motivo de tratarse en ella de conceder una pension á los hijos de Almaguer en recompensa de los servicios prestados por su padre, y señaladamente de este, sobre el cual no dice mas que las palabras que van de letra bastardilla; y en mis investigaciones no he podido encontrar cuál fue el arbitrio propuesto por Almaguer, ó de dónde se adquirió aquel dinero, pero no cabe duda que el servicio fue señaladisimo.

(2) Memorial de Juan de Herrera presentado á Felipe II por conducto de su secretario Mateo Vazquez. (Nota en el libro de Actas capitulares)

una piedra cuadrada, en cuyas tres caras se leian las siguientes inscripciones, esculpidas por mano del mismo Juan de Herrera, segun él mismo lo dice en el memorial ya citado.

En el plano superior:

DEUS O. M. OPERI ASPICIAT.

En el de la derecha:

PHILIPPUS II. HISPANIARUM REX A
FUNDAMENTIS ERIGIT.
MDLXIII.

En el de la izquierda:

JOANNES BAPTISTA ARCHITECTUS
MAJOR IX. KAL. MAII (1).

Tambien se encontró en esta operacion el P. Villacastin, que invitado por el arquitecto y demás circunstantes para que ayudase á colocarla, respondió: "Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo." Dios le concedió colmado este deseo, pues no solo la colocó por su mano, sino que vivió hasta el año de 1602.

Al mismo tiempo que se iban sentando piedras en todos los cimientos, formaba el arquitecto dos grandes conductos para saneamiento del terreno, dejándole completamente enjuto y sin peligro de humedad. Estos son dos grandes desagües ó brazos de bóveda, de diez á doce pies de alto por cinco de ancho, donde se recoje no solo el sobrante de las fuentes, sino tambien los manantiales y aguas infiltradas y llovedizas. Atraviesan la mayor parte del edificio por los dos lados de la iglesia, terminando el uno en un sumidero ó pozo profundo que hay en ella debajo del primer altar á la izquierda entrando por la puerta principal, y el otro debajo de los jardines, en lo que ahora se llama el Bosquecillo del Prior.

De todo hacian circunstanciada relacion y daban puntual cuenta al rey, que lo aprobó, y dió luego aviso de que queria hallarse á la colocacion de la primera piedra del templo. Con este objeto partió de Madrid hácia mediados de agosto, acompañado de muchos grandes y caballeros de su corte, y llevando consigo á Fr. Bernardo de la Fresneda, su confesor, que ya entonces era Obispo de Cuenca. Apenas llegó al Sitio, señaló para la ceremonia de la co-

(1) He copiado las inscripciones tal como las trae en sus memorias manuscritas el P. Fr. Juan de San Gerónimo, testigo presencial, que se diferencian de las del P. Sigüenza, en que este en la segunda inscripcion usa del verbo pretérito *erexit;* y en la tercera omine el *major* despues de *Architectus*, y estas me parecen mas propias.

locacion de la primera piedra de la iglesia el dia 20 del mismo mes, en que se celebra la fiesta de San Bernardo, y segun su mandato todo estuvo dispuesto para dicho dia. Desde por la mañana se prepararon tres altares: uno en el lugar designado para capilla mayor, en el cual estaba colocada una cruz de madera; otro al lado del Evangelio, y en él un devoto Crucifijo que habia sido del Emperador Carlos V; y el tercero, que tenia una devota imagen de la Virgen, estaba colocado al lado de la Epístola, junto al lugar donde ahora está la reja que da entrada á la sacristía, que era donde se habia de colocar la primera piedra. Era esta angular, cuadrada, pequeña y pintada en uno de sus lados una cruz roja, y quedó desde luego puesta sobre un altar desnudo, cubierta con una finísima tohalla blanca.

Todos los empleados, maestros y peones de la fábrica, vestidos lo mas decentemente que pudieron, habian bajado con anticipacion á la villa del Escorial, y á las tres de la tarde salió de ella el Rey, acompañado de algunos grandes y de su servidumbre; y precedido primero de los obreros, luego de la Comunidad, subió al Sitio, y ocupó un asiento que se le habia preparado junto al altar, para que pudiese ver bien de cerca todas las ceremonias. El Obispo de Cuenca, vestido de pontifical, bendijo la piedra segun el rito de la Iglesia romana; y puestos todos en procesion, el Prior y Vicario tomaron la piedra, que al concluir la procesion pasaron á manos de Felipe II. Este, lleno de una satisfaccion que se dejaba bien conocer á pesar de la natural austeridad de su semblante, con muchísima devocion la tomó en sus manos, y fué á colocarla en el lugar designado. Acabáronla de sentar los arquitectos, y luego pusieron sobre ella otra piedra grande que estaba suspendida dentro de la zanja, señalada tambien con cruces rojas como la pequeña. Luego que los operarios acabaron de asentarla y afirmarla, tornaron todos á colocarse en orden, y cantando los salmos y oraciones prescritos en el ceremonial, dieron vuelta, caminando por dentro de la zanja que marcaba el ámbito de la iglesia, hasta volver al mismo punto donde se habia colocado la piedra, y allí, recibida la bendicion episcopal y concluida la ceremonia, volvieron todos á acompañar al Rey hasta su alojamiento, que nada por cierto tenia entonces de regio ni fastuoso.

Realmente, al contemplar á Felipe II en la estrechez y pobreza de su morada, ocurre la idea de que al mismo tiempo que abria los cimientos y colocaba la primera piedra del templo material de Dios, tal vez el mas digno que tiene en la tierra, trataba tambien de purificar su alma, descendiendo hasta lo mas profundo del cimiento de la humildad. Cuando se preparaba á hacer gastos tan crecidos, cuando todo lo preveia, nada descuidaba para las necesidades de los demás; él solo parecia enteramente olvidado de sí mismo, y nada disponia ni mandaba preparar de cuanto podia necesitarse para el cuidado y decoro de su persona real. Procuraba con el ma-

yor esmero y solicitud que hubiese que comer para los operarios; mandaba á los maestros y sobrestantes *que no los sacasen de su paso, é hiciesen de modo que lo que ganasen, mas pareciese limosna que jornal;* y además, por una Real orden fecha en Madrid á 18 de enero de 1563, refrendada por su secretario Pedro de Hoyo, mandó que á ninguno de los maestros, oficiales, peones ni destajeros de la fábrica del monasterio se les cobrase contribucion de ningun género mientras durase la obra. ¡Cuán bien conocia Felipe II que vale mas ganar la voluntad que emplear el rigor y la violencia! Al mismo tiempo hizo comprar la casa mas capaz que pudo encontrarse en la villa del Escorial, y estableció en ella un hospital perfectamente montado, que al principio tuvo once camas, y muy pronto se aumentaron hasta setenta, para que en él se curasen los jornaleros enfermos; lo cual se hacia con tal esmero y cuidado, que segun la espresion del P. Sigüenza, *con solo el regalo y limpieza, sin mas medicina, sanaban* (1).

Pues el que tan minuciosamente se habia ocupado hasta de los miserables peones, cuando venia á ver la fábrica, que era con muchísima frecuencia, el palacio donde se hospedaba el monarca de dos mundos era una pequeña y miserable habitacion en casa del cura, su trono una banqueta de tres pies hecha naturalmente de un tocon de un árbol, y en la que se sentaba al lado de la lumbre en el invierno. Cuando asistia á los divinos oficios en el oratorio ó capilla improvisada por los monjes en la pequeña casilla que habitaban, se le vió no pocas veces derramar lágrimas de ternura al ver á Dios y á él reducidos á tanta estrechez y pobreza. La capilla, que era un pequeño aposento, tenia por cielo una mantilla de paño blanco, de las que usaban los monjes en sus camas, que servia únicamente para impedir que se viesen las estrellas por entre las

(1) Para que se pueda formar una idea del estado que esta enfermería tendria, copiaré parte de la entrega original que de ella se hizo á los monjes despues de concluida la obra enteramente. Dice así:

En la villa del Escorial á 7 dias del mes de mayo de 1599 años, en presencia de Anton Alonso de Palácio, teniente de alcalde mayor de esta villa, entregaron en dicha enfermeria, etc., de San Lorenzo el Real al P. Fr. Alonso de Segovia:

Sábanas	410
Id. inservibles	5
Id. que tiene el administrador y su criado	14
Camisas nuevas y viejas que pueden servir	315
Escofietas nuevas y viejas que pueden servir	175
Id. inservibles	24
Almohadas	165
Escupideras	88
Colchones con lana	177
Cabertores	189
Trazadas	107
Cajas de madera de pino para servicios	22
Arrobas de lana de colchones deshechos	70

tejas. El altar mayor y único consistia todo su adorno en un Crucifijo pintado con carbon en la misma pared por un monje que sabia bien poco de dibujo; el frontaltar y la casulla eran de una cotonía vieta y raida, y á proporcion los demás ornamentos. La silla donde Felipe II se sentaba durante la Misa y demás oficios del coro era muy vieja, y para mayor decencia la rodeaban con un pañuelo francés que prestó Almaguer, que estaba ya viejo, deshilado y lleno de agujeros. ¡Tanta era la pobreza y descomodidad con que estuvo por bastante tiempo!

Despues en el mismo local se edificó una casa algun tanto mas cómoda, si bien muy estrecha; se dividió en celdillas para cada uno de los monjes, se arregló una capilla algo mas decente, y en ella mandó el Rey que le hiciesen un aposentillo con su tribuna, para desde allí asistir á los Oficios y sermones; pero todo tan reducido, que tenia que estar contínuamente junto con los monjes, y aun aconteció una noche en Maitines sentarse Felipe II y su bufon Miguel de Antona, que le acompañaba, en un pedazo de banco donde estaba sentado un hombre del pueblo. Cuánta sería la estrechez puede aún calcularse por las ruinas de dicha casa, que hoy se ven en la plaza de la villa del Escorial, y en cuyo recinto habitaba una Comunidad que ya contaba doce ó catorce monjes, y un Monarca.

Por parte de la Orden de San Gerónimo se ponia tambien cuanta diligencia era posible en ayudar los intentos del Rey; y el General iba escojiendo en todos los monasterios de ella y enviando los monjes mas aventajados en virtud, mas inteligentes en las bellas artes, ó que se distinguian por alguna habilidad notable, y los mas avezados en la administracion temporal, á fin de que nada se echase de menos en la edificacion de obra tan gigantesca. En obsequio de la brevedad omitiré los nombres, oficios, y las épocas en que fueron llegando, y solo haré especial mencion de algunos cuando tenga que describir las obras que ejecutaron, ó refiera los servicios señalados que prestaron en la edificacion.

Se iba adelantando en la obra segun el plan general formado por Juan Bautista de Toledo, que aunque en su traza, perfiles y distribucion principal era como ahora se ve, en lo demás ha sufrido grandes é importantes modificaciones. Lástima es que pereciese el modelo de madera que de todo el edificio habia hecho este aventajado artista, pues en él los inteligentes podrian estudiar el lleno de su concepcion, y juzgar de las modificaciones despues adoptadas. Mas ya que aquella pérdida es irreparable, creo no disgustará que indique brevemente algo de lo que he podido alcanzar de su primitivo proyecto.

Dividió el cuadrángulo que abraza todo el terreno en tres partes iguales en la direccion de Oriente á Poniente. La del centro debia ocuparla el templo, que formaba una cruz latina ó de brazos desiguales; la del Mediodía el convento; la del Norte el Real palacio. Además de las torres que hoy hay en los ángulos, debian ha-

berse levantado otras dos á los lados de la fachada ó puerta principal, que no hay duda hubiesen hecho la entrada mas magestuosa y grande: otras dos junto á la capilla mayor mirando á Oriente, y en las que pensó colocar las campanas. Esto, aunque hubiera hecho algo mas armoniosa y elegante toda la fachada de Oriente, que ahora presenta una vista poco grata por los muchos cuerpos salientes y desiguales que en ella se notan, hubiera sido muy incómodo para las personas reales, á quienes hubiera molestado mucho el tener las campanas encima de sus habitaciones. La parte del convento la dividió en cinco claustros, uno grande y cuatro pequeños, que juntos ocupasen tanto como el grande, y los habia de separar una torre levantada en el centro de la fachada del Mediodía, en la que aún se ve el resalto marcado. La parte del Norte dividió en dos porciones iguales, separadas por otra torre en correspondencia con la del Mediodía; en la seccion mas oriental colocaba las habitaciones para los cortesanos y real servidumbre; y en la de Poniente debian estar las cocinas, graneros, cuadras y demás oficinas indispensables. El aposento real debia ocupar como ahora (porque este fue siempre el deseo de Felipe II, para tener una tribuna en la capilla mayor) la inmediacion de dicha capilla. Los claustros pequeños son los que sufrieron mas modificacion, porque en el plan de Toledo no tenian mas que un piso con dos órdenes de ventanas y el principal tres, aunque unas eran solo figuradas. Los remates ó capiteles de las torres y algunas otras menudencias, y particularmente la distribucion interior de la parte del Norte, tambien cambiaron notablemente, segun lo exijió la necesidad en unas, ó al gusto de Herrera plugo variarla en otras.

Aunque indicada con la brevedad posible, esta era la planta y primer proyecto de Juan Bautista de Toledo, que al formarla habia procurado arreglarse en un todo á los fines é idea de Felipe II. Pero éste, que meditaba constantemente sobre la fábrica y objeto á que la destinaba, conoció que el número de cincuenta monjes que al principio habia fijado era insuficiente, no solo para custodiar y conservar un edificio tan vasto, sino tambien para tener en él un culto cual correspondia á su grandeza, y cumplir las cargas religiosas que pensaba imponerles; y se convenció de que para llenar completamente estos objetos se necesitaria al menos doble número. En consecuencia consultó á Juan Bautista de Toledo y á otros arquitectos para ver cómo se habian de hacer habitaciones dobles de las que se habian calculado al principio, y agrandar en debida proporcion todas las oficinas: y como sucede siempre en tales consultas, cada uno dió su dictamen, luciendo su pericia en el arte. Unos querian que de todo punto se variase la primera planta; otros que se aumentasen claustros interiores; y otros discurrieron otros medios, pero ninguno que gustase al Rey. Llamó por fin al inteligente obrero Fr. Antonio de Villacastin, que sin pretensiones de inventor, y dejando á Toledo en el lugar que le correspondia,

propuso lo que ahora se ve, esto es, que sin variar en nada lo esencial de la planta primitiva, se levantase todo el edificio otro tanto mas, puesto que la solidez de los cimientos lo sufria; y con esto se doblaban las habitaciones, y además toda la fábrica recibiría más hermosura y grandeza, la cornisa última correria al nivel por todo el rededor, las aguas, tejados y caballetes subirian á una altura, y las fachadas quedarian por fuera mas uniformes y hermosas, dando al todo mas gravedad. No pudieron menos de aprobar todos este plan, aunque discurrido por un humilde lego, porque sobre ser el mas facil en la ejecucion nada inutilizaba de lo ya hecho, y llenaba cumplidamente el objeto del Rey, á quien contentó mucho el talento de Fr. Antonio.

Vencida la dificultad que acabo de indicar, y aprobado en todas sus partes el proyecto del lego, se volvió con calor á la obra, principalmente en el ángulo entre Poniente y Mediodía, que en lo interior corresponde á los cláustros en que ahora está la iglesia vieja (con este nombre es designada comunmente, por lo que mas adelante se dirá), la enfermería, el refectorio y cocina; y aunque en lo demás de la obra apenas se cubrian las zanjas de los cimientos, en esta parte se adelantaba mucho, porque Felipe II deseaba con ánsia que hubiese iglesia donde desde luego se comenzasen á celebrar los divinos Oficios, y habitaciones donde provisionalmente se alojasen los monjes, no solo porque saliesen de la estrechísima y pobre casa que tenian en el Escorial, sino tambien para que estuviesen mas á la vista, y su laboriosidad y presencia sirviese de estímulo á los trabajadores.

Abrumado por los múchos años, y quebrantado por las austeridades, murió el primer Prior Fr. Juan de Huete; y los monjes, hechas las exequias, le depositaron en el campo santo (á cuyo objeto estaba destinado un prado cercado de pared, con una gran cruz de piedra en medio, que ahora se ve entre el jardin de Abajo y la villa del Escorial), hasta poderlo subir al monasterio. Al momento el General de la orden, proponiéndolo asi el rey, nombró para sucederle al P. Fr. Juan del Colmenar, que segun se dijo habia venido de primer Vicario.

Al mismo tiempo que Felipe II vigilaba y atendia con esmero á la edificacion material del edificio, no descuidaba ninguna de las otras cosas indispensables para que su idea fuese en todo completa. Para que la nueva fábrica y sus habitantes comenzasen á tener de donde mantenerse, compró en el año 1563 de los herederos de Gomez de Villalba las dos dehesas llamadas del Quejigar y Navaluenga (1); la primera en 12.335.909 mrs., y la segunda en 5.200

---

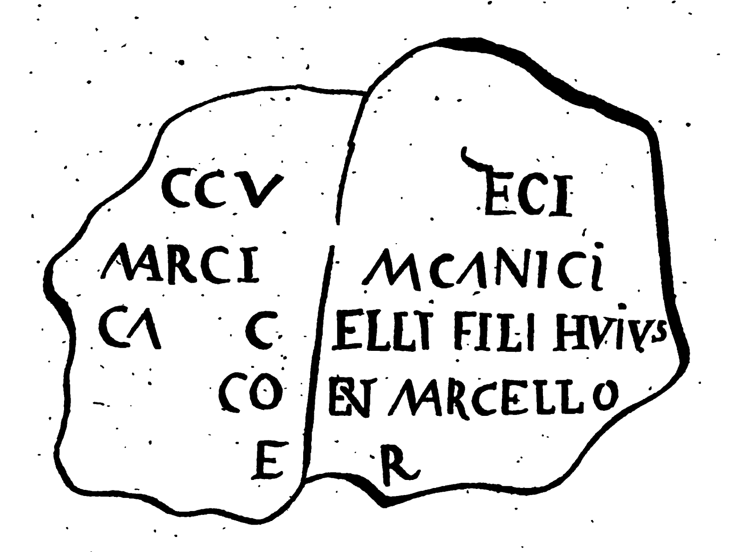
(1) En el término de esta posesion á Navaluenga, jurisdiccion de la ciudad de Avila, como á unos mil pasos de distancia del rio Alberche, en la orilla misma de un arroyo llamado en el pais de la *Libera*, formado por el agua de una fuente del mismo nombre, se

ducados. Sucesivamente adquirió tambien la Herrería, Fresneda, Campillo y Monasterio con sus términos, como antes dije: despues en 1567 compró á los monjes gerónimos de Guadulupe, en la cantidad de 2.037.900 mrs., el heredamiento de San Sadornin, llamado comunmente *el Santo*, situado en la ribera del rio Alberche; y en el mismo año alcanzó una bula del Sumo Pontífice Pio V, por la cual la abadía llamada de Santa María la Real de Parraces fué unida en lo temporal y espiritual al monasterio de San Lorenzo, con todas sus rentas y posesiones.

Dicha abadía está situada en Castilla la Vieja, á cinco leguas de la ciudad de Segovia, y perteneció á los canónigos reglares de San Agustin, que en aquella época la habian abandonado, hasta el punto de no haber en ella mas que dos canónigos profesos y algunos racioneros. A consecuencia de la bula citada, en enero de 1567 el Nuncio de Su Santidad y el Obispo de Cuenca, á quienes habia venido cometida aquella anexion, acompañados del escribano Rosa-

---

encuentra una gran piedra berroqueña natural, ó como dicen vulgarmente *nacediza*, que deja descubierta sobre la tierra una superficie de cerca de 3 varas de larga por 7



palmos de ancha, de forma irregular como está diseñada, y hendida por el medio. Hay en ella grabada una inscripcion, que en mi corto entender manifiesta ser una señal miliaria de los romanos. El paso de una senda por la misma piedra ha destruido en su mayor parte las letras, de las cuales solo he podido sacar con mucho cuidado y trabajo las que van anotadas, y aun las de la derecha con no mucha seguridad.

les de Pernia, pusieron en posesion de la abadía al P. Fr. Juan del Espinar, que representaba con poder suficiente *ad hoc* á la Comunidad de San Lorenzo; Felipe II proveyó luego á la decorosa subsistencia de los canónigos y racioneros, dándoles á unos dignidades correspondientes á su capacidad y méritos, y á otros pensiones que luego se siguieron pagando de las rentas del monasterio, hasta que fallecieron los que las habian obtenido.

CAPÍTULO III.

Se establece un colegio y seminario en Parraces.—Capítulo general que celebró la Orden de San Gerónimo en 1567, y lo que en él se concedió á Felipe II.—Estado de la obra.—Profesion de los primeros monjes.—Iglesia provisional.—Comienza á ser habitado el nuevo edificio, y á celebrarse constantemente el Oficio divino.—Noticia de la victoria de Lepanto y descripcion del estandarte turco.—Traslacion de los primeros cuerpos reales á San Lorenzo, con otros pormenores.

Luego que á nombre de la Comunidad se tomó posesion de todas las rentas, granjas y edificios pertenecientes á Parraces, le pareció á Felipe II que podia ya comenzar á poner en planta su idea, y á cojer algun fruto de ella. No se habia limitado su proyecto á solo lo grande y magnífico de la obra, sino que la nacion habia de reportar tambien alguna utilidad, y la religion, la moral y las letras habian de tener allí un asilo y lugar preferente; y para decirlo con sus mismas palabras, se proponia *que el monasterio que edificaba fuese un perpétuo seminario de santos y sábios*. Dispuso, pues, que al instante, y entretanto el edificio estaba en disposicion de llenar todos los objetos que se habia propuesto, se estableciese en el pequeño pero lindo monasterio de Santa María la Real de Parraces un seminario, con arreglo á lo que en la sesion 23 previene el concilio de Trento. En él debian reunirse veinte y cuatro niños, que bajo la inmediata direccion del monje que se destinase para rector del dicho seminario, aprendiesen los fundamentos de nuestra santa religion, moral y buenas costumbres, al mismo tiempo que la gramática y retórica, que enseñarian un preceptor y un repetidor ó pasante. Al mismo tiempo se estableció un colegio donde se estudiasen artes y ciencias eclesiásticas, principalmente los monjes de la Orden de San Gerónimo, que habian de ser tambien veinte y cuatro, los doce para comenzar artes y los restantes teología, renovándose en proporcion que fuesen concluyendo la carrera. Se crearon tambien doce plazas de becas, para que pudiesen obtenerlas los seminarios hasta

concluir la teología. Todas estas plazas eran gratuitas, y de las rentas del monasterio se suministraba para su alimento y vestido; y además las aulas eran públicas para todos los que quisiesen asistir á ellas, tanto eclesiásticos como seglares, y para la validacion de los cursos fué incorporado á la universidad de Alcalá.

En este mismo año de 1567, en 6 de abril, la Orden de San Gerónimo celebró Capítulo general en San Bartolomé de Lupiana, al que asistio el doctor Velasco, del consejo y cámara de S. M., en cuyo real nombre presentó la escritura de fundacion y dotacion del nuevo monasterio de San Lorenzo para que la Orden la aceptase, á la que iban unidas algunas otras peticiones, que sin discusion de ningun género fueron aceptadas y concedidas. Lo mas notable que á instancia del rey concedieron en aquel capítulo fué, que el nuevo monasterio tuviese desde luego todas y cada una de las preeminencias que gozaban los monasterios antiguos; que los monjes, en llegando al numero de cuarenta, pudiesen elegir por votacion canónica prior de aquel monasterio, y que el elegido, atendiendo á lo mucho que le ocupaba el cuidado de la obra, no pudiese ser compelido á aceptar ningun destino ni cargo de la Orden; finalmente, se aprobó la creacion del seminario y colegio que el rey mandaba establecer en Parraces, y para que fuese su primer rector nombraron al P. Fr. Francisco de la Serena. Tambien quisieron mostrar á Felipe II su profunda gratitud por lo mucho que á la orden honraba, declarándole su insigne bienhechor, mandando que todos los monjes rogasen por él en la Misa, y decretando otros sufragios perpétuos, unos para durante su vida, otros para despues de su muerte. Restituido el doctor Velasco á la corte presentó al rey la aceptacion, dándole cuenta de lo que en el Capítulo se habia hecho, con lo cual se mostró muy complacido, y al instante dió las órdenes oportunas para la apertura del colegio y seminario, en los que comenzaron los cursos escolares el 19 de octubre de este mismo año.

Felipe II, establecido ya el colegio, volvió su consideracion á la Comunidad, á la que quiso ya dar mas union y estabilidad, haciendo que los monjes fuesen profesos de la nueva casa, que en la Orden de San Gerónimo equivale á comprometerse á vivir en ella toda la vida. Llevaba tambien en esto la mira de que algunos cuyas virtudes, honradez y utilidad le eran bien conocidas, se fijasen allí para siempre, y ayudasen sus deseos de adelantar la fábrica; y por medio de su secretario Pedro del Hoyo lo hizo saber á los monjes, que todos habian venido de otros monasterios. No dudaron estos en complacer al rey, que sabido su consentimiento quiso autorizar con su presencia la solemne ceremonia. Precedieron á esta las formalidades de ser propuestos uno por uno al Capítulo, de oir éste los informes, y admitirlos; y concluidas estas, el dia de los Inocentes del mismo año de 1567, hicieron segunda profesion siete monjes, los cinco sacerdotes, un corista y un lego, que era el insigne obrero Fr. Antonio de Villacastin. No pudo el rey disimular

la satisfaccion que sintió durante este acto religioso; ¡tanto era lo que anhelaba ver realizada su idea en lo formal y material! (1).

Mas á pesar de sus esfuerzos esta última parte adelantaba muy poco; en algunos puntos apenas se habian cubierto los cimientos; solo en la fachada de Mediodía se veia algun adelanto, pero tan lento, que llegó á desconfiar de verlo concluido en sus dias. Esta idea le entristecia, porque como él mismo se habia constituido (por decirlo asi) el inspector y sobrestante, pues dice el P. Sigüenza, que *cuando no cataban lo veian allí con cuatro ó cinco caballeros no mas*, estaba convencido de que no podia hacerse otra cosa, y que todos los esfuerzos eran inútiles. Entonces temió sin duda que si llegaba á morir la obra no continuase, y por esto sin duda mandó que las habitaciones todas, apenas estuviesen concluidas en la parte de cantería, se arreglasen completamente: de modo que en concluyendo el techo, las ponian pisos, puertas, ventanas y herrage; en una palabra, servibles de todo punto.

Por este tiempo, esto es, á fines del año 1570, tuvo el rey que acceder á los deseos del P. Fr. Juan de Colmenar, que con grandes instancias hacia tiempo le suplicaba le relevase del cargo de prior, que era superior á sus fuerzas, quebrantadas ya por los muchos años. Tuvo mucha dificultad en concedérselo, porque estaba muy satisfecho de sus relevantes prendas; pero convencido de lo justo de su súplica le admitió la renuncia, nombrando en su lugar al P. Fr. Hernando de Ciudad-Real, que era entonces Prior en Guadalupe, y que vino á tomar posesion á principios del año 1571.

A pesar de la lentitud con que crecia el edificio, los esfuerzos que se hacian eran tantos, que ya en este tiempo estaba levantado todo el lienzo que mira al Mediodía y gran parte de los de Poniente y Oriente, y por lo interior estaban cubiertos y puestos en perfeccion dos claustros de los pequeños, la mitad de otros dos, un lado del claustro principal y parte del otro, con la llamada iglesia vieja, que ya estaba concluida; mas como ha variado enteramente su forma interior, se hace preciso dar una idea de ella para que luego se comprendan bien algunas cosas que diremos adelante.

La disposicion y estension del local era la misma; pero arrimado á la pared del Mediodía, y á la altura de 15 pies, se formó un coro regularmente capaz con sillas altas y bajas, al modo que está ahora el de la iglesia principal, cuyas sillas son las mismas que ahora están en dicha iglesia arrimadas por toda la pared. Debajo del coro se arregló un aposento para el rey, con una tribunilla desde

(1) En el archivo de este monasterio se hallan aún las profesiones de estos primitivos monjes, escritas en vitela, y firmadas de su propia mano.

donde pudiese oir las Misas y Oficio divino, aunque muchas veces se subia al coro, y ocupaba la silla del ángulo á la derecha del Prior. Basta ver el local para conocer cuán reducido era todo esto: pero Felipe II ambicionaba ocuparlo mas que el mas rico palacio, y apenos estuvo concluido cuando se fué á vivir á él, siendo el primer habitante de aquel famoso edificio.

Considerada atentamente la parte que estaba concluida vió que ya era posible habitarla, y quiso que á imitacion suya los monjes viniesen al momento á ocuparla. Dispuso que se habilitasen del mejor modo posible las oficinas y habitaciones indispensables, y dió aviso á todos que queria (si era posible) que la festividad del Corpus de aquel año se celebrase ya en la iglesia provisional, ó de prestado, como la llama comunmente el P. Sigüenza. Todos se afanaron cuanto les fué posible para que se pudiese cumplir la órden del Rey, y se habilitaron en lo ya cubierto la botica, enfermería, refectorio, cocina, vertederos y algunas celdas. El dia 11 de junio asistió en la villa del Escorial á la última Misa, que celebró el Prior en el pequeño conventillo, y se volvió á dormir á su pequeño aposento debajo del coro. El dia 12 los monjes consumieron el Santísimo Sacramento, mataron las lámparas de la capilla, recojieron su pequeño equipaje, y se trasladaron á los cuartos que les habian preparado en la nueva fábrica. El 13 el Obispo de Cuenca Fr. Bernardo de la Frèsneda bendijo la iglesia y los claustros menores, para que pudiesen enterrarse en ellos los monjes. Lo restante del dia se consumió en los preparativos para la gran solemnidad, que era al dia siguiente. Los claustros que estaban hechos se adornaron con gracia y sencillez con yedra, flores y arbustos olorosos; la Comunidad celebró los Oficios y Misa con toda la solemnidad posible; y acudieron muchos á la procesion que se hizo por los claustros, y en la que el rey llevó una vara del palio, y las otras los caballeros que le acompañaban comunmente, que eran el Prior de San Juan Don Antonio de Toledo, Don Pedro Manuel y otros.

Ya desde este dia continuaron celebrándose los Oficios del coro sin interrupcion alguna, y para que tambien pudiesen comenzar á cumplirse los aniversarios, Misas y demás cargas que tenia determinadas, mandó Felipe II que viniesen ya los novicios que se estaban educando en San Bartolomé de Lupiana. Vinieron acompañándolos su maestro de novicios y otro monje, y el Prior hizo tambien venir doce de su monasterio de Guadalupe. Con esto se reunió ya un número de monjes capaz de celebrar con dignidad el Oficio divino, y de atender á los cargos que reclamaban, tanto los cuidados de la edificacion como el régimen y orden interior del monasterio. La primera fiesta que despues de la venida de estos monjes se celebró fué la del patron San Lorenzo; y para mas aumentar la solemnidad, vinieron los niños del seminario de Parraces, y delante del monarca y de los caballeros de su corte representaron en una tragedia latina el martirio del ilustre español San Lo-

renzo, con lo cual todos estuvieron muy regocijados, singularmente el rey, que miraba esta diversion como la flor que le anunciaba los abundantes frutos que reportaria de su piadosa fundacion.

Mientras Felipe II, sin olvidarse de los negocios del estado, atendia minuciosamente al adelanto de la fábrica del Escorial, su hermano Don Juan de Austria, prez y gloria de la casa de su nombre, y digno hijo del guerrero emperador Carlos V, engrandecia el nombre de la nacion española, ornaba su frente con frondosos é inmarcesibles laureles, y llenaba de consuelo y admiracion al mundo, humillando todo el poder de la media luna en la memorable victoria de Lepanto. Rezando Vísperas de la octava de Todos los Santos estaba el monarca de España sentado en la silla del coro provisional (que hace poco dije se habia hecho en la iglesia vieja) y en compañía de sus monjes, cuando entró D. Pedro Manuel, caballero de su cámara, manifestando en su semblante una grande alegría, y al acercarse á Felipe II dijo en voz alta: *Señor, aquí está el correo de Don Juan de Austria que trae la nueva de una gran victoria.* El rey permaneció impasible (*gran privilegio*, dice el P. Sigüenza, *de la casa de Austria, entre otros, no perder por ningun suceso la serenidad del rostro ni la gravedad del imperio*), solo hizo al caballero una seña para que esperase, y continuó en las Vísperas sin que se notase la menor alteracion en su semblante y serenidad habitual. Acabadas las Vísperas llamó al Prior, y le encargó mandase cantar un solemne *Te Deum;* y concluido éste, antes de retirarse á su aposento recibió con alegría y agrado la enhorabuena de toda aquella Comunidad, á quien dió á besar su real mano. Al dia siguiente se hizo una solemne funcion en accion de gracias, con procesion, *Te Deum* y Misa, y al siguiente un aniversario por todos los que habian muerto en aquella espedicion.

Como prendas de tan señalada victoria traia el correo de Don Juan el estandarte Real del turco, del cual creo no desagradará á nuestros lectores tener alguna noticia. Su figura era un cuadrilongo de tres varas poco mas ó menos de largo por dos poco mas de ancho; su materia, algodon y lino finísimo, sumamente bruñido y terso por ambos lados, y enteramente blanco el campo. En uno de sus lados estaban prolija y delicadamente bordados varios círculos, cuadrados y triángulos, y dentro de ellos el nombre de Dios repetido 28.900 veces, y por todo lo demás signos siriacos y turcos, con algunas sentencias del Alcoran, números y oraciones devotas. En el otro lado tenia junto al asta el nombre de Dios, y por todo el fondo colocados de dos en dos seis grandes círculos, en cuyo centro estaban escritos los nombres siguientes: Mahoma, Abibubcar, Omar, Odman, Alí, Haszen. Servíanle de orla, como en el otro lado, varias sentencias de su Alcorán, y terminaba en punta redonda, llena tambien, como todo lo demás, de letras, signos y números, todos muy significativos en las supersticiones de su sec-

ta (1). Habia tambien traido el correo un Alcorán magníficamente escrito y adornado, y cuatro de los faroles de la capitana, todo lo cual con el estandarte quiso Felipe II que se guardase en esta biblioteca para recuerdo de tan señalada victoria, y de que aqui habia recibido tan satisfactoria nueva; escepto dos de los faroles, que quiso se llevasen al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, como ofrenda de reconocimiento á aquella milagrosa imagen.

Establecida ya la Comunidad pensó el Rey en llenar otro de los objetos de su fundacion, que era la custodia y entierro de los cuerpos reales, para lo cual escribió la carta siguiente.

"El Rey.=Venerables y devotos PP. Prior, frailes y con»vento del monasterio de San Lorenzo el Real: ya debeis saber que »por nuestra orden y mandado estaban depositados los cuerpos de »la Serma. Reina Doña Isabel, mi muy cara y amada muger, »y del Sermo. Príncipe D. Carlos, mi hijo, que sea en gloria, »en los monasterios de monjas de la Madre de Dios de Consolacion »de las Descalzas, y de Santo Domingo el Real, estramuros de la »villa de Madrid, por el tiempo que fuese nuestra voluntad, hasta »que otra cosa proveyésemos: y porque agora habemos ordenado »que los dichos cuerpos se entreguen, como se ha hecho, á los »RR. en Cristo PP. Obispos de Salamanca y de Zamora, elec»to de Sigüenza, del nuestro Consejo, y á los Duques de Arcos »y Escalona, para que se trasladen y lleven á ese monasterio, co»mo lo hacen, y vos los encarguen, os encargamos y mandamos »los recibais luego en vuestro poder, y pongais en la iglesia de »prestado deste monasterio, en la bóveda que está debajo del al»tar mayor della, para que estén allí en depósito; y se haga escri»tura dello en la forma que convenga, hasta tanto que se hayan de »enterrar y poner en la iglesia principal dél, en la parte y lugar »que nos mandáremos señalar; que esta es nuestra voluntad. Fecha »en el Pardo á 6 de junio de 1573.=Yo el Rey."

En consecuencia de esta orden se hizo la traslacion de los dos reales cuerpos; y tanto el conducirlos como el recibirlos se hizo con toda la pompa y solemnidad posible. Desde Madrid vinieron acompañados por el camino de un crecido número de religiosos de todas las órdenes, de toda la Capilla Real, de los ya dichos Obispos de Salamanca y Zamora, de los Duques de Arcos y Escalona, del Limosnero mayor D. Luis Manrique, y de D. Rodrigo Manuel, capitan de la guardia de á caballo, con su gente, y otros muchos empleados y sirvientes en la casa del Rey. Llegados al monasterio hicieron formalmente la entrega al Prior y monjes, que celebradas

---

(1) Luis del Marmol hizo por mandado de Felipe II la esplicacion de dicho estandarte, que se conserva en esta Biblioteca, en un códice MS. colocado en el estante y número que indican los signos siguientes: Y—i;—13, al fin.

para cada uno sus Misas, vigilias y sermones, los colocaron en el lugar que designaba la carta del Rey, que es una pequeña bóveda que aún hoy se conserva debajo del altar mayor de la iglesia vieja. En cada una de las cajas se puso una memoria ó escrito que decia así.

En el féretro de Doña Isabel de Valois: "En este atahud está la Reina Doña Isabel, tercera muger del Rey D. Felipe nuestro Señor, II de este nombre. Fue hija de Enrico II y de Doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia; la cual murió en la villa de Madrid, en la casa real, á 3 de octubre, víspera del bienaventurado San Francisco, año de 1568. Fue depositado su cuerpo en el monasterio de las Descalzas, y desde allí fue trasladado á este monasterio de San Lorenzo el Real á 7 de junio de 1573."

En el del Príncipe Carlos: "En este atahud está el cuerpo del Sermo. Príncipe Don Carlos, hijo primogénito del muy católico Rey D. Felipe II de este nombre, nuestro Señor, fundador de este monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la Princesa Doña María, su primera muger; el cual murió en la villa de Madrid en el palacio real, vigilia del apostol Santiago, á 24 dias del mes de julio de 1568, á los 23 años de su edad. Nació á 9 de julio de 1545 en la villa de Valladolid. Fue depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid en el monasterio de monjas de Santo Domingo el Real, y de allí fue trasladado á este monasterio por mandado del mismo Rey su padre, á 7 de junio de 1573."

Luego que estuvieron depositados los dos cadáveres arriba dichos, quiso el Rey que tambien los de los monjes que habian muerto viniesen á su enterramiento, que era los claustrillos pequeños, que ya estaban concluidos. Se sacaron los huesos, y con toda solemnidad, y cantando el Oficio de difuntos, fueron trasladados. Entonces la casa é iglesia de la villa se arregló lo mejor que se pudo, y se trasladó á ella el hospital de los obreros para que estuviesen con mas anchura y comodidad; señalándoles tambien para campo santo el que habia servido para los monjes, y que dije está ahora entre el jardin y la villa del Escorial.

Despues de estas traslaciones se vino toda la familia real al nuevo edificio, para lo cual ya se habian arreglado en la parte de palacio algunas habitaciones. La Reina Doña Ana estaba en el último mes de su embarazo, y el dia de San Lorenzo se sintió fuertemente acometida de dolores. Quiso al momento trasladarse á Madrid, y en efecto se puso en camino; pero la indisposicion fue creciendo de modo que tuvo que quedarse en el pequeño pueblo de Galapagar, en donde en la noche del dia 12 dió á luz un infante, á quien pusieron por nombre Carlos Lorenzo. El Rey recibió mucho placer con el nacimiento de este niño; pero como siempre al estremo del gozo se halla comunmente el llanto, lo turbó la enfermedad de la Reina de Portugal Doña Juana, hermana de Felipe II. Fue progresivamente agravándose, y á 8 de diciembre de este año de 1573

pagó el comun tributo en uno de los aposentos del Escorial. Se la hicieron las exequias con la solemnidad posible, y despues un lucido acompañamiento la condujo al monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, que esta ilustre Reina habia fundado, y donde habia preparado su enterramiento. Los Reyes, sumamente afligidos, se retiraron al Pardo á concluir el invierno, segun tenian de costumbre.

CAPITULO IV.

Solemne traslacion de todos los cuerpos Reales al Escorial.—Huracán espantoso.—Diseño del templo, su autor, y asiento de sus primeras piedras.—Fiesta que ordenó el P. Villacastin.—Venida de Don Juan de Austria.—Noticia de un enorme pez.—Traslacion del Colegio y Seminario de Parraces al Escorial.—Nuevas dificultades en la fábrica de la iglesia.

Fúnebres habian sido las principales ocupaciones de los nuevos habitantes del Escorial durante el último medio año, y en Felipe II pareció que no habian hecho pausa durante su estancia en el Pardo, como lo demuestran las disposiciones que dictó al comenzar el año siguiente. En medio de los graves negocios de que tenia necesidad de ocuparse para el gobierno de tan vasta monarquía, habia estado meditando el modo de hacer la traslacion de los cuerpos de sus antiguos padres, hermanas y demás parientes, de un modo correspondiente á la dignidad de las cenizas que habian de trasladarse. Redactó una instruccion del ceremonial, solemnidad y formalidades que debian guardarse en dicha traslacion, tan detallada, que parecia no haberse ocupado en mucho tiempo de otro asunto. Bien quisiera copiarla íntegra, pero tanto por ser muy larga, como porque tendré que referir lo principal que en ella se ordenaba, la omito en gracia de la gravedad que me he propuesto. Apenas la tuvo concluida, con fecha 22 de enero de 1574 escribió al Vicario (el Prior estaba ausente) y monjes una carta firmada de su mano, y refrendada de su secretario Antonio Gracian, encargándoles que cumplieran en un todo lo que se les prevenia en la instruccion que les enviaba adjunta, que tambien iba firmada de su mano y refrendada de su secretario.

Con arreglo á ella, enfrente de la ahora llamada puerta de las Cocinas (que entónces era la única por donde se entraba á la parte ya edificada) y á diez pasos de distancia, se construyó un ancho estrado de veinte y ocho pies cuadrados, al que se subia por tres espaciosas gradas que le rodeaban, y que lo mismo que el tablado estaban cubiertas de terciopelo negro con franjas de oro. En los cuatro estremos se levantaban cuatro columnas con sus basas y capi-

teles, todas cubiertas de brocado, que sostenian un ancho pabellon ó dosel de la misma rica tela, con sus goteras, caidas y flecos preciosos, que lo hacian tan vistoso como digno. Debajo de este pabellon, y en el centro del tablado, habia un túmulo á manera de mesa, de 5 pies de ancho por 19 de largo, tambien cubierto de brocado. Desde este tablado hasta dar la vuelta á la fábrica, se habia puesto un espacioso palenque de madera, tanto por el decoro, como porque la mucha gente de la fábrica y pueblos circunvecinos no se agolpasen demasiado.

Al mismo tiempo, de los diversos puntos de España donde estaban depositados los cuerpos Reales, salian fúnebres cortejos, que con mucho acompañamiento de eclesiásticos y caballeros, con toda la pompa posible, y haciendo cuantiosos gastos, se dirigian en solemne procesion al Escorial. Los primeros que llegaron fueron el Obispo de Jaen y el Duque de Alcalá, que venian encargados de los restos mortales del emperador y emperatriz, de la princesa Doña María, y de Doña Leonor, reina de Francia, y de los infantes Don Fernando y Don Juan. Llegaron al pueblo de Valdemorillo el dia 2 de febrero, pasaron alli la noche descansando, y al dia siguiente partieron para el monasterio. Despues de mediodía, el clamoreo de las campanas anunció la proximidad de la comitiva, y el Vicario, revestido con los ornamentos sagrados, acompañado del diácono y subdiácono, y seguido de la Comunidad, salió hasta el estremo del palenque, desde donde volvieron al tablado que arriba dije. Mientras apeaban los féretros de las literas y los colocaban sobre el túmulo alto, la Comunidad cantó los responsos de costumbre, el capitan de caballos Don Rodrigo Manuel se situó con su guarda á los lados de la puerta, y los demás se colocaron en filas. Entraron en los claustros, donde estaban preparados otros dos túmulos, en los que descansaban los féretros segun iban llegando, mientras cantaban un responso. De este modo llegaron á la iglesia provisional, que estaba toda enlutada de terciopelo negro; por todo el rededor de la pared habia unos bancos para los eclesiásticos, enfrente otra fila para los caballeros, y junto al altar mayor otros asientos para los Obispos. Los cadáveres iban conducidos por los grandes y monteros por el orden siguiente: primero los dos infantes; seguian las dos reinas, y al fin el emperador y su esposa, que por el mismo orden fueron colocados en un túmulo levantado en medio de la iglesia, cubierto de ricos paños negros. La comunidad subió al coro á cantar las Vísperas de difuntos, con las que concluyó el Oficio de este dia.

Al siguiente, reunidos todos como en el anterior, se hizo el Oficio por solo el emperador Carlos V, celebrando la Misa el Obispo de Jaen, despues de lo cual dijo la oracion fúnebre Fr. Francisco de Villalba. Por la tarde se hizo el Oficio de sepultura, y cuando llegaron á la entrada de la bóveda esperaron hasta la conclusion. Entonces los encargados hicieron la entrega formal de los restos del

emperador al Vicario y convento por medio del secretario de S. M. Martin de Gaztelu, y ante el alcalde Martin Velazquez, y concluida esta formalidad los monteros depositaron el féretro en la bóveda. Por el mismo orden y con igual solemnidad se hicieron el dia 5 las honras por la emperatriz, en las que celebró el Obispo de Segorbe, y predicó el P. Fr. Francisco de Segovia; y al dia siguiente 6 de febrero cantaron la Misa y Oficio de ángeles por los Infantes.

Este mismo dia se levantó un viento tan espantoso, que llenó á todos de admiracion y temor, *porque parecia* (dice el P. Sigüenza) *que se habian abierto las puertas del infierno para arrebatar las piedras de esta casa*. Donde se cebó estraordinariamente fue en el tablado que estaba frente á la puerta de las Cocinas, del cual apenas dejó rastro. Se hallaban alli los guarda-joyas de S. M., acudieron multitud de obreros y peones, y aunque se les prometian buenos premios si salvaban los ricos brocados, nadie se atrevió á esponerse á una muerte casi segura, y los paños fueron sembrados por el bosque en tan menudos girones, que no se pudo aprovechar ni un trozo de media vara. ¡Tan horrible y furiosamente soplaba el viento! (1)

Por la tarde sosegó algun tanto, y dió lugar á que por el camino de Guadarrama llegase otro acompañamiento fúnebre, en que venian el Obispo de Salamanca y el Marqués de Aguilar conduciendo las cenizas de la infortunada reina Doña Juana, madre del emperador Carlos V, y de Doña María, reina de Hungría. Para su recibimiento, Oficio y sufragios, se hizo lo mismo que en los anteriores, como estaba prevenido en el ceremonial ó instruccion de Felipe II, comenzando por Doña Juana llamada la *Loca*; y al concluir el Oficio de cada uno de los cadáveres se hacia la entrega formal de él á la Comunidad, estendiendo el auto el secretario de S. M. Martin de Gaztelu ante el alcalde Martin Velazquez, y colocándolo luego en la bóveda (2). El cadaver de Doña Juana no se quedó en el Escorial como los otros, sino que concluido el funeral fue entregado al Obispo de Jaen y Duque de Alcalá para que lo condujesen á Granada, y lo depositasen en el panteon de los Reyes Católicos.

---

(1) Ya al principio he indicado lo mucho que los vientos se dejan sentir en este Sitio, particularmente en primavera: este hecho lo demuestra, y sería nunca acabar el referir los destrozos que ha hecho en varias épocas. Pero además del citado por el Padre Sigüenza, sirva de ejemplo de la impetuosidad y fuerza de los vientos un hecho que yo mismo he presenciado. En 1829 arrebató seis planchas de plomo unidas sobre la bóveda que cubre el altar mayor de la iglesia principal, que pesaron 49 arrobas, y las llevó como un ligero papel hasta cerca de la torre que llaman del Prior, á mas de doscientos pies de distancia, hundiendo con su peso parte del empizarrado y una bohardilla.

(2) Es muy notable que Felipe II, entre todas las personas Reales, solo separase de esta solemnísima pompa fúnebre á su tercera esposa Doña Isabel de Valois, y al príncipe Carlos, su hijo, cuyos cadáveres fueron conducidos poco tiempo antes, como queda dicho.

Esta señora y su esposo estuvieron destinados á viajar despues de muertos.

Los monjes, cumpliendo luego lo prevenido por el rey, pusieron en cada una de las cajas, envuelto en un tafetan doble, un pergamino en que estaba escrito el nombre de la persona cuyo era aquel cadaver, y el dia, mes y año de su nacimiento y muerte, con la fecha de esta solemne traslacion, al modo que dije se habia hecho anteriormente con los de la Reina Doña Isabel y el príncipe Carlos.

A fines del año 1574 se hallaba bastante adelantada la obra en todo el edificio, pero en la iglesia principal no se habia hecho mas que cubrir los cimientos hasta el nivel del suelo. Felipe II, que como punto el mas culminante de su idea tenia el mayor interés en que el templo, además de presentar alguna novedad, fuese tambien grande y magestuoso, no estaba contento con el plan de Juan Bautista de Toledo, que le parecia muy comun, y poco conforme con su idea. Por esta causa habia hecho traer planos y diseños de todas partes; y los arquitectos todos, ambiciosos de tener alguna parte en aquel edificio, gloria del siglo XVI, se esforzaron á competencia en combinar planes hermosos y magníficos. Todos los reconoció minuciosamente el monarca, y por fin se decidió por el que ahora se ve, presentado por un italiano llamado Pachote. Comunicó luego su resolucion, y se comenzaron á tomar las disposiciones necesarias para ponerlo por obra con la presteza con que era voluntad del rey se procediese en todo lo que al Escorial concernia.

El virtuoso lego Fr. Antonio de Villacastin quiso solemnizar el principio de la edificacion del templo; y bajo su direccion, y con mucho sigilo para que causase mas sorpresa, dispuso la funcion siguiente. Desde la cantera donde se habian sacado las primeras piedras que habian de colocarse (1), salió un escuadron que formaban como unos mil hombres de los que trabajaban en la fábrica. Componian la vanguardia los peones, que adornados con los trajes mas vistosos que les fue posible, venian ostentando los instrumentos propios de su oficio, como picos, escodas, palas, azadas, batideras y azadones; seguia en pos otro lucido escuadron de infantería, que formaban los destajeros, maestros y oficiales, vestidos á la suiza, con picas, lanzas y arcabuces, y por conclusion venian cuatro vistosos carros triunfales, adornados con yedra y variedad de flores, tirados por cuatro cuadrillas de los bueyes de la fábrica, que conducian sus respectivos mayorales, todos engalanados con sumo gusto. En el primer carro venia una imagen de San Pedro, piedra angular sobre la cual edificó su Iglesia Jesucristo; en el se-

(1) Las principales canteras de donde se sacaba la piedra para la fábrica, estaban en la Alberquilla, en la Fresneda, y en el arroyo del Sacedon.

gundo otra imagen de San Lorenzo, á cuya invocacion y patrocinio iba á levantarse el nuevo templo; en el tercero las cuatro virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, bases sobre las que se levanta el magnífico edificio de la virtud; y en el último las tres Marías, que preguntado el P. Villacastin qué significaban en aquella fiesta, dijo venian en representacion de los monjes y almas devotas que habian de buscar en aquel templo al Señor, como las Marías habian ido á buscarle al sepulcro. Dentro de cada uno de estos carros venia una enorme piedra que habia de servir de base en cada una de las colosales pilastras del templo. Llegados al Sitio apearon las piedras y las colocaron en sus lugares, y luego los de la comparsa danzaron, escaramuzaron é hicieron varios alardes, terminando la funcion de este dia, que fue el 7 de marzo de 1575, con la corrida de un novillo muy bravo, que divirtió muchísimo sin causar daño.

Tras este placer tuvieron á los ocho dias el de ver en el Escorial al ilustre vencedor de Lepanto, al valiente joven Don Juan de Austria, que despues de ver detenidamente la fábrica, visitó lleno de amabilidad á todos los monjes, singularmente al P. Fr. Juan del Colmenar y al Prior Fr. Hernando de Ciudad-Real, ambos postrados ya en la cama por sus muchos años y achaques. De aqui partió el esforzado hijo del Cesar para Valladolid á despedirse de la esposa de Luis Quijada, á quien amaba como á madre por el mucho esmero con que le habia criado.

Poco despues el rey admitió la renuncia al P. Fr. Hernando de Ciudad-Real, y nombró para que le sustituyese en tan honroso cargo al P. Fr. Julian de Tricio, que fue al momento confirmado por la Orden en 20 de mayo de 1575.

En este mismo año, hallándose aqui el rey con toda la Real familia, vinieron á presentarle las quijadas de un descomunal pez, cuyas dimensiones, si no se vieran descritas por dos tan graves testigos como el P. Sigüenza y Cabrera, que vivian y escribieron en aquella época, parecerian una fábula. Tal vez sería una enorme ballena; pero daré las noticias que trae el P. Sigüenza para que se pueda formar idea, aunque la designa con otro nombre. Desde una nave que se hallaba en el Océano, no lejos del estrecho de Gibraltar, descubrieron los marineros un enorme mónstruo marino que les puso espanto. Le tiraron un cañonazo, y la bestia, herida en una de las aletas, rompió por el estrecho con espantosa violencia, y fue á encallarse en la playa de Valencia, junto al lago de la Albufera, donde la encontraron muerta el dia del Corpus del año 1574. La longitud de su cuerpo era de ciento cincuenta palmos, y su grueso por lo mas ancho como una torre de cien palmos de circunferencia. Tenia la cabeza tan desmesuradamente grande, que podian colocarse siete hombres en el cóncavo de los sesos; por su boca podia entrar cómodamente un hombre á caballo, y sus ojos eran grandes como una rodela. Eran además de admirable grandor los miembros de la

generacion, y sus dos alas eran como las de una galera. Tan colosales dimensiones se conciben á la vista de las quijadas que se conservan, que tienen cada una diez y seis pies de largo, con veinte dientes por banda, algunos de media vara, los mas pequeños de un palmo. El vulgo lo llamó *pez mular* por la semejanza de las partes generativas con el mulo, mas el P. Sigüenza és de opinion que podria ser un canis carcaria macho. Felipe II quiso que estas enormes quijadas se conservasen en San Lorenzo para admiracion de cuantos las viesen, y para memoria de haberse cojido en su tiempo animal tan poco conocido y disforme. En consecuencia se colgaron de unas argollas de hierro en el lugar donde todavía se conservan, que es el záguan que hay entrando por la puerta de las Cocinas.

A 9 de julio de este mismo año tuvieron los reyes el disgusto de perder á su hijo el infante Don Carlos Lorenzo, que murió en Madrid, desde donde vino encargado de su cadaver Don Juan Manuel, Obispo de Sigüenza, que lo entregó al Prior y monjes con las formalidades de costumbre. La Comunidad le cantó el Oficio de ángeles, y lo depositó en la bóveda donde descansaban sus mayores. Este disgusto se templó algun tanto con el nacimiento del infante Don Diego, tercer hijo de la reina Doña Ana, que sucedió el 12 del mismo mes y año.

Si la posicion de un monarca absoluto en aquellos tiempos; si las complicadísimas, difíciles y estrañas combinaciones políticas que entonces se ponian en juego; si la Europa entera amalgamada contra Felipe II no nos manifestase cuánto tenia que trabajar para contrarestarlas y destruirlas, y cuánto estudio, teson y asiduidad necesitaba para el gobierno de tantos y tan diseminados dominios, pareceria que el Monarca de España no se ocupaba de otra cosa que del convento que estaba edificando. Pero aunque asi parecia contemplándole en el Escorial, sin embargo, desde su pequeño aposento debajo del coro, desde aquel poco antes rudo desierto, su poder y su talento político se hacian sentir en ambos mundos, como si la política sola le ocupase. Pero sin abandonar esta, pasaba la mayor parte del año en su nuevo Sitio; y el cuidado de la fábrica, el prevenir, disponer é inspeccionar cuanto se hacia, el alternar con los monjes en las divinas alabanzas, el dar impulso con su presencia á todo, era su diversion favorita, el descanso que tomaba de sus grandes afanes y cuidados políticos.

Pensó por este tiempo en trasladar al Escorial el Colegio y Seminario que provisionalmente se habia establecido en Parraces; y apenas lo indicó cuando se vió acometido por todas partes de los que querian que aquella abadía volviese á salir de la jurisdiccion de los monjes. Unos le aconsejaban lo diese á la orden de San Francisco; otros que fundase un monasterio separado; algunos que se entregase á clérigos seglares. Esta última idea llegó a ganar tanto terreno, que ya Felipe II habia solicitado é impetrado un breve

del S. P. Gregorio XIII para ponerlo por obra. Pero para proceder con mas acierto en medio de tan encontrados pareceres, comisionó al Presidente del Consejo de Ordenes, que lo era entonces Don Antonio de Padilla, para que le informase de lo mas conveniente. Vino este caballero al Escorial en 15 de junio de 1575, y despues de un detenido examen, y de acuerdo con el Prior Fr. Julian de Tricio, convinieron en que en el monasterio de Parraces (luego que de él saliese el Colegio y Seminario) quedasen nueve monjes y un Vicario, dependientes y bajo las órdenes del Prior de San Lorenzo, del cual serian súbditos como profesos de dicho Real monasterio.

Conformóse el rey con este arreglo, y en su consecuencia encargó al Prior la formacion de las leyes ó constituciones que debian regir en adelante, tanto en el monasterio de Parraces como en el Colegio, reservándose él mismo reconocerlas y corregirlas, como lo hizo. Luego en 25 de setiembre se verificó la traslacion, colocándose ambas corporaciones en el claustro llamado de la hospedería, donde ya estaba dispuesto, aunque con estrechez, todo lo necesario, tanto para las celdas de los veinte y cuatro monjes colegiales, como para los niños del seminario. Se dispusieron tambien aulas donde se reuniesen á oir las esplicaciones, y se habilitó una capilla donde los seminaristas cantasen la Misa de alba, y los colegiales tuviesen su rezo, lo que ahora es la portería principal.

Tambien con su anuencia destinó el Prior algunos monjes para que fuesen á ocupar el monasterio de Parraces, con arreglo á lo prevenido en las constituciones, que decian: "Primeramente estatuimos y ordenamos, que en la dicha casa de Parraces residan perpetuamente (mientras otra cosa no fuere nuestra voluntad) nueve religiosos de San Lorenzo y un Vicario, que por todos sean diez, ó mas ó menos, como al Prior de San Lorenzo que por tiempo fuere le pareciere: presupuesto que no ha de haber mas número de los que precisamente sean necesarios para cumplir las obligaciones de aquella abadía."

Al mismo tiempo quiso que los monjes mas inteligentes se ocupasen en la formacion de las costumbres monásticas que habian de observarse en el monasterio; y en esto ocurrieron algunas dificultades, porque como los monjes mas ancianos, inteligentes y condecorados habian venido de diferentes monasterios, cada uno se afanaba por plantear en este las costumbres que en su casa aprendiera, lo cual los hacia andar muy discordes. Esto produjo en la corporacion tantos disgustos, que los monjes que habian venido del monasterio de Guadalupe se marcharon, y á pesar de las instancias y buenos deseos del rey, las costumbres quedaron á medio redactar, y sin aprobacion ni formalidad alguna.

A 5 de octubre tuvo tambien la Comunidad el sentimiento de perder á uno de sus mas respetables individuos, al P. Fr. Juan del Colmenar, primer monje que pisó el Escorial, primer Vicario y se-

gundo Prior de él. Murió lleno de dias y buenas obras, dejando grata memoria de su ejemplar vida.

Despues de la fiesta con que el P. Villacastin habia inaugurado la fábrica del templo se habia trabajado en él con grande prisa, y el dia de San Basilio (14 de junio de 1575) se sentaron las basas de los enormes pilares que sostienen toda la obra. Los encargados inmediatamente de la ejecucion eran dos maestros aparejadores llamados Tolosa y Escalante, á cuyo cargo estaban las cuadrillas de canteros, albañiles y peones necesarios. Mas de un año trabajaron con ardor y esmero, pero sus esfuerzos se quedaban en zaga de los deseos de Felipe II, á quien otra vez volvió á asaltar el temor de que no veria realizada su idea por muchos años de vida que Dios le concediese. Media en su imaginacion la grandeza del templo, y calculando por lo que en un año se habia hecho, desfallecia su esperanza; pero con aquella fuerza de voluntad que le caracterizaba, trató de buscar los medios de remediarlo. Llamó á su presencia á los dos maestros encargados, y les hizo indicar todos los medios que podrian adoptarse para que la fábrica de la iglesia avanzase mas. Escalante y Tolosa apuraron su imaginacion y sus conocimientos en el arte, pero todo lo que se atrevieron á ofrecerle fue que haciendo el último esfuerzo posible, se haria mucho si cada año se ponia una hilada de piedras en todo el contorno de la iglesia. ¡Calcúlese á la simple vista la elevacion de esta, y las numerosas hiladas de piedra que contiene, y se podrá inferir fácilmente lo desanimado que quedaria el rey, viendo la necesidad de consumir tanto tiempo y dinero sin tener el placer de verlo concluido; ó de arrostrar el disgusto de abandonar la empresa.

Pero esto último se avenia muy mal con su caracter, y en medio de tal apuro aún quiso recurrir á los conocimientos del lego obrero. Para que Su Magestad no le empeciera, y dijese francamente su parecer, comisionó al Conde de Chinchon, encargándole esplorase disimuladamente su modo de pensar. Verificólo el Conde, y Fr. Antonio le contestó estas breves palabras: *Si S. M. quiere ver pronto concluida la iglesia, que traiga muchos cabos.* No entendió el Conde lo que en esto queria decir, y tomando por el brazo al humilde lego, le condujo á la presencia del rey, á fin de que esplicase su lacónica respuesta. Hízolo el P. Villacastin, manifestando que el único medio era multiplicar los maestros y dar la obra á destajo. De este modo, no solo se adelantaria mucho, sino que entrando entre los maestros destajeros la codicia y emulacion, el trabajo seria mejor y mas activo. Se amparó el monarca de esta idea como de la única áncora de esperanza, y en noviembre de este mismo año de 1575 mandó despachar cédulas por todo el reino, invitando á todos los maestros á que viniesen á hacer proposiciones para tomar por su cuenta los destajos, debiendo presentarse en el Escorial para el dia de Navidad. Entre tanto el P. Villacastin y Juan de Herrera, por encargo especial del rey, dividieron la obra de la iglesia

en diez destajos con la mejor y mas justa proporcion posible, para que los maestros pudiesen tomarlos con iguales condiciones, por haber en ellos muy poca ó ninguna ventaja ni desventaja; arreglaron el pliego de condiciones, y lo tuvieron todo preparado para la época señalada por el fundador.

CAPITULO V.

Dejó de dirijir la obra el arquitecto Juan de Toledo, y le sucede Juan de Herrera.—Nuevo método de edificar propuesto por Herrera, y la oposicion que encontró.—Division de la fábrica por destajos.—Principio de la Biblioteca.—Alboroto de los canteros.—Otros pormenores sobre la familia Real.

Una de las cosas mas estrañas en la historia del P. Sigüenza es, que al comenzar á hablar de Juan de Herrera diga sencillamente que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo, pero sin decir si este último habia sido despedido por el rey, si se habia marchado voluntariamente, ó si se habia inutilizado; é igual silencio guardan el P. Fr. Juan de San Gerónimo y el P. Villacastin en sus memorias manuscritas, sin que haya quedado rastro alguno de cuál fuese la causa de abandonar la obra comenzada. Probablemente sería por falta de salud, pues la tradicion asegura que murió en Madrid por este tiempo, y Don Juan Agustin de Cean trae su testamento. Mas aun cuando así fuese, parece no debian pasar en silencio una circunstancia tan notable, como era dejar de dirijir la obra persona tan señalada como la que habia dado el plan, abierto los cimientos y conducido la obra al estado que tenia en 1575, mucho mas cuando en sus escritos descienden á pormenores á veces tan nimios é insignificantes.

Mas sea el que fuese el motivo, lo cierto es que comienza una nueva época para la fábrica; Juan de Herrera era ya el encargado de ella en lugar de su maestro. El rey habia venido á pasar en el Escorial la Pascua de Navidad, con el objeto de presenciar la inauguracion de esta nueva época, enterarse del repartimiento de los destajos, y admitir á los nuevos maestros. Para esto último, y para lo que en adelante ocurriese, creó una *congregacion de obras y fábrica* compuesta del Prior, el arquitecto mayor, el obrero mayor, el veedor y el contador, sin ninguna retribucion, y con encargo de hacer los ajustes, reconocer y tasar las obras, y formar las condiciones de los laborantes en todas materias.

Nombrada la congregacion luego para 1.° de enero de 1576 se

presentaron hasta sesenta maestros de los mas inteligentes en cantería, y entre estos y los que ya de antemano trabajaban quedaron elegidos veinte, los que segun los informes y pruebas aparecieron mas conocedores y esperimentados; y á los que no cupo parte en este trato, mandó el rey se les diesen dos ducados por cada dia desde que salieron de su casa hasta que volvieron á ella, computando á razon de ocho leguas cada jornada. Verdaderamente que en lo que respecta á la fábrica del Escorial, Felipe II no puede presentarse mas justo y humano.

Los que tomaron los destajos fue con las condiciones siguientes: que cada destajo sería tomado por dos maestros, para que si muriese ó faltase uno quedase el otro; que cada destajo habia de tener una cuadrilla al menos de cuarenta oficiales, y de este número para arriba los que quisiesen; que á estos oficiales se les darian mensualmente doscientos ducados, y si eran mas de cuarenta se aumentarian en proporcion; finalmente, que concluida la obra sería tasada por la congregacion de fábrica, y con arreglo á su dictamen serian puntualmente pagados los maestros destajeros.

Aunque ni el caracter de Felipe II, del cual dice el P. Sigüenza *que tenia en sí tanta magestad que ninguno le habló jamás que por lo menos no sintiese en sí notable mudanza*, ni la forma de gobierno daban mucha libertad á sus vasallos para manifestar francamente su opinion, sin embargo, era tanto lo que se ponderaba entonces el coste del Escorial, tanto lo que se murmuraba de las cantidades ya invertidas, que llegó á llamar la atencion del rey; y bien fuese para acallar esta murmuracion general, ó ya para tener él mismo un dato seguro, mandó á su arquitecto Juan de Herrera que formase un cálculo aproximado de cuánto costaria el todo de la obra, y lo mismo encargó á Fr. Antonio el obrero. El primero calculó millon y medio de ducados; el segundo no quiso pasar de seiscientos mil. Lo primero le pareció mucho, lo otro poco; mas tomando un medio entre dos estremos, ya pudo formar su cuenta: el tiempo demostrará cuál de los dos fue el mejor calculista en obra de tan grandes dimensiones.

Juan de Herrera, que á la esperiencia de trece años que habia pasado al lado de Juan Bautista de Toledo recibiendo las lecciones de aquel famoso y consumado arquitecto, unia un talento claro, un ingenio sobresaliente y muchísimos conocimientos matemáticos, luego que se encargó de la obra como gefe principal, propuso para el mayor adelanto y mejor éxito de la fábrica un método ingeniosísimo, y para aquellos tiempos enteramente nuevo en España, que consistia en que la piedra toda se labrase en las canteras, de modo que en el edificio ni en las inmediaciones apenas se oyese golpe de pico ó martillo. El quedaba encargado de dar todas las plantillas, y los maestros de ejecutarlas por medio de sus oficiales. Como era método enteramente nuevo, y sus ventajas desconocidas, nadie podia comprenderlo con la claridad que su autor; y á todos los maes-

tros, y aun al mismo P. Villacastin, pareció que este sistema sería inexacto, embarazoso y de mucho mas coste; y tan convencidos estaban de esto, que acudieron en queja formal á la junta de fábrica, y aun al mismo rey. Apoyaban su oposicion en la dificultad de que todas las piedras se labrasen con la debida exactitud no haciéndolo junto á donde debian colocarse; y en que se desportillarian al cargarlas y descargarlas. Añadian que los oficiales, teniendo que estar contínuamente en las canteras, quedaban enteramente espuestos á los frios y vientos rigorosos de invierno, y á los abrasadores calores del verano; que ni tendrian donde proveerse de lo necesario para sus alimentos y refrescos, ni proporcion para componer sus picos, escodas, cinceles, macetas y demás instrumentos de cantería, que se estaban rompiendo y desportillando cada instante. Ponderaban lo poco y mal que se trabajaria teniendo que estar los maestros separados de los oficiales, porque si asistian á ver cortar y labrar las piedras tenian que descuidar á los que las colocaban en el edificio, ó al contrario, lo cual causaria no pequeño desorden, y poca actividad en el trabajo.

Estas razones y otras que alegaban, apoyadas en el voto del Padre Villacastin, que era de tanto peso para el rey, casi le decidieron á desechar el plan de Herrera; mas este le suplicó que oyese al ménos sus razones, y luego mandase adoptar lo que mas le pluguiese. Hizo ver que el método que proponia no era nuevo ni desconocido, puesto que los griegos y romanos lo habian usado con tan buen éxito, y que todavía los restos de su arquitectura arrebataban nuestra admiracion y permanecian aún desafiando los siglos, y resistiendo á la mano destructora de los tiempos bárbaros. Que los inconvenientes que los demás encontraban no existian en la realidad, pues las piedras labradas en la cantera quedarian tan perfectas y ajustadas como si lo fuesen al pie de la obra. De tiempo y coste se ahorraba muchísimo, pues una vez cargadas en la cantera en las carretas ó cangrejos, desde ellos mismos se guindaban y subian al lugar donde debian colocarse, cuando por el método antiguo no se podia prescindir de acarrear mayores pesos, de cargarlos y descargarlos dos veces, lo cual empleaba muchos peones y tiempo, y aumentaba la confusion en las inmediaciones de la obra; y al contrario, con el plan por él propuesto en todas partes andarian desembarazados y espeditos. Finalmente, hacia consistir en la adopcion de su método la uniformidad, hermosura y buen asiento de las piedras, que particularmente para el interior de la iglesia no habian de venir de todo punto labradas, sino con un grueso de cordel mas, y sin escodar, lo cual ahorraba poner cuñas entre piedra y piedra para nivelar las fases esteriores de una y otra, y no se perdia el trabajo de pulir y labrar los cuatro lados; y con una sola lechada de cal, y un simple lecho de conjuncion, las piedras quedarian muy compactas entre sí, y no dejarian huecos y falsías en su asiento. En cuanto á la descomodidad de los oficiales habia mil medios de evi-

tarla, tanto para librarlos del rigor de las estaciones, como para proveerlos de herramientas, víveres y refrescos.

La cuestion, sin embargo, llegó á hacerse tan acalorada, y sostenia cada parte su método con tanto empeño, que el mismo rey quiso ser el juez de esta contienda; y para poder juzgar por los hechos, despues de oidas y examinadas las teorías de unos y otros, mandó á Juan de Herrera que ensayase el plan que habia propuesto. Así se ejecutó, y Felipe II por espacio de algunos dias presenció varias veces el modo de cargar las piedras en la cantera por medio de una máquina llamada *cabrilla;* cómo en la fábrica la grua las pescaba desde la misma carreta sin tenerlas que descargar; y en fin; el facil modo de colocarlas, y el buen asiento y hermosura que resultaba. Con su talento perspicaz conoció que efectivamente Juan de Herrera habia discurrido con acierto, y que su manera de edificar ahorraba mucho tiempo, hombres y dinero. Solo le quedó una dificultad, que no comprendia bien; cómo la iglesia despues de concluida podria pulirse y escodarse del grueso de cordel que tenian las piedras de mas en los paramentos llanos, porque las cornisas y molduras se sentaban ya de todo punto labradas y pulidas; mas el entendido arquitecto hizo en su presencia algunas pruebas, y le dejó plenamente convencido.

En consecuencia, mandó que el plan de su arquitecto mayor se guardase en todas sus partes, y le autorizó para tomar cuantas disposiciones creyese convenientes. Como por encanto en muy pocos dias pareció surgir del suelo y estenderse una populosa ciudad en cada una de las canteras. Fraguas, talleres, casas de obra y de madera para refugiarse los trabajadores, grandes toldos de lienzo y tiendas de campaña, cantinas y puestos de comestibles, todo lo que podia necesitarse se proveyó y acumuló allí con una presteza imponderable. Juan de Herrera, joven, y mas interesado que nadie en el buen éxito del plan que propusiera, discurria sin cesar desde la fábrica á las canteras y desde estas á la fábrica; ya dando las plantillas é instruyendo á los canteros en el modo de ejecutarlas, ya presenciando el sentar de las piedras, ya trazando las máquinas; de modo que no paraba ni un momento.

Aumentaba su trabajo y afan la resistencia que oponian los maestros y oficiales á la ejecucion de su nuevo método, que detestaban á pesar de sus ya conocidas ventajas, sin mas razon que porque era para ellos una cosa nueva. ¡Tan dificil es en todas cosas cambiar de repente los hábitos y costumbres de largos tiempos adquiridos! El mismo Felipe II necesitó hacer un esfuerzo, y en este año tuvo precision de multiplicar sus viajes al Escorial, para con su severidad y presencia sostener el plan de su arquitecto. Costó, no hay duda, algunos esfuerzos; mas produjo tan prontos y visibles resultados, que la iglesia principal, que por el método seguido por Tolosa y Escalante hubiera tardado muchísimos años en edificarse, y tal vez nunca se hubiera acabado, con el nuevo plan, la actividad

y el celo de Herrera, á lo que se unia el interés é inteligencia del veedor García de Brizuela y del aparejador mayor Mateo de Minjares, crecia pór momentos, de modo que en lo restante del año 1576 subió la fábrica del templo por igual 30 pies, esto es, hasta el nivel de la planta segunda; y el dia 11 de noviembre Gregorio de la Puente, que tenia el destajo que comprende el pilastron que está junto á la sacristía, colocó en él la primera piedra á dicha altura, escribiendo en ella: *treinta pies* (1).

Lleno ya de confianza y satisfaccion se volvió el rey á Madrid, porque Herrera habia disipado todos sus temores, y calculaba ya poderse recrear en su obra. Sin embargo, no por esto levantó mano; el 7 de marzo del año siguiente volvió para acabar de allanar las pequeñas dificultades que el nuevo plan ofrecia; continuó hasta pasar la Semana Santa, que empleó enteramente en los ejercicios devotos propios del tiempo, cuya costumbre conservó ya todo el resto de su vida. Esperó luego la celebracion del aniversario de la emperatriz su madre, y partió para Madrid el dia 2 de mayo.

A poco tiempo se trasladó al nuevo edificio con toda la Real familia, y en su compañía pasaba el tiempo, unos ratos visitando, impeccionando y animando los obreros, otros en la caza, que ya habia mucha en estos amenos bosques; alternando estos entretenimientos con los ejercicios de devocion, á los que rara vez faltaba en compañía de los monjes. Desde aqui envió á llamar á su hermano Don Juan de Austria, que llegó á principios de setiembre; y despues de haberle instruido de sus intenciones respecto á los paises de Flandes, donde le enviaba como gobernador, marchó con él á Madrid el 22 de dicho mes, y desde allí le despidió para aquella jornada, donde habia de terminar su tan corta como gloriosa carrera.

Se retiró el rey como de costumbre al Pardo en la estacion rigurosa de invierno, y desde allí con fecha 9 de noviembre avisó para que fuesen á traer un Crucifijo de mármol que le regalaba el Gran Duque de Toscana. En cumplimiento de este mandato partió Bautista de Cabrera con 50 peones, que llegaron al Pardo en el mismo dia, y estuvieron de vuelta el dia 11, trayendo en hombros y en procesion, como habia venido de Barcelona, el nunca bastante ponderado Crucifijo de mármol, obra de Benvenuto Celino, de cuya imagen me ocuparé mas detenidamente al describirla en el lugar que ahora ocupa. Entonces quiso Felipe II que se colocase en la sala capitular en el lienzo de la puerta, hasta que otra cosa determinase (2).

(1) Fr. Antonio de Villacastin, Memorias MSS., fol. 41.

(2) Fr. Antonio de Villacastin, Memorias MSS., fol. 40. En la misma página á continuacion puso la siguiente nota. «El que hizo este Crucifijo escribió un libro que se intitula *Benvenuto Celina*, del modo que se ha de tener para labrar en mármol, en el cual libro trata del trabajo que tuvo en labralle, y la curiosidad con que lo acabó, y cómo es la primera pieza de Crucifijo que se ha labrado hasta este dia. Tiene tambien el dicho libro al cabo de él dos sonetos en toscano admirables.»

A pocos dias vino á ver el estado de la obra á principios de diciembre, y el 11 partió para Guadalupe á la entrevista que tuvo con el malogrado rey de Portugal Don Sebastian, que no queriendo hacer caso de los consejos del esperimentado Felipe II, fue víctima de su valor en las inmediaciones de Africa. Concluida la conferencia se volvió á visitar su nuevo edificio, á donde llegó el 19 de febrero, y quedó sumamente complacido, no solo por lo mucho que habia adelantado la obra, sino por la buena armonía que observó entre el arquitecto, obrero, aparejador y demás empleados, y por el orden, celo y esmero con que procuraban servirle, tanto que aunque todo lo inspeccionó y recorrió detenidamente, nada encontró que reprender ni que advertir.

Contento, pues, del estado en que se encontraba la parte material, satisfecho de la virtud y observancia de los monjes, y lleno de confianza en que tendria tiempo de ver realizada su idea, quiso comenzar á fundar tambien la famosa Biblioteca. Dió 2.000 ducados para que se hiciese una librería para uso de los monjes, que queria fuesen al par que virtuosos instruidos, mandando tambien que en todas las celdas se pusiesen libros de ciencias eclesiásticas para que se ejercitasen en el estudio. La Biblioteca se colocó en el claustro principal alto, donde despues estuvo el dormitorio de los novicios, y el mismo Felipe II encargó su custodia y clasificacion al P. Fr. Juan de San Gerónimo, á quien se hacian las entregas de los libros que iban llegando. Ya entonces comenzó á ser célebre y selecta esta Biblioteca, porque por este tiempo se le unió la del docto Don Diego de Mendoza, hombre tan conocedor y de tanto gusto en los libros, que los que le pertenecieron son aún los mas estimables que posee. Tambien se comenzó en este año á trabajar en los libros del coro, para lo cual reunió los mejores pendolistas que se encontraron en aquella época, y que se hicieron con tal coste y lujo, que dificilmente se les encontrará igual en el mundo. Al hacer su descripcion diré todos los pormenores de esta famosa coleccion de libros de canto.

Entretenido en todos estos objetos pasaba alegremente los dias en el Escorial el monarca de España; y aunque los negocios y cuidados del gobierno le obligaban á abandonarlos, siempre era de modo que no faltase, no solo al cuidado de la fábrica sino tambien á los ejercicios de devocion. La Semana Santa del año 1577 la pasó entre sus monjes, siguiéndoles en sus largos y devotos rezos, y en todas las ceremonias y prácticas de tales dias, y al momento se volvió á la corte.

Apenas se habia marchado, cuando un incidente en su origen de muy poca monta vino á alterar la paz y buen orden que hasta entonces habian reinado en la fábrica y sus dependencias. En la tarde del 20 de mayo, el alcalde mayor de la villa del Escorial, que lo era el licenciado Muñoz, sacó de la iglesia (donde se habia refugiado) á un cantero que habia cometido un delito de poca considera-

cion, y lo puso en la carcel pública, á donde llevó despues otros tres que habian sido cómplices en el delito. Asi que los tuvo presos, mas con ánimo de atemorizarlos que de ejecutarlo, mandó preparar cuatro asnos, diciendo que al dia siguiente los habia de mandar azotar en público. Los cuatro presos eran vizcainos, de cuya provincia habia muchos entre los canteros; y al saber la afrenta que iban á sufrir sus compañeros, llevados del amor de paisanaje, de los fueros de su provincia y de la hidalguía de que tanto se precian, comenzaron á decir que no debian tolerar que sus camaradas sufriesen tamaña afrenta, ni que con tal baldon se infamase á vizcainos; y corriendo la voz de unos en otros, llegaron á alborotarse en términos que se reunieron para impedir por la fuerza el castigo de sus paisanos, si no se les otorgaba de grado su perdon, ó al menos no se conmutaba la pena. El alcalde, creyendo que con ceder menoscababa su autoridad, insistió en que se llevaria á efecto la sentencia de azotes; y entonces los obreros, á las voces de muera el alcalde mayor, mueran los alguaciles, se dirijieron á la villa armados con sus espadas. Sitiaron la carcel, pusieron sus centinelas, y permanecieron en vela toda la noche, resueltos á repeler con la fuerza al que intentase molestar á los presos en lo mas mínimo. Avisados el alcalde y alguaciles del furioso tropel que contra ellos se dirijia, trataron de evitar el primer ímpetu de aquellos hombres coléricos, y favorecidos por la oscuridad de la noche lograron ponerse en salvo; y lo hicieron muy oportunamente, porque al amanecer ya tal vez hubiera sido tarde. A los primeros albores, algunos de los amotinados comenzaron á tocar á rebato la campana con que se hacia señal para comenzar el trabajo, y apenas la oyeron cuando las canteras, los talleres, el monasterio y todas sus dependencias quedaron enteramente abandonadas. Los peones todos corrieron á unirse con los amotinados, que levantaron una bandera, y á son de tambor se posesionaron de la villa, habiendo ya nombrado su capitan, y armádose cada uno de lo que encontró mas á mano. La furia y enojo de aquellos hombres era tremenda; y si hubiesen hallado al alcalde mayor, ó se les hubiesen presentado enemigos que combatir, la sangre hubiera corrido en abundancia.

Consternado el P. Villacastin al ver lo serio y terrible del alboroto, interpuso sus ruegos y autoridad, buscó á los destajeros y maestros, y les suplicó se esforzasen en contenerlos; pero todo fue inutil, porque no solo no les dieron oidos, sino que los llenaron de insultos y amenazas, y tuvieron que retirarse dándose por muy contentos de haber solo detenido su furia un poco de tiempo, durante el cual huyeron ó se escondieron los que de cualquier modo se creian comprometidos en aquel asunto. El Prior, que veia las terribles consecuencias que iban á seguirse, y que sabia el sitio donde se ocultaba el alcalde, le escribió una carta suplicándole que, para evitar mayores males, cediese por entonces y pusiese en libertad á los presos. Muñoz, aunque protestando la fuerza, mandó

abrir la carcel, y los vizcainos fueron levantados en hombros de sus paisanos, y conducidos en triunfo entre las aclamaciones y vivas de aquella multitud enfurecida.

Logrado ya el objeto el furor comenzó á calmarse, y la mayor parte dejaron las armas, y volvieron contentos y satisfechos á su trabajo acostumbrado. Como era natural, á la tranquilidad siguió la reflexion, y los principales cabezas del alboroto, convencidos de la enormidad del atentado que cometieran, y temerosos del castigo, huyeron. Apenas llegó á Felipe II la noticia de lo ocurrido se presentó en el Escorial con toda la Real familia, y acompañado de una fuerte guardia de alabarderos, que apenas llegaron establecieron sus retenes y rondas por la fábrica, y velaban muy cuidadosamente, en particular por las noches. Como el rey habia hasta entonces venido siempre sin escolta, temieron todos la severidad de su justicia, particularmente los culpados, y los que conocian los secretos de la política lo atribuyeron á causas muy distintas; pero el P. Sigüenza cree que fue consejo del Duque de Alba, que muchas veces habia hecho presente lo espuesto que era pasar un monarca tan largas temporadas en aquel desierto, sin guarda ninguna que custodiase su Real persona. No era el que menos temia el rigor del castigo el P. Villacastin, no por sí, sino por el amor que tenia á sus obreros; y al instante se echó á los pies del severo monarca, reduciendo su súplica á las siguientes palabras, tan sencillas como significativas: *Señor, es indispensable que V. M. perdone á estos pobres, que no han pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios*. Se sonrió el rey, y prometió al buen lego que los perdonaria, escepto á los motores. Asi se cumplió, y solo el que levantó la bandera, el que tocó la campana y algunos otros fueron echados á galeras; los demás quedaron libres.

El monarca, accediendo á las súplicas del P. Villacastin, no consultó solo su clemencia sino tambien las circunstancias; porque usando del rigor se hubieran ausentado muchísimos canteros, que tanta falta le hacian, y que informados por el obrero de que les habia alcanzado perdon, volvieron tranquilos á su trabajo. Además, la nacion se encontraba entonces disgustadísima con el pesado y nuevo impuesto del uno por diez con que se la habia recargado, y si los canteros del motin hubieran seguido insurreccionados, tal vez hubiesen encontrado muchos que se les unieran, y una cosa en su origen tan insignificante, hubiera podido tener consecuencias bien desagradables.

Continuó la corte en el Escorial toda la temporada de verano, y la Pascua de Pentecostés se pasó en alegrías y funciones de mucho lucimiento. El primer dia el príncipe Alberto de Austria, hijo del emperador Maximiliano, recibió en el Escorial el capelo, signo de la dignidad cardenalicia, que habia tenido á bien concederle el Sumo Pontífice Gregorio XIII. La ceremonia de la entrega se hizo en público, y con toda la solemnidad y magnificencia posible. El

rey se presentó ricamente vestido de gala, y adornado con el gran collar del toison, y lo mismo el Duque de Alba y demás caballeros que le acompañaban. Al dia siguiente el Nuncio de Su Santidad celebró de pontifical, y en la Misa hizo entrega de una rosa de oro que el Pontífice bendice en la dominica cuarta de Cuaresma, y que mandaba regalar à la reina Doña Ana. Era esta alhaja un rosalito de una tercia de alto, de un solo pie, todo de oro cincelado y trabajado con suma delicadeza. La reina, acompañada de toda la corte, se adelantó hasta el llano del altar mayor de la iglesia vieja, y allí con mucha devocion y reverencia recibió la rosa, y concluida la ceremonia la regaló al monasterio para que se colocase entre las demás reliquias, en memoria del alto aprecio que Su Santidad habia hecho de su persona enviándola tan rico don.

CAPITULO VI.

Primer incendio de la fábrica.—Perro negro del Escorial.—Castigo de un sodomita.—Pormenores sobre la edificacion, y noticia de dónde se hacian los principales objetos para ella.—Muerte de algunas personas Reales, y su entierro en el Escorial.—Adelantos de la fábrica.—Algunas noticias relativas à la familia Real.

Tanta era la satisfaccion de Felipe II al ver subir la fábrica con tanta presteza, que admirado el Duque de Alba le dijo un dia: *mas tardarán, señor, en hacerse los adornos de esta fábrica que lo principal;* pero como siempre los placeres humanos son precursores de algun sinsabor, esta satisfaccion estuvo muy á pique de verse, si no destruida, al menos muy contrariada. En la noche del 21 de julio de 1577 se formó entre Mediodía y Poniente una tempestad que desde luego infundió temor. Comenzó entre once y doce por un espantoso viento ábrego, al que siguió un copioso aguacero acompañado de truenos y relámpagos fuertes y muy continuados. Las nubes, cada vez mas densas y oscuras, impelidas por el viento se detenian y aglomeraban en la sierra que por la parte del Norte corona el monasterio, y parecian sitiarle al son de rujidos espantosos. De repente se oyó un trueno seco y terrible que dejó á todos petrificados, y al estallido se desprendieron de la nube una porcion de rayos, cuyos efectos se vieron en algunas partes del nuevo edificio. En la sacristía se hallaron quemados los marcos de algunas pinturas, y destruidas y chamuscadas las cenefas de algunas ropas; en otra habitacion mas alta se encontró un grande agujero; y en la tor-

re del Poniente (ahora llamada de la Botica), donde entonces estaban colocadas las campanas, derribaron algunas piedras de la parte interior, y al mismo tiempo comenzó á arder con furia el capitel.

De ninguna consecuencia hubiera sido si allí se hubiesen podido contrarestar los progresos del incendio; pero era imposible subir á donde habia prendido, y los que se atrevieron á intentarlo fueron ahuyentados por el plomo derretido que caia por todas partes. No hubo, pues, mas remedio que abandonar la parte alta, en la que quedó todo reducido á cenizas, comunicándose con prontitud á la habitacion inmediata, donde estaban las campanas. La mucha madera de los telares donde estaban colocadas dió mayor pábulo al incendio, que amenazaba estenderse á los empizarrados al ímpetu del furioso viento que soplaba; de modo que en un momento se derritieron once hermosísimas campanas, y un arroyo de plomo y metal derretido corria por la escalera, obstruyéndola enteramente.

Avisado Felipe II por uno de sus criados de tan desagradable incidente, preguntó lo primero si habia muerto alguna persona, y diciéndole que no, dió gracias á Dios, y salió de su aposento acompañado del Duque de Alba, del Marqués de los Velez y otros caballeros, y se colocó en el claustro de la enfermería; en el ángulo opuesto á la torre incendiada. El anciano Duque de Alba, acostumbrado á los peligros de la guerra, no temió los del fuego, y aunque estaba muy molestado de la gota, subió hasta lo alto de la torre. Con su acostumbrada energía comenzó á poner orden en la multitud que se habia agolpado para atajar el incendio. Formó como un cordon de hombres desde la fuente hasta el lugar incendiado, por cuyas manos pasaban las vasijas llenas de agua con tal rapidez, que en lo alto de la torre parecia desembocar un arroyo perenne. Él indicaba el punto donde convenia echar el agua; á unos mandaba traer arena, á otros aplicar mantas mojadas en las puertas y ventanas mas amenazadas; en una palabra, su actividad todo lo prevenia y arreglaba. Se señalaron principalmente entre todos dos soldados que se habian escapado de Constantinopla, donde estaban cautivos, y habian venido á presentarse al rey y pedirle mercedes. Colocados en las dos ventanas que miran al interior del claustro, con una intrepidez y valor estraordinario cojian las vigas que caian encendidas de lo alto y las arrojaban al patio, lo cual contribuyó mucho á que el incendio, no encontrando donde cebarse, fuese perdiendo fuerza sin estenderse mas. Tampoco los monjes estuvieron ociosos en aquel apuro. Mientras los mas ancianos acudian á implorar la divina clemencia, sacando en procesion algunas reliquias y cantando la Letanía, otros se ocupaban en ayudar á los peones, y en repartirles algo de comer y beber, para que trabajasen con mas voluntad y llevasen mejor tan penosa fatiga.

En medio de esta terrible confusion acudian muchos de los maes-

tros al rey suplicándole mandase cortar los empizarrados inmediatos para que el incendio no se propagase, porque si salia de la torre, el mal sería irremediable; pero el P. Villacastin se opuso tenazmente, y aseguró que el incendio no saldria de las gruesas y sólidas paredes de la torre, y que la cruz de hierro y bola de bronce en que remataba el capitel, que por ser de mucho peso eran temibles al desplomarse, caerian al jardin, donde ningun daño podian causar. El resultado demostró su buen cálculo, pues todo sucedió como él habia predicho; y á las seis de la mañana el fuego estaba enteramente apagado, despues de siete horas de lucha. Felipe II se retiró entonces á su oratorio, á dar gracias al Señor por haber permitido se atajase tan pronto el grave mal que amenazaba destruir en un momento tantos afanes y dispendios. La tempestad, que aún no habia desahogado completamente, se corrió por la sierra en direccion al ocaso, y fue tanta la piedra que arrojó, que los términos de Robledo y San Martin de Valdeiglesias quedaron enteramente asolados.

Hay algunas cosas en sí tan insignificantes que no merecian se hiciese mencion de ellas, si la casualidad no les diese una importancia que por sí jamás podrian tener. Desde el motin de los canteros habia comenzado á correr la voz de que en la nueva fábrica del Escorial aparecia todas las noches un enorme perro negro que se dejaba ver en mil partes saltando por las gruas, andamios y pescantes como si tuviera alas, arrastrando al mismo tiempo gruesas cadenas de hierro, y dando ahullidos espantosos, capaces de aterrorizar al corazon mas valiente y determinado. Esta fábula ridícula cundió con estraordinaria rapidez por toda España, de modo que en toda ella se tenia noticia y hablaba con variedad del perro negro del Escorial. En aquel siglo de tanto fanatismo se comenzó á dar á esto una suma importancia, y á interpretarlo cada uno segun sus afecciones ó caprichos. Insistiendo la generalidad en la idea de que alli se consumian las riquezas de dos mundos para fundar y enriquecer un convento de frailes, decian que aquel perro se manifestaba como indicando la voluntad de Dios, que se oponia á aquel gasto tan enorme como inutil. Los devotos por el contrario convertian el perro en demonio, que con sus apariciones y ahullidos manifestaba la rabia que le causaba la fundacion de un templo desde donde se le habia de hacer tanta guerra, queriendo de este modo estorbar la continuacion de su fábrica. Hasta la política hacia al perro negro intérprete de sus ideas, diciendo que era un aviso por el recargo de la alcabala; que los ahullidos significaban los gemidos de los pueblos, y las cadenas la opresion en que los ponian tan exorbitantes tributos. Pero pronto se manifestó que el perro no existia sino en la cabeza de los que habian tomado esta brujería como pretesto de sus combinaciones.

Tales y tan estravagantes eran las interpretaciones que se daban á la aparicion del perro negro, cuando una noche estando los mon-

jes en Maitines oyeron unos ahullidos tremendos junto á las ventanas del aposento del rey, que segun dejo indicado estaba debajo del coro de la iglesia vieja. El terror suspendió los cánticos sagrados, y los monjes quedaron inmobles en sus sillas. El perro continuó entonces sus espantosos ahullidos, á los que la idea que bullia en todas las cabezas, el silencio y hora avanzada de la noche, y el eco que retumbaba en aquellas bóvedas desiertas dieron tal espresion, que hasta los mas valientes se sintieron amilanados. Solo el P. Villacastin y otro monje pudieron hacerse superiores al miedo, y pasado el primer momento de pasmo salieron del coro, y se dirijieron hácia donde habian oido los primeros ahullidos del perro, que estaba refugiado en una de las bóvedas debajo de los jardines. El intrépido lego penetró en ella, y el inocente animal, que solo se lamentaba de haber perdido á su dueño, facilmente se dejó asir por el collar, y siguió mansamente á sus aprehensores, que á pesar de su docilidad no se movian á compasion, ni quisieron dejar sin castigo el tremendo susto que les habia causado, y ahorcaron al inocente perro de un antepecho del claustro principal, donde á la mañana siguiente pudo verlo todo el mundo, y reconocieron ser un sabueso castizo que tenia en mucha estima el Marqués de las Navas. Con la muerte de este pobre animal se desvanecieron todos los cálculos y hablillas que hasta entonces habian corrido con motivo del perro negro. Lo que tan poco valia, con tan poco quedó remediado.

Continuaron aqui las personas reales todo el verano y parte del otoño, y á 18 de octubre el príncipe Archiduque de Austria Wenceslao recibió el hábito de San Juan, haciendo en el acto la profesion solemne en manos de D. Antonio de Toledo, en virtud de facultad concedida por el Papa Gregorio XIII. En seguida recibió la investidura de gran prior de dicha orden; de modo que del Escorial salieron hechos eclesiásticos aquellos dos príncipes, sobre los que Felipe II habia tenido miras políticas de tanta trascendencia (1).

El Rey, con toda la real familia, salió para Madrid el dia 4 de noviembre, y á los tres dias se ejecutó en el Escorial un castigo terrible, aunque justo. Un joven de veinte y cuatro años, hijo de un panadero de la Reina Doña Ana, cometia un crimen nefando, y para perpetrarlo se escondia en un jaral espeso que habia debajo de la cocina del Rey. Los que habian observado la frecuencia con que iba á aquel sitio lo espiaron, y sorprendido en el acto, dieron cuenta al Rey, que mandó ponerle preso, y que fuese juzgado por

(1) Felipe II habia tenido á estos príncipes mucho tiempo á su lado instruyéndolos en los asuntos de gobierno, y tratándolos con mucha deferencia; y se cree que viendo la depravacion ó incorregibilidad del príncipe Carlos, los trajo á España con la idea de que heredasen sus reinos caso que él muriese sin sucesion, y el príncipe se muriese ó inutilizase para el mando.

las leyes. En las declaraciones quedó confeso y convicto, y en consecuencia fué sentenciado á ser quemado vivo. Leida la sentencia, el P. Fr. Juan de Quemada y Fr. Juan de Santa María le procuraron los auxilios de nuestra religion santa, y el desgraciado joven recibió los Sacramentos con muestras muy marcadas de arrepentimiento. Pasadas las veinte y cuatro horas, en la mañana del dia 7 de noviembre le sacaron de la carcel de la villa custodiado por los alguaciles, y acompañado de los dos dichos monjes, que le auxiliaban y exhortaban en tan terrible trance. Le subieron hasta el Sitio, sin duda para que los obreros le viesen y escarmentasen, y despues le volvieron á bajar junto á la villa, donde estaba preparada la fatal hoguera, enfrente de las caballerizas del Rey. Atado á un grueso tronco que sobresalia en medio del enorme monton de combustibles, fué en pocos minutos convertido en cenizas. Segun las señas que Fr. Juan de San Gerónimo en sus Memorias da del lugar de la ejecucion, creo ser en donde ahora hay una gran cruz de piedra colocada sobre un peñasco enfrente de la villa, no lejos de la calzada, y dentro de la cerca del jardin del Príncipe.

A los dos dias (9 de noviembre) comenzó á dejarse ver un cometa famoso, de que tanto escribieron los astrólogos de aquellos tiempos, publicando tantos y tan siniestros vaticinios para España y Portugal, que harto tuvieron que llorar y padecer, sin que por esto se crea en la influencia de los astros sobre los acontecimientos humanos.

Al principiar el año 1578, el Escorial presentaba un cuadro admirable, y tal vez mas magnífico y sorprendente que despues de concluido el edificio. Este comenzaba ya á descollar magestuosamente sobre los robustos árboles y peñas que cubren aquel agreste pero variado pais; á su derredor se estendia una populosa ciudad formada por los talleres, tiendas de campaña, chozas y cantinas de los obreros: estos bullian á todas horas, y se ocupaban con afan en sus respectivos trabajos; y los cánticos variados y alegres de diferentes provincias, entonados al son de los golpes de los martillos y escodas, se confundian con las voces de los que cargaban y descargaban, de los que pedian materiales, subian y sentaban piedras, y de los que dirijian todos estos movimientos y operaciones para que los esfuerzos fuesen uniformes. Mas de treinta gruas estaban continuamente dando vueltas, y trasportando á los andamios piedra, cal, agua, madera, y cuanto era necesario; al pie de ellas se veian llegar sin interrupcion carros tirados por dos, cuatro y algunos por diez y seis y veinte pares de bueyes, que formaban un cordon no interrumpido, desde las canteras á la obra y desde esta á las canteras. Si se contemplaban separadamente cada uno de los materiales que se aprestaban y trabajaban, no parecia sino que de él solo se habia de hacer el edificio. Además de los canteros y albañiles, eran infinitos los aserradores, carpinteros y ebanistas que labraban madera, ya para obras fuertes y toscas como eran los an-

damios, gruas, cabrillas, agujas, tijeras y otros ingénios necesarios para la edificacion, ya para puertas, ventanas y maderaje de los techos; mientras otros se ocupaban en obras mas finas y delicadas de ensamblaje y embutido para cajones, sillas, estantes y otros muebles.

Quien considerára las fraguas (dice el P. Sigüenza) y el hierro que se gastaba y labraba, pensára que era para algun castillo ó alcázar de puro hierro; y no eran menores las fundiciones de plomo, cobre, estaño y bronce. La parte de albañilería era inmensa, y muchísimos los hornos de cal, yeso, ladrillos, azulejos, estuques; y no tenian número los peones que en esto se ocupaban. Las inmediaciones del nuevo Sitio resonaban continuamente con los golpes de las almadenas y cuñas, con el ruido acompasado de los mazos, martillos y escodas; con el rechineo de las gruas, poleas y carros, y con los golpes tremendos de las piedras desgajadas de las canteras, causando á primera vista una confusion estraordinaria el movimiento de tantas máquinas, la actividad de tantos hombres, la diversidad de tantas y tan abundantes materias; mas luego que se consideraban con atencion se veian tan inteligentemente ordenadas, dispuestas con tanta maestría, que no parecia sino que era una persona sola la que las impulsaba todas. Así era en efecto; la cabeza privilegiada, el talento gigante del nunca bástante ponderado Juan de Herrera, era el móvil primero de este orden admirable; Fr. Antonio de Villacastin, el que lo sostenia y ejecutaba.

Sin duda que estos dos hombres eran un verdadero portento: y al ver todas las contratas de aquel tiempo, redactadas, puestas las condiciones y firmadas por el lego Fr. Antonio; al considerar que este hombre cuidaba de los peones, era el sobrestante general, revisaba lo que se hacia, preparaba lo que habia que hacer, y tenia tiempo para hallarse tambien en el coro, en la iglesia, en los actos de la comunidad, casi no se concibe, ni cómo tenia tiempo material, ni cómo no sucumbió á tanta fatiga.

Lo que en la parte esterior todo era ruido y agitacion, en lo interior de las habitaciones concluidas todo era silencio y estudio. Las bellas artes parecia haber trasladado allí su templo, para dirijir con su presencia las obras de sus alumnos, que tanto habian de honrarlas. Allí los famosos pintores, el Mudo, Lugueto, Zúcaro, Peregrin y otros se ocupaban en trasladar sus animadas concepciones al lienzo ó á la tabla, ó las incrustaban en los lindos frescos de las paredes y bóvedas, mientras otros hacian dibujos y cartones, otros iluminaban, otros pintaban al temple; de manera que el arte de la pintura se ejercitaba allí en todos sus modos y gradaciones.

Se ocupaban al mismo tiempo otros no menos distinguidos artistas, unos en escribir los famosos libros del coro, adornándolos de viñetas, flores y guarniciones de un gusto esquisito; otros bordando los ornamentos del culto con un primor que compite con el pin-

cel; algunos hacian frànjas, borlas y todo género de cordonería; y muchos cosian en raso, maraña, terciopelo, brocados, y demás telas delicadas y preciosas.

Tampoco faltaban fundiciones y talleres para los metales; y los escultores, cinceladores, broncistas y plateros se ocupaban en ir labrando imágenes, adornos y alhajas, que luego habian de servir al culto y adorno del templo, y enriquecer con tanta profusion los relicarios y sacristía.

Pero no era solo en el Sitio y sus inmediaciones donde se notaba tanta actividad, y donde todas las bellas artes, todos los oficios mecánicos contribuian á realizar el grandioso pensamiento del Monarca de España, porque en todos sus dilatados dominios, en casi todas sus provincias, se ocupaban de fabricar objetos de necesidad ó de adorno. Los pinares de Cuenca, Balsain, las Navas, Quejigar, Navaluenga y otros resonaban constantemente con los golpes de las hachas y azuelas, y se estremecian al caer los enormes pinos que se cortaban. En las canteras de jaspe cerca del Burgo de Osma y de Espeja, se sacaban mármoles en abundancia; en las sierras de Filabres, Estremoz y las Navas, los blancos para los pavimentos; en las riberas del Genil, junto á Granada, en las sierras de Aracena, en Urda y otras partes, los pardos, verdes, negros, colorados y sanguíneos; ocupándose en cada uno de estos puntos en aserrarlos, pulirlos y labrarlos multitud de maestros italianos y españoles. En Florencia y Milan se fundian grandes estátuas de bronce para la capilla mayor y entierros reales. En Toledo se hacian campanillas, candeleros, ciriales, lámparas, cruces, incensarios y navetas de plata; en Flandes se vaciaban en bronce candeleros de todos tamaños y formas, y se enviaban gran cantidad de lienzos al temple para adornar lás celdas de los monjes; en América el famoso naturalista Hernandez recojia la preciosa coleccion de plantas, y enviaba las mas estrañas con los animales mas raros, que el P. Fr. Juan de S. Gerónimo componia en cuadros, que por mucho tiempo adornaron las habitaciones de Felipe II (1). De los telares de Toledo, Valencia, Talavera y Sevilla salian millares de piezas de ropas de seda; y muchos monasterios de monjas se ocupaban en coser y bordar albas, amitos, roquetes, palias y corporales, con las demás ropas de iglesia, en finísimas y esquisitas telas de hilo.

Además de la enorme cantidad de hierro que en el Escorial se labraba, se hacian en Cuenca y Guadalajara grandes rejas para las ventanas del piso bajo y balconajes de los otros; en Zaragoza se fundian y trabajaban las lindas y magestuosas rejas de bronce que

(1) De todos estos cuadros no ha quedado rastro ninguno, ni se sabe cuándo ni cómo percieron. Del herbario de Hernandez tampoco queda nada. Es dudoso, sin embargo, si alguno de los trece tomos de plantas naturales que se conservan en esta Real Biblioteca pertenecerá á la dicha coleccion.

cierran los arcos de la entrada de la iglesia; y en Madrid se construia parte del altar mayor y riquísimo tabernáculo, en el cual se ocupaban multitud de maestros y oficiales bajo la direccion del entendido artista Jacobo de Trezzo, del cual tomó nombre la calle que hoy se llama de *Jacometrezo*. En fin, sería muy dificil numerar los puntos, y describir todos y cada uno de los objetos que con destino al Escorial formaban á un mismo tiempo la ocupacion de muchos miles de hombres.

Contemplaba Felipe II con estraordinario placer los productos de tantas manos diseminadas en tan diversos puntos de sus vastos dominios que se acumulaban en el Escorial, y llenaban poco á poco el grandioso objeto que habia concebido en su ánimo verdaderamente real. Para contemplarlos y examinarlos por sí mismo, y para dar al todo de la obra mas empuje y fomento con su presencia, repetia muy á menudo sus viajes al Sitio. En este año de 1578 vino como de costumbre á pasar la Semana Santa, y entregarse esclusivamente á los ejercicios de piedad, en los que le acompañaban tambien la familia real y la reina Doña Ana, que este año, imitando el ejemplo de su esposo, celebró el lavatorio con mucha pompa, lavando los pies, dando de comer y sirviendo á la mesa á doce pobres mugeres, que derramaban abundantes lágrimas de ternura á vista de tan augusta y devota ceremonia. Se hizo esta en la sala capitular, que á esta sazon estaba de todo punto concluida; y el Rey hizo lo mismo con doce pobres en otra sala, qué era la que entonces servia de capítulo, ahora destinada á ropería.

Pasada la Pascua marcharon á Madrid porque la Reina se hallaba ya muy adelantada en su embarazo, y á 13 de abril á las once de la noche dió á luz un niño, á quien llamaron en el bautismo Felipe como á su augusto padre, y que le sucedió en el gobierno de estos reinos. Solo se detuvieron en la corte lo indispensable para el restablecimiento de la Reina, y á 15 de mayo volvieron al Escorial á pasar la larga temporada de verano, y á celebrar el cumpleaños del Rey, que entraba entonces en los cincuenta y dos de su edad; y segun la costumbre que tenia, ofreció cincuenta y dos monedas de oro de las llamadas *Coronas*, que presentaba al Sacerdote al Ofertorio de la Misa (1).

Hácia mediados de junio partió para Segovia, y de allí pasó al monasterio de Parraces, en cuyas inmediaciones se celebraba el dia 18 de dicho mes una especie de torneo, de que fué mantenedor Don Diego de Sandoval: Las compañías de hombres de armas, que eran catorce, y que componian unos ochocientos hombres, rompie–

(1) Esta costumbre de ofrecer los reyes en el dia de su cumpleaños tantas monedas de oro mas una cuantos años cumplian, ha durado hasta nuestros dias. Al Sr. D. Fernando VII, que celebraba comunmente su cumpleaños en el Escorial, le he visto algunos años ofrecer un número de ochentines igual al número de años en que entraba.

ron lanzas, escaramuzaron y tornearon junto á San Salvador de Muñico (1), en cuya fiesta estuvieron sumamente complacidas todas las personas reales, que concluido el torneo volvieron al Escorial, y á pocos dias, esto es el 8 de julio, fueron á Madrid.

Felipe II, que no pasaba nunca mucho tiempo sin reconocer y visitar la fábrica, vino á celebrar la fiesta de San Lorenzo, y apenas habia llegado cuando recibió la triste nueva de la muerte del rey de Portugal Don Sebastian, y de la rota y pérdida de su ejército. Aunque en todas las adversidades que tuvo este monarca en su largo reinado jamás se le vió inmutarse; entonces manifestó un sentimiento estraordinario; mandó á los monjes que multiplicasen sus oraciones, é hiciesen algunas penitencias y disciplinas estraordinarias; y al dia siguiente, sin querer ver á nadie, sin reconocer y visitar la fábrica como solia, por una puerta escusada de los jardines salió casi solo y se volvió á la corte.

En efecto, aquella desgracia era grande para la cristiandad en general, pero de mucha consecuencia para Portugal; mas no era sola la que habia de afligir al monarca de España. El 24 de setiembre falleció en el alcázar de Madrid el príncipe Wenceslao, que tan poco tiempo disfrutó el gran priorato de San Juan. A fines del mismo mes se recibió la noticia de otra desgracia mayor: el joven y valiente príncipe Don Juan de Austria, gloria y prez de las armas españolas, acababa de fallecer en Flandes en el campamento junto á la villa de Anamur; y el 18 de octubre murió tambien en San Gerónimo de Madrid el príncipe Don Fernando. Felipe II escribió al Prior una carta, manifestándole el grave sentimiento que oprimia su corazon por la pérdida de tan allegados y caros objetos, y mandando que al gran prior de San Juan se le recibiese y depositase como á las demás personas Reales que hasta entonces se habian enterrado en aquel panteon. Los monjes cumplieron su mandato; y el 26 de octubre, que fué cuando llegó el cadaver, fué depositado en el entierro real, y lo mismo el del príncipe Don Fernando.

Relativamente á Don Juan de Austria, aunque su cadáver no llegó hasta el año siguiente, diré ya, para no interrumpir luego la narracion, que el Rey su hermano dió comision al maestre de campo de los estados de Flandes, Don Gabriel Niño, para que trajese al Escorial el cadaver de su hermano, encargándole lo hiciese con todo secreto y sin pompa hasta llegar al monasterio de Santa María la Real de Parraces, donde encontraría las instrucciones convenientes. Cuando llegó á dicho punto ya estaba esperando Don

(1) Muñico fué antiguamente lugar poblado y aldea de la provincia de Segovia, cuyo término confina con Labajos. Perteneció á la abadía de Santa María la Real de Parraces, y se ignora la causa por que se despobló. Solo se sabe que en 1486 los canónigos mandaron derribar las casas que quedaban, por estar abandonadas.

Busto de Villegas, Obispo de Avila, que con mucho acompañamiento de caballeros y eclesiásticos, y un aparato fúnebre verdaderamente régio, condujo el cadáver al Escorial. Llegaron al monasterio el dia 24 de mayo de 1579 y fué recibido y depositado en el panteon provisional, con las mismas ceremonias y solemnidad que Felipe II habia ordenado para los demás cuerpos reales.

Tres solos años hacia que se habia comenzado la iglesia, y ya á principios del año 1579 las paredes y pilastras llegaban á la altura donde debian comenzar á volver los arcos, y estaba concluida la cornisa elegante y anchurosa que da vuelta á todo el templo por la parte interior. Aun antes que esta concluyese de sentarse hizo la fábrica sentimiento en algunas partes, causada por la desigualdad del grano en algunas piedras, en lo cual se habian descuidado algó los maestros destajeros, y las mas blandas, ó que habian sentado sobre falso, no pudiendo sufrir el enorme peso que sobre ellas cargaba, se partian. Juan de Herrera comprendió al momento la causa, mandó picar aquellas piedras y quitarlas, sustituyendo en su lugar otras mas compactas y de grano mas fuerte, y con esto quedó remediado el daño con la perfeccion que hoy se ve.

Hecha ésta operacion en 12 de marzo, se puso la primera cimbra para formar sobre ella el arco llamado toral, que es el que corresponde sobre el antepecho del coro. Para formar una idea de la actividad, enerjía y conocimiento con que se trabajaba, creo bastará saber que este arco magnífico se concluyó en solos veinte y tres dias, pues dice el P. Villacastin que el 4 de abril se concluyó de cerrar este arco, que es doble y el mayor de todos; y por el mismo orden y á un nivel adelantaban todos los demás destajos, pues el Sábado Santo, 18 de abril, quedó enteramente cerrada la bóveda de la primera capilla que se concluyó, que fué la de las reliquias junto á San Juan.

A todas ó la mayor parte de estas cosas se hallaba presente el Rey, que con toda la real familia habia pasado en el Sitio la Semana Santa. Despues fueron á Toledo á celebrar la festividad del Corpus, y á 23 de junio volvieron y permanecieron hásta octubre. Solo Felipe II, que desde el retiro del nuevo edificio velaba como desde una atalaya sobre su monarquía, procurando desbaratar los planes de sus muchos enemigos y conservar la tranquilidad de la nacion, partió precipitadamente para Madrid á 29 de julio, mandó ejecutar la ruidosa prision de Antonio Perez y de la princesa de Éboli, volviendo al Escorial en aquel mismo dia. Nada ocurrió notable en lo restante del año hasta el 23 de diciembre, en que fueron colocadas las jambas y dintel del pórtico principal, que merecen se haga de ellas particular mencion. Entre trece ó catorce enormes piedras que se habian cortado con este objeto, se elijieron las mas blancas y que manifestaban tener mejor grano. Pasa cada una de ellas de 24 pies de larga con ancho y grueso proporcionados; de modo que causaban admiracion tan enormes piezas antes

de colocarlas. Una de ellas fué traida por cuarenta y ocho pares de bueyes, y pesó 1.200 arrobas, y esto solo puede dar una idea de lo fuertes y bien construidos que estarian los carros ó cangrejos que sirvieron para conducir moles tan enormes.

CAPITULO VIII.

Jornada de Felipe II á Portugal.—Catarro contagioso y muerte de la reina Doña Ana.—Estado y adelantos de la fábrica.—Conclusion de la iglesia, y algunas otras cosas notables.—Vuelve Felipe II de Portugal, y recibimiento que se le hizo en el Sitio.—Ultima piedra del edificio.—Obras de adorno en lo interior, y artistas que las ejecutaban.—Comiénzanse á celebrar los divinos Oficios en la iglesia principal.—Primera funcion.

Los acontecimientos políticos obligaron á Felipe II á separarse por algun tiempo del cuidado inmediato de la fábrica. El año 1580 comenzó por la muerte del Cardenal Don Enrique, rey de Portugal, acaecida el 31 de enero, y la sucesion de aquellos reinos recaia en el Monarca de España, que partió de Madrid á 5 de marzo para situarse en Badajoz, donde se reunia aquel poderoso ejército que habia de obligar á los portugueses á reconocerle por su soberano, mucho mas que los dictámenes y alegatos de los juristas que declaraban su lejítimo derecho. Estando en Badajoz fué Felipe II acometido del catarro pestilencial que tanto estrago hizo en España, y que tambien se sintió en el Escorial, donde enfermaron algunos monjes y algunos obreros, y de estos últimos murieron, aunque pocos. El Rey llegó á estar de tanto peligro que ordenó su testamento, y lo envió al Escorial para que se custodiase en su archivo hasta su muerte, ó hasta que estuviese bueno y lo pidiese. Por fin pudo vencer la enfermedad, que acometió en seguida á la reina Doña Ana, á la cual no pudieron salvar los remedios, y el 26 de octubre murió víctima de aquel pestilencial catarro (1). El Obispo de Badajoz y el Duque de Osuna fueron los encargados de conducir el cadáver, que llegó al Escorial el 11 de noviembre. Las exequias se hicieron con una solemnidad estraordinaria, porque además de los monjes asistieron todos los músicos de la iglesia primada de Toledo con los de la Capilla Real; celebró la Misa el Arzobispo de Toledo, Quiroga, y predicó Don García de Loaisa, que

(1) Dice el P. Villacastin en sus Memorias, fol. 73 v., que despues de muerta la Reina Doña Ana abrieron el cadáver, y hallaron en su seno un niño tambien muerto, que le metieron en el atahud con la madre, y asi está enterrado con ella en este panteon.

despues fué Arzobispo de Toledo; quedando el cadáver depositado, como los demás, en el panteon de prestado.

En medio de tantas y tan graves ocupaciones, fatigas y disgustos, no se olvidaba Felipe II de su objeto predilecto. Escribia frecuentes cartas al Prior y arquitecto, encargándoles le diesen noticia de todo cuanto se hiciese y de los adelantos de la fábrica, y mandando que de las cosas de alguna importancia se le llevasen dibujos ó modelos; y así se ejecutó, pues á Badajoz se le enviaron dos modelos de las sillas del coro para que viese si le gustaban, y añadiese, quitase ó mudase adornos; y él lo hizo con tan buen tino que las redujo á la magestuosa sencillez que ahora tienen; de modo que aunque separado por tan larga distancia, no dejaba de inspeccionar y dirijir hasta las cosas mas menudas. A este cuidado del Monarca se unia la contínua vijilancia de los monjes, y particularmente del obrero Fr. Antonio de Villacastin, que cuidaba de todo con imponderable esmero; de modo que la larga ausencia de Felipe II en nada entorpeció los progresos de la obra, que adelantó notablemente durante el año 1581, sin que en todo él ocurriese cosa notable.

En el Carnaval del siguiente (1582) vino á visitar el nuevo edificio la emperatriz Doña María, hermana del Rey, y su hija Doña Margarita, acompañadas del Príncipe é Infantas. La Comunidad salió á recibir solemnemente á tan augustas huéspedas, que se complacieron mucho en recorrer y admirar tan magnífico edificio, tan adelantado ya, que á la sazon estaban cerrando la cúpula del cimborrio, y todo lo restante del edificio casi tocaba á su término. A los pocos dias se volvieron á Madrid, despues de haberse hallado presentes á un solemnísimo aniversario que mandaron hacer por las personas reales cuyos restos descansaban ya en este nuevo mausoleo.

El 23 de junio de este mismo año fué un dia de júbilo para todos los de la fábrica. En él se acabó de colocar la última piedra del templo, y á todos pareció ya vencida la dificultad; todos veian ya aquella magnífica fábrica en su término. Tanto los monjes como los trabajadores manifestaron una alegría y entusiasmo estraordinario; los primeros dispusieron una solemnísima procesion, en la que se cantó el *Te-Deum* con mucha pausa y magestad, en accion de gracias al Todopoderoso porque habia permitido se concluyese aquel su tabernáculo con tanta felicidad; y los segundos con todos los dependientes y empleados del Rey manifestaron su satisfaccion con juegos y danzas. En seguida se procedió á la colocacion de la cruz y veleta sobre la aguja del cimborrio, cuya operacion se concluyó á las seis de la tarde de aquel mismo dia.

Tambien hubo este año la casual coincidencia que en él comenzó á rejir la correccion gregoriana, y en el dia 5 de octubre, que por el nuevo cómputo se llamó 15, tomó posesion el quinto Prior, llamado Fr. Miguel Alaejos; y en el mismo se trajo el reló princi-

pal, trabajado en Madrid y concluido con un primor y exactitud tal, que bien manifestó por espacio de un siglo la inteligencia del artista. El año concluyó con la temprana muerte del príncipe Don Diego, que murió en Madrid á 21 de noviembre, y fué sepultado con los demás cuerpos reales.

Concluido ya el templo, las manos que trabajaban en él se fueron repartiendo por lo restante del edificio, que aunque con mas lentitud tambien habia adelantado mucho, y ahora con el nuevo refuerzo de maestros, oficiales y peones, todos los dias se recibia una nueva satisfaccion viendo concluir algunas de las partes mas notables. A principios de 1583, y casi á un mismo tiempo, se concluyeron las dos torres que hay á la entrada de la iglesia y al fin del pátio de los Reyes, el claustro principal de palacio, y gran parte de los aposentos de Poniente y Norte, con la torre que une ambos lienzos. Tambien quedó enteramente concluido el pórtico principal colocado en medio de la fachada de Poniente, y á 21 de marzo se ostentó majestuosa en el nicho que hay en medio de él la colosal y linda estátua de San Lorenzo, y debajo las armas reales, obras ambas de mucho primor y coste.

Al lado, y sobre aquellas masas de piedra, se estendian ya en todas direcciones los empizarrados, que con su color azulado formaban un bellísimo contraste con la blancura de todo lo restante de la fábrica. Solo la parte donde ahora está el Colejio y Seminario era la mas atrasada, porque de intento se habia dejado así para el paso de la carretería, que aún tenia que conducir muchísimos materiales á distintos puntos del interior. Entretanto se iba retundiendo la iglesia y quitándola el grueso de cordel que dije tenian de mas las piedras, cuya operacion, que al principio pareció tan difícil y costosa, dirijida por la feliz inteligencia de Herrera, se hizo con suma facilidad y presteza. Tampoco se descuidaban los adornos interiores; y al compás de la obra de cantería tocaban ya á su término el altar mayor, el tabernáculo, las rejas, la sillería y cajonería, las puertas, y todo cuanto habia de embellecer las oficinas de aquel vasto edificio.

Felipe II habia entretanto tomado posesion de Portugal, y arreglados los negocios de aquel reino nombró por virey y gobernador á su sobrino el príncipe Cardenal Alberto. Aunque durante esta larga espedicion habia recibido noticias detalladas de cuanto se hacia en San Lorenzo, estaba sin embargo impaciente por verlo, y dispuso volver á entrar por Badajoz y dirijirse hácia el Sitio. Visitó de paso los santuarios de Guadalupe, nuestra Señora de la Nueva en las montañas de Ávila, y el monasterio de Guisando, y desde allí pasó al Quejigar, una de las posesiones con que habia dotado á sus monjes, donde á la sazon se construia una magnífica casa de labor bajo la direccion del arquitecto Mora, y se hacia un plantío de millon y medio de cepas y mas de ocho mil olivos; y en la mañana del dia 24 de marzo se encaminó al Sitio, donde te-

nia sus delicias. Imposible sería pintar la alegría, la satisfaccion, las dulces emociones que sentiria el monarca al llegar á la Cruz Verde, al doblar el pico del cerro llamado de San Benito, donde se detuvo á contemplar el edificio, que se descubre desde allí perfectamente. Las elevadas agujas de las torres, que parecian esconder sus dorados remates en el azulado firmamento; aquella imponente masa blanca, que descollaba entre la verde alfombra formada por los frescos bosques de las inmediaciones; aquel edificio gigante, aun comparado con las peñas enormes que le rodean, eran la realidad de aquella idea magnífica, de aquel pensamiento sublime que concibiera en la embriaguez de la victoria. Felipe II sentia entonces mas satisfaccion, se veia mas grande que cuando, vencedor de sus enemigos, contemplaba los cadáveres mutilados y los montones de escombros de los fuertes muros de San Quintin. Aquellos eran efecto del valor de sus soldados; la fábrica era el producto de su pensamiento, el emblema de su carácter, de su poder y grandeza.

Las aclamaciones y muestras de alegría de los obreros, que noticiosos de su llegada habian salido á recibirle, suspendieron su meditacion, é interrumpieron sus satisfactorios pensamientos. Por el camino que conduce á las Navas del Marqués se adelantaba hácia el Monarca un lucido escuadron, compuesto de los maestros, oficiales y peones de todas las artes y oficios, vestidos lo mejor que pudieron, y llevando cada uno los instrumentos que usaban en ellos, manifestando én sus acciones y semblantes la satisfaccion que esperimentaban al tornar á ver entre ellos al protector de las artes, y no podian disimular el orgullo que sentian porque hallase la fábrica en tan buen estado. Despues de haber saludado el Rey afablemente á sus obreros, se unieron á la comitiva y se encaminaron al Monasterio. A la puerta de éste esperaban puestas en procesion las tres Comunidades, y el Prior, revestido de capa pluvial, y llevando en sus manos un precioso Lignum-Crucis engastado en oro, se hallaba colocado en el mismo umbral. Luego que llegó Felipe II, puesto de rodillas en un riquísimo sitial de brocado que se habia preparado al intento, adoró y besó la cruz con muchísima devocion, y entonces los monjes entonaron un solemne *Te Deum*; y marcharon en procesion hasta la iglesia, alternando los niños del seminario, que con los inocentes y ensayados movimientos de sus danzas manifestaban bien el placer que todos tenian en recibir á tan augusto huesped. El Monarca, despues de haber dado gracias á Dios segun su costumbre, recorrió toda la fábrica, enseñándosela muy detenidamente al Obispo de Viseo y demás caballeros portugueses y castellanos que le acompañaban. Se entregó luego á los ejercicios de piedad por largos ratos, se enteró muy prolijamente de cuanto concernia al nuevo edificio, y al tercer dia (27 de marzo) salió para Madrid, donde tambien se le hizo un magnífico recibimiento y costosas fiestas.

En este año volvió á su costumbre de pasar en el nuevo Sítio la Semana Santa, y en todo él multiplicó las visitas, como queriéndose desquitar de la larga ausencia que habia tenido. En cada una de estas venidas encontraba ya alguna cosa recientemente concluida, recibiendo en cada una satisfacciones nuevas. La parte del colegio, reconcentrados en ella todos los maestros y peones que habian concluido sus destajos en las demás partes, aumentaba prodigiosamente, y ya en 21 de julio de este año se acabó de empizarrar, y se colocó la bola y cruz de la torre llamada ahora la Lucerna del colegio.

Pasó lo restante del año sin mas novedad que la muerte de la infanta Doña María, hija de Felipe II, y á principios del siguiente (1584) tocaba ya á su término la obra de cantería, y se andaban quitando de todas partes los enmaderamientos y andamios que habian servido para la edificacion. Los del interior de la iglesia y las cimbras de los arcos era obra de mucha consideracion y peligro, y todos los maestros, además de que rehusaban encargarse de ella, pedian por hacerlo una cantidad muy considerable. Dió esto lugar á muchas consultas, y se ponderó y encareció mucho mas de lo que era en realidad; pero el P. Villacastin, con aquel valor é inteligencia natural que tenia, comprendió facilmente que no era tanto el peligro ni la dificultad, y por sí se encargó de practicar esta operacion, que concluyó sin desgracia ninguna, y con solos 400 ducados de coste, quedando toda la madera en disposicion de poderse aprovechar en otros usos.

Está operacion se concluyó el 24 de febrero, y entonces apareció aquel templo en toda su magestad y grandeza. A proporcion que se habian ido limpiando y concluyendo de retundir y afinar las paredes, iba adquiriendo mas hermosura; y ya del todo limpio y desembarazado se comenzaron á sentar los mármoles blancos de Filabres y los pardos de Estremoz, que de antemano estaban cortados y preparados para el pavimento.

Tambien la parte esterior iba recibiendo la última mano, y concluyéndose en todas sus partes. Desde el 30 de julio hasta el 5 de agosto se tardó en colocar sobre sus pedestales los seis famosos y enormes reyes del pórtico, ejecutados en piedra berroqueña granimenuda por Juan Bautista Monegro, natural de Toledo. Ya á este tiempo el espacioso vestíbulo que precede á la iglesia, llamado ahora el patio de los Reyes, estaba cerrado por todas partes; y se iba á colocar la última piedra; iba á concluirse aquel magnífico edificio en la parte de cantería, que era la principal. El buen obrero, el anciano lego Fr. Antonio de Villacastin, que no quiso asistir al asiento de la primera piedra, prediciendo lleno de fe que Dios le guardaria para colocar la última, vió su vaticinio y deseo cumplido, y por sus manos venerandas la colocó en la cornisa de la parte del colegio á presencia de Felipe II, que rebosaba de alegría al contemplar aquella operacion que tanto habia deseado que llegase. No he

querido omitir las sencillas y poco estudiadas frases con que el Padre Villacastin conservó este acontecimiento en sus memorias manuscritas de su mano. Dice así en el folio 86 vuelto: *En 13 dias de setiembre de 1584 se sentó la postrera piedra deste edeficio de San Lorenzo el Real, que fue una cornisa en la parte del pórtico á la mano izquierda como entramos por el patio del pórtico, en la cual se hizo una cruz negra en el papo de paloma, y en el sobrelecho della se hizo una caja adonde se puso en un escrito en pergamino el dia y año, los Evangelios, con otras cosas santas, y quién era Rey, y Papa, y Prior de esta casa, y otras cosas de memorias. Hízose esto veinte y dos años despues que se comenzó esta fábrica, y mas cinco meses. Era Prior de esta casa el P. Fr. Miguel de Alaejos, profeso de San Gerónimo de Juste, y obrero el P. Fr. Antonio de Villacastin, el cual lo era cuando se asentó la primera piedra; de manera que el obrero que comenzó este edeficio, le acabó, etc.*

Felipe II, que cuando fué al Escorial en el mes de mayo último ténia su salud bastante deteriorada, en el largo tiempo que permaneció allí presenciando todas las operaciones que he indicado, y en que recibia tanto placer, se restableció notablemente. En efecto, las satisfacciones y placeres tranquilos del alma son una poderosa medicina, y nada hay que halague mas al hombre, nada mas satisfactorio que ver realizada su idea, mucho mas cuando se considera el grande valor y esfuerzo que se ha necesitado para terminarla. Asi es que el rey mejoró mucho su salud, se encontró con bastantes fuerzas, y á 1.° de octubre partió para Madrid, y comenzó á hacer preparativos para la jura de su hijo Don Felipe, que se verificó en 11 de noviembre en el monasterio de San Gerónimo del Prado con la grandeza y majestad en aquellos tiempos acostumbrada.

Aunque la parte principal mas dificil y costosa estaba ya concluida, puede decirse que no era mas que la corteza, la caja en que habian de atesorarse tantas riquezas como se admiran hoy todavía, á pesar de lo muchísimo que le falta, pues la parte de adorno interior considerada en cada cosa de por sí, era respectivamente tan grande y tan costosa como la cantería. Sin embargo, no por esto desmayó el monarca, antes manifestó mas energía y cuidado que nunca en dar calor y prisa para que todo se concluyese con perfeccion y brevedad, no escaseando los medios para conseguirlo. Sabiendo que los negocios políticos le obligarian á ausentarse por algun tiempo, adelantó su ida al Escorial para prevenirlo é inspeccionarlo todo, y desde principios de diciembre estaba alli viendo y animando continuamente á los artistas.

Los famosos pintores Fernandez Navarrete (a) el Mudo, Federico Zucharo, Lucas Cambiasio (a) Luqueto, Rómulo Cincinato, Peregrin Tibaldi, Bartolomé Carducho, Caravajal, Sanchez Coello, Barroso, los dos hijos del famoso Bergamasco, Francisco Urbino, y otros de menos cuenta, pintaban unos al óleo los cuadros para los altares, y otros los frescos de bóvedas y claustros. Los humildes le-

gos Fr. Andrés de Leon y Fr. Julian de Fuente del Saz, con Ambrosio de Salazar, iluminaban las preciosas viñetas de los libros del coro, que con tanta limpieza y primor escribian al mismo tiempo el monje benedictino Fr. Martin de Palencia, el valenciano Cristobal Ramirez, Francisco Hernandez y otros. Los carpinteros y ebanistas Flecha y Gamboa con sus oficiales sentaban la linda estantería de la biblioteca, y las sillas y cajones del coro. Masigiles con sus dos hijos llevaba á cabo los complicados órganos de la iglesia, y Jacobo de Trezo colocaba en la capilla mayor los entierros reales y el tabernáculo, mientras otros marmolistas acababan de sentar y pulir el suelo de la iglesia y presbiterio. Felipe II y Juan de Herrera eran como el alma, como el móvil de todas estas operaciones: el primero paseaba de taller á taller, de un punto á otro, animando, mandando, é indicando lo que no le gustaba; el segundo diseñaba, media y dirijia todo lo que tenia conexion con la arquitectura.

Sobre tantos y tan distintos objetos ejercia el monarca su inspeccion para que saliesen conforme á su deseo, y para todos dejó las disposiciones convenientes. Pasada la fiesta de la Epifanía de 1585 se fué á Madrid y de alli á Zaragoza, donde entró á 24 de febrero, con objeto de celebrar el casamiento de su hija Doña Catalina, y tener cortes en el reino de Aragon. Le acompañaban en esta jornada el príncipe é infantas, y la emperatriz Doña María fué á pasar el verano al Escorial, donde estuvo sumamente contenta y le fué muy bien de salud, porque el pais es en la estacion calurosa fresco y muy sano.

Durante la ausencia del rey se acabaron de colocar los altares de la iglesia, y de pintar las bóvedas del coro y capilla mayor, en que tardó Luqueto ocho meses; se pusieron las sillas, y la estantería para colocar los libros del coro, cuya operacion terminó en 23 de diciembre. Todas las demás obras adelantaban en proporcion de su prolijidad y trabajo.

Un año entero se detuvo Felipe II en Aragon arreglando los asuntos de aquel reino, y volvió á entrar en Madrid á principios de marzo de 1586. Tan pronto como los cuidados políticos se lo permitieron volvió al Escorial, lo uno por continuar la costumbre de pasar en él la Semana Santa, y lo otro por activar su conclusion, que tanto deseaba. Trajo consigo algunas reliquias de grande estima, entre ellas un hueso de la nalga de San Lorenzo, llamado el hueso del milagro (1), y la cabeza de San Hermenegildo, con un

(1) Se llama á este hueso de San Lorenzo el hueso del milagro, porque queriendo el Sumo Pontífice Gregorio XIII enviar una parte de él á Felipe II, mandó que con una sierra bien templada partiesen una parte de él. Lo intentaron dos veces, y la sierra no hizo en él mella alguna como si fuera diamante. Avisado el Papa mandó se probase tercera vez, y tampoco produjo resultado la sierra, aunque se habia hecho á propósito. Entonces desconfiaron ya de poderlo partir, y lo tenian en las manos considerándolo, cuando sin golpe ni esfuerzo ninguno se partio él por sí mismo, no por donde querian sino por lo mas grueso. Asi consta en la carta de Su Santidad.

jubileo plenísimo concedido por el Papa Gregorio XIII para el dia en que llegase al Escorial el hüeso milagroso del invicto martír español. Dispuso que para entrar con dichas reliquias en el Escorial se esperase al dia de San Hermenegildo (13 de abril), para que en tal dia se ganase perpétuamente el jubileo. Las santas reliquias fueron recibidas con toda la solemnidad y pompa posibles, y colocadas en los relicarios, que ya entonces estaban concluidos y llenos de vasos de mucho valor.

Presenció al mismo tiempo la colocacion del altar mayor, y de los entierros reales que están á los dos lados, que se concluyeron en fin de marzo. Entonces, calculando lo que podria tardarse en acabar de sentar y pulir los adornos que faltaban, determinó fijar la época en que podrian ya comenzarse á celebrar los divinos Oficios en la iglesia principal; y encargando muy particularmente á los maestros procurasen tenerlo todo concluido para los primeros dias de agosto, se marchó á Madrid, donde le llamaban los asuntos políticos.

Volvió luego para la Pascua de Pentecostés con sus hijos, y pasaba largas horas presenciando los trabajos de los marmolistas, que limpiaban y pulian los variados jaspes de que abunda la capilla mayor. A los 17 de junio se acabó de colocar el admirable, costoso y rico tabernáculo; y la custodia interior, tambien de finísimos jaspes, de que ya no nos ha quedado mas que la memoria, y de que daré en su lugar algunas noticias y detalles. Sin embargo, para que su mandato se cumpliese fue necesaria la casi continua presencia de tan autorizado y severo sobrestante, y aun así costó muchos esfuerzos el que para el dia de San Lorenzo, cuya festividad quiso fuese la primera que se celebrase en el templo que le habia dedicado, estuviese todo desembarazado y limpio. Hasta el dia 2 de agosto no se acabaron de pulir y perfeccionar los mármoles del pavimento; el 8 aún se trabajaba en la colocacion de la custodia interior del tabernáculo: pero la voluntad del Monarca era muy enérgica y poderosa, y el dia 9 su mandato estaba cumplido.

Para aquel mismo dia quiso que todo estuviese en su verdadera y propia colocacion; que cada cosa, cada persona ocupase el sitio que le estaba destinado; que todo adquiriese aquel carácter de solidez, orden y gravedad que habia impreso en todo el edificio. El mismo con su real familia y los caballeros de su corte pasaron á habitar los aposentos del palacio que les estaban destinados; los monjes trasladaron sus viviendas á las celdas del claustro grande; se puso en sus respectivos cajones la gran librería del coro; se hizo entrega formal de las alhajas, ornamentos y ropas de la sacristía; y se colocaron en la iglesia lámparas, candeleros, cruces y demás adornos necesarios para servicio del altar.

El Rey, previniendo de antemano hasta las cosas mas pequeñas, habia traido consigo á D. Fr. Buenaventura Nateo Alme-

rico, de la orden de San Francisco, Obispo de Rosa, en Irlanda, á quien dió desde luego la comision de consagrar y bendecir todo lo necesario para el culto. El 5 de agosto consagró cincuenta aras para los altares; al dia siguiente, con mayor solemnidad, con asistencia del Rey, de los príncipes, los monjes y los caballeros de su corte, bendijo la iglesia principal; y el dia 9 hizo la misma ceremonia con los altares en particular, para cuyo acto se encendieron por primera vez las lámparas.

En estos dias por todas partes se notaba actividad y movimiento, y en todos los semblantes se veia rebosar la alegría y satisfaccion. Por fin llegó el momento deseado. Dispuesto ya y ordenado todo con exactitud, en la mañana del 9 de agosto, despues de dichas las Horas y Misa en la iglesia vieja, á las ocho se reunieron en ella con las tres Comunidades el Rey y su Real familia, los caballeros y los dependientes y criados de S. M. y de la fábrica, formando una vistosísima procesion, para trasladar á la iglesia principal el Santísimo Sacramento. Tan lucido y numeroso festejo salió por la puerta pequeña del claustro del refectorio, se dirijió á la portería, y por debajo de los arcos del zaguan entró en el templo por la puerta principal. El Prior, con ricos ornamentos sacerdotales, llevaba en sus manos una preciosa custodia de oro, y en ella la sagrada hostia. El Rey, el Príncipe y los grandes dignatarios de palacio llevaban las varas del palio, y por primera vez los cánticos sublimes del Dios de Abraham resonaron bajo aquellas colosales y magníficas bóvedas, dignas de reproducir con sus ecos el *hosanna* de los ángeles. La blancura de la piedra, que parecia aumentada por la claridad del dia, la limpieza y brillantez del nuevo pavimento, el lujo y ornato de los altares, en que ardian miles de luces, la dignidad, grandeza y compostura de los que formaban el acompañamiento, y sobre todo el objeto de aquella ceremonia altamente religiosa, habian conmovido todos los corazones; todos derramaban lágrimas, todos se sentian anonadados en la presencia de un Dios, para quien era estrecha tan grandiosa morada.

La innumerable gente que habia acudido de los pueblos inmediatos no pudo gozar mas que á medias de este sublime espectáculo, porque la guarda del Rey no dejó pasar de las rejas de bronce que están á la entrada sino á los que iban en la procesion; y desde entonces para siempre mandó Felipe II que ninguno, salvo los caballeros de su casa y algunas personas de distincion, pasase de aquellas rejas ni entrasen mas que debajo del coro. Concluida la procesion se dijo Misa del Espíritu Santo, que celebró el Prior, y otras muchas rezadas en los demás altares, retirándose todos para esperar las Vísperas. Aquel dia fue para Felipe II tal vez el mas feliz de su vida; vió concluida la fábrica, realizada su idea, y su corazon palpitó dulcemente al comenzar á gozarse en la obra de sus manos.

Escusado sería detenernos en la descripcion minuciosa de la so-

lemnidad de la víspera y festividad del mártir español San Lorenzo. Por lo que he indicado de la traslacion del Santísimo Sacramento, se puede juzgar lo que sería el dia siguiente. Toda la riqueza y poder del Monarca de dos mundos, todo el brillo de la corte, todos los esfuerzos del ingenio, toda la gravedad, compostura y devocion de los monjes, y sobre todo los corazones, los deseos de todos, se habian aunado para hacer sensible y grande el culto de Dios en aquel dia. Celebró la Misa el Prior Fr. Miguel de Alaejos, predicó el erudito P. Fr. José de Sigüenza, y entonaron los cánticos de alegría los músicos de la capilla Real; y el Rey con sus hijos presenció y acompañó todas las ceremonias con una ternura y devocion indecibles. En las segundas Vísperas de esta solemnidad fue cuando Felipe II ocupó por primera vez la silla del coro, del rincon de la derecha, donde continuó sentándose todo el resto de su vida cuando asistia á los Oficios, sin que jamás quisiese ocupar la silla del Prior.

Permaneció despues en el Escorial hasta el 13 de octubre, y á los cinco dias escribió desde el Pardo una carta cuyo tenor es el siguiente.

"El Rey.=Venerables y devotos PP. Prior y Diputados del »monasterio de San Lorenzo el Real, que Yo he fundado y edifi»cado: porque he acordado que los cuerpos Reales del Emperador »y Rey mi señor y padre, y de la Emperatriz y Reina mi señora »y madre, y los demás que están depositados y á vuestro cargo en »el dicho monasterio, se pasen y trasladen de donde agora están á »la bóveda debajo del altar mayor de la iglesia principal, que es »el lugar que agora mando señalar para su enterramiento, no obs»tante que (conforme á lo dispuesto por la escritura de dotacion y »fundacion del que otorgué á 22 de abril del año pasado de 1567) »estaba ordenado que fuese en la bóveda debajo de la capilla ma»yor. Por lo cual os encargo deis orden como se haga la dicha »traslacion á la dicha bóveda, y que se pongan en ella de la ma»nera y por la orden que tengo dada para tenerlos en la guarda y »custodia, y con la decencia y respeto que se debe y conviene; y »para que esto se pueda ejecutar, por la presente alzo y quito »cualesquier depósitos que estuvieren hechos de los dichos cuer»pos Reales en el dicho monasterio hasta agora, por cuanto con la »dicha traslacion se habrá cumplido mi voluntad. Y para que cons»te de ella he mandado despachar esta cédula, á las espaldas de la »cual hará fe Juan de Ibarra, mi secretario, de cómo se ha cum»plido y ejecutado todo lo que aqui ordeno, de que se sacará apar»te otro testimonio auténtico para enviárseme, y que Yo vea cómo »se ha cumplido mi voluntad. Fecha en el Pardo á 18 de octubre »de 1586.=Yo el Rey.=Por mandado de S. M., *Mateo Vazquez*.

Como de la bóveda á donde en cumplimiento de la orden anterior se trasladaron los cuerpos reales ya no queda mas que una pequeña parte, preciso será para mejor inteligencia dar alguna idea

de ella. Al principio de la fundacion quiso Felipe II que el panteon se formase por el estilo de las antiguas catacumbas, con localidad bastante para celebrar en él los divinos Oficios cuando se hiciesen los entierros de las personas reales. Con arreglo á esta idea, en lo mas profundo de los cimientos del templo se formó una iglesia redonda, con su cúpula correspondiente, y hueco donde pudiese colocarse el altar; enfrente de él una tribuna que sirviese de coro, y por los lados concavidades bastantes para poder poner sepulcros de marmol ó de otra materia. Se bajaba á esta bóveda por dos caracoles secretos desde el altar mayor de la iglesia principal, y además comunicaban con ella dos anchas y bastante claras escaleras, tambien de piedra, que tenian su entrada, la una por la casa real, y la otra por la sacristía del convento (1). Era esta iglesia ó panteon (dice el P. Sigüenza) una arquitectura de piedra labrada, harto capaz, y de mucha grandeza y nobleza para este efecto. Despues pareció al mismo Rey que esta iglesia subterránea estaba muy distante, triste y oscura, y mandó que entre esta y la iglesia principal se construyese una bóveda, que el medio de ella viniese á parar debajo del altar mayor. Se construyó en efecto dicha bóveda, que ocupaba todo el terreno que cae debajo del presbiterio, que es el espacio que hay desde que se comienzan á subir las gradas hasta la pared del retablo, y estaba dividida en tres cañones ó corredores.

El Prior y monjes, en cumplimiento de la orden arriba copiada, se reunieron el dia 3 de noviembre, y celebrada una Misa solemne de difuntos trasladaron aquel dia cinco cajas, llevándolas en hombros los monjes sacerdotes; al dia siguiente las otras cinco, y en el tercero las seis restantes, que completaban los diez y seis cadáveres que hasta entonces se hallaban depositados en aquel monasterio. Los féretros fueron colocados en las bóvedas por orden de dignidad, segun el Rey lo habia ordenado; sin embargo, aquel no debia de ser su panteon, la ejecucion de este determinó Felipe II quedase encargada á sus sucesores; sin duda temió empezar otra obra tan costosa y duradera.

(1) De estas dos escaleras se conserva aún la de la parte de palacio, á la que se entra por una de las habitaciones bajas del aposento que está detrás del altar mayor, y que termina detrás de la urna donde está sepultado el Sr. D. Felipe IV. La de la parte de la sacristía venia á salir enfrente de ésta, pero ahora está cortada por la que se hizo nueva para bajar al panteon actual.

CAPÍTULO VIII.

Pormenores de la obra, y noticia de las Personas Reales.—Conclusion del colegio y seminario, y traslacion á él de los colegiales.—Destino que se dió á las habitaciones que antes ocupaban.—Lo que se hizo en la iglesia de prestado.—Principio de la biblioteca.—Pérdida de la armada Invencible.—El facistol del coro.—Regalo del Pontífice á los Príncipes de España.—Consagracion solemne del templo.—Iluminacion.

Comenzaba el año 1587 cuando todas las habitaciones interiores del edificio iban apareciendo concluidas, formando ese magnífico todo, que será siempre la gloria del siglo XVI y la admiracion de los venideros. El Rey con toda la real familia vino á la Semana Santa, y se estrenó el monumento, que es un bien entendido y hermoso templete, todo dorado, y correspondiente á la grandeza y magestad del templo, ejecutado en madera por el hábil italiano Jusepe Flecha sobre los dibujos y traza de Herrera. Pareció á todos muy bien, y Felipe II quedó satisfecho de su ejecucion. Los ratos que los ejercicios de piedad, á que nunca faltaba en aquellos dias, le dejaban libre, los pasaba viendo pintar á los hermanos Fabricio y Granelio, que ya por éste tiempo concluian los frescos de las salas capitulares, que le gustaban mucho; y de allí salia al claustro principal bajo, donde tambien se pintaban valientes cuadros al fresco. Para que mas pronto se concluyese este gran claustro, habia encargado su adorno á cuatro pintores, dos italianos, que eran Peregrin Tibaldi y Rómulo Cincinato, y dos españoles, Caravajal y Barroso, aunque los tres últimos solo pintaron cada uno las estaciones de un ángulo al óleo y los arcos inmediatos al fresco; lo restante fue obra de Peregrin, dibujando él y pintándolo sus oficiales. Desde allí discurria por todas las demás oficinas: en algunas mandaba quitar lo que se habia hecho, porque le parecia pobre ó poco elegante, como sucedió con las fuentes de los claustros menores, que primero se habian hecho todas de piedra comun berroqueña, y luego las mandó poner de marmol; en otras, como la biblioteca, donde se colocaba entonces la rica estantería, daba sus disposiciones; y se enteraba de todo con la mas detenida escrupulosidad.

Este año estuvo en el Sitio algo mas de lo acostumbrado, lo

uno porque quiso celebrar allí el cumpleaños de su hijo D. Felipe, que cumplió nueve el 13 de abril, y además porque habiendo recibido la triste nueva de la decapitacion de la infortunada María Estuardo, Reina de Escocia, quiso se le hiciesen unas solemnísimas honras fúnebres, y asistir á ellas. Juntamente con la desagradable noticia habia recibido un anillo de oro con un rico diamante tabla, que habia pertenecido á la dicha Reina; y por su mano lo entregó al P. Sigüenza, y mandó se guardase entre las reliquias, como se hizo. Al dia siguiente de las exequias, que fueron el 15 de abril, partió con sus hijos á Toledo, donde iba á recibir el cuerpo de Santa Leocadia.

Volvió al Escorial el 7 de agosto, y mandó que para el dia 9 se iluminase la iglesia principal. En todos los nichos y cornisas de la capilla mayor, y en todos los demás altares, se colocaron cuantos candeleros cabian, todos con sus correspondientes velas de cera, que se encendieron al anochecer del dia 9, y poco despues llegaron de Madrid la Emperatriz é Infanta, á quienes se recibió con la solemnidad acostumbrada, entrando por la puerta principal para gozar de golpe aquella vista verdaderamente sublime y religiosa. Realmente una grande iluminacion en el templo del Escorial produce el efecto que dice el P. Sigüenza, *que al verlo pone en el alma un no sé qué de elevacion que no se siente en otras cosas de la tierra.* He visto algunas iluminaciones, y he derramado lágrimas de ternura; mi alma se ha conmovido dulcemente, y se ha sentido embriagada por un placer altamente religioso é indefinible.

Se concluyó por este tiempo la parte interior del colegio y seminario, y quiso el Rey que al momento fuesen á ocuparlo los moradores que le estaban destinados. Aumentó algun tanto el número que al principio habia fijado, y permitió que los colegiales monjes fuesen hasta treinta y dos, y los niños seminaristas cuarenta, y además cuatro familiares internos que los sirviesen, y que al mismo tiempo estudiasen. De este modo quedó ya cada cosa en su lugar, y aquellas tres corporaciones, montadas todas bajo el sistema monástico, y sujetas á las estrechas y meditadas constituciones que el mismo monarca les habia dado, comenzaron á marchar con un orden y armonía admirables, y á dar frutos abundantes de virtud y de saber. La parte formal y moral del pensamiento, grande al par que religioso, estaba completa, en la material aún faltaba bastante.

Como todo lo preveia, conoció que teniendo que pasar largas temporadas en el Escorial para gozarse en su obra, sería de necesidad establecer algunas oficinas para el despacho de los negocios políticos, y para hospedaje de los oficiales de su casa; y al efecto mandó construir dos anchurosas casas, que ahora se llaman las de Oficios, situadas enfrente de la fachada del Norte, y que armonizando completamente con el edificio, le dan mucha magestad. Entre estas y el monasterio quedó una anchurosa plaza

cercada por un fuerte antepecho de piedra, que se estiende por las dos fachadas de Norte y Poniente, que es la que ahora se llama la Lonja. Tambien hácia la parte de Poniente se construia, bajo la traza y direccion del arquitecto Juan de Mora, el desahogado edificio llamado la Compaña, donde están todos los almacenes, fábricas y oficinas necesarias para el servicio, no solo de una numerosa Comunidad sino tambien de una grande poblacion.

Luego que los individuos del colegio y seminario ocuparon sus locales correspondientes, y quedó libre la parte que habian habitado en el monasterio, se comenzaron á derribar tabiques, y á formar las oficinas segun estaban en la planta. La ahora llamada sala de la Trinidad, por un valiente cuadro de este asunto pintado por Rivera, que se colocó posteriormente en su altar, se rodeó de asientos, y quedó abierta como portería principal y sala de recibimiento. Lo que habia ocupado el seminario y colegio se convirtió en ropería, procuracion y hospedería. La iglesia vieja ó de prestado mudó enteramente de forma. Se deshizo el aposentillo y tribuna del Rey, y el coro que tenia encima. La sillería que en él habia servido fue colocada al rededor de toda esta sala, que quedó muy despejada y anchurosa; se quitó tambien la escalera que bajaba á la bóveda donde habian estado depositados los cuerpos reales, aunque ésta, el altar mayor y los dos colaterales se conservan como estaban.

De intento he omitido hasta ahora hablar de la biblioteca, para no poner demasiado diseminadas las noticias que pertenecen á un mismo objeto, y hacer menos confusa la narracion de tantas minuciosidades, pero que sin embargo las creo necesarias en una historia de esta clase. Ya desde el principio de la fundacion se habia propuesto Felipe II formar en el Escorial una rica y escojida biblioteca; y cuáles eran sus intenciones relativamente á este interesante objeto, cuál el concepto que tenia formado de este género de establecimientos literarios, puede inferirse de sus mismas palabras, que he copiado de la instruccion que dió para la impresion de la Biblia régia, de que estuvo encargado Arias Montano. *Esta es* (dice de la biblioteca del Escorial) *una de las principales riquezas que yo queria dejar á los religiosos que en él hubiesen de residir*, *como lo mas útil y necesario.* Para llenar, pues, esta grande idea, desde 1575 comenzó á acumular en el Escorial libros, tanto impresos como manuscritos, dando él para que sirviesen de base cuatro mil volúmenes, muchos de ellos originales manuscritos antiguos, en varias lenguas y de diversas facultades. Su primera colocacion provisional fue en una pieza muy capaz, que está en el claustro principal alto, junto á la escalera, que despues sirvió de dormitorio comun á los monjes jóvenes. El primer bibliotecario fue el P. Fr. Juan de San Gerónimo (segundo, como él mismo lo dice en el libro primero de las actas capitulares, fol. 52), hombre sumamente curioso y aplicado, y que á pesar de tener á su cargo los libros de cuenta y razon de la fábrica, y los cargos de archivero y secretario del

Capítulo, cuyas actas están escritas de su mano hasta el año 1591, se dedicó con tanta asiduidad al arreglo de los libros, que en junio de 1576 la visitó el Rey y la encontró perfectamente ordenada, á pesar de que era ya una biblioteca respetable, pues se le habia reunido la del esclarecido varon D. Diego de Mendoza, que era muy selecta y numerosa, y con la que se quedó el Rey, obligándose á pagar las deudas que aparecian en el testamento de dicho D. Diego. Como al describir la biblioteca he de tener necesidad de ocuparme mas detalladamente omito los demás pormenores, concretándome solo á su fundacion material.

En este año (1587), deseoso el Rey de que todo entrase en el orden que habia de tener, quiso que los monjes jóvenes ocupasen el dormitorio comun que les estaba destinado, y por consiguiente fue necesario trasladar los libros á la biblioteca alta, que es donde hasta ahora se han guardado los manuscritos; y tanto en esta traslacion como en el arreglo de ellos, ya tomó parte el P. Sigüenza por encargo especial del Rey.

Nada ocurrió en el año siguiente de particular en el Sitio sino irse adelantando algunas de las obras y concluyendo otras. El fundador, en la Semana Santa que pasó en él como de costumbre, pareció mas devoto que otras veces, lo cual hacia no solo por dar ejemplo al Príncipe su hijo, que ya le acompañaba en estos ejercicios santos, sino tambien para suplicar á Dios concediese una feliz victoria á la armada llamada la Invencible, á aquella espedicion que pensaba enviar contra Inglaterra, la mas numerosa y formidable que en aquellos tiempos se viera. La nacion toda tomó el mismo interés; y fueron tantas y tan devotas las rogativas, oraciones y plegarias que se hicieron, que dice el P. Sigüenza que las noches llamadas de verbena de San Juan y de San Pedro, de costumbre inmemorial tan bulliciosas y alegres, parecieron Semana Santa. Pero Dios por sus incomprensibles juicios no tuvo á bien escucharlas, ni tampoco las de los monjes, que con este motivo redoblaron sus penitencias y mortificaciones. La armada Invencible fue completamente destruida por los temporales; y Felipe II, al recibir la infausta noticia de este tan considerable revés político, se mantuvo tranquilo, y solo contestó: *yo la mandaba contra los hombres, no contra los vientos y huracanes.* Sin embargo, España no pudo librarse de los duros sarcasmos de sus enemigos, que aludiendo á la mucha piedad y devocion que en aquellas rogativas se habia manifestado, decian en sus pasquines: *que las oraciones de los españoles habian sido tantas y tan eficaces, que la armada Invencible se habia subido al cielo.* En efecto, la pérdida era considerable.

En el año siguiente á 22 de marzo volvió el Monarca con sus hijos al Escorial, y tuvo la satisfaccion de ver concluir y asentar el magnífico facistol del coro, tal vez el mas notable del mundo, y obra verdaderamente digna de admirarse, no solo por su construccion, grandeza y hermosura, sino por lo perfectamente nivelado que

se conserva al través de casi tres siglos de un contínuo y nunca interrumpido servicio. Esto ha dado motivo á que se dijese que estaba montado sobre un diamante; pero esto es una vulgaridad, que desaparece sin mas que observar su construccion interior, pues aquella pesada mole descansa y gira, no sobre un punto sino sobre un anillo formado en una gruesa barra de hierro.

Se estrenó este facistol en la celebracion de las honras fúnebres que se hicieron por la Reina de Francia Doña Catalina de Médicis, á que asistió el Rey; y pasada la Semana Santa, á 4 de abril fue á Alcalá de Henares á celebrar la canonizacion de San Diego de San Nicolás (vulgo de Alcalá), que con tanto interés habia procurado, y á 29 del mismo volvió al Escorial para pasar en él la estacion del verano. Durante esta temporada hizo al monasterio muchos regalos, singularmente de bellísimas pinturas para adornar los claustros y las celdas de los monjes, pues hasta estas quiso que, sin traspasar los límites de la pobreza y decencia religiosa, correspondiesen á lo demás del edificio.

Murió á 6 de agosto Fr. Miguel de Alaejos, quinto Prior del Escorial, hombre tan virtuoso y austero, tan inteligente y diestro en el gobierno, que no solo los monjes tuvieron mucho que agradecerle, sino que el mismo Felipe II dijo cuando supo su muerte: *Tarde toparán los frailes otro Fr. Miguel de Alaejos.* En efecto, pocos prelados han reunido tan elevadas prendas, pues á una humildad y desinterés poco comunes unia una actividad y celo admirable por la casa; y á él se debe el útil y espacioso edificio de la Compaña, que no solo dejó desembarazado el monasterio de los talleres indispensables, y que por necesidad habian de alterar el silencio del claustro, sino que es una finca tan util como productiva. Fue elegido en su lugar el P. Fr. Juan de San Gerónimo, no el autor de las memorias que tantas veces he citado en esta historia, sino el predicador. Fue confirmado á 20 de agosto, y el Rey, las personas Reales y caballeros de su corte estuvieron presentes á esta ceremonia de la Orden.

Por este tiempo concluyó Federico Zucharo de pintar los grandes cuadros que hay en los nichos del altar mayor, que no contentaron mucho al Rey, y que dijo muchas veces de este pintor, que era mas la fama que la habilidad que tenia; mas sin embargo, se colocaron en sus sitios. Tambien se colocaron las primeras estátuas de bronce, y en esta operacion sucedió una cosa verdaderamente maravillosa. Al llegar la estátua que representa á San Juan Evangelista, que es de 7 pies de altura y de mas de 600 arrobas de peso, á confrontar con el nicho donde está colocada, se rompió la maroma con que la subian, y la estátua vino al suelo; pero como si hubiera sido una ligera pluma, ni aun señal hizo en los mármoles del pavimento. Esto llenó de admiracion al Rey y á cuantos lo vieron, porque no solo debian haberse hecho trizas los mármoles con la caida de tan enorme peso, sino que hasta la bóveda debió

hundirse con tan fuerte golpe. En estas operaciones, y en ver de todo punto concluida y colocada la famosa librería del coro, pasó Felipe II el verano muy entretenido y lleno de placer, y marchó luego á Madrid el 5 de noviembre.

Mucho se estrañó el año siguiente que el Rey dejase de ir al Escorial á celebrar la Semana Santa como lo tenia de costumbre; pero los ataques de gota eran ya tan fuertes y con tanta frecuencia que sin duda se lo impidieron, y dilató el ir á visitar su Sitio favorito hasta el 7 de junio. Se notó que venia acompañado de una fuerte guardia, y desde el momento que llegó se advirtieron medidas que jamás se habian usado. Se pusieron de noche y de dia centinelas en el palacio y monasterio, se señalaron las personas que podian entrar en el templo, que fueron muy pocas y de las mas principales, y se ejercia una rigurosa vigilancia sobre todos los que llegaban á la villa ó al Sitio, teniendo el alcalde mayor del Escorial encargo muy especial de visitar las posadas y alojamientos, y de presentar al Rey todas las noches una lista de los forasteros que habian llegado. Esto dió lugar á miles de conjeturas, sin que nadie pudiese acertar con el verdadero motivo. Mas esto no era estraño; Felipe II en su política estaba siempre rodeado de misterio, y no dejaba traslucir fácilmente los motivos de sus operaciones cuando le convenia ocultarlos.

Para el dia del Corpus (21 de junio) ya el claustro principal bajo estaba concluido de pintar; tanto los frescos como los cuatro ángulos ó estaciones al óleo, desembarazado de los andamios, y perfectamente limpio y bruñido el pavimento: se hizo por él la primera procesion, á que asistió el Rey, el Príncipe y demás caballeros de su corte, llevando las varas del palio. Los niños del seminario iban enmedio de las dos filas ricamente vestidos, formando vistosas danzas, animando aquel cuadro verdaderamente grande y encantador.

En los dias 3, 4 y 5 de setiembre se colocaron las estátuas colosales de bronce del último cuerpo del altar mayor. Para esta operacion se habia hecho un andamio muy fuerte, que cruzaba toda la capilla y descansaba en la cornisa de ambos lados, y sobre él estaban colocados los dos tornos para subirlas. El mismo Felipe II, á pesar de lo muy molestado que andaba de la gota, habia subido á él varias veces para inspeccionarlo, y ver el modo como habian de colocarse moles tan pesadas. El primer dia, cuando acababan de colocar la estátua de San Pedro, sin amago ninguno, pues el dia habia estado claro y sereno, dió un sólo trueno pero espantoso, y cayó un rayo en la torre de las campanas, y despues cruzó el coro, entrando por el balcon de la derecha, frontero al que solia ocupar el Rey. El susto que todos recibieron fue tan grande, que algunos de los monjes que estaban en el coro cantando Completas, cayeron al suelo atolondrados. Felipe II acudió al momento temeroso del daño que pudiera haber hecho; pero se tranquilizó y dió gracias

al Señor cuando vió por sí mismo que no habia causado mas deterioro que con el humo desdorar un poco y hacer una señal en el marco de dicho balcon. Fuera del coro tampoco tuvo consecuencias.

La Real familia continuó en el Escorial todo el otoño, y al dia siguiente á la Conmemoracion de los difuntos partió para el Pardo, sin que ya en lo restante del año ocurriese cosa notable.

Al siguiente tardó el fundador en volver algo mas de lo que acostumbraba, porque fue á celebrar la Semana Santa á Toledo, y se detuvo á ver el auto de fe que hizo el tribunal de la Inquisicion el domingo de la Trinidad de este año de 1591. Por este motivo no se halló en la confirmacion del séptimo Prior, para cuyo cargo, vacante por renuncia del P. Fr. Juan de San Gerónimo, habia nombrado al P. Fr. Diego de Yepes. Vino despues en la octava del Corpus, y trajo consigo una gran cantidad de reliquias, y muchos y muy preciosos relicarios y vasos de oro, plata y piedras preciosas, bronces dorados y cristales para colocarlas. Mientras se arreglaban se depositaron en una sala grande sobre alfombras y paños de seda; y el Monarca, ó solo ó acompañado únicamente de su hijo, iba muchas veces á adorarlas y besarlas, sin mas testigos que el P. Sigüenza, encargado entonces de la custodia de tan santo depósito; lo cual prueba hasta la evidencia que Felipe II no era, como algunos lo han calificado, un hipócrita, sino creyente y religioso de buena fe.

A 23 de agosto llegó al nuevo Sitio el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Darío Bocarin, con el maestro de ceremonias Guido, encargados por el Papa Gregorio XIV de entregar en su nombre el estoque y sombrero benditos por él en la noche de Navidad al Príncipe D. Felipe, y la rosa de oro á la Infanta su hermana. El estoque era mayor que los montantes ordinarios de España, la hoja dorada hasta la mitad, y grabado en ella el nombre del Sumo Pontífice. La empuñadura de plata dorada, y en el pomo las armas de Su Santidad, con la sobrevaina tambien de plata dorada, sembradas por ella las armas pontificias, y revuelto en la cruz un talabarte de oro tejido, de tres dedos de ancho, con hebilla y remate de plata dorada. El sombrero era de terciopelo negro forrado en finísimos armiños, de los cuales dos enteros colgaban para atarlo debajo de la barba. En lo alto del sombrero tenia una gruesa nuez de aljofar, y de ella salian como unos rayos de oro bordados, que cubrian toda la parte alta de la copa. Al un lado tenia bordada con aljofar una paloma (símbolo del Espíritu Santo), y como para sostener las vueltas tenia otros dos gruesos bordones, hechos tambien de aljofar. Estos regalos, que el Pontífice enviaba como señales de su benevolencia y amor, fueron recibidos en la mañana del 24 de agosto por el Príncipe, y en la tarde del mismo dia por la Infanta, habiéndose publicado el dia antes un jubileo plenísimo, lo cual contribuyó á aumentar la solemnidad de la ceremonia y la concurrencia de los pueblos circunvecinos.

Los achaques comenzaban á afligir demasiado al Monarca, cansado ya de tan largo y difícil gobierno, y abrumado por el peso de los años; pero su ánimo conservaba aquel vigor y enérgico temple de alma que siempre le habia caracterizado, y que sostenia sus decaidas fuerzas. En el año 1592, los fuertes ataques de gota le impidieron ir por la Semana Santa al Escorial, y no pudo hacerlo hasta la vigilia de Pentecostés. Apenas llegó recorrió é inspeccionó, como de costumbre, las obras comenzadas, y que ya estaban todas á punto de concluirse, y entre ellas eran entonces las mas principales los frescos y estantes de la biblioteca, el templete y jardin en medio del claustro principal, llamado ahora el patio de los Evangelistas, y el útil edificio de la Compaña. Dió orden para que todas continuasen con calor y sin omitir gasto, y á pesar de su salud quebrantada emprendió el viaje para Valladolid y Burgos. En esta jornada tuvo el contratiempo de perder sus dos mejores médicos, al divino Valles Cobarrubiano y al doctor Victoria, y precisamente en el momento en que mas los necesitaba, porque habiendo ido á visitar el monasterio de monjes gerónimos de la Estrella, cayó enfermo de tanto peligro que todos creyeron que se moria. Sin embargo, logró convalecer aunque lentamente, y por esta causa se detuvo en este viaje cerca de un año.

En el siguiente de 1593 pasó en el Escorial la mayor parte del verano, y vió concluir las pinturas, estantería y suelo de la biblioteca principal, y gran parte de los libros quedaron colocados en su presencia. Tambien se sentaron las estátuas que dieron el nombre al patio de los Evangelistas, se avanzó mucho en la obra de la Compaña, y se hizo el pavimento de la Lonja, con los antepechos de cantería que la cierran por las fachadas de Poniente y Norte; y como si se hubiese viciado en emprender edificios, viendo que su pensamiento grandioso estaba concluido, quiso como hacer ostentacion de que aún no estaba cansado ni agotadas sus riquezas, y para recompensar en algun modo los muchos servicios que la villa del Escorial habia prestado en el principio de la fundacion, mandó que á su costa se edificase la iglesia sólida y anchurosa que hoy tiene. Comenzóse en 1.° de enero de 1594, y quince meses bastaron para dejar perfectamente concluido este edificio, que para la pequeñez de la villa donde se hizo, no deja de ser regio. Las condiciones fueron firmadas á 12 de enero de 1594, por Fray Antonio y por Pedro Gutierrez Ramirez, que fue el maestro de cantería que tomó la obra á su cargo.

Concluido de todo punto el edificio, adornado en su interior con lujo y admirable gusto artístico, dispuesto de modo que nada faltase á aquel todo tan completo que se habia propuesto, todavía buscaba Felipe II medios de engrandecerle, y de hacerle altamente religioso. El templo no estaba mas que bendito, y pensó en que se le añadiese la consagracion solemne, segun la antiquísima costumbre del pueblo cristiano. Con este intento fue á San Lorenzo á princi-

pios del verano, pero llegó sumamente fatigado de la gota y molestado de los demás achaques que padecia, que eran muchos y cada año iban tomando mayor fuerza, en proporcion que la perdia su naturaleza. Sesenta y ocho años de vida tan trabajada, y cuarenta de reinado tan azaroso, eran bastantes á destruir un temperamento de bronce. El de Felipe II lo era, y estaba sostenido por un alma de un temple poco comun.

Con la mudanza de aires, y mas que todo con la satisfaccion que sentia al ver llevada completamente á término su idea, conoció bastante alivio, y se contempló con fuerzas bastantes para presenciar la ceremonia de la consagracion. Llamó para que la hiciese á Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría y Nuncio de Su Santidad en estos reinos, y se informó de todo lo que debia prevenirse; y despues de comun consentimiento señalaron el dia 30 de agosto para que en él se consagrase el templo, y en lo sucesivo se celebrase el aniversario de esta ceremonia. El Nuncio publicó un ayuno para todos los monjes, criados y dependientes del monasterio, los vecinos del Sitio y de la villa del Escorial, en la vigilia de la consagracion; y en el mismo dia, acompañado de Felipe II, escojió en el gran depósito de reliquias que allí habia ya reunidas, algunas de los doce Apóstoles, de San Lorenzo y otros santos, destinadas á ser colocadas dentro de un rico vaso, que se habia de enterrar en el altar mayor. Conducidas estas reliquias á la iglesia vieja, donde ya estaba preparado un ancho y bien compuesto altar, el Nuncio las encerró en el vaso, y con ellas tres granos de incienso y un pergamino escrito en lengua latina, y firmado por él, cuyo contenido en lengua castellana es el siguiente: *El año MDXCV, á 30 dias del mes de agosto. Yo Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio Apostólico en los reinos de España, consagré esta iglesia y este altar en honra de San Lorencio, y encerré en él las reliquias de San Lorencio y de los doce Apóstoles, San Esteban y otros mártires, y concedí á todos los fieles, hoy un año, y en el dia del aniversario de esta consagracion, cuarenta dias de verdadera indulgencia á todos los que la visitaren, en la forma que se acostumbra en la Iglesia.* Selló luego el vaso, y lo colocó en unas andas hechas á propósito para este caso. Se prepararon además todas las alhajas é instrumentos necesarios. En las cuatro paredes de la iglesia, sobre cada uno de sus principales arcos, se habian colocado once círculos de marmol blanco, y en cada uno de ellos incrustada una cruz de jaspe de color encarnado oscuro como de amaranto; el duodécimo círculo estaba colocado en el testero detrás del altar mayor. Se habia tambien construido una fuerte, ancha y cómoda escalera de madera y lienzo, con sus mesas y pasamanos, pintada con toda perfeccion, que parecia de finísimos mármoles. Esta descansaba sobre ruedas, y los hombres que iban debajo de ella podian con suma facilidad hacerla andar, girar y revolverse, segun se necesitaba; y en fin, para no detenerme en referir todos los demás

preparativos de crisma santo, óleo de catecúmenos, incienso, manojos de la yerba hisopo, braseros, cenizas, sal, tohallas de diversas clases, creo que bastará para prueba de la profusion, grandeza y exactitud con que todo estaba preparado, el saber que para este solo dia se mandaron imprimir gran número de libros que contienen el Oficio de la consagracion, para que cada monje y cada uno de los asistentes pudiera llevar el suyo, y saber lo que debia cantar y practicar, para que en todo hubiese el mayor orden (1).

Tambien quiso el Rey que la noche que habia de preceder á dia tan solemne no conociese las tinieblas. Por su mandado se habian hecho muchos miles de lámparas de barro, rodeadas de papel de colores para defenderlas del viento, y las llenaron de aceite, poniéndoles unas torcidas que la Infanta con sus damas habia hilado y preparado, para tener alguna parte en aquella ceremonia. Todas estas lámparas se repartieron por las ventanas, cornisas y molduras del edificio, se rodearon de ellas los bordes, boceles y antepechos de las torres y cimborrio, y hasta las agujas y bolas en lo mas alto; y los antepechos y pretiles del jardin en lo mas bajo estaban perfilados con lámparas. Lo mismo fue cerrar la noche cuando con una prontitud sorprendente, las líneas de aquel vastísimo edificio aparecieron como trazadas por fajas de luz, y sus basas y cúspides rodeadas de una aureola radiante y luminosa, que encantaba la vista y arrebataba dulcemente el corazon. Al dirijir la vista sobre aquel cuadro sublime se creia ver reproducida la vision de San Juan, aquella ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo adornada como la esposa, preparada para recibir á su Esposo Divino. El Escorial no parecia obra de los hombres; tenia un no sé qué de grande, de estraordinario, que derramaba en el alma dulzura y admiracion.

Felipe II quiso disfrutar de esta vista deliciosa, y aunque sumamente molestado por la gota se hizo conducir en una silla al claustro principal y á otros puntos, mientras que el Príncipe su hijo, acompañado de los caballeros de su corte, recorria á caballo las inmediaciones del edificio, ya bajando á lo mas hondo del valle, ya subiendo á los montes vecinos, para gozar desde todos puntos tan hermoso y sorprendente espectáculo. Por todas partes se notaba bullicio y movimiento de las muchas gentes que de los pueblos vecinos habian acudido, y que estuvieron gozando de la iluminacion hasta que los rayos del sol comenzaron á mezclar su claridad con la que despedia el monasterio.

Apenas comenzó á rayar el dia 30 cuando los monjes bajaron á celebrar Misas y cantar las Horas canónicas, para quedar desocupados y poder asistir á la augusta ceremonia. El Nuncio, acompa-

---

(1) Todavia se conservan en la biblioteca muchos de estos procesionarios, encuadernados en baquetilla, y con los cantos de las hojas dorados, como se encuadernaron para aquel dia.

ñado de muchos monjes y caballeros., fué temprano á la iglesia, dispuso y reconoció detenidamente los preparativos, y luego que estuvo asegurado de que nada faltaba, y que todo estaba dispuesto segun convenia, comenzó las ceremonias de la consagracion, que son largas, pero llenas de misterios, de uncion y gravedad religiosa. Omito la descripcion detallada de esta solemnidad y de cada una de sus ceremonias porque temo ser prolijo, y las rúbricas generales ordenadas para este caso pueden verse en el Pontifical romano: y el P. Fr. José de Sigüenza, en su Historia de San Gerónimo, libro 3.°, discursos XVII y XVIII, trae minuciosísimos detalles sobre el modo con que se celebró en el Escorial, y esplica muchas ceremonias con aquella sencillez, inteligencia y religiosidad que tanto le distinguen. Allí pueden consultarlas los que tengan deseo de enterarse de sus pormenores, que me tomo la libertad de omitir, consultando la brevedad.

Se hallaba el Rey fundador tan abatido ya por sus años y enfermedades, estaba tan molestado, particularmente de la gota, que le fue imposible (segun sus deseos y costumbre) asistir á la funcion, y se contentó con que le llevasen en su silla al coro y á la galería, que por aquel piso da vuelta á toda la iglesia, y desde allí veia con sumo placer y notable atencion todo cuanto se hacia. Para lo demás, en que era indispensable la presencia del fundador, delegó sus facultades en el Príncipe D. Felipe, su hijo, que asistió á la procesion, acompañado de muchos y muy distinguidos caballeros, y presenció todas las ceremonias. Rodeó la iglesia, y luego se colocó bajo un rico dosel de brocado con su asiento de lo mismo, que ya de antemano estaba preparado á la entrada del templo. Desde allí oyó el discurso que le dirijió el Nuncio, que estaba enfrente de él, sentado en una silla mas baja, el cual, entre otras cosas, segun prescribe el Pontifical, le dijo: *Es necesario que V. A. diga qué obligaciones y cargas deja el Rey, vuestro padre, á este monasterio, y con qué rentas ha dotado ó piensa dotar á esta iglesia.* A lo cual contestó el Príncipe: "Para la razon del dote es »la dehesa del Quejigal y Navaluenga, la de la Herrería, y de la »Fresneda, y el Españadal; heredades conocidas con muy anchas »posesiones, que les están ya agregadas. Tambien la abadía de »Parraces, que es muy ámplia, y el priorato de Santo Tomé, y »otros muchos beneficios eclesiásticos, que á instancias de mi se»ñor padre ha concedido y unido para siempre la Sede Apostólica; »y sin esto tambien se proveerán otras cosas, con las condiciones, »obligaciones y cargas que á mi padre le pareciere dejar., como es »razon, á esta tan insigne casa y convento, y á los religiosos que »en ella viven. *Ya* teneis la respuesta de lo que se me pide." Y en seguida entregó al secretario de estado D. Martin de Idiaquez un pliego, que dicho secretario leyó en alta voz, y en el que se espresaban nominalmente las fincas, bienes y beneficios eclesiásticos con que estaba dotado el monasterio, y prometiendo aumentarlas

segun las condiciones, obligaciones y cargas que su fundador impusiese. Aceptadas por todas las partes el dote y condiciones, se estendió el acta ante D. Juan Beltran de Guevara y Figueroa, protonotario apostólico, y la refrendó despues de haberla firmado y signado con su sello el Nuncio.

Toda la ceremonia, y la Misa solemne que despues de ella celebró el Nuncio concluyó á las cuatro de la tarde, habiendo permanecido constantemente hasta hora tan avanzada el Rey, que no quiso perder nada de la funcion, á pesar del mal estado de su salud. En los dias siguientes se consagraron los altares colaterales, y sucesivamente los cuarenta restantes; y en el centro de la mesa de cada uno de ellos se colocó una cajita con muchas reliquias de santos, grandeza en verdad poco comun en los templos del mundo todo, y que prueba de un modo indudable el gran poder y piedad del Rey fundador, y sus deseos de que el Escorial fuese grande bajo todos conceptos.

CAPÍTULO IX.

Comision nombrada para buscar y reunir reliquias.—Modo como desempeñó su cometido.—Reliquias que reunió.—Su llegada al Escorial.—Solemnidad con que fueron recibidas.—Ultima enfermedad de Felipe II.—Su muerte.

Desde que Felipe II concibió la idea del edificio del Escorial habia querido reunir en él lo mas acabado y notable en bellas artes, lo mas augusto en la religion, lo que mas pudiese contribuir al estímulo y desarrollo del saber, y lo mas respetable y venerando en los fastos del cristianismo. Lo primero lo habia conseguido la pintura, la escultura, y sobre todas la arquitectura, que estaban ya ostentando en el nuevo edificio toda la hermosura y belleza de que son capaces; tenia ya reunida una biblioteca que habia de honrar su memoria, y ser famosa en el mundo literario; habia establecido un colegio y seminario; y la religion habia ya santificado y espiritualizado, por decirlo asi, aquel monumento grandioso. Lo último, la reunion de objetos venerandos en el pueblo cristiano, no lo habia tampoco descuidado un monarca tan piadoso.

Ya hacia algunos años que despues de obtenidas licencias, privilegios y breves de los Sumos Pontífices, habia nombrado una comision compuesta del P. Fr. Baltasar Delgado, del orden de San Agustin, del doctor Cristiano Lavenberch, varon docto en derecho, de Georgio Braunio, comisario apostólico con facultad especial de Su Santidad para este efecto, y de Rolando Weierstras, notario apostólico, á la cual habia encargado recojiese en todos los puntos,

iglesias y monasterios de Alemania y otras partes, todas las reliquias de cualquier tamaño é importancia que fuesen, aunque entre ellas se hallasen cuerpos enteros de santos, siempre que los poseedores quisiesen concedérselas por donacion, ó por cualquier otro motivo; facultándola para gratificar con largueza á los interesados, y para que no perdonasen ningun género de diligencias ni gastos, con tal que lograsen realizar sus piadosos deseos. La comision puso cuanto esmero pudo en llenar debidamente su encargo, y á fines del año 1597, con el beneplácito de los Príncipes cuyos estados habia recorrido en busca de tan santa mercancía, tenian ya reunido un gran tesoro de reliquias, entre ellas muchas dignas de aprecio y veneracion, no solo por ser de los invencibles mártires y confesores de Jesucristo, sino tambien por su remotísima antigüedad.

El P. Fr. Baltasar Delgado, gefe de aquella comision, llevado de un celo sin duda muy religioso, pero poco discreto, y que creyó que agradaria mucho al Rey, hizo lavar y dorar á trechos muchos huesos de los mártires ennegrecidos con el polvo y los años, y les quitó á la mayor parte las sencillas cajas y humildes relicarios con que las adquiriera, tan preciosas para la historia de la antigüedad como las reliquias para la religion; con cuya diligencia poco meditada disminuyó la autoridad de las reliquias, y destruyó objetos inestimables por su antigüedad remotísima. El P. Sigüenza, al referir este hecho, aunque con aquella modestia que le es tan propia, no puede disimular su disgusto por esta operacion tan inoportuna, y son dignas de notarse las palabras con que lo censura. *Como estas santas reliquias* (dice) *son de santos tan antiguos, y de aquel tiempo que la sinceridad y pobreza de los cristianos resplandecian tanto en la iglesia, estaban guarnecidas muchas de ellas pobre y toscamente, unas en cajas de palo, otras en cobre, otras en plata, aunque poca, de graciosísimas y simplicísimas, aunque santísimas labores, y guarniciones con pedrezuelas de vidrio, alguna poca y pobre aljofar, que todo era un fidelísimo testimonio de la pureza, reverencia y verdad de aquellos buenos siglos en que habia tanta fe y tan poca plata.* Y poco despues añade: *Acordó este Padre, pareciéndole hacia gran servicio al Rey y se mostraba devoto á los santos, lavar los huesos y dorarlos á trechos como si fueran alcorzas; púsoles dijes y guarniciones de seda y oro, caireles y torzales, y otras cien cosas que no sé cómo las llame; cosa ridícula y de que el Rey recibió pesadumbre, sin servir de mas de gastar dineros y tiempo, y quitar mucha parte de la autoridad: mas al fin su celo y deseo fue santo.*

Deseosos los comisionados de presentar á Felipe II el fruto de sus diligencias, pusieron el sagrado tesoro en cuatro grandes cajas cerradas y selladas con cuidado, y salieron de Colonia Agripina, situada en una llanura á las orillas del Rin, á 30 de diciembre de 1597, sacando las cajas en un carro con mucho disimulo por

temor de los herejes. No dejaron de tener algunos pequeños contratiempos, pero por fin á 16 de marzo del año siguiente llegaron salvos á Barcelona, desde donde Gabriel de Roy tomó la posta para avisar al Monarca la llegada á España, y recibir sus órdenes. Fr. Baltasar, que en este asunto, con muy buena intencion, habia tenido la desgracia de errar en todo, dispuso entretanto hacer con las santas reliquias una muy solemne procesion; y para adornar las cajas y andas en que debian conducirlas, mandó hacer muchos preparativos de seda y adornos de oro y otras cosas, gastando en esto una cantidad no corta, pero de todo punto inútil, porque antes que se verificase el solemne festejo, volvió Gabriel de Roy con orden de S. M. para que sin ninguna ostentacion, y sin detenerse, caminasen hasta llegar á Barajas, donde recibirian sus órdenes. En efecto, al llegar allí se encontraron con un mandato en que les prescribia que el dia 8 de mayo entrasen con las reliquias en el palacio de Madrid, pero con todo sigilo. Así se hizo, y el Rey se mostró muy complacido de tener en su poder aquel tesoro de antigüedades sagradas, que habian de formar parte de la grandeza del Escorial. Examinó detenidamente, no solo las reliquias sino tambien los documentos y escrituras que probaban su autenticidad, haciendo que se los leyesen uno por uno, mostrándose siempre sumamente devoto, y aficionado á aquellos restos venerandos de los que plantaron la Iglesia con su sangre.

Satisfecha en cierto modo su devocion mandó trasladarlas al Escorial, donde llegaron el 12 de junio, acompañándolas Fr. Baltasar Delgado y Fr. Martin de Villanueva, que traian la instruccion dada por S. M. del recibimiento que en su Real casa debia hacérseles. Con arreglo á lo que en ella se prescribia, se dispuso lo necesario; las cajas quedaron depositadas en la capilla del Sitio, y el dia 14 se hizo una solemnísima procesion por medio de una hermosa calle de árboles que se formó desde la puerta del pórtico hasta la de la capilla; y las santas reliquias fueron conducidas en hombros de sacerdotes vestidos de diáconos con riquísimos ornamentos de brocado, y al compás de los himnos sagrados, que entonaban ciento cincuenta monjes llenos de celestial uncion y ternura. De todo se hizo una detallada y menuda relacion, que se envió á S. M. juntamente con algunos dibujos que representaban esta fiesta, para que por ellos pudiese ver la exactitud y celo con que se habian cumplido sus órdenes.

Cuando recibió estos detalles, que tanto le complacian, se hallaba ya Felipe II herido de muerte. Hácia mas de dos años que una calentura héctica casi imperceptible le iba insensiblemente consumiendo, y sus infinitas dolencias le habian gastado y debilitado hasta el punto de no poder andar ni un paso; y solo el vigor y energía de su espíritu, de tan estraordinario temple, parecian sostener aquel cuerpo enteramente demacrado y cadavérico. Sin embargo, las noticias de la funcion del Escorial parecieron reanimarle

un poco, y á pesar del estado de postracion en que se hallaba, determinó marcharse á donde tenia sus delicias. Mandó hacer una silla á propósito en la que podia ir casi echado; y conducido en brazos de hombres, que caminaban con mucha lentitud é igualdad, para no producirle ningun movimiento fuerte, salió de Madrid, á donde ya no habia de volver.

Emprendió el viaje el último dia de junio de 1598; pero como era tanta su debilidad y fatiga y tan punzantes y crueles los dolores que sentia en su cuerpo, tardó seis dias en este cortísimo camino. Entre cinco y seis de la tarde del dia 5 de julio llegó á la Fresneda acompañado de sus hijos, donde encontró al Prior y algunos de los monjes mas condecorados que habian salido á recibirle. Su vista reanimó algun tanto el rostro ya moribundo del Monarca, que á las cariñosas preguntas que los monjes le dirijian sobre el estado de su salud, contestaba: *me hallo muy bueno, y tengo las manos mejores que otras veces;* y como para demostrarlo tomó uno de los libros que consigo traia, y comenzó á abrirlo y cerrarlo con harta soltura. ¡Cuánto puede en algunos hombres la fuerza de voluntad!

A pesar de esta aparente mejoría no se atrevió á llegar al monasterio, y pasó aquella noche en la Fresneda, lo cual no habia hecho nunca. El Príncipe y la Infanta fueron á pasar la noche á Valdemorillo, lugar legua y media distante del Escorial, por no llegar al Sitio sin su augusto padre, y poder pasar la noche con alguna mas comodidad. A la mañana siguiente volvieron á unirse con él y comer en su compañía, y por la tarde subieron juntos, y la Comunidad salió á recibirlos con la solemnidad que otras veces habia acostumbrado. Al dia siguiente se hizo el Rey llevar á la iglesia, y pasó mucho tiempo en oracion ante el Santísimo Sacramento, y el 8 comenzó como su última revista, como la postrer despedida de todos y cada uno de aquellos grandes objetos que habia concebido en su atrevida fantasía, y habia realizado con su energía y poder.

Tendido en la silla casi sin movimiento, y conducido en brazos de sus criados, recorria todos los departamentos: vió con detencion y dió algunas disposiciones en los relicarios, donde se estaban poniendo en orden las numerosas reliquias que últimamente habia mandado; se detuvo bastante tiempo contemplando con placer las ricas bóvedas y bellísimo conjunto de la biblioteca principal, que hacia poco se habia concluido; pasó á la de manuscritos, que estaba contígua, y se hizo subir á la alta, donde el P. Sigüenza acababa de hacer una nueva distribucion en los estantes, y habia colocado los libros con su conocida inteligencia y saber. Sucesivamente fue recorriendo todo el edificio, inspeccionó hasta las cosas mas pequeñas que se habian hecho de nuevo ó concluido durante su última ausencia, y en fin, por cuatro dias consecutivos ocupó todos los ratos posibles en este objeto, que tanto le alegraba y distraia.

Pero en su estado de debilidad, esta misma distraccion que le

hacia olvidar sus dolores, y las dulces emociones que sentia, produjeron bastante alteracion en sus malignos humores. El último dia se sintió estraordinariamente fatigado, la calentura se desarrolló mucho mas que de ordinario, y por fin se declararon unas tercianas, que aunque no muy fuertes, dieron mucho cuidado á sus médicos, que eran el primero de cámara el doctor García de Oñate, y el segundo el doctor Andrés Zamudio de Alfaro, á los que se habia unido el doctor Juan Gomez de Sanabria. Como era tanta la complicacion de enfermedades que afligian al Monarca, no podian combatir directamente la terciana, que al fin aunque con dificultad se cortó, pero mal, porque á pocos dias (el 22 de julio á la media noche) volvió á acometerle la calentura con mas fuerza.

Esta novedad era de mucha consecuencia en un hombre de mas de setenta años, en una naturaleza tan decaida, y atacada por tantas enfermedades, cada una bastante para acabarla. Hacia mas de catorce años que la gota se habia desarrollado notablemente; y en los siete últimos, en que por su mucha edad habian dejado de sangrarle, fue con tanta fuerza que le hacia padecer casi contínuos y terribles dolores, y le obligó á llevar siempre una cayadita para apoyarse. A este padecer se unió la fiebre héctica, que le consumia y demacraba hasta no dejarle mas que el pellejo y los huesos, y hasta agotar enteramente sus fuerzas, tanto que los dos años últimos tenian que conducirle á todas partes en una silla. A consecuencia de esta postracion se le manifestó una hidropesía, que aunque no era muy aguda le incomodaba mucho, porque se le hinchaban las piernas y el vientre, y le atormentaba con una sed rabiosa, que contenia á costa de horrorosos sufrimientos. Los malignos humores de que estaba lleno, año y medio antes de su muerte rompieron por las partes mas débiles, y en los dedos índice y del corazon de la mano derecha se le abrieron, en el primero tres y en el otro cuatro llagas, y otra además en el dedo pulgar del pie derecho, pero tan malignas, que no podia sufrir que le tocase ni aun la sábana en la cama, y que le producian dolores agudísimos, en particular cuando se las curaban.

De tan penosas y mortales enfermedades se hallaba ya acometido cuando la fuerza de su voluntad le condujo por la última vez al Escorial, ó tal vez la Providencia, para que á vista de aquel incomparable edificio que habia levantado para gloria de su siglo y admiracion de los venideros, y de cuya realizacion tanto debia envanecerse, esperimentase toda la miseria de la humana naturaleza, y esperimentase cuán poco vale el poder de los hombres contra las disposiciones de aquel cuyo dedo toca los mas escarpados montes y humean.

La calentura que le habia acometido el 22 de julio se aumentó estraordinariamente, y los accesos se juntaban uno con otro, poniendo á cada momento su vida en gran peligro. Al séptimo dia se le manifestó en el muslo derecho, un poco mas arriba de la rodi-

lla, una postema maligna que crecia prodigiosamente, sin que los medicamentos que los facultativos le aplicaron pudiesen lograr resolverla. En consecuencia convinieron en que era indispensable reventarla; pero lo doloroso de la operacion, y la mucha debilidad del enfermo, hacian temer que no pudiese resistirla. Avisado del peligro en que se hallaba se convenció de él, y comenzó á hacer los preparativos de muerte. Primeramente llamó á su confesor Fr. Diego de Yepes, y le suplicó le ayudase con sus luces para hacer una confesion general, en la que tardó tres dias, manifestando en ella tanto arrepentimiento de sus culpas y tanto deseo de satisfacer por ellas, que no solo de palabra protestó haria cuanto su confesor le mandase en descargo de su conciencia, sino que entregó por escrito á D. Cristobal de Mora, é hizo que delante de él se leyesen á su confesor, las palabras siguientes: *Padre, vos estáis en lugar de Dios, y os protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijéredes que he menester para mi salvacion, y asi por vos estará lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para hacerlo todo.*

Concluida la confesion, dos dias antes que le abriesen la pierna quiso que con toda solemnidad le llevasen algunas reliquias en quienes tenia particular devocion, previniendo que cada uno de los eclesiásticos que las trajesen fuese preparado para hacerle una plática espiritual. Su confesor, el del Príncipe, que era Fr. Gaspar de Córdoba, y Fr. García de Santa María, Prior del Escorial, vestidos con sobrepellices y estolas, tomaron, el primero la rodilla de San Sebastian, el segundo la costilla de San Albano, que le habia enviado el Papa Clemente VIII con una indulgencia plenaria para el punto de su muerte, y otra para que todo sacerdote que dijese Misa en cualquier altar del monasterio, y cuantas veces quisiere, sacase su ánima del purgatorio: el Prior llevaba el brazo de San Vicente Ferrer. Todos dijeron sus antífonas y oraciones, dirijiendo algunas breves y espirituales reflexiones, que le sirvieron de mucho consuelo. Despues adoró y besó las santas reliquias con una devocion y fe admirables, y en seguida se entregó á discrecion en manos de los facultativos. Estos se resolvieron por fin á hacerle la operacion, y el 6 de agosto le abrió el muslo el cirujano de cámara Juan de Vergara, á quien dice el P. Sigüenza habia Dios dado no menos gracia en las manos que en la lengua y en la pluma. Aunque la operacion se ejecutó con rapidez y acierto, sin embargo era dolorosísima; pero ni una sola queja, ni un solo ay se le escapó al sufrido Monarca, que parecia enteramente absorto en la contemplacion de los misterios de la Pasion segun San Mateo, que habia mandado á su confesor la leyese mientras le operaban. Cuando vió acabada felizmente la operacion, mandó á todos los que alli se hallaban diesen gracias á Dios, y al momento cayeron todos de rodillas orando con fervor y ternura.

Además de la herida que dejó la lanceta se le abrieron otras dos bocas, por las que arrojaba tanta cantidad de podre, que pa-

recia imposible pudiese prestar materiales para tanta y tan continuada evacuacion naturaleza tan flaca y consumida. Dos escudillas llenas salian en las curas que le hacian mañana y tarde; y lo que padecia cuando le geringaban las llagas y le estraían las materias, no puede esplicarse.

La mano del Señor parecia aglomerar males y multiplicar dolores sobre aquel sufrido Monarca. La debilidad producida por enfermedades tan largas, el ardor de la calentura que le consumia, la sed insufrible de la hidropesía, los rabiosos dolores de las úlceras, todo le mortificaba y le aniquilaba á la vez. Los crecimientos eran mayores cada dia; cada minuto que prolongaba su existencia parecia un milagro; y á pesar de esto, aún se descubria aquella alma de acero, aquel espíritu invencible, luchando frente á frente y desafiando tanto mal. Cincuenta y tres dias duró en este estado, siempre en una misma postura, que era boca arriba, sin poderse mover á ningun lado, ni ser posible mudarle la ropa de debajo; de modo que con las evacuaciones naturales, la podre de las postemas, lo que se derramaba de los medicamentos y el sudor de la tisis, se hallaba medio sumerjido en el muladar mas asqueroso, en la cloaca mas inmunda que puede imaginarse, despidiendo un hedor insoportable, que hacia padecer horriblemente á un hombre que toda su vida habia sido tan pulcro y delicado, que no habia podido sufrir ni la mas pequeña mancha en el suelo ni una leve raya en la pared. La asquerosa podredumbre en que yacia se comunicó á su cuerpo, y sus espaldas y asientos se convirtieron en una enorme llaga, tan fétida y asquerosa como la causa que la habia producido; de modo que desde el dedo pulgar del pie hasta lo alto de la cabeza nada tenia sano. A los treinta y cinco dias de cama le pusieron una ayuda de caldo de ave con azucar, la cual le produjo unas cámaras pestilenciales tan abundantes y contínuas, que solas ellas hubieran bastado para destruir en poco tiempo la naturaleza mas robusta. Este nuevo accidente aumentaba sus padecimientos de un modo estraordinario, porque aquellos vapores corrompidos que no podia menos de aspirar, ó le causaban letargos profundísimos de que era necesario despertarle, ó insomnios terribles en los cuales no descansaba un momento. En una palabra, el tormento que á todas horas sufria es imponderable.

En medio de tan atroces padecimientos parecia no encontrar otro alivio que ocupándose de cosas santas y de objetos de devocion, y cada dia mandaba traer á su reducido aposento una nueva reliquia ó Virgen. En un altar que se habia colocado á los pies de su cama tenia muchas de las reliquias mas notables que aqui se conservan; las cortinas estaban cuajadas de Crucifijos, imágenes y relicarios; de modo que era imposible fijar los ojos en parte alguna sin encontrarse con algun objeto piadoso. De vez en cuando pedia algunas de ellas á los que le asistian, las besaba con ternura y las aplicaba á sus llagas con gran fe y devocion, pareciendo encontrar

en esto mucho consuelo. Contínuamente estaba mandando entregar á su confesor ó á su limosnero, que era D. García de Loaisa, ya entonces nombrado Arzobispo de Toledo, cantidades de consideracion para que mandasen celebrar Misas, dotar huérfanas, socorrer viudas y pobres, fundar casas religiosas, erijir altares y enriquecer santuarios, sin olvidar los hospitales y otras obras de caridad; de modo que solo en dinero pasaron de cuarenta mil ducados los que repartió en aquellos dias.

Sin embargo, todavía gobernaba, todavía daba algunas órdenes á su favorito D. Cristobal de Mora; y cuando supo que habian venido las bulas para el electo Arzobispo de Toledo, quiso que al momento se consagrase, y al efecto mandó llamar al Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, á Don Andrés Pacheco, Obispo de Segovia, y al Obispo de Osma, y el 16 de agosto se hizo la ceremonia con toda la solemnidad y pompa posibles en la Capilla mayor del templo, para que desde su cama pudiese verla.

Concluida la consagracion llamó al Nuncio, y le rogó le concediese á nombre del Pontífice la bendicion apostólica, la indulgencia plenaria para el artículo de la muerte, y cuantas indulgencias y gracias se acostumbrasen á conceder por S. S., asegurándole que toda su ambicion se cifraba en morir en gracia, y alcanzar el perdon de sus culpas. Así lo hizo el Nuncio, y luego despachó un correo á Roma, y el Padre Santo confirmó cuanto su legado habia concedido, aun antes que el Rey muriese.

Sin embargo, aquella vida iba sensiblemente apagándose; apenas se le entendia lo que hablaba, porque apenas tenia fuerza para hablar; y aun parecia un milagro la vida angustiosa y horrible, que prolongaba como á despecho de una naturaleza disuelta y estenuada. Conociendo él mismo que el término de su peregrinacion no podia tardarse en concluir, y queriendo recibir en su cabal juicio el sacramento de la Estrema-Uncion, pidió muy encarecidamente que se lo diesen. No tenia cabal noticia de las ceremonias que debian practicarse, porque jamás lo habia visto administrar, y para poderlo recibir dignamente mandó á su confesor que leyese en el ritual romano todo lo que en la administracion de este Sacramento acostumbra la Iglesia. Así que estuvo enterado de todos los pormenores se preguntó á los médicos si estaba ya en el caso de que se le administrase, y convenidos en que sí, se lo avisaron al Rey. Entonces mandó que le lavasen las manos y le cortasen las uñas; llamó á Don Cristóbal de Mora, y le dijo que queria que el príncipe su hijo se hallase presente á aquel acto, y además el Prior con algunos monjes y los caballeros de su casa. Así que todo estuvo preparado, á las nueve de la noche del dia 1.º de setiembre, el Arzobispo de Toledo Don García de Loaisa le administró el Sacramento, hallándose junto á la cama el Príncipe é Infanta, sus hijos, y las demás personas ya nombradas. Se manifestó tan animoso, estuvo viendo todas las operaciones con tanto despejó y en-

tereza, que escepto la debilidad, parecía no tener mal ninguno, en términos que el P. Sigüenza, que se halló presente, creyó que se habia dado con demasiada anticipacion el Sacramento que la Iglesia quiere se administre en el último trance.

Concluida la ceremonia quedó solo con el Príncipe su hijo y heredero, á quien dijo entonces: *he querido, hijo mio, que os halleis presente á este acto, para que veais en qué para todo.* Le encargó despues que mirase mucho por la religion y defensa de la fe, por la guarda de la justicia, y procurase vivir y gobernar de manera, que cuando llegase á aquel punto, se hallase con seguridad de conciencia. Le añadió algunas instrucciones particulares para el gobierno de los reinos de que iba á ser heredero, y algunos consejos como Rey y como padre. El Príncipe salió de allí sumamente enternecido, y su padre continuó en aquel lecho de dolor sus largos padecimientos.

Desde aquel dia abandonó casi enteramente los asuntos de gobierno, y comenzó á ocuparse detalladamente de su muerte y funerales. Primero mandó se abriese y examinase la caja que contenia el cuerpo del Emperador y Rey su padre, para que le amortajasen á él del mismo modo. Despues hizo una solemne protestacion de la fe, siguiendo la que trae Ludovico Blosio en el libro segundo de sus obras. Algunos dias despues mandó á Ruiz de Velasco le trajese una caja, cuya guarda le habia encargado muy especialmente seis años antes en Logroño, en la que estaban guardadas dos velas y un devoto Crucifijo, que era el mismo que el Emperador su padre habia tenido en sus manos al tiempo de morir, el cual quiso que se colgase en las cortinas de su cama, frente de sus ojos. Previno que su atahud se hiciese de la madera que sobró de la cruz del Crucifijo grande del altar mayor, que se habia sacado de la quilla de un galeon portugués llamado *Cinco Chagas* (Cinco Llagas), que cuando fué á tomar posesion del reino de Portugal hacia mas de veinte años que estaba desechado en el puerto de Lisboa. La madera de dicha quilla es de unos enormes árboles que se crian en la India oriental, á que los naturales llaman *angeli*. De esta madera se hizo el atahud, forrado por dentro con raso blanco, y por fuera con una tela de oro negra, una cruz de raso carmesí encima, y clavazon dorada. Se lo llevaron junto al lecho para que lo viera, y comprendiendo él mismo el estado de putrefaccion en que se hallaba y el hedor insoportable que despedia, quiso que para el interior de aquella caja se hiciese otra de plomo, y le metiesen en ella sin embalsamarle. Admirable y casi increible parece que, hallándose en tal estado de martirio y aniquilamiento que con gran dificultad pasaba los líquidos que le daban, pudiese ocuparse con tanta minuciosidad de lo tocante á su entierro, sin descuidar enteramente los asuntos del reino, puesto que Don Cristóbal de Mora decia muchas veces, que estaba sorprendido de ver la facilidad con que de las cosas mas graves de su gobierno pasaba á

los detalles mas insignificantes de su entierro, como si se hallase en su cabal salud.

Dos dias antes de su muerte, conociendo que esta se acercaba, quiso despedirse y bendecir à sus hijos. Se presentaron el Príncipe y la Infanta; abrazólos tiernamente, y les dijo algunas palabras (pocas, porque su estrema debilidad y postracion no le permitian mas), relativas todas á la guarda de la fe y religion. A la infanta en particular la dijo, que pues no habia sido nuestro Señor servido que él la viese casada antes de llevarlo de esta vida, como lo habia deseado, le pedia se gobernase con la prudencia que hasta allí, y procurase acrecentar la fe en los estados que le dejaba, pues este habia sido su principal intento en dárselos, esperando de ella lo haria como se lo dejaba encargado, y que lo dijese así á su primo, y se lo pidiese de su parte cuando le viese (1); y en seguida, entregando á su confesor un papel, en que estaba escrita una instruccion que San Luis, Rey de Francia, habia dado á su heredero en la hora de su muerte, para que se la leyese al Príncipe sin faltar palabra, les dió á besar su descarnada y casi yerta mano; echóles luego la bendicion con singular ánimo y fortaleza, y los despidió llenos de lágrimas y amargura.

Al dia siguiente, cuando su confesor dijo Misa en el altar que tenia á los pies de la cama, manifestó vivísimos deseos de recibir la sagrada comunion, que ya despues de la Uncion habia tomado otras dos veces; pero los médicos habian prevenido que no podria tragar la hostia por su estraordinaria debilidad, y el confesor tuvo que negarle esta peticion. Por fin llegó la hora de que terminase tan larga y penosa agonía; y aunque por la tranquilidad del paciente parecia que los dolores todos habian cesado, los médicos avisaron á Don Cristóbal de Mora para que le diese la fatal noticia de que su hora última se acercaba. Oyó este anuncio sin alteracion alguna, y mandó llamar á su confesor, á los de sus Altezas, al Arzobispo de Toledo y al Prior del monasterio, para que le ayudasen en aquel trance. El Arzobispo le hizo una larga y devota exhortacion, que duró mas de media hora, concluyendo con exhortarle á la confesion y protestacion de la fe; y á esto contestó con voz bastante clara é intelijible: *Sí, confieso y protesto*. Pidió luego le leyesen la Pasion segun San Juan, y lo verificó el mismo Arzobispo, mezclando algunas devotas reflexiones, que S. M. oia con señales

(1) Felipe II murió con el deseo de ver enlazada á su hija Doña Isabel con el Archiduque Alberto, su primo hermano, á quienes cedió los Paises-Bajos en feudo perpétuo dependiente de los Reyes de España. A continuacion de su último codicilo, otorgado en San Lorenzo á 23 de agosto de 1597, y de la misma letra y mano que el dicho codicilo, se encuentra un papel, cuyo título es como sigue: «Las condiciones con que S. M. es servido de disponer de lo de Flandes en favor de la Señora Infanta y el Archiduque Alberto, con quien se ha de casar.» Constan de nueve artículos ó párrafos, y están sin firmar. (Archivo del monasterio, caj. 1.°)

de ternura y sentimiento. A la una de la noche su confesor le dirijió otro discurso no menos santo y tierno; y apenas cesaban en estas exhortaciones, cuando el enfermo repetia: *Padres, decidme mas, decidme mas;* de modo, que hacia ya algunas horas que oia sin cesar palabras espirituales y afectuosas. El Doctor Juan Gomez, temiendo que esto le acabase mas pronto, le aconsejó reposase un rato para cobrar aliento, pero él le dijo: *Ya no es tiempo.*

En efecto, á poco rato, y hora y media antes de morir, le sobrevino una congoja mortal ó parasismo, que hizo creer á todos que habia dejado de existir, porque le duró largo rato; pero de repente abrió los ojos con viveza, y fijándolos en Don Fernando de Toledo, que tenia en sus manos el Crucifijo en cuyo ósculo habia espirado su padre, se le tomó y besó muchas veces. Presentóle en seguida el mismo la vela de la Virgen de Monserrat; el Rey le miró, y al tomarla se sonrió tranquilamente y le dijo: *Dadla acá, que ya es hora.* Entonces el Prior del monasterio le leyó la recomendacion del alma segun el ritual romano, y manifestó que la oia, y recibia consuelo con aquellas palabras llenas de uncion. Como una hora permaneció con la vela en una mano y en la otra el Crucifijo, que besaba con frecuencia, hasta que á las cinco de la mañana, á los primeros albores del dia, protestando que moria como católico, hizo un pequeño estremecimiento, entreabrió dos ó tres veces la boca, y aquella alma tan enérjica y fuerte abandonó el cuerpo ya consumido, corrompido y disuelto, á los 13 de setiembre de 1598.

Habia nacido este gran monarca el 21 de mayo de 1527; comenzó á reinar por renuncia de su padre el Emperador en 1556; principió á edificar el nunca bastante ponderado monasterio de San Lorenzo en 1563; logró ver poner la última piedra en 13 de setiembre de 1584, y en el mismo dia, catorce años despues, y á los setenta y un años, tres meses y veinte y dos dias de su edad, murió despues de una enfermedad tan larga, tan terrible y llena de padecimientos, que puede servir de ejemplo poderosísimo para probar cuán poco vale el mundo entero para aliviar la suerte del hombre en la enfermedad y en el sepulcro.

CAPITULO X.

Funeral de Felipe II.—Apertura de su testamento, y aclamacion de Felipe III.—Lo que se gastó en la edificacion del Escorial.—Reflexiones sobre este gasto.—Valor de los jornales, mantenimientos y otras cosas en tiempo de la fundacion.

Muerto aquel Monarca, tan temido de sus enemigos durante su vida, como calumniado despues de su muerte; aquel Monarca cuya memoria ocupará aún por muchos siglos las plumas de los sábios, el prudente Felipe II, todos los grandes y caballeros que se hallaban en el Sitio rindieron pleito-homenaje á su sucesor y heredero Don Felipe, que mandó lo primero le leyesen la exhortacion que habia dejado á su confesor, y despues se procediese á los funerales y entierro de su padre, guardando en un todo las disposiciones que durante su enfermedad habia prescrito. Segun ellas, Don Cristóbal de Mora y Don Antonio de Toledo, que eran los que solos y sin mas testigos debian componer el cadáver, le sacaron de la cama y lavaron, y rodearon y envolvieron el cuerpo en una sábana, sobre sola la camisa limpia. Atáronle al cuello un cordel, del cual estaba pendiente una cruz de palo sencilla; y en este traje humilde y penitente le colocaron en la caja de plomo. Antes que la sellasen quiso su hijo verle y contemplarle, y se retiró lleno de conmocion y lágrimas; porque en efecto, de aquel féretro, de aquel cadáver consumido, envuelto en tan sencilla y pobre mortaja, se levantaban consideraciones capaces de conmover de un modo fuerte.

Escusado es ponderar el sentimiento que mostrarian los monjes cuando acababan de perder á su fundador y patrono, al hombre que los habia elejido para asociarlos á su grandiosa idea, y que les dejaba encargado el cuidado de joya tan preciosa. A fuer de agradecidos no sabian cómo rogar al Dios de misericordia por la felicidad eterna del Monarca, y desde que se supo su muerte todos oraban por él. Despues de las Vísperas de aquel dia se comenzó en el coro el Oficio de difuntos; y á las seis de la tarde, reunidos todos los caballeros de la corte, todos los criados de la Real cámara y los monjes, trasladaron el cadáver desde su aposento á la sacristía, donde estaba preparada una mesa cubierta de ricas alfombras, y colocada debajo de un dosel de brocado. En ella lo pusieron aunque con harto trabajo, porque la caja de plomo era tan pesada que los caballeros solos no pudieron moverla, y hubo que llamar algu-

nos peones de la fábrica. Luego se retiraron todos, quedándose á velarle durante la noche los Monteros de cámara y los monjes.

A la mañana siguiente se presentó el nuevo Rey con todos los de su corte vestidos de luto riguroso, y unidos á la Comunidad se hizo el Oficio, y luego la Misa que celebró el Arzobispo de Toledo Don García de Loaisa. El acompañamiento fúnebre salió por la puerta de la antesacristía al claustro principal, dió la vuelta por todo él hasta entrar en la iglesia por la puerta llamada de las Procesiones, conduciendo el cadáver alternando los caballeros y monjes hasta colocarle en un túmulo de terciopelo negro recamado de oro que se habia preparado debajo del cimborrio, en medio de la nave principal. Allí estuvo colocado durante el Oficio y Misa, á que asistió el Príncipe puesto de pie detrás del féretro, hasta que concluido el ceremonial de la Iglesia fué depositado en la bóveda debajo del altar mayor con los demás cuerpos reales, y colocado su féretro entre el del Emperador y el de su última muger Doña Ana. Al mismo tiempo se hizo la entrega al Prior y convento, de cuya formalidad fué el encargado su Caballerizo mayor el Marqués de Denia, y notario el Secretario de Estado Gerónimo Gasol.

Al dia siguiente del entierro (15 de setiembre) llegó de Madrid el presidente del consejo real, Rodrigo Vazquez, y su Magestad mandó se abriese en su presencia el testamento de su difunto padre. Hízose esta ceremonia y lectura con las formalidades de costumbre, y Felipe III lo aceptó, manifestando verdaderos deseos de cumplir cuanto el difunto monarca disponia en su última voluntad, no solo en lo relativo á las cosas del gobierno, sino tambien en las que tocaban á este monasterio, al cual se referia casi todo su postrer codicilo. El temor de parecer demasiado minucioso y prolijo me hace omitir los pormenores de él, limitándome solo á decir, que en lo mucho que encargó á sus augustos sucesores el aumento, conservacion y cuidado del Escorial, se deja ver la grande estima en que tenia esta piedra preciosa que habia añadido á la rica corona de España. Contenia tambien la donacion de heredades y juros bastantes para el sostenimiento del edificio que acababa de levantar, y de los ciento cuarenta monjes que habian de cumplir las cargas, que ya entonces eran la vela contínua ante el Santísimo Sacramento, diez y seis aniversarios anuales; siete mil trescientas Misas rezadas, dos diarias cantadas, y un sinnúmero de sufragios y responsos de menor cuantía.

El rey, pagado el último tributo de respeto y veneracion á los restos mortales de su padre, partió para Madrid el dia 16, y los monjes continuaron los sufragios sin interrupcion hasta el dia séptimo, en que se celebraron unas solemnísimas honras fúnebres, en que pronunció el P. Fr. Antonio de Leon el elogio de su magnánimo fundador.

Depositado el cadáver de Felipe II en la bóveda que él mismo habia mandado preparar, y en el sitio que él mismo habia elegido

en tan magnífico edificio, puede decirse que completaba la obra; que era su caja mortuoria la última piedra que cerraba aquel soberbio mausoleo, preconizador durable de su fortuna, de su valor, de su ilustracion y grandeza: templo augusto, donde por luengos siglos se habian de quemar inciensos, y resonar las alabanzas del Dios de Abraham, y donde habian de multiplicarse los sufragios por su alma y las de sus ascendientes y sucesores, y sepulcro glorioso que habia de conservar sus cenizas venerandas, haciendo admirar su nombre en las generaciones venideras.

Su memoria, sin embargo, hubiera llevado en pos de sí una acusacion terrible, la nacion hubiera dirijido cargos muy graves á su economía, si no hubiera tenido tambien la dicha de encontrar un historiador y defensor tan íntegro, tan ilustrado, tan investigador, como el Rmo. P. Fr. José de Sigüenza. Por la prolijidad, energía y teson con que este templado escritor trata de defender á Felipe II, se pueden calcular las graves acusaciones que en su época se le dirijieron, tomando por pretesto los gastos hechos en la fábrica del Escorial. Tanto dentro como fuera de España se ponderaban las inmensas riquezas sepultadas bajo las piedras y mármoles de aquel edificio; en todas partes se creia que se habian consumido en él los tesoros de dos mundos; no pocos atribuian á esta obra colosal la escasez de metálico que entonces se esperimentaba; y hasta nuestros dias han pasado de boca en boca, pero sin examen, las exajeradas consecuencias de las cantidades invertidas, señalándolas algunos como una de las causas del atraso y decadencia de nuestra nacion. Pero todas estas conjeturas, todas estas acusaciones, que no hay duda que entonces serian esplotadas por los enemigos de Felipe II para oscurecer su memoria, ahora, que las podemos mirar sin pasion, quedarán enteramente desvanecidas solo con leer y meditar al mencionado P. Sigüenza.

Despues de protestar bajo palabra de historiador, monje y sacerdote de decir verdad en este punto, y de no admitir la menor exajeracion en pro ni en contra, asegura que desde el 4 de abril de 1562, en que se recibió la primera cantidad, hasta fin de 1598, en que murió el fundador, todo el dinero que se recibió é invirtió en la fabricacion del Escorial ascendió á 5.263.570 ducados (1), que fué el total que resultó de los recibos y libros de los contadores y pagadores que en todo este largo periodo se fueron sucediendo; entrando en dicha cantidad, no solo el coste del edificio, pinturas, adornos, ropas y demás utensilios de cada una de las partes de él,

(1) Como el ducado ha sido siempre una moneda imaginaria, y que ha tenido diferentes valores, para evitar todo género de dudas, y fijar el valor que se le daba en aquel tiempo, he examinado varias cuentas de aquella época, y he visto de un modo indudable, que el ducado valia entonces, como ahora, once reales: Nuestros lectores podrán convencerse por sí mismos, en las muchas noticias que mas adelante daré sobre el valor de las cosas. Segun esto, el coste del Escorial resulta ser de 57.899.270 rs., o cuando mas 66 millones.

sino tambien las cercas del bosque, las casas del Quegigal y otros puntos, y los jardines, huertas y demás posesiones de recreo. En fin, aumentando esta cantidad hasta lo sumo que pudo llegar, reuniendo á ella el valor de algunas otras cosas que pudieron no entrar en cuenta, asegura que no llegó á 6.000.000 de ducados.

El P. Villacastin, testigo de tanta autoridad en este asunto, dice en sus memorias manuscritas, que se gastaban en solo oficiales y peones 10.000 ducados cada mes, "habiéndose gastado en to» do este monasterio y casa real, y la iglesia, 3½ millones, po» co mas ó menos, y en sola la iglesia se gastaron 500.000 duca» dos, de manera que lo demás se hizo en 3.000.000;" de modo que el P. Sigüenza reasume todo el gasto, y el lego obrero se limita solo á la parte de cantería.

¡Ve aqui toda la pérdida de España y de Castilla! esclama el minucioso y entendido historiador: y en efecto, su argumento no tiene réplica, y aunque con la brevedad posible, me complazco en reproducirlo. Repártanse, dice, los 6.000.000 de ducados en los treinta y ocho años, y tocará cada uno á 160.000 ducados. ¿Y es esta una suma capaz de arruinar á un monarca en cuyos vastos dominios no se ponia el sol? ¿Y es este dinero cantidad bastante para afectar de un modo tan trascendental á una nacion tan rica? ¿Es una suma bastante para dejar rastro, ni traer consecuencia ninguna perjudicial? Todo lo contrario, esta cantidad era una semilla fecundísima de prosperidad, de impulso para la industria y bellas artes, y de utilidad durable para la nacion. ¡Cuántos miles de familias no se mantuvieron durante estos treinta y ocho años! ¡Cuántos no se establecieron con los ahorros hechos en esta fábrica! La industria y las bellas artes recibieron en España un impulso tal, que en vano se buscará en los siglos posteriores una época que se le parezca. Allí se engrandecieron Toledo, Herrera y Mora en la arquitectura; allí Cambiaso, Pelegrin, el Mudo, Barroso y otros tuvieron lugar de lucir sus ingenios y perfeccionarse en la pintura; y los artefactos mecánicos de madera, hierro, bronce, seda y otras materias están aún arrebatando la admiracion de los que pueden mirarlos con ojos de artista. ¡Ojalá los gobiernos todos empleasen tan mal sus rentas! ¡Ojalá en nuestro siglo se emplease el dinero en objetos análogos al que motivó y ha dado pábulo á algunos maldicientes para quejarse de Felipe II!

Sin embargo, considerado el valor respectivo de la moneda, no es el coste del edificio tan pequeño como parece, pues en la época de su edificacion la moneda tenia casi triple valor, ó mas bien estimacion, comparada con la que tiene en nuestros dias. La falta de esta consideracion ha hecho caer á multitud de personas en un error, que me esforzaré en disipar, tanto porque he visto sostenerlo á muchísimos de los que han visitado este edificio, sin mas fundamento que una tradicion equivocada, cuando por la utilidad de los datos que presento para desvanecerla, y fijar de un modo claro el coste

del Escorial, y la economía y buen orden administrativo que se observó al edificarlo.

Cuando despues de recorrido y considerado el edificio, calculada su estension, y medida en la imaginacion su grandeza, se oye decir que solo costó 3 millones de ducados la parte de cantería y demás que constituyen el edificio, escepto el adorno interior, realmente parece tan poco, que sin dificultad se recurre, para nivelar las dos ideas de la magnificencia y baratura, á pensar que entonces los jornales, tanto de los maestros como de los oficiales y peones, estaban sumamente bajos, y lo mismo los materiales y los alimentos; ponderando esta baratura hasta el estremo de decir que los jornales estaban á unos pocos maravedises, y que por una corta cantidad de esta moneda se compraba una res vacuna. Pero es de todo punto falso, y para demostrarlo me ocuparé ahora de los salarios y jornales, y al fin de este capítulo pondré una nota del valor que tenian todas y cada una de las cosas, tanto de mantenimiento como de uso.

Cuando, arreglada y dividida la obra por destajos, acudieron los maestros al llamamiento, quedaron algunos sobrantes, porque su número era mayor que el de los destajos, y el rey los mandó dar 2 ducados por cada dia hasta que llegasen á sus casas, computándoles á ocho leguas por dia; de lo cual se infiere, que esta cantidad poco mas ó menos sería lo que ganasen trabajando.

En la instruccion que Felipe II dió á los de la congregación de la fábrica para su gobierno, dice: "Y cada uno de los dichos apare»jadores ha de ganar á razon de 25.000 maravedises de salario, en »cada un año de los que asistiere: á los sobrestantes ha de dárseles »de jornal á razon de 3 reales al dia, pagados por las nóminas de »cada semana, y un peon ordinario que les ayude. Al escribano á »razon de 6 rs. vn. al dia, asi los de labor como domingos y fiestas, »con tanto que no lleve ningunos derechos de las escrituras á Nos »ni á la dicha fábrica tocantes."

En el presupuesto de gastos que la Comunidad presentó en el año 1572, se incluyen los salarios de todos los empleados, y son los siguientes. Al alcalde mayor 60.000 mrs.; al médico 300 ducados; al cirujano 100 ducados; al barbero 20.000 mrs.; y de este modo podríamos traer todos y cada uno de los criados, pero los omito por no parecer molesto.

El P. Fr. Antonio Villacastin, en una carta dirijida al Prior, fecha en Parraces á 1.° de diciembre del año 1600, dice que al albañil se le den 5 rs., que es el jornal ordinario, y los dias que no trabaje por estar enfermo, la mitad; que los pizarreros tienen por cédula de S. M. 6.000 mrs. cada uno cada mes. Al plomero se le dan 3 rs. cada dia de trabajo; á los peones se les dará el jornal ordinario de 2½ rs. Por diferentes contratas que he encontrado originales en el archivo de la villa del Escorial, se ve claramente que los oficiales de cantería ganaban 4 rs. diarios, poco mas ó menos.

Luqueto, Zucharo y demás pintores tenian de salario 6.000 reales de sueldo ó entretenimiento, y luego la congregacion de la fábrica tasaba las obras y les abonaba su valor.

De todos estos datos resulta de un modo clarísimo, que los salarios y jornales en aquella época no eran tan exajeradamente cortos como se han querido suponer para esplicar el poco coste del edificio, sino que eran una mitad algunos, la mayor parte un tercio de lo que actualmente valen; y esta misma diferencia de uno á tres es la que se deduce de la nota de mantenimientos y materiales que va al fin. La razon hay que buscarla en el buen orden; en el cuidado de que no se pagasen manos inútiles; en la prudente y sábia economía que en tan larga y costosa fábrica se guardó. En ella no habia esa multitud de empleados inútiles que se acostumbran en nuestros dias; que no suelen servir mas que de entorpecimiento, y que consumen con sus crecidos sueldos la mayor parte del presupuesto. Entonces no hubo directores, superintendentes, juntas ni oficinas; se buscaban hombres conocedores y á propósito para cada cosa, y se les pagaba su trabajo. El mismo Felipe II era el director, el inspector, el todo de la obra; él formó las instrucciones para la congregacion de fábrica, á quien estaba sometido todo el poder y cuidado; y esta congregacion se componia solo del Prior, del Contador y Veedor, que ninguna recompensa recibian por este cargo. El ver el cuidado, la minuciosidad, la prevision é inteligencia con que está redactada esta instruccion, es lo que hace concebir cómo pudo hacerse tan grande edificio en tan poco tiempo, y proporcionalmente con tan poco dinero.

El arquitecto mayor era el que preparaba, indicaba y dirijia los trabajos; y un lego, el nunca bastante ponderado Fr. Antonio de Villacastin, el que hacia de celador y gefe de los obreros; los cuales estaban con tan buen orden distribuidos, tan subordinados y sujetos al método que allí habia establecido, que tan crecida masa de hombres parecia moverse y obrar como por un resorte. Un Contador y un Pagador componian toda la oficina de cuenta y razon; al mismo tiempo que un solo fraile, el Procurador del convento, cuidaba y administraba solo las fincas con que Felipe II habia dotado el monasterio, y cuyos productos servian ya para los objetos á que estaban destinados. Por esto las cantidades empleadas en el Escorial parecen tan pequeñas cuando se las compara con los nobles y grandiosos objetos que produjeron; y atendido lo que acabo de manifestar, no hay necesidad de recurrir á otros medios para comprender la causa de que hubiese costado una cantidad, la cual es bien seguro que en nuestros dias no alcanzaria para nivelar el terreno, abrir zanjas y colocar la primeras piedras de sus cimientos.

NOTA de los precios de comestibles, algunos materiales y otras cosas de uso comun, tomada de las contratas originales celebradas durante la obra del monasterio, que se hallan en el archivo de la villa del Escorial, y del presupuesto de gastos que presentó la Comunidad en 1571.

PAN.

Desde el año 1563 hasta fin del siglo, estuvo la fanega de trigo desde 7½ rs. hasta 11, que es á lo mas que subió en Castilla, que en el Escorial no pasó de 9 rs. y 4 mrs.

En 1564 y 1565, un cuartal de pan bien cocido y sazonado de dos libras y media, costaba 9 mrs.

CARNES EN VIVO.

Un buey de desecho de la fábrica	13 ducs.
Uno id. de tres años	15 id.
Un puerco	4 id.
Una ternera	5 id.
Un carnero	1½ id.
Una gallina	2 rs.
Un huevo	3 mrs.

CARNES MUERTAS.

Carnero capon, libra á	20 mrs.
Vaca, desde Navidad á Carnaval, libra á	14 id.
Cabra, libra á	10 id.
En la contrata pública de abastos de 1589, se puso la libra de tocino, desde 1.° de enero hasta Carnaval, á	18 id.
Desde alli en adelante por todo el año, libra á	22 id.
Tocino fresco, desde que la Justicia mande matar, libra á	14 id.
Lo salpresado, desde San Andrés á Navidad, libra á	16 id.

CALDOS.

Aceite, la arroba á	12 rs.
Vino, la arroba á	5 id.

LEGUMBRES.

Garbanzos, la fanega	2 ducs.
Arroz, la arroba	13 rs.
Lentejas, la fanega	2 ducs.

VENTA AL PORMENOR.

En el año 1585 se subastaron los comestibles en la taberna de la villa á los precios siguientes:

Panilla de aceite	8 mrs.
Libra de pescado cecial remojado	26 id.
Libra de id. seco	40 id.
Libra de sardinas con cabeza	26 id.
Libra de id. remojadas	24 id.
Libra de abadejo seco	22 id.
Libra de tollo y mielga remojada	16 id.
Libra de id. seca	26 id.
Libra de congrio seco	48 id.
Libra de velas de sebo	32 id.
Libra de garbanzos, y lentejas y castañas apiladas	16 id.
Celemin de sal	48 id.
Libra de jabon de la tierra	38 id.

MATERIALES.

La fanega de cal, dándole al contratista los hornos con la obligacion de dejarlos como estaban, y siendo de su cuenta todos los gastos de elaboracion y conduccion, unas veces á 55 mrs., otras á 2½ reales.

Azulejos de floron, pintados de azul y blanco solamente, hechos en Talavera de la Reina y puestos en la fábrica, á 12 mrs. cada uno.

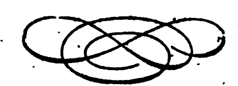
Caños para los conductos de las fuentes, hechos en Perales de Milla ó en Illescas, de barro colorado, bien cocido, de una pulgada de grueso, vidriados de amarillo y con enchufes, á real por vara.

Ladrillos de froga y tejas, siendo de cuenta del contratista ponerlos al pie del monasterio, á 36 rs. el millar, dando un 20 por 100 de quebrados.

VARIAS COSAS DE USO.

Una arroba de lana costaba de................ 17 á	21	rs.
Un colchon con lana..............................	28	id.
Una manta frazada...............................	50	id.
Una sábana de estopa.............................	11	id.
Una almohada de lana.............................	11	id.
La vara de brin curado...........................	2	id.
Lienzo comun la vara á...........................	56	mrs.
Esteras de esparto de buena calidad y pleita, puesta de cuenta del esterero, cada vara................	5	blanc.
La de pleita estrecha, cada dos varas.............	6½	mrs.

De este mismo modo podria anotar otros infinitos artículos de las contratas originales, tanto de la parte de cantería como de otros artefactos; pero los ejemplos que presento me parecen muy bastantes para poder calcular con exactitud la economía de Felipe II, y de los que con él contribuyeron al cuidado de la edificacion del monasterio.



PARTE SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Recibimiento que se hizo á Felipe III cuando vino de contraer matrimonio con Doña Margarita.—Es nombrado Prior el Rmo. P. Sigüenza.—Lo que hizo en beneficio del monasterio.—Entrega de los bienes á los monjes, y condiciones con que se hizo.—Muerte del P. Villacastin.—Reliquias y alhajas que el rey regaló al monasterio.—Segunda eleccion y muerte del P. Sigüenza.—Presa de la recámara de Mulei Cidan, y remision al Escorial de los manuscritos árabes.—Muerte de la reina Doña Margarita.—Principio de la obra del panteon.—Muerte de Felipe III.

Con la corona heredó Felipe III los vastos dominios de su padre, diseminados como al acaso en tan remotos paises, y ya algun tanto desquiciados y conmovidos; y con el patronato del Escorial recibió tambien el amor y afecto á aquel edificio, el encargo especial de conservarlo y aumentarlo, espreso en el testamento de su padre, y la obligacion de llevar á cabo las obras que por falta de tiempo no habian podido concluirse. Entre estas era una muy principal el concluir y dorar las estátuas de bronce del altar mayor y entierros Reales, cuya operacion se continuó por orden del nuevo monarca, que acompañado de toda su Real familia presenció su colocacion á fines del año 1599.

Tambien la Comunidad veia en el hijo de Felipe II la imagen de su fundador, y le amaba como á su patrono, y trató desde luego de darle las mas cordiales y significativas pruebas de cariño. Cuando volvió de Valencia, á donde habia ido á celebrar sus bodas con Doña Margarita de Austria, hija del Archiduque Carlos, Duque de Borgoña, hizo su entrada solemne en el Escorial, donde se le recibió con toda la pompa posible. El monasterio apareció iluminado por fuera y por dentro con tan esquisito gusto y buen orden, que al ver un cortesano á la nueva reina dentro del templo, esclamó: *Está este edificio digna concha de tal Margarita*. Pero esta ingeniosa adulacion palaciega era muy inferior á la idea mas na-

tural que ocurria á la vista sorprendente del templo iluminado; era la casa de aquel que no cabe en la inmensidad de los cielos. En efecto, en sola la iglesia pasaban de cuatro mil las luces de cera y aceite que marcaban las líneas, andenes, molduras, frisos y cornisas; y esta vista, unida al sonido de las campanas, á las corpulentas melodías de los órganos, y al acompasado y solemne cántico de los monjes, causaban un efecto altamente májico y religioso. Los monarcas, antés de llegar, gozaron desde el camino de Madrid el vistoso efecto de la iluminacion, estuvieron con placer largo rato en el templo, y dieron gracias al Prior y Comunidad por el sorprendente y grato recibimiento que les habian hecho.

A imitacion de su augusto padre fue á tener en el Escorial la fiesta del Corpus; comió en el refectorio con los monjes, y asistió con mucha devocion á los divinos Oficios en todo el verano de 1600, y lo mismo en los siguientes, pues nunca dejaba la corte de pasar allí alguna temporada. Volvió otra vez por el mes de octubre, pero solo se detuvo cuatro dias y partió luego para Valladolid, á cuya ciudad quiso trasladar la corte á instancias de su favorito el Duque de Lerma. Sentian mucho los monjes esta traslacion, porque temian que la distancia haria que el rey se olvidase de aquel magnífico edificio; pero Felipe III les aseguró que los tendria muy presentes, y lo manifestó con sus hechos, si bien la traslacion de la corte duró bien poco.

En el año 1603 fue nombrado Prior del Escorial el sábio y virtuoso Fr. José de Sigüenza, único á quien pareció mal verse colocado en tan alta dignidad; mas aunque la recibió contra su voluntad, no por esto dejó de hacer muchísimo en favor del monasterio. Primeramente recibió por mandado del rey una gran porcion de reliquias muy estimables, que la emperatriz Doña María, hermana de Felipe II, habia dejado al tiempo de su fallecimiento; y como tan acostumbrado á manejar aquel santo tesoro, las hizo colocar en muy buen orden. Luego con el gran crédito que tenia con el monarca, alcanzó que los catedráticos del colegio, que hasta entonces habian sido seculares, fuesen monjes del monasterio ó de la Orden, pues decia que habiendo en ella tantos y tan entendidos sugetos, era mengua que viniesen de fuera á enseñar á los monjes.

Alcanzada esta orden, tan decorosa para toda la religion de San Gerónimo y singularmente para su casa, convirtió todo su cuidado al arreglo de la parte administrativa, que hasta entonces habia estado á cargo de los administradores ó contadores Reales, y estos entregaban á la Comunidad sus productos con arreglo al presupuesto que formaba anualmente, y pagaban el importe de las obras. Aunque en el testamento y codicilo de Felipe II se mandaba espresa y terminantemente, que las fincas todas con que habia dotado al monasterio se entregasen íntegras al Prior y monjes, hasta entonces no se habia verificado esta entrega á causa de las dificultades que suscitaban los oficiales Reales, y que se aumentaban

en proporcion de la tardanza. En 7 de agosto de 1601, Don Juan de Borja, comisionado por el rey para entregar todos los bienes á los monjes, habia presentado á la Comunidad un concierto, pero comprensivo de condiciones tales y tan gravosas, que no pudieron admitirse. Se modificaron varias veces, pero siempre sin resultado definitivo, porque los comisionados por el rey no querian ceder un ápice de lo que llamaban regalías, y los monjes, alegando las cargas impuestas y el testamento del fundador, querian recibir los bienes íntegros y sin restricciones. Comprendiendo el entendido P. Sigüenza los graves perjuicios que á la Comunidad se seguian de no tener la administracion de sus fincas, y lo imposible que era ya adquirirlas sin gravamen, entró como mediador; y despues de haber sostenido cuanto le fue posible los derechos de la corporacion que representaba, dijo á S. M. que con arreglo á lo acordado por la Comunidad en 15 de julio de 1602, y por la escritura otorgada en 19 de junio de 1603, admitia la entrega que el rey mandaba hacer de las dehesas de Campillo y Monasterio, y de las demás fincas y posesiones, con los gravámenes, perjuicios y condiciones siguientes:

1.ª Con la reserva de la jurisdiccion para el rey, pero dándosela al alcalde mayor de la villa del Escorial.

2.ª Con la reserva de la caza mayor para recreo de S. M.

3.ª Prohibiendo el acopio de ganados, segar yerba, recojer bellota, y en recompensa daria el rey al monasterio 23.725 rs. 30 maravedises situados en las rentas de Aranjuez (1).

4.ª Que se habia de poner para custodia de la caza un guarda mayor, dotado con 400 ducados, 50 fanegas de trigo y otras tantas de cebada; dos guardas á caballo y cuatro de á pie, pagados por el monasterio, y nombrados, el guarda mayor por el rey, y los otros por el Prior.

5.ª Que el monasterio, durante la jornada, habia de dar toda la leña que se necesitase para el servicio de la corte.

6.ª Que en la Herrería, Deheson y Radas no tenga el convento mas que 800 cabezas de ganado vacuno, 800 carneros, y las caballerías del servicio de la casa.

7.ª Permitiendo para récreo de los monjes la caza menor.

8.ª Que el convento se obligue á cumplir todas las cargas que hasta entonces le estaban señaladas, con aumento de dos aniversarios, uno por el Archiduque Wenceslao, y otro por Don Juan de Austria.

9.ª Que el guarda mayor no pueda ausentarse sin licencia del Prior. Además se establecen y señalan en esta condicion algunas otras cosas en que el guarda mayor debia estar sujeto al Prior.

La Comunidad, por medio del P. Sigüenza, habia arreglado es-

(1) Esta condicion 3.ª no estuvo completamente en práctica mas que un año, pues al siguiente se creyó mejor conceder á la Comunidad acopiase 1.500 cabezas de ganado en lugar de la renta en metálico.

tas condiciones con Don Pedro Franqueza, comisionado por S. M., hizo escritura pública de su admision en 19 de junio de 1603, y el rey espidió su Real cédula en 8 de julio del mismo año, en cuya consecuencia tomó posesion la Comunidad en 17 de julio de 1603. Despues en 29 de enero de 1655 dió su carta de privilegio, confirmando todos los que gôzaba el convento, fue confirmada por Don Felipe IV en 20 de octubre de 1621 y por Carlos II en 20 de setiembre de 1668, y sucesivamente por los demás monarcas. Admitido, pues, por ambas partes este arreglo y concordia definitiva, la Comunidad entró en la plena administracion y goce de todos sus bienes, cuyo producto líquido ascendia entonces á 50.500 ducados.

Además de las dehesas y posesiones, habia Felipe II concedido al monasterio los privilegios siguientes: el de la impresion de las bulas de la Cruzada de vivos y difuntos para la corte y reino de Toledo, y todas las Indias occidentales; el de imprimir y vender esclusivamente los libros del nuevo rezado en Castilla y en las Indias occidentales; el de no pagar derechos de 15.000 cabezas de ganado merino; de cobrar 300 fanegas de sal en grano en cada un año; de no pagar derechos de ninguna cosa que se trajese de acarreo al monasterio; para sacar del reino de Valencia 100 arrobas de cera blanca en cada un año sin pagar derechos; para tomar los mantenimientos á los precios que valieren sin aumentarlos, y dejarlos llevar libremente; para tener 50 yeguas de vientre y echarlas al garañon asno; para recojer todos los años en Lisboa, en la Alhóndiga y casa de la contratacion de la India, 1 quintal de pimienta, 1 arroba de clavo, 1 de canela, 1 de gengibre, 2 arrobas de incienso, 30 libras de benjuí de boninas, 40 arrobas de azucar, 12 de conservas, y en principio de cada tres años una caja de ropa, con la obligacion de pasarlo todo por el puerto de Elbas, y no por otro, sin pagar derechos por ello ni allí ni en Badajoz. Tenia además varias bulas apostólicas para no pagar diezmos personales ni de las heredades que hasta entonces poseia, ni de las que arrendare, ó en adelante se le dieren ó comprare.

Poco antes de estos acontecimientos tuvo aquella Comunidad que llorar la muerte del observante, sencillo é inteligente Fr. Antonio de Villacastin, tanto mas sentida, cuanto mas largo tiempo habian podido observar sus virtudes. Murió como el justo en la paz del Señor, despues de cumplidos los 90 años, y de haber disfrutado largo tiempo aquella magnífica casa, en cuya edificacion tanto habia trabajado. Los eminentes servicios que prestó merecian se le hubiese erigido una estátua, pero su sepulcro es humilde como habia sido su vida. En los últimos años pedia, que despues de su muerte le enterrasen á la puerta de la celda donde vivió desde la conclusion de la obra. Logróse su deseo, y en la losa que cubre su cuerpo venerable se lee la siguiente inscripcion:

Fr. Ant. de Villacastin,
Hujus Regiæ Fabricæ
Præfectus:
Hic ante januam celulæ suæ
sep.
Obiit nonagenarius
IV. die Martii anno
1603.

Arreglada la parte administrativa, y puesta la Comunidad en posesion de los bienes con que el fundador la habia dotado, Felipe III, siguiendo el ejemplo de su augusto padre, quiso tambien contribuir á la grandeza y esplendor del Escorial. Habia recojido un gran número de despojos santos traidos de varios puntos de la cristiandad, y adquiridos por donacion ó compra, y quiso aumentar con ellos el tesoro que ya encerraba aquella insigne Basílica; y como testimonio de su piedad y Real munificencia regaló para colocar aquellas santas reliquias doscientos veinte y dos vasos, todos de metales y piedras preciosas, construidos con el mayor primor artístico. Entre estos objetos sagrados llamaba particularmente la atencion, no solo por su riqueza y valor material, sino tambien por lo esmerado y perfecto de su escultura, la estátua de una matrona vestida en traje oriental (por lo que se la dió el nombre de la Mora). Representaba la ciudad de Mecina, cuyos habitantes la habian regalado á Felipe III. Era de vara y media de alta, toda de plata, de peso de 220 libras; en su mano derecha, que descansaba sobre una columna del mismo metal, sostenia una riquísima custodia de oro de peso de 26 libras, en la que estaban encerradas las reliquias de los Santos Plácido y compañeros mártires, patronos de dicha ciudad; su izquierda estaba estendida sobre el pecho, como manifestando la sincera voluntad con que ofrecia tan rico don. La adornaban además corona, collar y ceñidor de oro cuajados de perlas, diamantes y rubíes, en tanto número y de tanto tamaño, que hacian su valor incalculable; y sin embargo, podia decirse de esta alhaja lo de Virgilio: *materiam superabat opus* (1).

Poco más de un año hacia que tenia la dignidad de Prior el Padre Sigüenza, y parecia un milagro lo que habia ganado el monasterio, tanto en los bienes materiales como en el aumento de virtud y letras; pero él, que ya tenia muchos años y bastante quebrantada su salud, suspiraba por la quietud de su celda y por sus amados estudios, para los que no le dejaban tiempo las obligaciones y cuidados de la prelacía. No cesaba de molestar al rey suplicándole

(1) Esta rica y preciosa joya fue robada y destruida por los franceses en la guerra de la Independencia.

admitiese su renuncia; y aunque el monarca conocia cuánto importaba un prelado como él, tuvo que acceder, para no verle morir de afliccion y fatiga. ¡Tanto era lo que sentia aquel sábio y humilde varon verse en tan encumbrado puesto!

La corte tuvo á principios del año siguiente el placer de ver asegurada la sucesion del reino por el nacimiento del príncipe Don Felipe, que fue el 8 de abril de 1605, y desde entonces volvieron á disponerse las cosas para restituir otra vez la corte á Madrid, por la falta de comodidad que en Valladolid habian esperimentado. Verificóse la traslacion á principios del año 1606, y con este motivo el monarca volvió á visitar con mas frecuencia su Real monasterio. Estaba siempre pesaroso de haber admitido la renuncia al P. Sigüenza, y á pesar de su resistencia volvió á elejirle; pero duró muy poco, pues á los 17 dias de su segundo priorato, lunes despues de la Santísima Trinidad, 22 de mayo de 1606, murió á consecuencia de sus achaques, y de un accidente apoplético que le arrebató en pocas horas. Si la vida ejemplar de este varon santo, si sus escritos admirables no formasen su mejor panegírico, bastaria para inmortalizarle el elogio que de él hizo en una ocasion Felipe II. *Los que vienen á ver esta maravilla del mundo*, decia, *no ven lo principal que hay en ella si no ven á Fr. José de Sigüenza, que, segun lo merece, durará su fama mas que el mismo edificio, aunque tiene tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza.* La Comunidad lloró como era justo la pérdida de un hombre de tanta virtud y saber, y lo sepultó junto á la iglesia vieja, donde hoy se ve la lápida que cubre sus restos mortales.

Al mismo tiempo que Felipe III añadia á la magnificencia del Escorial joyas de gran valor y reliquias insignes, la fortuna pareció querer tambien contribuir á aumentar riquezas literarias, para que á la obra de Felipe II nada le faltase para ser grande bajo todos conceptos. Pedro de Lara, capitan de las galeras de España, corria con su flota el mar de Berbería, y pasado el puerto de la Mamora, junto á Zalé, encontró dos navíos que conducian la recámara del rey de Marruecos, Muley Cidan. Acometiólos con decision, y á pesar de su tenaz resistencia cayeron en su poder con toda la riqueza y efectos que conducian. Entre las preciosidades que en ellos se encontraron, fue la mas notable la biblioteca de dicho rey, compuesta de mas de 4.000 manuscritos árabes, turcos y persas de todas materias. Mucho sintió el monarca de Marruecos esta pérdida, y trató á fuerza de dinero de rescatar su librería; mas Felipe III, aprovechando los deseos del musulman, despreció el dinero, y quiso manifestar su clemencia y amor á sus vasallos, pidiéndole en cambio de los códices, la libertad de todos los cautivos cristianos que tuviese en sus dominios. Dura y exajerada se le hizo á Muley esta peticion; mas sin embargo, estimaba en tanto su biblioteca, que si la rebelion de sus vasallos, y la guerra civil que tuvo que sostener, no se lo hubieran impedido, casi de seguro la hubiera

aceptado. Algunos años despues, viendo el rey que el rescate era ya muy difícil, envió los manuscritos al Escorial, dirijiendo al Prior la carta siguiente.

"El Rey.=Venerable y devoto P. Fr. Juan de Peralta, Prior »de San Lorenzo el Real. Sabed que el año pasado de mil y seis»cientos y doce se hizo presa por algunos bajeles de mi armada so»bre el puerto de la Mamora de là librería del rey Cidan, y mandé »traerla á esta corte, y que se entregase á Francisco de Gurmen»di, mi criado, que me sirve en la traduccion é interpretacion de »las lenguas arábiga, turquesa y persiana, para que viese y re»conociese qué libros eran, los cuales están en su poder, y me ha »hecho relacion que son cuatro mil libros, veinte ó treinta menos, »y los mas sin títulos, y hásta quinientos de ellos desencuaderna»dos. Que habiendo trabajado mucho en dividirlos y ponerlos en »orden por sus ciencias y facultades, ha hallado que dos mil cuer»pos de libros y mas son esposiciones sobre el Alcorân y cosas de »aquellos errores, y los demás de diversas materias y letras de hu»manidad, filosofía, matemáticas y algunos de medicina, suplicán»dome fuese servido de mandar que los dichos libros se lleven á »San Lorenzo el Real, haciéndole á él merced que se le queden »algunos para sus estudios, y para traducir en nuestra lengua cas»tellana; y habiendo visto juntamente con esto un memorial que »en vuestro nombre se me ha dado, en que pedís que porque entre »los dichos libros hay muchos vedados, se depositen ahí los que lo »son (pues está ordenado se haga esto de todos los vedados), y »que se pongan en la Real librería della, como los demás que hay »manuscritos, he resuelto y tengo por bien que el dicho Francisco »de Gurmendi haga llevar allá los dichos libros, y se entreguen »en depósito al religioso ó persona que vos nombráredes, para que »los tenga apartados de los otros libros, tanto vedados como no »vedados, hasta que yo ordene lo que se ha de hacer de ellos, sin »que de ninguna manera se mezclen con otros, poniéndolos aparte »en un lado de la librería mas alta de esa casa, ó donde mejor os »pareciere; y que el dicho Francisco de Gurmendi se halle pre»sente al tiempo de entregarlos y ponerlos en San Lorenzo, para »que poniéndolos con la distincion de las materias que él ha apun»tado, esten juntos lo mas que se pudiere los de cada facultad, y »se conserven y hallen mas pronto cuando convenga. Que al di»cho Francisco de Gurmendi se le dejen algunos libros de todas »facultades y ciencias, que él tuviese por necesarios para sus es»tudios de la dicha lengua arábiga, como son vocabularios y otros »de la propiedad y elegancia de la lengua; y el dicho Gurmendi »podrá traducir en castellano algunos que parezcan merecerlo, por »ser materias morales ó de historia. El cual, y el religioso ó per»sona á quien se entregaren los libros, se han de tratar familiar »y amigablemente cuándo se les ofreciere alguna ocasion de los di»chos libros; así os mando que en esta conformidad deis orden que

»se reciban en esa casa los dichos libros, y que en la custodia dellos »y lo demás se guarde puntualmente lo que va resuelto y decla- »rado en esta mi Real cédula, sin esceder dello en ninguna mane- »ra, que así conviene á mi servicio y es mi voluntad. Dada en Ma- »drid á 6 de mayo de mil seiscientos y catorce años.=Yo el Rey.= »*Gregorio de Ciriza.*"

En los años que siguieron á la restitucion de la corte á Madrid, los reyes tornaron á frecuentar el Escorial como solian durante la estacion del verano, y siempre recibian los monjes algun don de su larga munificencia, ó algun ejemplo de piedad. Convencido de que las rentas no bastaban para el gasto y demás atenciones que tenia el monasterio, señaló 18.000 ducados en las salinas de Atienza, Espartinas y otras, distribuyéndolos del modo siguiente: los 10.000 para el convento y los 8.000 para aumentar las rentas de fábrica. A este cuidado del aumento de las rentas unia un entrañable afecto á los monjes, y una muy constante asistencia á los divinos Oficios y demás prácticas de piedad. El Señor parecia recompensaba esta devocion, ya dando ilustres conquistas á sus armas, como sucedió en la de las islas Molucas, ya concediéndole numerosa descendencia, y la dicha de ver jurado príncipe heredero á su primogénito Don Felipe, cuya solemnidad se celebró en la iglesia de San Gerónimo de Madrid en 1608 á 13 de enero.

Continuaban las felicidades para Felipe III, y en el verano de 1611 la reina Doña Margarita, hallándose en el Escorial el 22 de setiembre, dió á luz con toda felicidad un infante, á quien en el bautismo se dió el nombre de Alonso Mauricio. Todavía duraban en la Comunidad los parabienes y alegrías, cuando de repente se convirtieron en luto y llanto. La Reina al cuarto dia se sintió acometida de un frio violento, y luego de una calentura tan fuerte que el 3 de octubre dejó de existir, llenando de desconsuelo á todos sus vasallos, que la amaban tiernamente. El Rey, abatido con una pérdida tan sensible recurrió á Dios, único consuelo en tamañas aflicciones, y los monjes procuraron en cuanto les fué posible mitigar su sentimiento.

Nada notable ocurrió en los años siguientes hasta el de 1616, en que el Rey y toda la Real familia partieron para Burgos á la celebracion de las bodas del príncipe Don Felipe con Doña Isabel de Borbon, hermana del rey de Francia, que casaba tambien con la infanta de España Doña Ana. Al volver de esta espedicion hallaron los príncipes iluminado el Escorial, y la nueva princesa quedó agradablamente sorprendida con tan hermoso espectáculo.

Desde la muerte de la reina se habia entregado Felipe III con mas ahinco á los actos de devocion, y habia procurado aumentar, no solo el número y riqueza material de las santas reliquias, sino tambien su culto; y en el año 1617 comenzó á celebrarse una solemne fiesta con octava en honor de las reliquias que se conservan en tan célebre basílica, en virtud de bula pontificia que el Monar-

ca habia impetrado, el cual asistió á aquella festividad acompañado de sus hijos, y de todos los grandes y caballeros de su corte.

En medio de estas ocupaciones santas pareció nó olvidarse de sus obligaciones de Monarca, pues en el retiro del Escorial firmó el decreto de destierro del famoso Duque de Lerma, dándole al Prior, que lo era entonces Fr. Juan de Peralta, la comision de noticiarle tan desagradable órden. En aquellos mismos dias firmó tambien la de prision contra el desgraciado Conde de la Oliva y Marqués de Siete-Iglesias, Don Rodrigo Calderon, víctima de su engrandecimiento y privanza, y ejemplo triste de las vanidades mundanas.

A pesar de la actividad y celo de Felipe II en llevar adelante y concluír la fábrica del Escorial, á pesar de que uno de los motivos principales para verificarlo habia sido el de construir el panteon de los reyes de España, sin embargo, disgustado del local que primero se habia escojido por parecerle demasiado profundo y lóbrego, tal vez por no encontrar otro que le satisfaciese, ó por falta de tiempo, el panteon quedó sin comenzar, y en los últimos años solia decir: *Yo ya he hecho casa para Dios, ahora mis hijos cuidarán de hacerla para mis huesos y para los de mis padres.* En consecuencia, además de dejarlo señalado en su última voluntad, su hijo Felipe III, que se creyó tambien en la obligacion de procurar todo el decoro posible á las cenizas de su padre, en el año 1617 mandó que se prosiguiese hasta su conclusion, ó por mejor decir que se comenzase la obra del panteon.

Con este objeto hizo que vinieran de varias partes los hombres mas famosos y entendidos en arquitectura, y entre ellos fué elejido para la ejecucion de la obra Juan Bautista Crescencio, hermano del Cardenal del mismo nombre, persona muy instruida y conocedora de las antigüedades de Roma, de donde era natural. Para la parte de ejecucion material fué nombrado el vizcaino Pedro Lizargarate, que tenia mucha facilidad y destreza en su arte. Pareció al arquitecto conservar la forma redonda que el local tuvo desde el principio, y solo rebajó cinco pies mas el pavimento, para que las dimensiones arquitectónicas quedasen mas proporcionadas y bellas. Se adoptó definitivamente la traza y adornos que hoy tiene, y se comenzó á trabajar con tanto esmero y ahinco, que á poco mas de los dos años se encontraba todo cubierto de marmol hasta el arranque de la cúpula, hechas algunas urnas, y preparados y dorados gran parte de los bronces que habian de adornarlo. Mas á pesar de tanta actividad Felipe III tampoco pudo ver acabada esta obra. La muerte, producida por una erisipela maligna, arrebató á este monarca á los 31 de mayo de 1621. Murió en el alcázar de Madrid, desde donde fué trasladado al Escorial con la solemnidad acostumbrada, y depositado en la bóveda provisional junto á los féretros de sus mayores. En consecuencia la obra del Panteon quedó suspendida por algunos años.

CAPITULO II.

Empeño que tuvo el Conde-Duque de Olivares en quitar á los monjes las dehesas de Campillo y Monasterio.—Venida al Escorial del príncipe de Gales, y su despedida.—Recibimiento de Doña Maria Ana de Austria, y dicho de un embajador turco.—Continúa la obra del panteon.—Gravísimas dificultades que ocurrieron.—Las remedia Fr. Nicolás de Madrid.—Conclusion del panteon.—Su coste.—Carta de Felipe IV sobre la traslacion de los cuerpos reales.

En proporcion que trascurria el tiempo y se alejaba la memoria de Felipe II, iba creciendo la envidia de los magnates que rodeaban á los reyes, y estos perdian tambien algo de aquel interés con que habian mirado el Escorial. Las rentas y posesiones que su fundador le diera parecian exorbitantes, y el mucho esmero con que estaban cuidadas las hacian mas apetecibles. Al principio del reinado de Felipe IV estuvo muy cerca de perder ya algunas de sus mejores dehesas. Trataba el Rey de edificar un palacio de recreo en las cercanías de la corte, y embellecerlo con fuentes, jardines y estanques (1); y sus ministros, pero mas principalmente el Conde-Duque de Olivares, en cuyas manos estaba el poder supremo de la nacion, pusieron sus ojos en la fresca y llana dehesa de Campillo. Sin reparar en dificultades estendió una memoria, proponiendo á la Comunidad la cesion de aquella dehesa, y la remitió al Prior con la carta siguiente toda autógrafa.

"V. P. lea esa memoria y la comunique con el convento, y »despues de haber tomado acuerdo sobre ello, me vea para que »se asiente lo que mas gusto fuere de S. M. y mas servicio suyo. »Dios guarde á V. P. muchos años como deseo. De Palacio, sá»bado.=*Yo el Conde de Olivares.*"

Atónito quedó el Prior al ver el modo con que le proponia un asunto de tanta importancia; y para no alentar bajo ningun concepto sus esperanzas, antes de proponer nada á la Comunidad le contestó: "La resolucion que V. E. pide, aunque es facil respec»to del deseo que este convento tiene de servir á S. M. (q. D. g.), »no lo es en otras cosas, y á esta causa tiene necesidad de tiempo »para mirarlo: será con la brevedad que yo pueda. Solo digo por »ahora, que dudo yo esta casa pueda pasar quitándole el pasto de »los carneros, y en general de que esta hacienda es dote y pro»piedad de iglesia, dada con gravísimas y grandísimas cargas y

(1) Esta casa ó palacio se hizo en lo que ahora llaman Buen-Retiro.

»obligaciones. Esto supuesto, este convento no lo puede enagenar »sin incurrir en escomunion, salvo concurriendo una de las tres »causas que pone el derecho: necesidad, piedad, eminente utilidad. »Por mí y por este convento prometo hacer en servicio de S. M. lo »que sin ofensa de Dios pudiere, porque así presumo lo quiere Su »Magestad. Lo demás dejo á la ponderacion de V. E., como de ca»ballero docto, cristiano y pio, á quien Nuestro Señor con aumen»to de sus bienes guarde y prospere. Deste convento á 10 de oc»tubre de 1621.=*Fr. Martin de la Vera.*

No estaba el orgulloso ministro acostumbrado á ver contrariada su voluntad tan de frente, y se resolvió á arrancar por fuerza lo que no se habia concedido de grado. Persuadió al Rey de que los monjes no tenian derecho alguno á las dehesas de Campillo y Monasterio, y que se les podian tomar judicialmente. Entabló el pleito, salió la Comunidad á la defensa, y sería imposible referir todos los embrollos, todas las tramas de que se valió el Conde-Duque; pero la justicia del monasterio era tan notoria, que no le quedó mas arbitrio que acudir al poder del Rey, que él con su favor manejaba á su arbitrio. Pero en esta ocasion el Rey se sostuvo firme, y cuando Olivares le aconsejaba que diese en el pleito sentencia contra los monjes le contestó, cojiendo un puñado de la ropa que llevaba puesta: *Desengáñate, esas haciendas son de los religiosos, como este capote es mio.* Por fin el pleito se sentenció á favor del monasterio, pero á costa de amargos sinsabores y de no pequeños gastos.

No perdonaron entonces medio alguno para alejar al Rey del afecto y cariño que tenia al monasterio, y en su miserable resentimiento descendieron hasta decirle, que aboliese la costumbre que tenia, imitando á todos sus antecesores, de comer un dia en refectorio con la Comunidad; pretestando que era indecoroso para la magestad real estar tan inmediatamente alternando con los frailes. La cosa en sí no era de gran importancia, pero el interés con que se empeñaron en estorbarla prueba su pobreza de alma, y la envidia que ya comenzaba á causarles la importancia y riqueza del monasterio. El Rey, sin embargo, se hizo sordo á sus insinuaciones, y continuó toda su vida la costumbre de comer un dia con sus monjes.

El año siguiente de 1623 visitó el Rey el monasterio, acompañando al Príncipe de Gales Cárlos Estuardo, que habia venido á España con ánimo de arreglar su enlace con la Infanta Doña María, hermana del rey Felipe IV; y que no se verificó por ser protestante y no atreverse á abjurar su religion, y por la oposicion que en ambas naciones encontraba la diferencia de creencia en los contrayentes. Entre otros, Pedro Mantuano escribió un memorial oponiéndose á este casamiento, y lo presentó á Felipe IV para que desistiese de llevarlo á efecto (1). Despues que ambos Monarcas pasaron al-

(1) Este memorial presentado por Pedro Mantuano á Felipe IV, se guarda manuscrito en el archivo del monasterio en la arquilla larga.

gunos dias recorriendo y admirando todo el edificio, el 12 de setiembre salió Cárlos Estuardo para su pais. El Rey y la Real familia le acompañaron hasta la fortaleza de Campillo, donde se despidieron dándose mútuas pruebas de amor, y prometiéndose perpétua fraternidad. El Rey mandó erigir en aquel sitio una inscripcion que lo significase todo, y que trae el P. Santos en su historia de la Orden, libro 2, capítulo 9; yo la omito por brevedad, y porque sin duda despues no se hizo, pues no tengo noticia de ella.

En los años siguientes hasta el de 1649 nada ocurrió notable mas que los entierros de las personas Reales que durante este tiempo fallecieron, á saber: el Infante Cardenal Don Fernando, la Reina Doña Isabel de Borbon, el Infante Don Alonso Mauricio, y el Príncipe Don Baltasar Cárlos, que fueron depositados junto á sus mayores.

En el año de 1649 Felipe IV, que habia vuelto á contraer matrimonio con Doña Mariana de Austria, hija del Emperador Fernando III, la acompañó á que viese por primera vez el Escorial. Los monjes se esmeraron en el recibimiento de esta princesa mas que en ninguna otra ocasion, pues aunque ya otras veces se habia iluminado el edificio, entonces se hizo con tal profusion, que dice el P. Santos eran los vasos 11.514, que no hay duda presentarian el edificio como una riquísima joya de oro, destacada sobre el fondo azul oscuro de los montes que le rodean.

Fué tanto lo que arrebató esta vista la admiracion de un embajador de la Sublime Puerta, que entonces se hallaba en esta corte, que esclamó: *No sé por qué el Rey de España no pone entre sus títulos el de Rey del Escorial, porque indudablemente esta es la mas rica joya de su corona.*

Al comenzar el reinado de Felipe IV se habian complicado de tal modo los negocios políticos, estaban tan apurados los recursos del erario, que varias veces habia tenido el Monarca que recurrir á la generosidad de sus vasallos, primero invitándolos á un donativo, despues pidiendo á las Comunidades la plata labrada de sus iglesias por via de empréstito, aunque esto último no llegó á realizarse. Por esta causa la obra del panteon del Escorial, que se habia suspendido por la muerte de Felipe III, continuaba en tal estado. En la jornada de 1643 visitó el Rey aquella obra, y algun tanto mas desahogado su erario, mandó que se continuase hasta su conclusion. Al efecto nombró superintendente de la obra á uno de sus ministros favoritos, que aunque dió algunas órdenes para preparar materiales y buscar artistas que se encargasen de la ejecucion, manifestó que se cuidaba mas de la política que del panteon. A esto se añadia el que las dificultades que la obra ofrecia se habian multiplicado de un modo que llegaron á creerse insuperables. Además de las que desde el principio tenia el local, como era la ninguna luz ni respiracion, la entrada poco decente, y la escalera malísimamente situada, se añadió la de que sin duda por haber ahondado el

piso cinco pies, como antes se dijo, llamó allí la vertiente de las aguas, y de repente apareció un manantial, que rompiendo por entre los mármoles que estaban ya sentados, los desencajó y descompuso, convirtiendo el panteon en una cisterna. El superintendente, aunque avisado de esta nueva dificultad, ni aun se tomó el trabajo de inspeccionarla; desde Madrid daba órdenes á su antojo, que no surtian mas efecto que gastar tiempo y dinero, imposibilitándose mas cada dia la prosecucion de la obra por la abundancia de las aguas que fluian. Los mármoles iban cayendo uno en pos de otro, y los bronces se enmohecian con la humedad hasta inutilizarse la mayor parte.

La dificultad creció tanto, que todos aconsejaban al Rey desistiese de la obra, y tratase de hacer el panteon en otro cualquier punto de los muchos que podian escojerse en tan vasto edificio, y que no tuviese los graves inconvenientes é imperfecciones que este presentaba. El mismo Felipe IV estaba ya convencido de lo imposible que era continuar la obra, y tenia resuelto abandonarla, aunque á su pesar, no solo porque se perdia lo mucho que allí se habia gastado, sino tambien porque habia formado empeño de ver concluido el panteon en el lugar elegido por su abuelo y continuado por su padre.

Tambien los monjes sentian estraordinariamente estas dificultades, porque veian frustrado uno de los principales objetos de la fundacion del monasterio; y calculando por el estado de decadencia en que ya se encontraba la nacion, suponian justamente, que si la obra del panteon se comenzaba en otro local, era muy probable que jamás se concluyese. Se distinguia sobre todos en estos sentimientos el P. Fr. Nicolás de Madrid, que entonces tenia el cargo de vicario en el monasterio, hombre pensador y estudioso, de buen juicio y regular instruccion. Este, en los ratos que le dejaba libre su penoso cargo, solia bajarse al ya abandonado panteon, y á fuerza de analizar, calcular é investigar, llegó á encontrar no solo posible, sino sumamente fácil, el modo de obviar todos los inconvenientes que se presentaban, y con no mucho gasto. Comunicó con el rey su pensamiento, é hizo en su presencia una demostracion tan clara y evidente, que Felipe IV aceptó el plan que le proponia en todas sus partes, nombrándole desde luego director y superintendente general de la obra, y mandando se le facilitasen todos los medios necesarios al efecto.

En 1.º de noviembre de 1645 se comenzó de nuevo la obra bajo la direccion y vigilancia de Fr. Nicólás, formando los planos y diseños Alonso Carbonell, arquitecto mayor de S. M., y ejecutándolos el acreditado marmolista Bartolomé Zumbigo, vecino de Toledo. Lo primero que el entendido monje procuró fue remediar el daño que hacian los manantiales, darles vertiente por debajo del panteon, y dejarlo perfectamente enjuto. Esta obra, que tanto habia dado que hacer, que habia presentado hasta entonces dificulta-

des insuperables, quedó perfectamente concluida, y conseguido su objeto, como hoy se ve, sin mas coste que el de 602 rs. vn. El mismo Fr. Nicolás quedó admirado al ver desatado el problema á costa de tan insignificante cantidad. *Fue cosa maravillosa* (dice el mismo en sus cuentas originales), *porque el modo que se habia resuelto y se estaba ejecutando en las alcantarillas que se hacian, habia de costar á S. M. mas de 30.000 ducados; y no era esto lo peor, sino que el daño se habia de quedar en pie, porque se buscaba muy apartado de su origen.*

Vencida la principal dificultad y perfectamente enjuto el panteon, concibió tambien la idea de darle alguna luz y respiracion. Para esto mandó abrir una gran ventana en la pared de la iglesia principal en el testero de Oriente, y esta ventana recibe la luz del patio de palacio llamado de los *Mascarones* ó *del Mango de la Parrilla;* y aunque no es muy abundante la claridad que comunica, porque la distancia que ha de correr la luz es mucha y el patio no muy grande, es sin embargo la suficiente para que el panteon pueda gozarse sin luz artificial, particularmente por la mañana, cuando el sol de Oriente baña el dicho patio. Tambien esta obra costó poco, comparado con el trabajo que costaria taladrar una pared de tan enorme espesor, sin peligro de que se resintiese la fábrica. En esta obra se emplearon solo 5.098 reales con 23 maravedises.

Sumamente complacido y animado Felipe IV con el buen resultado de las dos primeras obras, ya no dudó en conceder á Fr. Nicolás las mas ámplias facultades y los medios necesarios para concluir la obra toda, que vió se llevaria á cabo con prontitud y economía bajo la direccion y vigilancia de tan entendido y fiel superintendente. Al momento se buscaron los mejores artistas, plateros, doradores, broncistas y marmolistas, que fueron hasta cincuenta, entre ellos dos escelentes bruñidoras, María de la Cruz y María de Velasco, sin contar los peones ordinarios, y dos monjes legos que trabajaban en bronce con bastante primor.

Al momento las canteras de San Pablo en Toledo resonaron con los golpes del pico y el ruido de las sierras, y comenzaron á conducirse al Escorial mármoles para tan bella obra. El activo Fr. Nicolás en todas partes se hallaba: él hacia los ajustes, él inspeccionaba las obras, él compraba los materiales, llevaba las cuentas, era el sobrestante, el director, el todo de la obra; él, en fin, hizo en el panteon lo que Fr. Antonio de Villacastin en la edificacion del monasterio, y parecia que la Providencia habia enviado estos hombres, estraordinarios en su género, para que el Escorial pudiese llegar á su perfeccion.

Mientras los mármoles y bronces embellecian las paredes de la capilla subterránea, meditaba Fr. Nicolás cómo le daria una entrada correspondiente y digna, pues la que tenia entonces era oscura é indecente, pues se entraba por lo que ahora es la cantina de

la cera. Parecia imposible mudarla, porque por todas partes se encontraban muros de un espesor enorme, como que estaban en los mismos cimientos. Pero esta dificultad no le acobardó; hizo romper el último arco contíguo á la sacristía, de donde dice el P. Santos que se sacáron piedras grandísimas. Trazó luego en la abertura un ramal de escalera que se unia á la antigua, con tanta naturalidad, con tan buena inteligencia, que el que actualmente lo ve sin estar enterado de estos pormenores, no podrá creer que tanto la entrada como la escalera no estuviesen calculadas y trazadas en el plan primitivo.

Sería demasiado prolijo si quisiese descender á referir todos los pormenores, á recordar todas las pruebas de ingenio que dió Fr. Nicolás en esta obra; pero el que la considere con detencion adivinará todo lo que callo, y además tendré que ocuparme de otros pormenores al describirlo. Nueve años se tardaron en concluirlo; dejándolo como hoy se ve, y se gastaron en todo, segun las cuentas originales que tengo á la vista, 1.099.058 rs. con 27 mrs. (1), cantidad que parece muy pequeña cuando se considera la hermosura y riqueza de aquella capilla, y la suntuosidad de su linda escalera.

En 1651, cuando ya la obra principal iba tocando á su término, se comenzó á arreglar una bóveda pára depósito de aquellos cuerpos Reales que no debian ser colocados en el panteon principal, y á que hoy se da el nombre de panteon de Infantes. El local era muy poco á propósito, y sin duda escasearian ya mucho los fondos, porque se hizo de madera de pino pintada; y todo él es mezquino, indecente, é indigno de las cenizas que han de ocuparlo. Costó esta reducida bóveda 19.543 rs. 22 mrs., siendo el encargado el mismo Fr. Nicolás de Madrid.

Avisado Felipe IV por el superintendente de que ya la obra del panteon tocaba á su término, recibió una grande y completa satisfaccion, como se lo manifestó al mismo en su respuesta. *Mucho me alegro* (le decia) *de que ya esté tan á los fines una obra tan insigne como esta, y no dudo que al plazo deseado esté todo dispuesto con toda perfeccion.* En efecto, el Monarca había visto tanta dificultad, tanto gasto inútil, tanto tiempo perdido en aquella obra, que al verla llegar á su fin no sabia cómo espresar su placer. Hablándole en otra carta del dia en que se debia verificar la traslacion de los cuerpos Reales, se espresaba de este modo. *Ya deseo ver esté dia, pues en fin se colocarán los huesos de mis gloriosos antecesores en parte donde estén con la decencia que les es debida.* Por consecuencia se ocupaba con esmero de todo lo relativo á este asunto, dando al Prior minuciosas instrucciones en una larga carta escrita toda de

(1) Me ha parecido que no disgustará á mis lectores ver una cuenta mas detallada del gasto del panteon, y por esto la pongo al fin en hoja separada.

su puño y letra, que ha sido como el reglamento que luego se ha guardado en los entierros Reales, y cuyo tenor es el siguiente.

"Siendo la intencion del Rey mi Señor y mi abuelo cuando edi»ficó esa Real casa dirigirla toda al culto divino, y á que estuviese »con entera decencia colocado en ella Nuestro Señor, tambien qui»so que fuese alli su sepultura, la de sus gloriosos antecesores y »la de sus sucesores; pero no dejó señalado competente sitio para »este fin, diciendo que él habia hecho habitacion para Dios sola»mente, que su hijo (si quisiere) la haria para sus huesos y los de »sus padres. Obedecióle el Rey mi señor y mi padre, disponiendo »la fábrica grave y magestuosa del panteon, y dejándola muy ade»lantada antes de su temprana muerte: á mí en esta obra solo me »ha tocado rematar y perfeccionar la insinuacion de mi abuelo y »la ejecucion de mi padre, adelantándola hasta su fin y procuran»do lucirla, si no todo lo que se debiera, á lo menos lo que se ha »podido, para que sea decente morada de tales habitadores, y ha»biéndose fenecido ya, llega el tiempo de trasladar á ella los cuer»pos que diré adelante, para lo cual me ha parecido advertiros lo »que sigue. El dia en que se ha de celebrar esta funcion (á que »placiendo á Dios me hallaré), la forma y modo como se ha de ha»cer, y el que se ha de guardar en subir los cuerpos á las urnas »despues de su traslacion pública al panteon, tengo ya comunica»do con vos Fr. Nicolás de Madrid diferentes veces, asi por escrito »como de palabra, con que en esta parte no hay mas que dar eje»cucion á lo acordado.

»Los que se han de poner en ellas han de ser, el del emperador »Carlos V, de la Emperatriz Doña Isabel su mujer, de Felipe II, »de la Reina Doña Ana, de mi padre, de mi madre, y de la Reina »Isabel mi muy cara y muy amada mujer. El del Emperador ha de »estar en la urna superior del nicho de la parte del Evangelio mas »inmediato al altar, y el de la Emperatriz en la que corresponde á »esta á la parte de la Epístola: los demás se han de ir colocando en »las de los mismos nichos bajando por sus grados, asi los varones »como sus mujeres, con que vendrán á quedar uno enfrente de otro, »dividiéndolos solo el altar. La urna inferior del nicho de la parte »del Evangelio viene á quedar desocupada, la cual señalo para mí »para cuando Dios quisiere llevarme de esta vida, pues vendré á »estar debajo de mis mayores y enfrente de mi esposa, lugar ver»daderamente á propósito para quien los ha venerado con tanto ren»dimiento como yo, y amádola á ella tan de veras.

»Estos son los cuerpos que ahora se han de trasladar al pan»teon, pues oí decir á mi padre cuando empezó, que solos habian »de ser los de los Reyes propietarios de esta corona, y de las Rei»nas de quienes hubiesen quedado los sucesores; y con los que ade»lante fueren entrando de esta calidad, se guardará la misma or»den y distribucion en los otros nichos. Los demás que hoy están »en la bóveda, se han de colocar en la que se ha preparado para

»ellos dentro de la puerta principal del panteon, ejecutándose en »secreto por solos los religiosos la noche antecedente al dia de la »traslacion pública.

»En los entierros que hasta ahora se han hecho en esa casa, la »entrega de los cuerpos suele ser en la antesacristía, la cual de aqui »adelante se hará en el mismo panteon, y allí se fenecerá todo el »oficio segun el ceremonial, haciendo cuenta que aquel cuerpo »queda ya en el sepulcro; pero despues, á vuestras solas, supuesto »que es forzoso que el olor del cadáver embarace á los que entra- »ren en aquel sitio, le pondreis en alguna parte reservada de aque- »llas bóvedas que están dentro de la primer puerta, hasta que no »ofenda, y entonces se pasará reservadamente á la urna que le to- »cáre, siguiendo el orden que digo arriba, pero el nombre se pon- »drá en ella en haciéndose la entrega. La misma forma se ha de »seguir con los cuerpos que no han de quedar en el panteon; pero »en acabándose la entrega se llevarán luego inmediatamente al si- »tio que tienen señalado, donde se dará fin al entierro. Esto es lo »que parece conveniente se ejecute ahora y en lo venidero, pues »es conforme á la voluntad de mi padre; y asi se guardará esta or- »den en los archivos de esa casa, para que en todo tiempo conste »de ella, y se vea, que asi como le obedecí puntualmente cuando »vivia, lo hago tambien aun despues de muerto, dando fin á una »obra que tanto deseó ver acabada, y colocando en ella sus ceni- »zas y las de mis abuelos. De Madrid á 12 de marzo de 1654.=Yo »EL REY.»

La disposicion tomada en la instruccion que antecede de que solo entren en el panteon principal los Reyes propietarios y las ma- dres de los sucesores, era indispensable atendida la estension del local y el número de urnas; pero de este modo tardará algunos si- glos en llenarse, y se cumple en cierto modo lo que á aquel enter- ramiento falta de estension, porque realmente el panteon es lindo, pero muy pequeño.

El Prior y monjes, instruidos por el Monarca de todo cuanto debia prepararse para la solemne traslacion, y sabiendo que habia señalado para esta ceremonia el 17 de marzo, bajaron á la bóveda donde estaban los restos mortales de tantos y tan grandes reyes y príncipes, separaron los siete féretros de los destinados al pan- teon, y comenzaron á colocarlos en unas cajas hechas segun las medidas del hueco que hay en las urnas de jaspe, que son de po- co mas de seis pies de largo, pie y medio de ancho, é igual pro- fundidad. Al practicar esta operacion quedaron agradablemente sorprendidos al encontrar muy bien conservado y entero el cuerpo del Emperador Carlos V, despues de noventa y seis años que estaba sepultado. Escepto tener un poco rozada y destruida la punta de la nariz, lo demás estaba tan conservado y entero, que cualquiera hu- biera reconocido al momento al invicto rival de Francisco I de Francia, al vencedor de Pavía; á aquel monarca que despues de

tantas victorias supo alcanzarla tan completa de sí mismo. Estaba arreglado su cadáver (segun él mismo habia dispuesto en su testamento) con la ropa blanca interior sumamente limpia, envuelto en unos lienzos finísimos, pero sin abrir ni embalsamar. Tenia todo el cuerpo rodeado de matas de romero florido y tomillos olorosos, en que abundan tanto las ásperas montañas del monasterio de Yuste, donde habia muerto. La caja estaba enteramente destruida por los años, y este contraste hacia resaltar y admirar mas la conservacion perfecta del cuerpo. La Comunidad, despues de haber contemplado detenidamente este objeto venerando, continuó colocando los demás cadáveres en las nuevas cajas, que despues puso con toda decencia sobre unos bancos cubiertos de alfombras hasta el dia de la solemnidad.

Antes del dia señalado, el Patriarca de las Indias Don Alonso de Guzman consagró con gran pompa el altar de aquella capilla subterránea, dedicándolo á la Santísima Cruz, y colocando en él muchas reliquias de la Santísima Vírgen María, de apóstoles, de mártires y confesores, bajo cuya poderosa proteccion iban á quedar las augustas y respetables cenizas de los reyes de España.

CAPÍTULO II.

Solemne traslacion de los cuerpos Reales al nuevo panteon.—Rentas y donaciones que hizo Felipe IV al monasterio, y obras que mandó ejecutar en él.—Muerte de Felipe IV.—Terrible incendio que hubo el año 1671, y estragos que causó.

Avisado el Rey de que sus órdenes estaban cumplidas, y todo prevenido y dispuesto para la traslacion, pasó al Escorial el 15 de marzo acompañado de toda la nobleza de su corte, y de un gentío inmenso que de todas partes acudia á la novedad y fama de esta fúnebre funcion. Apenas se apeó fué á ver aquella obra tan deseada como costosa y llena de dificultades; pero su vista le recompensó suficientemente de los gastos que en ella habia hecho, y de los disgustos que le habia causado. Visitó tambien el panteon pequeño, é inspeccionó detenidamente todo lo que se habia hecho bajo la direccion de Fr. Nicolás de Madrid, á quien dió muy cordialmente las gracias. Pasó luego á la antigua bóveda á admirar la incorruptibilidad del Emperador, y aunque ya el Prior le habia hecho menuda relacion de ello, quedó sumamente complacido con la vista de su respetable bisabuelo, y volviéndose á Don Luis de Haro su primer ministro, esclamó: *¡D. Luis, honrado cuerpo! Sí Señor,* contestó el ministro, *muy honrado.* No quiso

Felipe IV ser solo el que gozase la vista de tan esclarecido monarca; quiso que todos pudiesen verlo, que todos lo admirasen; para lo cual mandó que estuviese descubierto, y se permitiese la entrada al público hasta el dia de la traslacion.

Para este acto se habian colocado en el centro de la iglesia, debajo de la grandiosa cúpula del cimborrio, cinco túmulos cubiertos de ricos paños de brocado, á los que se subia por unas gradas tapizadas de terciopelo negro con franjas y adornos de oro. Su disposicion era la siguiente: el del centro era un poco mas elevado que los demás, y en él descollaba colocada sobre ricos almohadones una vistosa corona imperial; á la parte que mira á la entrada de la iglesia habia pendiente un tarjeton dorado, y en él se leia *Carlos V;* tocando á los ángulos de éste y formando una cruz habia otros cuatro iguales entre sí en tamaño y altura, y adornados como el primero. Sobre ellos se veian coronas reales puestas sobre almohadones de tisú, y de todos pendian sendos tarjetones dorados. En los dos mas inmediatos á la entrada se hallaban escritos los nombres de *Felipe II* y *Felipe III;* en los de la parte del altar mayor, en el de la derecha, *Doña Isabel Emperatriz*, *Doña Ana Reina*, y en el opuesto ó del Evangelio, *Doña Margarita*, *Doña Isabel de Borbon*, *reinas*.

Alrededor del túmulo habia catorce enormes blandones de plata de siete pies de alto, y enfrente de la puerta de entrada un hermoso candelabro de bronce que forma como un árbol, en cuyos brazos lucian nueve grandes hachones. Al lado de la epístola estaba colocada una águila imperial puesta sobre un globo en actitud de volar, simbolizando al Emperador. Su altura es de ocho pies, su materia bronce, y en su enorme pico sustenta un atril del mismo metal, y en él colocado el libro con las oraciones de difuntos. Al lado del Evangelio un ángel puesto de pie sobre un globo, tambien de bronce; su altura de seis pies, en figura de un mancebo bellísimo, con las alas abiertas como dispuesto á remontarse hasta el Empíreo á presentar las oraciones, cuyo libro estaba puesto en el atril de bronce que sostiene con ambas manos. Además de esto, la capilla mayor y todos los altares del templo estaban cubiertos de ornamentos de terciopelo negro, en los que se veian ricamente bordados los trofeos é insignias de la muerte. La grandeza y magestad sublime de aquella iglesia, aumentada con este grandioso aparato fúnebre, hacia estremecer de respeto; la muerte parecia ostentar allí todo su poder, acumulando sus mas ricos despojos; y en el tabernáculo de Dios parecian repetirse aquellas terribles palabras: *Statutum est omnibus hominibus semel mori; todo hombre está sentenciado á morir sin remedio.*

La víspera de la traslacion (16 de marzo) á las tres de la tarde comenzaron á clamorear las campanas de las torres, y sus armoniosos sonidos avisaron al Monarca, á las comunidades, á la corte y al pueblo que la ceremonia fúnebre iba á comenzarse. En la igle-

sia no se permitió entrar mas que á los que habian de tomar parte en el corteje fúnebre, y la inmensa concurrencia que la curiosidad habia atraido ocupaba las tribunas, cornisas y balcones del rededor, en donde se veian multitud de cabezas atentas á aquel espectáculo nunca hasta entonces visto, y muy dificil que se reproduzca. Luego que se anunció la llegada del Rey comenzó á marchar la procesion, en la que precedia la cruz, seguian las comunidades del Seminario, Colegio y Convento, y concluia con la grandeza, empleados y pages de palacio, y al fin Felipe IV, vestido, como toda la comitiva, de luto corto. Entre las dos largas filas de luces que llevaban los concurrentes se veian brillar las capas de los seis cantores, otras seis de acompañantes, y los riquísimos ornamentos del preste y los ministros. Caminaron en silencio hasta la antigua bóveda, donde se cantó un solemne responso, y concluido volvieron en direccion á los túmulos, colocados, segun dije, en medio de la iglesia. Los cadáveres eran conducidos en hombros de la nobleza y de los monjes, para lo cual el Rey habia nombrado el dia antes veinte y un caballeros, y el Prior otros tantos de los religiosos mas condecorados. Conducian cada caja tres caballeros y tres monjes; precedian las de las reinas, luego los reyes por su órden cronolójico, siendo el último el Emperador, junto al cual iba Felipe IV, despues del celebrante, que lo era el Prior del monasterio.

Se cantaron las Vísperas con muchísima solemnidad, alternando las dulces melodías de la Capilla Real con el acompasado y grave canto de los monjes; y concluidas estas y los Maitines permanecieron encendidas las luces, y en vela cuatro monjes, que perseveraron toda la noche, como tambien los Monteros de Espinosa, relevándose unos y otros cada hora para repartir el trabajo. Antes de los Maitines de media noche bajaron los monjes á la bóveda antigua, y con mucho silencio, aunque sin omitir las ceremonias prevenidas en el Ritual, trasladaron los demás cuerpos reales al nuevo panteon que se les habia preparado. Al dia siguiente, con igual asistencia y magestad que en el dia anterior, se dijo la Misa, que celebró el Prior, y la Oracion fúnebre el P. Fr. Juan de Avellaneda, predicador de S. M. y monje del monasterio (1). Volvió á formarse el cortejo fúnebre como en el dia anterior, y con igual pompa y solemnidad fueron los siete cuerpos conducidos al panteon. Estaba perfectamente iluminado, y las muchas luces que llevaban los concurrentes, reproduciéndose en los bruñidos mármoles, reflejando en los bronces recien dorados, hacian el mismo efecto que una rica joya de oro llena de finísima pedrería, y presentada á los rayos del sol.

---

(1) Este discurso fúnebre, con la relacion minuciosa y circunstanciada de esta traslacion solemne, está impresa en la descripcion del Escorial que publicó el P. Fr. Francisco de los Santos.

Al dia siguiente el Confesor de S. M. dijo una Misa solemne, que cantó y ofició la Comunidad en aquella suntuosa capilla, y despues de ella se colocaron aquellos augustos despojos de la muerte en las respectivas urnas, que ya tenian puestos los tarjetones de bronce con el nombre del monarca cuyo cuerpo habia de descansar en ella tal vez hasta la consumacion de los siglos. Con esto se dió por terminada de todo punto la real y magnífica ceremonia de la traslacion, y se acabó de completar la idea que Felipe II habia tenido al edificar el monasterio del Escorial.

Felipe IV habia recibido un verdadero placer al ver concluida la obra del panteon, y quedó muy satisfecho de la dignidad y decoro con que se habia celebrado la ceremonia que acababa de presenciar; y para prueba de lo gustoso que quedaba, y á fin de que su alegría refluyese tambien en los demás, en aquella misma tarde nombró Obispo de Astorga al entendido y fiel superintendente Fr. Nicolás de Madrid, que tan airoso habia quedado en su empresa; señaló una pension de mil ducados anuales sobre el obispado de Avila al predicador Fr. Juan de Avellaneda; y otra de doscientos ducados en el obispado de Astorga á los legos Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepcion, que tanto se habian esmerado en el trabajo y perfeccion de los bronces. Dadas estas pruebas de satisfaccion regresó al dia siguiente á la corte.

A pesar de los graves y casi contínuos apuros que tuvo durante su reinado, Felipe IV, que habia heredado de sus mayores el amor y deseos del engrándecimiento del Escorial, le miró con particular prediléccion, y le hizo muchos y muy señalados favores. Desde el tiempo de Felipe II se habian comenzado á tomar cantidades á censo hipotecando las fincas del monasterio; al fin de este reinado ascendia ya la deuda á 292.100 ducados. Convencido, pues, por un memorial que le presentó la Comunidad, de lo muy empeñada que se hallaba, de lo costoso que era sostener la fábrica, y los gastos contínuos que ocasionaban algunas de las cosas que allí habia, aumentó considerablemente las rentas, tanto para la fábrica como para la sacristía y biblioteca, dió algunas cantidades en vacantes de obispados y oficios vendibles, y le concedió una renta anual de 13.200 ducados, consignados en el repartimiento de indios de Guailas, Chuquitanta, Conchucos, etc., en el reino del Perú. Compró muchas y buenas pinturas al óleo con que se adornaron las paredes de la sacristía, salas capitulares y otros puntos, que dieron mucha grandeza y realce al monasterio; sin contar otra porcion de obras de adorno de menor cuantía, de que tendré que ocuparme al describirlas, entre las que se encuentran las inscripciones de los pedestales de los reyes del pórtico, que compuso el P. Fr. Francisco de los Santos.

Tambien en la parte material del edificio costeó la reedificacion de dos chapiteles de las torres, destruidos por los rayos, el uno en 1642 y el otro en 1650: mandó poner las ventanas y vidrie-

ras como ahora están en los claustros principales alto y bajo, que hasta entonces habian estado abiertos, con daño notable de los frescos; y por fin, en su reinado se compuso la media naranja del cimborrio, que se recalaba con las aguas y nieves; y hasta se pusieron puertas en las enormes ventanas del primer cuerpo.

Devoto y religioso como sus antecesores, aumentó el número de reliquias, y regaló alhajas y adornos para el culto, de un coste y magnificencia verdaderamente real; y entre ellas una custodia en forma de sol, toda de plata sobredorada, llena de diamantes y perlas, que tenia el enorme tamaño de vara y media de diámetro. De esta alhaja, como de todas las demás, nos despojó en 1810 el vandalismo de los franceses.

Los primeros entierros que se hicieron despues de concluido el panteon, fueron los de los infantes Don Fernando, Doña María Ambrosia y Don Felipe Próspero, hijos todos de Don Felipe IV y de su primera esposa Doña Isabel de Borbon. No tardó mucho su augusto padre en pagar tambien el comun tributo, é ir á ocupar en el panteon el lugar que él mismo habia designado. A los 17 de setiembre de 1665 dejó de existir, y su cadaver fué conducido al Escorial con la solemnidad acostumbrada. Habia hecho en vida algunas observaciones sobre los entierros de las personas reales que se guardaron en el suyo, formándose entonces definitivamente el reglamento que hasta hoy se ha observado, y que va puesto al fin de esta historia. Los monjes procuraron manifestar cuán agradecidos le estaban, tanto en la multitud de sufragios que hicieron por su alma, como en el sentimiento que mostraron por la muerte de un monarca á quien tanto debian. Su cadáver, como estaba cuidadosamente embalsamado, no hubo necesidad de llevarle al pudridero, sino que desde luego fué colocado en la urna mas baja del primer nicho al lado del Evangelio.

Sucedióle en el reino su hijo Carlos II, que solo tenia siete años, y durante su minoridad gobernaba su madre Doña María Ana de Austria, que mostró muy bien que no olvidaba el encargo de su difunto esposo, ni el ejemplo de los reyes sus antecesores, en mirar por la conservacion de aquella joya preciosa de la corona que habia de conservar para su hijo. Sin embargo, una desgracia terrible casi hizo creer que desapareceria para siempre este famoso monumento, y se necesitó todo el valor y eficaz deseo de esta noble reina para que el Escorial haya llegado hasta nuestros dias.

Serian las tres de la tarde del dia 7 de junio del año 1671, cuando algunos paisanos vinieron á avisar que se habia prendido fuego una chimenea del colegio situada en la parte del Norte, y arrimada algun tanto al Poniente. Acudieron con presteza los pizarreros y demás dependientes de la fábrica, y aun los mismos monjes, y á muy poca costa se apagó el incendio, en términos que á nadie quedó recelo alguno de que pudiera haber peligro de que se reprodujese. Por tanto los seglares se retiraron, y los monjes se dirijie-

ron al coro á cantar las segundas Vísperas de San Fernando, cuya festividad se celebraba por la primera vez. Ya estaban concluyendo, cuando los cánticos sagrados fueron interrumpidos por las voces de los que desde el pátio y la iglesia gritaban desaforadamente *fuego*, *fuego*. La mayor parte de los monjes corrieron asustados al lugar del peligro; la campana anunciaba con su acompasado sonido la desgracia que amenazaba, y ya otra vez los pizarreros y dependientes se afanaban por impedir los progresos del fuego; pero en vano.

Sin duda durante el incendio de la chimenea, que todos creyeron perfectamente apagado, algunas chispas se habian introducido en los desvanes altos debajo de la pizarra, y propagado ocultamente el fuego por varios puntos. La tarde, que hasta entonces habia estado muy nublada pero serena, rompió repentinamente en un viento aquilon tan espantoso, que las chispas ocultas bajo las pizarras levantaron en un momento llamas enormes. El viento las arrojaba con violencia á la cara de los obreros, y las propagaba con tan estraordinaria velocidad, que no bien habian comenzado á maniobrar ó practicar una cortadura en algun punto, cuando se veian obligados á abandonarlo sofocados por el humo y el fuego. Emprendieron estos mismos trabajos atrincherados en una pared maestra, en una torre; pero apenas lo habian intentado cuando las llamas los desalojaron, y los hicieron retirar mal de su grado.

Muy poco tiempo hacia que habia comenzado el incendio, y ya parecia imposible á las fuerzas humanas atajarlo. El Vicario, revestido como estaba aún con la capa pluvial que habia tomado para celebrar las Vísperas tomó el Santísimo Sacramento, y con él en las manos se presentó delante de las llamas devoradoras, implorando con lágrimas el remedio del único que podia darlo. El velo milagroso de Santa Agueda, que en otro tiempo habia contenido la lava ardiente del Etna, fué presentado en vano en esta ocasion; los cielos no escuchaban las plegarias fervientes, las lágrimas angustiosas de los monjes, y los medios humanos parecian aumentar la voracidad del incendio. El viento de cada vez soplaba con mayor violencia, y ráfagas de fuego impelidas por su espantoso empuje se estendian sobre los empizarrados, convirtiéndolos al momento en cenizas. Para calcular su prontitud y actividad baste saber, que en poco mas de tres horas habian desaparecido las cubiertas de toda la mitad del edificio que mira al Norte.

Ya á este tiempo iba cerrando la noche, y esta circunstancia aumentaba la confusion y el espanto. Era ya muchísima la gente que habia acudido de los pueblos inmediatos, y todos trabajaban con ardor en el sitio y del modo que á cada uno le parecia, porque el darles orden y direccion era imposible, siendo ya tantos los puntos incendiados. El bramido del viento, que de cada vez soplaba con mas furia, el estruendo de los techos que se desplomaban so-

bre las bóvedas interiores, los alaridos y gritos de los trabajadores, todo formaba un ruido espantoso, un bramar horrendo, que no hay á qué compararlo. El humo, abatido por la impetuosidad del viento, ocupaba ya todas las habitaciones; el ambiente, cuajado de ceniza y pavesas ardientes, apenas dejaba respirar; y los hombres acobardados tenian que retroceder á cada paso, porque el calor y el humo los sofocaba.

Sin embargo, al principio de la noche, en medio de tanto horror, quedaba alguna esperanza de atajar el fuego, fundada en la disposicion misma del edificio. Los muros de la iglesia, que son de mas de nueve pies de espesor, y lo ancho del patio de los Reyes, que dividen el edificio, se creia que impedirian se comunicasen las llamas á la otra mitad, y todos convirtieron su cuidado á impedir la comunicacion del fuego por la biblioteca, que corriendo por encima del pórtico principal, une las dos partes laterales del edificio. A prevencion se habian puesto fuertes tabiques en la puerta del Colegio que da entrada á dicha biblioteca, y por allí estaba seguro; pero las llamas que se levantaban del empizarrado del Mediodía del patio prendieron por tres veces en las boardillas sobre la sala alta, y un hombre solo prevenido de cántaros de agua logró apagarlo.

Al mismo tiempo que en toda la línea de Oriente á Poniente se esforzaban por impedir que el fuego invadiese la iglesia, un remolino de viento, arrebatando las llamas del empizarrado, las hizo subir á lo alto de la torre de la izquierda de la fachada, donde estaba el órgano de campanas. Poco daño parecia poder hacer en ella, por ser toda de piedra hasta la aguja; pero cebó en el telar que sostenia el órgano y en la máquina para tocarlo, y en un momento la cúpula se convirtió en un horno. Acudieron prontamente á apagarlo, pero imposible; un arroyo de metal derretido bajaba por la escalera; y en muy pocos minutos, 38 de las 40 campanas que contenia quedaron completamente disueltas.

La accion del fuego se habia reconcentrado de tal modo en aquel anchuroso patio, que hasta las piedras del pavimento abrasaban, y el ambiente que se respiraba en él era sofocante é insufrible; sin embargo, la gente cruzaba sin cesar, acudiendo con presteza á los puntos amenazados. A proporcion que el combustible se consumia en la parte del Colegio, crecian las esperanzas de salvar la otra mitad del edificio, pero pronto quedaron destruidas de un solo golpe. Una ráfaga de viento, á modo de un torbellino, arrebató un tizon encendido y lo llevó á mas de 200 pies de distancia al empizarrado de enfrente junto á la otra torre; y tocar en él, y levantar las llamas hasta las nubes, fue obra de un solo momento. Ni la multitud de gente que arrojaba agua en abundancia, ni los esfuerzos de los obreros, ni los cortes que se practicaban á largas distancias, ni ningun esfuerzo humano logró contener un momento su voracidad; el fuego comenzó á propagarse en distintas direcciones, y

en menos de cuatro horas todo aquel magnífico edificio no era mas que una enorme hoguera, cuyo resplandor se estendia algunas leguas. Solo la grande y pesada mole de la iglesia era la que aparecia como una mancha negra en medio de aquel volcan inmenso.

Describir todos los pormenores de aquella noche terrible; pintar todos los esfuerzos que se hicieron para contener el incendio; dar una idea de la afliccion, de la lástima que causaba ver consumirse por momentos aquella rica maravilla del arte, sería cosa imposible: la imaginacion puede concebirlo, pero no es facil á la lengua espresarlo. Las agujas de las torres, los altos chapiteles, el voluminoso enmaderado de las cubiertas se iban desplomando uno en pos de otro con detonaciones horribles, que hacian retemblar el edificio hasta sus mas hondos cimientos; á cada paso se hundian grandes pedazos de techumbre hechos ascuas, para luego remontarse por el aire convertidos en chispas y pavesas; el cielo, ennegrecido por una densa nube de humo, no podia verse; y por el suelo corrian los metales derretidos como la lava de los volcanes. Consumidas las cubiertas y desplomadas sobre los pisos inmediatos, rompia el fuego por puertas y ventanas, que semejaban cada una de ellas á las horribles bocas del averno; las comunicaciones se interceptaban, las voces, lamentos y desentonados gritos de los que se avisaban del peligro, tomaban disposiciones ó se lamentaban de tamaña pérdida, aumentaban la confusion y el espanto; el calor iba penetrando hasta en las habitaciones mas retiradas; y estaba ya muy próximo el momento de tener que abandonar enteramente el edificio si querian salvar las vidas. En todas partes se combatia con empeño, pero en todas era escasísimo el resultado; la voracidad del fuego y la violencia del viento, inutilizaban cuantos esfuerzos se hacian.

Perdida la esperanza de contener el fuego en las cubiertas y empizarrados, se fijaron todos en salvar la iglesia principalmente, y despues las habitaciones mas notables, como eran la biblioteca, salas capitulares, sacristía y claustros principales. Todos estos puntos eran vigilados con esmero y defendidos con teson. Las llamas contíguas á la iglesia en el empizarrado de la derecha del patio de los Reyes asaltaron la torre de las campanas, prendiendo en los maderos que las sostenian y en las cabezas que les servian de contrapeso. Allí se dirijieron las bombas y esfuerzos de los trabajadores, pero sin efecto alguno; las campanas comenzaron á caer derretidas, y el reló, que habia comenzado á dar las diez de aquella noche tremenda, no pudo concluirlas, porque la campana se derritió en aquel momento. Por los claustros menores iba al mismo tiempo avanzando el incendio hácia la biblioteca, y acosó á los que la defendian en términos que tuvieron que huir precipitadamente, y la llama prendió en la puerta principal, desde la cual se comunicó á los primeros estantes. Ninguna esperanza quedaba ya de salvar

aquella joya preciosa; los libros habian sido arrojados por las ventanas á la Lonja; pero hasta los mas rudos derramaban lágrimas al contemplar la pérdida de aquella rica estantería y de los valientes frescos de la bóveda. El dolor mismo dió entonces esfuerzo y osadía á algunos, que aunque con muchísimo peligro se atrevieron á subir por los balcones, y llevando por delante colchones empapados en agua, pudieron llegar hasta la puerta incendiada, y amontonando colchones lograron apagar los estantes incendiados y la puerta, que despues tabicaron fuertemente.

En el claustro principal alto se hallaban tambien en no menos apuro y conflicto. El fuego habia penetrado en la sala de Capas, pieza contígua al trascoro, con el que se comunicaba por una puerta. Se afanaban los monjes en sacar los sagrados ornamentos que en ella se guardaban, y apenas habian concluido cuando hundiéndose el techo con una detonacion espantosa prendió el fuego en la cajonería, y no tardó en comunicarse á las puertas. Al ver salir las llamas por la que da paso al trascoro, un grito de espanto se dejó oir en todo el recinto; la esperanza de libertar el coro y la iglesia se perdia; era ya imposible salvar nada. Los monjes, bañados en lágrimas, llamaron en su auxilio á cuantos seglares pudieron encontrar á mano, y comenzaron á sacar los magníficos y preciosos libros del canto, otros los ornamentos y ropas de la sacristía en los mismos cajones en que se guardaban, y otros las reliquias y alhajas. La confusion crecia, el temor se aumentaba, discurrian de un lugar á otro con los preciosos objetos que querian salvar, y todas las habitaciones estaban igualmente amenazadas. En fin, con harto trabajo y no poco peligro, atravesando salidas donde se les chamuscaban los cabellos, se resolvieron á sacarlo todo á la Lonja. Aquella ancha plaza presentaba el aspecto de un campo de batalla, donde los vencedores han amontonado en desórden los despojos de los vencidos. Ya entonces el fuego tocaba los cajones de los libros del canto; la puerta que comunica con el coro, por donde está la silla que solia ocupar Felipe II, rechinaba al desprenderse la resina; ya no se esperaba mas que verla arder; pero sea que los esfuerzos se multiplicaron, ó que la voluntad del Omnipotente quisiera reservar su templo del estrago, las llamas retrocedieron de repente, y el trascoro quedó completamente asegurado.

Alcanzado aquel triunfo no esperado, evitado el incendio del coro y antecoro, se creyó circunscrito el fuego á la sala de Capas, pero no era asi: en aquel momento estaba causando en el claustro principal una pérdida lamentable, un daño de gravedad. En los primeros apuros del incendio, viendo que tanto la biblioteca manuscrita, que estaba en el patio de los Reyes en la parte que mira al Norte, como la alta, estaban inmediatamente amenazadas, sacaron de ellas todos los códices árabes y gran parte de los escritos en otras lenguas, y los pusieron amontonados en el claustro principal alto, que por ser de bóveda y estar rodeado de fuertes muros de piedra, pa-

recia lugar muy seguro. Junto á los manuscritos, y arrimado á uno de los pilares, estaba tambien el estandarte turco tomado en la batalla de Lepanto, que ya dije era de algodon. Sin duda alguna chispa de las muchas que arrojaba el furioso volcan que salia por la puerta de la sala de Capas prendió en dicho estandarte, que cayendo sobre el monton de libros redujo en un momento á pavesas aquel inmenso tesoro literario. Cuando notaron esta desgracia habian perecido ya mas de cuatro mil manuscritos, árabes la mayor parte, y de todo el monton pudieron salvarse muy pocos. Desde los libros se comunicó á las ventanas del claustro, y el rayo arrojado por la tempestad no hubiera propagado con mas rapidez el fuego alrededor de aquel hermoso patio. A los pocos minutos la celda prioral, desplomada su hermosa torre, estaba convertida en cenizas, y las llamas estaban apoderadas de toda la parte de Oriente hasta la sala llamada Aula de moral.

Comenzaban ya á perderse las esperanzas de todo punto; la innumerable multitud de gente de los pueblos inmediatos, que hasta entonces habia peleado con ardor y trabajado estraordinariamente, se iba cansando de una lucha inútil al par que peligrosa, porque los tránsitos abrasaban, el humo y las pavesas lo habian invadido todo, los escombros interceptaban la mayor parte de los claustros y escaleras, nadie daba un paso sin temer que el pavimento se escapase bajo sus pies, ó que el techo se desplomase sobre su cabeza. Gran parte de los religiosos, acojiéndose á la única esperanza que les quedaba, al poder de Dios, corrieron á la iglesia, y allí, guarecidos en un rincon de las capillas, unos imploraban la divina clemencia con oracion y lágrimas, otros se esforzaban en desarmar la cólera del cielo dándose sangrientas disciplinas.

¡Qué aspecto entonces el de aquel templo magnífico! Las vidrieras estallaban una en pos de otra, cayendo deshechas en menudos pedazos; las llamaradas que entraban por las ventanas la alumbraban por intérvalos como el relámpago de la tempestad; el zumbar del viento, el estruendo de los hundimientos, el crujir de las maderas y los lamentos de los monjes se repetian y confundian en aquellas dilatadas bóvedas, formando un sonido fatídico y espantoso, que parecia ser el estertor de muerte de aquella maravilla del arte.

Juzgando ya imposible salvar nada en el edificio de lo que podia quemarse, dirigieron todos sus esfuerzos á librar algunas de sus preciosidades. Comenzaron por sacar el Santísimo Sacramento, verificándolo en las altas horas de la noche por la puerta de San Juan, que era la que ofrecia mas seguro tránsito hasta la Lonja, por donde le llevaron á la Compaña, depositándolo en el altar de la enfermería. La presencia del Dios omnipotente acompañado de unos cuantos monjes, y alumbrado por los resplandores del furioso incendio que amenazaba destruir del todo su tabernáculo santo, era un aspecto altamente aflictivo: la religion multiplicó en aquel mo-

mento las ideas de espanto; todos lloraban, porque parecia que con este tránsito de Dios como huyendo del peligro, se arrancaba la última esperanza de remedio.

Al mismo tiempo se veian discurrir por todas partes multitud de gentes cargadas con pinturas, reliquias y ornamentos, que se iban amontonando en la anchurosa plaza que rodea el monasterio. Los papeles del archivo, los caudales y documentos de la tesorería se trasladaban á la pequeña casa de la huerta; en fin, nada se creia seguro dentro de los muros de aquel tan sólido como vasto edificio. Esta conviccion sujeria mil disposiciones sumamente arriesgadas, y aun temerarias y perjudiciales; y los monjes tenian entonces que luchar tambien con la jente, para que un celo indiscreto no los condujese á destruir lo que tal vez respetaría el fuego. Asi sucedió con un grupo de hombres que se habian empeñado en sacar del altar mayor el famoso y nunca bastante ponderado tabernáculo. Ya estaban prevenidos de palancas, ya habian atado las maromas para moverlo, cuando afortunadamente acudieron algunos monjes y los hicieron desistir de tan loco intento, que de seguro hubiera destruido para siempre aquella preciosa alhaja, aquella belleza artística. En fin, sería no acabar nunca, se necesitarian muchos volúmenes para referir todos los pormenores de aquella noche de lucha, de horror y de desconsuelo.

La claridad que despedia aquella colosal hoguera habia hecho pasar desapercibidos los primeros albores de la mañana; pero cuando el sol se levantó sobre el horizonte, se dejó ver en todo su horror el cuadro que habia trazado la llama durante aquella noche aciaga. Aquel edificio, el dia antes noble y magestuoso, estaba enteramente desmantelado; las cúspides de cuatro de sus torres habian desaparecido, todas sus numerosas puertas y ventanas despedian una columna de humo espeso y negro, interrumpida de vez en cuando por erupciones de llamas espantosas; los bellos jardines que le rodean por la parte de Oriente y Mediodía habian desaparecido bajo los tizones encendidos, las cenizas humeantes y los montones de escombros; hasta las mismas personas, ennegrecidas con el humo, chamuscados sus cabellos y ropas, desencajadas con el dolor, la fatiga y el insomnio, parecian haber salido de las entrañas de la tierra para completar lo horrible de aquella desgracia deplorable.

La venida del dia disminuyó algun tanto la confusion, y la multitud de gentes que habia acudido fue destinada á los puntos con alguna mas regularidad. Lo primero que procuraron fue desembarazar la lonja de los infinitos objetos preciosos que la ocupaban. Las reliquias y vasos sagrados fueron conducidos á la capilla del Sitio, y las ropas, pinturas, libros y algunos muebles fueron acomodados en las dos casas de Oficios, lo mejor que el local y las apuradas circunstancias permitian. Mientras tanto otras cuadrillas sacaban y llevaban al mismo punto las pinturas, cortinajes y muebles de pa-

lacio, y los de las habitaciones del convento y colegio á que permitia llegar el incendio.

Su voracidad y fuerza en nada habia disminuido, y el viento, que continuaba tan impetuoso como por la noche, le ayudaba á estenderse rápidamente por el interior, causando cada momento un nuevo estrago. Las cuadrillas trabajaban con empeño capitaneadas cada una de ellas por tres ó cuatro monjes, que eran los primeros á lanzarse al peligro, y á darles ejemplo de valor y constancia; y aunque en algunos puntos consiguieron ventajas notables, en otros tuvieron que abandonar la empresa y ceder el paso á las llamas. La biblioteca de manuscritos, que como he dicho estaba situada al lado de la principal, en el patio de los Reyes, que á mucha costa se habia salvado en la primera noche, se incendió en la segunda, y todos los medios empleados fueron inútiles, porque destruidos los empizarrados inmediatos, hundidos y abrasados todos los corredores que conducian á ella, fue preciso abandonarla á merced de las llamas. Muchos manuscritos é impresos que no se habian podido sacar, dos faroles de metal dorado apresados en Lepanto en la Capitana turca, las pinturas que adornaban aquella pieza, la estantería, que era toda de nogal, y los muebles é instrumentos, todo desapareció en un momento.

El tercer dia del incendio se temió que todo se perdiese, hasta las alhajas y demás efectos que se habian puesto en salvo. Lo torre que se levanta entre Poniente y Norte, llamada del Seminario, que hasta entonces se habia conservado, comenzó á arder furiosamente; y su proximidad á las casas de Oficios hizo temer que el fuego prendiese en ellas, y corrieron todos á situarse sobre sus empizarrados ó á sus puertas y ventanas. El mayor peligro consistia en que la aguja se inclinase hácia fuera, y al caer, los tizones impelidos por el viento prendiesen en algun punto; pero afortunadamente se hundió en direccion perpendicular, y se consumió sobre los techos de la torre, que fueron cayendo uno tras otro hasta el pavimento firme.

No habia un punto en el edificio donde no se estuviese luchando con afan para salvar lo poco que quedaba. En la parte de Oriente se pugnaba por impedir que la llama llegase á penetrar en los aposentos Reales, situados detrás de la capilla mayor; en la de Poniente se tenia particular cuidado en conservar ilesa la biblioteca; en el Mediodía era mas terrible la lucha para defender las salas capitulares, iglesia vieja y otras habitaciones, sobre cuyas bóvedas, tan valientemente pintadas, ardia un fuego espantoso; en la parte del Norte y ambos claustros principales se hacian esfuerzos inauditos para preservarlos. Cada momento habia un nuevo rebato, se presentaba un nuevo peligro, habia que lamentar una nueva pérdida.

Los monjes, sacando el partido posible de la mucha gente que habia acudido, luego que veian el fuego reconcentrado sobre una

bóveda, destinaban peones para que allí le consumiesen, y apenas lo habian logrado cuando la hacian descargar, arrojando los escombros por las ventanas á la Lonja ó á los patios; y á esta prevision y diligencia se debió el que los lindos frescos de las salas capitulares, celda prioral y sacristía quedasen intactos. Hubo sin embargo algunos puntos donde toda diligencia fue vana, donde se había amontonado tanto combustible, que no permitia acercarse á mucha distancia, ni practicar diligencia alguna.

Quince dias se prolongó esta lucha terrible, sin que en ellos se descansase un momento; y es facil concebir las duras penalidades que sufririan durante tan largo período todos los que combatian aquel horroroso incendio, y señaladamente los monjes, que como mas interesados tenian que acudir á todas partes, disponerlo todo, y cuidar, no solo de contener el incendio, sino de custodiar y poner á salvo las alhajas y preciosidades artísticas; de dar de comer á tanta multitud de gentes; y de otras tantas cosas como ocurren en momentos tan tristes y azarosos. Sus esfuerzos, aunque contrariados por dos enemigos reunidos tan fuertes y terribles, como el fuego y el viento, no fueron del todo inútiles. Se logró preservar, además del templo, que quedó intacto, casi toda la planta baja, algo de los pisos principales, tanto en el monasterio como en palacio, dos torres, que fueron las llamadas de la Botica y de Damas, que están opuestas, la una en el ángulo entre Poniente y Mediodía y la otra entre Oriente y Norte; todas las alhajas y objetos destinados al culto; y la mayor parte de las preciosidades artísticas y literarias.

Por fin, el 22 de junio se logró apagar de todo punto las llamas. La alegría y el pesar combatian á un mismo tiempo los corazones de todos; no podian menos de congratularse y dar gracias á Dios, viendo terminado aquel incendio tan horrible, que habia parecido bastante á calcinar hasta las piedras de aquel vasto edificio; ni tampoco podian contener las lágrimas al ver el estado lastimoso en que quedaba aquella maravilla del arte. Aquellos quince dias habian obrado en ella con mas violencia que la accion de quince siglos. El Escorial parecia una antigua ciudad abandonada y destruida por la mano inexorable del tiempo.



CAPÍTULO IV.

Medidas que se tomaron para sacar los escombros, y de lo que de ellos se utilizó.—Primeras funciones de iglesia que se hicieron.—Personas que envió la Reina para formar el presupuesto.—Primeras cantidades que se entregaron.—Plan que se adoptó y luego se desechó.—Nombramiento de una Junta y de nuevo Prior; sus dotes personales; oposicion que encontró en la Junta; dificultades que tuvo que vencer.—Estado de la reedificacion.

Grande dolor causaba ver el grandioso monumento erijido á tanta costa por Felipe II, enteramente desmantelado, tiznadas sus paredes, hundidos gran parte de sus techos, despojado de los altos chapiteles y agujas que lo adornaban, y envuelto, por decirlo asi, en escombros y ceniza. Cansadísimos estaban los monjes y todos los que les habian ayudado en su largo y penoso combate; pero era necesario olvidarlo todo, y comenzar desde luego á poner el remedio á tan lamentable desgracia. Antes que se retirase la mucha gente que de los pueblos inmediatos habia acudido, los monjes trataron de descargar algunas bóvedas y desembarazar las entradas principales, y al momento vino una Real orden del tenor siguiente.

"Don Carlos, etc., y en su nombre la Reina gobernadora, á vos »las justicias ordinarias de seis leguas en contorno del convento de »San Lorenzo el Real del Escorial, salud y gracia. Sepades, que »habiendo sucedido el incendio que ha habido en dicho convento, »y conviniendo acudir al reparo en la parte que se pueda, visto »por los del nuestro Consejo se acordó dar esta nuestra carta para »vos en la dicha razon, y nos lo tuvimos por bien.—Por la cual os »mandamos, que luego que os sea mostrada esta nuestra carta, ó »copia auténtica de ella, acudais con gente de esas dichas villas y »lugares al dicho convento de San Lorenzo el Real, llevando cada »persona espuerta, pala ó azadon para trabajar en lo que se ofre»ciere, y sacar las ruinas de dicho incendio; y hareis llevar la pro»vision necesaria para el sustento de dicha gente, yendo con ella »un alcalde de cada villa ó lugar que los mande, y asistiendo allí »todo el tiempo que fuere necesario, hasta que se les despida; y los »unos ni los otros non fagades ende al, pena de la nuestra merced, »y de cada, cincuenta mil maravedises para la nuestra cámara; y »mandamos so la dicha pena á cualquier escribano la notifique »y dé testimonio dello. Dada en Madrid á 3 dias del mes de julio »de 1671 años.=Yo la Reina."

Ayudados constantemente por los muchos peones que esta or-

den proporcionó, se desembarazaron prontamente todas las habitaciones y claustros interiores, ocupando al mismo tiempo numerosas cuadrillas en separar pizarras, ladrillos, maderas y metales, haciendo esto con tanto esmero, que los monjes del noviciado entresacaron 1500 quintales de solo plomo; los dos legos plateros con solos seis peones á sus órdenes llegaron á reunir mas de 2000 quintales de metal campanil, y un monton incalculable de clavazon y hierro de todas clases. Todo esto habia cuadrillas y monjes destinados á ponerlo con método y separacion en los almacenes, y fue de muchísima utilidad en la reedificacion. Tambien hicieron limpiar la iglesia y demás habitaciones preservadas del incendio, y se volvieron á colocar en ellas las alhajas, pinturas y efectos que se habian sacado.

Es verdaderamente admirable que en medio de tanta y tan duradera confusion, cuando las cosas mas preciosas habia necesidad de abandonarlas en cualquier parte, cuando en medio de las sombras de la noche tenian que pasar por tantas manos desconocidas cosas de tanto valor, nada se echó de menos. Todas las alhajas y caudales, todas las ropas y adornos, todas las pinturas y libros volvieron á sus sitios sin que les faltase ni una sola piedra. ¡Esto honra mucho el caracter español! ¡Esto prueba su nobleza, su moralidad y honradez! ¡Este hecho solo hace derramar lágrimas de consuelo y satisfaccion por pertenecer á una nacion tan generosa! Tampoco hubo ninguna desgracia notable, aunque hubo personas que se pusieron en peligros inminentísimos, y que nada hubiera tenido de estraño en un edificio tan grande, y tan poco conocido de los que trabajaban. Verdad es que los monjes, ya por su número, ya por su celo y actividad, se hallaban en todas partes, acudian á todos los puntos y dirijian todas las operaciones, sirviendo á los seglares de guia y ejemplo.

Como en todos los grandes acontecimientos, en que se buscan razones para esplicarlos y motivarlos cuando las causas físicas y naturales no son muy claras, se apeló en este á lo sobrenatural. Se dijo que algunas noches antes de esta desgracia se habia visto en el cielo un arco de fuego que desde el palacio de Madrid se estendia hasta el Escorial; y otros, que ya este incendio estaba profetizado desde que Felipe II emprendió aquella obra. Adoro los designios de la divina Providencia, y no niego sus incomprensibles disposiciones; pero el que como yo haya visto un incendio en este edificio, y haya sentido los embates imponderables del viento, no tendrá necesidad de recurrir á causas sobrenaturales para esplicar muy naturalmente este furioso incendio.

Despues de él se encontraban los monjes sin celdas donde habitar, pues en todo el edificio solo habian quedado trece; sin camas en que dormir, sin ropas con que mudarse, y sin ninguno de los efectos de su propiedad particular: todo habia perecido entre las llamas. Se acomodaron, pues, como pudieron en las habitaciones

de la Compaña, donde descansaban muchas veces en el suelo; y para prueba de la mucha observancia que entonces tenian, baste decir que en aquellos azarosos quince dias, no dejaron de cantar sus horas canónicas y celebrar los divinos Oficios en la pequeña capilla del hospital de los criados.

Pasados estos fue su primer cuidado continuar su instituto y el cumplimiento de las cargas con la misma solemnidad y fervor que antes acostumbraban. El domingo 28 de junio, desembarazada ya y perfectamente limpia la iglesia, celebraron la traslacion del Santísimo Sacramento, adornando para este fin, no solo el templo sino tambien el tránsito desde la Compaña, con árboles, flores y altares, y concurriendo á esta solemnidad la mayor parte de los que habian participado de su fatiga y conflicto. Todos derramában lágrimas de consuelo al ver volver á su antigua morada con tan brillante acompañamiento á su Dios y Señor, que con tanta precipitacion y soledad habia salido de ella, y al oir resonar otra vez los armoniosos cánticos sagrados bajo aquellas bóvedas que poco antes temieron ver destruidas. Al dia siguiente se hizo otra solemne procesion para trasladar y colocar las santas reliquias, y desde entonces continuaron los ejercicios religiosos en el coro é iglesia como antes.

La Reina gobernadora, á quien desde el principio se habia dado parte de la desagradable ocurrència y de los inevitables progresos del incendio, habia anteriormente enviado algunas personas de su confianza que volvieron á darle la triste nueva de que ninguna esperanza habia de salvar nada de tan suntuoso edificio. Sintiólo entrañablemente, y apenas la avisaron de que el fuego habia cesado de todo punto, envió á su arquitecto mayor D. Gaspar de la Peña y á su aparejador D. José del Olmo, para que enterados del daño presupuestasen el coste de su reparacion. En el primer tanteo calcularon unos 500.000 ducados; pero luego, mejor considerado, lo hicieron subir á 800.000, cantidad ya de muchísima consideracion, atendido el malísimo estado en que se encontraba el erario público. El Prior del monasterio, que era entonces Fr. Sebastian de Uceda, se presentó en la corte y dió cuenta minuciosa de todo lo ocurrido, implorando el auxilio y favor de S. M. para la reedificacion. La Reina gobernadora tomó este asunto con tanto interés, que en el momento entregó y mandó vender una de sus mejores joyas, cuyo producto quiso fuese el primero que se emplease en la reedificacion del Escorial. Se unieron á esta cantidad 15.000 ducados que la Comunidad recibió de América, y 3.000 de sus rentas, con lo que se procedió á cubrir provisionalmente toda la casa. Los monjes querian que se hiciesen tejados en los pisos interiores con vertientes á las ventanas, pero se empeñó el arquitecto en que se habian de hacer enfollados de tablas con unas canales de plomo que vertiesen fuera, en lo cual se gastó mucho, y lo mismo fue comenzar el otoño que llenarse todo de goteras, que hubieran indudablemente destruido la mayor parte de las bóvedas,

si los monjes durante las lluvias y nieves, no hubieran tenido un contínuo cuidado y un trabajo ímprobo. Se convencieron por fin en fuerza de la esperiencia, y se hicieron tejados en todos los claustros menores.

Mientras se practicaba esta operacion perentoria de tomar las aguas, nombró la Reina una Junta de reparacion, compuesta del Inquisidor general, el Duque del Infantado, el Mayordomo mayor y algunos otros individuos de sus Consejos, con el encargo de buscar y proponer los medios mas prontos y á propósito para reparar el daño, sin gravar al reino ni á la Real hacienda. Partiendo de esta base no tuvieron mucho que discurrir para proponer á S. M. que la reedificacion del monasterio se verificase lentamente con los productos de las rentas de él, y mientras durase la obra los monjes fuesen diseminados por los demás monasterios de la Orden. La Reina Doña María Ana de Austria, que amaba sinceramente el Escorial, conoció que adoptar esta determinacion era añadir un nuevo mal, porque además de que se dejaban de cumplir los sufragios y cargas por los Reyes sus predecesores, alejando á los monjes, que eran los mas interesados, seria mayor el gasto y mucha mas la duracion. Desechó, pues, abiertamente esta idea, y les contestó: *No quiero que falte de allí ni el menor acólito ó monaguillo;* y para quitar de una vez toda esperanza á los ambiciosos cortesanos que lo pretendian, despachó al momento el nombramiento de superintendente general de las obras de reparacion en favor del Prior del Escorial, y quiso además que el pagador y sobrestante ú obrero fuesen tambien monjes. En esto seguia el ejemplo de los Reyes sus antecesores, que con tan buen éxito habian practicado este método, y que tan buen resultado habian tenido por la probidad, inteligencia y celo de los PP. Villacastin y Fr. Nicolás de Madrid. ¡Y ojalá no se hubiera acordado de nombrar la Junta! ¡Cuántos gastos y disgustos se hubieran ahorrado!

Al mismo tiempo que se practicaban estas diligencias, estaba encargado de la formacion del plan el arquitecto mayor Gaspar de la Peña. Bien con el objeto de evitar otro incendio semejante, ó por el capricho de variar y lucirse, resolvió quitar los empizarrados, sustituyéndolos con emplomados llanos á manera de terrados, con corredores y otros adornos; pero este plan tenia los graves inconvenientes de que quitaba esbeltez y hermosura al edificio por rebajarle muchos pies de su altura; le despojaba de aquella gravedad y proporcion tan en armonía con su objeto; era mucho mas costoso; destruia muchas habitaciones; y era sobre todo muy espuesto en un pais donde son tan abundantes las nieves y hielos, por quedar los cubiertos con muy poca vertiente para despedirlas, lo cual en adelante causaria muchos gastos y perjuicios. Por estas razones encontró una fuerte oposicion en la mayor parte de los monjes y personas intelijentes; pero tambien tuvo muchos patronos, y tan buenos que su plan fue adoptado por orden de la Reina,

y segun él se comenzó la reedificacion en el mismo año del incendio, y se llegaron á concluir algunos cubiertos. Mas apenas se terminó el primero cuando se vió el malísimo efecto que causaban á la vista, y la llegada de las nieves de invierno acabó de desacreditarlos, mostrando palpablemente su inconveniencia. La Reina gobernadora, convencida de esto mandó suspender la obra, y que se volviese á formar un plan análogo á la forma que tenia antiguamente, *porque este*, dijo, *es el camino real, seguro y conocido, con tal que en lo posible se le asegure contra los incendios.*

La Providencia preparaba entonces otro monje que, aunque por distinto camino que el P. Villacastin y Fr. Nicolás, habia de ser tambien el alma de la reedificacion, como aquellos lo habian sido de la fundacion y del panteon. En 29 de mayo del año siguiente de 1672 fue nombrado y confirmado Prior del Escorial el P. Fr. Marcos de Herrera, hombre de una penetracion y viveza estremada, muy conocido en la corte, donde habia residido muchos años con los cargos de procurador de pleitos, procurador general de la Orden, y administrador del Nuevo Rezado. Dotado de un talento nada comun, de regular ilustracion, muy avezado en los negocios, y sobre todo de un caracter atrevido é inflexible, emprendió el negocio de la reparacion con la energía y empeño que convenia al gefe de aquella casa. Animábanle tambien las palabras de la Reina gobernadora, que al presentarse Fr. Marcos á darle las gracias por su eleccion, le dijo: *El Rey mi hijo os ha elejido en Prior de aquel convento, aunque sois tan mozo* (tenia entonces cuarenta y cuatro años de edad), *por los informes que tiene de que solo vos podreis con vuestra actividad hacer reparar aquella casa de lo que abrasó el incendio, como él y yo fiamos de vos.* En efecto, los informes eran exactos, y la esperiencia lo acreditó.

Seis meses largos hacia que se hallaba suspendida la obra, y á los destrozos del incendio se unian los que diariamente causaban las lluvias y nieves, y mientras tanto en la Junta se discutia con una calma inconcebible el plan que en adelante debia adoptarse, y el modo de encontrar fondos para realizarlo, pero sin llegar jamás á convenirse, á proponer, ni mucho menos á resolver nada. Mas el nuevo Prior, al momento que se confirmó, se presentó en la corte, y de tal modo supo captarse la voluntad de la Reina, logró pintarle con tanta vehemencia y verdad los gravísimos males que se seguian de este estado de inaccion, que le concedió ámplias facultades para activar aquel asunto; y por Real cédula de 8 de junio de 1672, no solo le confirmó en el cargo de superintendente general que habia tenido su antecesor, sino que le nombró tambien vocal de la Junta, con el fin de que conociese por sí los obstáculos que se presentaban, combatiese á los que procuraban suscitarlos, y arbitrase y propusiese los medios que creyese mas prontos y eficaces.

Aunque los cortesanos ambiciosos llevaron muy á mal estos

nombramientos, y las omnímodas facultades que se concedian al Prior, y aunque los de la Junta le recibieron en su seno con prevencion y de mala fe, Fr. Marcos les manifestó desde luego que no habia recibido en vano tan honoríficos cargos, y que no era hombre que retrocedia ante las dificultades. Se presentó lleno de valor á la Junta, á la que hizo ver los inconvenientes de los planes de reedificacion hasta entonces presentados; invitó á los arquitectos de mas nota para que formasen otros; y obligó á discutirlos con tanta prontitud, que los de la Junta se atrevieron á quejarse á la Reina de que el nuevo Prior era demasiado vivo para asunto que requeria tanta calma y aplomo. Por fortuna el chisme no produjo efecto, y Fr. Marcos consiguió que se adoptase y aprobase el plan formado por Bartolomé Zumbigo, hombre muy entendido y conocedor del Escorial, donde dije habia dirijido la obra del Panteon. Este plan dejaba el edificio en lo esterior en su antigua forma; en lo interior se tomaban muchas precauciones contra los incendios, construyendo de bóveda los techos contíguos á los empizarrados, haciendo que las armaduras de estos sentasen sobre unos bancos de albañilería de 5 pies de alto, formando atajeas á pequeñas distancias, y dejando el caballeté de mas anchura, para que se pudiese andar por él con mas facilidad. Pero los partidarios de Peña aún instaban por sostener su plan; y para quitarles toda esperanza, sin tomar parecer de nadie marchó al convento, y mandó derribar todo lo que se habia hecho, sin consideracion á que se habian gastado ya mas de 80.000 ducados.

Mas el haber vencido la apatía de la Junta y conseguido la aprobacion del plan, no era bastante; faltaba vencer la dificultad principal, que era la adquisicion del dinero. Con igual prontitud propuso el Prior que se tomasen 150.000 ducados á censo, los 100.000 obligándose la Comunidad á pagarlos, para lo cual hipotecaria sus haciendas, con tal que la casa Real se obligase á pagar los réditos anuales; y los otros 50.000 se pagasen de los productos de la dehesa de los Guadalupes, destinada á la conservacion de la fábrica desde su origen. Se aprobó sin detencion lo propuesto por el Prior, pero ya entonces no habia la confianza, la buena fe, la moralidad que en tiempo de Felipe II. Faltaba aquella voluntad enérgica é invencible que debe caracterizar á los reyes, que se hacia obedecer sin réplica, y que contenia á todos en su deber. En su lugar habian entrado la emulacion, el recelo y la mala fe; y los enemigos del Prior, ya que no pudieron estorbar sus planes, lograron se tomasen precauciones que manifestaban que no les inspiraba entera confianza. Las cantidades procedentes de este empréstito mandaron se depositasen en la administracion del Nuevo Rezado, que estaba entonces en San Gerónimo del Prado, donde ahora está el Real Museo de Pinturas, y allí habian de estar guardadas en una arca de dos llaves, de las cuales una estuviese en poder de la Junta y la otra del Administrador, sin cuya simultánea concurrencia no se podia sacar

cantidad alguna. Aun para las cortas cantidades que se enviaban al Escorial se mandó tomar igual precaucion de otra arca de dos llaves, que habian de estar, una en manos del Prior y otra en las del Veedor de fábrica.

Ni aun estas medidas tranquilizaron los ánimos; la Junta repugnaba tener en su seno al Prior, que diariamente les echaba en cara su apatía y mala fé. Los que habian ambicionado la superintendencia de las obras de reparacion, no podian soportar que desempeñase este cargo el Prior, cuyo desinterés y celo por el amor de su casa se fatigaba en vano proponiendo medidas de economía, á las que la mayoría de la Junta encontraba siempre defectos y motivos para desecharlas. La lucha se habia empeñado terriblemente; la actividad y esfuerzos del Prior se estrellaban contra la resistencia de la Junta; y las dificultades que ésta creaba eran al momento desvanecidas y allanadas por el talento del Prior. Por desgracia la Reina no podia mandar con la decision conveniente; la corte oia á unos y á otros, á todos daban la razon, y el asunto nada adelantaba, con notable detrimento del Escorial, en el que el invierno y los aires hacian grandes daños.

Viendo por fin la Junta que la tenáz actividad de Fr. Marcos iba á vencerlos, discurrió un medio de paralizarlo por algun tiempo. A consecuencia de una acalorada disputa sostenida en la Junta sobre á quién pertenecia la reparacion del Escorial, si al Rey como patrono, ó al convento, separándose de la opinion del Prior, que apoyándolo en razones de mucha fuerza, y principalmente en las cláusulas de la carta de dotacion y fundacion, sostenia lo primero, elevaron una consulta á S. M., en la que le decian: *Que en conciencia no podia ni debia distraer los fondos del Real Erario para la restauracion del Escorial, puesto que los monjes poseian muy pingües y cuantiosas rentas, con cuyos productos podian costearla.*

En una corte donde pululaban tantas ambiciones, y que no estaba muy sobrada de dinero, fue la idea adoptada por todos, y á fuerza de repetirla consiguieron que los reyes llegasen á creerla exacta. El Prior trató de desvanecerla, presentando á nombre de la Comunidad un estenso memorial, en que además de esforzar las razones que habia para que el coste de la reedificacion no pudiese ser de cuenta del convento, sino del rey, se manifestaba la imposibilidad material de poderlo hacer, acompañando una relacion verídica de todas las rentas y sus productos, de los gastos indispensables, y de los empeños que la Comunidad tenia contraidos de antemano, sin contar los muchísimos gastos que ya habia hecho con motivo del incendio. Pero la Junta cerró los ojos y los oidos á la verdad, y volvió á instar diciendo que en caso de tener alguna fuerza las razones alegadas por los monjes, nunca perteneceria al rey mas que la reparacion del palacio é iglesia, y á la Comunidad lo restante del edificio. Por ambas partes se escribió, se alegó y se intrigó muchísimo; pero el objeto de los enemigos del Escorial se lograba: la

obra de reparacion estaba aún sin comenzar. ¡Cuán de mal efecto es siempre complicar y multiplicar sin necesidad las ruedas de una máquina!

Conociendo esto el activo é infatigable Prior se presentó á SS. MM., y pidió licencia para tomar parte del dinero del censo y marchar al Escorial para dar principio á su reparacion, suplicándoles al mismo tiempo, que para finalizar la cuestion pendiente nombrasen una persona de inteligencia y probidad que fuese al monasterio, y en vista de los libros, documentos y cuentas fehacientes de sus ingresos y gastos, les informase, y pudiesen resolver con justicia. ¡Tan seguro estaba de la verdad de cuanto habia espuesto! Obtenida esta licencia partió para el monasterio, llevando en su compañía al arquitecto Bartolomé Zumbigo, y al aparejador Cristobal Rodriguez, natural de Valdemoro. Su primer cuidado fue reunir los materiales necesarios; la cal y ladrillo se comenzó á fabricar en las inmediaciones del monasterio; el yeso en Valdemoro, en donde es famoso por su buena calidad. Para la madera, además de los pinares que tenia la casa, se tomó por tres años el de San Martin de Valdeiglesias, y por quince el llamado de la Garganta, perteneciente á la villa del Espinar. Compró tambien, con dinero que le dió el Rey, una numerosa carretería que pasaba de 300 pares, para que los portes saliesen con mas economía; nombró los oficiales que habian de cuidar de la obra, como son Veedor, Contador y Sobrestante, y por Obrero y Pagador mayor puso al P. Fr. Diego de Valdemoro, hombre muy versado en asuntos de obras y cuentas, y que hacia mucho tiempo que desempeñaba este cargo en el monasterio.

Tomadas estas disposiciones en los primeros días del mes de octubre de 1672, se comenzó de nuevo la obra de reparacion despues de tantos disgustos, luchas y dificultades. Al momento hizo formar los pliegos de condiciones y anunció las subastas de las obras, en cuya consecuencia acudieron maestros de todos oficios, quedando ajustado todo con la mayor escrupulosidad y economía (1). Como las bóvedas mas preciosas y amenazadas eran las de las salas Capitulares, la reedificacion, segun lo habia mandado la Reina, comenzó por el lienzo de Mediodía.

---

(1) Como los datos de esta clase son de tanta utilidad, no solo para calcular el valor de la moneda, sino tambien el estado de la industria y manufacturas, me ha parecido no disgustará tener alguna noticia de las condiciones y ajustes que en aquella época se hicieron. Las puertas y ventanas se ajustaron á 5 rs. pie, poniendo los maestros la madera y dándoles el herraje. Las ventanas que cubren los arcos del claustro principal alto y bajo, á 3 1/2 rs. pie de solas hechuras. El pie lineal de tirante de pie y cuarto, á 1 1/4 rs. El de tirante de tercia, á 32 mrs. Cada pie superficial de armadura de los empizarrados, medido de una parte de la cornisa á la otra, comprendiendo todo lo necesario de nudillos, soleras, estribos, pares, etc., á 1 3/4 reales.

Los ladrillos de todos tamaños, á 80 rs. el millar; y los que se fabricaron en Quijorna, por ser mucho mas finos, á 125.

Aunque en el nuevo plan se adoptó la idea de que sobre los macizos de las paredes se levantase un banco de albañilería de 5 pies de altura, este se hizo de modo que en lo esterior no variase de forma el edificio, dejando en los trechos correspondientes huecos para los camones, sobre los cuales habian de sentar las tablas del empizarrado. En los dos meses primeros se cubrió casi toda la fachada de Mediodía, y se trabajaba en la parte de Oriente en la distancia que corre desde la torre de Damas hasta la iglesia. Los maestros encargados de los destajos parecian trabajar con gusto y emulacion, y la vigiláncia y contínua inspeccion del Prior hacian que no se desaprovechase momento, porque los dias que el temporal no permitia trabajar en los cubiertos, los empleaba en labrar maderas y componer poco á poco algunas de las celdas.

Mientras el Prior veia con satisfaccion que el Escorial se restituia á su antigua perfeccion y grandeza, los señores de la Junta de reparacion, que no habian echado en olvido su animosidad contra Fr. Marcos de Herrera, propusieron á S. M., que para la averiguacion de los productos de las fincas que poseian los monjes, y saber si podian ó no costear la reedificacion, enviase por comisionado á Don Francisco Marin de Rodezno, Prior de Roncesvalles, caballero de la orden de Calatrava, y Presidente que habia sido de la Chancillería de Granáda. La Reina con la mejor fe, creyendo que cumplia con los deseos del Prior, que asi lo habia pedido, y que persona tan autorizada cumpliria la comision con la justicia, prontitud y buena fe que era de desear, le espidió al momento los Reales despachos, con los que no tardó en presentarse en el Escorial. Los monjes lo recibieron con señaladas muestras de cariño y alegría, no solo porque estaban seguros de la justicia de su causa, sino tambien porque el aspecto venerando de un hombre encanecido en tan honrosos destinos, sus palabras dulces, su aparente moderacion y las justificadas ideas que dejaba traslucir cuando se hablaba del objeto de su comision, les hacian presagiar un resultado satisfactorio. No tardaron mucho en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas; mandó juntar la Comunidad en Capítulo, y su Secretario, que era un clérigo, notario apostólico, leyó en alta voz la Real cédula de comision, en la que se le autorizaba para registrar los libros de hacienda y rentas del convento; y los monjes la acataron y obedecieron como debian. Manifestó luego que traia tambien unos despachos del Nuncio de Su Santidad dirijidos al mismo objeto, y que por lo tanto no habia necesidad de leerlos. Dió que sospechar al Prior el que para un asunto puramente administrativo se hubiese apelado á la autoridad del Nuncio, y á nombre de la Comunidad intimó al Secretario que los leyese íntegros. Algun tanto se resistió el hipócrita comisionado, bajo el pretesto de que su contenido era el mismo que el de la Real cédula; pero esta misma resistencia aumentó la sospecha, y manteniéndose el Prior inflexible, el Secretario tuvo que leerlos. Vieron entónces que además de confirmarle en la comision

principal, le autorizaba tambien el Nuncio para reformar costumbres, castigar delitos, ya en el superior ya en los súbditos, remover oficios, y aun desterrar algunos monjes si lo creia conveniente. Absorta quedó aquella Comunidad tan observante al oir las cláusulas contenidas en los poderes del Nuncio, y no pudo ocultar marcadísimas señales de enojo y descontento, que percibidas por el astuto comisionado, trató de sosegarlos diciendo que aquellas cláusulas no podian tener aplicacion sino contra los que se opusiesen al contenido de la Real cédula, y ocultasen documentos ó libros de cuentas. Calló la Comunidad por entonces, aunque la esplicacion no satisfizo; pero el Prior conoció que aquello era una persecucion contra él, un lazo que se le tendia, y un medio malicioso para destruir y desacreditar á los monjes. Apenas salió del Capítulo partió á la corte, donde puesto á los pies de la Reina se quejó amargamente de la injuria hecha á tan respetable corporacion, que ningun motivo habia dado para aquel atropello; y no solo consiguió la reformacion del breve, sino la declaracion de S. M. de que habia sido impetrado sin su noticia; la del Nuncio de que habia sido engañado; y una Real orden para que por la cámara de Castilla se espidiese una cédula dándole al Prior cumplida satisfaccion de todo.

Casi al mismo tiempo se preparaba contra el Prior otro ataque no ménos incómodo y terrible. El Veedor y Guarda mayor de los bosques, en venganza de haber sido reprendidos por Fr. Marcos porque se metian en lo que no era de su inspeccion, y altamente irritados porque los habia hecho mudar de las casas que ocupaban, presentaron á una Junta que entonces habia en palacio, denominada de obras y bosques, un escrito en que decian falsamente que el Prior y monjes talaban los montes de su pertenencia, destruian la caza que los reyes habian mandado reservar para su recreo, y concedian licencias á otros para que entrasen á cazar; añadiendo cuantas calumnias pudo dictarles su resentimiento. Los hechos que citaban eran de todo punto falsos, pero fueron acojidos por la Junta de obras y bosques con interés, y elevaron á S. M. una consulta suplicándola pusiese remedio á los males que en aquel escrito se denunciaban, llamando al Prior y reprendiéndole ásperamente. La Junta de reparacion, que vió en esto un medio de salir con su intento, y de hacer la guerra al Prior, que tanto les estorbaba, hizo cundir la voz de la destruccion de los bosques y total aniquilamiento de la caza, con lo cual interesaron á todos los tribunales, y lograron por fin que fuese enviado un ministro de justicia para que atajase males de tanta trascendencia.

Fué ésta comision encargada al correjidor de las Navas del Marqués, llamado F. Astorga, que se presentó al momento en el monasterio, y reunido el Capítulo notificó los despachos y cédulas de que venia provisto. Las oyeron todos con respetuoso silencio, aunque con indignacion por verse tan atrozmente calumniados; solo el enérgico Prior levantándose le dijo: *Pongo sobre mi cabeza to-*

do cuanto acabais de notificarme como dimanado de mi Rey y señor natural, mas en cuanto á su cumplimiento no hay lugar, porque hiere inmediatamente en las propiedades de esta Real casa, dadas en dote con cargas onerosas, de las que estamos en pacífica posesion por mas de cien años confirmada por diferentes bulas apostólicas. Le pareció al juez que volverse con ésta sola respuesta era quedar desairado, y dejaba sin efecto su comision, y entonces quiso apelar á la fuerza; pero no bien habia hecho ademan de levantar en alto la vara, cuando uno de los monjes se arrojó sobre él, le quitó la vara, que rompió en menudos trozos, y á empujones le lanzó fuera del Capítulo.

Corrido y avergonzado el correjidor de las Navas con la repulsa y ultraje sufrido, diô cuenta al Presidente del Consejo de Castilla, que lo era entonces el Conde de Villaumbrosa, quejándose amargamente de la injuria irrogada á su persona, y del atroz atentado cometido contra su dignidad. Creyó el Presidente que el caso era muy grave, y elevó consulta á S. M. para que al momento fuese al Escorial un alcalde de casa y corte, con ámplias y omnímodas facultades, no solo para hacer cumplir las órdenes que habia llevado Astorga, sino tambien para formar causa y castigar debidamente á los que con tanto atrevimiento habian desobedecido las órdenes de S. M., ultrajándola en su ministro de justicia.

Ya la Reina habia nombrado al efecto al licenciado Don Bernardino de Valdés, alcalde de casa y corte, cuando se echó á sus Reales pies el infatigable Prior, y, como siempre que lo hacia, sus palabras llenas de celo y verdad convencieron á la Reina: la comision y nombramiento fueron revocados, y la causa del monje que habia roto la vara al correjidor y ultrajado la justicia, fue cometida al mismo Fr. Marcos, á quien competia como Prior. Él castigó efectivamente al monje que habia roto la vara, pero teniendo en consideracion su celo por el monasterio, que era el que le habia impulsado á escederse. Como las cosas habian pasado tan adelante, como habian tomado una parte tan activa en este asunto la Junta de obras y bosques, la de reparacion y algunos tribunales, el Prior no pudo desvanecerlo completamente, y la Reina encomendó á Don Francisco Marin de Rodezno esta averiguacion sobre los bosques, pero advirtiéndole que, sin meterse en mas, formulase su dictamen, al mismo tiempo que averiguaba lo de las rentas.

Los émulos del Prior y enemigos de la Comunidad, que tan completamente derrotados salian de todos sus ataques, redoblaron sus esfuerzos por medio de Rodezno, que era hombre muy á propósito para embrollos. Este ocultamente enviaba á las Juntas siniestros informes; y su comision, que hubiera podido evacuarse en muy pocos dias, porque los libros y cuentas de la Comunidad estaban muy claros é inteligibles, jamás se acababa, porque cada dia formaba un nuevo enredo. Entre tanto, la Junta de reparacion se nega-

ba á dar dinero; la mayor parte de los obreros se marchaban porque no habia fondos para pagarles, y la reedificacion caminaba con una lentitud de malísimos resultados. Para añadir un nuevo obstáculo, la Junta de reparacion envió á Rodezno una Real cédula en que le nombraba interventor de la obra, para que pudiese mas á su sabor fiscalizar y desacreditar á Fr. Marcos; de modo que este digno prelado se veia combatido por todas partes, y ni aun su vida privada estuvo á salvo de la maledicencia y encono de sus enemigos. Mas él, inmóvil como la roca combatida por las olas, sufria con evangélica resignacion cuanto tocaba á su persona, pero sostenia con valor, sagacidad y talento lo que al honor de la Comunidad cumplia, ó á la reedificacion podia ser de alguna utilidad.

Cansado el Prior de tan mala fe, de tantas y tan maliciosas dilaciones, convencido de que el hipócrita y mal intencionado Rodezno no intentaria mas que males, y que aquel asunto jamás se veria terminado, tomó los libros de hacienda y cuentas originales de la Comunidad y se presentó con ellos á la Reina Gobernadora, haciendo en su presencia una demostracion tan palpable de todo, que S. M. mandó al instante á Don Francisco Marin de Rodezno que cesase de todo punto en las comisiones que le estaban cometidas, y despues envió un Real despacho á la Junta de reparacion, en que la encargaba solicitase medios para la obra del templo, palacio y monasterio sin distincion; añadiéndoles que este era punto en que no se podia errar, y que al Prior se le diesen las órdenes y libramientos necesarios para sacar dinero del arca, de cuya inversion diese cuenta cada quince dias ó cada mes; y que el cumplimiento de estas disposiciones no se detuviese ni un momento, para que pudiesen acabarse, ó al menos adelantarse mucho los cubiertos que faltaban antes que entrase el invierno. No tuvieron, pues, mas arbitrio que obedecer y entregar al Prior los libramientos. ¡Cuánto puede un hombre de carácter sostenido y fuerza de voluntad!

CAPITULO V.

Alegria de los obreros, y mala interpretacion é intrigas de la Junta.—Pormenores sobre la reedificacion.—Nuevo pleito por las dehesas de Campillo y Monasterio.—Primera venida de Carlos II al Escorial.—Recibimiento y obsequios que se le hicieron.—Sus diversiones en este Sitio.—Refúgiase Valenzuela al Escorial, y quiénes fueron á prenderle.

Los males que se siguen de las discordias entre aquellos que han de contribuir á un mismo fin son de tanta gravedad y consecuencia, que debia ser una regla constante de los que mandan, cortarlas apenas apareciesen. Tres meses largos hacia que los señores

de la Junta de reparacion, ocupados solo de chismes y encenos contra el Prior y convento, habian olvidado enteramente el sagrado objeto de que estaban encargados, y por no haber permitido al superintendente sacar dinero, los trabajadores estaban á punto de amotinarse, porque en todo este tiempo no habian percibido ni una sola blanca.

Fr. Marcos, que en virtud de la Real orden arriba citada habia ya sacado 80.000 ducados del depósito, y que conocia bien el estado de miseria en que se encontraban los trabajadores, les hizo dar aviso, cierto de que ya tenia en su poder una cantidad bastante, no solo para satisfacer sus atrasos sino tambien para continuar la obra con desahogo y pagarles religiosamente sus jornales, prometiéndoles hacerlo él en persona dentro de pocos dias. Fué tal el júbilo que este aviso produjo en los obreros, que aquella noche formáron una soldadesca, dieron música con todos los instrumentos que pudieron encontrar, y victorearon á su placer al Rey, á la Reina Gobernadora y al Prior; y nada era de estrañar que irritados del proceder de la Junta profiriesen algunos denuestos contra ella.

Rabiosos los que la componian de verse siempre derrotados por un fraile, y no encontrando por entonces otro motivo para mortificarle, dieron á esta alegría tan natural y justa de los trabajadores una interpretacion siniestra; la graduaron de una asonada contra la autoridad de la Junta, hicieron informaciones, ponderaron las circunstancias del que llamaron tumulto no habiendo sido mas que serenata, é hicieron recaer toda la culpabilidad sobre el inocente Prior, que tuvo que valerse de toda su prudencia para poder sufrir los insultos y dicterios que le prodigaron en una Junta celebrada el 5 de agosto de 1673, y en la que determinaron se suplicase á S. M. enviase un juez acompañado de la tropa de caballería que habia en la corte, para que castigase severamente á los que habian motivado la asonada. Pero tambien esta vez quedaron vencidos. El P. Herrera corrió á los pies de la Reina, la cual, oida su esplicacion, le dijo: *No os aflijais, tened fe y esperanza.—Señora*, le contestó con viveza, *no me falta fe ni esperanza en S. M.; caridad es lo que busco en los demás, y no puedo hallarla.* Encontróla entonces como siempre en el afecto y magnanimidad de Doña María Ana de Austria, que por un Real decreto manifestó á la Junta, que enterada de su súplica daba orden al Prior para que, por medio de su Alcalde mayor, se informase de los culpados, facultándole para que los castigase á su arbitrio. Este decreto lo miró la Junta como una burla: aquel fraile travieso era para ellos una pesadilla eterna; pero para el monasterio el ángel tutelar; los tiros rastreros y calumniosos de la primera se desvanecian á vista de su talento y honradez; y el edificio volvia á su antiguo esplendor á impulso de su celo y energía verdaderamente heróica, y á pesar de las infinitas dificultades que habian tratado de suscitar.

Despues de tan obstinada lucha, despues de allanadas tantas dificultades y obstáculos como quedan indicados, volvió el Prior al Escorial, no menos odiado de sus enemigos, pero mucho mas asegurado contra la malicia de sus tiros. El momento de su llegada, que fue á mediados de agosto de 1673, se conoció por la animacion y vida que su autoridad y triunfos comunicaron á la obra. Los maestros volvieron á sus destajos, se aumentaron los oficiales y peones, se allegó abundantísima copia de materiales, y en lo restante del año quedó casi enteramente cubierto el edificio, y levantados los chapiteles y agujas de las torres. Se hubiera hecho mucho mas, pero el 30 de setiembre se levantó un furioso huracan, que fue casi general, y que causó en la obra daños considerables: conmovió los andamios, arrancó y arrojó á grandes distancias vigas enormes, arrolló y desencajó muchas planchas de plomo, é hizo gran destrozo en pizarras y vidrios.

Tambien en este año se compusieron las dos torres de junto á la entrada del templo; y el 21 y 22 de noviembre se colocó en la de la derecha la sólida y bien construida máquina del reló, que habia hecho el famoso artista Don Francisco Filipini, italiano de nacion y caballero de la orden de San Juan de Letran, juntamente con las campanas para las horas, y la llamada Favordon, que pesa mas de 500 arrobas, y fue fundida de los metales derretidos en el incendio. Al mismo tiempo se levantaban los cubiertos, se iban empizarrando, aunque lentamente, porque las canteras de Bernardos, pueblo de la provincia de Segovia, de donde se traian por ser de muy buena calidad y color, no podian dar todas las que se necesitaban, mayormente cuando obligaban á los canteros á llenar los pedidos que les hacian de Madrid, donde se reedificaba la plaza mayor, que tambien se habia quemado el 20 de agosto de 1671.

Ya parecia que la obra llegaría sin tropiezo á su fin, cuando al comenzar el año 1674 comenzó tambien á faltar el dinero. Bien conoció el Prior que esta era otra dificultad que querian crearle, y para orillarla pasó á Madrid y se presentó en la Junta. Entre los individuos de ella duraba aún la memoria de las luchas pasadas y la animosidad contra el Prior, á quien no solo dijeron que por entonces era imposible darle dinero, sino que comenzaron tambien á disputarle si los pinares y carretería, que antes dije se habian tomado con dinero del Rey, estaban bien ó mal tomados, y si la Comunidad debia pagar aquel gasto. Conoció Fr. Marcos que esto no era mas que gana de incomodarle, y de suscitar otra cuestion que, como las anteriores, resultaria en daño y paralizacion de la obra, y para cortarla en su orijen admitió que los pinares y carretería los pagase el Monasterio; tomó á censo 40.000 ducados que habian costado, los aplicó á la continuacion de la obra, y la Junta ya no encontró nada que oponer.

Pero hasta los elementos parecia haberse combinado con los enemigos del Escorial para impedir, ó al menos retardar su re-

paracion. Desde primeros de marzo hasta ya muy entrado abril casi no cesó una abundante lluvia acompañada de vientos fuertes; y como la mayor parte de las cubiertas estaban aún sin empizarrar, todo el edificio se convertia diariamente en una laguna. Los aflijidos monjes no encontraban donde recojerse, noche y dia trabajaban con afan para estraer el agua de las habitaciones y salvar algunas bóvedas, cuyos bellos frescos arrebatan aún nuestra admiracion. A este ímprobo trabajo se añadia el disgusto de ver paralizada la obra, porque era imposible trabajar en ninguna parte; y las pérdidas y gastos se aumentaban. Solo en el palacio, que estaba todo empizarrado, era donde podian trabajar en lo interior, haciendo las bovedillas altas y arreglando algunas habitaciones. No padecian menos los trabajadores, que no podian seguir sus destajos, y se veian reducidos á mantenerse de sus miserables ahorros. La Comunidad los favorecia algo, pero poco, porque se encontraba muy pobre y empeñada; en fin, allí no se hablaba mas que de afliccion y apuros. Los monjes recurrieron á Dios, único que podia darles el remedio, que imploraron varias veces con fervorosas oraciones y rogativas.

Sus súplicas fueron oidas por fin, el temporal cesó, todo el mundo volvió á sus tareas, y la Comunidad recibió el consuelo de saber que el Rey habia mandado entregar una cantidad considerable para que la reedificacion continuase sin tropiezo; con este motivo la Junta determinó enviar un individuo de su seno para que inspeccionase las obras hechas, calculase los gastos, estableciese economías, y la informase luego de todo. Recayó la eleccion en el Regente del Consejo de Indias Don Luis Carrillo, que desempeñó la comision con celo y rectitud; y convencido de la buena fe, infatigable celo y buen método y economía adoptada y seguida por los monjes, y satisfecho del buen desempeño de la obra por el dictámen del arquitecto mayor de palacio y otros que le acompañaban, presentó al Rey un memorial y á la Junta una relacion, en que alababa muchísimo la actividad y vijilancia del Prior, el infatigable celo de los monjes, y el buen desempeño de la obra. Este informe, lleno de justicia, acabó de disipar las hablillas calumniosas de los enemigos; la Junta enviaba 10.000 ducados mensuales, y en lo restante del año 1674 se acabaron los empizarrados, la mayor parte de las oficinas y habitaciones de palacio. Lo último á que se atendió fué á la reparacion de las celdas de los monjes, que de intento lo dispusieron así, para que los maldicientes no los acusasen de egoismo, y de que lo primero que procuraban era su comodidad; aunque nada hubiese tenido de estraño que lo hubiesen hecho asi, cuando por mas de tres años estuvieron habitando en lugares desabrigados, lóbregos é incómodos.

A los adelantos ya dichos se añadió la acertada disposicion de reelejir por Prior en el siguiente año 1675 al P. Fr. Marcos de Herrera, único y necesario móvil de la reedificacion. Al dar prin-

cipio á su nuevo priorato comenzó á escasear el dinero, porque las guerras con Francia absorvian toda la atencion y consumian todos los medios, y la Casa Real no podia atender al Escorial. Sin embargo, Fr. Marcos halló medio de entretener la mayor parte de los trabajadores, que continuaron en su ocupacion todo el verano, en el cual quedaron habitables todas las celdas que dan al Mediodía y Oriente, el dormitorio, celda prioral, sala de Capas, y gran parte de las habitaciones altas.

Tambien llegó por este tiempo, y se colocó en la torre de la izquierda del patio de los Reyes, un órgano de campanas, mandado construir en Flandes por D. Juan Domingo de Haro y Guzman, Conde de Monterrey, Gobernador de los Paises-Bajos, del cual se conserva en la Biblioteca del Monasterio una medalla de plata de cuatro á cinco onzas de peso. Tiene en uno de los reversos su retrato, con la inscripcion *Joannes Dominicus Comes Monteregius, Belgii et Burgundiæ gubernator*, 1675. En el otro se ve una matrona que representa á la España, sentada, y en actitud de hablar á Mercurio. En el fondo está representado el mar con algunos buques, varias fortificaciones, y en lontananza la vista de una ciudad. En lo alto está la Fama tocando dos clarines, de los que penden unas banderetas con las armas reales de España, y sobre ella se leen los versos siguientes:

Cede. mari. Neptune. vagis. Mons. regius. undis.
Imperat. et domitas. Flandria. læta. stupet.

Dicho gobernador manifestó en el esmero con que fué construido este grande instrumento, los deseos que tenia de complacer al Rey que se lo habia encargado. El artífice que fundió y atonó las campanas se llamaba Melchor de Hace; eran treinta y dos, tan perfectamente templadas, que formaban completas escalas cromáticas, de modo que podia tocarse en ellas como en cualquier otro instrumento músico. Vinieron embarcadas hasta el puerto de San Sebastian, á donde fue en comision el P. Fr. Martin de Esparza, para traerlas en fuertes carretas; y solo los gastos de conduccion pasaron de 50.000 reales.

Entretanto en la Junta, en palacio y en todos los círculos de la corte que tenian alguna influencia, se habia restablecido completamente el crédito de la Comunidad y de su digno Prelado. La comision nombrada para fallar sobre si los monjes podian ó no costear la reedificacion, en vista de los libros y datos consultados, resolvió negativamente; la Cámara y la Junta de obras y bosques quedaron completamente satisfechas sobre el atropello del corregidor de las Navas; y al hipócrita y mal intencionado Rodezno se le mandó salir de Madrid, y retirarse á su Priorato de Roncesvalles. Tarde ó temprano la verdad y la virtud triunfan de la calumnia. Aprovechando el Prior tan favorable coyuntura se presentó á la Reina, y además

de alcanzar de su generosidad una considerable cantidad de dinero para la obra, mereció que le regalase un espejo con el marco de cristal de roca, que es el que hoy está colocado en medio de los cajones de la sacristía.

En el año 1676 quedó enteramente concluida la obra de reedificacion en toda la parte esterior, quedando empizarrados ó emplomados todos los cubiertos, repuestas todas las chimeneas y muy adelantada la parte interior, particularmente en el palacio, donde quedaron concluidas todas las habitaciones, tanto de los reyes como de la servidumbre y oficinas, porque se anunciaba la venida de SS. MM. en el próximo otoño.

Aunque despues de los ruidosos pleitos de que antes he dado noticia era de esperar que no volviesen á incomodar á la Comunidad con nuevas quejas, sin embargo no fue asi; y otra vez Fray Marcos tuvo que salir á la defensa de las propiedades y haciendas del convento. Don Fernando Valenzuela, Marqués de Villasierra, que entonces se encontraba en la cumbre de la privanza con los reyes, y que llevaba sus antojos hasta donde le sujeria su ambicion, quiso, á imitacion del Conde-Duque de Olivares, apoderarse de las dehesas de Campillo y Monasterio. Para preparar este enredo hizo que uno de sus muchos aduladores y sirvientes, llamado Don Luis Muso, presentase al Rey un memorial, en que despues de calumniar atrozmente al Prior y Comunidad porque destruian la caza y talaban los montes, concluia por aconsejar á S. M. les quitase la propiedad, particularmente la de dichas dos pingües dehesas, dándoles en cambio otras rentas. Tan falso y calumnioso era este escrito, que por el contrario la caza no podia mantenerse por lo mucho que abundaba; y en 1673 habia el convento presentado un memorial á la Reina Doña María Ana de Austria, pidiéndole permiso para matar diez ó doce mil gamos, para poder sacar alguna utilidad de los bosques, que no bastaban al mantenimiento de tanta res como habia. ¡Pero qué le importaba á Valenzuela la verdad, cuando él la habia de presentar como quisiese! Ya de antemano habia hecho que el Rey le diese el pomposo título de alcaide de los Reales bosques; y apenas se presentó el memorial de Muso cuando acudió en su apoyo, y sin mas informacion hizo decretar que se quitasen al convento las dehesas de Campillo y Monasterio, y se adjudicasen á la Casa Real, se pusiesen guardas por S. M., y se valuasen las fincas para recompensar á los monjes. Se hallaba entonces el Rmo. Herrera en Segovia desempeñando una comision de la Orden, y allí recibió la noticia de que en la villa del Escorial se preparaban alojamientos para los comisionados que venian á despojar á la Comunidad de las dehesas. Al momento se puso en camino, pasó por el Escorial, se informó de lo que habia, y al dia siguiente ya estaba en Madrid. Logró al momento una audiencia del Rey, que acababa de ser declarado mayor de edad; y con aquella libertad con que suelen espresarse los hombres enérgicos cuando tienen tranquila la

conciencia y la justicia de su parte, le hizo ver lo injusto de la medida que acababa de decretarse, que no era menos que un atentado contra los bienes de la Iglesia, una infraccion y desprecio de la última voluntad de los reyes sus predecesores, y una oposicion directa á los fines de la fundacion. Tampoco le quiso ocultar los nombres de las personas que habian urdido aquella trama. *Es preciso, Señor* (le dijo al Rey), *con harto dolor mio haber de decir mal para defenderme bien; pero Don Luis Muso presentó á V. M. ese memorial sugerido; no me esplico bien, Señor, lo dió sobornado por Don Fernando Valenzuela, Marqués de Villasierra, con 60 doblones que recibió y un vestido para su mujer.*

Atónitos quedaron los que acompañaban al Rey viendo la sangre fria y aplomo con que el Prior descubria las tramas poco decorosas de un favorito que entonces tenia tanto poder, pero Fray Marcos nada temia; habia dicho la verdad, y la habia dicho con la energía que le dictaba el celo por su casa. Tuvo la fortuna de ser escuchado, porque Carlos II envió al momento á Don Fernando de Alcántara, teniente de la villa de Madrid, para que averiguase la certeza de lo que en el memorial se decia, y se hiciese justicia. Hecha la competente informacion resultó que todo lo espuesto por Don Luis Muso era una calumnia grosera urdida de mala fe, por lo cual el Rey revocó el decreto, y los monjes continuaron en la pacífica posesion de los bosques como hasta entonces la habian tenido.

Facil es comprender la rabia de Valenzuela viendo descubierta su trama y frustrados sus intentos; y en aquellos momentos de ira mandó á decir al Prior que deseaba tener con él una entrevista. La aceptó Fr. Marcos en casa del mismo favorito, que creyendo intimidarle con amenazas, tuvo por el contrario que oir de su misma boca las amargas verdades que con tanto valor habia revelado delante del Rey. ¡Cuán lejos estaba entonces Don Fernando de presumir que dentro de pocos dias aquel digno Prelado habia de ser su mas enérgico defensor y su mejor amigo!

En el otoño de este mismo año (1676) determinó el Rey hacer su primer viaje al Escorial; y el Prior, que tantas véces habia sido escuchado con benevolencia y bondad, que tan bien servido habia sido siempre, y no menos la Comunidad, que se habia visto libre de tantas persecuciones, trataron de manifestarle su gratitud del modo que les fue posible. Nada omitieron para recibir dignamente á su Rey y patrono. Mas de 14.000 luces reflejaban en los mármoles y bronces de aquel suntuoso templo al tiempo de la entrada, que se hizo con la solemnidad de costumbre; al dia siguiente se dignaron SS. MM. asistir en la celda prioral á una costosa, delicada y bien servida comida; soltaron en el bosquecillo para que el Rey lo matase (como lo hizo) un enorme jabalí que pesó en canal mas de 13 arrobas, y muchos venados y corzos; se trajeron toros escojidos de la ganadería del convento para que se ensayasen unos dogos in-

gleses que habian regalado al Rey; en los estanques de la Fresneda estaban prevenidas góndolas perfectamente construidas por el marino Carlos de Ravasquier, en particular un bergantin de 22 pies de largo, notable no solo por su esmerada construccion, sino tan ricamente empavesado y alhajado, en particular la cámara de popa, que llamaba la atencion de cuantos lo veian. Al año siguiente que le vió y usó Don Juan de Austria, dijo: *Que no tenia inconveniente en pasar con él el golfo de Leon*. Por la noche los obsequiaban en palacio con danzas, bailes y música; y las batidas diarias en que entraban multitud de reses, entretuvieron á Carlos II por mas de cuarenta dias, tal vez los mas tranquilos y felices que pasó en su vida.

Tambien este Monarca quiso mostrar su afecto al Escorial, regalando algunas albajas que aumentaron su grandeza, y entre ellas la hermosa araña de cristal de roca que aún hoy se conserva en medio del coro, aunque muy mutilada. Tenia entonces treinta y seis arrobas de peso, y la habia mandado á propósito hacer en Milan el Marqués de Astorga para regalarla al Rey. En palacio acabó de alhajar una habitacion que su augusta madre habia comenzado á adornar con pinturas, colocando en ella una bellísima coleccion de cuadros que le habian regalado el Príncipe de Astillaño, el Almirante de Castilla y el Marqués de Astorga. Reconoció detenidamente la obra de la reedificacion, y se convenció por sí mismo de que el Prior y monjes babian sido injustamente calumniados, tanto en lo tocante al edificio como en la conservacion de los bosques. En todos ellos halló caza abundantísima, y tanta, que en la primera batida general que dispuso el Prior entraron en ojeo mas de 6000 reses mayores; y el arbolado, á pesar de los apuros en que se habia visto la Comunidad, estaba en un estado floreciente.

Los dias que Carlos II permaneció en el Escorial los pasó en una diversion no interrumpida, porque la Comunidad hizo enormes gastos para que nada le quedase que desear. El por su parte se divertia como un niño; y por las noches, cuando no tenia en qué ocuparse, le decia al Conde de Benavente, que por lo comun le acompañaba: *Conde, vamos á hacer la ronda*, cuya diversion consistia en entrarse por las celdas de los monjes, y señaladamente por la del Prior, registrando los cajones y gabetas, y recojiendo cuantas golosinas encontraba, para luego repartirlas á los monjes y dependientes de palacio que hallaba en los claustros.

En una de estas veces tuvo la humorada de mandar á su famoso pintor de cámara Juan Garreño Miranda, representase en una pequeña plancha de cobre la figura de una dama jóven y hermosa, y al hacer la ronda la dejó metida en una pequeña cartera que el Prior tenia en uno de sus cajones. Pasado algun rato volvió á registrarlo, sacó la cartera y de ella el retrato, que presentó al Prior y circunstantes. Grande fué la turbacion de Fr. Marcos al verse re-

prender por el Rey, que á las repetidas protestas que el buen Prior hacia le contestaba presentándole el cuerpo del delito, y exijiéndole esplicaciones sobre la persona y objeto de tener tan guardado aquel retrato. Se aturdia Fr. Marcos, protestaba que no tenia noticia alguna de tal retrato, que era la primera vez en su vida que lo veia, y el Rey se complacia en apurarle y reprenderle, hasta que la turbacion del Prior escitó su risa y la de todos los presentes, á quienes esplicó despues el chasco.

Esta y otras mil escenas de confianza hicieron que mirara al Prior como á un amigo, y Fr. Marcos sacó todo el partido posible de esta posicion empleándola en beneficio de la Comunidad, y en adquirir medios para continuar la obra de reparacion. Estos, sin embargo, eran tan cortos, los disturbios interiores, las parcialidades y bandos producidos por las rivalidades de D. Juan de Austria, del P. Everhardo y demás partidarios de la Reina, y las guerras esteriores, habian dejado el erario tan sumamente exhausto, que á pesar de los buenos deseos del Rey, de la cooperacion de Doña María Ana de Austria, y de la actividad y contínuas súplicas del Prior, no se podia encontrar dinero, y la reedificacion caminaba muy lentamente, porque apenas se podia atender á las cosas mas indispensables.

Carlos II se retiró á Madrid á principios de noviembre, y muy pronto la política de su corte sufrió un cambio notable, de cuyas consecuencias tuvo bastante que sufrir el Escorial, por una casualidad que comprometió altamente la paz de que habia comenzado á gozar aquella respetable Comunidad. A los 17 de diciembre de aquel mismo año de 1676, el Prior recibió un aviso del Rey para que sin dilacion se presentase en la corte. Obediente Fr. Marcos corrió á ponerse á los pies de Carlos II, á quien halló acompañado de muchos caballeros de su corte; y apenas vió al Prior mandó despejar, dando manifiestas señales de una gran turbacion. *Te llamo..... te llamo.....* le repitió varias veces, y miraba con inquietud á todos lados, como asustado, y temiendo que alguno sorprendiese sus palabras. El Prior, que habia tenido lugar de conocer la pusilanimidad é irresolucion del Monarca, lo animó, le hizo mil protestas de su lealtad, de sus deseos de servirle y complacerle, y le aseguró de la inviolabilidad del secreto que le confiase. *Te llamo pues,* dijo por fin el asustado Rey, *porque no tengo de quien fiarme sino de ti: quiero que te lleves al Escorial á Valenzuela, y lo salves.—Tranquilizaos, Señor, lo cumpliré como V. M. desea; solo me atrevo á suplicarle que se digne escucharme siempre que para este asunto tenga que hablar á V. M.*

Concedida por el Rey esta facultad, el P. Herrera, que conocia bien el estado de las cosas políticas, que no ignoraba que la venida de D. Juan de Austria era inevitable, y que era mucho el encono que este y los nobles que le eran adictos tenian á Valenzuela, comprendió el grave compromiso en que le ponia el Rey,

no solo por sí sino tambien por la Comunidad, por cuya tranquilidad y decoro estaba obligado á velar. Sin embargo, para proceder en todo con el aplomo y prudencia que convenia, indagó, se informó, y tomó ciertas y estensas noticias de los de uno y otro partido; y todo le confirmó en sus temores. La persecucion y caida del Marqués de Villasierra era ya inevitable, y era muy próbable que el odio concebido contra él se estendiese á todos los que de cualquier modo intentasen favorecerle. Pero el amor al Rey, los deseos de aminorar la pena que habia manifestado este debil Monarca, y hasta los muchos motivos particulares que tenia para mirar al ministro caido como á su enemigo, le obligaron á cumplir con los preceptos de la caridad cristiana, á seguir los impulsos de su corazon generoso, á cargar con la responsabilidad y compromisos de salvarle. Mas esto podia resultar en detrimento de la Comunidad que gobernaba, y trató de ponerla á salvo para lo sucesivo. El 19 se presentó á Carlos II, y le pintó sin disimularle nada el verdadero estado de las cosas, y los graves compromisos á que esponia al monasterio escondiendo en él á Valenzuela; y le suplicó que para obviar estos inconvenientes le diese por escrito la órden de ejecutarlo como lo mandaba. Se convenció el Rey de estas razones, y le dió autógrafa la carta siguiente.

"El Rey.—Venerable y devoto Fr. Márcos de Herrera, Prior »del convento Real de San Lorenzo: En caso que D. Fernando Va»lenzuela, Marqués de Villasierra, vaya á ese convento, os man»do le recibais en él y le aposenteis en los aposentos de palacio »que se le señalaron cuando yo estuve en ese Sitio, asistiéndole »en todo cuanto hubiese menester para la comodidad y seguridad »de su persona y familia, y para lo demás que pudiese ofrecérse»le, con el particular cuidado y aplicacion que fio de vos; en que »me hareis servicio muy grande. De Madrid á 23 de diciembre »de 1676.=Yo el Rey."

El contenido de la carta no podia ser mas espreso para los fines que el Prior se habia propuesto, y no dudó un momento en emprender la salvacion del amenazado ministro. Aunque observó que de noche, cuando se retiraba de palacio, le espiaban cuidadosamente y le seguian el coche; aunque en una ocasion, al apearse de él en el cuarto del Nuevo Rezado, vió dos hombres que apuntaban con sus carabinas á la portezuela, no se acobardó; todas las noches iba á ver á S. M., con quien trataba larga y amistosamente de este y otros asuntos, y Cárlos II le tenia ya prevenido, que cuando encontrase un momento favorable, le avisaría de secreto para que saliese con Valenzuela.

Esperaba el Prior con impaciencia este momento, que en realidad era el mas peligroso, y el 24 de diciembre por la tarde recibió muy enrollado un papelito, en que se hallaban escritas autógrafas del Rey estas palabras: *Mañana al amanecer.* Aquella era la hora en que Valenzuela tenia que salir de palacio, y Fr. Marcos, á

pesar de que hacia una mañana terrible, no faltó á la cita. Casi al mismo tiempo salia el ministro acompañado de la única persona que le quedaba fiel en su adversidad, que era un oficial de la secretaría de Estado llamado D. Alonso de Herreros, y de 20 soldados de caballería, y el Prior acompañado de dos monjes. Tomó cada uno distinto camino, Valenzuela por el Pardo y Fr. Marcos por Torrelodones. La lluvia caia á torrentes; los arroyos habian crecido tan estraordinariamente, que al vadearlos se hallaban en muchísimo peligro, porque el agua entraba dentro del coche; la niebla era tan densa que no se distinguia ningun objeto, y cada momento estaban á pique de perecer despeñados. A esto se unia el desasosiego del Prior por la suerte que en medio de tan horroroso temporal tocaria á D. Fernando, á quien amenazaba un peligro mas, el que hubiesen traslucido su fuga. Pero afortunadamente, aunque el camino fue azaroso y malo, ambos llegaron sanos y salvos al Escorial aquella misma tarde, siendo Don Fernando el que llegó primero, y á quien ya los monjes habian recibido y agasajado en lo posible.

El semblante de este hombre, poco antes tan favorecido y encumbrado por la fortuna, estaba abatido y triste; á la llegada del Prior procuró manifestar serenidad y alegría, pero bien se conocia lo mal disimulado de su abatimiento. Además, en aquel momento no dejaba de acordarse de sus intrigas contra los intereses de aquella Comunidad, que ahora, en la desgracia, le abria sus puertas hospitalarias; y de la enemistad personal que habia tenido contra el Rmo. Herrera, á cuya nobleza y generosidad iba á entregar su vida, su honra y fortuna: y estos recuerdos desagradables cubrian su rostro desencajado de una palidez mortal. El generoso Prior, por el contrario, mostraba una sincera satisfaccion viendo por entonces asegurada la vida del ministro, y la ocasion de mostrarse protector y escudo de su enemigo. Nada omitió para tranquilizarle, y sus primeros cuidados fueron todos dirijidos á que pudiese disfrutar de comodidades y regalo; y lo consiguió en términos, que Valenzuela hizo venir al Escorial á Doña María de Uceda, su esposa, á sus hijos y familia, con cuya compañía, las visitas de los monjes, y el paternal cuidado del Prior, llegó á estar en un estado de tranquilidad envidiable, si interiormente pudiera conseguírla un hombre colocado én la posicion en que se hallaba el Marqués de Villasierra.

En este estado tranquilo y casi envidiable esperaba ver pasar, ó al menos disminuir la tormenta que le amenazaba, cuando el 17 de enero de 1677, su esposa, que habia salido á pasear en coche, acompañada de su familia, fué sorprendida en la calle de los Alamos, que entonces se estendia desde el monasterio á la Granjilla, por un destacamento de caballería, que reconoció detenidamente el coche. La dejaron continuar su camino sin decir mas palabras que las siguientes: *No viene aquí;* y en seguida par-

tieron al galope en la direccion del monasterio. La pobre Señora quedó consternada, porque adivinó la suerte que esperaba á su marido, y el peligro que ella misma corria. Ni se atrevia á continuar ni á retroceder; ya no podia llegar á tiempo de avisar á su esposo, porque los caballos le habian tomado una gran ventaja; pero el amor conyugal la decidió á volver al monasterio para participar de su suerte.

Valenzuela, que desde una de las ventanas de su habitacion contemplaba la hermosa naturaleza que se desplegaba á su vista, y respiraba el ambiente puro de aquella atmósfera tan limpia y deliciosa en una tarde serena de invierno, avisado por el tropel de los caballos corrió á refujiarse á los brazos del Prior, que al momento lo puso en lugar seguro, y salió al encuentro de la tropa. Se componia esta de quinientos caballos mandados por el Duque de Medina-Sidonia, á quien acompañaban Don Antonio de Toledo, hijo primogénito del Duque de Alba, el Marqués de Falces, Don Luis de Peralta, el Conde de Fuentes, el Marqués de Valparaiso con su hermano, y Don Bernardino Sarmiento, capitan de la artillería de Cataluña, cuyo título debia al mismo á quien venia á prender. Pedro de Monforte, hombre de valor y osadía, era el capitan que mandaba los quinientos caballos, que ya á esta sazon no solo habia sitiado el monasterio é interceptado todas las entradas, sino que habia introducido los caballos en el Seminario, convirtiendo en cuadras el átrio y aulas bajas.

La consternacion habia ya cundido por todo aquel vasto edificio, y algunos ancianos venerables se habian unido al Prior, que lleno de amabilidad y dulzura, invitaba á los gefes á que tomasen alojamiento en el monasterio, donde se cuidaria de su asistencia y regalo. Pero ellos despreciaron bruscamente tan generosas ofertas, contestando: *Nada queremos, nada necesitamos sino solo que nos entregueis al traidor de Valenzuela.* Sin alterarse el Prior por tan descomedida respuesta les pidió la órden del Rey, que no pudieron presentár porque dijeron que solo la traian verbal. A esto contestaron los monjes únicamente, que en tal caso en vano intentaban que se les entregase á un hombre á quien tenian bajo su proteccion y amparo por una orden espresa y autógrafa de S. M., y ademàs defendido por la inmunidad eclesiástica del monasterio, que estaban seguros no osarian profanar caballeros de tal rango y calidad. Pero los que venian á ser instrumentos ciegos de la venganza del bastardo, no solo no dieron oidos á tan justas y comedidas razones, sino que se desataron en dicterios y amenazas contra el Prior y monjes, que las sufrieron con resignacion evangélica, pero sin ceder una línea del derecho que les asistia.

Esta enérgica impasibilidad les convenció de que nada adelantarian por la fuerza, y se retiraron á alojarse á la Compaña, á donde el Prior, para darles una leccion de la caballerosidad y buena educacion que ellos habian olvidado, les envió mantenimientos y réga-

los abundantes. Trataron entonces de buscar medios mas suaves, é influyeron con el Prior para que decidiese á Valenzuela á tener con ellos una entrevista; y aunque era conocido que los agentes de Don Juan no podian tener en esto mas intencion que asegurarse de que su víctima estaba dentro del edificio, Don Fernando la aceptó sin embargo, y Fr. Marcos se encargó de ponerles condiciones tales, que no pudiesen abusar de esta condescendencia. En efecto, la entrevista se verificó al dia siguiente; mas para que no fuese un lazo tendido á su buena fe, y por si intentaban apoderarse violentamente de él, Fr. Marcos habia exijido que los soldados todos saliesen del recinto del monasterio; él por sí habia dejado las puertas bien cerradas, y las llaves estaban en su poder; y solo el Duque de Medina-Sidonia y Don Antonio de Toledo fueron admitidos á este acto, que se verificó en el primer plano de la capilla mayor á presencia de toda aquella numerosa é imponente Comunidad, que silenciosa rodeabá todo el presbiterio. Los partidarios de Don Juan fueron introducidos á él por el oratorio de los Reyes, que está á la derecha del altar mayor; Valenzuela, acompañado de su protector el P. Herrera, salió por los oratorios de la izquierda. Ambos hincados de rodillas en medio del altar hicieron una breve oracion, la cual concluida el Prior se unió á una de las filas de monjes, y los enemigos y su víctima quedaron frente á frente.

Despues de los saludos acostumbrados, y de las intimaciones y súplicas que el de Medina-Sidonia dirijió inútilmente á Valenzuela para que, entregándose voluntariamente, evitase las funestas consecuencias que su resistencia podria ocasionarle; Don Fernando, con aquel valor que suele infundir el mismo peligro, se dirijió á Don Antonio de Toledo, y haciéndole una larga enumeracion de los beneficios que le habia dispensado durante su engrandecimiento, los honores que le habia concedido, y las protestas de adhesion y fidelidad que tantas veces le habia hecho, le patentizó con toda la energía posible su negra ingratitud y su proceder villano, en términos que conmovido el Duque de Medina-Sidonia esclamó: *Confieso que si conmigo se hubiera hecho eso, nunca faltaria al lado de V. E.* Pero esto, aunque era cierto, solo sirvió para exasperar mas el caracter duro y violento del de Alba, y la conferencia concluyó sin resultados.

CAPITULO VI.

Ruidosa prision de Valenzuela.—Profanacion del templo.—Escomunion fulminada por el Prior.—Persecucion que sufrió en consecuencia.—Pormenores sobre la absolucion de los escomulgados.—Alhaja que por la penitencia impuesta á los incursos regaló Carlos II.—Son absueltos en San Isidro de Madrid.—Concluye la reparacion del edificio.—Su coste.—Nuevas persecuciones contra el Prior.

Cuando los deseos de venganza mueven á los hombres, cuando las pasiones violentas dirijen sus acciones, siempre se propasan mas allá de lo justo. Los gefes de aquella espedicion no hacian ánimo de volverse sin la presa que habian venido á buscar; y no habiendo sacado partido de la conferencia, apelaron al recurso de la fuerza. Desde luego se notó mayor esmero y vigilancia en custodiar el edificio; los centinelas se multiplicaron dentro y fuera; y poco á poco los soldados iban penetrando en el interior de los claustros. El Prior, que conoció que el peligro habia aumentado notablemente, escojió un escondrijo á espaldas de la iglesia encima del dormitorio del Rey, y alli escondió á Valenzuela, prometiéndole completa seguridad, pero encargándole mucha quietud y paciencia. Escepto la libertad, nada podia echar de menos alli el escondido ministro; porque Fr. Marcos habia puesto cama, ropas, víveres, vinos, y hasta regalos de conservas, frutas, pastas, escabeches, y todos los útiles necesarios, no solo para la vida sino hasta para la comodidad y placer, con el fin de que Valenzuela para nada tuviese que salir, ni se pudiese notar que se le llevaba comida.

Otra vez volvieron los sitiadores á las súplicas y amenazas con el Prior, que les contestaba siempre con la obligacion que tenia de cumplir la orden del Rey, y defender la inmunidad eclesiástica. Bramaba de cólera Don Antonio, que á su deseo de complacer al bastardo, unia el despecho por la dureza con que Don Fernando le habia tratado en presencia de tantos y tan respetables testigos. Cada momento cometia un nuevo atropello; cada palabra que dirijia al Prior y monjes era un insulto; pero convencido de que nada adelantaba, recurrió á medios mas fuertes y violentos. Desde el principio habian prohibido absolutamente entrar y salir á nadie en el monasterio; y desde la entrevista, creyendo que el hambre obligaria á los monjes á ceder, estableció un rigureso bloqueo, no dejando entrar nada para el mantenimiento de los monjes, que aunque sufrieron algunas privaciones, especialmente la falta absoluta

de pan, se contentaban con lo que tenian en sus provistos almacenes y despensas.

Prontò conocieron que este bloqueo no podria surtir efecto sino despues de mucho tiempo, y ellos deseaban dar pronta satisfaccion á su venganza y á la de Don Juan. Apurados, pues, todos los medios acudieron á la fuerza, que era el único que les quedaba que intentar. Los átrios, los claustros, los aposentos de los monjes, el palacio de los reyes, el templo mismo fue allanado por los soldados á mano armada. Aquellas magníficas bóvedas, en las que hacia un siglo resonaban dia y noche los cánticos sagrados del Dios de paz, repitieron en sus ecos las blasfemias de los soldados. Los altares del holocausto incruento de la ley de gracia sirvieron de mesas para la gula y la crápula de los favorecedores de Don Juan; el templo mas augusto de la cristiandad se cubrió de abominacion y escándalo. En aquel desórden, en aquel atropello de lo divino y humano, nada se respetó. En algunos altares arrancaron las cajas de reliquias; las cruces y candeleros de plata fueron objeto de la rapacidad de una tropa desmoralizada y frenética, que no se estremeció al entrar con las armas preparadas y cubiertas las cabezas en el *Sancta Sanctorum*, en el tabernáculo de aquel Dios en cuya presencia tiemblan los querubines. Pero no es estraño; el furor, la sed de venganza habia cegado á gefes y á soldados.

Ya entonces no podia tener lugar el sufrimiento; el Prior bajó á la iglesia, y con aquella energía tan propia de su caracter, aumentada por el celo de la casa del Señor que le estaba encomendada, hizo presente á Don Antonio lo inmoral, lo impropio que era de un caballero de su sangre, y de un caballero cristiano, profanar de aquel modo la casa del Señor. Concluyó por suplicarle mandase al momento desembarazar y respetar el templo, ó de lo contrario le amenazaba con las armas de la Iglesia. Mas el de Alba ya no estaba en estado de oir; estaba ébrio de cólera; las palabras del Prior fueron despreciadas, y tuvo que retirarse entre los insultos y amenazas de una soldadesca desenfrenada. A pesar de este infame proceder, todavía el generoso Fr. Marcos quiso apurar los medios suaves. Reunió aquella tan numerosa como imponente Comunidad, y con la pompa, solemnidad y grandeza que en el Escorial se acostumbraba, mandó esponer el Santísimo Sacramento, y que continuase manifiesto todo el dia. Sabia que los que profanaban el templo eran cristianos y españoles, y jamás pudo creer que no los contuviese la presencia real de su Dios, de aquel Dios que toca los montes y humean. ¡Pero de qué no es capaz el hombre cuando ha llegado á tascar el freno de la religion, de la razon y del deber! Los armoniosos cánticos de los monjes eran interrumpidos á cada paso por los sarcasmos, insultos y blasfemias de los soldados; la Magestad Divina no contuvo su desenfreno; la abominacion se habia apoderado por asalto del trono mismo del Escelso; y los gefes la autorizaban, la aumentaban con su presencia.

Entonces el Prior fulminó censuras eclesiásticas contra ellos, que aunque fueron canónicamente amonestados y requeridos las despreciaron, continuando en la horrible profanacion que habian comenzado. Esta tenacidad é irreligion llenó de amargura al prudente Prior, pero hubiera faltado á su deber si transijiera; y aunque contra su voluntad, recurrió al último estremo. Acompañado de los doce monjes mas ancianos consumió el Santísimo Sacramento, y valiéndose de su autoridad, *vere nullius* y casi episcopal, pronunció contra el Duque de Medina-Sidonia, Don Antonio de Toledo y todos sus cómplices y favorecedores el último anatema de la Iglesia, ó como comunmente suele decirse, la escomunion á mata-candelas y cesacion *à divinis*, acompañada de las terribles ceremonias que la Iglesia tiene ordenadas para casos semejantes.

Concluida esta importante ceremonia, todo lo sagrado huyó del templo con horror. El fuego santo ya no árdia en sus candelabros ni en sus magníficas lámparas de plata; despues de un siglo dejaron de resonar bajo aquellos arcos colosales los cánticos de Sion; los monjes, los órganos y las campanas enmudecieron; la casa del Dios de Israel estaba entregada al furor de una soldadesca sin freno, que como una manada de tigres hambrientos recorria todos los rincones, rompia los cajones y puertas, bramaba de cólera y despecho viendo que eran inútiles sus pesquisas, y se desataba en blasfemias horribles contra el Prior y monjes, que aterrorizados esperaban con ansia y resignacion el desenlace de aquel atropello sin ejemplo.

Terrible y azaroso habia sido el dia 19 para los monjes, y no lo fueron menos los siguientes. Los que habian osado hollar lo mas augusto de la religion, y no se habian estremecido al profanar aquel santo templo, ni habian temblado al oir fulminar contra ellos la terrible escomunion, ya nada tenian que respetar; el palacio venerando de los reyes fue violentamente allanado varias veces, y los monjes tuvieron que sufrir en sus reducidas celdas un escrupuloso registro. Sin embargo, en medio de tantos sufrimientos se consolaban con la esperanza de que salvarian á Valenzuela del furor de sus perseguidores. Cuatro dias hacia que le buscaban inútilmente; muchas veces habian pasado por junto al sitio donde estaba escondido, sin siquiera sospechar que pudiera estar allí. Desconfiaban ya de encontrarle, y no hubieran seguramente logrado su intento, si el miedo, pasion de ánimo tan terrible en los casos apurados, no hubiera obligado á Valenzuela á descubrirse á sí mismo. En la noche del 21, cansados de sus inútiles pesquisas se detuvieron algunos de los soldados un rato junto al sitio donde estaba escondido el aflijido ministro. El terror se apoderó de él, creyendo que estaba descubierto; y sin saber lo que se hacia, sin considerar que se esponia á morir despeñado, hizo una soga con la sábana y sus ligas, y descolgándose por el empizarrado se introdujo en uno de los camaranchones contíguos á la iglesia, conocido con el nombre de el camaranchon de Monserrat. Desde allí salió aturdido al claustro prin-

cipal alto, donde se halló con uno de los centinelas. A su vista quedó Don Fernando inmóvil como una estátua de mármol, pero el soldado movido á compasion le dijo para animarle: *Vaya V. E. con Dios, quien le guie y favorezca en afliccion tanta; la contraseña: Bruselas.*

Este incidente, que á otro de mas valor ó menos aturdimiento le hubiera bastado para salvarse, no sacó al infeliz de su apurada situacion, y comenzó á divagar por los claustros sin saber á donde dirijirse. Si hubiera buscado al Prior tal vez se hubiera salvado aún, pero su desgracia le llevó al dormitorio de los monjes jóvenes, á cuyas puertas comenzó á dar golpes. El silencio sepulcral que las constituciones de la Orden mandan rigurosamente observar en aquel sitio, interrumpido á hora tan desusada, dispertó á todos los jóvenes, que al abrir la puerta se encontraron con el afflijido Marqués, que pálido y llenos sus ojos de lágrimas les suplicaba le salvasen. Ninguno se negó á tan generosa empresa, pero todos los que alli estaban reunidos eran los menos á propósito para salvarle, porque no conocian el monasterio (1). Sin embargo, procediendo con la mayor buena fe, y resueltos á defenderle á todo trance, salieron del dormitorio los cuarenta jóvenes, y metiéndole en medio lo llevaron hácia la Biblioteca, lo escondieron en un pequeño camaranchon de la celda conocida con el nombre de Juanelo, poniendo un cuadro delante de la ventana por donde le habian introducido, volviéndose al dormitorio muy satisfechos de la seguridad en que le habian dejado. Mas ó porque los centinelas observasen aquel grupo de monjes á hora tan desusada, ó segun dijo despues el Duque de Medina-Sidonia, porque un criado de la casa llamado Juan Rodriguez lo hubiera delatado, á la mañana siguiente viernes 22 de enero se vió que se multiplicaban las centinelas en el claustro de la Biblioteca y en las escaleras que conducen á él, y á poco se presentó Don Antonio con los alguaciles de corte, dirigiéndose sin preguntar al escondite.

Hallaron en él al atribulado Marqués á medio vestir; particularmente una pierna la tenia enteramente desnuda y descalza. No le permitieron ni aun que se concluyera de aliñar, y en aquella traza irrisoria le condujeron al alojamiento del Duque de Medina-Sidonia, que mas caballero y mas benigno que Don Antonio, le trató con cortesía y amabilidad; pero cumpliendo con los deseos del bastardo Don Juan, en aquel mismo dia salió con él para Madrid. Llegaron aquella noche á las Rozas, y desde alli dió parte á Don Juan, que le dió orden para que sin pasar por la corte le condujese

(1) Hasta cumplir siete años de hábito, que era cuando los monjes salian del noviciado, ó de la disciplina del maestro de novicios, era tanta la sujecion que los jóvenes tenian, y tan pocos los pasos que se les permitian dar, que apenas conocian unos cuantos claustros. Asi no es estraño que no supieran dónde llevar á Valenzuela.

á la fortaleza de Consuegra, donde quedase incomunicado y en estrecha prision hasta que otra cosa se determinase. Valenzuela despues de largos y terribles padecimientos, fue despojado de todas sus rentas, honores y dignidades, y desterrado á las islas Filipinas, donde es muy probable pereciese abrumado de pesares y consumido por la miseria.

Logrado ya el objeto, parecia que el Escorial debia quedar enteramente tranquilo; pero por desgracia se habia quedado en él Don Antonio de Toledo con encargo de recojer los papeles, riquezas y demás efectos que pertenecian al preso. La venganza habia cegado á este hombre hasta el estremo de olvidarse de lo que se debia á sí mismo, hasta de su educacion. Para cumplir su encargo trató brusca y descortesmente á la infeliz Doña María de Uceda, que á la afliccion de haber visto arrebatar á su esposo, se le unia el estar en cinta y enferma. Acompañado de los soldados penetró en la habitacion de esta desolada señora, y sin consideracion á su estado ni á lo que el pudor exigía, registraron hasta la cama en que yacia, le quitaron la ropa de su uso, y robaron con increible desfachatez las alhajas y muebles preciosos que tenia en su habitacion. Esta conducta feroz fue para la infeliz un golpe de muerte; el susto y la incomodidad le produjeron un flujo espantoso que la puso al borde del sepulcro; y aunque despues se restableció algun tanto, fue solo para apurar hasta las heces el amargo cáliz de la tribulacion. Despues se vió presa, arruinada y separada de su marido; y cuando se la permitió fijar su residencia en Talavera, perdió el juicio y murió demente.

Al dia siguiente de la prision el Prior se fue á Madrid, donde ya habia entrado como en triunfo Don Juan de Austria, y habia enteramente cambiado el aspecto político de la capital de España. Ya no tenia Fr. Marcos el apoyo de Doña María Ana de Austria, y conocia además la completa nulidad del Monarca, pero no creyó, sin embargo, que hubiera podido olvidar el interés y emocion con que un mes antes le habia encargado salvase á Valenzuela; pero se equivocaba. El Rey al ver al Prior le preguntó riéndose. *¿Qué? ¿Le cojieron?—Le cojieron, Señor*, contestó avergonzado el Prior, refiriéndole en seguida el suceso, sin omitir ninguna de las circunstancias. Esperaba, como era muy regular, que la irreligion de los soldados, la osadía de los jefes, la profanacion del templo, y sobre todo, la escomunion fulminada contra ellos llamaria la atencion del Monarca, y alabaria ó vituperaría su celo y firmeza. Pero Carlos II estaba muy lejos de ocuparse de esto. Lo que le hizo repetir varias veces fué el catálogo de las provisiones de boca que habia metido en el escondite de Valenzuela, y sin duda encantado de la abundancia y buena calidad de ellas esclamó: *¡Válgame Dios! ¿Qué le movió á salir de allí? Dime*, añadió luego, *¿y la esposa de Valenzuela?—Se ha venido ya á Madrid, y yo, Señor, me atrevo á suplicar á V. M. se digne ampararla á ella y á su desgraciado esposo.—*

A él no, á su mujer sí.—Señor, ¿y será posible que se olvide V. M. de su desgraciado Ministro?—¡Creerás que ha habido una revelacion de una sierva de Dios, en que daba á entender que habian de prender á Valenzuela en el Escorial!! Fr. Marcos ya no pudo llevar con paciencia tanta tontería ni contener su natural pronto, y le dijo: *Mas bien será una revelacion del demonio que no de Dios, y no crea S. M. que defiendo á Valenzuela por interés, pues jamás he recibido de él sino esta pastilla de benjuí,* y sacándola se la presentó al Rey. *Aparta..... Aparta.....* dijo este retrocediendo asustado, y haciéndose cruces, *no la traigas contigo, que será un hechizo, un veneno.* Mucho tuvo que esforzarse el Prior para no romper á reir á carcajadas, pero al fin era un Soberano el que le hablaba, y se contentó con decirle que hacia mucho tiempo la llevaba consigo, y no habia sentido la menor novedad; y besándole la mano se retiró.

Desde alli fue á ver á Don Juan de Austria, que apoderado ya de la persona de Valenzuela, no se descuidó en recojer su tesoro. 32.000 doblones, en que el contraste de Madrid habia tasado todo lo que Don Antonio de Toledo habia recojido en el Escorial, le parecieron muy poca cosa, y requirió al Prior para que le presentase el gran tesoro que el preso habia llevado al ir alli. Le contestó Fr. Marcos con su natural energía, que jamás habia sido depositario de los bienes que se le pedian, ni tenia noticia ninguna de ellos. El bastardo se exasperó mas con la negativa, y amenazó terriblemente al Prior si el tesoro no parecia; pero sus amenazas no produjeron efecto alguno. Sufrió sí, en consecuencia una persecucion atroz; Don Juan de Austria le requirió y amenazó varias veces; prendieron al Regalero del monasterio como cómplice en la ocultacion de alhajas; se registró escrupulosamente el cuarto del Nuevo Rezado en Madrid; y por fin fue al Escorial una visita mandada por el General de la Orden de San Gerónimo, que reconoció escrupulosamente las celdas, papeles y muebles del Prior, residenciándole sobre la ocultacion de las alhajas: pero todas estas persecuciones no tuvieron mas resultado que patentizar mas la honradez de aquel digno Prelado.

Los asuntos políticos habian llamado á sí la atencion de todos, y nadie se acordó por el pronto de los sucesos del Escorial, ni de la escómunion de los profanadores; pero apenas se restableció un poco la calma, cuando todo el mundo comenzó á señalar con el dedo y á separarse de los escomulgados, que al principio creyeron que les bastaria negar la autoridad del Prior para escomulgar, pero luego se convencieron de que necesitaban algo mas. El Duque de Medina-Sidonia y el orgulloso Don Antonio de Toledo tuvieron que doblar la rodilla ante Fr. Marcos para suplicarle que los absolviese, pero les contestó que fuesen por la absolucion á Roma.

Sería muy largo referir todos los trámites, todas las diligencias que tuvieron que hacer los escomulgados, ya para declinar la autoridad del inflexible Prior, ya para conseguir su absolucion á cual-

quier costa; pero el Sumo Pontífice, que habia escrito al enérgico Prelado una carta sumamente satisfactoria, dándole las gracias por lo bien que se habia portado en aquel asunto en defensa de la inmunidad eclesiástica, y que habia sentido muchísimo la profanacion, segun lo manifestó en una carta dirijida á Don Juan de Austria, no queria absolverlos con tanta facilidad. Muchísimos fueron los recursos que se hicieron, muchísimo lo que trabajaron los tribunales; y el mismo Rey escribió por tres veces á Su Santidad. Este por fin concedió un breve cometiendo la absolucion al Nuncio, pero imponiendo á los incursos la obligacion de edificar en la iglesia del Escorial una capilla correspondiente á la magestad y grandeza del templo que habian profanado, y que cuando estuviese concluida fuesen absueltos en ella.

Mucho tiempo tenián que esperar, y mucho habian de gastar para cumplir esta condicion; pero salieron del apuro echándole la carga á su debil Monarca, á quien hicieron servir de redentor. Carlos II suplicó al Sumo Pontífice que le permitiese suplir por todos, y daria una alhaja tan rica que sobrepujase al costo que hubiera tenido la capilla. Accedió Su Santidad, y el Nuncio recibió por comision apostólica una joya verdaderamente rica. Era la caja de un reló que habia regalado á Carlos II, su tio el emperador Leopoldo, toda de plata sobredorada, guarnecida de riquísima filigrana, y sembrada toda de turquesas, crisólitos, amatistas, granates y esmeraldas, y construida con muchísimo primor. Su altura era de mas de 10 pies, y al lado del pedestal, que era de una labor esquisita, estaban Júpiter y Juno, mentidas deidades de la antigüedad gentílica. Al rededor del segundo cuerpo, que es donde estuvo colocado el reló, y despues se arregló el hueco ó trasparente para la custodia, estaban representadas las ciencias y artes liberales en bién acabadas figuras; y el todo terminaba con un Atlante en aptitud de sustentar el globo celeste. De igual gusto y primor eran tambien los colgantes, festones, genios y bichas que estaban esparcidos por todo lo demás del templete, que fué, como todo lo de metal precioso, robado por los franceses en 1810.

El Nuncio, luego que recibió la alhaja, señaló la iglesia de San Isidro el Real en Madrid, y la hora en que los estudiantes salian de las aulas, para que los incursos fuesen castigados y absueltos. Un gentío inmenso ocupaba desde mucho antes las inmediaciones de la iglesia; y á la hora señalada el Nuncio de Su Santidad se presentó en la puerta esterior, vestido de Pontifical, y con el debido acompañamiento. A poco el Duque de Medina-Sidonia, Don Antonio de Toledo, y todos los demás comprendidos en la escomunion, fueron presentándose por su orden. Iban todos descalzos, sin capas, y puesta una camisa sobre la ropilla. Al llegar á donde estaba el Nuncio se postraban á sus pies, y él los heria en las espaldas con unas varas que tenia en su mano, y luego tomándolos por el brazo los introducia en la iglesia rempujándoles con ademan violento;

con lo cual terminó aquella ruidosa causa, aunque no los disgustos para el Prior.

Don Antonio de Toledo no podia olvidar lo que le habia hecho sufrir, aunque justamente, Fr. Marcos, y le calumniaba por cuantos medios estaban á su alcance. El nombre del Prior corria de boca en boca de los palaciegos, acusándole unos de favorecedor de los austriacos, otros de poco fiel en materia de administracion; hasta Don Antonio le acusó de monedero falso, y todos le señalaban como enemigo de Don Juan: pero Fr. Marcos, con el valor que da la seguridad de conciencia, á todos hacia frente, á todos contestaba con energía, aun en presencia misma del bastardo.

Mas aún le faltaba la mas terrible prueba: los monjes mismos, escitados por el Conde de Monterey, que desterrado de la corte habia encontrado un asilo generoso en la amistad de Fr. Marcos, se dividieron en dos bandos, denominándose austriacos y valenzuelistas. Los primeros tomaron este nombre bajo el pretesto de amor á Don Juan de Austria para hacer una guerra de mala ley á su prelado; y á los monjes tranquilos, obedientes, amantes del orden y tranquilidad del monasterio, los apellidaron valenzuelistas, para indicar en su denominacion misma su aversion al poder de Don Juan, y corroborar su calumnia. Los que tengan alguna idea de lo que es el interior de un convento de frailes desunidos, mayormente siendo tantos en número, y con la añadidura de estar mezclados con la corte tres ó mas meses cada año, podrán formar una idea aproximada de los amargos sinsabores que hicieron pasar á aquel Prelado tan digno y tan amante de su monasterio. Pero no lograron ni un solo momento domeñar su energía; devoró en su interior los pesares y disgustos, pero contuvo con mano fuerte á los revoltosos, sin cuidarse nada del nombre que habian tomado para escudo de su insubordinacion. Todavía en 1676, cuando por primera vez fué Don Juan al Escorial, se atrevieron á presentarle una calumniosa representacion contra su Prelado, reproduciendo la ocultacion de las riquezas de Valenzuela, que era el punto mas susceptible para el bastardo. No surtió efecto por el pronto, mas no quedó en olvido.

En medio de tanta angustia y persecucion, este hombre no habia perdido de vista la reedificacion del monasterio, y logró verla concluida en 1678. Segun una memoria circunstanciada que se conserva en el archivo del Escorial, costó toda la reedificacion 802.100 ducados, de los cuales pagó el Rey 268.273, y la Comunidad 533.827, es decir, casi el duplo; y esto en fuerza de los afanes de Fr. Marcos, sin cuya energía incontrastable tal vez jamás se hubiera reparado aquel monumento.

Con la reedificacion concluyó tambien su prelacía este hombre estraordinario el dia 22 de mayo de 1678, pero no el encono contra su persona. Sus enemigos multiplicaron, entonces que le vieron desnudo de la dignidad, las acusaciones, y Don Juan volvió á bus-

car los tesoros de Valenzuela. El presidente de Castilla, que lo era entonces Don Juan de la Puente Montecillo, envió una orden al nuevo Prior Fr. Domingo de Rivera, para que hiciese parecer un cajon barreteado y lleno de alhajas, que se habia ocultado en el monasterio de San Lorenzo. Aún el atribulado Fr. Marcos tuvo que sufrir nuevos interrogatorios y registros; y tal vez no hubieran dejado de molestarle durante su vida, si Dios no hubiese dispuesto de la de Don Juan de Austria, que murió en Madrid á 17 de setiembre de 1679, entre las doce y la una del dia, siendo de edad de cincuenta años. Su cuerpo fue llevado al Escorial el 20 de dicho mes y año, y sepultado como Infante de España en el panteon. Con este acontecimiento los partidos del monasterio perdieron mucho de su animosidad, y dejaron descansar á Fr. Marcos.

CAPITULO VII.

Historia de la Santa Forma.—Su traslacion al altar de la sacristia.—Se comienza á edificar el nuevo altar.—Muerte de la reina Doña Maria Luisa de Orleans, y segundo casamiento de Carlos II.—Recibimiento de los Reyes en el Escorial.—Magnífica funcion para la dedicacion del nuevo altar de la Santa Forma.—Alhajas que regalaron Carlos II y su madre.—Frescos de la escalera principal y de la iglesia.—Regalos que hizo Carlos II.—Muerte de Doña Maria Ana de Austria.—Muerte de Carlos II.

Habiéndome de ocupar de la obra que motivó en el Escorial la devocion de Carlos II á una santísima y milagrosa Forma consagrada que en él se venera, daré una breve noticia del milagro que la hizo tan famosa. Cuando los Paises-Bajos ardian en las guerras sangrientas que bajo el pretesto de religion los asolaban, sembrando la muerte y destruccion por do quiera, los herejes zuinglianos entraron violentamente en Gorcamia, ciudad de Holanda, y segun su bárbara y sacrílega costumbre profanaron los templos, derribaron las imájenes, y en la iglesia catedral llevaron su furor hasta el estremo de profanar el Sagrario. Entraron en él, y para robar el Copon arrojaron por el suelo las Formas consagradas, y con menosprecio del inefable Sacramento hasta llegaron á pisotearlas. En la que en el Escorial se conserva abrieron en su círculo tres roturas, que al parecer fueron producidas por los clavos que llevaria en el calzado el que las pisó, y de las que comenzó á saltar sangre en el momento mismo de cometer tan horrible sacrilegio. Todavía los bordes de las roturas están manchados de sangre como cuajada, pero muy debilitado el color por el trascurso de tantos siglos. Uno de los zuinglianos que observó tal y tan estraña maravilla, se sintió lleno de res-

peto y veneracion, al mismo tiempo que de terror, por la enorme profanacion que acababa de cometer. Un temblor general le impedia moverse; queria acercarse á la Forma milagrosa para recojerla, y se estremecia mas; y por fin, aturdido logró salir de la iglesia, y fue á referir el suceso al Dean de ella, llamado Juan Vander Delpht. El Prelado, en compañía del mismo ya arrepentido hereje, se dirijió al templo, tomó la Forma santa, y con mucho sigilo salieron ambos de Gorcamia huyendo de los herejes, y se refugiaron en Malinas, ciudad del Pais Bajo austriaco, donde la depositaron en un convento de religiosos de San Francisco. El ya arrepentido discípulo de Zuinglio no quiso separarse de aquel milagroso pan, y abjurados sus errores tomó el hábito allí mismo, para borrar con la penitencia, en presencia de la Divinidad existente en aquella Forma, la ofensa que contra ella habia osado cometer.

En aquel convento estuvo con mucha veneracion por algun tiempo; pero temiendo que los herejes entrasen tambien en Malinas, los religiosos se vieron precisados á poner en salvo sus reliquias, y trasladarlas á otro punto para librarlas de la profanacion. Lo reciente y estraordinario del milagro realzaba mas el aprecio de la Forma, siempre venerable, y aumentaba contra ella el encono de los herejes sacramentarios, que no hubieran perdonado medio de destruir, si les fuera posible, aquella prueba mas de la presencia real en la Eucaristía. En consecuencia importaba muchísimo salvarla; y á instancia del caballero Fernando Weider, áulico del emperador, y de otros eclesiásticos, fue llevada á Viena, y despues á Praga, donde permaneció por espacio de once años. Despues, por los esfuerzos de la noble española Doña Margarita de Cardona, de la ilustre familia de los Duques de este título, se consiguió que tan preciosa reliquia fuese regalada al Señor Don Felipe II en el año 1592; siendo emperador de romanos y rey de Hungría y Bohemia Rodolfo II.

Para que fuese conducida con toda seguridad, se aguardó la venida de un embajador que Rodolfo enviaba á la corte de España, que trajo tan estimado presente en una caja de plata sobredorada, cerrada y sellada, y juntamente todos los documentos y escrituras de su autenticidad, de los cuales se infiere que hace que está consagrada esta santa Forma mas de cuatrocientos años. Milagro verdaderamente grande y perenne la larguísima duracion é incorruptibilidad de la especie sacramental, que se ve aún blanca y hermosa, como podia estarlo á muy poco tiempo de consagrada.

Recibió Felipe II este inestimable regalo con el placer y veneracion que puede imaginarse en un monarca tan piadoso y de tan sólida fe, y mandó que se depositase entre las infinitas reliquias que habia acumulado en tan grandiosa Basílica.

Tenia Carlos II particular devocion con esta santísima Forma desde la primera vez que la habia adorado en el Escorial y habia oido la narracion de su historia; y despues de la muerte de Don

Juan de Austria, y de su primer casamiento con Doña María Luisa de Orleans, sobrina del Rey Luis XIV de Francia, volvió á acordarse de su palabra empeñada de levantar una capilla en el Escorial, en satisfaccion de la pena impuesta á los que habian profanado aquel augusto templo cuando la prision de Valenzuela. La caja riquísima que dije en el capítulo anterior se habia entregado al Nuncio, tal vez le pareció no era bastante para cumplir la voluntad espresa del Sumo Pontífice; y luego que estuvo convertida en tabernáculo, quiso que por el pronto se colocase en altar separado, señalando el que habia entonces en el testero de la sacristía. Era este de madera perfectamente tallado y dorado; en el centro habia un magnífico Crucifijo de bronce dorado, poco menos del natural, que antes habia servido en el altar del panteon. Debajo de él estaba colocado el famoso cuadro de Rafael, conocido con el nombre de la *Perla*. En lugar de esta última imajen se puso en un magnífico escaparate de tersos cristales el nuevo tabernáculo; se adornó el altar con todo el lujo posible; y en lugar del frontaltar de bronce que tenia, que es el que hoy se ve colocado en el mismo sitio, mandó el Rey hacer uno que correspondiese á la riqueza y labor de la caja. Era todo de plata, con los adornos afiligranados de oro, plata y pedrería, cubierto todo con una red, tambien de plata, en la que se leia en letras del mismo metal la inscripcion siguiente:

CAROLUS II. HISPAN. REX CATHO.
AUSTRIACA SUORUM PIETATE
PRIMUS AUT NULLI SECUNDUS
AUR. ARG. LAP. QUE PRAECI. ORN.
SANCTAE FORMAE CONSECRAT. MIRABILITER
INALTERATIS SPECIEBUS PERMANENTI
OBTULIT, ANNO DNI. MDCLXXXIV.

que traducida á nuestro castellano decia asi: *Carlos II, Rey Católico de España, el mas señalado, ó al menos no inferior en piedad á ninguno de sus sucesores de la casa de Austria, ofreció á la Santa Forma consagrada, y que permanece milagrosamente sin alteracion de sus especies, este altar y tabernáculo, adornado de oro, plata y piedras preciosas, en el año del Señor de 1684.*

Luego que estuvo preparado el altar, el 19 de octubre de 1680, en presencia del Rey, de la Real familia y de los grandes de su corte y cámara, se hizo la traslacion solemne, y quedó la santa Forma en la sacristía.

Despues de esta traslacion pareció al Rey que convendria erijir alli un altar que correspondiese en lo posible á la divinidad del objeto que en él se veneraba, y á la grandeza y magestad de la sacristía y del edificio, y que al mismo tiempo armonizase con la rique-

za y hermosura del templete que en él se habia colocado. En consecuencia dió sus órdenes al efecto, y en el año 1684 se comenzó el bellísimo altar que ahora ocupa todo el frente de la sacristía, y cuyos detalles y pormenores daré en la descripcion. El diseño y ejecucion se encargaron á Don José del Olmo, maestro mayor de las obras reales, bajo cuya direccion se concluyó con el primor y solidez que hoy se ve en la parte de cantería; y de los adornos de bronce fue el encargado Don Francisco Filipini, italiano, que era ayuda de furriera y relojero del Real palacio.

Para que nada faltase á la belleza y perfeccion de esta capilla, se encargó el desempeño del cuadro que cubre todo el claro del altar, y que sirve de cortina para reservar tan ricos objetos, al célebre pintor de cámara Claudio Coello. Representó en él la funcion régia que se hizo para la traslacion de la santa Forma con tal propiedad y gusto, con tanta fuerza de verdad y colorido, con tanta correccion y valentía de dibujo, que puede llamarse sin exajeracion el milagro de la pintura; el último cuadro de la buena época; el primero entre los objetos de tan bella y distinguida arte. El mismo tiempo tardó este famoso artista en pintar su cuadro que duró la fábrica del altar, esto es, seis años; y se dice, que impaciente Carlos II al ver la detencion con que pintaba y lo poco que adelantaba el cuadro, le dijo: *Si yo hubiera encargado el cuadro á Jordan, ya hubiera pintado una docena.* Coello, lleno de confianza en su obra, le contestó: *No lo dudo, Señor, pero el mio valdrá por todos los de Jordan.* En efecto, no se equivocaba; ¡tanta conciencia y seguridad tenia de sus conocimientos en el arte.

En 12 de febrero de 1689, sábado, entre ocho y nueve de la mañana, murió la Reina Doña María Luisa de Orleans, cuyo cadaver fue conducido al Escorial, y colocado en la urna quinta del lado de la epístola. Aunque la contestura raquítica y poca salud del monarca ofrecian muy poquísima esperanza de sucesion, sin embargo, habiendo muerto sin tenerla Doña María Luisa de Orleans, le aconsejaron todos que se casase segunda vez. Al momento se decidió, y ajustó el casamiento con Doña María Ana de Neuburg, hija del Príncipe Felipe Guillermo, elector palatino del Rhin. Los comisionados de ambas parte ajustaron los contratos matrimoniales en Viena á 28 de julio, que luego fueron ratificados por el elector palatino en Neuburg, sobre el Danubio, á 28 de agosto, y en Madrid por Carlos II el 21 de setiembre de 1689. Estos acontecimientos, la venida á España de la Reina, y las magníficas fiestas que se hicieron á su entrada en Madrid, que se verificó la antevíspera del Corpus del año siguiente de 1690, tuvieron ocupado al monarca y á la corte; pero avisado Carlos II de que el nuevo altar estaba del todo concluido, determinó su jornada al Escorial para principios de otoño. Avisó con anticipacion á su augusta madre Doña María Ana de Austria, para que se dignase asistir á la dedicacion del nuevo altar y capilla; pero aquella señora temió volver á presentarse en aquella corte

donde tanto habia sufrido, y se escusó con el peligro que podia correr su salud, ya muy delicada; y los Reyes partieron solos para el Escorial. Se detuvieron algunas horas en el frondoso valle de la Fresneda, y ya entrada la tarde subieron al monasterio. Estaba este cercado de luces colocadas en los sólidos antepechos de los jardines y lonja, que parecian circundarle de una aureola de gloria. En la fachada principal, en el anchuroso patio de los Reyes y en el magestuoso templo ardian 36.000 luces, que colocadas en las puertas, ventanas, basas, capiteles, cornisas y galerías, hacian parecer el templo á la celestial Jerusalen descendiendo del cielo, y trazadas sus líneas dóricas con el fuego sacro por el dedo de la Divinidad.

Aquella corporacion agradecida salió á recibir á sus Reyes y patronos con las ceremonias de costumbre, que me tomo la libertad de describir (aunque á alguno parezcan de poca importancia) para que sean conocidas de todos, y destruir las consejas y vulgaridades que corren con este motivo.

Las tres Comunidades del convento, colegio y seminario, ordenadas en dos magestuosas filas, estaban colocadas á lo largo del patio de los Reyes, y á su cabeza debajo del pórtico estaba el Prior, que entonces lo era el Rmo. P. Fr. Francisco de los Santos, vestido de alba, estola y capa pluvial, con el diácono y subdiácono, y otros cuatro monjes con ricos ornamentos de tisú. Ocho monjes con roquetes y capas pluviales blancas sostenian las varas del pálio; y seis cantores, vestidos del mismo modo, esperaban en medio de las filas el momento de entonar los cánticos sagrados. Delante del Prior á la misma puerta principal se estendia una rica alfombra, sobre la cual estaban colocados dos grandes cojines de terciopelo carmesí, con franjas, galones y borlas de oro. Luego que la carroza Real paró delante del pórtico, Carlos II. y su nueva esposa se apearon, y puestos de rodillas en los almohadones recibieron de mano del Prior agua bendita, que les presentó en un hisopo de plata, y luego adoraron y besaron un precioso *Lignum Crucis* engastado en oro. Concluida esta ceremonia, los cantores entonaron el *Te Deum* en accion de gracias por el feliz arribo de SS. MM. á aquella su casa. Al momento se pusieron en marcha las tres Comunidades, precedidas de un diácono, que llevaba la cruz, y de los acólitos con ciriales; y al fin de ellas venian el Prior y acompañantes, y debajo del palio los Reyes, seguidos de todos los caballeros y damas de su corte. Con paso grave y magestuoso entraron en la iglesia, donde las voces alternaban con los sonoros órganos, y la inmensidad de luces reemplazaba con ventajas la claridad del sol. Las dos filas se detuvieron á distancia conveniente; el Prior y acompañantes siguieron por medio de ellas hasta lo alto de la capilla mayor, y los Reyes quedaron al pie de las gradas, puestos de rodillas en un rico estrado preparado al efecto. Todos los demás puestos de rodillas rendian acatamiento á la Divinidad. Concluido el *Te Deum*, y dichas por el

Prior las oraciones que previene el Ritual romano, los Reyes por los oratorios de la izquierda se retiraron á su Real palacio, y los demás volvieron á la sacristía (1).

Carlos II quiso dar á su esposa una prueba mas de su finura y amor, disponiendo que el dia de los santos apóstoles San Simon y Judas, en que cumplia años Doña María Ana de Neuburg, fuese el señalado para las primeras Vísperas de la traslacion, que se verificaria al dia siguiente 29 de octubre. El tiempo que medió entre la llegada de la corte y la celebracion de la fiesta lo emplearon, la Reina en ver las muchas preciosidades que encerraba aquella maravilla, recorriendo con sus damas todos los departamentos; el Rey en la caza; y la Comunidad en hacer los preparativos para la funcion.

La sacristía y el nuevo altar, además de la rica custodia de que ya hemos hablado, estaba adornado con un lujo sin igual. En él y en las credencias inmediatas lucian las ricas alhajas que Carlos II habia hecho labrar en Sicilia, que componian un servicio completo de altar, á saber: cruces, cálices, hostiarios, vinajeras, platos, bandejas, sacras, misales, atriles, candeleros y ramilletes, todo de plata sobredorada con adornos de filigrana y sembrado de piedras preciosas, y todo duplicado, que solo esto formaba un tesoro inmenso.

En la tarde del 28 se celebraron las Vísperas con una solemnidad sorprendente, asistiendo á ellas SS. MM. desde uno de los balcones del coro; y concluidas estas volvió á iluminarse el templo como él dia de la llegada de los Reyes, para que la corte, y las muchas gentes que á la fama de la fiesta habian concurrido, pudiesen verlo. Desde la mañana siguiente el órgano de campanas anunciaba la solemnidad del dia, que fue uno de los despejados y templados de otoño. La iglesia, el claustro principal y la sacristía; estaban adornados con gusto y profusion, las ricas telas, las costosas alhajas, las flores del campo, el arte y la naturaleza se habian hermanado para embellecerlos. La corte toda vestida de gala discurria por los anchurosos claustros, mientras que los monjes se ocupaban en prevenirlo todo con la puntualidad y orden que siempre han acostumbrado.

Llegada la hora, los cuarenta cantores que de orden del Rey habian venido acompañados de muchísimos instrumentos, unidos á la capilla de la Comunidad, comenzaron la Misa solemne. Para cantarla estaban, como las angélicas gerarquías, divididos en nueve coros. Cuatro de ellos se habian situado en medio de la nave principal de

---

(1) Estas mismas ceremonias se han observado siempre en este monasterio en el recibimiento de los reyes, desde Felipe II hasta Doña Isabel II, nuestra actual Reina y Señora, siempre que con algun motivo han querido hacer entrada solemne. Lo demás que vulgarmente se dice que se les canta un responso de difuntos, que no pueden ser recibidos ni entrar por la puerta principal mas que una vez en vida y otra en muerte, carece de fundamento.

la iglesia, junto á los enormes pilares que sostienen la torre gigante del cimborrio; otros dos ocupaban la baranda del coro; en cada uno de los balcones de los órganos habia otro; y el último se hallaba en medio del coro. Imposible es describir el efecto mágico de tan enorme melodía, multiplicada por el eco de aquellas anchurosas bóvedas. Unas veces el lleno de las voces, instrumentos y órganos parecian remedar el trueno que anuncia la presencia de la Divinidad; otras semejaba sentirse á lo lejos la dulce armonía de los ángeles que entonaban el interminable *hosanna*; y siempre el alma encantada, estasiada la imaginacion en medio de aquel dulce canto, en aquel mar de luces, rodeada de la nube olorosa que se levantaba de los incensarios de oro, esclamaba: este es el palacio de Dios y la puerta del cielo. Los Reyes, situados en el llano del altar mayor enfrente de los oratorios, la corte puesta en orden en la nave principal, el inmenso gentío que llenaba todo el vasto templo, todos silenciosos, todos admirados, compunjidos y devotos todos, aumentaban la grandiosidad del espectáculo.

Concluida la Misa se ordenó la procesion, que no fue menos vistosa y sorprendente. A la entonces numerosa Comunidad se unieron los muchos grandes y caballeros que habian venido con S. M., con todos los dependientes del Real palacio, lujosamente vestidos, que formaban dos largas filas. Entre ellas iban los coros de músicos, y en medio de ellos el hermoso organillo del Emperador Carlos V, que era todo de plata sobredorada y perfectamente construido. Ocho de los monjes mas ancianos y condecorados, vestidos con ricas capas de brocados llevaban el palio, debajo del cual iba el Prior sosteniendo en sus manos la custodia en que está colocada la Santa Forma, objeto de tan regio y magestuoso cortejo. Detrás iba Carlos II con los grandes dignatarios de palacio, todos con velas encendidas: la Reina acompañada de sus damas ocupaba la baranda del coro para ver salir y entrar la procesion. Esta salió á dar la vuelta al claustro principal bajo, en cuyos cuatro ángulos estaban preparados de antemano ricos y vistosos altares, que realzaban notablemente su hermosura y magestad. En cada uno de ellos colocaba el Prior la custodia, mientras la capilla cantaba un devoto y sentido villancico; y concluido el último, que se cantó en la nave principal de la iglesia, entraron en la sacristía. Describir lo que fué en aquel momento tan bellísimo salon, dar una idea del efecto que su vista causaba, es superior á las fuerzas humanas. Las innumerables luces con que estaba adornado, aumentadas por las que llevaban en las manos todos los concurrentes, y multiplicadas hasta el infinito por los reflejos de los recien bruñidos jaspes del nuevo altar, el brillo de los metales preciosos, de la costosa y variada pedrería, sembrada con profusion en el tabernáculo, en el frontaltar y en los sagrados ornamentos y vasos, no puede compararse á nada humano; solo podrá dar alguna idea la consideracion de aquella luz inaccesible que baña eternamente el trono de la Divinidad. Mientras el

Prior decia las oraciones y desempeñaba las demás ceremonias, los Reyes estaban de rodillas en un magnífico estrado sembrado de oro, colocado al lado del Evangelio: todos los demás rendian adoracion á la Forma Santa en lo largo de la sacristía; la capilla entonaba con armoniosos acentos las divinas alabanzas, y el humo de esquisitos aromas, mezclado con el fervor de los corazones, subia hasta la presencia del Dios de Israel. Pocos minutos despues, aquella milagrosa Forma, sacrílegamente hollada por los zuinglianos, quedaba colocada en el trono tal vez mas digno que le podian ofrecer los mortales; y el templo, pocos años antes profanado, mas por la ceguedad de las pasiones que por la irreligion, quedaba desagraviado con el nuevo altar que la piedad de su rey levantaba en honor del Dios de misericordia.

A la inmensa riqueza del altar, templete y ornamentos, quiso aún añadir otro regalo. En el camarin que se forma detrás del altar, en un nicho de seis pies de alto por cuatro de ancho, que termina en una linda concha de mármol, enfrente de la tribunilla donde ahora hay colocadas dos banderas, mandó colocar otra alhaja tambien de mucho precio. Era una especie de templete de tres pies de ancho por cinco de alto. Sobre cuatro serafines de plata se estendia un plano de lapislázuli embutido de ágatas de diversos colores, sobre el cual se sostenia lo restante de tan delicada obra. El primer cuerpo estaba formado por cuatro columnas de diaspro, con las pilastras, intercolumnios y cornisas de lapislázuli y ágatas; y entre las dos de enmedio dejaba un claro, en el que estaba colocada entre cristales una reliquia de la V. y M. Sta. Constancia. El segundo cuerpo era una capilla con la anunciacion á la Vírgen María, y en lo mas alto el Espíritu Santo en forma de paloma, acompañado de ángeles y serafines, todo de plata perfectamente labrada, rematando en una cupulita de lapislázuli con adornos de plata. Toda la obra estaba guarnecida de negro y bruñido ébano, que hacia resaltar mas los colores de las piedras y la blancura del metal.

No le era inferior en valor material ni en arte la alhaja que la Reina madre Doña María Ana de Austria habia enviado á su hijo para tener tambien alguna parte en aquel nuevo altar de desagravio. Era esta una araña de plata sobredorada, de tan esquisita labor, tan llena de filigranas y pedrería, que el P. Santos dice que parecia hecha por mano de ángeles. Su forma era la siguiente: dos águilas del imperio unidas con una sola corona sostenian un grueso globo, del que salian seis magníficas arandelas, enlazadas entre sí por guirnaldas de flores y colgantes de frutas, que pendian hasta mas abajo de una manzana que la servia de remate. Se colgó del gran florón de bronce que hay en la bóveda del camarin, y cuando la encendian formaba como una multitud de lucientes estrellas, agrupadas para manifestar la omnipotencia del Criador.

Las guerras y vicisitudes políticas, ó mas bien el vandalismo de

los franceses, nada dejó, nada respetó de estas bellezas artísticas, pero no pudo despojarnos de todas las que nos dejó Carlos II. Las bóvedas de la iglesia, escalera principal y ante-sacristía, habian estado hasta entonces estucadas de blanco, con fajas y estrellas azules; pero el trascurso de un siglo, y sobre todo, el humo del último incendio, las habia deteriorado y ennegrecido de un modo notable. Se trataba de revocarlas, cuando al Monarca le ocurrió la feliz idea de mandarlas pintar al fresco, y encargó la realizacion de ella al inmortal Lucas Jordan, que desempeñó el encargo con una prontitud que sorprende.

Comenzó su trabajo por la bóveda y fresco de la escalera principal, y en solos siete meses concluyó aquel cuadro sorprendente, en donde todo es grande. La eleccion del asunto, el buen gusto óptico, el movimiento de las figuras, lo atrevido de los escorzos, la fuerza del colorido, el conocimiento de las luces, lo acertado de la composicion, todo en fin arrebata y admira, por mas que los inteligentes tachen á Jordan de poco correcto y amanerado. Fue tanto el contentamiento que produjo este fresco en cuantos le vieron, que quiso el Rey continuase pintando las demás de la iglesia. Comenzó por la que está á la parte de palacio, encima del altar de las reliquias, y pintó consecutivamente los cuatro ángulos; luego las mas altas, que forman el crucero; á estas siguieron los antecoros; y en estas nueve grandes bóvedas no tardó mas que veinte y dos meses: de modo que al considerarlo, no sé qué es mas admirable, si la presteza en pintarlas, ó la maestría y buen efecto de la pintura. Los andamios para esta operacion se pusieron segun la traza y direccion del maestro mayor Don José del Olmo, que supo colocarlos con tanta seguridad y sencillez y con tan buena traza, que no impedian la celebracion de los Oficios divinos en las grandes festividades.

Satisfecho el monarca de los conocimientos y laboriosidad de Jordan, quiso tambien recompensarle con largueza, y mientras que duró la obra le dió 200 escudos de oro mensuales; y despues de concluída, tanto á él como á sus hijos y familia, les prodigó con Real munificencia mercedes muy señaladas.

Por fin, despues de tantas desgracias y contratiempos, despues de tantas dificultades, y enmedio de los gravísimos apuros en que se hallaba el erario público, y del desórden general que reinaba en toda la nacion, el Escorial, como un fénix milagroso, logró salir de entre las llamas del incendio, mas magnífico, mas hermoso, mas enriquecido que antes. ¡Milagro en verdad puede llamarse, si se considera la desgraciadísima época en que esto se hizo!

Mas aún no he dicho todas las riquezas que este último vástago de la casa de Austria acumuló en el Escorial. Regaló una estátua de San Lorenzo, que tenia en la una mano las parrillas, y colocada en ellas una barra de las mismas en que el nunca vencido mártir español padeció el martirio, y en la otra una palma. Pesaba la está-

tua diez y ocho arrobas de plata y diez y ocho libras de oro. Mandó hacer tambien de plata sobredorada una especie de custodia de enormes dimensiones, á que dieron el nombre de *pantallon*, figurando las armas austriacas con el águila de dos cabezas coronada, y en el centro estaba el círculo para colocar una custodia mas pequeña, contorneado de rayos del mismo metal sobredorado. Los monjes que lo conocieron me han asegurado que era como la rueda grande de un coche. Para adorno de las habitaciones mas notables regaló muchos y muy buenos cuadros del Dominiquino, Carreño, Albano, Velazquez y Jordan; y para comodidad de las tropas que le acompañaban en las jornadas, mandó edificar el magnífico cuartel de caballería, cuyas ruinas se ven hoy junto á la primera casa de Oficios. Carlos II nunca era pobre para dar al Escorial.

Entonces tocaba este monumento al apogeo de su esplendor y riqueza, y eran estos los últimos esfuerzos que en su favor hacia la casa de Austria, que iba á estinguirse muy pronto. La augusta madre de Carlos II, Doña María Ana de Austria, que con tanta predileccion habia mirado al monasterio, y que habia tenido valor para emprender la reparacion de tan vasto edificio en medio de tanto dislocamiento y confusion política, y de los grandes apuros del erario, pagó el indispensable tributo de la humana naturaleza falleciendo en Toledo á 16 de mayo de 1696; y su cadáver, trasladado al Real panteon, fue colocado en una urna que en su testamento habia dejado señalada el Señor Don Felipe IV, su esposo, que es la primera del lado de la epístola, comenzando á contar desde abajo en el segundo nicho.

Tres años despues, esto es el 15 de octubre de 1699, en presencia del Rey y Reina, el Conde de Arak, embajador de Alemania, y su esposa, y de otras muchas personas que los acompañaban, se abrió la urna donde estaban los restos mortales de Doña María Ana de Austria, y la encontraron sin ningun género de corrupcion ni mal olor, y tan natural, que parecia estar dormida. El Rey no pudo connener las lágrimas á vista de su augusta madre.

Cada momento iba perdiendo mas la salud de Carlos II, que destruido por los infinitos brevages que tomaba, apurado por los escrúpulos de su conciencia, aterrado con el embrujamiento y hechizos que su confesor Fr. Froilan Diaz le habia hecho creer como ciertos, abrumado por las intrigas de la Europa entera, que dividia su nacion y su corona como los despojos de un campo de batalla, y luchando terriblemente con la incertidumbre de la persona á quien habia de nombrar para sucederle, iba consumiendo poco á poco su raquítica existencia, y acercándose á largos pasos al sepulcro. Desde su borde inevitable veia la agonía de su nacion, próxima á hundirse para siempre, y recurrió á Dios, encargando plegarias y públicas rogativas á todos los fieles, y mas señaladamente al monasterio del Escorial, que por tantos títulos debia gratitud á este monarca.

Se agitaba entretanto la Europa en tenebrosas intrigas, escitadas por la ambicion de poseer tan rica corona. Carlos II habia declarado por su heredero al Príncipe de Baviera José Leopoldo, pero su temprana muerte volvió á suscitar con toda su fuerza los derechos de las casas de Austria y de Borbon. Luis XIV que tanto habia trabajado en favor de la última, tenia mucho adelantado; pero tambien los favorecedores de la casa de Austria, á cuyo frente se hallaba la Reina Doña María Ana de Neuburg, eran fuertes y poderosos. Esta señora habia apurado ya todos sus recursos, y hasta trató de escitar los celos y amor propio del moribundo y débil Rey, revelándole el secreto de haberla el embajador de Francia, Marqués de Harcourt, convidado con las bodas del Delfin despues del fallecimiento de Carlos, siempre que le inclinase á favor de la casa de Borbon. ¡Pero qué pasion era ya posible escitar en un hombre tan debil por su naturaleza, tan destruido por los achaques, y tan entontecido por los escrúpulos é intrigas! Esta lucha no hacia mas que empujarle al sepulcro, y hacer mas dificil su decision, que por fin acabó de resolver el dictamen del Sumo Pontífice Inocencio XII; y el Duque de Anjou fue nombrado sucesor y heredero de la corona de España, á pesar de las intrigas de los partidarios de la Reina, y de las protestas del embajador de Austria.

Asi lo declaró en su testamento, apoyado en el derecho que al dicho Duque asistia por su abuela Doña María Teresa de Austria. Nombró por gobernador general de estos reinos al Cardenal Portocarrero; señaló alimentos á su esposa la Reina; mandó se le enterrase en el panteon del Escorial; y no se olvidó de este monumento, con quien siempre habia sido tan dadivoso, encargando muy particularmente á su sucesor su conservacion, el respeto á las rentas que con este objeto le estaban asignadas, y que procurase aumentar su brillo y grandeza. Otorgado y ratificado el dicho testamento, y recibidos los Sacramentos de la Iglesia, sus males fueron agravándose notablemente; y el 1.° de octubre del año 1700, entre dos y tres de la tarde, terminó su corta vida, pues aún no habia cumplido cuarenta años, que fueron todos de agonía y disgusto. Desgraciado y debil monarca, en quien concluyó de reinar en España la dinastía Austriaca, que tantos dias de gloria y engrandecimiento habia dado á esta nacion en sus primeros años, y que tan destruida y debil la dejaba á la muerte de su último poseedor.

CAPITULO VIII.

Principios del reinado de Felipe V, y conducta que observó la Comunidad durante la guerra civil.—Fundacion y principios del Real Sitio de San Ildefonso.—Renuncia de Felipe V y aclamacion de Luis I.—Su muerte.—Mejoras que se hicieron en los claustros menores.—Incendio.

Mientras en el monasterio del Escorial se hacian las honras y se colocaba en el panteon el cadáver del Monarca que con tanta prodigalidad le habia reedificado y embellecido, la nacion comenzaba á agitarse, y se desarrollaban los gérmenes de la guerra civil, que no tardó mucho en estallar, declarándose los unos por Don Carlos, Archiduque de Austria, que pretendia tener el mejor derecho por su parentesco con la familia que habia concluido en la persona de Carlos II, y otros por Don Felipe V, que además de los derechos del parentesco, tenia en su favor el testamento. Apoyado en ellos, y en el poder y tropas de su abuelo Luis XIV de Francia, se dirijió á Madrid, donde llegó á 18 de febrero de 1701, é hizo su entrada pública en la capital por la puerta de Alcalá, entre las aclamaciones de un pueblo inmenso que de todas partes habia concurrido ansioso de conocer al nuevo Rey. Este unia á una figura esbelta y hermosa un temperamento robusto y un caracter afable, y esto cautivaba la voluntad de sus nuevos vasallos, acostumbrados á ver un rey raquítico, asustadizo y enfermo. Nada ocurrió de particular en el Escorial en los primeros años del reinado de la casa de Borbon. Como toda la nacion, el Prior á nombre de la Comunidad felicitó al Monarca por su advenimiento al trono, por su enlace con Doña María Luisa Gabriela, hija segunda del Duque de Saboya, que se efectuó á 27 de diciembre de 1701, y por los demás sucesos prósperos de sus armas; pero tambien le alcanzaron algunas desgracias consiguientes á la guerra civil, ya por los donativos que tuvo que hacer para llenar las atenciones del erario, ya tambien en sus posesiones, en que esperimentó algunas pérdidas de consideracion.

La guerra fué al principiò poco favorable á Felipe V; y el Marqués de las Minas, al frente del ejército enemigo, ocupó en 22 de junio de 1706 la villa del Espinar, y Berwich con las tropas reales tuvo que retirarse sobre Madrid. Pasó el de las Minas los puertos, y sentó su cuartel general en las dilatadas dehesas de Campillo y Monasterio, pertenecientes al Escorial. En estremo aflijida y apurada se hallaba la Comunidad, sin saber cómo condu-

cirse en trance tan apurado. Si, insistiendo en la fidelidad jurada y debida á su lejítimo Monarca, cerraba las puertas á los enemigos y les manifestaba resistencia, esponia aquel monumento á ser devastado, robado y profanado por los soldados; y si les abria las puertas, si los recibia y auxiliaba, incurria en la fea mancha de traicion, y podria aparecer como desleal y partidaria. En tal conflicto, por consejo de la Comunidad reunida en pleno capítulo, consultó el Prior á Felipe V qué conducta deberia observar si los enemigos, que ya estaban á vista del monasterio, intentaban posesionarse de él. No estrañó el Monarca tan prudente conducta, y al margen de la comunicacion misma contestó de su puño y letra: *Si se presentasen los enemigos dareis la obediencia al Archiduque en los términos mas comedidos que podais, con lo que se contendrán; sin que por esto sea visto dudo yo de la fidelidad y amor que me profesais.* En efecto, el dia de San Juan, 24 de junio, muy de mañana se presentaron á vista del monasterio los gefes principales de los austriacos acompañados de alguna tropa, y al momento salió el Prior con algunos monjes ancianos á cumplimentarlos, y suplicarles mandasen respetar aquel régio monumento. Así lo hicieron, mandando poner centinelas en todos los puntos principales, para que nadie osase tocar en lo mas mínimo á lo sagrado ni profano, y con el mayor orden y respeto recorrieron el monasterio, admirando sus preciosidades, y admitiendo los abundantes obsequios de refrescos y comida que les hizo la Comunidad. Despues se solazaron algun tiempo en la espaciosa Lonja, corriendo cañas y parejas, y se retiraron á sus reales sin haber causado daño ninguno, antes muy agradecidos á la amabilidad y buen trato con que los habian recibido los monjes. Con esto quedó el monasterio tranquilo, y libre del apuro y compromiso que tanto habia temido.

Entretanto la Reina con todos los tribunales habia abandonado la capital para establecerse en Burgos, y el Rey se retiraba con su ejército, que desaparecia por momentos, á causa de la desercion espantosa que en él se habia introducido. Por fin se detuvo en Sopetran, donde logró reanimar el espíritu abatido de sus soldados, tanto con sus palabras y ejemplo como con los poderosos auxilios que le vinieron de Francia. El ejército enemigo habia entrado en Madrid el 25 de junio; pero se quedó dormido sobre sus laureles y se entregó al vicio de tal modo, que llegó á tener en los hospitales 6.000 hombres enfermos del mal venéreo. De este modo perdió toda su fuerza y dió lugar á Felipe V para rehacerse, y hacer volver en favor suyo las probabilidades del triunfo.

Comenzó con felicidad el siguiente año 1707, y el 23 de abril se dió junto á Almansa aquella célebre batalla, que puede decirse decidió la contienda á favor de la casa de Borbon; la Reina y los tribunales volvieron á Madrid, y los enemigos no tuvieron mas que derrotas. Además de las ventajas de la guerra quiso Dios conce-

derle al Rey el fruto de sucesion; el 25 de agosto, á las diez y media de la mañana, dió la Reina á luz al hijo primogénito el príncipe Don Luis Fernando, cuyo nacimiento contribuyó muchísimo á mejorar la causa de su padre, y aumentar el cariño de los españoles.

Toda la nacion se esmeró en celebrar tan fausto acontecimiento; y el Escorial, siempre entusiasta por la felicidad de sus patronos, hizo cuanto pudo para celebrarlo. Los niños del Seminario corrieron cañas é hicieron comedias compuestas al efecto; los criados y dependientes de la fábrica, vestidos con lujosos trajes, tuvieron juegos y danzas; y la Comunidad, despues de las ceremonias de costumbre y de cantado un solemne *Te-Deum*, se entregó tambien á los regocijos propios de su estado, llegando á tal punto en uno de los monjes, llamado Fr. Juan de Santa María, la exaltacion y entusiasmo, que se volvió loco en el acto, y doce años que vivió despues los pasó gritando constantemente: *Viva el Príncipe*, *Dios nos le guarde*.

Como no es mi propósito escribir la historia de la nacion sino en lo que puede tener algun contacto con el Escorial, pasaré por alto todos los diversos sucesos de la guerra, que otra vez fué funesta al Rey Don Felipe V. Este, perdidas las dos batallas de Almenara y Zaragoza, se vió precisado á retirarse á Madrid, de donde á 9 de setiembre de 1710 volvió á salir con la Real familia y todos los tribunales á Valladolid, dejando otra vez la corte, que ocupó el Archiduque Carlos con su ejército el 27 del mismo mes. La Reina, que como Gobernadora habia permanecido en Madrid, tuvo que salir precipitadamente de noche, y se dirijió al Escorial, donde ninguna noticia ni de palabra ni por escrito se anticipó á su llegada. Las puertas del Real palacio, y lo mismo las del monasterio, estaban cerradas; mas á los golpes despertó el portero, y la Reina, acompañada del Príncipe, de la princesa de los Ursinos y de muy pocos criados, entró en su casa. Por causa de la guerra civil el palacio se hallaba enteramente desmantelado, y sin ninguno de los utensilios indispensables para la vida. Ni habia nada que comer ni camas en que dormir, hasta que avisado el Prior, y sabedora la Comunidad de que dentro del recinto del monasterio se hallaba tan augusta huéspeda, acudieron al momento con viandas, no delicadas, porque muy raras veces las usaba aquella corporacion, pero abundantes y saludables, y las mejores que pudieron proporcionarse Lo mismo sucedió con las camas, que no podian ser otras que las que tenian para su uso los monjes; mas sin embargo, recojiendo lo mejor que pudo hallarse en todo el convento, se compuso una bastante mas cómoda y decente que las demás para que S. M. la ocupase. Pero en medio de la confusion que en aquel momento reinaba, con la precipitacion que por todas partes se atendia á socorrer las necesidades de los recien llegados, nadie cuidó de avisar á la Reina del sitio donde se le habia destinado y arreglado la cama.

Vióla la princesa de los Ursinos, y sin preguntar á nadie, ni cuidarse de si estaba ya acomodada su Soberana, se metió en ella. Cuando la Reina quiso retirarse y se dirijió al lecho que le habian preparado, encontró qué ya estaba ocupado por la princesa, y por no incomodarla ó por prudencia, vestida como estaba se sentó sobre unos colchones, y pasó allí la noche, teniendo en sus brazos al Príncipe heredero su hijo. Los dependientes que pudieron observarla en tal estado, sin detenerse á inquirir los motivos, atribuyeron esta descomodidad de la Reina á descuido y mala fe de los monjes, á quienes por este hecho trataron de archiduquistas. Tal vez de aquí tomó motivo el P. Jesus Belando para en su historia civil de España zaherir á tan respetable Comunidad; pero la Reina misma volvió por la reputacion de los que ninguna culpa habian tenido en aquel caso, producido solo por la princesa de los Ursinos.

Por fin, despues de varias vicisitudes, Felipe V, conseguidas las célebres victorias de Villaviciosa y Brihuega, quedó en pacífica posesion del trono de España, y el monasterio del Escorial, despúes de haber rendido gracias al Dios de los ejércitos por la prosperidad y triunfos de las armas españolas, encargó á un pintor que entonces se hallaba allí, llamado Don Felipe de Silva, pintase un lienzo alusivo á los triunfos del Monarca. Todavía se conserva este cuadro, en que no estuvo muy feliz el autor.

Como la vida de los mortales es un contínuo tejido de placeres y disgustos, de fortuna y adversidades, la alegría de los triunfos que diariamente alcanzaban las armas españolas fué interrumpida por la muerte de los hermanos del Rey, á quienes unas viruelas malignas arrebataron en muy pocos dias. A 12 de febrero de 1712 murió madama Adelaida, muger del Delfin, que tambien sucumbió con su esposa contajiado de la misma enfermedad; y de sus dos hijos, el mayor, que era el Duque de Bretaña, murió tambien, quedando solo el Duque de Anjou, de edad de dos años y bastante enfermo, aunque luego convaleció perfectamente, y ciñó la corona de Francia con el nombre de Luis XV. Esta circunstancia hizo que Felipe V, á pesar del tratado de Utrech, fuese vuelto á llamar á suceder en la corona de Francia; pero era tanto el amor que habia tomado á los españoles, tantas las pruebas que estos le habian dado de lealtad y valor, que en 5 de octubre volvió á hacer segunda renuncia de sus derechos al reino de Francia en las Cortes generales.

Apenas en el Escorial habian concluido los sufrajios por las almas de los Delfines, cuando tuvo el Monarca que llorar tambien la pérdida de su valiente y entendido general Don Luis José, Duque de Vandoma, que murió en un pueblo pequeño del reino de Valencia en el mes de mayo de 1712, de una apoplegía fulminante ocasionada por baberse escedido mucho en una cena, comiendo demasiado de un pescado que le sirvieron. No tuvo Felipe V otro medio de recompensar sus servicios, que mandando se le hicieran los honores como á Infante de España, y concediéndole, por un pri-

vilegio especial, que fuese enterrado en el panteon de Infantes, donde se ve su caja, que manifiesta que su estatura era aventajadísima.

El dolor de esta pérdida se templó algun tanto con el nacimiento de un Infante, á quien pusieron en el bautismo Don Felipe. Poco mas de un año despues, esto es, á 23 de setiembre de 1713, la reina, á pesar de estar ya declarada ética y hallarse en un estado de debilidad suma, dió á luz un Infante, que despues reinó en España con el nombre de Fernando VI. Aunque el parto fué feliz, la salud de la Reina era tan delicada que se sintió notablemente, y despues de largos padecimientos, á los 14 de febrero de 1714 murió, á los 25 años de su edad. Su cuerpo, despues de perfectamente embalsamado, fué conducido al panteon del Escorial, donde fué recibido con las ceremonias de costumbre, y sepultado en una de las urnas de mármol como madre del Príncipe heredero.

Aunque sintió el Rey la muerte de su esposa de un modo tan estraordinario, que abandonó el Real palacio y se fué á vivir á la calle del Prado, á la casa del Marqués de Priego, Duque de Medinaceli, y por tres dias, no solo no quiso ver á nadie sino que ni aun despachó los negocios del Estado, sin embargo, era muy joven y de un temperamento robusto, y al momento se le propusieron nuevas bodas. Las aceptó, y quedaron ajustadas á 16 de setiembre de 1714, y se efectuaron á fin de año con la princesa parmesana Doña Isabel Farnesio. La nacion toda, y singularmente en Madrid, recibieron á su nueva Reina con mucho entusiasmo, y con marcadas pruebas de cariño por haber derribado antes de sentarse en el trono á la princesa de los Ursinos, de cuyo poder y tenebrosas intrigas estaban ya demasiado hartos los españoles. En el año siguiente de 1716, á 20 de enero, tuvieron el placer sus vasallos de verla ya madre de un Príncipe, que despues gobernó felizmente la nacion por largos años con el nombre de Carlos III.

Desde la muerte del último Monarca de la casa de Austria, su sucesor, ocupado esclusivamente en conquistar y reconquistar el trono que habia heredado, apenas habia tenido tiempo de ver el Escorial; ni tampoco la Comunidad, que como todos los vasallos habia tenido precision de atender á los gastos de la guerra, ofreciendo y dando al Rey cuantiosos donativos, habia podido emprender ninguna obra notable, aunque habia cuidado con esmero de la conservacion del edificio. Completamente tranquilo el reino, la familia Real tuvo ocasion de visitar aquella maravilla y admirarla durante las jornadas; y fué tanto el aprecio que Felipe V hacia de aquel monasterio, que solia decir algunas veces: *En tanto tengo yo el ser patrono de aquella casa como mi corona*. La Comunidad le esperimentó siempre dispuesto á mirar por sus intereses; ya en 1701 la habia amparado en la posesion de sus bosques y dehesas, y despues con motivo de algunos disturbios ocurridos entre el convento, el conserje y veedor de palacio, y en vista de la escasez de

las rentas de fábrica, de las cuales se pagaban los sueldos de estos empleados, dió un Real decreto, su fecha 18 de julio de 1718, suprimiendo las dichas plazas; y en consecuencia el Prior reasumió sus cargos, como se ve por otra Real cédula, fecha en Madrid á 3 de marzo de 1719, refrendada por el secretario Don Miguel Fernandez Duran. En ella encargó el Rey al Prior y Comunidad la custodia de su Real palacio, casas de Oficios y todas sus dependencias, con los muebles y demás efectos en ellas contenidos; mandando asimismo, que ninguna persona ni tribunal pudiese pedir cuentas ni relacion jurada al monasterio de la inversion de los caudales de la fábrica; que las certificaciones del monje arquero (este era el nombre que se daba al tesorero de Comunidad), sin mas que vistas por el Prior y autorizadas por un escribano, sirvan para cualquiera instancia; y finalmente, que del archivo del dicho monasterio no pueda sacarse papel ninguno orijinal. Esto estendia y desembarazaba estraordinariamente la propiedad del monasterio, ampliaba la autoridad del Prior, y le aseguraba la proteccion del Monarca; y á la sombra de la paz se iban poniendo sus rentas en estado floreciente.

Sin embargo, la casa de Borbon ya no habia de tener tanto interés por aumentar la riqueza y hermosura del Escorial, y la atencion de Felipe V se dirijia á otro punto, donde se comenzaron á gastar cuantiosas sumas para embellecer y hacer notable un terreno de suyo mas agreste, árido é infecundo que lo fuera el Escorial antes de su edificacion. La causa fué la siguiente. En estremo molestado de unas tercianas rebeldes se hallaba el Monarca de España, sin que hubiese encontrado alivio ninguno en los diversos puntos que mudó para combatirlas. Se fué por último al Real palacio de Balsain, donde tampoco encontró alivio, antes al contrario le repitieron los accesos con mas fuerza; y entonces le dió la aprension de irse á vivir á una granja que á media legua de distancia tenian los monjes gerónimos de Santa María del Parral, estramuros de Segovia. Habia sido esta granja en lo antiguo una de las muchas casas, que con su estremada aficion á la caza habia mandado construir en despoblado el rey Don Enrique IV de Castilla, que despues la dió á los monjes, y cuya donacion confirmó luego su hermana la reina católica Doña Isabel I. Cuando Felipe V quiso habitarla no era ya mas que una casa de labor, sin ninguna comodidad, y casi toda á teja vana, rodeada de tierras labrantías, algunas de pastos, y lo demás de monte de encina, roble y pino. Cerca de ella habia una antiquísima ermita de San Ildefonso, á la cual iban los monjes á hacer una fiesta solemne todos los años en el dia de dicho santo. En esta casa, á pesar de su descomodidad, se instaló el Monarca, arreglándola de pronto todo lo mejor que se pudo. Los pajares se convirtieron en habitaciones y salas; en las cuadras se improvisaron cocinas y demás departamentos indispensables; y al rededor de la granja se construyeron barracas para aposento de los sirvientes.

Las caprichosas tercianas que le habian negado al Rey la salud en los mas cómodos palacios, le dejaron allí completamente; y como era muy natural, tomó cariño á un terreno para él tan saludable y benéfico. Compró, pues, á la Comunidad del Parral aquella posesion en lo que fué tasada, asignándola además 375.000 mrs. de juró perpétuo en el servicio de millones de Segovia, y cien fanegas de sal perpétuas en las salinas de Atienza, de que les dió privilegio en 1722. Compró además de la Junta de Linages de Segovia una porcion de terreno, otros que le cedió la misma Comunidad, y acotándolo y cercándolo todo comenzó el delicioso y pintoresco sitio de San Ildefonso, llamado así por la antigua ermita de este santo que habia en el terreno, y tambien la Granja, por haberlo sido de los monjes del Parral. Desde entonces todas las predilecciones y gastos del Monarca se dirijieron á aquel Sitio, y por consiguiente el Escorial quedó postergado.

Sin embargo, las rentas de este monasterio estaban entonces en muy buen estado, y la Comunidad por sí fue haciendo sucesivamente algunas mejoras notables, de que iré dando razon en sus respectivos lugares. Ya entonces con la paz se habian regularizado las jornadas; y aunque Felipe V pasaba larguísimas temporadas en el nuevo Sitio de la Granja, las demás personas reales venian con frecuencia á cazar y descansar á este convento. En una de estas separaciones de la familia, Felipe V, el dia 10 de enero de 1724, hizo renuncia formal de todos sus estados en su hijo Don Luis I de este nombre, manifestando su deseo de retirarse á vivir á San Ildefonso con solas sesenta personas, que componian toda su real servidumbre. Se hallaba el Príncipe en el Escorial, adonde á 14 del mismo mes llegó el Marqués de Grimaldi, que era el portador de la renuncia del Rey, y el encargado de notificarla á su hijo. Este le recibió solemnemente á presencia de los caballeros de su corte, y del Prior, á quien llamó como testigo de acto tan solemne. Leyó el Marqués la renuncia formal del Rey en la persona de su hijo primogénito D. Luis, y aceptada por éste en debida forma, todos los presentes le aclamaron y rindieron la obediencia. En seguida pasaron á la iglesia, donde las tres Comunidades entonaron un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por el advenimiento al trono del nuevo monarca, que partió al momento á la Granja para dar las gracias y conferenciar con el Rey su padre. Entretanto en Madrid se hacian los preparativos para la proclamacion, y el dia 9 de febrero se alzaron pendones por el nuevo Rey, segun la costumbre del reino.

Muy poco duró la alegría del nuevo reinado, pues en el mismo año por el mes de agosto enfermó el Rey de unas viruelas malignas, que hicieron perder muy pronto la esperanza de salvarle. Entonces hizo testamento, devolviendo á su padre el reino que en él renunciara; y el último dia de agosto murió en el palacio del Buen-Retiro, teniendo solos 17 años. Habia pasado largas temporadas en

el Escorial, y tratado muy familiarmente á los monjes, por lo cual algunos le amaban con tanto estremo, que uno se volvió loco del sentimiento; siendo muy de notar que dos monjes del Escorial comenzasen á padecer este funesto accidente, el uno el dia de su nacimiento, y el otro en el de su muerte. Aunque con notable repugnancia, el dia 6 de setiembre volvió Felipe V á encargarse del gobierno de la nacion, y al momento reunió cortes en Madrid, que juraron por heredero al Infante Don Fernando en San Gerónimo del Prado, el dia 25 de noviembre.

Poco tiempo despues de estos acontecimientos, en 1726, se comenzó en el Escorial una obra de mucha consideracion y necesidad. Todos los claustros menores del convento y colejio se hallaban enteramente abiertos, como ahora lo están los del Seminario; y no solo en el invierno y en los dias de viento fuerte hacia en lo interior del edificio un frio intolerable, sino que tambien las aguas y nieves que se introducian causaban no pequeño mal á la fábrica. El Prior, que era entonces Fr. Luis de San Pablo, reunida la Comunidad en capítulo la hizo presente las incomodidades y daños que de estar abiertos los claustros resultaban, y las ventajas de cerrarlos. Dió la Comunidad su aprobacion, y al momento se comenzaron á poner antepechos de piedra en todos los claustros menores, y á cerrarlos con ventanas y vidrieras en los medios puntos, como ahora se ven; en lo cual, aunque se invirtieron grandes cantidades, fué con mucha ventaja, y se añadió grandiosidad al monasterio.

Apenas se habia concluido esta obra, cuando en la noche del 5 de setiembre de 1732 se levantó una tempestad horrible. El viento bramaba con furor; nubes oscuras y densas se agrupaban encima del monasterio, cuyas bóvedas retemblaban al estampido del trueno; y entre varios rayos que despedian, uno cayó en el edificio, aunque de pronto nadie supo designar fijamente el punto. Desde el amanecer los alarifes, pizarreros y carpinteros, acompañados de los monjes, recorrian el edificio para ver en qué parte habia tocado el rayo; pero ni encontraron señal ninguna, ni percibieron olor ni humo por ninguna parte. Pero á la una de la tarde del dia siguiente rompieron de pronto las llamas por el empizarrado junto á la torre del Seminario; y como los incendios habian dejado tan lamentables recuerdos en aquel edificio, todos acudieron con prontitud, pero con poca esperanza, porque la llama, impelida por el viento, corria con tal rapidez, que á pesar de los esfuerzos que se hacian para contenerla, en poco rato llegó á la lucerna del Colegio, reduciéndola á cenizas con todo lo que encontró en el espacio intermedio. Ya se comunicaba con los claustros interiores, y amenazaba las habitaciones del Real palacio, cuando los monjes (sin por esto descuidar los esfuerzos humanos) acudieron al Dios omnipotente, en cuya piedad confiaban. Llenos de fervor fueron á la iglesia, y formados en procesion solemne, el Prior, Fr. Antonio de San Gerónimo, tomó en sus manos al Santísimo Sacramento; otro monje la

imagen milagrosa de María Santísima, què se dice reveló á San Pio V la famosa victoria obtenida en Lepanto, y otro el velo prodijioso de Santa Agueda, empleado en otro tiempo con tan buen éxito por los paganos de Catanea contra el fuego. Seguida de tan poderosos protectores se dirigió la sagrada cohorte á los puntos amenazados, y como si hubiera vuelto á repetirse aquel mandato del Eterno: *hasta aquí llegarás*, el fuego se contuvo. Ni un solo paso tuvieron que retroceder los que, fiados no en las fuerzas humanas sino en el poder del Dios de Israel, le invocaron en la tribulacion, y fueron oidos. El incendio se limitó á las inmediaciones de la lucerna, donde quedó apagado luego que consumió todo el combustible que habia en aquel espácio.

La Comunidad aflijida dió parte al Rey de tan desagradable acontecimiento; y deseoso de que cuanto antes se reparase el desperfecto causado por las llamas, concedió al momento dos títulos de Caballeratos para que se beneficiasen, y cincuenta pinos en el bosque de Balsain. Con este auxilio y las rentas de la fábrica muy pronto se remedió el daño, y el edificio volvió á su antigua uniformidad y belleza.

CAPITULO IX.

Muerte de Doña María Ana de Neuburg.—Descripcion de una magnífica alhaja que legó en su testamento.—Disputa suscitada en su entierro.—Incendio.—Muerte de Felipe V y reinado de Fernando VI.—Heredamiento en el Perú.—Terremoto.—Muerte de la Reina y del Rey.—Reinado de Carlos III.—Muerte de su esposa.—Comienza á formarse la poblacion del Sitio.—Incendio.—Diferentes obras que se emprendieron en el Sitio, ya por el Rey ya por la Comunidad.—La Cantina.—Casa de Infantes.—Casinos de Abajo y de Arriba.—Casa de los Ministerios.

Habian pasado sin incidente notable los años desde el de 1732 hasta el de 1740, en que á 16 de julio murió Doña María Ana de Neuburg, Reina de España, y segunda mujer de Carlos II. En los treinta y nueve años de su viudez habia tenido que sufrir los disgustos consiguientes á las vicisitudes políticas de su época, al dejar de permanecer en el alto puesto que habia ocupado, y á la gran parte que habia tomado en las intrigas y revueltas de su tiempo. Primero residió en Madrid, pero hostigada por amargos sinsabores pasó á Toledo, donde la visitó, mostrándole mucha deferencia y agrado, el Rey D. Felipe. Tuvo la desgracia de declararse por los austriacos cuando entraron en Toledo, y entonces el monarca, para cortar en adelante compromisos, mandó al Duque de Osuna que la llevase á Francia. Fijó su residencia en Bayona el año 1706, don-

de permaneció, hasta que por influjo de su sobrina la Reina Doña Isabel Farnesio volvió á España. Toda la corte remante la salió á recibir hasta Alcalá, donde por tres dias consecutivos la acompañaron y obsequiaron, prodigándola esmeradísimas atenciones. Pasados estos se retiró á Guadalájara, donde murió á los 72 años cumplidos de su edad, y su cadáver fué colocado en el panteon de Infantes.

Habia esta señora mirado siempre al Escorial con particular aficion; y como prueba de su afecto, al tiempo de su muerte regaló, para que se colocase en la Biblioteca, su genealogía, alhaja verdaderamente Real, tasada en mas de 50.000 duros, y de tan estraordinario mérito y belleza, que me obliga á hacer su descripcion, para que ya que el vandalismo francés nos despojó en 1809 de tan linda joya, se perpetúe al menos la memoria de que la poseimos.

Era el zócalo un plano de cerca de cuatro pies de diámetro, imitando á lapislázuli, de forma circular inclinándose un poco á la ochavada, sostenido por diez y seis bolas de plata dorada. Formaba cuatro frentes, en cada uno de los cuales se elevaba una hermosa gradería que llegaba hasta el último plano. Desde los estremos de estas escaleras corria por toda la circunferencia una balaustrada de plata sobredorada, sirviéndole de términos á los lados de las gradas dos pedestales del mismo metal, con los fondos de lapislázuli, y sobre ellos estaban colocadas diez y seis estátuas, que representaban otros tantos Príncipes y Condes palatinos del Rhin. Un andel, adornado de esquisitas labores de oro y piedras, dividia este plano del segundo, un poco mas elevado y de la misma figura que el primero, rodeado tambien de barandillas, con sus pedestales, sobre los que descansaban ocho figuras en representacion de otros tantos Condes de la misma ilustre descendencia. Las escaleras de este segundo plano conducian al pavimento, que era todo de lapislázuli, partido con listas de plata dorada, y sembrado de infinitas ágatas. Sobre este se levantaba el primer cuerpo de un templete de orden compuesto con cuatro arcos, adornada su cimbra de flores blancas de plata, y sobre su clave una concha llena de diamantes y rubíes sentados en oro esmaltado, y que correspondian enfrente de las escaleras. Sobre un zócalo, guarnecido de joyas y labores de filigrana, estaban colocados ocho pedestales dorados, y sobre ellos descansaban otras tantas columnas de lapislázuli con roleos, follages y vueltas de plata dorada sosteniendo el arquitrabe, friso y cornisa, embellecida con filetes y molduras de filigrana. En los intercolumnios se veian cuatro descendientes de la casa palatina, sostenidos como en el aire por un águila y un leon agrupados bajo sus pies; y debajo de este magnífico templete, y en su centro, bajo un rico pedestal, se ostentaba el emperador Carlo-Magno, tronco de esta ilustre estirpe, adornado de diadema y manto imperial, teniendo en la diestra mano una espada guarnecida de brillantes, y en la izquierda un globo de oro salpicado de piedras preciosas.

Los remates de las columnas del primer cuerpo servian de basa en el segundo á ocho hermosas matronas, que representaban de dos en dos la Paz y la Magestad, la Felicidad y la Justicia, la Ciencia y la Limosna, la Magnificencia y la Clemencia. Detrás de estas, en lugar de columnas, se desarrollaban ocho cartelas con ramos de filigrana en el vaciado. Los cuatro planos que entre éstas se formaban sobre los vanos de los arcos del primer cuerpo, estaban ocupados sobre fondo de lapislázuli por cuatro águilas con las alas abiertas, mostrando sobre el pecho un escudo de oro esmaltado con las armas de los descendientes de Neuburg, rodeadas de un toison del mismo metal, y que remataban en una corona estrellada de diamantes, rubíes y esmeraldas. Los planos que quedaban entre las cartelas estaban adornados con bellos colgantes de trofeos militares, así como toda la circunferencia de festones, flores y lazos de gusto esquisito. Remataba este cuerpo en una cornisa ricamente trabajada, sobre la que se apoyaban las cuatro partes del mundo en figura de bellísimas matronas, adornadas de las insignias que las caracterizan. Desde la Europa al Asia se estendía una ancha cinta de oro con esta inscripcion: *María Ana, Reina de España, Nuestra Señora.*

Desde el cornisamento arriba formaba una agraciada cúpula de lapislázuli, guardando proporcion con los compartimentos del primer cuerpo, cerrada por un artificioso remate, sobre el cual descansaba un globo de plata esmaltada sostenido por dos figuras aladas, que representaban la Fama y la Victoria. Encima estaba de pie Doña María Ana de Neuburg, con cetro en la mano, y adornada de corona, peto y cintillo de oro guarnecido de diamantes de muchos fondos.

Todo el alto de este hermoso templete era de cuatro pies y medio; tenia 43 onzas de oro, 848 de plata y 20 libras de lapislázuli; cuyo valor unido al de las ágatas, diamantes, rubíes y esmeraldas ascendia á una cantidad considerable, sin contar la mano de obra, que era de gran mérito. Se ignora el artífice que la construyó, solo se sabe que fue hecha en Nápoles á fines del siglo XVII, por orden del Virey que entonces era el Conde de Santi-Esteban, quien la regaló á Doña Ana despues de casada con Don Carlos.

Luego que el Rey recibió aviso de la muerte de esta augusta señora, mandó que su cadaver fuese conducido al Escorial y colocado en el panteon de Infantes, destinado tambien á las Reinas que mueren sin dejar sucesion. La Comunidad la recibió como de costumbre, y ya habia comenzado el Oficio de difuntos cuando se orijinó un escándalo notable. Segun costumbre inmemorial, en todos los entierros de personas Reales venia el féretro cubierto con un grande paño, por lo comun de brocado, que continuaba estendido sobre el túmulo hasta que, concluidos los Oficios, se colocaba el cadaver en el pudridero, y despues quedaba en la sacristía del monasterio para hacer ornamentos. Los cocheros que habian conduci-

do la litera, apenas comenzó el entierro, cuando todavía el féretro estaba debajo del pórtico, tiraron del paño de brocado, y sin guardar atencion ningùna se retiraban con él. Enojado justamente el Prior por tan estraña grosería y falta de respeto, mandó detener á los cocheros, é interpeló al Duque de Liria, que era el encargado, diciéndole: *Excmo. Sr., ¿qué es esto? ¿Cómo permite V. E. se cometa esta irreverencia con el Real cadaver? Tenga, pues, entendido que primero consentiré en negarme al entierro, y que el cadaver vuelva por donde vino, que permitir que entre en la iglesia sin la decencia conveniente, y como ha sido costumbre en los demás cuerpos Reales que yacen en el panteon.* Los cocheros, como si nada hubieran oido, insistieron en llevarse el paño; y el Duque, ó por ignorar el ceremonial, ó porque habia concedido el paño como un gaje á los cocheros, ó por pusilanimidad y falta de caracter, ó mas bien por todas estas causas reunidas, dió por toda respuesta el encojerse de hombros. Esta indiferencia alentó la osadía de los cocheros y exasperó mas el enojo del Prior, que apelaba á su autoridad, de la cual se reian los agresores. Por una y otra parte se dieron voces desentonadas; tomaron parte algunos monjes; contestaron otros de la comitiva, y el escándalo fue completo. El Prior se sofocó en términos que contrajo una enfermedad agudísima, de que murió á poco tiempo; los cortesanos volvieron á Madrid ponderando cada cual á su modo lo sucedido, y generalmente acriminando al Prior; pero los Reyes, aunque sintieron mucho el escándalo que se habia dado en acto tan sério y solemne, luego que se informaron de todo aprobaron la conducta del Prior y Comunidad (1).

A este entierro siguieron las exequias de Doña Luisa Isabel de Orleans, esposa que habia sido del ya difunto monarca Don Luis I; que habia muerto en París en el palacio de Luxemburgo, á 16 de julio de 1742. La acabó la hidropesía que la habia acometido de mucho tiempo antes, cuando solo contaba 32 años de edad.

Terriblemente ha sido trabajado por los incendios el monasterio del Escorial. En el año 1744, á fines del mes de agosto, pareció que las nubes habian tomado asiento fijo en los montes que le circuyen, y diariamente se repetian tempestades tan terribles, que los habitantes del Sitio y pueblos comarcanos, y la Comunidad toda, estaban aterrorizados, oyendo rugir continuamente sobre sus cabezas la ira del Escelso. Fr. Sebastian de Victoria, Prior que era entonces de la casa, recurrió á la proteccion de la Santísima Virgen, mandando comenzar un solemne novenario de Misas y Letanías. Ocupada estaba la Comunidad en este piadoso ejercicio en la tarde del dia 1.° de

(1) Por una de aquellas rarezas inconcebibles, jamás se ha determinado por los Reyes esta cuestion de la pertenencia del paño funeral. Desde la época de este acontecimiento se acostumbró á dejar el paño en la sacristía, pero dando la Comunidad á los cocheros una gratificacion, que regularmente eran 1.500 rs. Pero en los últimos entierros se lo han llevado sin esperar orden de nadie.

setiembre, cuando un trueno y relámpago simultáneos y espantosos les anunció la caida de algun rayo en el edificio. La campana llamada Favordon, formada ya de la lava de otro incendio, confirmó con su sonido la realidad del temor; y al salir precipitadamente del coro, ya las llamas les mostraron que estaba ardiendo la Compañía. El rayo habia caido en el depósito de corteza y zumaque que estaba almacenado para uso de la tenería ó fábrica de curtidos; de él se comunicó á la leñera llena de jara seca para los hornos, y con tal pábulo en un momento quedaron reducidos á cenizas los cuatro lienzos del hermoso patio de la Compañía, sin que nada pudiese evitarlo. Verdad es que el fuego hallaba allí por todas partes abundantes materias combustibles, porque es donde estaban los almacenes de madera, hilaza, sebo, cera, y los telares de la fábrica de paños.

La pérdida fue de grande consideracion, pues además del daño material del edificio, y de los enseres y muebles que perecieron en el hospital, enfermería, panadería, tahona, trojes y fábrica de paños, se quemaron 3.000 fanegas de harina, 10.000 de trigo, 5.000 de cebada, 800 de centeno y 120 de garbanzos; en una palabra, el acopio de todo el año, que acababa de encerrarse. En consecuencia de esta pérdida los monjes tuvieron que sufrir grandes privaciones, en particular de pan, que estuvo bastante escaso por muchos dias.

Afortunadamente el monumento, que estaba guardado en uno de los almacenes bajos, pudo salvarse á costa de mucha esposicion y grandísimo trabajo de los monjes, que por sí mismos cargaron con las maderas de que se compone, y lo trasladaron á parage mas seguro. El fuego se limitó á la Compañía, y el daño material que causó se reparó pronto con las economías de los monjes y el favor del Señor Don Fernando VI, que en reintegro de las grandes pérdidas que habia tenido dió al convento un título en Indias, que beneficiado produjo 300.000 rs.

Esta fue la primera muestra de cariño y deferencia que manifestó hácia este monasterio el Señor Don Fernando VI, que por el fallecimiento de su augusto padre, acaecido en la Granja el 9 de julio de 1746, habia entrado á ocupar el trono de tan vasta monarquía. Despues tuvo muchas ocasiones de protejer á este monasterio y de mostrar su magnanimidad.

Por este tiempo adquirió el Escorial un título mas y algunas posesiones en América. A una milló estramuros de la ciudad de Lima, en el reino del Perú, en el sitio de los Amancaes y al pie del cerro del mismo nombre, el doctor Don José de Lara Galan habia fundado una ermita bajo la advocacion de San Gerónimo, y habia establecido en ella una congregacion de donados al modo de los que antes habia en Madrid en Sta. Catalina. En su testamento dejaba esta ermita con la casa, huertas y posesiones á ella anejas, á su sobrino el presbítero D. Diego de Cuadros, pero solo por su vida; despues de su fallecimiento instituia por heredero al Real monas-

terio del Escorial, y en su representacion al monje administrador del Nuevo Rezado en Lima. Muerto el sobrino se entregó confidencialmente al P. Fr. Manuel de Rojas, que era entonces el administrador; y despues, en 27 de noviembre de 1752, le fue hecha entrega formal y jurídica por el Ilmo. Señor Don Pedro Antonio de Barroeta y Angel, Obispo de Lima, con cuya diligencia obtuvo el título legal de Señor y Patrono de dicha iglesia, y de las fincas y posesiones á ella unidas, para sí y sus sucesores en aquella administracion, á nombre del convento.

Apenas se habia concluido el reparo de la Compaña, cuando se temió otro accidente mas funesto y terrible. El dia 1.° de noviembre de 1755 acaeció aquel terremoto espantoso y terrible, que fue casi universal, que llenó tantos pueblos de llanto y ruinas, y convirtió á Lisboa en un monton informe de escombros y cenizas. Tambien el Escorial osciló notablemente, pues he conocido aún algunos monjes que trataron muchos años á los que lo presenciaron, y que se hallaban en el coro. Fue á las diez de la mañana, y decian que el sacudimiento habia sido tan fuerte, que la araña que está pendiente en medio del coro se habia movido mucho por espacio de algunos minutos. A pesar de esto, la admirable solidez y trabazon del edificio resistió una oscilacion tan tremenda, pues no se notó resentimiento ni desnivel ninguno en todo él. Desde entonces todos los años en tal dia, despues de la procesion de Todos Santos, canta la Comunidad un solemne *Te Deum* en accion de gracias por tan manifiesto favor.

Resarcida la Comunidad algun tanto de la pérdida notable que sufriera en el incendio, se pensó en ir haciendo algunas mejoras, y entre ellas el P. Fr. Francisco de Fuentidueña, que era entonces Prior, viendo lo espuestos que estaban los manuscritos de la biblioteca alta á perderse por no tener resguardo ninguno, pidió permiso á la Comunidad, y habiéndolo obtenido en 1756, puso marcos con alambreras en todos los estantes. Mucho mejor hubiera sido poner cristales, porque hubieran evitado lo mucho que se deterioran los libros con el polvo, pero al menos les dió mas seguridad.

Ya durante la última jornada se habia observado la poca salud que disfrutaba la Reina Doña María Bárbara de Portugal, y la tristeza del Rey, que la amaba tiernamente. Esta señora, que siempre que le anunciaban la jornada del Escorial solia decir: *Vamos á la compañía de Reyes difuntos y frailes amortajados*, no quiso hacerles compañía en el sepulcro, y fundó para su panteon el convento de las Salesas de Madrid, y la primera piedra de dicho templo se colocó el 26 de junio de 1750. El cielo pareció no quererle conceder sobre el trono mas que el tiempo preciso para que labrase su mausoleo, como el gusano de la seda, que emplea toda su vida en fabricar su caja mortuoria; pues apenas se habia concluido, en 27 de agosto de 1758 murió en el Real Sitio de Aranjuez, despues de

una larga y asquerosísima enfermedad, pues estaba llena de gusanos que la comian en vida. A pesar de lo poco que le gustaba el Escorial, debió este convento á su Real munificencia un clavel de oro cincelado y esmaltado, lleno todo de diamantes abrillantados, pero hecho con tan buen gusto y maestría que parecia natural. A la Virgen del Patrocinio tambien la regaló un rico vestido.

Afectado estraordinariamente el Rey por lo asqueroso y horrible de la enfermedad de su esposa, y por la pérdida de una compañera á quien habia amado con tanta ternura, cayó en una profunda melancolía que fue minando su salud poco á poco, y antes del año, esto es, el 10 de agosto del siguiente 1759, murió en su retiro de Villaviciosa, y su cadáver fue sepultado en las Salesas, en la mansion de descanso que su querida esposa preparara para entrambos.

Por muerte del Señor Don Fernando VI heredó la corona su hermano Don Carlos III, Rey de Nápoles, que al momento partió para España, y fue proclamado en Madrid á 11 de setiembre del mismo año, comenzando un reinado de treinta años, tal vez los mas tranquilos y felices que de algunos siglos á esta parte ha disfrutado la nacion. A la sombra de la paz creció la prosperidad, y recibieron impulso el comercio, las ciencias y las artes; estas dejaron monumentos de utilidad y belleza, y en el Escorial tuvieron tambien lugar de añadir hermosura y amenidad.

La muerte, sin embargo, habia de acibarar los primeros momentos de su advenimiento al trono de España, arrebatando antes de cumplir los 36 años de edad á la Reina Doña María Amalia de Sajonia, que murió en el palacio del Buen-Retiro en 27 de setiembre del año siguiente 1760. El 30 del mismo mes los monjes tuvieron que cumplir el triste deber de colocar su cadáver en el panteon principal.

El carácter naturalmente austero de Felipe II habia elegido la soledad de aquellas sierras para fundar el monasterio, y habia querido que lo que elegia para su retiro en vida y su sepulcro despues, estuviese en el desierto. De aqui es, que desde la fundacion nunca habia habido alrededor del edificio mas casas que las dos de Oficios para la servidumbre Real, las tres de frente á la capilla del Sitio, hechas á propósito para los catedráticos del colegio, y luego que estos fueron de los monjes, para los facultativos de medicina y veedor de fábrica; y las dos, conocidas ahora con el nombre de la la de las Pizarras y la de las *Parrillas*, donde habitaban los indispensables criados y dependientes del monasterio. Aficionadísimo el nuevo monarca á la caza, que tanto abundaba en aquellos frondosísimos bosques, pues se computaba que habria en su recinto mas de 16.000 reses mayores de vientre, sin contar las crias, desde las primeras jornadas que hizo al Escorial llevó en su compañía, además de la servidumbre y criados indispensables, un crecido número de monteros, ojeadores, perreros y arcabuceros, que, aunque en su mayor parte se alojaban en la villa del Escorial de Abajo,

pasaban la temporada malísimamente, y con mucha incomodidad y estrechez. Á esto había que añadir la multitud de especuladores que seguian la jornada para vender comestibles y otros géneros; de modo que todos los años se formaba, durante la estancia de los Reyes en este Sitio, como un campamento de barracas y chozas provisionales de madera, lienzos y esteras, que además de afear muchísimo, nunca prestaban comodidad.

Movido por esta causa el Ministro de Estado, que lo era entonces el Marqués de Grimaldi, con anuencia del Rey propuso al Prior, no solo como medio de remediar este inconveniente sino tambien como una especulacion utilísima y productiva para el convento, que á su costa edificase algunas casas y las arrendase, puesto que esto era seguro, porque eran muchas las personas que tenian que seguir indispensablemente las jornadas. Propuesta por el Prior á la Comunidad la idea del Marqués la rechazó desdeñosamente, bajo el pretesto ridículo *de que era indecoroso para una corporacion tan respetable el meterse á posadera;* escrúpulo, á mi parecer, bien insignificante y poco meditado, que privó á la Comunidad de un recurso muy productivo. Mas el Prior Fr. Antonio del Valle tuvo que ceder á esta delicadeza exajerada, y solo á costa de mucho trabajo logró que los monjes acordaran que se permitiese á los particulares edificar casas, pero con la condicion de no disfrutarlas mas que por su vida. Claro es que con condicion tan irritante quedaba frustrada la idea del Ministro, porque nadie habia de ponerse á edificar una casa que no habia de disfrutar mas que muy pocos años; y por entonces se abandonó este asunto.

En aquella jornada, por descuido de una planchadora de palacio, se prendieron fuego los empizarrados que miran al Norte, al anochecer del dia 8 de octubre de 1763, y se comunicó á un almacen de velas y hachones que habia en una de las habitaciones altas; y esto hizo levantar de pronto tanta y tan activa llama, que se creyó muy difícil el remedio. Mas por fortuna el tiempo estaba sereno, y el fuego encontró por una parte con la torre del seminario y por la otra con el cortafuego de las cocinas reales, y dió lugar á que allí se apagase. El Rey dispuso al instante que el arquitecto Don Juan Esteban presupuestase el coste de la reparacion, que tasó en 150.000 rs.; y por Real orden de 23 de octubre del mismo año, firmada del Marqués de Esquilache, mandó abonar dicha cantidad, con la cual quedó al momento remediado el daño.

Con motivo de la muerte de la Reina viuda Doña Isabel Farnesio, acaecida á principios de julio de 1765, la corte, que estaba en la Granja, se trasladó al Escorial, mientras allí se hacian los funerales y enterraba el Real cadáver. Esta venida fuera de costumbre, y sin los preparativos que siempre precedian á la jornada, hizo sentir mucho mas la falta de alojamientos, y fue causa de que volviese á tratarse con calor el asunto de la edificacion de casas, y en particular en la jornada del año siguiente 1766. El Ministro, en car-

ta fecha 5 de noviembre, volvió á instar al Prior para que hiciese presente al Capítulo, que con la condicion propuesta era irrealizable la idea de edificar alojamientos, de que tanta necesidad habia, y que procurasen poner otras aceptables. Manifestaban todavía los monjes una gran repugnancia, pero al fin accedieron á que el mismo Ministro propusiese las condiciones. Avisado el Marqués en 14 de marzo del año siguiente 1767, reunida la Comunidad en pleno Capítulo, oyó una carta-orden que contenia las condiciones, y fueron aprobadas sin ninguna dificultad. Mas la condicion octava imponia á los nuevos edificadores la obligacion de pagar por laudemio 17 mrs. por vara cuadrada del terreno que ocupasen, y pareció á todos tan exhorbitante, que nadie quiso aceptarla. Por sí mismo se convenció el Marqués de Grimaldi de lo gravoso del laudemio, y volvió á escribir para que en la condicion octava quedase el impuesto reducido á 1 solo maravedí de vellon por vara cuadrada. Ya esto pareció razonable, y muchos particulares comenzaron á pedir terrenos y á edificar casas.

Deseosa la Comunidad en este mismo tiempo de manifestar interés por la comodidad y recreo de las personas Reales, hizo un trozo de calzada desde el monasterio á la Portera de la Granjilla, continuándola desde allí por el Deson y Navalonguilla hasta las Radas, para que el Rey pudiese ir á cazar hasta allí con su carruaje. Esto estimuló al Marqués de Grimaldi á proponer al convento en 1769, que continuando el arrecife comenzado hiciese el trozo que hay desde la Portera de la Granjilla hasta el arroyo del Tercio, que consta de 7.180 varas, costeando la mitad el monasterio y la otra mitad la Hacienda. Calculó el Capítulo que esta obra atrasaria mucho sus fondos, y se negó á emprenderla; pero pocos años despues la hizo el Rey á su costa, con los puentes, alcantarillas y demás que hoy tiene.

Regularmente unas cosas llaman en pos de sí otras; y la animacion que habia tomado el Real Sitio de San Lorenzo desde que en él se habia comenzado á edificar casas, los muchos artesanos, peones y obreros que allí se habian reunido, y sobre todo la prosperidad de la nacion, estimularon á todos á emprender alguna obra. Carlos III, con aquel deseo que siempre manifestó por el bien de sus vasallos, y para la mayor comodidad de sus criados y de la nueva poblacion que se levantaba, quiso que se practicase una mina ó camino subterráneo desde las casas de Oficios hasta el Real palacio, para evitar el paso de la Lonja en los dias de nieve y vientos fuertes, que suelen ser allí hasta peligrosos; y al mismo tiempo unos arcos por donde las casas de Oficios se comunicasen entre sí. Aunque alguna otra vez se habia pensado en estas obras, siempre habian parecido muy difíciles y costosísimas; pero llamado el Padre Fr. Antonio de Pontones, monje Gerónimo profeso del monasterio de la Mejorada, arquitecto ya muy conocido por las muchas obras que habia hecho en ambas Castillas, se le enteró del proyecto, lo

consideró atentamente, y se comprometió á llevarlo á cabo con facilidad y no mucho coste.

Vistos sus buenos informes se le encargó la ejecucion, y al momento comenzaron á abrir la zanja desde palacio en direccion al Norte. A los 15 pies de profundidad se encontró una abundantísima mina de amianto, que fue reconocida por personas inteligentes; y se avisó al Rey, que se hallaba en la Granja, remitiéndole un gran cajon de mineral en piedra y en estopa, para que lo viese, y dispusiese lo que fuere de su Real agrado. No quiso el Monarca que este descubrimiento suspendiese la obra comenzada, y por conducto de su ministro, el Marqués de Grimaldi, contestó que se cerrase la mina, y se pusiese á su boca una piedra para que sirviese de señal y perpétua memoria. Lo cumplió puntualmente el P. Pontones, y pasó adelante con su obra, que concluyó con solidez é inteligencia; y tanto en la Cantina como en los arcos de comunicacion entre las casas de Oficios, se entallaron en mármoles en las paredes dos inscripciones del tenor siguiente.

En la Cantina:

REGE CAROLO III. ATQUE EJUS SUB AUSPICIIS
MARCHIO DE GRIMALDI, IPSIUS A SECRETIS MINISTER
PUBLICÆ COMMODITATI CONSULENS, VIAM HANC
SUBTERRANEAM SECUNDUM INVENT. ATQUE
PRÆSCRIPT. FORMAM A COMITE DE MONTALBO
APERIEND. ANT. PONTONES MONACH. HIERONYM.
COMMISSIT, PERFICIENDAMQUE CURAVIT ANNO
MDCCLXX.

Que traducida al castellano dice así:

Reinando Carlos III, y bajo su Real proteccion, el Marqués de Grimaldi, su Secretario de Estado, mirando por la comodidad pública, encargó al P. Fr. Antonio Pontones, monje Gerónimo, abriese esta calle subterránea, segun la invencion y traza prescrita por el Conde de Montalbo; y cuidó llegase á su perfeccion en el año MDCCLXX.

En el arco de comunicacion de las casas de Oficios:

UTILE CERNIS OPUS, MANUS EST IMPOSTA SUPREMA
TEMPORE QUO PLAUSUS REGIA TOTA DABAT
LODOICA, QUOD NATUS ERAT CAROLOQUE VENUSTUS
ALTERA SPES, INFANS, REGNA TENENTIS AVI.

En castellano:

Ve aqui esta obra de utilidad; se concluyó á tiempo que toda la Real Casa se regocijaba por el nacimiento de un hermoso Infante, hijo de los Príncipes Carlos y Luisa; otra nueva esperanza del Rey su abuelo.

En efecto, la obra se concluyó el 19 de setiembre de 1771, en el cual, hallándose la corte en este Sitio, Doña María Luisa de Borbon, á las cinco de la tarde, dió á luz un Infante. La ceremonia del bautismo se celebró en el mismo palacio, mientras que la Comunidad cantaba en la iglesia un solemne *Te Deum;* y se le pusieron los nombres de Carlos Clemente Antonio de Padua. Al dia siguiente se volvió á repetir el *Te Deum*, á que asistió toda la corte, y una Misa solemne en accion de gracias.

En el mismo año el Duque de Bejar, en carta particular, avisó al Prior que los Sermos. Infantes Don Antonio y Don Gabriel habian determinado edificar á su costa una gran casa para alojamiento de sus criados, y que al efecto pasaba á aquel Real Sitio el arquitecto Don Juan de Villanueva, para designar el terreno y comenzar la obra. Se suscitaron algunas dificultades por parte de la Comunidad, pero en 10 de febrero escribió tambien sobre lo mismo el Marqués de Grimaldi, y entonces por parte del convento se nombró al P. Fr. Antonio Pontones, á fin de que se entendiese con el arquitecto; y ambos allanaron las dificultades y arreglaron las condiciones. En consecuencia se comenzó la obra; primero se hicieron grandes escavaciones á manera de pozos, tanto para encontrar el terreno firme como para sanearlo de los muchos manantiales que afluian, y despues se hizo la casa, siguiendo en lo esterior en un todo el orden arquitectónico del monasterio, cuya Comunidad hizo por su cuenta lo que faltaba hasta unir este edificio con la Compaña; de modo que esta casa, llamada la de *Infantes*, puede decirse que forma con el edificio un todo homogéneo y vistoso, que ayuda muchísimo á la magestad y hermosura de la gran plaza que se estiende frente á la fachada principal del convento.

El Sitio habia adquirido una animacion muy semejante á la que habia tenido cuando la edificacion del monasterio. La Comunidad, alentada por el ejemplo de los demás, dió tambien mayor estension á algunas de las oficinas de la Compaña, particularmente á la tahona, que se fabricó con toda comodidad y desahogo. Para la de sus criados tambien hizo construir, bajo la direccion del P. Pontones, la casa que ahora hay en la poblacion, conocida con el nombre de la *Casa de los Frailes*, que forma con la de las Parrillas una estensa manzana.

Tampoco se echó en olvido el ornato del monasterio, y el Prior Fr. Julian de Villegas alcanzó permiso del convento para empren-

der una obra que, aunque costosa en su origen, era de mucha hermosura y grandiosidad, y de gran economía para el porvenir. En los jardines que rodean las fachadas de Oriente y Mediodía, habia por toda la pared una reja de madera para que en ella se sostuviesen los rosales, y se entrelazasen los jazmines, pasionarias y demás plantas que tanto hermosean aquel delicioso paseo. La quitó el Prior y la sustituyó con un fuerte balconaje de hierro, con lo cual no solo se evitó el contínuo gasto que ocasionaba el recomponer y pintar las rejas de madera, sino que añadió mucha belleza á los jardines.

Tambien el Príncipe Don Cárlos quiso ayudar á la hermosura del Real Sitio de San Lorenzo, y en el año 1772 mandó á su costa edificar en la parte de Oriente del monasterio un lindo casino, que hoy se llama la *Casa de Abajo*, por estar en lo hondo del valle, ó la *Casita del Príncipe*. Segun he oido á personas que alcanzaron aquel tiempo, á criados antiguos de la casa, y singularmente al antiquísimo Conserje de ella Don Ignacio Santisteban, el primer pensamiento del Príncipe fué hacer un palomar, y con este intento se abrieron los cimientos. Le pareció mejor despues hacer una plaza de toros en el lugar que ahora ocupa el jardin frente á la entrada de la casa; pero sabido por el Rey su padre se enojó tanto, que el Príncipe dió orden al momento para que con la mayor presteza posible se quitase todo lo que con este último intento se habia hecho, y en su lugar se formase un jardin. La orden se ejecutó con tal puntualidad y destreza, que á los pocos dias, cuando el Rey bajó á ver la obra, ni aun rastro quedaba de que se hubiese intentado la plaza de toros, porque lo que encontró fue un jardin; y su enojo fue agradablemente reemplazado por una sorpresa que no esperaba.

Desde luego manifestó el Príncipe grandes deseos de acumular bellezas en este pequeño casino, y comenzó á depositar en él riquezas artísticas de un valor inmenso. De todas partes reunió pinturas originales de gran mérito; cuadros de marfil tallados de un modo admirable; en la casa de la China del Buen-Retiro se hicieron lindos cuadros mitológicos, ramos de flores y adornos; y sobre todo colocó en la sala de aparador un riquísimo ramillete, ó como le llaman los franceses *dessert*, tasado en diez millones. Era todo de una finísima y esquisita piedra blanca, guarnecido de oro y piedras preciosas de gran tamaño y valor. Me han asegurado que el general Murat se apropió esta pequeña alhaja, sin duda para tener luego un motivo justo de llamarnos bárbaros; y despues desapareció todo lo demás que contenia. Mas despues de la invasion se recuperó gran parte de los efectos, y el Señor Don Fernando VII volvió á embellecerla y alhajarla, como diré al hacer su descripcion.

Al mismo tiempo su hermano el Infante Don Gabriel emprendia á la parte occidental del monasterio la obra de otro lindo casino, llamado hoy la *Casita de Arriba*. Aunque muy pequeña, está per-

fectamente situada sobre un altozano, y tiene deliciosísimas vistas, pero nunca ha tenido tanta importancia ni ha reunido tanta riqueza como la del Príncipe. Tambien en la descripcion me volveré á ocupar de ella.

Apenas se habia concluido la obra de la Cantina, cuando el Rey, viendo que el Sitio, segun la prisa que se daban á edificar casas, iba á ser una poblacion regular, fundó y dotó en beneficio de la humanidad doliente el hospital, que de su nombre se denominó de San Carlos. Despues, bajo la direccion del entendido arquitecto Don Juan de Villanueva, mandó construir el pequeño pero bien acomodado teatro que hoy se conserva, y que durante las jornadas ha servido siempre para diversion de la corte. Tambien se levantaron en este tiempo la Ballestería, las Perreras, el cuartel de guardias de Corps y el de fusileros, aumentando y mejorando mucho los de guardias españolas y walonas que habia edificado Don Felipe V. Todos estos cuarteles fueron destruidos y quemados por los franceses, y hoy no son mas que un monton de ruinas, que afean muchísimo las entradas de aquel Sitio viniendo de Madrid y Guadarrama. En fin, para que la gran Lonja quedase enteramente cerrada, uniforme y magestuosa, por Real órden de 16 de agosto de 1785 mandó construir la tercera casa de Oficios, llamada hoy comunmente de los Ministerios, porque efectivamente se edificó con el objeto de que la ocupasen las oficinas de los Ministros durante las jornadas.

CAPÍTULO X.

Donativo de la Comunidad.—Múdase el modo de elegir Priores.—Causa contra algunos monjes.—Casa del Nuevo Rezado.—Plan de estudios.—Muerte de algunos Infantes.—Muerte de Carlos III y reinado de Carlos IV.—Desaire hecho al Rey en la eleccion de Prior.—Se vuelve á variar la forma de eleccion.—Gobierno civil del Sitio.—Capítulo de la Orden de Carlos III.—Donativos y contribuciones.—Venta de alguna plata.—Robo de un pectoral.

El ejemplo de las Personas Reales movió á muchos de los señores que seguian las jornadas á edificar en el Sitio pequeños palacios y casas; y la afluencia de personas que seguian á los Reyes, ya con motivo de su aficion á la caza, ya por los asuntos y pretensiones particulares, escitó la codicia de los especuladores, que se apresuraron en gran número á pedir terreno para edificar. Como por ensalmo se vieron de una á otra jornada aparecer fondas, paradores y mesones, levantarse casas y hacerse algunos pequeños

huertos de particulares; y el Sitio, que seis años antes no tenia mas que el monasterio, unas cuantas casas y algunas chozas, se convirtió en una poblacion grande y numerosa, puesto que pocos años despues pasó de mil vecinos. Lo que nunca se pudo vencer fue la indolencia de los pueblos inmediatos, que para que acudan con los comestibles que producen sus tierras, de suyo miserables, ha sido necesario que al venir las jornadas se les pase una circular, prescribiéndoles bajo una multa los comestibles que habian de traer en determinados dias de cada semana; por cuya causa el Sitio nunca ha sido muy surtido de víveres.

En el año 1779, despues de las graves desavenencias y guerras entre la Francia y la Gran-Bretaña por la independencia de los Estados-Unidos de América, se vió Carlos III precisado á declarar la guerra á la Inglaterra, y en consecuencia de este acontecimiento pararon las obras costeadas por el Rey en el Escorial, para no distraer fondos del erario. La Comunidad de San Lorenzo se quiso entonces mostrar agradecida á los infinitos favores que de los Reyes sus patronos en todos tiempos recibiera, y acudió en apoyo de la causa de la nacion del modo que le era posible. Presentó un memorial al Señor Don Carlos III, diciéndole que para ocurrir á los gastos de la guerra que acababa de declarar, dispusiese libremente de todas las rentas, fincas y posesiones del monasterio, como disponia de las de su Real patrimonio; y por de pronto suplicaba á S. M. aceptase el donativo voluntario de 50.000 ducados, que aquella corporacion agradecida le ofrecia. Mucho satisfizo al Rey esta generosidad y muestra de cariño, y en el mismo dia contestó aceptando el donativo, y dando las gracias del modo mas espresivo.

Desde la fundacion del monasterio, los Reyes, como patronos de él, habian tenido la iniciativa en el nombramiento del Prior, ó mas bien lo habian nombrado á su voluntad, porque en los sesenta y ocho años primeros estaba reducido á que el Rey escribiese al General de la Orden dándole á entender era su gusto que en el priorato sucediese la persona que designaba, y sin mas el General lo elegia y la Orden lo confirmaba. Los primeros nombramientos se hicieron sin la autorizacion pontificia ni bula ninguna, hasta que Sixto V, por un breve fecha 4 de setiembre de 1588, autorizó completamente al Rey para hacer esta eleccion. Continuaron todos los Monarcas sucesores de Felipe II impetrando igual breve para nombrar, como patronos, la persona que mas á propósito les pareciese, sin que jamás en esto hubiese ningun género de duda ni oposicion. Olvidóse la impetracion de dicho breve en el reinado del Señor Don Fernando el VI, y algunas conciencias timoratas tomaron de aqui motivo para dudar de la validez de los nombramientos de Priores hechos en toda aquella época. Avisado Carlos III trató de remediar esta dificultad y tranquilizar las conciencias, suplicando al Sumo Pontífice que, declarando la validez de lo hecho hasta entonces, deter-

minase una nueva forma de eleccion, que evitase para siempre el que pudiese reproducirse este olvido.

Vacó por este tiempo el priorato de San Lorenzo, y el Rey avisó que se suspendia el nombramiento de otro hasta que recibiese una bula que habia solicitado del Sumo Pontífice para mudar la forma de eleccion de Prelado de aquella casa. Estuvo, pues, vacante el priorato algun tiempo, hasta que se recibió una bula del Sumo Pontífice Pio VI, dada en Roma en Santa María la Mayor á 11 de julio de 1781, en la cual mandaba que, quedando válidos todos los nombramientos hechos anteriormente, en adelante la eleccion de Prior se hiciese por los cuarenta monjes mas antiguos por votacion canónica, eligiendo en tres elecciones separadas otros tantos sugetos de los que creyesen mas idóneos, y los presentasen al Rey para que nombrase el que mejor le pareciese de los tres. Cumplióse lo prescrito en la bula exactamente, y Carlos III eligió entre los propuestos al P. Fr. Pedro Jimenez, sugeto de los mas notables en aquella Comunidad, que fue confirmado en 12 de marzo de 1782.

El tenor mismo de la bula pontificia, dando por válido todo lo hecho en el reinado anterior, hizo creer á algunos monjes mal contentos con su estado, que apoyándose en la falta que habia habido en la eleccion de superior, podian ellos reclamar la nulidad de sus profesiones y dejar el monasterio. Hicieron su reclamacion en forma, y la llevaron hasta la Silla pontificia; pero el Santo Padre Pio VI, por su breve dado en Roma á 14 de enero de 1785, no solo declaró válidas sus profesiones, sino que les impuso perpétuo silencio, y los conminó con la escomunion si volvian á hablar sobre este asunto.

Como era natural estos hombres, jóvenes todos, descontentos ya de antemano, notados en la Comunidad por lo que habian intentado, condenados por el Pontífice á un perpétuo silencio, y reducidos á la nulidad perpétua por la aversion de sus mismos superiores y hermanos en Jesucristo, cayeron en la mas negra desesperacion, y algunos de ellos se atrevieron á quebrantar de noche la clausura y á emprender algunas otras calaveradas, que pusieron á tan respetable y observante corporacion en un conflicto terrible. Verdad es que el Prior se alucinó, y obró con poco talento y sin ninguna prudencia, y esto aumentó el mal hasta el estremo que el Monarca tuvo que tomar la mano en el asunto, mandando suspender la causa; y por su Real orden, que se publicó en Capítulo el 23 de marzo de 1786, catorce monjes salieron en un dia desterrados del Escorial, destinados á diferentes monasterios de la Orden, donde debian sufrir sus penitencias y condenas. Esta providencia, sábia y oportunamente tomada, atajó muchos males, que tal vez no hubieran tenido término; pero no pudo evitar que aquella corporacion quedase ya un poco resentida en su observancia interior, porque los vínculos de la caridad cristiana se habian relajado en estremo.

En médio de tantos disgustos, el Prior se empeñó en llevar á cabo un proyecto que empobreció á la Comunidad, escandalizó á la corte, y no ha producido resultado ninguno en el porvenir administrativo de esta casa. Desde el año de 1769 estaba pendiente un asunto importante sobre el cuarto del Nuevo Rezado en Madrid. El Conde de Aranda habia pedido á la Comunidad la casa que para despacho de libros del rezo tenia junto á San Gerónimo del Prado, con el objeto de mejorar y ensanchar aquel paseo, ofreciendo dar dentro de la villa otra tan buena ó mejor que la que se cedia. Convino el Capítulo en lo propuesto, y en 6 de febrero dió comision especial á dos de sus monjes, para que con dicho Señor Conde arreglasen las condiciones del cambio. Se les ofreció una casa situada en la calle de los Dos Amigos, que habia pertenecido á la recientemente estinguida Compañía de Jesus; y los comisionados de San Lorenzo, ó por esta causa ó por juzgarla de menos valor, no quisieron admitirla.

Quedó por entonces el cambio en tal estado, hasta que en 1786 fue ya indispensable concluir este asunto, porque la casa entraba en el terreno designado para levantar el Real Muséo de pinturas. Los peritos la tasaron en 473.245 rs.; y conforme la Comunidad con esta tasacion, propuso al Señor Ministro, Conde de Floridablanca, si queria cambiarla por la Aduana Vieja. Aunque al principio este cambio no le pareció mal al Ministro, despues no pudieron conformarse las partes, y en 9 de junio de 1786 se dió poder cumplido al P. Fr. Manuel de Almagro para recibir la cantidad de la tasacion, como lo verificó. Dos años despues, esto es en 1788, se habia comprado una casa en la calle del Leon, que forma manzana con las de las Huertas y Santa María, y bajo la direccion del arquitecto Don Juan de Villanueva se comenzó á levantar aquel palacio ó castillo, que ninguna comodidad tiene para vivienda, que para muy poco ha servido á la Comunidad, y que jamás sacó de ella fruto ninguno, ni aun en el dia, que tienen mucho valor las casas en Madrid, se venderia por la mitad de lo que costó, pues he oido asegurar varias veces á los que conocieron hacerla se acercó su coste á tres millones (1).

Ya entonces las ideas políticas y económicas, lo mismo que la ilustracion, habian avanzado algo á la sombra del ministerio del Conde de Floridablanca, y con la edificacion de esta casa se consiguió que todos se escandalizasen del lujo que alli desplegaba la Comunidad de San Lorenzo. La admiracion creció de punto al ver entrar por Madrid los carretones que conducian las jambas y dinteles tirados por veinte y ocho pares de bueyes, como en otro tiempo pa-

(1) Aunque esta cantidad parece exajerada, la repito tal como la he oido decir, pues aunque he buscado con mucha detencion en el archivo los documentos originales, nada existe relativo á dicha casa ni á su coste.

ra las del pórtico del monasterio; y desde luego se dijo que allí se trataba de hacer, no una casa para la imprenta del rezo, sino un palacio para los Priores, que diese en ojos á los mas ricos y poderosos. ¡A qué mal tiempo venia ya esta poco meditada ostentacion y despilfarro!

Algo mas acertada era otra disposicion que se tomaba por este mismo tiempo, que fue proponer al Rey un plan de estudios, por el que se establecian en el monasterio dos cátedras perpétuas de lengua griega y árabe, á fin de que los monjes jóvenes se instruyeran en ellas, y trabajasen sobre los muchos manuscritos que atesora aquella biblioteca, enriqueciendo la literatura española, ó dando honra y nombre á aquella Corporacion. El Rey, por medio de su Ministro el Conde de Floridablanca, lo aprobó, y se procedió al nombramiento de catedráticos; pero las disensiones políticas y las rencillas interiores del monasterio, donde siempre la ignorancia fue causa de gravísimos males, no dieron lugar á que esta medida sábia produjese el fruto que podia esperarse en el porvenir. Sin embarno, tuvo entonces la Comunidad un hombre eminente en el estudio de la lengua árabe, el distinguidísimo monje Fr. Patricio de la Torre, que ayudó mucho á Don Antonio Conde en sus trabajos sobre los árabes: tuvo entre otros discípulos á Vacas Merino, que dejó al tiempo de su muerte muchos opúsculos y cuadernos sobre la lengua árabe, que se conservan en esta biblioteca. Dejó además cuarenta y siete manuscritos árabes que habia recojido en sus espediciones por Africa, para enriquecer la biblioteca; mas luego los reclamó Don Francisco Antonio de Góngora para entregarlos á la Real Biblioteca, segun espresa en el mismo oficio, y les fueron enviados por Don Miguel Gordon en 13 de agosto de 1813. Ignoro si llegaron á su destino.

Fatal fue para la Real familia la jornada del año 1788. La Infanta Doña María Ana Victoria, esposa del Infante Don Gabriel, se hallaba en los últimos meses de su embarazo, y casi á un mismo tiempo se vió acometida de los dolores y de unas viruelas malignas que le quitaron la vida el mismo dia del parto, que fue á 2 de noviembre. Parió un Infante, á quien pusieron por nombre Carlos José, y que solo vivió siete dias, por causa de las viruelas con que habia nacido. No quiso el Infante Don Gabriel, que amaba tiernamente á su esposa, separarse de su lecho mientras duró la enfermedad, y contrajo tambien las viruelas, cuyo mal, aumentado por el disgusto de tan graves pérdidas, acabó con su vida el dia 23 del mismo noviembre. Murió en las habitaciones de la celda prioral.

La Real Casa se llenó de espanto con la pérdida de tres de sus vástagos en tan pocos dias, y en particular el Rey se sintió gravemente afectado de tristeza. Para distraerse de ella se marchó al momento á la Granja, y se entregó con esceso á su pasion favorita, que era la caza; pero tal vez esto mismo fue perjudicial á su salud, que comenzó á resentirse. Se calificó al principio de un resfriado, pero

luego que se trasladó á Madrid volvió á recaer, y se le declaró una calentura inflamatoria, de la cual murió el 14 de diciembre de 1788. Al momento se alzaron pendones por su hijo Don Carlos IV, comenzando un reinado fatal para la España, y del que tantas guerras y desgracias habian de traer origen.

Tres Priores se habian sucedido en el Escorial nombrados por el método de eleccion prescrito en el último breve de Pio VI, y al verificar le del cuarto se tocaron ya las grandes dificultades que esta nueva forma ofrecia en un monasterio unido con el palacio, é identificado tres meses del año con la corte. Si en los demás monasterios hay partidos, aqui, donde los Priores tienen tanto prestigio y autoridad, donde tan familiarmente han tratado á los monarcas, y donde no podia menos de sentirse el influjo de los cortesanos, claro es que con el tiempo hubiera sido cada eleccion una reñidísima batalla. Carlos IV habia manifestado de un modo bastante claro que al concluirse el priorato queria se eligiese á uno de los maestros jubilados; pero los electores por lo mismo se negaron á elegirle, bajo el pretesto de que entonces quedaba sin efecto y completamente eludido el modo prescrito por Pio VI. Insistió el Prior Fr. Carlos de Arganda en que era necesario complacer á S. M.; pero la eleccion canónica no podia violentarse, y el Rey quedó completamente desairado. No quiso ceder Carlos IV, y nombró á su recomendado aunque no iba puesto en terna; pero la Comunidad se negó á darle la obediencia, y por primera vez despues de mas de dos siglos se atrevió á oponerse á la voluntad de su patrono, declarándose en completa independencia.

Este paso no podia ser mas violento y perjudicial á una Comunidad cuya existencia é intereses dependian esclusivamente de la voluntad de los Reyes; mas sin embargo, los monjes estaban en su derecho. Carlos IV para atajar este choque, de malísimos resultados si se llevase adelante, adoptó un medio que lo remedió para siempre y lo dejó completamente vengado. Por medio de su embajador en Roma recurrió al Sumo Pontífice Pio VI, que con la mayor brevedad espidió una Bula dada en Roma á 31 de mayo de 1791, por la cual concedia por siempre á él y sus sucesores, como fundadores y patronos del Real monasterio del Escorial, la facultad de nombrar por sí mismos, independientemente del Capítulo del dicho monasterio y de las demás formalidades usádas en la Orden, á la persona que les pareciese mas á propósito para Prior de aquella casa. En consecuencia el Rey, por una Real cédula fecha en San Ildefonso á 9 del mismo año, nombró al P. Fr. Isidro de Jesus, y mandó á la Comunidad que lo obedeciese y acatase. No tuvieron entonces mas remedio que someterse á la voluntad del Soberano; y los que no habian querido elejir á uno de sus compañeros indicado por el Rey, y que reunia circunstancias muy recomendables, tuvieron que prestar la obediencia á un forastero, pasar por la afrenta de este castigo, y perder con la gracia del Rey la libertad de elejir

superior á su gusto con conocimiento de causa. ¡Cuán cierto es que no se irrita al leon impunemente! Este método de eleccion, esta facultad dada á los Reyes para nombrar tan absolutamente, es verdad que alejó de aquella Comunidad las intrigas y disgustos de las elecciones, pero tambien ha dado una independencia á los Priores, que fue en los últimos años muy funesta á la Corporacion y á sus intereses.

Tambien por este tiempo se hizo un nuevo arreglo en el gobierno político de la poblacion que acababa de levantarse. Ya desde el año 1789 se habia puesto un Gobernador como en los demás Sitios Reales; y, lo que era consiguiente, esta autoridad se encontraba embarazada y demasiado comprimida, tanto por los privilegios concedidos al Prior, como por la jurisdiccion del alcalde mayor de la villa del Escorial, de donde eran vecinos los habitantes de San Lorenzo. Pero muy pronto ensancharon sus límites y se hizo dueño de todo. Primeramente se comenzó por declarar al Sitio poblacion nueva, y á 25 de junio de 1792, el señor Fiscal de la Cámara Don Antonio Fita señaló los términos y jurisdiccion que debia comprender. Se siguió á esto un decreto de S. M. fecha 7 de setiembre del mismo año, por el cual quedaba suprimida la alcaldía mayor de la villa del Escorial; y su jurisdiccion, con la del Sitio y monasterio y todas sus dependencias, quedaban á cargo del Gobernador. Para conservar en algun modo la antigua jurisdiccion civil y prerogativas concedidas á los Priores, se disponia en la misma Real orden que el Gobernador tuviese un Asesor, propuesto en terna por el Prelado del monasterio. Mas esto ya no era mas que meras formas; la autoridad civil del Prior habia ya caducado, y no podia sostenerse. Los acontecimientor políticos que se sucedieron la hubieran hecho imposible muy pronto.

En la jornada del año 1795 quiso el Señor Don Carlos IV celebrar en este anchuroso templo Capítulo general de la distinguida Orden española de Carlos III, para tributar á la Concepcion inmaculada de la Virgen una prueba mas de su fe y devocion, y para que profesasen varios caballeros grandes cruces, entre los que se contaban los Príncipes de Asturias y Parma, y el Infante Don Antonio. Toda la nave principal se cerró con bancos cubiertos de costosas alfombras, y se entapizó todo el pavimento. En el primer plano de la capilla mayor, al lado del Evangelio, estaba preparado un magnífico dosel de terciopelo carmesí con franjas y adornos de oro, que debia ocupar el Rey. A sus dos lados habia dos ricos aparadores; el de la derecha tenia el libro de la Ley de Gracia y la espada sobre que habian de prestar su juramento los nuevos caballeros; en el de la izquierda brillaban en sendos azafates de oro los collares de la Orden. En frente del dosel estaba el sitial que debia ocupar el Cardenal Patriarca, que era el encargado de recibir el juramento. En el altar mayor estaba colocada una hermosísima imájen de la Concepcion, toda de plata, con los demás adornos y ser-

vicio de altar que Carlos III habia mandado hacer cuando instituyó la Orden, y que se habian traido de Madrid para esta solemnidad.

El dia 8 de diciembre á las ocho y media de la mañana, los caballeros todos, vestidos con el gran uniforme de la Orden segun sus clases, aguardaban formados en el claustro principal de palacio la venida del Rey, gefe de la Orden, que no tardó en presentarse; y la comitiva se encaminó á la iglesia. Precedian dos porteros de la Orden vestidos de manto blanco con cuello floreado de plata, llevando en su mano un cetro de la misma materia, en cuyo remate se veia el escudo de la Concepcion. Seguian de dos en dos los caballeros pequeñas cruces, y despues de estos los tres ministros seglares de la Orden, que son Secretario, Maestro de Ceremonias y Tesorero. Tras estos venian los caballeros novicios sin collares, pero con túnicas y mantos sembrados de flores de lis de plata sobre campo azul. Despues los caballeros grandes cruces llevaban entre sus filas al Príncipe de Parma, al Infante Don Antonio y al Príncipe de Asturias, cada uno acompañado de dos de los caballeros mas antiguos y condecorados. Al fin de las filas venia el Rey, con baston, las insignias de la Orden, y los collares de San Genaro y el Toison sobre el pecho. Los últimos eran el Patriarca, el Arzobispo de Toledo y el electo de Sevilla, vestidos de gran pontifical; cerrando la comitiva el Príncipe de Maserano á la cabeza de 80 guardias.

En la puerta de la iglesia esperaban ya las Comunidades puestas en orden, y por entre sus filas pasaron los caballeros, que se fueron colocando en los asientos por orden de antigüedad. El Rey subió al *sólio*; la Reina, acompañada de toda la Real familia, salió por el oratorio y ocupó un magnífico estrado que estaba preparado al intento; los guardias y alabarderos estaban formados en fila detrás de los bancos; y mas de 18.000 espectadores ocupaban lo restante de la iglesia y los balconajes que por todas partes la hermosean. Describir el cuadro grandioso que entonces se veia en aquel templo, es imposible; todo era lujo, magestad y grandeza. El Monarca hizo la señal para comenzar la ceremonia, y los caballeros novicios, llamados por sus nombres por el Secretario, fueron subiendo al presbiterio, donde hacian su profesion y pronunciaban el solemne juramento; y luego puestos á los pies del Rey recibian de su mano el collar de la Orden, que el Tesorero le presentaba en un costoso azafate de oro. Concluida esta ceremonia se comenzó la Misa, que celebró el Arzobispo de Toledo, y cantaron mas de 80 músicos de la Real Capilla. Despues, por el mismo orden con que habian venido, volvieron acompañando á SS. MM. y AA. hasta sus aposentos.

Cuando esta solemnidad tenia lugar en el Escorial, ya los acontecimientos políticos habian arrebatado todas las atenciones, y habian comenzado á envolver en su torrente rápido todas las cosas; ya

la Europa se agitaba en esa convulsion frenética que todavía dura con incansable violencia; y el grito de revolucion y república que en 1793 habia dado la Francia, conmovia los cimientos políticos del mundo. Todas las cosas, todas las instituciones, todas las personas habian de participar, cuál mas cuál menos, de los efectos de este trastorno. Al Escorial debia caberle no pequeña parte; y ya desde el principio tuvo la Comunidad, á cuya custodia lo fió Felipe II, precision de hacer grandes sacrificios pecuniarios.

Apenas estalló la revolucion y sonó la voz de alarma en toda Europa, los monjes pusieron á disposicion de su Real patrono todos los bienes del monasterio, para que si lo creia necesario los emplease en la defensa del reino, dando además en el acto la suma de 50.000 ducados. Pero los gastos y apuros del Erario habian de ser mucho mayores, y en el año 1708, para la amortizacion de vales Reales, tuvo la Comunidad que aprontar la crecida suma de 300.012 reales, con lo que quedaron sus arcas enteramente exhaustas. En el año siguiente 1799, para el pago de 100.000 rs. que pidió el Gobierno con el objeto de reunir 20.000.000 en la caja de descuentos, se resolvió en Capítulo que se acuñase ó vendiese la plata de la sacristía que se creyese menos necesaria para el culto. Autorizado el Prior por el Convento reunió mas de doce arrobas de plata de las alhajas que creyó de menos necesidad é importancia, y con ellas salió la Comunidad de aquel apuro.

Tambien á 10 de octubre de este mismo año perdió el Escorial una alhaja de mérito y valor. Desapareció de la sacristía un famoso pectoral que usaba el Prior en las grandes solemnidades. Era todo de oro esmaltado, de un palmo de largo; contenia ocho esmeraldas, cuatro de ellas muy grandes; cinco diamantes finísimos, el del medio tabla; cuatro rubíes; y cinco perlas, una de ellas colgando en el estremo inferior. Esta última era de figura de una castaña, y de tan notable magnitud, que he oido asegurar á los que la habian tenido muchas veces en sus manos, era casi como un huevo de paloma. Se hicieron cuantas diligencias fueron posibles, tanto por parte de la Comunidad como por orden del Rey, pero todas fueron inútiles; hasta hoy no se ha podido adquirir noticia, ni de quién lo robó ni de su paradero. Pero esto no era mas que un preludio del despojo general que iba á sufrir aquella maravilla en los primeros años del para España malhadado siglo XIX.

PARTE TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

Principios del siglo XIX.—Muerte de la Princesa de Asturias.—Ereccion de la capilla del Sitio en iglesia parroquial, y nombramiento del primer Cura.—Causa formada al Principe Don Fernando, llamada del Escorial.—Muerte de Don Eugenio Caballero.—Entierro del Rey de Etruria.—Primera venida de los franceses al Escorial.—Mandan establecer en él un hospital de sangre.—Saqueo de la casa de Godoy.—Proclamacion del Señor Don Fernando VII.

He llegado por fin al siglo XIX, al siglo en que vivimos, á la narracion de los acontecimientos que todos saben, si bien en lo perteneciente al Escorial no se conoce por lo comun mas que la superficie. Yo tendré necesidad de profundizar algo mas para darlos á conocer en toda su estension, y esto me arredra, porque siendo la época en que este edificio perdió toda su riqueza material, en que quedó despojado de sus joyas, de sus bienes, de su prestijio, y hasta de sus habitantes, fuerza me será escribir algunas páginas con amarga hiel, y no pocas con lágrimas. ¡Ah! cuántas veces en este medio siglo se ha podido preguntar del Escorial, como Jeremías de Jerusalén: ¿cómo es que ahora está abatida y sola la mansion antes llena de gentes? ¿Por qué ha quedado como viudo el rey de los edificios? En efecto, tiempos azarosos, vicisitudes amarguísimas han pasado por este edificio, gloria de la España y de las artes; y al referir sus desgracias resultarán cargos fortísimos contra personas muy respetables, personas que aún viven, pero que estoy seguro que no tratarán de rechazarlos, porque les sería muy dificil justificarse ante la opinion general del mundo, que juzga con imparcialidad. Sé muy bien que estas páginas me granjearán algunos ódios, pero los arrostro con valor: lo único que puedo hacer es respetar cuanto me sea dado los nombres de las personas, mas los

hechos no puedo ocultarlos á fuer de historiador, que debe cerrar los ojos y los oidos á todo, y abrirlos solo á la verdad. Esta será mi guia.

Conocidos son de todos los pasos poco acertados de la corte de España, desde que se puso al frente del gobierno de ella Don Manuel Godoy en el reinado de Don Carlos IV y de Doña María Luisa de Borbon, y el desorden monstruoso que se introdujo en la política y en todos los ramos de la administracion. Los españoles, siempre leales, siempre llenos de respeto hácia sus reyes, sufrian tamaños males, aunque no ignoraban la causa que los producia, porque tenian una esperanza, el príncipe de Asturias. Éste, nacido en el Escorial, criado, puede decirse asi, dentro de su recinto, pues por lo comun pasaba en él seis meses del año, lo miraba como su propia casa. Cuando sus augustos padres iban de jornada á la Granja solia quedarse en el Escorial, y permanecia en él hasta fines de enero, que marchaba con la corte á Aranjuez; y en este tiempo, como joven y criado entre los monjes, los miraba con la confianza de amigos, y no pocas veces (ayudando para ello la disposicion del alojamiento que ocupaba, que era la celda prioral), se subia por la escalera interior al noviciado á participar de la compañía é inocentes diversiones de los religiosos de la escuela.

Casado en el mes de julio de 1802 con su prima hermana Doña María Antonia de Borbon y Lorena, hija de los reyes de Nápoles, volvió al Escorial orgulloso con su joven esposa, que como era natural, tomó un singular afecto á aquel edificio, y durante las jornadas trataba á los religiosos con la misma franqueza y cariño que su esposo. Pero desgraciadamente muy pronto se vió España privada de esta joven princesa, y en el Escorial fué donde abortó á los dos años de casada. Desde este fatal aborto quedó sumamente delicada, y aquella señora, poco antes tan robusta, comenzó á consumirse lentamente, y á estar siempre enferma.

Muchísimo sentian los monjes la falta de salud de la joven y amable princesa, é incesantemente rogaban á Dios se dignase concederla el alivio. Pero todo era inútil; estaba ya herida de muerte, y durante la jornada de 1805 apenas se pudo levantar de la cama. Con este motivo los monjes, que habian acostumbrado á visitarla diariamente, se vieron privados de esta satisfaccion, porque pretestando la mucha debilidad que tenia, se prohibió la entrada en su cámara á toda clase de personas. Lograron por fin verla el dia que la jornada salia para Aranjuez, y al despedirse del Prior y demás religiosos que la acompañaban, prorumpió en estas sentidas palabras: *Mi amado Escorial me ha probado mal este año, pero con todo lo quiero mucho porque es muy hermoso, y para mi gusto en tantas tierras como he andado, no he visto cosa mas preciosa, ni edificio mas magnífico, y que mas honre á su fundador y al dichoso artífice que lo hizo.* En seguida se despidió de todos con mucha afabilidad, y los monjes ya no volvieron á ver sino su cadáver, que fué con-

ducido al Escorial el 25 de mayo, habiendo muerto en Aranjuez el 21 del mismo. El príncipe al recibir la noticia de su muerte esclamó en presencia de toda su servidumbre: *Han muerto á mi muger y lo mismo quieren hacer conmigo, pero Dios mediante no lo lograrán*. Mucho se habló y se supuso á la sazon acerca de esta muerte prematura, muerte justamente llorada por todos; pero á fuer de historiadores circunspectos baste esta sola indicacion, hecha por su mismo augusto esposo, acerca de un suceso que ojalá no hubiera pasado de la esfera de una calumnia ó una suposicion, pues á haber sido cierto, mancha y mancha indeleble habria debido caer sobre los perpetradores.

Mas sea de ésto lo que fuere, los males aumentaban por momentos, la viudez del príncipe añadia una nueva complicacion á la política de España, y la nacion toda se ajitaba sordamente para oponerse en su dia á los planes que sospechaba se fraguaban en su seno. Mas habia al mismo tiempo un asunto mas grande que ocupaba la atencion de la Europa entera. El génio colosal de Napoleon, sus rápidas conquistas y engrandecimiento, tenian absorta la atencion de todos; y España veia sobre la cumbre del Pirineo estendidas las alas de sus águilas vencedoras, dudándose aún por los mas entendidos, si esta actitud era para protejer ó para devorar. Todos los españoles discurrian sobre estos acontecimientos, y todos esperaban con impaciencia el desenlace de aquel drama, pero sin separar sus ojos del Príncipe de Asturias, que miraban como su único apoyo, como su áncora de salvacion.

Aunque las cosas políticas no daban mucho lugar para ocuparse de otros asuntos, sin embargo, la nueva poblacion del Sitio de San Lorenzo no dejaba de hacer sus jestiones para emanciparse completamente de la villa del Escorial. Ya en 1800 se habia visto la necesidad de establecer una pila bautismal en su pequeña Capilla, y el Prior habia hecho su solemne bendicion en 6 de junio del mismo año; pero continuando la jurisdiccion parroquial del Cura de la villa, que cobraba los derechos de estola como en su feligresía, aunque el Capellan de fábrica continuaba administrando los Sacramentos, como siempre lo habia hecho. Pero la poblacion del Sitio habia aumentado mucho, y era necesario separar su gobierno eclesiástico, como se habia verificado ya en lo civil. El ministro Don Pedro Ceballos, con fecha 9 de noviembre de 1806, comunicó al Prior una orden, en la que se mandaba, que la parroquia del Real Sitio quedase separada de la villa del Escorial, sin perjuicio de la autoridad y jurisdiccion del Prior y convento, y de la del Patriarca durante las jornadas. Se encargó la formacion del plan al Arzobispo de Toledo y al Abad de la Granja, y luego que emitieron y presentaron su dictamen se adoptó el del Abad, que comprendia las reglas y condiciones siguientes.

Habrá un Cura provisto por concurso, con la dotacion anual de 8.000 rs. y los derechos de estola. Será nombrado por el Ordi-

nario en terna que dirijirá á S. M. por conducto del primer Ministro de Estado.

Tendrá un Teniente dotado en 3.000 rs., además de los 30.000 maravedíses de la dotacion del Capellan de fábrica, y será nombrado por el Cura con aprobacion del Ordinario.

Al cura de la villa, para resarcirle de lo que deja de percibir, se le darán 200 ducados anuales, y los 35.000 mrs. que todos los años le da el convento.

Cesa el Capellan de fábrica, y para indemnizarle se le señalan 4.000 rs. al año.

Todos estos sueldos ó asignaciones se pusieron á cargo del fondo pio beneficial del obispado de Córdoba.

El arancel de derechos parroquiales lo propuso el Cardenal Arzobispo de Toledo; y aunque para una poblacion de este género es demasiadamente subido, fué aprobado.

Luego que se recibió esta orden se abrió el concurso, en que sacó la mejor censura el presbítero Don Vicente Rivera, que fué el propuesto, y á quien se dió el competente nombramiento en 24 de marzo de 1807. Con esto la poblacion del Sitio quedó en un todo independiente de la jurisdiccion de la villa, tanto en lo espiritual como en lo temporal.

Casi á un mismo tiempo vino la corte al Escorial en 22 de setiembre de 1807, y las legiones imperiales comenzaban á bajar el Pirineo por la parte de Vizcaya. Los que seguian la jornada, y particularmente los de la Real servidumbre, parecian ajitados, recelosos y tristes; y desde el principio se susurraba que tendrian lugar acontecimientos de mucho bulto, pero sin que nadie se fijase en cuáles ni en cuándo. Sin embargo, al principio ni se hizo novedad ninguna, ni ocurrió nada notable, y el Príncipe volvió, como cuando estaba soltero, á ocupar la celda prioral, y á tratar con los monjes con el afecto y llaneza que siempre. El primer síntoma de haber alguna novedad fué, que por mandado de la reina Doña María Luisa se pusieron tabiques y puertas en las comunicaciones que la celda prioral tiene con las salas capitulares, jardines, cantinas, noviciado y otros puntos; pero á esta medida se dieron varias versiones, aunque se conocia ya que al Príncipe se le observaba muy de cerca. Luego en 20 de octubre, nueve de los guardias de corps que acababan de salir de guardia del cuarto del Príncipe fueron presos en el cuartel, y conducidos en coches á Madrid, y con mucho misterio.

Esta novedad, algunas personas estrañas que habian venido al Sitio y vagaban por los cláustros á todas horas, el movimiento misterioso que se observaba en el cuarto de la Reina y en el palacio de Don Manuel Godoy, anunciaban algun acontecimiento notable. En efecto, el dia 29 de octubre, despues de haber pasado el Príncipe Don Fernando la mayor parte de la tarde en el coro, al cantar las Vísperas y Completas, en compañía de los monjes, á cosa de las

siete fué llamado al cuarto de la Reina, la cual personalmente le registró con mucha escrupulosidad, y le encontró en el bolsillo del frac un papel escrito en cifra.

A poco rato los criados de la Reina condujeron á palacio las papeleras del Príncipe, que fueron rejistradas en su presencia, y despues de esta operacion se le permitió volver á su alojamiento, en cuyas inmediaciones y puertas se habian multiplicado las centinelas. A las once de la noche fué llamado segunda vez á palacio, y mientras estaba en él se practicó en su habitacion un detenido y escrupuloso rejistro, y se apoderaron de todos sus papeles.

La Comunidad y la corte estaban completamente aturdidas á vista de aquella novedad, que ni comprendian ní se atrevian á preguntar, cuando poco antes de media noche vieron pasar por el coro al Príncipe Don Fernando acompañado de su augusto padre, de los cuatro Ministros de Estado, Marina, Hacienda y Gracia y Justicia, con una escolta de doce guardias, y detrás un grupo de carpinteros y albañiles con las herramientas propias de su oficio, que seguian silenciosos á los augustos personajes. Llegados á la celda prioral, Carlos IV mandó á los carpinteros y albañiles que clavasen ó tabicasen todas las puertas que conducen al recibimiento de la celda prioral, entrando por la puerta chica; y en aquella pieza pequeza y no muy decente (porque era donde comunmente dormia el criado del Prior), mandó que se quedase preso el heredero de la corona de España. La cama se la colocaron en la estrechísima alcoba que hay en aquella pieza, y no le dejaron mas compañía que la del ayuda de cámara Don José de Merlo, y la de Don Tomás Lobo, ambos pertenecientes á la servidumbre de la Reina, y por consiguiente puestos como centinelas de vista del Príncipe. Tomadas estas disposiciones, el Rey intimó á su hijo hallarse en aquella habitacion preso é incomunicado de su orden; mandó situar un fuerte cuerpo de guardia en el estremo del claustro principal entre las dos puertas, un zaguanete de cinco hombres en la sala grande, y centinelas en todas las puertas; y despues se volvió á palacio, al parecer bastante ajitado y conmovido.

A las seis de aquella misma tarde habian venido de Madrid por orden del Rey el Señor Don Arias Mon y Velarde, Gobernador interino del Consejo, el consejero Don Domingo Fernandez Campomanes, y Don Andrés Romero Valdés, que era Alcalde de Casa y Corte; y estos, con los ministros y el Rey, se hallaron aquella noche reunidos en el cuarto de la Reina. Esta señora, olvidada en aquel momento de los naturales sentimientos de madre, ciega de pasion, y afectando estar íntimamente convencida de que el príncipe Don Fernando conspiraba contra la vida y gobierno de sus padres, propuso en aquel consejo que decapitasen á su hijo en aquella misma noche, para de este modo cortar el mal en su origen. La pluma se cae de la mano al considerar tanta crueldad en una madre; pero los ministros, y singularmente el justificado y benemérito

gobernador del Consejo, rechazaron esta idea sanguinária, y pudieron persuadir á SS. MM. de la necesidad de formarle causa, para de este modo evitar un conflicto en que podia perecer la nacion entera, á cuya vista era indispensable justificar cualquier procedimiento contra una persona tan elevada y digna de respeto, como lo era el Príncipe, ya jurado solemnemente heredero de la corona (1). En consecuencia se convino en publicar, como se hizo al dia siguiente, el famoso decreto de 30 de octubre de 1807, que redactó el eclesiástico Estala, y con el cual se dió principio á aquella causa tan ruidosa del Escorial, cuyos pormenores y trámites tocaré muy ligeramente, no solo por ser ya tan conocidos de todo el mundo, sino tambien por la brevedad que me he propuesto, limitándome solo á algunas circunstancias locales.

Apenas quedó arrestado el Príncipe cuando fueron presos todos los criados de su servidumbre: las personas de mas categoría quedaron arrestadas en las mismas celdas que ocupaban durante la jornada; los demás fueron conducidos á la carcel pública del Sitio. Al dia siguiente comunicaron al Prior una orden, mandándole tuviese desocupadas habitaciones cerca de alguna de las torres, y con la posible independencia de la Comunidad, pues habian de servir de carcel para los presos que se fuesen trayendo. Pareció que ningun local podria llenar mas facilmente estas condiciones que el noviciado, y al momento se mandó que lo desocupasen los monjes jóvenes, que durante esta causa tuvieron que habitar dia y noche en el dormitorio comun.

A pesar del terror que la prision del Príncipe habia infundido en todos los ánimos, los monjes, que tanto le amaban, no dejaban de informarse, por medio de las muchas relaciones que siempre han tenido en la corte, de lo que se hacia é intentaba, para espiar una ocasion de comunicárselo al preso; pero éste estaba tan vijilado, que era de todo punto imposible hablarle. Sin saber con qué motivo cundió la voz de que Fernando iba á ser trasladado al alcazar de Segovia, y se ponderaban las siniestras intenciones que su madre tenia en este viaje. Sin embargo, nada se notó que confirmase esta sospecha, y el dia de Todos los Santos dió el Rey permiso para que un monje dijese Misa en la prision del Príncipe. Para esto se colocó un altar portátil en el hueco de la ventana, enfrente de la escalera

(1) Todos los pormenores relativos á esta ruidosa causa, de que haré uso en esta historia, los he tomado de los apuntes de varios monjes, testigos presenciales de este hecho, y singularmente de uno sumamente curioso y aplicado, que por su posicion de Secretario del Prior tocó y vió las cosas muy de cerca, y las oyó referir á los mismos que las manejaron, y que dejó escrito un libro con este título: *Breve, sencilla y verdadera relacion de la célebre causa llamada del Escorial, ó prision del Príncipe de Asturias Don Fernando de Borbon, N. Sr.; compuesta por el P. predicador Fr. Vicente Flores, monje del Real monasterio del Escorial y Secretario del Rmo. P. Prior Fr. Crisanto de la Concepcion.* Está manuscrito, y lo posee actualmente Don Antonio Santander, último Prior y Abad del monasterio, que ha tenido la bondad de prestármelo.

que baja á los Capítulos, y en aquel estrechísimo pasillo oyó la Misa el angustiado preso, que al oir leer en el Evangelio las palabras *bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia*, exhaló un tan fuerte y sentido suspiro, que llamó la atencion de los pocos circunstantes que asistian á aquel acto religioso.

Volvió á susurrarse que en la noche de aquel mismo dia de los Santos estaba resuelto sacar al preso por los jardines y bosquecillo llamado del Prior, para trasladarle á Segovia; y sin que se pudiese averiguar quién habia estendido la noticia ni quién lo disponia, las alturas inmediatas al Escorial, y singularmente la cordillera que está á la izquierda del camino de Guadarrama, aparecieron como por encanto cubiertas de gentes de los pueblos inmediatos, en número de mas de 10.000 hombres, que decian á voz en grito estaban resueltos á librar á Fernando de manos de sus opresores; y que para que no se les ocultase el momento en que lo sacasen, tenian hombres apostados junto al Favordon, campana que se oye á mucha distancia, que avisarian el punto de la salida y el camino que tomasen. Mas fuese porque esta actitud decidida del paisanaje arredrase á los enemigos de Fernando, ó que no fuese mas que una sospecha exajerada por el temor, no se verificó la salida, aunque el Príncipe, despues de estar en libertad, habló algunas veces de este intento de llevarle á Segovia como de una cosa positiva.

No tardaron muchos dias las celdas del noviciado en servir al objeto á que las destinaran. El canónigo Don Juan Escoiquiz fue el primero que trajeron preso, y le pusieron en una de las celdas altas de la torre, sin luz, sin cama, y sin abrigo de ningun género. El Duque del Infantado, el Marqués de Ayerve, los Condes de Bornos y Orgaz, el Brigadier Don Pedro Giraldo, el comerciante Don José Manrique y otros fueron llegando sucesivamente, y se vieron reducidos á aquellos estrechos cuchitriles debajo de las pizarras, donde indudablemente, enmedio de la rigorosa estacion que hacia hubieran perecido de frio, si el Alcalde mayor del Sitio Don Francisco Carmona, que era el encargado responsable de la custodia y seguridad de los presos, no hubiera permitido á los monjes darles algun auxilio. Se señaló mucho en la caridad é interés por la humanidad aflijida el P. Fr. Vicente Flores, Secretario del Prior, que personalmente logró ver á los presos, y los consoló, les dió camas, braseros, abrigos y otras cosas de urgente necesidad, é influyó mucho para que personas tán respetables fuesen trasladadas á habitaciones mas cómodas. Lo consiguió por medio del Prior y de algunos grandes de la corte, que interpusieron su poderoso influjo con los Reyes; y fueron trasladados, el Duque del Infantado á la celda del Rector del Colegio, y los demás á otras celdas mas cómodas y abrigadas que las que habian tenido, y que dejaron los monjes yéndose á vivir á la Compaña.

Aunque el Príncipe Don Fernando fue puesto en libertad en la noche del 5 de noviembre, por la aparente mediacion del Príncipe

de la Paz, no por esto cesaron los temores. La libertad del augusto preso no era mas que de nombre. El Gentilhombre Don Manuel de Andrade y el ayuda de Cámara Calatayud, que reemplazaron á Merlo y Lobo, eran el primero padrino y el segundo protejido de Godoy, y nadie podia hablar al Príncipe sino en su presencia; nadie se le acercaba que no fuese severamente espiado y observado por estos dos sirvientes.

Sin embargo, los enemigos del Príncipe pudieron al dia siguiente desengañarse de lo inútil de sus tramas, y del entusiasmo que todos tenian por Fernando. En la tarde del 6, en que por primera vez salió á paseo despues de su prision, los caminos se llenaron de gente; y al volver por el de Guadarrama recibió una ovacion que debió serle muy satisfactoria. El numeroso gentío que esperaba en él dejó pasar el coche de los Reyes guardando un silencio mudo; pero lo mismo fue llegar su coche que lo detuvieron, y prorumpieron en tales vivas y demostraciones de júbilo, que tardó muchísimo rato en poderse abrir paso y llegar á palacio. Los monjes, que habian observado esta franca manifestacion de cariño, corrieron á situarse en el antecoro, junto á la sala de Batallas; y lo mismo fue salir de ella, que felicitándole, aclamándole y dándole mil pruebas de cariño, le acompañaron hasta la celda prioral.

Este triunfo fue mirado por la Reina como un insulto y desprecio hecho á su persona; se la vió mas agitada que de costumbre; y tal vez temiendo que los presos no estuviesen bien guardados, los celaba por sí misma. En una de las rondas que todas las noches á las altas horas hacia el Gobernador del Sitio para vigilar la seguridad de los presuntos reos que estaban presos, al llegar junto á los encierros del Duque del Infantado y Marqués de Ayerve, encontró á la Reina Doña María Luisa disfrazada, y con tales apariencias de despecho, que temió muchísimo por la vida de los presos. Mas no por esto se turbó la Reina, sino que hizo que el mismo Gobernador la acompañase hasta su cámara, donde oyó con bondad algunas reflexiones que Carmona se atrevió á dirijirla.

En este contínuo temor y agitacion se pasaron los meses de noviembre y diciembre, y en los últimos dias de este el Rey comunicó al Prior una orden, avisándole que los señores que componian el tribunal y todos los presos continuarian en el monasterio hasta la total terminacion de la causa; y desde luego se dió la orden para que la jornada marchase á Aranjuez el dia 30. Mucho sentia el Príncipe salir del Escorial, porque estaba segurísimo de que allí en cada uno de los monjes tenia un amigo sincero, y un defensor que velaria por su existencia con todo el interés posible. Pero le era indispensable obedecer, y el dia 30 partió con sus padres y toda la real servidumbre para Aranjuez.

Los jueces que habian quedado en el Escorial continuaban la causa sin levantar mano, y el 8 de enero de 1808 vino un decreto del Rey para que el 14 del mismo estuviesen reunidos en el Esco-

rial todos los consejeros y camaristas, á fin de oir las defensas de los reos y fallar definitivamente la causa. Recibida la orden, el Presidente del Consejo suplicó al Prior que con la Comunidad rogase á Dios los iluminase y diese acierto en asunto de tamaña importancia, y el Prior lo hizo, encargando al momento algunas oraciones estraordinarías, asi públicas como privadas. Al dia siguiente (15 de enero) se dijo Misa del Espíritu Santo en el oratorio de la celda prioral, donde se hallaron todos los señores del Consejo; y en seguida pasaron al salon grande, que con anticipacion se habia adornado y preparado para que sirviese de tribunal. A las diez de la mañana se comenzaron á oir las defensas, que continuaron en los dias 18, 19 y 20. El 25 volvieron á reunirse los jueces, pero lo hicieron en la celda llamada de *Juanelo*, por haberse puesto enfermo de alguna gravedad el Cónsejero de Castilla Don Eugenio Caballero. Al lado de su cama, y en aquella pequeña habitacion, se falló tan ruidosa y comprometida causa, y acordaron la sentencia definitiva, por la que se declaraba á los encausados enteramente libres.

Al dia siguiente 26, el Gobernador del Consejo envió un posta con el encargo de entregar el pliego que contenia la sentencia en mano propia del Rey, mas aunque lo procuró no le fue posible; la Reina se apoderó del pliego, y en lugar de la aprobacion que se esperaba por estar la sentencia tan conforme á justicia, se hallaron con una cosa bien estraña. El 28 volvió el posta y entregó al Gobernador una Real orden, por la que se le mandaba que él y todos los jueces que habian concurrido á la causa volviesen á Madrid á sus respectivos destinos. Traia al mismo tiempo otro pliego para el Gobernador del Sitio, en el que iban incluidas las sentencias de destierro de casi todos los presos. Unos y otros obedecieron el Real mandato, y el 4 de febrero comenzaron á salir para sus destinos así jueces como encausados, y la Cómunidad quedó desembarazada de huéspedes, en los que ademas de la grande incomodidad de tener los monjes que dejar sus habitaciones, habia gastado en su asistencia 55.168 rs., que aunque luego se dió orden para que se pagasen, nunca se llegaron á cobrar.

Al dia siguiente del fallo de la sentencia se agravó muchísimo la enfermedad del Señor Don Eugenio Caballero, en términos que el 29 por la tarde se le administró solemnemente el Viático, al que asistieron todos los señores del Consejo, las tres Comunidades y muchos de los criados de unos y otros, y el 31 murió en la dicha habitacion de Juanelo, despues de recibidos todos los auxilios espirituales. Sus restos mortales fueron conducidos al Campo Santo del Sitio, y colocados en uno de sus nichos.

Concluida aquella causa que tanto habia ocupado todos los ánimos, la Comunidad del Escorial quedó tranquila, y las cosas todas volvieron á su estado de costumbre. Ya el dia 6 de febrero habia el Prior recibido una Real orden avisándole que llegaria muy pronto á aquel monasterio el cadaver del Rey de Etruria, Luis I de

Borbon, y en ella se le mandaba le hiciese el recibimiento y funerales acostumbrados con los Reyes. Llegó en efecto el dia 16 con la escasa comitiva encargada de su conduccion, y en la misma galera en que habia salido de Florencia, atravesando los Alpes y Pirineos. La Comunidad comenzó á practicar las ceremonias de costumbre; pero el Señor Morbiani, que era el encargado del Real cadaver, se negó rotundamente á hacer la entrega en público. En vano el Prior se esforzó en manifestarle las órdenes, reglamentos y costumbres usadas desde Felipe II; el italiano se negó á todo, y la galera con el cadaver quedó en medio del patio de los Reyes, donde permaneció toda la noche sin luces, sin acompañamiento, y como pudiera quedar una galera vacía en el patio de un meson cualquiera. A la mañana siguiente, por orden del encargado se comenzaron á quitar las muchas cubiertas de hule, paja, esteras y encerados que traia el féretro, y se hizo la entrega y el Oficio como siempre, hasta dejarlo depositado en el panteon de Infantes.

A esta sazon los acontecimientos políticos se iban agolpando; las tropas francesas se habian estendido ya por toda la Península, y tenian ocupadas muchas de nuestras plazas fuertes; cuando el levantamiento de Aranjuez y prision de Godoy, que sucedió el 19 de marzo de 1808, puso en movimiento á toda la nacion. El 21 del mismo mes llegaron las primeras tropas francesas al Escorial, aunque de paso para Madrid, y el 29 vino el general Barbou con una division de 3 á 4.000 hombres. Dieron orden para que se desocupase el Seminario, y allí se alojaron las tropas, y los gefes en el monasterio; y comenzaron á causar tantas incomodidades á los monjes y tantas vejaciones á la Comunidad, que el Prior se vió obligado á representar, suplicando los mandasen salir de todo el convento. Al principio no surtió esta representacion mas efecto que contestar al Prior *que se daria cuenta al Gran Duque de Berg;* pero despues, el dia 8 de abril, recibieron orden los franceses para desalojar completamente el monasterio. Sin duda dió motivo á esta orden la venida de los Reyes de España, que llegaron á este Sitio el dia 9 á cosa de las siete de la tarde. El Rey Fernando no se detuvo mas que aquella noche, y al dia siguiente salió en direccion á Burgos; los Reyes padres lo verificaron el 22.

Luego que á consecuencia del memorable Dos de Mayo se dió en toda la nacion el grito de guerra, de libertad é independencia, las tropas francesas se comenzaron á preparar para la conquista del pais que habian ocupado como amigos. Mandaron establecer en el Escorial un hospital de sangre, y al efecto pidieron á la Comunidad 600 camisas, otras tantas sábanas y 200 tablados ó tarimas, y no hubo mas remedio que aprontarlas. Poco les duró á los enemigos esta disposicion, porque á consecuencia de las victorias obtenidas por el general Castaños en Andalucía, tuvieron que abandonar la corte y luego el Escorial. Desembarazados los habitantes del Sitio de tan desagradables huéspedes, y libres del temor que les

causaba la presencia de los franceses, comenzaron á desahogar los sentimientos tanto tiempo comprimidos, y que tan comunes eran en toda la nacion. El 31 de julio de 1808 se comenzaron á reunir algunos grupos, y á gritar "viva Fernando y mueran los traidores," y á poco rato la mayor parte de la poblacion se dirijia en tropel hácia el camino de Guadarrama, donde estaba el palacio de Don Manuel Godoy, que asaltaron al momento. Los ricos muebles, las elegantes colgaduras, los grandes espejos, todo fue en pocos minutos destruido, hecho trizas y arrojado por las ventanas. Ya que nada quedó en el interior de la casa, echaron sogas á la magnífica estátua ecuestre de Godoy, que estaba colocada en su picadero, y con grandes vóces y algazara la arrastraron muchas veces por todo el Sitio llenándola de denuestos, hasta que ya cansados la llevaron á la Lonja, y allí, en el espacio que media entre el pretil y la casa de Infantes, acumularon algunos fragmentos de los mismos muebles que habian destrozado, y la quemaron en medio de imprecaciones y mueras á Godoy y á los franceses. Sin embargo, despues de este desahogo, en que ningun daño se causó á las personas, la poblacion del Sitio, que de suyo es tranquila y pacífica, no solo no volvió á alterarse, sino que muchas familias francesas que habian salido huyendo de la corte y otros puntos, hallaron allí buena y tranquila hospitalidad, y nadie los incomodó en lo mas mínimo.

Desde aquel dia todo fue bulla y algazara; el Sitio era lo que todas las poblaciones de España no ocupadas por los franceses. Cada noticia que venia, aunque fuese la mas absurda é increible, daba motivo á vivas, repiques de campanas y otras demostraciones de placer. Verificada en Madrid la solemne proclamacion del Rey Don Fernando VII, no quisieron los del Sitio quedarse en zaga, y al momento comenzaron á hacer los preparativos. El 18 de setiembre fue el señalado para esta ceremonia, á la que concurrió el Gobernador Don Francisco Carmona, con todos los demás empleados del Gobierno y lo mas notable de la poblacion. Bajaron al monasterio llevando el Gobernador el pendon Real, que era hecho á propósito, de terciopelo carmesí con bordados y cordones de oro, con el asta dorada y la lanza de oro y plata. En un lado se leia: *Acclamatio augusta Ferdinandi VII*, y en el reverso las armas Reales con la orla: *El amor y lealtad de los habitantes del Real Sitio del Escorial.* A la puerta del monasterio esperaban las Comunidades, que recibieron á la comitiva con la misma solemnidad que cuando se recibe á los Reyes. Por la mañana se cantó el *Te Deum* y se hizo una solemne funcion de iglesia, y por la tarde el Prior, Fr. Crisanto de la Concepcion, haciendo las veces de alférez Real, levantó el pendon é hizo la proclamacion en tres distintos tablados, cubiertos de alfombras y preparados al efecto, el primero enfrente del pórtico de la Lonja, el segundo en el Sitio en la plazuela de Santiago, y el tercero en la plaza, gritando en todos ellos: *Escorial, Escorial, Escorial, por nuestro católico Monarca el Señor Don*

Fernando VII, que Dios guarde. Pero bien pronto estos placeres efímeros, estas fiestas hijas del entusiasmo, habian de convertirse en amargos sinsabores, y habian de hacer derramar muchas lágrimas. La guerra habia aún de asolar nuestra nacion, y el reconquistar nuestra independencia habia de costarnos mucha sangre.

CAPITULO II.

Vuelven los franceses.—El Prior abandona el monasterio.—Lo abandonan despues el Vicario y la mayor parte de los monjes.—Los franceses incendian la villa del Escorial y suben al Sitio.—Disposiciones que tomaron sobre el monasterio.—Se permite á los monjes que continúen habitándole.—Federico Quillet.—Despojo de la iglesia.—Destruccion del tabernáculo.—Robo de las alhajas.—Un monje salva la Santa Forma y algunas otras alhajas.—Retirada de los franceses.—Comisionados españoles.—Paso de los ejércitos aliados.

Repuestos algun tanto los franceses del pasmo que les habia causado el heróico levantamiento en masa de una nacion que juzgaban imposibilitada de oponerles la mas leve resistencia, y engrosadas sus filas por los numerosos batallones que diariamente atravesaban el Pirineo, comenzaron á desarrollar toda su fuerza; y muy pronto nuestras tropas bisoñas fueron batidas en todas partes, y los enemigos vencedores revolvian hácia la capital. Se dirijia á ella el Prior con ánimo de cumplimentar á la Junta central nuevamente establecida; pero halló el camino cubierto de gentes que huian de los invasores, ponderando la crueldad y la barbarie con que estos trataban á los españoles que tenian la desgracia de caer en sus manos. Un terror pánico precedia á aquel ejército que ya estaba sobre Madrid; y participando de él el Prior, abandonó la carretera y se dirijió á la casa-administracion del Santo.

Eclesiásticos, monjas, paisanos y soldados, gentes de todas clases y categorías comenzaron á llegar en aquel mismo dia al Escorial, y á difundir tan desagradables noticias, que muy pronto fueron confirmadas por una carta que la esposa del Gobernador del Sitio desde las Rozas dirijió á su marido, dándole cuenta del estado en que se hallaba la corte, y participándole de parte del Prior, para que lo hiciese saber á la Comunidad, que ya no pensaba en volver al monasterio, sino en salvarse. Los monjes que se retiraban de paseo, enterados de estos pormenores, sin consultar mas que al espanto que se apoderó de ellos, se determinaron á huir cada uno como pudiese. Todo era confusion; todos se agitaban, corrian, preguntaban; los que iban llegando daban de cada vez noticias mas siniestras; y por fin, llamado el depositario, cada uno tomó la pe-

queña cantidad que le correspondía, y al anochecer el monasterio quedó enteramente abandonado.

Algunos de los monjes, ya por sus muchos años y achaques, ó por hallarse con valor para esperar el peligro mas de cerca, no pasaron aquella noche del Castañar, y volvieron al dia siguiente al monasterio. No tardaron en presentarse multitud de soldados dispersos y estropeados que confirmaban las tristes nuevas del dia anterior, pidiendo á la Comunidad que los auxiliase; y aunque nadie estaba para ocuparse de nada, se les proporcionó abundante comida como se pudo, á unos en medio de los claustros y las celdas, á otros en el refectorio. Al dia siguiente (3 de diciembre de 1808) se oia perfectamente el estruendo del cañon, se anunciaba la llegada de los franceses de un momento á otro, y era necesario volver á abandonar el monasterio. Entonces el Vicario juzgó necesario tomar alguna determinacion, y mandó reunir la mayor parte de las alhajas; y aunque habia parages donde hubiera sido seguro salvarlas, con la precipitacion dejaron porcion de ellas detrás del altar de la sala de Capas, otras en la cantina llamada de la Cera, y las mas pequeñas, pero de mas valor, en la bóveda que está sobre el Cristo de las procesiones en la iglesia principal. Practicada esta operacion dijo á los monjes que cada uno se salvase como pudiese, y por el camino de Valdemorillo se encaminó con algunos que le siguieron al punto donde creia encontrar al Prior, pero este ya habia marchado á Sevilla.

Entre tanto en el Sitio el Gobernador y su segundo Don Miguel de Quevedo, unidos á Don Manuel Sandoy, teniente de caballería, reunian alguna fuerza y se preparaban para resistir á los franceses, á quienes salieron al encuentro. Amparados del bosque mataron algunos dragones, que se dijo habian llegado á veinte y cuatro; pero esto no detuvo la marcha de la columna enemiga, que llegó á la villa del Escorial como á las ocho de la noche. Entraron en ella destrozándolo todo, mataron al sacristan y sobreguarda, y pegaron fuego al pueblo por varios puntos. Los paisanos del Sitio y las pocas tropas que se habian reunido, animados por el ejemplo del Gobernador, y alentados por un monje jóven llamado Fr. Silvestre Ruiz, que se habia puesto á su frente, esperaban á los enemigos en lo alto de la Parada y los Terreros; y apenas vieron arder la villa y supieron que estaban en ella los franceses, comenzaron á tocar el Favordon con suma prisa y á disparar tiros sin órden ni concierto. Entusiasmado Fr. Silvestre y gritando *á ellos* comenzo á bajar rápidamente la cuesta, pero nadie le seguia; y aún no habria andado 300 pasos cuando fue muerto por los mismos paisanos que capitaneaba, que no hacian mas que disparar tiros sin saber á quién. El pobre monje recibió un balazo en los riñones, de que quedó muerto en el acto, mucho antes de que asomasen los enemigos. Estos subieron formados en columna hasta el principio de la Parada; pero ignorando las fuerzas que podria ocultar tan vasto edificio, ni qué gen-

te ni cuánta era la que les hacia fuego, se replegaron, y pasaron la noche junto á la villa.

Habian permanecido en el monasterio tres ó cuatro monjes muy ancianos, y uno de ellos, llamado el P. Prado, muy de mañana consumió el Santísimo Sacramento, y huyó como lo habian hecho todos los demás en la noche antecedente. El dia 4 el General francés Lausaye y el coronel Lafit, al frente de los regimientos de dragones números 18 y 19, subieron sin contradiccion, y formaron enfrente de la fachada principal del monasterio, cuyas puertas todas estaban cerradas. Algunos criados que se habian quedado en el convento hicieron de repente algunos disparos, y mataron un capitan y dos caballos. Irritado el General con este atentado mandó hacer algunas descargas contra la cerradura de la puerta del Seminario, de cuyas ventanas habian salido al parecer los tiros; más aunque saltó la cerradura, no llegaron á la puerta.

Temeroso entonces el General de que dentro pudiese haber alguna emboscada, ó estuviese escondida alguna fuerza respetable, no se atrevió á entrar en el edificio, y puestas las centinelas convenientes se retiró al Sitio y acuarteló la tropa. Dió orden al momento para que compareciesen en su presencia el Gobernador del Sitio y todos los monjes que se encontrasen. Don Francisco Carmona, que se habia refugiado en Robledo, fue traido al Sitio, y con él unos cuantos ancianos á quienes la edad, los achaques y el aturdimiento no les habian permitido alejarse, y todos quedaron presos en los cuarteles. Lo primero que les dijo el General al llegar á su presencia fue que los iba á mandar fusilar como autores y cómplices de la muerte del capitan; pero sus canas y sus lágrimas, y los ruegos de mas de 118 familias alcanzaron perdon, y se les permitió volver al monasterio. El Gobernador fue depuesto en el acto, y nombraron á Don Jorge Galvan, afrancesado, y comandante de los jurados aragoneses.

Nadie por el pronto volvió á incomodar á los monjes, y esta tranquilidad decidió á algunos otros que se habian quedado en los pueblos inmediatos á unirse á sus compañeros. Volvieron en lo posible á su acostumbrado método de vida, tenian su coro, refectorio y vida comun, cuidaban del edificio y de sus rentas; y huérfanos de los legítimos superiores que los habian abandonado, eligieron por Presidente al P. Fr. Jorge Martinez Raposo, que despues fue nombrado Prior por el Monarca intruso José I.

El decreto de este nuevo Rey esceptuando este monasterio de la estincion general, y declarándole comun para todos los monjes de la Orden de San Gerónimo, alentó muchísimo su esperanza de que podrian continuar tranquilos en su casa; pero muy pronto vieron caer destruidas estas ilusiones. El 20 de agosto de 1809 se presentó un edecan del Rey acompañado del Gobernador Galvan, y mandó reunir la Comunidad en las salas capitulares. Al momento que estuvieron reunidos les leyó una orden Real, mandándoles en-

tregar en el acto las llaves de todas las oficinas; que se quitasen el hábito; y en el término de quince dias saliesen del monasterio, permitiéndoles sacar únicamente los efectos de su propiedad particular. En el acto obedecieron todos; las llaves fueron entregadas; la iglesia, la sacristía, la biblioteca y algunas otras puertas fueron selladas; y los aflijidos monjes comenzaron á sacar sus pobres efectos, que sufrian al salir un escrupuloso registro á las puertas por los aragoneses afrancesados de Galvan. Nada sentian tanto aquellos ancianos y afligidos religiosos como verse arrojados de su casa, de aquella casa donde habian pasado con tanta tranquilidad toda su vida; y aunque con mucho miedo se resolvieron á suplicar, en una reverente esposicion que dirijieron al Rey José I, les permitiese continuar habitando en el monasterio. Concedióselo al momento, señalándoles los claustros llamados de los Treinta-Pies para sus habitaciones, seis reales diarios de pension á cada uno, un cocinero para todos, y asistente ó criado á su voluntad.

Llenos de placer volvieron aquellos monjes dignos de memoria á ocupar sus pobres celdas y á cuidar del monasterio, sobre el cual tambien el Gobierno tomó algunas disposiciones útiles. Habia encargado el cuidado del edificio á un monje lego sumamenre virtuoso é inteligente en arquitectura, llamado Fr. Cristóbal Tejada, y jamás entraban ni paisanos ni soldados á ver el monasterio sin ir acompañados de uno ó mas oficiales de la guarnicion, y sin llevar una orden firmada por el General para el lego Fr. Cristóbal, que los acompañaba con el interés del que cuida su casa, y con el cuidado que inspira la inteligencia y amor á las bellas artes. Este mismo lego era el que cuidaba de las obras de reparacion, y el que hacia de procurador de aquellos pocos monjes: los franceses lo respetaban, porque el saber y la virtud tienen mucho valor.

En 7 de setiembre del mismo año fue nombrado por el Gobierno francés, administrador general de los bienes del monasterio el cura Vicario de la villa del Escorial Don Gregorio Mateos, hombre justo y de buenos sentimientos; pero cansado del mucho trabajo é incomodidades que esto le daba lo renunció al momento, y nombraron en su lugar á Don Saturnino Burgos, vecino del Sitio, que continuó siéndolo hasta el año 1812 (1).

Fuerza es retroceder algun tanto, para dar á conocer á un hombre que pareció vomitado por el infierno para daño del Escorial. El año de 1807 se habia presentado en el Sitio y permanecido largo tiempo en él un viajero bastante conocedor en bellas artes, fran-

(1) Este Saturnino Burgos fue padre del famoso ciego Cornelio Burgos, que tanto llama ahora la atencion por el buen modo con que acompaña á todos los viajeros, sirviéndoles de Cicerone para ver todas las preciosidades que encierra el monasterio. Ya los muchos años y los trabajos que ha sufrido le han entorpecido un poco, pero antes era una cosa verdaderamente admirable su tino y buena memoria.

cés de nacion, llamado Federico Quillet. Este hombre hipócrita y embustero, desatándose contínuamente en dicterios contra el Emperador, y con la publicacion de un folleto que intituló *Napoleon sin máscara*, habia logrado captarse el cariño y la amistad de algunos monjes que le creyeron de buena fe. Con este motivo le habian proporcionado ver cuantas riquezas de todo género encerraba el monasterio, y él lo apuntaba todo con cuidadosa puntualidad, con el pretesto de su aficion á las artes. Apenas ocuparon los franceses la capital habia desaparecido, y en 1809 se volvió á presentar con una Real orden, por la que se le conferia el encargo de trasladar á Madrid todos los efectos preciosos que contenia el Escorial, escepto las alhajas. Arrojada entonces la máscara hipócrita con que la primera vez se habia presentado, comenzó á desempeñar su comision del modo mas bárbaro y atróz que puede imaginarse. Su primer empeño fue destruir todo lo que no se podia trasladar, y para llevarlo á cabo pidió permiso al General que mandaba las fuerzas acantonadas en este Sitio para destruir á balazos los hermosos frescos de la escalera principal, y particularmente los que representaban la célebre jornada de San Quintin; y aunque esta absurda peticion le fue negada, insistió en que se le permitiese al menos disparar cohetes para mancharlos, pero el General volvió á negárselo, y tuvo que desistir de tan malvada intencion, que tal vez era destruir del mismo modo todos los demás frescos de las bóvedas si se hubiera visto apoyado.

No habia género de insulto que no prodigase á los monjes, en cuya presencia se complacia en pronunciar blasfemias horribles contra la religion, burlándose de sus prácticas sagradas. En el desempeño de su odioso cargo se portaba como un cómitre; armado siempre de un látigo castigaba sin piedad á los pobres jornaleros, y no se le notaba placer sino cuando hacia algun daño de consideracion. Ya habia quitado las pinturas del altar mayor, iglesia y sacristía, y se empeñó en quitar las estátuas de bronce del retablo y entierros Reales, sin mas preparativos que echarlas una maroma por detrás y arrojarlas al suelo. A pesar de que todos los jornaleros se estremecieron al tener que ejecutar aquella barbaridad que lo hubiera destruido todo, nadie se atrevió á contradecirle. Ya iban á echar las maromas, cuando avisado Fr. Cristóbal Tejada se presentó en la iglesia, y se opuso á aquella operacion destructora con tanta decision y energía, que Quillet se vió precisado á ceder, y permitir al lego que se encargase de apearlas á su modo. Hizo un andamio á propósito, y bajó las ocho primeras; y al llegar al suelo la del evangelista San Lucas se llegó el impío y malvado francés, y puesto delante de aquella estátua veneranda decia con sonrisa infernal: *Adios, Señor Don Lucas, ¿quién te habia de decir á V. que habria en el mundo un Federico que le sacase á pasearse por esos andurriales?* Al disgusto de ver destruir y arrancar tan preciosos objetos, unian los monjes el de tener que oir tan groseros

insultos; ¿pero qué habian de hacer en aquellas circunstancias, en que el conservar la vida se tenia por una gracia de los opresores?

Con los ojos llenos de lágrimas vieron desarmar, ó por mejor decir hacer pedazos el famoso tabernáculo del altar mayor. Un vizcaino llamado Manuel Idiondo fue el encargado de esta delicada operacion, en la que tardó cinco semanas; y aunque procuró hacerlo con el mayor cuidado posible, era tanta la prisa que le daba el malvado Quillet, que se rompieron bastantes piezas y se perdieron otras. Concluida la operacion se enviaron á Madrid 63 grandes cajones, que contenian la obra maestra de Jacobo de Trezo. El tabernáculo interior, que era lindísimo y de muchísimo valor, fue colocado por el pronto en la iglesia de San Isidro de Madrid, de donde desapareció despues, sin que hasta ahora se halla podido averiguar su paradero, ni por qué mandato se sacó de allí. Debajo de la enorme piedra que sirve de base al Tabernáculo se encontraron algunas medallas, de las cuales se conserva una de bronce en el monetario de esta biblioteca, y otra en la habitacion de S. M. en este Real palacio.

Se apresuraba cuanto podia el impío francés en cumplir su comision, y mandaba empaquetar cuantos objetos de bellas artes encontraba en el monasterio: pinturas, estátuas, los libros de coro, todo estaba destinado para adornar la capital de Francia. Con la autorizacion del Gobierno intruso embargaba todas las caballerías y carretas de los pueblos inmediatos, de modo que hubo dia en que se vieron reunidas 300 carretas y 500 caballerías, que marcharon á Madrid cargadas con los objetos preciosos que la jenerosidad y grandeza de los monarcas de España habia acumulado allí por espacio de mas de dos siglos, dejando el esqueleto solo de aquella maravilla. Además de estos medios de conduccion habia 24 carros cubiertos que estaban continuamente haciendo viajes; y cuando por acudir á la batalla de Ocaña no pudieron venir, Quillet hizo trasladar algunas pinturas á hombro.

Afortunadamente para bien de nuestra literatura, para que la rica biblioteca se salvase, el Gobierno francés comisionó para trasladarla á nuestro conocido literato y arabista Don Antonio Conde. Este, que aunque adicto á los franceses, no podia como hombre de instruccion desentenderse del amor pátrio, y que conoció muy bien el valor y mérito de las riquezas de que iban á despojarnos, puso cuidadosamente en cajones todos los manuscritos, é hizo que en Madrid se colocasen en una capilla del convento de la Trinidad, mandando luego hacinar sobre dichos cajones multitud de carros de libros impresos, en tanto número que impidieron que nadie pudiese llegar á ellos, ni aun saber dónde estaban, durante aquellos cinco años de desgracia y trastorno. En los impresos, que tambien fueron llevados á Madrid, se esperimentó alguna mas pérdida, tanto porque al conducirlos lo hicieron en serones puestos en carretas,

cuanto por la confusion con que estuvieron en la Trinidad; y muchas obras quedaron descabaladas.

Se conservaban hasta entonces como olvidadas las alhajas escondidas, y las estátuas y vasos de los relicarios, que eran todos de metales y piedras preciosas, porque no se estendia á esto la comision confiada á Quillet; pero el 7 de enero de 1810 se presentaron en el Escorial Don Lorenzo Nigueruela, Comisario de policía de Madrid, y Don Carlos Riboel, oficial de Hacienda, acompañados de 300 caballos. Pidieron á los monjes las llaves del templo, sacristía y relicarios, llamaron al anciano lego Fr. Cristóbal Tejada, y se encerraron con él en la iglesia. Allí, despues de haberle exijido juramento, y de haberle amenazado con la muerte si no decia la verdad, le obligaron á declarar dónde estaban escondidas las alhajas. Atemorizado el pobre lego, y partiéndosele el corazon de pena, les indicó la cantina de la sacristía y la bóveda de la iglesia, donde las habian escondido. Lo avanzado de la hora, porque era ya muy de noche, hizo que los comisionados suspendiesen el sacarlas hasta la mañana siguiente. Aprovechó esta pequeña dilacion uno de los monjes llamado Fr. Pedro Tomellosa, y acompañado de un solo criado, que era el que tocaba el órgano de campanas, y con una llave que conservaba de una de las puertas de la iglesia, entró en ella, y llevado mas de la piedad que de la codicia subió donde estaba el sagrado depósito, y tomó de él la pequeña custodia donde se conserva la Santísima Forma, la imágen de la Virgen llamada de San Pio V, un hostiario y dos vinajeras, que ocultó lo mejor que pudo debajo de la ropa. Hubiera podido salvar otras muchas cosas menudas y de gran valor, pero era tal su azoramiento y temor, que ni sabia lo que hacia, ni acertaba á salir, temiendo ser sorprendido. Por fin fué á esconder su piadoso y sagrado robo á una cantina de la procuracion, y lo metió todo en un agujero de la pared, que lodó con barro. Cinco años estuvieron allí escondidos estos santos objetos, y el piadoso monje, á quien he conocido y tratado, no dejó pasar dia ninguno sin ir á reconocer su escondite muchas veces, y orar ante aquel agujero donde se ocultaba lo mas venerando del cielo y de la tierra. ¡Cuánta piedad! ¡Cuánta fe!

Al dia siguiente los comisionados bajaron á la iglesia bien de mañana, y los monjes vieron arrebatar aquel rico tesoro donde habia tanto valor, tanta preciosidad artística reunida. En seguida hicieron bajar de los relicarios todos los vasos, templetes y figuras que contenian los huesos y reliquias santas, y arreglados en el suelo en la sacristía examinaron si estaban todos, valiéndose para esto de unas listas y apuntaciones que el infame Quillet habia formado durante su estancia en 1807. Concluida esta revista, dirijiéndose el comisionado á los monjes, y acompañando sus palabras con una sonrisa atroz é infernal, les dijo: *Padres, nosotros no queremos huesos, que VV. tal vez apreciarán en mucho, lo que venimos*

á llevarnos es solo oro, plata y piedras preciosas. Entonces los monjes bañados en lágrimas prepararon unos cestos, cubriéndolos interiormente con paños de seda y brocado, y comenzaron á sacar de los relicarios con mucha reverencia y cuidado aquellos restos venerandos, aquellos sagrados despojos de los mártires de Jesucristo, recojidos á tanta costa por la piedad de tantos reyes y príncipes. Pero á los comisionados parecia que les habia de faltar tiempo para salir de alli cargados con tan rico botin, y desnudos de toda piedad y religion cojian los relicarios, rompian sus cristales de un golpe, arrojaban en cualquier parte las sagradas reliquias, y echaban el metal precioso en los cajones en que habian de conducirlo. Los monjes sentian rasgárseles las entrañas, se les erizaban los cabellos á vista de tanta impiedad, y no se atrevian á proferir ni una sola palabra. Las abundantes lágrimas que derramaban iban á mezclarse en los cestos con los vestijios de los mártires del cristianismo. Pocas horas despues diez carros de campaña cubiertos, custodiados por los comisionados y los 300 caballos, caminaban hácia Madrid conduciendo aquella riqueza inmensa. ¡Cuántas personas distinguidas, cuántos hombres que despues han hecho ostentacion de sus riquezas en el vecino reinó de Francia, las deberán tal vez al robo sacrílego y vandálico que entonces hicieron en el Escorial.

Pero aún se habia salvado algo; las alhajas escondidas detrás del altar de la sala de Capas, única iglesia que se habia dejado á los monjes, se habian librado de este primer robo: pero sin duda algun español indigno de tal nombre, alguno de quien se habian fiado los monjes, hubo de avisarlo. Se hallaba en Madrid el Vicario de aquella pequeña Comunidad, que lo era Fr. Matías Gomez, y fué llamado á la intendencia. De allí salió acompañado de un comandante francés y alguna escolta, y se le hizo venir al Escorial. Ni á él ni á nadie preguntaron por las alhajas, sino que el comandante se dirijió al lugar donde estaban ocultas, y fueron llevadas á Madrid en otros cuatro carros.

Ya nada quedaba en aquella maravilla que pudiese llamar la atencion de nuestros rapaces opresores. Aquellos muros antes entapizados con las mas bellas y famosas producciones del arte, estaban enteramente desnudos; en la biblioteca y en los antecoros no quedaban mas que las maderas; en los relicarios ya no brillaba aquel tesoro incalculable, gloria de España y envidia de la Europa; y en la iglesia, además de la joya inestimable del tabernáculo, faltaban las pinturas y adornos de los altares, las ropas y alhajas de la sacristía, las lámparas de metal precioso con que antes se ostentaba tan rica y adornada. El precioso Crucifijo de Benvenuto, mutilados sus brazos por el infame Quillet, y metido en un cajon, yacia tirado en la portería, gracias á que ningun carro se atrevió á cargarlo por su enorme peso. ¡Qué diferencia de aquellos tiempos en que venia esta misma imágen conducida en hombros de hombres!

Con la última preciosidad artística habia marchado aquel abominable Federico, que parecía como la furia infernal, como el instrumento escogido por la cólera del cielo para destruir el Escorial; pero sus robos habian sido tan escandalosos, sus maldades tantas; que Dios no quiso que se gozase en el fruto sacrílego de sus rapiñas. Llamado á Paris fué residenciado por los tribunales, que le sentenciaron á muerte; y bajo la cuchilla de la guillotina dejó de existir aquel hombre perverso, á quien hubiera sido mucho mejor no haber nacido.

Lágrimas y profundo pesar causaba á los pobres monjes, que ya eran solo catorce, la mayor parte ancianos, ver aquella magnífica iglesia y casa tan vacía y desmantelada; y para reemplazar de algun modo los objetos preciosos que les habian arrebatado, consiguieron por medio del Cura de la villa, Don Gregorio Mateos, que les diesen algunas estátuas de talla, y la coleccion de cuadros que habian estado en los claustros de San Francisco el Grande de Madrid. Con las primeras llenaron los huecos del altar mayor, de donde habian quitado las estátuas de bronce, y los segundos ocuparon en la sacristía y salas capitulares los lugares donde habian estado las famosas producciones de los mas célebres artistas. En el hueco del tabernáculo pusieron la imágen de la Virgen del Patrocinio, que despues fué trasladada al altar que hoy tiene en la capilla de las Vírjenes, y fué reemplazada por un templete de madera dorada, que hoy sirve en un altar para las procesiones del Corpus. En esta pobreza continuaron el culto, los sufrajios y el cuidado de aquella insigne casa del modo que les fué posible, y atravesaron aquellos dos años de sustos y continuas privaciones. Añadióseles en 26 de noviembre de 1811 el disgusto de perder al buen lego Fr. Cristobal Tejada, que tan útil les habia sido en aquel tiempo de tribulacion, y que con su muchísima intelijencia y práctica habia conservado el edificio. Algun poco de tiempo antes de su muerte se habia quedado tan estremadamente sordo, que era imposible hacerle entender nada; y aunque los monjes, que sospechaban que habia escondido algunas alhajas, se lo preguntaban con afan de palabra y por escrito, jamás manifestó darse por entendido en aquel asunto; de modo que murió sin que diese indicio alguno de aquello, ni entre sus papeles se encontró apuntacion ni declaracion de ningun género.

Ya parecia que nada quedaba en el Escorial capaz de escitar la ambicion de los enemigos; pero estos concluido el saqueo de los metales preciosos dieron tambien tras de los comunes. El malvado Quillet habia obtenido ya licencia para arrancar las rejas y balconajes de bronce de la iglesia, y no habia tenido tiempo de ejecutarlo; y despues de su partida, el ministro de hacienda Cabarrús dió orden para apear y destruir las campanas. Ya se habia presentado en el Sitio una cuadrilla de vizcainos, que armados de enormes martillos reclamaban se les adjudicasen las campanas que ha-

bian contratado; y al oir sonar el Favordon, cuyo peso escede de 500 arrobas, apostaban llenos de placer á cuál de ellos la romperia del primer martillazo. Aflijidísimos los monjes acudieron al comandante francés Mr. Agustin Bolé, que mandó suspender la ejecucion, y representó contra esta medida. Fué oida su súplica, y habiendo dado la casualidad de què la orden para que no se llegase á las campanas viniese el Sabado Santo, fué tanto el placer y entusiasmo de algunos vecinos del Sitio, que se subieron á las torres y todas á la vez las echaron á vuelo, y continuaron tocándolas la mayor parte del dia.

Ya en este tiempo la causa de los invasores iba decayendo, y nuestras tropas habian conseguido algunas señaladas victorias, que ayudadas de los acontecimientos políticos de Europa obligaron á los franceses á emprender su retirada. El dia 23 de julio de 1812 se presentó un cuerpo de ejército, fuerte de 20.000 hombres, acompañando al rey intruso José I, que se dirijia á Castilla la Vieja por Guadarrama. Descansó en el Escorial y se hospedó en el Real palacio solo una noche, porque al dia siguiente 24 siguió su marcha; y con él abandonaron el Sitio cuantos franceses habia, inclusos los enfermos. Todavía no habrian llegado los enemigos á Guadarrama, cuando los guerrilleros de aquellas inmediaciones, entre los cuales iban Don Antonio Mayoral y un médico llamado Don Vicente Bernal, entraron en el Sitio y monasterio llamando traidores á todos, y amenazando con fusilar á cuantos habian hablado con los invasores. Por fortuna los hechos no correspondieron á las amenazas, se contentaron con poner preso al administrador Saturnino Burgos, que no tardó en verse otra vez en libertad, mediante la suma de 2.000 rs. que les entregó en el acto.

Mas aún no habia concluido el saqueo del Escorial: todavía los españoles habian de entrar á recojer el resto de sus despojos. Un tal Hermosilla, natural de San Martin de Valdeiglesias, se presentó el 25 de julio con poderes de la Junta de Madrid para encargarse de la administracion general del monasterio y sus bienes. Al dia siguiente Don José Sanchez de Toledo, natural de Cebreros, se presentó con nombramiento y poderes de la misma Junta de Madrid, pero mucho mas ámplios què los que habia presentado Hermosilla. Nadie se les opuso, nadie tampoco podia oponérseles, porque el apodo de traidor y afrancesado contestaba por todo. Los únicos catorce monjes que habian quedado en el monasterio, ancianos, achacosos y acobardados, no se atrevian á reclamar una propiedad que tan legítimamente les pertenecia; y ni aun los mismos administradores disputaron sobre la prioridad de su nombramiento, ni sobre cuál de los dos debia quedarse, ni suscitaron rivalidades de ningun género. Los dos unidos tomaron posesion del monasterio, y entre los dos acabaron de recojer lo poquísimo que habian dejado los franceses. Entre otras cosas, veinte y cuatro cálices que se habian podido salvar y estaban escondidos, desaparc-

cieron en aquellos dias, sin que hasta ahora se haya podido saber su paradero (1).

En aquellos momentos todo era confusion y desorden, y cada uno mandaba á su arbitrio. En el Sitio se habia vuelto á presentar el médico guerrillero con el nombramiento de Gobernador, cuyo cargo desempeñó sin oposicion ninguna, porque Galvan no habia querido esperar al sucesor, y los vecinos son naturalmente pacíficos.

Tras esto se siguió el contínuo paso de tropas inglesas y portuguesas, y señaladamente una division de mas de 40.000 hombres, que ocuparon todo el monasterio y Compaña, y quemaron muchísima madera. En la biblioteca alta habia mas de 200 ingleses haciendo zapatos; en la baja se habian colocado los portugueses, que dentro de ella misma cocieron los ranchos; y en los cláustros, en las celdas, en todas partes habiá soldados: todo el edificio era cuartel. Los jefes se habian alojado en palacio y en las casitas de Abajo y Arriba; y aunque dieron varias órdenes para que los soldados no hiciesen daño ninguno, sin embargo, era muy dificil contener á tanta jente. El 9 de setiembre llegó lord Wellington, y al momento fue á visitar el sepulcro de un general y un capitan de su ejército que habian muerto en este palacio. Los enterraron en el jardin del monasterio, junto á la pared primera que los divide, enfrente del panteon por la parte de dentro, donde ahora hay una frondosa laura. Estaban metidos dentro de una caja forrada de bayeta negra, desnudos, envueltos en una sábana, y con un plato de sal colocado en el vientre. El ilustre General oró un momento junto á aquel si-

---

(1) Despues de publicada la primera edicion, el Sr. Don Juan Sanchez de Toledo, á nombre y en representacion de sus hermanos, me manifestó su deseo de vindicar la memoria de su ya difunto padre de la ofensa que en este párrafo cree se le hace, y al efecto tuvo la bondad de presentarme varios documentos originales, justificativos de la honradez y pureza de Don José Sanchez de Toledo. Mi deseo como historiador ha sido solo consignar la verdad de los hechos, con abstraccion completa de las personas, y tengo una satisfaccion en acceder á tan justa exigencia filial, manifestando que de los documentos que me fueron presentados resulta: que en la causa de infidencia que se formó al dicho Sr. Don José Sanchez de Toledo se sobreseyó, declarándole libre, sin costas, y sin que la causa formada le sirviese de nota, etc; como consta de auto de la Chancillería de Valladolid, su fecha 26 de enero de 1815, confirmado por Real orden de 23 de junio del mismo año.

Pero como me se podria justamente acusar de demasiada ligereza y poco estudio de los hechos que consigno en mi historia si limitase mi rectificacion al párrafo que antecede, debo añadir, que tambien entre dichos documentos aparece un recibo espedido á favor de Don José Sanchez de Toledo, fecho en 25 de abril de 1814, por el cual consta haber entregado á dos Regidores de la villa de Cebreros *noventa y dos libras y seis onzas de plata en varias alhajas pertenecientes á la Real Capilla y Convento del Escorial, que se le habian entregado en* 28 *de julio de* 1812, cuyo recibo, al mismo tiempo que justifica á Don Antonio Sanchez de Toledo, confirma plenamente y es una prueba irrevocable de la verdad del hecho consignado.

Quede, pues, salva la pureza del Sr. Sanchez de Toledo, pero tambien la verdad de la historia, que es mi esclusivo objeto.

tio, y mandó que en la pared se pusiesen dos lápidas con inscripciones, que revelasen á la posteridad sus nombres y valor: mas por el poco tiempo que Wellington y las tropas se detuvieron en este Sitio, no llegaron á ponerse.

Viendo los monjes que por una parte las tropas quemaban cuantas maderas encontraban, y cuando faltaban estas hasta las puertas y ventanas, y que por otra los nuevos administradores Toledo y Hermosilla no iban á dejar ni clavos, ansiosos de salvar algo de lo poco que quedara despues de tantos desastres, en 12 de setiembre de 1812 elevaron una esposicion á nombre de todos, firmada por el antiguo Vicario Fr. José de Malagon, suplicando se les entregasen las llaves todas del monasterio, y se les permitiese conservar aquellos restos aún preciosísimos, que habia perdonado el vandalismo de los enemigos, y que probablemente desaparecerian por la ambicion de los nuevos administradores. Mas, tuvieron el disgusto de que se les devolviese dicha esposicion con un decreto del Intendente al margen que decia: *No ha lugar á la solicitud del P. Vicario*.=Cortabarría.

Mas aún no habian concluido los sobresaltos; el 3 de noviembre las tropas francesas volvieron á ocupar el monasterio, y el Vicario tuvo que huir y retirarse al Santo. Quedó la division alemana en el Sitio, y comenzó á fortificarle como una plaza de armas. Hicieron parapetos, fosos y baterías en la Parada, en los Terreros, y en el camino de Guadarrama; establecieron puestos avanzados en la casa de Arriba, en el Campo Santo y otros puntos de la parte alta de la poblacion, y hacian sus rondas y centinelas tanto de noche como de dia. Así permanecieron hasta el 28 de mayo del año siguiente 1813, en que pasó por el Escorial la division del Mariscal Soult, Duque de Dalmacia, y con ella salieron todos los franceses, que ya no volvieron mas. Sin embargo, dejaron en este monumento recuerdos tan amargos, que no se olvidarán jamás.

CAPÍTULO III.

Vuelven los monjes á tomar posesion de sus rentas.—Nuevo Prior, y sus esfuerzos administrativos.—Entierros de algunas personas Reales.—Constitucion política de 1820, y sus consecuencias en el monasterio.—Incendio de la torre y órgano de campanas.—Reaccion de 1823, y devolucion de los bienes á los monjes.—Estado administrativo de la casa.—Nombramiento del Rmo. Cruz.—Su confianza con el Rey.—Lo mucho que Fernando VII favoreció al monasterio.—Restauracion del tabernáculo.—Alhajas.—Púlpitos nuevos.—Muerte de la Reina.—Accidente que acometió al Rey.—Concesion al Prior del uso de pontifical.

Cuatro años habian pasado de contínuos azares y disgustos, y cuatro siglos no hubieran hecho sentir al Escorial tantas y tan irreparables pérdidas; y aunque comenzaron á vislumbrarse dias de tranquilidad y reparacion, ya este monumento no habia de recobrar la riqueza material que se habian repartido los franceses, y sus preciosidades artísticas habian de quedar muy mutiladas. En consecuencia de la orden general dada por las Cortes para que á su vuelta á Madrid estuviesen reunidas todas las corporaciones religiosas, el Vicario Fr. José de Malagon volvió á presentarse reclamando á nombre de la corporacion los bienes y rentas del monasterio. Pero aún encontraba oposicion en todas partes, y sus pasos hubieran sido por entonces infructuosos si Don Francisco Antonio de Góngora, Intendente entonces de Madrid, no hubiese llamado al P. Fray Agustin de Castro, editor del periódico titulado *Atalaya de la Mancha*, y monje de este Real monasterio, quien le enteró de todos los pormenores, y le decidió á dar un decreto fecha 16 de enero de 1814, mandando que inmediatamente se pusiese al P. Vicario en posesion del monasterio y todas sus dependencias.

Imposible es pintar la alegría y satisfaccion que recibieron aquellos pobres ancianos al leer el decreto que los volvia á la entera posesion de su casa, conservada con tanto esmero por ellos y sus antecesores por espacio de dos siglos y medio. Con fecha 20 de enero reclamó el Vicario el cumplimiento de la orden, y al dia siguiente el Gobernador, acompañado del Administrador, de su compañero y el escribano, se presentaron á dar la posesion, y se comenzaron los inventarios. Para este acto ya se presentaron los monjes vestidos de hábito, que ya no se quitaron; y al instante que estuvieron concluidos los inventarios, el 9 de febrero se procedió á la entrega solemne, que se hizo con cierto aparato y publicidad.

No tardó en presentarse el antiguo Prior Fr. Crisanto de la Concepcion, que á su paso por Madrid habia conseguido el nombra-

miento de administrador general del Escorial, mientras se determinaba por el Gobierno la entrega total de las fincas. La Comunidad le recibió como á su superior legítimo, y volvió á tomar posesion en 10 de marzo de 1814. El 15 de mayo del mismo año entró en Madrid el deseado Rey Don Fernando VII, entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado, que tanta sangre habia vertido por conservarle la corona y arrancarle del cautiverio; y en consecuencia el Escorial, como todo lo demás, fue volviendo al estado que antes tenia, y poco á poco se les fueron entregando á los monjes sus fincas y posesiones. El Prior, arreglado lo mas principal, fue á felicitar al Rey en 9 de junio; pero realmente su conducta, aunque algun tanto disculpable por el miedo, no habia sido la mas acertada. Habia abandonado aquel edificio y aquella Comunidad confiada á su cuidado, cuando mas necesitaba de gefe y protector; y asi es que no encontró simpatías en la corte. Antes de presentarse en ella ya se tenia noticia de la nueva eleccion hecha por el Rey, que recayó en el P. Fr. Francisco de Cifuentes, sugeto de mucha instruccion y virtud, de una conducta irreprensible, y aunque austero, de caracter dulce y benéfico.

Luego que fue confirmado en 7 de agosto comenzó á arreglar aquella corporacion, que se encontraba dislocadísima, como era consiguiente en las circunstancias que se habian atravesado. Las necesidades eran muchas, algunas urgentísimas; los medios ningunos; las administraciones estaban arruinadas; y era necesario arreglar con preferencia la parte administrativa. Convirtió, pues, á ella todo su cuidado, ayudándole muchísimo con su infatigable laboriosidad, con sus conocimientos, y sobre todo con su virtud, el P. Fray Gregorio Sanchez Rubio, á quien habia nombrado su secretario de cámara, que tanto honor dió despues al Escorial, y que tantos y tan indelebles recuerdos de su celo pastoral ha dejado en las iglesias de Osma y Avila, de que fue dignísimo Obispo. Este modesto monje fue el que sujirió al Prior la idea siguiente. Con motivo de los donativos que todos hacian al Monarca para levantar algun tanto la postracion del erario, la Comunidad (que alcanzaba al Rey en una crecida deuda procedente de juros no cobrados y de pensiones sobre la corona), le hizo donacion de todas estas deudas, y además dió 100.000 rs. en efectivo; pero adquiriendo en cambio el omnímodo y absoluto usufructo de todos los bosques que pertenecen á su dotacion, sin ninguna de las restricciones con que se habian tomado en tiempo de Felipe III. Desde entonces la Comunidad volvió en cierto modo al sistema económico del tiempo de Felipe II; fue libre para tener, tanto de su propiedad como acopiado de particulares, todo el ganado lanar y vacuno que quiso; pudo segar yerba, hacer carboneos, cortar leñas; en una palabra, dispóner de sus fincas (escepto para venta ó permuta) con toda la plenitud del derecho de propiedad. Verdad es que con este derecho tuvo que admitir algunos gravámenes, y que con la facultad de nombrar alcalde mayor del

Sitio, como en tiempo del fundador, recibió la carga de pagarle su sueldo, el de los alguaciles, maestros de primera educacion y otros; mas esto era muy insignificante comparado con los productos é inmensas ventajas que resultaban. Muy pronto las esperimentó la Comunidad, que además de tener cubiertos sus gastos ordinarios con bastante desahogo, en 12 de mayo de 1816 pudo hacer al Rey un regalo de 50.000 rs., con motivo de la celebracion de sus bodas con Doña María Isabel de Braganza.

Otro asunto no menos difícil y mucho mas odioso fue encargado al Prior, á quien por Real órden de 3 de abril de 1816 se le mandó proceder á la averiguacion del paradero de las alhajas y demás efectos robados al convento por los particulares durante la dominacion francesa. El Rey por su parte habia reclamado del gobierno francés las pinturas y alhajas; las primeras volvieron en su mayor parte, si bien con la pérdida sensible de mas de doscientos originales; pero de las segundas nada se pudo recobrar; todas se habian acuñado, ó habian desaparecido en manos de los invasores que se habian apoderado de ellas. De poco efecto fue tambien la comision dada al Prior, porque todo se habia vendido, malbaratado y destruido: algunas ropas y libros fue todo lo que pudo recojerse. Por fortuna muchos de los efectos empaquetados por Quillet no habian salido de Madrid, y muy pronto se recobraron los cajones que contenian el tabernáculo desarmado, muchas pinturas; y sobre todo la biblioteca entera volvió á llenar la hermosa estantería que antes ocupaba, aunque siempre con alguna pérdida.

A estas disposiciones administrativas unió el Rmo. Cifuentes otras no menos útiles para el gobierno interior de la casa, para la conservacion del edificio, y para propagar entre los monjes la ilustracion y amor al estudio: pero aquella Comunidad no era ya la misma que antes de la invasion; sus individuos se opusieron con tenacidad á las reformas útiles: y el buen Prior tuvo tantos y tan amargos disgustos que puso su renuncia, suplicando á S. M. muy encarecidamente que se la admitiese. Le fue admitida en efecto, y en 6 de junio de 1817 fue confirmado en la dignidad Prioral su sucesor Fr. Pablo Yela, que habia sido catedrático en el Colegio.

Aunque lentamente la fábrica iba reponiéndose en su parte material de los desperfectos causados por el abandono de seis años; volvian á regularizarse los productos de las fincas; y la Comunidad se reorganizaba en su observancia y en el cumplimiento de sus cargos. En 22 de abril habia ya recibido con la solemnidad y decoro acostumbrados antes de la invasion el cadaver del Infante Don Antonio Pascual, tio del Rey, que habia muerto en Madrid á 20 del mismo mes, año 1817.

Nada notable ocurrió en los años siguientes mas que el entierro de Doña María Isabel de Braganza, que murió en Madrid el 26 de diciembre de 1818, y á quien se enterró juntamente con la niña que le habian estraido del vientre, y que aunque de socorro re-

cibió el agua del bautismo, y los nombres de María Isabel Luisa. Poco tiempo despues siguieron los funerales de Doña María Luisa de Borbon, que habia fallecido en Roma el 12 de enero de 1819, y los de su esposo Don Carlos IV, que murió en Nápoles el 19 del mismo mes y año. Sus restos mortales, perfectamente embalsamados, llegaron á este su Real panteon el 18 de setiembre del mismo año, y fueron colocados en el pudridero, donde permanecieron aún algunos años.

Todavía el Escorial y sus posesiones no se habian repuesto completamente de los descalabros y pérdidas sufridas durante la guerra de la Independencia, cuando ocurrieron los memorables acontecimientos de 1820, y el cambio de la ley fundamental del Estado. La acataron los monjes, y reunidos todos en las salas capitulares el 15 de abril, juraron solemnemente la Constitucion política de la monarquía en manos de su Prelado, que lo era aún Fr. Pablo Yela, á quien en 6 de julio del mismo año sucedió el P. Fr. Toribio Lopez, catedrático jubilado en sagrada Teología, que muy pronto no fue ya Prior mas que en el nombre.

Aunque en la ley general de estincion de los monacales las Córtes habian esceptuado al Escorial, sus fincas todas pasaron al Estado; y el Rey mismo cedió á la nacion todos los derechos que pudiese tener sobre los bienes de aquel monasterio, reservándose solo el palacio y los jardines. En consecuencia Don Miguel Baquer, comisionado del Crédito público, tomó posesion, dejando por administrador á Don José Trigo de Marta. Entonces algunos monjes, aprovechando la libertad que les daba la ley política, salieron del monasterio; pero la mayor parte, entre ellos algunos jóvenes, permanecieron en él, y poco despues se les unieron algunos del monasterio de Guadalupe. Reducidos á la pension que el Gobierno les habia asignado, tuvieron que unirse para poderse mantener; y aunque con alguna menos solemnidad y grandeza, continuaron la forma de Comunidad, el culto no sufrió alteracion, y ayudaron con su celo á la conservacion del edificio.

El nuevo Prior, Fr. Toribio Lopez, que por sus años no tenia mas que 9 rs. de pension, vió la imposibilidad de sostener el rango debido á su persona y cargo con una cantidad que apenas le bastaba para pagar el correo, y elevó á las Cortes una reverente esposicion pidiendo un asignado correspondiente á la dignidad que ejercia. No tuvieron las Cortes por conveniente atenderle; y no pudiendo salir de otro modo del apuro, obtuvo su secularizacion, juntamente con la de su secretario Fr. Damian Bermejo. Reunida la Comunidad en Capítulo el 12 de octubre de 1821, notificó su secularizacion y la vacante del Priorato, que el Rey proveyó en el P. Fr. Juan Valero, y tomó posesion en 11 de febrero de 1822.

Habia entretanto el Crédito público vendido algunas de las fincas del monasterio; mas la reaccion de 1823 dió por nulas todas estas ventas, y por Real orden de la Regencia de 18 de junio de

1823, fue reintegrada en todas sus posesiones y derechos la Comunidad, que agradecida hizo á la Regencia un donativo de 50.000 reales.

Tambien el Rey, para dar mas fuerza al Prior, en uso de las facultades que le conceden las Bulas Pontificias, confirmó en 10 de marzo de 1824 en la dignidad Prioral al mismo P. Fr. Juan Valero. Era este un hombre virtuosísimo, estremado en la observancia, verdaderamente pobre de corazon; un monje completo como particular: pero ya septuagenario, de escasos conocimientos, de caracter brusco, era poco á propósito para estar al frente de aquella Comunidad, bastante dislocada y resabiados sus individuos por las circunstancias políticas que habian atravesado; y lo era mucho menos para manejar los negocios en la corte, que él en su austeridad miraba con aversion. Todo su celo y conato se fijaban en el coro y en la observancia; pero la parte administrativa y económica estaba muy lejos de adelantar nada.

Los deterioros materiales de un edificio tan vasto, mal atendido por tantos años, comenzaban á ser de mucha trascendencia, á pesar de su solidez; las rentas estaban en un estado de decadencia espantoso; y los monjes recien reunidos reclamaban una asistencia como la que antes tuvieran, en cambio de la observancia estricta que el Prelado les exijia. Recurrió este al Rey pintándole el estado apurado y angustioso de la casa; pero los cortesanos se lo pintaban de otro modo, y Fernando VII, que invertia gruesas sumas en restablecer en el Escorial los daños causados por los franceses, y en reparar el estrago que en la jornada de 1826 habia causado un incendio que duró 18 horas y consumió todo el lienzo desde la torre de Damas hasta cerca de la iglesia, estaba en la persuasion de que las rentas del monasterio eran mas que bastantes á sostener la Comunidad y á conservar el edificio. Viendo, pues, el P. Valero que sus súplicas no eran oidas, puso su renuncia, que le fue admitida, nombrando en su lugar al P. Fr. José de la Cruz Jimenez, que fue confirmado en 10 de enero de 1827.

Tan convencido estaba el P. Valero del mal estado de las rentas del monasterio, que al dar la enhorabuena á su sucesor le dijo con los ojos llenos de lágrimas: *No sé si dar á V. P. la enhorabuena ó el pésame, porque estoy cierto que antes de tres meses no podrá V. P. dar á la Comunidad ni aun sopas.—Asi lo creo*, le contestó el nuevo Prior, *pero haré cuantos sacrificios estén á mi alcance, y Dios proveerá.* A este mal precedente se añadia que la eleccion del P. Cruz fue muy mal recibida de algunos monjes influyentes en la Comunidad, que habian ambicionado para sí el Priorato, y que habian trabajado muchísimo en la corte para conseguirlo. Aún no habia tomado posesion, y ya se habian presentado al Rey varias esposiciones tachándole por su opinion liberal, y dando por prueba haberse secularizado durante la Constitucion. Uno y otro era cierto; pero el Rey no quiso dar oidos á estos gritos de pasiones mi-

serables, y los acalló del todo, mandando desterrar á uno de los que las habian promovido.

No era muy halagüeña por cierto la perspectiva que se le presentaba al nuevo electo, pero lejos de arredrarse emprendió con calor el remedio de tantos males. Tenia entonces el Prior poco mas de cincuenta años; era de presencia agradable; su caracter era bondadoso, pero reservado; y tenia, como se dice comunmente, don de gentes. Aunque habia seguido en este Colegio la carrera de filosofía y teología, no era hombre muy instruido; pero tenia en cambio mucho conocimiento de mundo, muchísima facilidad para introducirse, y sabia gobernarse y gobernar. Fue su primer cuidado poner al frente de la administracion personas de su entera confianza, y capaces de dar valor á las posesiones que tan deterioradas se hallaban. Trató luego de captarse la confianza del Rey y de la corte, y lo consiguió tan completamente, que pocos Priores del Escorial han tenido tanta representacion y grandeza, pocos han conseguido tanta familiaridad y afecto de los Reyes. Siguiendo un camino enteramente opuesto al de su antecesor, no descuidó la observancia religiosa, que procuraba sostener por medio de sus subalternos; pero él personalmente se dedicó mas á adquirir influencia en la corte que á cantar en el coro, y esto produjo tan buenos resultados como mostró la esperiencia.

Dado su primer paso en seguro, que fue adquirir el amor y confianza del soberano, y prevenidos en favor de la Comunidad todos los altos dignatarios de palacio y aun del Gobierno, espuso á S. M. la decadencia deplorable en que se hallaban las rentas y posesiones del monasterio, el estado ruinoso que tenia el edificio, causado por el completo abandono en que estuviera su reparacion por mas de veinte años casi consecutivos; indicó sus planes ulteriores tanto administrativos como literarios y de gobierno interior, y por fin, patentizó con tanta evidencia la imposibilidad de levantarse de aquella postracion sin el apoyo de la Real munificencia, que el Señor Don Fernando VII se decidió á tomar el monasterio bajo su poderosa proteccion, para que volviese al estado floreciente que habia tenido en lo antiguo.

Combinó con el Rmo. Cruz los medios de llevar á cabo tan digno pensamiento, y comenzó á entregarle cuantiosas sumas, que pasaron de 8.000.000, de cuya inversion daba cuenta confidencial á S. M. Desde los cimientos hasta las cúspides se recorrió el edificio todo; nada quedó imperfecto, nada deteriorado. La Compaña, cuyos techos estaban amenazando ruina, se renovó completamente; se recorrieron las bóvedas de la iglesia y los empizarrados, en los que se pusieron nuevos largos trozos de armadura; y á principios de 1828, aquella Comunidad tan ahogada un año antes, comenzaba á pagar sus atrasos, á redimir ó arreglar sus censos, y á estar asistida con la decencia y decoro acostumbrados.

En este intermedio ocurrió el memorable viaje del Rey á Cata-

luña, y á 22 de setiembre salió del Escorial, donde quedó la Reina con los Infantes y toda la Real familia. Antes de su partida dió las órdenes competentes para que continuasen con actividad todas las obras comenzadas, y el Prior quedó encargado de activarlas, y particularmente la del tabernáculo, que queria estuviese concluido para la jornada del año siguiente.

Vuelto el Rey de Cataluña anunció que era su voluntad que la fiesta de la restauracion del tabernáculo, tan bárbaramente desarmado por el sacrílego Quillet, se celebrase en la próxima festividad de San Lorenzo, para cuyo dia ofreció Don Manuel Urquiza, su broncista de cámara, que estaria acabado. Al momento se comenzaron á hacer preparativos para esta gran solemnidad; se remediaron los desperfectos que habia en el pavimento del templo; se limpiaron sus paredes; se bruñeron los bronces de sus balconajes y rejas; todo en fin manifestó su brillo y hermosura: la iglesia parecia haber vuelto á aquellos dias en que el inmortal Juan de Herrera acababa de darle la última mano.

Tambien la piadosa y joven Reina Doña María Amalia de Sajonia, con notable desprendimiento, quiso contribuir con sus joyas á la restauracion de la morada del Eterno, y regaló una linda y bien labrada custodia de oro, brillantes y rubíes, cuyo valor (segun entonces oí á varias personas) pasa de 1.000.000 de reales. En lugar del antiguo y preciosísimo templete interior, regaló el Rey uno de cerca de 4 pies de alto, de bronce y plata; añadiendo otras muchas alhajas del mismo metal para el servicio del altar y templo, que consistian en 24 ciriales, 2 incensarios con sus navetas y cucharillas, y 1 cruz y 6 candeleros de bronce dorados á fuego, de todo lo cual se hizo entrega á la Comunidad por Don Francisco Blasco, á presencia de Don Tadeo Calomarde, Marqués de Bélgida, Duque de Hijar y otros altos funcionarios de palacio, el dia 7 de agosto de 1828.

Quisieron los Reyes presenciar la solemne funcion de la restauracion, y fueron al Escorial algunos dias antes. El Prior y monjes, que ya tantos favores les debian, salieron á recibirlos solemnemente á la puerta del pórtico, y en el patio de los Reyes y en la iglesia ardian 40.000 luces colocadas en marcos de madera, que señalaban las pilastras y arcos, y los cercos de todas las ventanas y puertas. El Escorial parecia haber vuelto á los tiempos de su mayor prosperidad y grandeza; y el 10 de agosto de 1828 volvió á quedar colocado el Santísimo Sacramento debajo del tabernáculo, en medio de los cánticos sagrados de los monjes, y en presencia de los Monarcas y Real familia.

La piedad de Doña María Amalia, que hubiera llamado la atencion por su virtud aun en la estrechez y mortificacion de un claustro, aumentaba muchísimo el cariño que ya el Rey tenia por el Escorial. Durante la jornada, el único y mas dominante placer de la Reina eran los ejercicios de devocion, uniendo casi siempre sus oraciones con las de los monjes, á cuyo coro asistia diariamente. El

Rey, que trataba de complacerla, nada perdonaba para la mayor decencia del culto y adorno de la iglesia. Los frontaltares, que antes se vestian diariamente segun el color y rito de la festividad, fueron todos puestos de estuco por mano de Don José Marzal; y continuaba la obra de los púlpitos, que se hicieron con el motivo siguiente. Supo el Rey que en el monasterio de Santa María la Real de Parraces habia un púlpito antiquísimo construido de preciosos alabastros, y mandó á su marmolista fuese á reconocerlo. Este le informó no solo de lo estimable de la materia, sino que serrando los tableros, que eran muy gruesos, podrian hacerse dos púlpitos añadiendo algunas piezas. Al instante se puso por obra; y aunque no armonizan con la gravedad y arquitectura del templo, no dejan de ser lindísimos. Los bronces, de cuya materia son sus adornos, pasamanos y tornavoces, se hicieron sobre dibujos del Señor Galvez, bajo la direccion de Don Manuel Urquiza, y despues por muerte de este quedó encargado Don Manuel Lacaba. El coste de estos dos púlpitos, sin contar por supuesto el valor de los mármoles, sino los bronces y hechuras, ascendió á 75.000 duros.

Tambien tomó Doña María Amalia muchísima aficion por la Casita llamada de Arriba, y al momento se trató de mejorarla y darla mas ensanche. Pidió el Rey terreno para rodearla de bosque, y la Comunidad lo concedió al momento. Aunque el terreno no era muy bueno, en poco tiempo se hizo el bosque y jardin, que quedó sin concluir por la muerte de la Reina.

Mas en este círculo inmenso, sembrado siempre de bienes y males, que describen las cosas humanas; en esa rueda instable, cuyo movimiento rápido, inevitable, atrae sobre los hombres y sobre las cosas vicisitudes tan contrarias, iban á volverse á presentar para el Escorial azares de consecuencia inmensa. La joven Reina Doña María Amalia de Sajonia murió en Aranjuez el dia 17 de mayo de 1829, cuando solo contaba veinte y cinco años, cinco meses y seis dias de edad, derramando un profundo sentimiento en todos los españoles, que la amaban porque era buena, virtuosa, anjel de paz en medio del suelo español; y al Escorial afectó mas directamente esta pérdida, porque su piedad le aseguraba su proteccion y le ofrecia engrandecimiento.

No se afectó menos Don Fernando VII, que la amaba tierna y cordialmente, pero la dignidad de Monarca le obligaba á disimular su sentimiento. A este sufrimiento interior, y al recuerdo de esta pérdida, se atribuyó el accidente de que fué acometido en el coro del Escorial en el otoño de este mismo año. Asistia, como lo tenia de costubre, á la letanía, en un sábado de octubre, y ocupaba la silla prioral del coro alto, puesto de rodillas y apoyado sobre el reclinatorio. Allí era el sitio donde siempre encontraban sus ojos á la devota y joven Reina; desde aquel punto mismo la habia contemplado muchas veces hermosa como un ángel y devota como un anacoreta; y sin duda afectado por este recuerdo cayó de repente

al suelo, revolcándose violentamente entre el reclinatorio y la silla con muchísimo peligro de estropearse. El Infante Don Cárlos, que estaba á su lado de rodillas, quedó inmóvil como una estátua, y levantados los ojos y ámbas manos al cielo clamaba: *Señor, salvad al Rey*. El gentilhombre de cámara corrió á dar aviso á palacio, y los monjes se agolparon para sostenerlo y sacarle del estrecho paraje en que se hallaba, colocándole al pronto sobre un monton de sus mantos que habian hacinado en el suelo. Todos corrian, todos se ajitaban, todos estaban aturdidos, sin atreverse á tomar disposicion ninguna. Los monjes, aunque participaban de este mismo aturdimiento, hacian algo sin embargo; unos le aflojaban la ropa, otros le rociaban lijeramente con agua, le aplicaban vinagre á las narices; pero el Rey no volvia de su accidente. Uno de los monjes trajo un colchon de su cama, sobre el cual se le colocó, y fué conducido á palacio en manos de los monjes, que se volvieron al coro á rogar á Dios por la salud del Monarca, de quien tantos favores habian recibido. Afortunadamente la indisposicion del Rey fué muy pasajera, y su salud estaba restablecida pocos dias despues.

Aunque habia tenido Fernando VII tres esposas, en ninguna se habia logrado la sucesion, y España suspiraba por un heredero. Esta consideracion le decidió á formar otro nuevo enlace, y contrajo matrimonio con Doña María Cristina de Borbon, princesa de Nápoles, por cuya eleccion se decidió con tan plena voluntad, que yo mismo le oí decir: *Otras veces me han casado, ahora me caso yo.* En efecto, la juventud, las gracias, el talento, el carácter dulce de la nueva esposa eran mas que bastantes á cautivar el corazon de un Rey; y al presentarse en España llevó tras sí las simpatías de todos sus vasallos, que muy pronto vieron colmados sus deseos y asegurada la legítima sucesion por el nacimiento de una heredera del trono, de nuestra Reina y señora Doña Isabel II, que fué jurada princesa de Asturias en virtud de la pragmática-sancion publicada en 20 de marzo de 1830. Cuando Doña María Cristina fué por primera vez al Escorial ya era madre, y aquella Comunidad tuvo el placer de recibirla juntamente con la heredera del trono, que entró debajo del pálio en brazos de su nodriza.

En medio de estos acontecimientos no se habia olvidado el Rey de llevar á cabo el restablecimiento del Escorial, que por el testamento de Doña María Amalia habia recibido 600,000 rs. en dinero ó alhajas, pero tambien la pesada carga de tres aniversarios anuales, muchas Misas rezadas y dos diarias de hora fija, esto es, una á las siete y otra á las once. El Prior, que habia sido reelejido en principios de 1830, queria que se emplease esta cantidad en redimir censos; pero los testamentarios dilataron mucho la entrega del dinero, se intrigó para que el dictamen del Prior no se adoptase, y por fin se compró y reedificó una casa en la calle de Preciados, esquina á la de las Veneras.

En este segundo trienio tuvo el Rmo. Cruz la satisfaccion de

recibir una Bula del Papa Pio VII, dada en Santa María la Mayor á 28 de setiembre de 1830, en que se le concedia el uso de Pontifical como á los Abades mitrados de la Orden de San Bernardo en el reino de Portugal. No cabe duda que esta concesion añadia mucho brillo y decòro, no solo al culto de aquel magnífico templo, sino tambien á la dignidad Prioral; y era muy honroso y satisfactorio para el Rmo. Cruz, á quien personalmente venia hecha la concesion. Sin embargo, él, celoso siempre del lustre de la corporacion, no quisó para sí solo tan singular gracia, y suplicó á S. M. pidiese que esta concesion se ampliase á todos los Prelados sus sucesores, como se hizo por otra nueva Bula del mismo Sumo Pontífice. ¡Cuán poco habia de durar este último honor dispensado á tan insigne monasterio.

CAPITULO IV.

Muerte del Rey, y sus funerales.—Causa de infidencia contra el Prior del Escorial.—Conducta indigna de algunos monjes.—Conclusion de la causa contra el Prior, y su vuelta y recibimiento en el monasterio.—Nombramiento de nuevo Prior.—Ocurrencias particulares.

Desde los memorables acontecimientos de la Granja en setiembre de 1832, la salud del Monarca de España no habia presentado esperanza ninguna de mejoría, y los partidos políticos se preparaban para cuando llegase el momento de su muerte. En muy mal estado y con mucha dificultad fué trasladado á Madrid, donde al año le repitió el accidente, y murió á las cuatro de la tarde del 29 de setiembre de 1833. Su cadáver fué conducido al Real Panteon, y colocado en el pudridero con las formalidades y ceremonias de costumbre.

Mucho sintió la Comunidad la muerte de un Monarca que tanto la habia favorecido, y que tan cuantiosas sumàs habia invertido en restaurar el edificio y el culto. A fuer de agradecida, ya en vida le habia concedido en un acto capitular el título de Restaurador del Escorial, y le habia acordado los mismos sufrajios que á Felipe II y á los demás reyes de la casa de Austria. En su muerte, despues del entierro, que se hizo con toda la pompa y solemnidad posible, determinó el Convento hacer unas solemnísimas honras, que se celebraron el 14 de octubre del mismo año; y para esta triste funcion se estrenaron los púlpitos que habia mandado construir á su costa, y en el del lado del Evangelio pronunció la Oracion fúnebre el autor de esta historia, que volvió á cumplir este

triste deber en igual dia del año siguiente de 1834 en presencia de una comision enviada por la Reina Gobernadora, de que venia encargado el Excmo. Sr. D. Juan Villaronte, hoy Contador de la Real Casa.

Despues de la muerte del último Monarca se habian agolpado sobre esta nacion vicisitudes y males de gran consideracion. Habia aparecido la libertad; pero los que vivian de abusos tolerados por tantos años, los enemigos de la lejítima sucesora al trono de España, habian encendido ya la guerra civil, que comenzaba á asolar las mejores y mas ricas provincias: las pasiones desbordadas habian manchado con sangre inocente las calles y templos de la capital, al mismo tiempo que el azote del cielo, el cólera asiático, diezmaba de un modo horrible el número de sus habitantes.

Ninguno de estos males habia llegado al Escorial, que se mantenia pacífico y floreciente á la sombra de la buena administracion establecida; pero no habia de tardar mucho en sentir los efectos de la revolucion: muy pronto habian de invadirlo las pasiones políticas, que querian á toda costa ganar prosélitos, ó destruir á los que suponian enemigos. Desde la muerte del último Monarca habia comenzado á correr la necia vulgaridad de que en el panteon del Escorial se oian arrastrar cadenas por la noches; que la sombra de Fernando VII aparecia con frecuencia en aquellos anchos claustros; y que al mismo Prior le habia declarado la nulidad de su último testamento. En el siglo XIX nadie cree ya en apariciones de muertos, ni da crédito á revelaciones de esta clase, y todo el mundo reia al oir estas patrañas, como de las consejas de brujas y duendes que se cuentan á los niños para entretenerlos. Sin embargo, esto llevaba un objeto, que el Rmo. Cruz lleno de prevision comprendió perfectamente; y recuerdo que, hablándole un dia de lo ridículo y pueril de estas voces, me contestó estas palabras proféticas: *Aunque es verdad que en el fondo son ridículas, en la realidad no lo son tanto; esas voces que se esparcen son un tiro contra la Comunidad, y esas cadenas quiera Dios no vengan á caer sobre mí.* La esperiencia mostró bien pronto que no era infundado su cálculo.

Habia en los últimos meses tomado algunas disposiciones útiles en favor de la Comunidad; habia contenido con mano fuerte, y aun habia formado causa y arrestado á algunos monjes jóvenes insensatos, que intentaban tomar parte en las revueltas é intrigas políticas, dando cuenta de todos sus actos á S. M. por conducto de su Mayordomía mayor; y en todo vivia muy sobre aviso, pero tranquilo y confiado en su conciencia y recto proceder.

Salia la Comunidad del refectorio cerca de las 12 del dia 19 de diciembre de 1834, cuando vió invadidos sus claustros por unos cuantos paisanos de la poblacion, lo mas miserable y andrajoso de ella, que armados de carabinas y puñales iban en busca del pacífico Prior, como lo hubieran podido hacer para penetrar en la cueva del

mas atroz y desalmado bandido. Á este inmundo tropel seguia el comisario régio, que era un Alcalde de corte, escoltado por diez ó doce hombres de cuerpos francos de los llamados entonces *peseteros*, y de un escribano y dos escribientes. A su llegada ya las puertas de la celda prioral estaban cercadas y tomadas por los paisanos; y el Prior, que desde la mañana tenia aviso cierto de la llegada de una comision régia, esperaba tranquilo en la secretaría, donde iba á sentarse á la mesa. No tuvo el juez consideracion á esta circunstancia; en el momento le intimó la orden de arresto y le hizo pasar á su habitacion particular (la celda chica), que registró detenidamente, y despues comenzó un escrupuloso escrutinio en sus papeles.

El primer momento fue de susto y espanto para la Comúnidad, y su primer impulso de indignacion hácia aquellos que, tan contra la ley y el deber, habian allanado de un modo tan bárbaro aquel edificio tan respetable. Pero nadie se atrevió á tomar medida ni precaucion ninguna; solo el que escribe estas líneas se atrevió á llamar al jefe de un destacamento de Guardia Real provincial que estaba en el Sitio, y á pedirle proteccion contra aquella turba que invadia el monasterio, y de cuyo carácter y traza todo podia temerse. Aquel pundonoroso y noble militar acudió al momento con toda la fuerza que mandaba, y la situó en el claustro principal alto. Al momento se presentó al juez y al jefe de los tiradores, á quienes advirtió que en nada impediría el cumplimiento de su comision, pero estando encargado de la guarda del edificio y sus preciosidades, castigaría con todo el rigor de la ordenanza á cualquier soldado ó paisano de los que habian entrado con S. Sría. que osase escederse en lo mas mínimo. Hizo luego salir á todos los paisanos armados, relevó las centinelas de tiradores sustituyéndolas con sus granaderos, y á consecuencia de estas medidas el monasterio quedó á cubierto de todo desmán, y los monjes seguros en cuanto á sus personas.

Corrí en seguida á dar cuenta de tan desagradable acontecimiento al Sermo. Señor Infante Don Francisco de Paula, que se hallaba en el Escorial con toda su Real familia, y S. A. me recibió con una amabilidad que no olvidaré jamás, y me manifestó lo mucho que sentia aquella desgracia, por el singular afecto que siempre habia tenido á la Comunidad, y por su Prelado. Pero S. A. nada podia hacer, puesto que se trataba del cumplimiento de una comision Real y de los trámites de justicia.

Toda la tarde se invirtió en el riguroso registro de la celda y papeles, y á la noche el juez determinó llevarse al Prior preso á una casa de la poblacion, y él estableció su tribunal en la fonda de Milaneses. En vano le hice presente la ninguna necesidad de sacar al Prior del monasterio, y los graves inconvenientes que de ello podrian seguirse; en vano le supliqué permitiese á un monje acompañarle en el arresto para sostenerle y consolarle en aquella tribulacion: el juez contestaba con palabras dulces que le era imposi-

ble, que su deber sagrado se lo prohibia, y su mandato fue cumplido. A las nueve de la noche el Prior fue sacado del monasterio y llevado á casa de una sobrina suya, donde quedó incomunicado con centinelas de vista.

Si el juez hubiera procedido de buena fe, indudablemente hubiera conocido en su ilustracion que los primeros procedimientos de aquella causa, al menos en la parte que concernia al Prior del Escorial, eran una calúmnia grosera y bajamente fraguada por el capitan de peseteros Don Antonio Amieba, que la habia comenzado, con el objeto sin duda de esplotar la riqueza de los dos monasterios del Paular y del Escorial, á cuyos Prelados se hacia figurar en ella; y despues de no haber encontrado ni una sola prueba, ni una sola sospecha, ni el mas leve indicio en su largo y minucioso escrutinio, hubiera tratado al Prior con mas benignidad. Pero entonces se tenia un interés en que aquella Comunidad, cuya existencia habia respetado hasta José Bonaparte, apareciese en su Prelado como enemiga de las actuales instituciones, y de alli tomar pretesto para acabar con ella. Cerró por tanto el juez sus ojos á la evidencia y sus oidos á la voz de la justicia, y las indagaciones se comenzaron con tanta parcialidad, con tan marcada animosidad contra el Prior, que aturdia hasta á los mismos enemigos.

No faltó, por desgracia, quien entrase en sus ideas y quien le ayudase en su injusto proceder. Algunos monjes que estaban cansados de la larga Prelacía del Rmo. Cruz, olvidados de lo que se debian á sí mismos, y de que contribuian á la destruccion y ruina del monasterio, pidieron licencia al juez para declarar contra su Prelado. Por fortuna ninguna de sus delaciones calumniosas trataba de delitos de infidencia, sino de chismes puramente domésticos y administrativos, que otro juez hubiera rechazado con indignacion, puesto que nada tenian que ver con su comision, que no se estendia á fiscalizar los actos pertenecientes al gobierno interior de la Comunidad ó á su administracion. Pero los voluminosos autos que entonces se formaron, pueden atestiguar aún de que se buscaba un delito que no existia.

Diez y nueve dias hacia que el Prior estaba preso é incomunicado en aquella casa particular, y aún no se le habia tomado la primera declaracion indagatoria que la ley manda se tome en las 24 horas despues de verificada la prision; prueba de la mala fe del juez, que buscaba cargos que poder hacer, y que antes no resultaban del proceso. Por fin, tomada la primera declaracion en 7 de enero, dispuso el juez que el Prior y otro monje que habia preso, llamado Fr. Fidel María Carrasco, fuesen trasladados á la casa del Nuevo Rezado en Madrid, como se verificó el dia 9. Alli continuaron presos, incomunicados y con alguaciles de vista, cuyas dietas ascendian á cerca de 200 reales diarios, sin contar el gasto de comida.

Referir todas las nulidades, todos los amaños, todas las intrigas

de aquella voluminosa causa, sería interminable, y me alejaría de mi propósito; por lo tanto, sin mas que indicar sus trámites pasaré á su conclusion. No se dió por completo el sumario hasta el 21 de febrero, en cuyo dia pasó la causa al fiscal. Este tardó hasta 1.° de abril en devolverla, pidiendo se recibiesen á la mayor brevedad las confesiones con cargos. En esta operacion se empleó hasta el 18, y en ella los principales encausados se retractaron públicamente de sus primeras declaraciones, afirmando solemnemente que habian sido violentados á declarar contra el Prior del Escorial. Quedó este en comunicacion desde el dia 10 en que le fue tomada la confesion con cargos, y los autos volvieron al fiscal el 25 de dicho mes de abril.

Por mas diligencias que se hicieron, por mas medios de todo género que se emplearon, no se podia lograr que el fiscal emitiese su dictamen. Pasaba los meses en aquella inaccion, la salud del Prior comenzaba á resentirse de tan largo encierro, y los gastos eran muy considerables. Cada dia inventaban un nuevo motivo para no devolver los autos; cada dia se fraguaba una nueva intriga: sin embargo, nada consiguieron; la inocencia triunfó tan pronto como la causa salió de manos de hombres interesados en faltar á la justicia. Cansado el abogado defensor, que lo era el Excmo. Señor Don Joaquin María Lopez, y el procurador Don Mauricio de los Mártires, de las dilaciones antilegales del fiscal y de los amaños del juez, formularon un escrito lleno de verdad y energía, y consiguieron que se pidiese el sobreseimiento, y pasase en consulta al Supremo tribunal de Justicia; y el fiscal de la ley, con fecha 11 de setiembre de 1835, dió su dictamen arreglado á justicia, que entre otros párrafos contiene los siguientes.

"Respecto al Prior del Escorial y demás consortes comprendi»dos en el auto consultado, se observa desde luego que han sido »víctimas de la inmoralidad y conducta relajada de algunos crimi»nales, que pensaron disminuir su delito y libertarse del castigo »que les espera, complicando en la causa á cuantas personas les pa»saron por la imaginacion, y creyeron conveniente envolverlas con »ellos. Los cargos que á los unos se les han hecho y la culpa que á »otros se les ha imputado, todo se ha desvanecido completamente, »ya con la retractacion de los testigos mas principales, ya por no »resultar prueba ni aun semiplena de los hechos de que han sido »acusados; de modo que la intriga y la calumnia, que han sido úni»camente las que han comprometido el sosiego y tranquilidad de »estos procesados, ha quedado en descubierto, y presentádose con »todos sus horrorosos matices.

»Esto supuesto es indispensable, en concepto de este ministerio »fiscal, que la Sala no solo apruebe el sobreseimiento, sino que de»clare que al Prior del Escorial y consortes no debe servirles de no»ta alguna en su buena reputacion la prision que han sufrido, ni la »formacion de ésta causa, con las demás aclaraciones de reserva de

»derecho que corresponden y son consiguientes, puesto que ni aun »esta satisfaccion podrá de modo alguno recompensarles de las in- »comodidades, disgustos y gastos que indispensablemente han debi- »do producirles estos procedimientos criminales, etc."

No podia ser mas esplícito y satisfactorio el dictamen fiscal, que la Sala aprobó en todas sus partes; y el Prior y el otro monje que con él estaba preso fueron inmediatamente puestos en libertad, y restablecido su buen nombre por la sentencia que el Supremo tribunal dió en 23 de setiembre de 1835, y de que conservo copias auténticas. Obtenido este documento, el atribulado Prior fue á dar las gracias y á despedirse de la augusta Reina Gobernadora, poniendo al despedirse en sus Reales manos la renuncia de una prelacía que con tanto lustre y acierto habia desempeñado por espacio de nueve años, y que tan amargos sinsabores le habia producido.

Sin embargo, le esperaba una satisfaccion completísima, una alegría que solo puede concebir el que, despues de una larga tribulacion, haya participado alguna vez de sus dulces emociones. El 28 de setiembre verificó su vuelta al monasterio, y desde que entró en la Lonja, el pueblo todo se agrupó al rededor del carruaje. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos gritaban: *Viva el Prior*, *viva la inocencia*. Al apearse del carruaje, frente al pórtico, fue tanto el afan por verle y besarle la mano, tanta la gente que se agolpó á felicitarle, tantos los que querian manifestarle su alegría, que tuvo que estar largo rato detenido para dar lugar á tan tierna como satisfactoria escena. La Comunidad, formada en dos filas y acompañada de los niños del Seminario, esperaba dentro del magnífico patio de los Reyes: 150 monjes lloraban de ternura y placer viendo ya libre á su Prelado, y lavada aquella corporacion de la fea mancha que se le habia querido imputar. Concluido el *Te Deum*, dadas las gracias al Todopoderoso por el completo triunfo de su inocencia, y recibidos los tiernos abrazos y parabienes de los monjes, se retiró á su celda á esperar tranquilo la admision de su renuncia, admision que fue una desgracia para aquella casa.

Durante su larga prision, las pasiones, escitadas por las circunstancias, habian trastornado el interior del monasterio, y personas entonces de algun valimiento habian comenzado á ejercer en él una influencia perniciosa. La renuncia del Rmo. Cruz debia ser admitida muy pronto, para comenzar á poner en ejecucion los planes que la ambicion de algunos habia concebido; y en efecto, no se hizo esperar muchos dias. Las circunstancias estraordinarias habian sido causa de que durante estos acontecimientos se hallase de Vicario del monasterio un joven que, por su poca salud, en los primeros años no habia podido seguir los estudios, y las vicisitudes políticas y su contestura, entonces enfermiza y débil, le habian obligado á pasar la vida fuera del monasterio: era por consiguiente de los que menos le conocian teórica ni prácticamente. Mas sin embargo, por influjo del entonces Secretario de la Mayordomía ma-

yor, S. M. tuvo á bien nombrarle Prior del monasterio del Escorial, y de poner en sus manos la suerte de aquel inmortal monumento, y de aquella numerosa y respetable Comunidad; y á pesar del estado político de la nacion, fue confirmado en 7 de setiembre del mismo año.

No podia ser mas satisfactorio el estado económico-administrativo del monasterio al tiempo de dejar su gobierno el Rmó. Cruz. El edificio estaba en muy buen estado de conservacion; las fincas todas estaban perfectamente cultivadas y cuidadas; sus casas-administraciones, además de muy bien amuebladas, contenian porcion considerable de granos, caldos y otros productos; los réditos de censos que gravitaban sobre las rentas del monasterio estaban pagados con religiosidad hasta el último semestre vencido; y la tesorería de la casa (el arca) encerraba aproximadamente 700.000 reales en metálico, sin contar mas de 250.000 que formaban un depósito perteneciente á los monjes particulares, y las provisiones y efectos que encerraban sus almacenes.

Los primeros actos del nuevo Prior fueron una oposicion manifiesta á su antecesor, y los hombres sensatos conocieron por este proceder, y por algunas de las personas á quienes puso al frente de la administracion, lo poco que habia que esperar; y la Comunidad toda previó el daño material que en lo sucesivo le causaria la influencia, ó mejor dicho el dominio que sobre el nuevo Prelado ejercia el Alcalde mayor del Sitio, que era un jóven de 26 años, protejido del entonces Secretario de la Mayordomía mayor, y que disponia á su arbitrio lo que mejor le placia. El mismo dijo *que se proponia convertir su empleo en un beneficio simple*, y lo consiguió completamente. La primera gracia que el nuevo Prelado le concedió fue nombrarle asesor del monasterio con 8.000 rs., contra lo establecido en la Comunidad; su favorecedor en Madrid le nombró administrador del Sitio; y la mayor parte de los antiguos empleados fueron depuestos por desafectos, sin sueldo ni consideracion. No habia mas ley que su voluntad; la Comunidad y la poblacion no se atrevian ni aun á quejarse del Alcalde, que desde allí habia de comenzar á figurar algun tanto en la arena política.

No era otra la senda que se seguia en lo interior del monasterio: el Prior, apoyado en el favor que entonces disfrutaba, se habia declarado dueño absoluto de todo; las constituciones de la Orden fueron holladas; las formalidades que se observaban en la parte administrativa fueron abolidas; la respetable diputacion de ancianos, que revisaba las cuentas y aconsejaba en los asuntos graves, quedó estinguida de hecho; el gasto se iba estrechando diariamente; y los monjes eran tratados con dureza y hasta con desprecio.

Del modo mas misterioso y oculto que puede imaginarse se trataba entre tanto de la suerte futura del Escorial, y se causaban á la obra de Felipe II males sin término, que aún están afectando y afectarán por muchos años su conservacion material. Sin contradiccion

de ningun género, sin pédir siquiera que se tomase en debida proporcion la parte de censos correspondiente, dejaron que se declarasen bienes nacionales la abadía de Parraces y el priorato de Santo Tomé de Pie de Puerto: las fincas que se habian vendido en los años desde 1820 á 1823 volvieron justamente á sus dueños, pero sin tomar en consideracion sus mejoras, y sin que la Comunidad haya sabido hasta ahora qué se hizo de los muebles y efectos que contenian. Tampoco se hizo reclamacion alguna sobre el soto amenísimo del Piul, aunque constaba que no se habia pagado. La casa del Nuevo Rezado en Madrid fué vendida, y gracias á las reclamaciones de la ilustre Academia de la Historia, fue anulada su venta. A esta misma corporacion, y á sus nunca bastante ponderados esfuerzos se debe el que la biblioteca, que el Gobierno habia declarado nacional por decreto de 14 de febrero de 1836, quedase bajo la inspeccion de este cuerpo literario, esencialmente conservador, que ha tenido la gloria, no solo de conservarla intacta, sino de mejorarla y aumentarla al través de las difíciles y azarosas circunstancias políticas ocurridas en tan largo período. En fin, para que nada quedase intacto, nada sin recibir daño, el archivo, con motivo de la formacion del espediente de pertenencia que aún está por resolver, fue despojado de sus documentos originales, que fueron trasladados á Madrid, sin hacer caso de las repetidas y terminantes Reales órdenes que lo prohibian severamente.

Por este tiempo, el aumento de las facciones en la provincia de Toledo y valle de Tietar infundió temores de que pudiesen dar un golpe de mano al Escorial; y las alhajas que habia regalado el difunto Monarca, con la custodia y 48 cuadros de los mas famosos y notables fueron trasladados al Real palacio de Madrid, juntamente con algunos efectos de palacio y la mayor parte de los cuadros de la casita del Príncipe. Ni las alhajas ni los cuadros han vuelto; las primeras continúan en Madrid, y los segundos fueron posteriormente colocados en el Real Museo de pinturas. Despues, cuando ya el peligro de las facciones habia pasado, se continuó desnudando al Escorial de sus mejores bellezas artísticas, para colocarlas en el Museo con el rótulo *del Escorial*. No sostendré que tan buenos cuadros estén mal en donde se hallan, pero confieso que no alcanzo tampoco la utilidad de quitarle importancia á un edificio que, por espacio de casi tres siglos, se afanaron todos los monarcas por aumentarla; y aun creo que cada cosa que se le quita, se da un golpe mas para destruirlo.

CAPITULO V.

Medidas antilegales tomadas en la administracion y gobierno interior del monasterio.—Estincion de la Comunidad.—Salida violenta ó mas bien espulsion de los monjes.—Capilla que quedó para el culto.—Mal modo con que se estableció, y efectos de esta medida.—Conclusion.

Habian ya las Cortes acordado, y sancionado S. M., los dos decretos de estincion, y en el segundo no se hacia á favor del Escorial la escepcion que en las épocas anteriores y en el primer decreto se habia hecho. Por consecuencia la Comunidad del Escorial estaba estinguida de hecho, si bien por la inmediata dependencia que siempre habia tenido de la Casa Real, y por el derecho de patronato de los reyes, no se hizo novedad ninguna notable, ni nadie reclamó sériamente contra la existencia de aquella corporacion. Se componia esta entonces de 150 monjes, entre ellos mas de 60 que no llegaban á 30 años de edad, y todos sin embargo permanecieron tranquilos y sumisos como si no hubiesen sido estinguidos. El verse despojados de la intervencion y conocimiento que segun sus leyes debian tener en la administracion; el ver que el Superior cubria con un misterio sospechoso todas sus acciones, sin que la Comunidad tuviese parte ni conocimiento alguno de sus asuntos domésticos; el ver la miseria con que se les trataba, todo les hacia lamentarse en silencio de su desgracia, y presentir los males que ya rujian sobre sus cabezas, como el rumor sordo que precede á la tempestad. Mas ostensiblemente todos tuvieron una paciencia y sufrimiento heróico; todos esperaron con fe la determinacion de su Reina y Señora. El 28 de junio, sin haber precedido aviso ni antecedente ninguno, se les comunicó una Real orden mandando que al dia siguiente todos se quitasen el hábito y se vistiesen de seglares; y la orden fué cumplida con la mayor puntualidad, si bien con grave disgusto de algunos ancianos, que sentian despojarse del traje que habian vestido tantos años.

Esta misma tranquilidad de una corporacion tan numerosa, el poco deseo que todos manifestaban de salir del convento, era sin duda un estorbo para llevar á cabo los planes de los que se habian erijido en dueños absolutos del Escorial, y cuya ejecucion estaba encargada al Prior. Este, cubierto siempre con el velo del misterio, huia hasta de la vista de los demás, y muy rara vez se presentaba en ninguno de los actos de Comunidad, contestando con ambigüedades á los pocos ancianos que se atrevian á preguntarle sobre su

suerte futura. Viendo esta apatía, se intentó otro medio mas directo y fraudulento. Un dia se presentó en refectorio, y leyó una orden de S. M. en la cual se decia, que al monje que usando de la esclaustracion decretada por las Cortes quisiera salirse del monasterio, se le auxiliaria con la cantidad de 2.000 rs., pagados de los fondos de la corporacion. A la lectura de la orden añadió el Prior algunas observaciones, reducidas á convencer, que el que no aceptase aquel donativo que S. M. gratuitamente le hacia, para que cómodamente pudiese trasladarse al seno de su familia, tendria tal vez que salir sin auxilio ninguno. El Vicario y el Maestro de novicios, combinados con el Prior, y bajo la palabra de colocarlos en el arreglo definitivo, fueron los primeros que abandonaron el monasterio, á fin de que su ejemplo arrastrase á los jóvenes, y la orden produjese el efecto que se deseaba. Pero á pesar del sigilo con que fué manejada esta intriga, los hombres sensatos conocieron que este era un lazo insidioso que se tendia para que la Comunidad se disolviese por sí misma; y solo muy pocos jóvenes cayeron en el engaño separándose voluntariamente de la corporacion.

Visto que este amaño no produjo el efecto que se deseaba, y que aquella Comunidad no moriria sino de golpe violento, fué necesario resolverse; y el 30 de noviembre, precisamente en aquel mismo dia en que 276 años antes se habia reunido en Guadarrama por mandado de Felipe II la respetable comision para comenzar á levantar el Escorial, fué el elejido para darle el golpe de muerte. El dia de San Andrés de 1837, á las 10 de la mañana, se hallaba la Comunidad reunida en la sala prioral grande. Dos seglares presidian aquel acto: los ojos de los monjes buscaban al Prior entre los demás, pero este no tenia valor para dar por sí mismo á aquella corporacion, digna de mejor suerte, el golpe fatal que él mismo habia contribuido á preparar con tanto misterio y anticipacion. Uno de los seglares, sin preceder ningun aviso ni formalidad, sin leer ningun documento que le autorizase para ejercer esta mision, leyó una orden de S. M. por la cual, con arreglo á lo decretado por las Cortes, quedaba estinguida aquella corporacion; añadiendo que era la voluntad de S. M. que ninguno de los monjes, ni aun los nombrados capellanes, pudiese continuar viviendo dentro del monasterio. Para dar mas fuerza á esta última parte de la orden, y para precisar á su cumplimiento, se añadió de palabra, que solo al dia siguiente se pondria comida, pero que al otro ya á nadie se permitiria guisar en el convento. Luego se leyó otra Real orden, por la cual se nombraba al Prior, Abad administrador del estinguido monasterio, y se dejaba en él una Capilla compuesta de 16 Capellanes nombrados á propuesta del Prior.

Pintar la escena que siguió á la lectura de estas órdenes, recordar aquel dia tremendo de amargura y de llanto, quebranta todavía el corazon mas inhumano é insensible. Mas de 60 ancianos, todos septuagenarios, entre los que habia muchos que desde la edad

de 15 años no habian abandonado aquel sagrado recinto, algunos que ni aun habian pisado las calles del Sitio, lloraban á la vez. Abrazados los unos á los otros se despedian, y suplicaban á voces les dejásen morir en un rincon de aquellos claustros, bajo cuyas bóvedas habian pasado su larga vida. Preguntaban como enajenados qué habian de hacer, á dónde habian de ir. Se encontraban muchos sin familia, otros á larga distancia de ella, todos sin recursos, sin medios de ningun género para prolongar ni un solo dia su achacosa y trabajada existencia. ¡Qué será de nosotros, esclamaban!..... Pero nadie los oia.

El Abad Administrador, encerrado en su aposento, rodeado de algunos de sus amigos, no presenciaba estas escenas que desgarraban el corazon; no veia la muerte violentá de aquella corporacion, que al través de tres siglos habia sido siempre respetada en medio de las mas desastrosas ocurrencias políticas; y por consiguiente, los pobres ancianos no recibieron ni una sola palabra de consuelo, ni socorro de ningun género en afliccion tanta. Pero la orden era terminante, y la determinacion del nuevo gefe no daba lugar á detenciones; poco mas de treinta y seis hòras era el tiempo que pòdian estar en el monasterio; despues, ni tenian medios de comer, ni á quien recurrir. Apenas pasaron los primeros momentos de pena, aquella Comunidad salió cómo desbandada por la poblacion á buscar cada uno donde alojarse; y por fortuna los vecinos del Sitio, llenos de compasion y amabilidad, abrieron á todos las puertas de sus pobres casas, y aun se disputàròn la satisfaccion de recojer á alguno de los ancianos.

El aspecto que al dia siguiente presentaba el Escorial solo puede compararse al saqueo de una ciudad invadida por los enemigos. Por todas las puertas salian multitud de mozos cargados con los pobres ajuares de las celdas de los monjes; estos discurrian llenos de tristeza de una parte á otra; por las ventanas se descolgaban fardos y muebles para sacarlos mas pronto del monasterio: al anochecer del dia 1.º de diciembre, éste habia quedado desierto; solo el nuevo Administrador y cuatro ó cinco de sus amigos no se creyeron comprendidos en la Real orden, y se quedaron á vivir en el convento.

Cualquiera que hubiese sido el comisionado seglar que en aquellas circustancias hubiera ido á cumplir la Real orden y cerrar el monasterio, indudablemente la suerte de los monjes hubiera sido, si no mejor, al menos no tan sensible; pero todo cuanto pasaba allí era irritante y cruel. Los monjes todos, constituidos siempre en la mas rigurosa vida comun, carecian de todos lòs muebles, de todos los utènsilios indispensables para la vida particular. El monasterio estaba lleno de víveres y efectos de todas clases; al Prior le constaba la pobreza de la mayor parte; pero ya nada les pertenecia: ni un hilo de ropa, ni un bocado de pan se les habia de dar; y parecieron destinados por la Providencia á cumplir aquellas terribles

palabras de Jeremías: *aqua nostra pecunia bibimus, ligna nostra pretio comparavimus.* "El agua que manaba dentro de nuestros hogares nos costó el dinero, y por precio adquirimos la leña que nos pertenecia." En efecto, poco tiempo despues se hizo almoneda pública de los efectos del monasterio, y los monjes compraron en ella los platos mismos en que habian comido, y las camas que eran suyas. ¿Y qué produjo esta venta? ¡Ocho mil reales!!! Pero apartémonos de este cuadro desagradable y sin ejemplo; la posteridad juzgará á los que el trazaron. Gran parte de los monjes que pasaron por este amargo trance descansan ya en el Señor; los que aún viven, derramarán lágrimas al recordar estas escenas desgarradoras.

Aunque se hubiera discurrido para encontrar lo peor, no podia haberse tomado una medida mas antieconómica, mas perjudicial á la conservacion del edificio, y mas inútil bajo todos conceptos. El haber dejado completamente cerrado el edificio hubiera sido menos perjudicial, porque no hubiera sucedido lo que sucedió, que poco á poco en los claustros altos, en los desvanes y parajes escusados fueron arrancando todo el herraje, ladrillos, azulejos, y aun maderas; las ventanas y puertas interiores quedaban abiertas, y los vientos las desquiciaban y destruian; y de repente faltó todo, aquella vijilancia continua, la reparacion minuciosa y constante, y aquellos habitantes que lo miraban con el interés de una casa propia: los deterioros crecian con una rapidez increible.

Si de buena fe, si con sinceridad se hubiese querido la conservacion del Escorial, el decoro del culto y el posible cumplimiento de las cargas que los reyes habian asignado en su testamento, se hubiese aconsejado á S. M. la estincion de la corporacion monástica, entonces indispensable porque no armonizaba con la política, y porque tal vez no se hubiera tolerado su existencia; pero se le hubiera hecho ver la utilidad y necesidad de dejar allí 40 ó mas de los mismos monjes, sin mas innovacion que el vestir de clérigos, si asi parecia conveniente, y quitar algunas costumbres que pugnaban con la ilustracion de la época. Entonces este tránsito hubiera sido fácil, natural, y de seguros y buenos resultados. Aquella corporacion, acostumbrada á la vida comun, hubiera con gusto continuado en ella, y hubiera gastado menos de los 6.000 duros que aproximadamente importaba el presupuesto de la nueva capilla. Era en realidad la corporacion misma á quien el previsor monarca Felipe II habia confiado su obra magnífica; y por deber, por gratitud, por tradicion y costumbre, hubiera seguido conservando el edificio, hubiera continuado el culto con esplendor, hubiera tenido abierto el colegio, y sería una corporacion útil. Tampoco habria sido desacertado el que administrasen sus bienes, rindiendo cuentas á la Real Casa, que con esto se hubiera ahorrado en cada año algunos miles de duros, y la Reina, autorizada competentemente por las Bulas pontificias, de que ya he dado noticia, para nombrar superior á su arbitrio, tenia siempre en su mano la suerte de aque-

lla casa, y la facultad de separar al que descuidase su administracion, su conservacion y su buen orden interior.

Pero la corporacion alli establecida no podia llenar ninguno de estos objetos indispensables; el número de 16 no podia levantar las cargas, ni cumplir con el culto con decoro; ningun vínculo los ligaba ya con el edificio; ni el espíritu de cuerpo los podia estimular á mirar por su conservacion, ni tampoco estaban facultados para ello; y reducidos á un sueldo y á la vida particular absoluta, al interés general sustituyó completamente el interés individual. Por consiguiente, el edificio quedó no solo deshabitado sino solo, enteramente solo; nada de lo que podia estimular á su conservacion y aumento existia; no le quedaba mas que su nombre y su grandeza material. Pero aun esto se hizo mal; ni á esta Corporacion se le dió un reglamento, ni se establecieron bases de conservacion del edificio, ni se le asignó dotacion nueva, ni se conservó la que le impuso Felipe II y los reyes sus sucesores le habian señalado; todo se fió al acaso, todo habia de depender de circunstancias casuales, y asi fueron y son aún los resultados. Aun los títulos con que se habia honrado al jefe, eran hasta ridículos y vanos. El de Administrador era el único que podia convenirle, pero el de Abad no tenia ya sobre que recaer. La Corporacion no existia, y la Abadía de Santa María la Real de Parraces se habia entregado al Gobierno; por consecuencia, era un título sin objeto, un Abad sin abadía. Tampoco podia tenerlo bajo el aspecto canónico, porque la jurisdiccion del territorio *vere nullius* estaba concedida, no á la persona sino á la dignidad de Prior, y estando estinguida esta, la jurisdiccion de hecho y de derecho habia vuelto al Sumo Pontífice, único que legalmente podia ejercerla, único que podia delegarla. ¡Cuántos males materiales y morales hubieran podido evitarse si se hubiera oido el dictamen de las personas inteligentes y amantes del Escorial! Mas se habia atropellado por todo, y la parte canónica no habia de quedar ilesa.

En consecuencia del nuevo arreglo se comenzaron á tomar algunas medidas, y las celdas de los monjes se convirtieron en oficinas del nuevo Administrador, y el monasterio dejó de serlo, y no fue mas que el gran palacio del Abad. Duró sin embargo muy poco tiempo; y en el torbellino político que todo lo envolvia con rapidez, cayeron del favor los hombres que habian formado aquel plan, y en enero de 1838 vino una comision, y en su consecuencia el Abad Administrador despues de un largo espediente que se le formó, y que obrará en la Intendencia de palacio, quedó solo con la presidencia de la capilla, y á su vez fue tambien obligado á salir del monasterio. Desde entonces quedó allí establecida una administracion como todas las que dependen de la Real Casa, servida por seglares.

Fuerza ha sido hacer mencion de todas estas circunstancias, porque han sido, y aún serán por muchos años, de una consecuencia in-

mensa para el edificio. Ya en 1839 eran muy notables los deterioros, y el monumento que tanto honra á nuestra patria, caminaba á pasos ajigantados á su completa ruina. Los empizarrados y emplomados estaban en malísimo estado; el agua y las nieves se habian ya infiltrado por algunas de las bóvedas, con grande deterioro de sus frescos; la yerba habia crecido en sus patios; y la parietaria vejetaba abundantemente en sus cornisas y muros. Faltaban muchísimas de sus vidrieras; uno de los chapiteles de las torres amenazaba desplomarse de un instante á otro; y cada dia que pasaba se iba haciendo mas difícil su remedio. Un hundimiento de consideracion habria acabado de decretar su ruina y abandono.

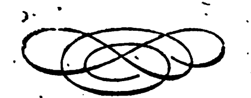
Por fortuna no llegó este caso; la Real Casa, dirigida por el tutor de S. M. Don Agustin Argüelles, bajo la administracion del Excmo. Sr. Don Martin de los Heros, personas tan puras como ilustradas, dirigió una mirada de interés hácia aquel monumento artístico; hácia aquella piedra preciosa de la corona, que amenazaba ya desprenderse de su engaste, y desde 1841 á 1842 se hizo nuevo enteramente el capitel de la torre llamada de la *Botica;* se compusieron las bóvedas del templo, las del claustro principal alto, y la de la sala de Batallas, que se cubrieron y emplomaron de nuevo; y se repararon gran parte de los desperfectos, bajo la direccion de Don Teodoro Galvez, ayuda de arquitecto de la Real Casa: de modo que el edificio recibió una reparacion que le aseguró por algunos años.

Los jefes que sucesivamente han regido la administracion de la Real Casa, todos han hecho esfuerzos laudabilísimos por la conservacion de aquel monumento. El Excmo. Señor D. Pedro Egaña, calculando con verdad que un edificio tan vasto no podia conservarse sin habitantes, aconsejó á S. M. que la Corporacion de capellanes, que vivia en casas particulares, aumentada hasta el número de 30 individuos pasase á ocupar y cuidar del monasterio; y asi se mandó por Real decreto de 9 de febrero de 1847. Mas esta disposicion, justa y acertada en el fondo, era ya tardía. Los vínculos de la antigua corporacion, su identidad con el edificio estaban destruidos, y el decreto no los restablecia. Diez años habian creado intereses nuevos; los capellanes mismos se habian acostumbrado á una vida enteramente diversa de la del monasterio; y lo que en 1837 era facilísimo y útil, en 1847 ha presentado grandes dificultades, que aún no se han vencido, y no ha producido ni puede producir el resultado que se apetece, la mejor y mas económica conservacion del edificio.

La salida de D. Pedro Egaña fue causa de que por el pronto no tuviese efecto esta Real determinacion, mas no por esto se descuidó la conservacion del mausoleo de los Reyes de España. El Excmo. Señor Don José Peña Aguayo, que sucedió en la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio, viendo que las rentas no alcanzaban con mucho á cubrir el presupuesto de la administracion,

que harto hacia con pagar sus empleados, señaló 6.000 duros anuales, pagados por la tesorería de la Real Casa, y con destino esclusivo á la conservacion del edificio; y con este auxilio continúa en un regular estado de conservacion.

Tomó entonces las riendas del Gobierno de Palacio el Excmo. Señor Marqués de Miraflores, que á sus vastísimos conocimientos políticos une los literarios y administrativos, y hermana el esplendor de su cuna con una laboriosidad y actividad poco comunes; y si bien sus miras se fijaron en aumentar el decoro y esplendor del trono, se estendieron á un tiempo á la mejora de todas las dependencias del Real patrimonio, y se dirijieron con preferencia al Escorial, donde comenzó á echar las bases de un porvenir halagüeño. La Corporacion de capellanes comenzó á habitar el monasterio; mandó establecer cátedras públicas; la biblioteca, esta rica joya de la literatura, fue á sus instancias reincorporada al Patrimonio de S. M., y la asignó 1.000 rs. mensuales para hacer una nueva estantería, donde los manuscritos se conserven con mas decencia y esmero. Sobre las fincas pertenecientes al Escorial habia preparado justísimas reclamaciones; y la conservacion del edificio y de las bellezas artísticas y literarias que encierra era atendida con preferencia. Pero su gobierno fue demasiado corto; no tuvo tiempo para desplegar completamente su grandioso proyecto, ni aun para demostrar con los resultados lo justo, lo entendido, lo bien calculado de sus planes. Pero gracias á sus esfuerzos el Escorial subsiste. ¡Ojalá los siglos venideros puedan repetir lo mismo, para gloria de esta nacion y orgullo eterno de los españoles amantes de su patria.



ADICION.

Restablecimiento de la Comunidad.—Nombramiento de Prior y su continuacion.— Ceremonia de la instalacion en 30 de mayo de 1854.

Se hallaba ya en prensa esta segunda edicion, cuando S. M. la Reina Doña Isabel II tuvo á bien espedir el Real decreto de 3 de mayo de este año disponiendo el restablecimiento en el Escorial de una Comunidad de religiosos, rejida y gobernada por la regla de San Gerónimo, volviendo á confiar el cuidado de aquel célebre monumento á los mismos á quienes su Fundador lo dejó encargado, y que al través de tres siglos lo habian conservado con tanto celo, interés y economía, como ha podido notarse en el discurso de esta historia.

En consecuencia, pues, de esta soberana disposicion, el dia 30 del mismo mes, preparadas de antemano las cosas necesarias á la gran solemnidad que iba á tener lugar en aquella casa del silencio, y despues de cantarse la hora de Prima por los monjes con el nombre de capellanes, se retiraron á las celdas preparadas al efecto, y alli vistieron el hábito los que habian asentido á ocupar el monasterio que recibiera sus votos. A las nueve de la mañana del mencionado dia bajaron á la sacristia ocho monjes del Escorial, cuatro de otros conventos de la Orden que habian de entrar en aquel, un novicio que habia de recibir el hábito, y el nuevo Prior nombrado por S. M., Rmo. P. Fr. Gerónimo Pagés; se dirijieron á las salas capitulares, donde esperaban el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo (nuevo superior de aquella) revestido con las insignias pontificales; le acompañaban el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias, el Sr. Nuncio de Su Santidad, y el muy Rmo. P. General de la Orden de San Gerónimo. El nuevo sacristan mayor, P. Fray Ramon Arévalo, leyó entonces el Real decreto de que queda hecha mencion, relativo al restablecimiento de la Comunidad del Escorial. El Emmo. Sr. Cardenal hizo una reseña histórica de la Orden de San Gerónimo, y en especial de la Comunidad del Escorial; demostró al nuevo Prior el gran peso que iba á caer sobre sus hombros con el cargo que S. M. le habia conferido, y la gran responsabilidad que contraia ante Dios con la inobservancia de la regla; concluyendo con hacer presente á los monjes la obligacion en que se habian constituido de cumplir exactamente los votos de obediencia, pobreza y castidad. Todos los circunstantes oian con recojimiento y atencion la palabra de su anciano Prelado; muchos

se conmovieron; los monjes derramaban lágrimas abundantes, y el Prior se postró á los pies de su Pastor. Confirmado éste, y revestido de capa pluvial, se dirijieron al coro procesionalmente, donde se practicó el acto mas tierno que exije aquella regla á la profesion de un novicio: todos se abrazaron mútuamente; el Cardenal se confundió con el lego, el superior con el súbdito y el anciano con el joven.

Acto-contínuo bajaron á ocupar las gradas del altar mayor del templo, en cuyo anchuroso y bien dispuesto presbiterio renovaron sus votos los monjes profesós de los diversos monasterios de la Orden que habian de quedar en el Escorial, y tomó por primera vez el hábito el nuevo novicio. Entonces se ordenó de nuevo la procesion en la misma forma que se acostumbraba en aquel monasterio antes de la esclaustracion, esto es, bajando á los pies de la iglesia, dando vuelta al patio de los Evangelistas por el claustro bajo, y volviendo á entrar en el templo por la puerta de las Procesiones. Acto contínuo se cantó á música una Misa solemne, que celebró de pontifical el Emmo. Sr. Cardenal, y en la que pronunció un buen discurso de gracias el P. Fr. N. Navajas, nuevo monje del Escorial. Concluida la Misa y reservado el Santísimo Sacramento, los monjes cantaron las demás horas canónicas en aquel suntuoso coro de que poco antes habian tomado posesion, bajando despues á la sacristía, donde esperaba el Emmo. Sr. Cardenal y demás acompañamiento. De allí se dirijieron todos á la iglesia mayor, y saliendo de ella por la gran puerta de bronce, volvieron á entrar en el monasterio por la de la Trinidad, cerrando esta y demás entradas del monasterio, con lo que quedó puesta la clausura, abierta al público por espacio de tanto tiempo.

La ceremonia dió principio á las nueve de la mañana y concluyó á las dos de la tarde. Tal es la funcion que ha tenido lugar en uno de los templos mas grandiosos del universo. Una lucida concurrencia de la corte, un gentío inmenso de los pueblos circunvecinos, la poblacion toda de aquel Real Sitio, asistieron á ella con el recojimiento que siempre distinguió á los españoles en estas ceremonias religiosas.

Desde este dia comienza para el magnífico monasterio de San Lorenzo una nueva era, y el brillo de la Corona y la austeridad del claustro vuelven á reunirse para conservarle y engrandecerle.

Este es el voto de todo español amante de su pátria y de las artes.

FIN DE LA HISTORIA.

CEREMONIAL

QUE SE OBSERVA

EN LOS ENTIERROS DE LOS REYES DE ESPAÑA Y DEMÁS PERSONAS REALES.

En el momento de espirar el Rey, los capitanes de su guardia, ó en ausencia de estos los gefes de mas graduacion, mudan el cuerpo de guardia al cuarto del Príncipe sucesor.

Juntos entonces los médicos y cirujanos de cámara, hacen el reconocimiento del cadaver y le embalsaman, si asi lo ha dispuesto el difunto, y las vísceras interiores se colocan en una caja de plomo dentro de otra de madera, forrada en brocado y guarnecida con galones de oro. Embalsamado y vuelto á componer el cadaver, los Gentiles hombres de su cámara le visten con el gran uniforme que solia usar en los dias de besamanos, con los collares de las órdenes, cruces, condecoraciones, manto y demás insignias.

Entre tánto el Presidente de Castilla, el Mayordomo mayor y Sumiller de Corps llevan al Príncipe sucesor el testamento cerrado, y piden licencia para que se abra. Concedida esta licencia vuelven al aposento del Monarca difunto, donde uno de los del Consejo de Cámara provee auto en la forma ordinaria, para que se reciba informacion de los testigos que se hallaron al acto del otorgamiento; y hecha en su presencia vuelven al cuarto del sucesor, abre el testamento, y lo entrega á un Secretario de Estado para que lo lea delante de todos.

El cuerpo se pone en el salon grande, á cuyo efecto se pone un tablado de tres gradas en alto en el testero del salon, arrimado á la puerta de la pieza que llaman de las Furias; se alfombra, se coloca encima un dosel, y debajo se arma una rica cama, sobre la que queda espuesto el cadaver.

Algo apartado del tablado se pone un altar donde se dicen las Misas de pontifical, con su credencia al lado para colocar los ornamentos. Al lado del Evangelio la silla para el Señor Mayordomo Mayor, y seguido el banco de los Grandes; y enfrente al lado de la

Epístola el banco de los capellanes como están en la Capilla. A un lado y otro del salon, arrimados á la pared, se ponen seis altares para las Misas rezadas.

El coro se pone á los pies del salon; la entrada de él por detrás, y cercado con una valla que se prolonga por uno y otro lado hasta cerca del banco de los Grandes y capellanes, para que la gente no embarace.

Los dias que el cadaver se detiene en Madrid van las Comunidades á decir la Vigilia, Misas cantadas y rezadas, y Responsos; y por las tardes se dicen Vísperas de difuntos.

Cuando se coloca el cuerpo en la caja la cierra el Sumiller ante el Secretario, hace la entrega al Prelado y Mayordomo Mayor, y á este último le entrega la llave. Desde entonces se ponen de guardia doce Monteros de Espinosa, seis sobre la tarima y otros seis abajo, por mitad á uno y otro lado del túmulo.

El Mayordomo Mayor oficia al Prelado que nombra S. M. para que acompañe el cadaver; al Capellan mayor, avisándole el dia y hora en que ha de salir el Real cadaver, para que nombre doce capellanes, un furrier y dos mozos de oratorio; al Caballerizo Mayor para que tenga prevenido lo concerniente á su dependencia. Nombra doce Gentiles hombres de Boca, y otros doce de Casa; escribe al Presidente de Castilla para que nombre doce Alcaldes de Corte; da orden á un Mayordomo para que prevenga lo necesario, y éste á los Capitanes de guardias; y al Contralor para el carruaje, escolta, casa, convento y demás de su pertenencia; al Ugier de sala para que pase aviso á los Gentiles hombres de la Boca y Casa.

El Contralor previene el carruaje y avisa á los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin y el Carmen, para que de cada uno asistan doce religiosos, y al tiempo necesario da orden para que un correo de la Caballeriza les haga llevar las mulas á su casa.

Llegada la hora del entierro bajan el cuerpo hasta la puerta del zaguanete ó jardin por donde sale el entierro, los Grandes, Mayordomos y Gentiles hombres de Cámara, y allí le toman los de Boca hasta ponerle en la litera; y despues, siempre que es menester bajarle ó ponerle, lo hacen los de Boca, y siendo necesario ayudan los monteros, escepto en San Lorenzo, que le suelen tomar los Grandes y los Mayordomos de Cámara.

La Capilla Real baja con el cadaver hasta la puerta del zaguanete, y tambien le acompañan hasta allí el sucesor ó Infantes (si los hay) con capuces, y lleva la falda el Sumiller.

El cortejo fúnebre sale ordenado del modo siguiente: delante los clarines roncos y los alguaciles de corte; las órdenes religiosas por su antigüedad con hachas encendidas; dos Alcaldes de corte; doce Gentiles hombres de Casa; seis Caballerizos; doce Gentiles hombres de Boca; la Caballeriza con el guion; la Capilla Real con la cruz; el Capitan de la guardia, si no es Gentil hombre de cámara;

Mayordomos; Grandes; despues el féretro; 12 pages con hachas á los lados; y 12 Monteros mas afuera. Detrás el Mayordomo mayor á la mano derecha, y el Prelado á la izquierda; despues los Gentiles hombres de cámara; concluyendo con la Guardia de á caballo con lanzas y banderillas negras, y el jefe en medio detrás de los Gentiles hombres.

Para las puertas de las iglesias donde se hace tránsito, ha precedido ya enviar tropa de infantería.

El Mayordomo mayor llevá carta de S. M. para el Prior de San Lorenzo el Real, que envia con un correo algunas horas antes, á fin de que todo esté prevenido.

En todas partes donde se detiene el cadáver á Misa, ó por cualquier otro accidente, el Mayordomo mayor ó Mayordomos, á cuyo cargo va el entierro, preceden al Prelado.

En llegando el cortejo al puente del Tercio, el encargado despacha un correo, avisando al Prior la hora en que llegarán al convento. El Prior dispone que para aquella hora estén ya concluidos los Oficios divinos ordinarios. En la villa del Escorial se vuelve á ordenar el entierro como salió de Madrid, y desde allí se colocan, delante el sobreguarda, los guardas y guarda-bosques, la justicia de la villa, el Alcalde mayor del Sitio, y los demás dependientes. La Comunidad sale en procesion hasta el pórtico principal, y en el zaguan, debajo de la biblioteca, se coloca sobre una alfombra un bufete cubierto con un rico paño de brocádo.

En llegando la litera delante de la puerta, los Monteros de Espinosa bajan el féretro, que entregan á los Gentiles hombres de boca, y al umbral de la puerta lo toman los Grandes y Mayordomos, que le colocan sobre el bufete. Entonces el Prior pide la orden del monarca sucesor para encargarse del cadáver, y el encargado se la alarga abierta, besando su firma. El Prior la toma, y haciendo igual acatamiento la alarga á su Secretario, que la lee en alta voz. La fórmula de dicha orden, con solo el cambio de nombres, es la siguiente, usada desde el entierro del Señor Don Felipe IV, de la cual es copia.

La Reina.=*Venerables y devotos Prior y religiosos del monasterio de San Lorenzo el Real. Habiéndose Dios servido de llevárse para sí al Rey mi Señor (Q. D. G.) el jueves 17 del corriente á las cuatro horas y media de la mañana, he mandado que el Marqués de Montealegre, su Mayordomo y Gentil hombre de Cámara, vaya acompañándo y os entregue su Real cuerpo. Y asi os encargo y ordeno le recibais y coloqueis en el lugar que S. M. señaló para su entierro; y del entrego se hará por escrito el acto que en semejantes casos se acostumbra. De Madrid á 18 de setiembre de* 1665.=Yo la Reina.=*Don Blasco de Loyola.=Al Prior de San Lorenzo.*

En seguida el Prior, pidiendo atencion, manda siempre leer otra cédula del Señor Don Felipe IV, cuyo tenor es el siguiente:

El Rey.=*Por haberse ofrecido desavenencia entre los de mi Real*

Capilla y este Convento Real, en ocasion que se trajo á él el cuerpo del Príncipe D. Felipe Próspero, mi hijo, sobre la entrada de la cruz de la Capilla, y conviniendo dar en esto una regla fija para que se escusen semejantes controversias, y que corra de toda buena conformidad, como se requiere, particularmente siendo ambas capillas mias, he tenido por bien declarar que, en los casos de esta calidad, entren juntas las cruces de la Capilla y Convento hasta un paso antes de emparejar con el principio de los dos pilares primeros que están á los pies de la iglesia, y llegando á este sitio se encaminará la de la Capilla al altar de San Jorge, que está en el hueco del pilar del lado de la Epístola y mira á la reja de la entrada de la iglesia, donde se ha de arrimar, y proseguirá la cruz del Convento á ponerse y estar en su lugar acostumbrado durante los Oficios: y así mando se obre y ejecute precisa é inviolablemente en todo tiempo, sin contravenir á ello en manera alguna, que tal es mi voluntad, para lo cual mandé despachar la presente, firmada de mi mano, refrendada de Don Luis de Oyanguren, mi Secretario de Estado y del despacho universal, y sellada con mi sello secreto. Dada en San Lorenzo á 3 de noviembre de 1662 años.=Yo el Rey.=*Don Luis de Oyanguren.*

Concluida esta lectura, los músicos de la Real Capilla entonan un responso cuya oracion dice el Cura de palacio, y en seguida el Prior comienza el Oficio, que continúa la Comunidad, y comienza á marchar cantando un *Miserere*. De este modo llegan hasta el medio del templo, donde hay colocado un túmulo de dos cuerpos, y sobre él se pone la caja, cubierta con el paño de brocado que trajo en la litera. Los Monteros de Espinosa quedan de guardia al lado del túmulo como en palacio, teniendo los dos primeros en un azafate, la corona y cetro el uno, y la espada y baston el otro.

La Comunidad sube al coro, donde se dice el Oficio entero de difuntos y la Misa, y al concluir las Laudes, que cantan en la iglesia al lado del túmulo, se dicen los responsos. Concluidos estos, los Grandes y Gentiles hombres de cámara toman el cadáver en hombros, y siguen en medio de las filas hasta la puerta del panteon. Allí quedan la Comunidad y demás acompañamiento, y solo bajan con el cadáver los que han de presenciar la escena.

Llegados al panteon principal se coloca la caja sobre un bufete preparado en medio de él, y se espera á que los cantores concluyan el *Benedictus*. Entonces el Prior celebrante dice la oracion última, y el encargado del cadáver abre la caja de tisú con la llave que trae, y el Notario de reinos ó Secretario de S. M. llama á los Monteros de cámara, y en voz alta les dice: *¿Jurais que este es el cuerpo del Rey D. N..... que en tal hora de tal dia os fue entregado en el salon de su Real palacio por D. N.....?* (el nombre del encargado). Ellos contestan: *Sí lo es, y lo juramos.* Entonces dirigiéndose al Prior y monjes diputados les dice el Notario: *P. Prior y PP. diputados, reconozcan VV. PP. el cuerpo del Señor D. N..... que conforme al estilo y la orden de S. M. que os ha sido dada, os*

voy á entregar para que lo tengais en vuestra guarda y custodia. El Prior y monjes se acercan sucesivamente, y reconocen el cadáver por la visera que sobre el rostro tiene en la caja de plomo; despues dicen: *Le reconocemos.* Entonces el encargado vuelve á cerrar la caja y entrega la llave al Prior, de todo lo cual da fe el Notario de reinos, y saca tres testimonios de dicha entrega, uno que reserva para presentarlo al sucesor, otro que entrega al Prior, y el tercero lleva el encargado.

En el entierro del Señor Don Fernando VII (á que me hallé presente) se añadió la siguiente ceremonia. El Capitan de Guardias, que lo era entonces el Excmo. Sr. Duque de Alagon, despues del reconocimiento del cadáver por el Prior y monjes, antes que el Excmo. Sr. Marqués de Valverde, que era el encargado, volviese á cerrar la caja, llegó junto á la visera, dijo en alta voz: *Señor, Señor, Señor*, hizo una breve pausa, y esclamó luego: *el Rey es muerto*. Rompió contra la rodilla el baston que llevaba en la mano, que era negro con cabos de marfil, lo arrojó al suelo, y salió precipitadamente del panteon.

Concluida la entrega el cadáver queda solo y cerrado el panteon, hasta que á la tarde ó al dia siguiente (segun la hora á que ha concluido el entierro) la Comunidad sin pompa ni testigos coloca el cuerpo en la urna correspondiente ó en el pudridero.



Nota del pormenor de los gastos hechos en la obra del panteon del Escorial, sacada de las cuentas originales del P. fray Nicolás de Madrid.

	Rs. vn.	Mrs.
Reparo del agua	602	»
Abrir la ventana en la pared de la iglesia	5.098	23
Jornales de toda clase de obreros	220.781	»
Oro para dorar los bronces	233.880	»
Azogue	3.966	»
Agua fuerte y aparadores de vidrio	4.015	»
Colores de cera y Alemania	2.198	»
Carbon de brezo y encina	9.849	27
Bronce, cobre y laton	19.515	7
Herramientas	7.142	17
Plata para soldaduras	5.152	17
Velas de sebo	3.545	20
Al maestro marmolista Bartolomé Zumbigo	328.128	»
Saca de marmol en San Pablo de Toledo	33.676	»
Portes de dicho marmol	41.772	4
Gastos de los mismos en la cantera para serrarlos	7.546	»
Instrumentos y materiales	24.897	»
Arena para aserrar los mármoles	9.876	»
Velas de sebo para alumbrar á los oficiales	3.545	»
A Juan de Vimberg por las cuatro puertas	18.510	»
Escalera de piedra berroqueña	22.566	»
A Juan de Vimberg por las dos puertas de entrada	11.300	»
Altar del panteon	51.611	9
Reparacion de los jaspes antiguos del panteon	10.341	17
El panteon pequeño ó de Infantes costó en todo	19.543	22
	1.099.058	27

CATÁLOGO DE LOS PRIORES QUE HA TENIDO ESTE MONASTERIO DESDE SU ORIGEN HASTA EL PRESENTE.

Fr. Juan de Huete, Prior 1.°; tomó posesion en 1.° de marzo de 1563; murió en 25 de junio de 1565.

Fr. Juan del Colmenar, Prior 2.°; tomó posesion en 30 de junio de 1565; renunció en 31 de diciembre de 1570.

Fr. Hernando de Ciudad-Real, Prior 3.°; tomó posesion en 16 de enero de 1571; renunció en 23 de febrero de 1575.

Fr. Julian de Tricio, Prior 4.°; tomó posesion en 20 de mayo de 1575; se dió por concluida su prelacía en el Capítulo general del año 1582.

Fr. Miguel de Alaejos, Prior 5.°; tomó posesion en 15 de octubre de 1582.

Fr. Juan de San Gerónimo, Prior 6.°; fue confirmado en 20 de agosto de 1589. Vacó en el Capítulo general en mayo de 1591.

Fr. Diego de Yepes, Prior 7.°; fue confirmado en 16 de junio de 1591.

Fr. García de Santa María, Prior 8.°; profeso de Lupiana, en 1594.

Fr. Miguel de Santa María, Prior 9.°; profeso del Escorial, fue confirmado en 14 de mayo de 1600.

Fr. José de Sigüenza, Prior 10; fue confirmado á 15 de mayo de 1601; profeso de este Real monasterio. Renunció.

Fr. Juan de Quemada, Prior 11; fue confirmado en 21 de agosto de 1604, por haber renunciado Fr. José de Sigüenza.

Fr. José de Sigüenza, Prior 12; reelegido en 2 de mayo de 1606, y murió á poco tiempo.

Fr. Andrés de San Gerónimo, Prior 13; confirmado en 6 de julio de 1606.

Fr. Juan de Peralta, Prior 14; fue confirmado en 8 de junio de 1612.

Fr. Martin de la Vera, Prior 15; fue confirmado en 24 de mayo de 1621.

Fr. Lucas de Alaejos, Prior 16; fue confirmado en 12 de mayo de 1627.

Fr. Juan de Madrid, Prior 17; fue confirmado en 22 de octubre de 1631.

Fr. Antonio Mauricio, Prior 18; fue confirmado en 28 de abril de 1636.

Fr. Juan de Lerena, Prior 19; fue confirmado en 10 de diciembre de 1636.

Fr. Baltasar de Fuenlabrada, Prior 20; fue confirmado en 6 de junio de 1642.

Fr. Nicolás de Madrid, Prior 21; fue confirmado en 21 de mayo de 1648.

Fr. Francisco de Vega, Prior 22; fue confirmado en 13 de mayo de 1654.

Fr. Francisco del Castillo, Prior 23; fue confirmado en 21 de setiembre de 1660.

Fr. Sebastian de Uceda, Prior 24; fue nombrado presidente en 18 de noviembre de 1665.

Fr. Marcos de Herrera, Prior 25; fue confirmado en 25 de mayo de 1672.

Fr. Domingo de Rivera, Prior 26; fue confirmado en 22 de mayo de 1678.

Fr. Francisco de los Santos, Prior 27; fue confirmado en 11 de mayo de 1681.

Fr. Diego de Valdemoro, Prior 28; fue confirmado en 2 de junio de 1687.

Fr. Alonso de Talavera, Prior 29; fue confirmado en 5 de mayo de 1690.

Fr. Francisco de Madrid, Prior 30, de esta casa; fue confirmado en 18 de mayo de 1696.

Fr. Francisco de los Santos, Prior 31, reelegido; fue confirmado en fin de octubre de 1697.

Fr. Juan de Santisteban, Prior 32; fue confirmado en 27 de mayo de 1699.

Fr. Manuel de la Vega, Prior 33; fue confirmado en 20 de mayo de 1705.

Fr. José de Talavera, Prior 34; fue confirmado en 13 de mayo de 1711. Fue promovido á Obispo de Valladolid.

Fr. Eugenio de la Llave, 35, Vicario presidente; nombrado en 31 de mayo de 1716, fue confirmado Prior en 28 de abril de 1717.

Fr. Luis de San Pablo, Prior 36; fue confirmado en 5 de mayo de 1723.

Fr. Antonio de San Gerónimo, Prior 37; fue confirmado en 25 de mayo de 1729.

Fr. Pedro Reinoso, Prior 38; fue confirmado en la dignidad á 18 de mayo de 1735.

Fr. Sebastian de Victoria, Prior 39; fue confirmado á 10 de mayo de 1741. Fue nombrado Obispo de Urgel.

Fr. Blas de Arganda, Prior 40; fue confirmado á 17 de octubre de 1745.

Fr. Francisco de Fuentidueña, Prior 41; fue confirmado en 30 de mayo de 1753.

Fr. Antonio del Valle, Prior 42; fue confirmado en 29 de abril de 1761.

Fr. Bernardo Lorca, Prior 43, fue confirmado en 11 de mayo de 1768. Fue nombrado Obispo de Guadix.

Fr. Julian de Villegas, Prior 44; fue confirmado en 13 de febrero de 1773.

Sede vacante, diciembre 1781.

Fr. Pedro Jimenez, Prior 45 y 1.º de eleccion; fue confirmado en 12 de marzo de 1782.

Fr. Antonio Moreno, Prior 46 y 2.º de eleccion; fue confirmado en 15 de febrero de 1785.

Fr. Carlos de Arganda, Prior 47 y 3.º de eleccion; fue confirmado el dia 15 de marzo de 1788.

Fr. Isidro de Jesús, Prior 48, ya de eleccion Real; fue confirmado el 10 de setiembre de 1791.

Fr. Diego de la Mota, Prior 49, de eleccion Real; fue confirmado en 11 de mayo de 1797.

Fr. José de Manzanares, Prior 50; fue confirmado en 29 de agosto de 1799.

Fr. Eugenio de Valverde, Prior 51; fue confirmado en 30 de agosto de 1802.

Fr. Crisanto de la Concepcion, Prior 52; fue confirmado en 31 de agosto de 1805.

Fr. Jorge Martinez Raposo, Prior 53; fue nombrado por el Rey intruso José I.

Fr. Francisco de Cifuentes, Prior 54; fue confirmado en 7 de agosto de 1814.

Fr. Pablo de Yela, Prior 55; fue confirmado en 6 de junio de 1817.

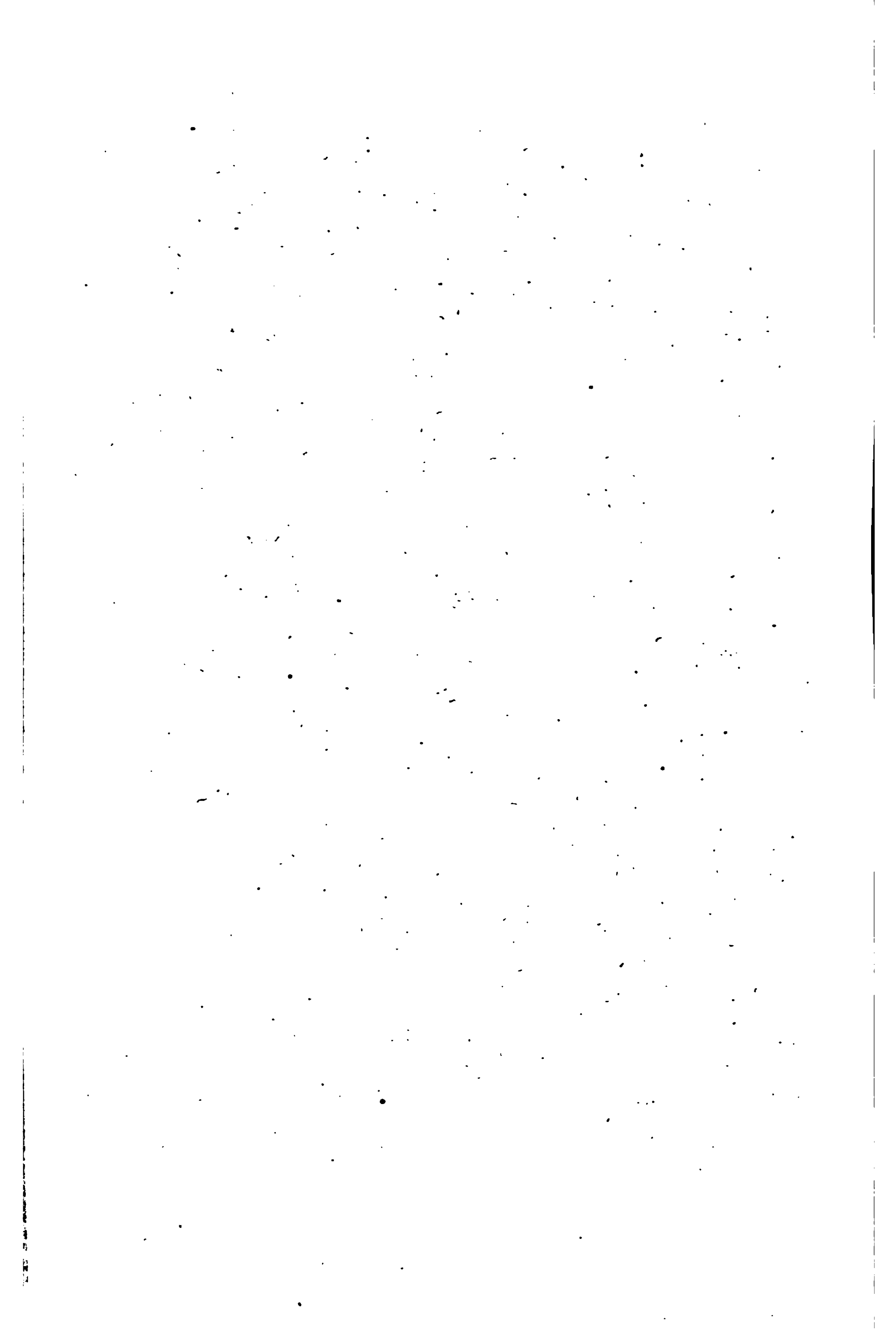
Fr. Toribio Lopez, Prior 56; fue confirmado en 6 de julio de 1820. Renunció y se secularizó en 12 de octubre de 1821.

Fr. Juan Valero, Prior 57; fue confirmado primera vez en 11 de febrero de 1822, y segunda en 10 de marzo de 1824.

Fr. José de la Cruz, Prior 58; fue confirmado en 10 de enero de 1827.

Fr. Antonio García Santander, Prior 59; fue confirmado en 7 de diciembre de 1835.

Fr. Gerónimo Pagés, Prior 60; fue confirmado en 30 de mayo de 1854.



DESCRIPCION DEL MONASTERIO.

DESCRIPCION BREVE

DEL

REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO

LLAMADO

DEL ESCORIAL

Y

de las bellezas artísticas que en él se hallan, con la del Real Palacio, y Casinos del Príncipe é Infante.



Concluida la narracion histórica del Real monasterio de San Lorenzo, y hecha mencion de los acontecimientos principales que en él han tenido lugar desde su fundacion hasta nuestros dias, preciso es dar á conocer á nuestros lectores este monumento mas detalladamente, describiendo cada una de sus partes, y pintándolo con la imperfeccion que puede hacerse con la pluma. Esta parte me arredra, porque las descripciones no interrumpidas, además de admitir poca elegancia, son de suyo frias, pesadas y monótonas; y para valerme de las mismas espresiones del erudito P. Fr. José de Sigüenza, *como es imposible significar la gracia, el ornato, la grandeza, la entereza, la igualdad y la unidad y la magestad que todo este edificio representa, si la vista y el buen juicio no lo comprenden, yo mismo me enfado de escribirlo, y jamás me harto de verlo, que esto tiene la arquitectura cuando se escribe* (1).

Si un hombre de tan vasto ingenio y tan profundo saber se esplicaba en estos términos al emprender la descripcion del Escorial, nada tiene de estraño que me asuste mas á mí, que aún encuentro otra dificultad, que es no ser artista, para poder escribir esta parte con el acierto y propiedad que desearia; pero esto mismo me anima, porque mis lectores me serán mas indulgentes, y disimularán mis faltas en gracia de mis buenos deseos, y de la precision indispensable de que á la

(1) P. Fr. José de Sigüenza, Historia de la Orden de San Gerónimo, parte 3, libro 4.°, discurso 13, pág. 799, col. 1.ª

historia acompañe la descripcion, porque la una sin la otra quedarian incompletas y mancas. Las dos han de comunicarse luz y auxiliarse mútuamente: en la descripcion se hallarán sobre cada uno de los objetos muchas noticias históricas, que no han podido tener cabida en la narracion de los hechos sin hacerlos aparecer mas oscuros é incoherentes, y muchos detalles interesantes que no se marcaron al referir su edificacion; y por el contrario, la historia hará que se entienda mejor la descripcion, y se sepa la causa y origen de muchas de sus preciosidades.

Sobre todo, la historia escitará naturalmente en los que la leyeren el deseo de visitar este monumento; y los que le visitaren antes, no podrán menos de manifestar interés por saber la historia de los grandiosos objetos que han arrebatado su admiracion. Unos y otros necesitan un guia, un Cicerone que les acompañe y dirija al visitar este monumento; y cuando no puedan verificarlo, tener un diseño que les dé una idea, aunque realmente muy imperfecta. Con este objeto voy á trazarlo con la brevedad y exactitud que pueda, guardando el mismo orden que comunmente observan los viajeros; y puesto que de su situacion y cercanías ya he dado noticia, comenzaré por la

LONJA Y JARDINES.

Antes de llegar al monasterio se entra en una gran plaza llamada *la Lonja*, que forma como el plano donde se levanta el edificio, y le rodea por toda la estension de Norte y Poniente. El suelo está compartido con hiladas de piedra berroqueña, que corresponden á las pilastras, fajas, puertas y claros de la fábrica; y está toda cercada de un fuerte antepecho de piedra, que dista de la pared 130 pies por la parte del Norte y 196 por la de Poniente. En este antepecho están abiertas nueve entradas, adornadas de pilastras y bolas, y cerradas con fuertes cadenas de hierro; y por la parte interior la sirve como de pedestal una grada de 4 pies de ancho. Por debajo de ésta corre un ancho conducto para dar salida á las aguas que vierten del edificio á la Lonja, que con este objeto tiene un desnivel de mas de 2 pies de vertiente hácia el antepecho.

Al rededor de esta gran plaza están las casas de Oficios, de Infantes, y parte de la Compañía, que son tambien de piedra, imitan el orden arquitectónico del edificio, y le dan mucho realce y magestad. Todas estas casas están enlazadas entre sí por arcos de comunicacion (escepto la de Infantes), y con el edificio por el camino ó cantina subterránea que dije se hizo en tiempo del Sr. D. Carlos III, que atraviesa la Lonja desde la segunda casa de Oficios hasta la puerta del palacio. La casa de Infantes y la Compañía se unen al monasterio por un tránsito que cierra esta gran plaza por la parte de Mediodía, hecho tambien de piedra, cubierto de pizarra y adornado de pilastras, ventanas con rejas de hierro, y siete arcos al fin. Entre todos estos edificios y el pretil de la Lonja, queda un camino bastante ancho para el tránsito de carruajes.

En los lados de Oriente y Mediodía corresponde á la Lonja un bellísimo terraplén de 100 pies de ancho, formado sobre 77 arcos de cantería (1), que se elevan á la altura de 20 pies, y que siguen todos los cortes del edificio en la estension de 1.950 pies. Por todo su contorno corre un antepecho de piedra bien labrado, y entre éste y la fábrica están colocados unos lindos jardines, que pueden llamarse pensiles, porque están sobre bóvedas adornadas de fajas, y apoyadas en pilastras formando capilletas, nichos y asientos de mucho gusto, y á las que se baja por doce magníficas escaleras, colocadas de dos en dos enfrente de cada una de las fachadas de las torres (2). Tambien sirven de comunicacion con las huertas y bosques de las inmediaciones.

Hay en estos jardines doce fuentes sencillísimas, en las que surte el agua por una piña de piedra berroqueña colocada en el centro de un pilon cuadrado de la misma materia. Al rededor de cada fuente hay cuatro cuadrados de boj, recortados con tanta igualdad y maestría, que al mirarlos desde los balcones del monasterio parecen bordados sobre una alfombra. En estos cuadros, y entrelazadas en las rejas de hierro que arriman á la pared del edificio, hay todo el año abundancia de flores que embalsaman el ambiente, y hacen deliciosísimo este paseo.

En medio de este gran plano se eleva el edificio, que ya dije tiene la forma de un paralelógramo rectángulo, cuya área se estiende en el espacio de 3.000 pies castellanos, que abraza un terreno de 500.000 pies de superficie aproximadamente. La materia es toda piedra berroqueña ó de granito; su orden arquitectónico, dórico en su mayor parte; las cubiertas son todas de pizarra azul ó de planchas de plomo; y sus torres, cimborrios, capiteles y frontispicios le dan estraordinaria grandeza y hermosura.

FACHADAS ESTERIORES.

Para conformarse y seguir estrictamente la doctrina de los SS. PP. en punto á la situacion de las iglesias cristianas, en las que se debe caminar de Poniente á Oriente, á cuyo punto debe estar colocado el altar mayor, la fachada y puerta principal está mirando al Ocaso. Tiene 741 pies de larga, con dos torres á sus estremos, altas de mas de 200 pies, adornadas con mucho ventanaje, pasamanos de hierro, acroteras y bolas. Terminan dichas torres en unos capiteles piramidales cubiertos de pizarra, que rematan en una bola de mas de dos varas de diámetro, formada de planchas de cobre, y sobre ellas una cruz y veleta de hierro.

En el medio de la fachada, y en la estension de 140 pies, se eleva el muro hasta la altura de 145, haciendo un poco de resalto, y figurando que arrima á él la portada principal. Sobre un zócalo de vara de

(1) En este número no están comprendidos los que hay al rededor del estanque, ni los que arriman al camino de Madrid.

(2) Ahora no se nota exactamente la correspondencia de estas escaleras con las torres que debia haber segun el plan primitivo de Juan Bautista de Toledo.

alto levanta el primer cuerpo, que es de orden dórico, y llega hasta el nivel de la cornisa, que á los 62 pies de altura da vuelta á todo el edificio. Dicho zócalo sirve de asiento á ocho medias cañas, cuatro de cada parte de la puerta, divididas de dos en dos, y en cuyos intercolumnios se forman cuatro nichos, y sobre cada uno dos ventanas, una encima de otra. En el claro del medio está la puerta, que es de 12 pies de ancha y doble de alta, con jambas, dinteles y sobre-dinteles de piezas enteras, cortadas en una misma cantera, y traidas en un fuerte carreton hecho á propósito, tirado por 48 pares de bueyes. Sobre el capirote de la puerta hay una ventana, y á sus lados unas parrillas resaltadas, terminándose el primer cuerpo en su arquitrabe, friso y cornisa sostenida por canes.

El segundo cuerpo, que es jónico, descansa sobre la cornisa del primero, y no tiene mas que cuatro medias columnas, en cuyo claro está colocada en un nicho una estátua de San Lorenzo de 15 pies de alta, ejecutada en piedra berroqueña (escepto la cabeza, pies y manos, que son de mármol blanco), por Juan Bautista Monegro, que llevó por las hechuras 1.900 ducados. Por debajo hay un grande escudo de armas reales, de muy buena ejecucion y relieve, esculpidas en piedra por el mismo artífice, y que costaron 700 ducados. A las medias cañas estremas del primer cuerpo corresponden en este cuatro pirámides sobre pedestales, en los que terminan dos cartelas que bajan desarrollándose de lo alto; y sobre las medias cañas jónicas sienta un frontispicio triangular con acroteras y bolas, en que remata todo el pórtico principal.

En el medio de las distancias y á cada uno de los lados, hay dos puertas iguales de 10 pies de anchas por doble altura, con jambas, dinteles y sobre-dinteles de una pieza (todas las puertas y ventanas de este edificio tienen igualmente las jambas y dinteles de piezas enteras, y quede dicho para todas), con sus capirotes encima, apoyados en unos modillones. Dan entrada, la de la derecha á las cocinas y claustros menores del convento, y la de la izquierda al Seminario. Tienen tambien sus portadas, que se componen de cuatro pilastras que suben hasta la cornisa; y sobre las dos estremas carga una cartela que baja desarrollada desde la cornisa inferior del tímpano, y queda contenida entre ellas y unos pedestales con sus bolas. Sobre las del medio cargan otras dos, que sirven de marco á dos grandes ventanas de medio punto, puestas una sobre otra, y sostienen el frontispicio triangular con acroteras y bolas, en que termina á los 100 pies de elevacion.

Por lo bajo de toda la fachada corre á lo largo un zócalo de 1 vara, por lo alto una cornisa sostenida por modillones cuadrados, que es la que corre al nivel por todo el edificio, y sobre la que sientan los empizarrados, que tienen 25 pies de elevacion hasta el caballete. Enmedio hay una faja que ciñe unas pilastras perpendiculares, y comparten cinco órdenes de ventanas, las dos primeras filas con rejas de hierro, y las restantes con antepechos de piedra. Son todas las ventanas de esta fachada, contando las de los empizarrados y torres, 266, y 3 puertas.

Dando la vuelta al edificio se encuentra la fachada de Mediodía, que

es la mas hermosa de todas, no solo por su magestuosa sencillez, sino porque mirando á la parte mas baja del terreno tiene mayor altura. En toda la distancia de 580 pies que tiene de larga, se levanta sobre el terraplén de los jardines un estribo de 18 hasta encontrar el nivel de la Lonja, adornado con ventanas cuadradas y con rejas en su declive. Sirve como de pedestal á toda la fachada, que no tiene mas adorno que la faja y cornisa que á un nivel rodean todo el edificio, y cuatro órdenes de ventanas, las primeras con hermosas rejas de hierro voladas, y las terceras sobre la imposta con antepechos de lo mismo. El número de todas ellas es de 296, con tres puertas pequeñas en lo bajo, una en cada torre y otra en el centro.

PASEO DE LOS ENFERMOS.

Añade grandeza y magestad á este lienzo un lindísimo corredor que da paso á la Compañía y entrada á los jardines en el piso bajo, llamado comunmente *el Paseo de los enfermos,* porque estando al mismo piso y contíguo á la enfermería, resguardado del Norte y Poniente y abierto al Oriente y Mediodía, solian los convalecientes pasearse por él, gozando las hermosas vistas que ofrece. La pared arranca desde la esquina de la botica, de modo que toda la galería queda fuera del cuadro de la fábrica, con la qué se comunica por un balcon de hierro colocado sobre la cornisa, que ensancha un poco mas con este objeto. Tiene este paseo 20 pies de ancho y 100 de largo en la direccion de Poniente, revolviendo luego hácia el Mediodía en otra tanta estension. Forma dos cuerpos ó galerías: la baja, al mismo piso de los jardines, es de orden dórico, y mirando á Oriente tiene una portada compuesta de cuatro columnas, dos de cada lado, dejando en el medio un arco, y un nicho con asiento en cada intercolumnio. En la parte esterior sobre columnas enteras dan vuelta ocho arcos, quedando algunos intercolumnios mas estrechos y cuadrados, correspondiendo en la pared interior unos grandes nichos del mismo claro de los arcos, y otros pequeños con asientos en los cuadrados. El segundo cuerpo es de orden jónico: mirando á Oriente se forma otra fachada como la de abajo, pero con pilastras resaltadas, y por todo lo demás de la galería á la parte esterior hay una linda balaustrada de piedra con antepechos de lo mismo, dividida por los pedestales de las columnas que cargan á plomo de las del primer cuerpo. Termina toda esta fábrica en su arquitrabe, friso y cornisa con dentellones, trabajado todo con mucho primor, y dirijido y diseñado por el arquitecto Juan de Mora.

El lienzo de Oriente tiene tambien los 18 pies mas de altura como el anterior, y su estension en la línea recta de torre á torre es de 744 pies, aunque si se sigue la área que forman los resaltos que hay en ella llega á 1.098. Aunque no deja de tener hermosura, es el mas desagradable de todos, lo primero por el enorme murallon que está á espaldas de la capilla mayor, y que se eleva enmedio de la fachada, enteramente liso hasta el frontispicio triangular en que remata, y despues por los

cinco cuerpos salientes y desiguales que hay. Los dos estremos son por dentro unos tránsitos desde el templo á la habitacion Real; los segundos los arranques de las torres que debieron levantarse allí segun la primera planta, y el palacio, que tiene dos órdenes de ventanas, las primeras al piso del jardin con rejas voladas, y las segundas con antepechos de hierro. Lo demás de este lienzo es enteramente igual al del Mediodía, y tiene en todas 386 ventanas y 5 puertas, 2 en las torres de los estremos, otras 2 á los lados de la habitacion Real, y la última enmedio de ella, que es al mismo tiempo reja.

La fachada que mira al Norte tiene, como la de Mediodía, 580 pies, y su adorno consiste en un zócalo de 3 pies de alto, sobre el que apoyan unas pilastras resaltadas, que se atan por la imposta á los 30 pies, y terminan en la cornisa alta, compartiendo 180 ventanas y 4 puertas. Tres de estas últimas son grandes, de 10 pies de ancho por doble alto, y dan paso, la del medio á las cocinas y oficios del palacio, la de la derecha al colegio, y la de la izquierda á las habitaciones Reales. La cuarta, que es muy pequeña, está en lo bajo de la torre llamada de *Damas*, y fué la que siempre usó Felipe II, porque junto á ella está la antigua escalera principal de palacio.

ZAGUAN DE LA ENTRADA PRINCIPAL.

Despues de dar la vuelta al edificio, y de haber considerado su estension y hermosura esterior, volveremos á la puerta principal, que da á un bello zaguan de 30 pies de ancho y 84 de largo, con puertas en sus testeros, y encima de cada una su ventana. La bóveda es de piedra bien labrada, adornada de fajas y lunetos, y lo mismo las paredes, que tienen pilastras resaltadas, y entre ellas seis grandes arcos, tres de cada parte. Al Poniente, en el arco del medio, está la puerta de entrada, y sus laterales macizos. Los que corresponden enfrente están abiertos, y dan entrada al grandioso patio de los Reyes, al que es menester volverle la espalda para considerar la linda fachada que forma por la parte interior este zaguan, sobre el que están colocadas ambas bibliotecas.

Los tres arcos por donde se ha entrado están entre pilastras de medio pie de resalte, y á sus lados hay otros dos arcos cerrados, de cantería, con tres ventanas abiertas en sus claros. A estos cinco arcos corresponden en el segundo cuerpo, sobre una cornisa de 2 pies de vuelo, otros tantos balcones con antepechos de hierro, sobre los que se halla la cornisa principal del patio. Encima de ella corresponden cinco ventanas cuadradas, que sirven para dar luz á la biblioteca principal. Una imposta divide las últimas ventanas de otras tantas, redondas, que pertenecen á la sala de manuscritos, y dan mucha gracia á esta fachada, que termina á los 140 pies, poco mas ó menos.

PATIO DE LOS REYES.

Se le da este nombre por las estátuas de seis monarcas del Antiguo Testamento, que están colocadas en la fachada del templo, y son las que mas llaman la atencion. Tiene este átrio 230 pies de largo por 136 de ancho. Sus paredes laterales están adornadas con pilastras resaltadas que apoyan en el pedestal; enlazan en la imposta á los 34½ pies y terminan en la cornisa, que es de bastante vuelo, y está sostenida por unos modillones cuadrados. Comparten dichas pilastras cinco órdenes de ventanas, las primeras y segundas con rejas, las cuartas con antepechos de hierro, que son en todas 267, contando las de los empizarrados y torres.

40 pies antes de llegar al templo se forman, en la altura de 5, siete espaciosas gradas que atraviesan todo el ancho del patio, y sobre ellas queda una gran mesa, que sirve como de peana al frontispicio del templo. Este tiene en lo bajo 5 arcos de 14 pies de ancho por 26 de alto; los dos estremos quedan como fuera de la fachada; los tres del medio, un poco mas salientes, están entre 6 medias cañas dóricas, las del medio solas, y las de los lados pareadas, con basas, capiteles, arquitrabe, friso y cornisa correspondiente. Encima de los cinco arcos corresponden otras tantas ventanas, anchas de 7 pies por 12½ de altas, con sus antepechos de hierro; y termina este primer cuerpo en la cornisa del patio.

Perpendicularmente á las medias cañas dichas cargan 6 pedestales con sus basas y cornisas de 13 pies de elevacion, y sobre ellos se ostentan 6 estátuas colosales, altas de 18 pies cada una, labradas en piedra berroqueña, con las cabezas, pies y manos de mármol blanco, por el célebre escultor Juan Bautista Monegro. Sacó estas 6 estátuas, y la de San Lorenzo que está sobre el pórtico, de una misma piedra, cuyos restos permanecen en un prado de la jurisdiccion del pueblo de Peralejo, llamado por esta circunstancia el Prado de los Reyes. En dicha piedra se leen estos versetes:

> Seis reyes y un santo
> salieron de este canto
> y quedó para otro tanto.

Representan estas estátuas otros tantos monarcas de la tribu de Judá y familia de David, que en diversos tiempos contribuyeron al esplendor ó á la restauracion del templo de Jerusalén. Se pusieron en este sitio por consejo del inteligente Arias Montano, que por mandado de Felipe II hizo las inscripciones que debian ponerse en los pedestales; pero no habiéndolas colocado al pronto, se perdieron, y el erudito P. Sigüenza hizo otras, que trae en su historia, lib. 4, Discurso 2, pág. 702; pero tampoco aquellas se pusieron, tal vez por ser muy largas. Las que hoy tienen se ignora quién las eligió, aunque se cree que fué el P. Santos, y están escritas en los planos de los pedestales con letras negras,

puestas sobre un plano de mármol blanco, lo mismo que el nombre de cada uno de los reyes, cuyo orden, comenzando de izquierda á derecha, es el siguiente.

JOSAFAT.

Tiene en su mano derecha una segur de cortar leña que pesa 2 arrobas, y junto á sí dos panes y un macho cabrío, en señal de haber destruido los bosques profanos y restablecido los sacrificios legales, que es lo que está indicado en la inscripcion del pedestal, que dice así: *Lucis ablatis, legem propagavit.*

EZEQUIAS.

Para significar la restauracion del altar, verificada en su tiempo, y la celebracion de los sacrificios, tiene en su mano una naveta de bronce que pesa 8 arrobas, y á los pies un cabron, con la letra siguiente en el pedestal: *Mundata domo, Phase celebravit.*

DAVID.

Descubre por entre el manto la empuñadura enorme de un alfange que pesa 5 arrobas menos 1 libra de bronce, y apoya la otra mano en el arpa, que tambien es del mismo metal, de 14 arrobas y 15 libras de peso. Recibió del mismo Dios el diseño del templo, que no quiso edificase por las muchas guerras que tuvo. En el pedestal se lee: *Operis exemplar à Domino recepit.*

SALOMON.

Su hijo fué el que lo edificó y dedicó; y en señal de su sabiduría, en que aventajó á los demás hombres, tiene en su mano un libro, y en el pedestal la inscripcion: *Templum Domino ædificatum dedicavit.*

JOSIAS.

Deja desarrollar un poco del volúmen de la ley encontrado en su tiempo, que tambien es bronce y pesa 2 arrobas. La letra del pedestal dice: *Volumen legis Domini invenit.*

MANASÉS.

Tiene en la izquierda un compás y una escuadra, indicando la restauracion que hizo del templo despues de su cautividad, significada por una cadena y el trage de cautivo que tiene á los pies, y en el pedestal esta letra: *Contritus, altare Domini instauravit.*

Tienen además todas estas estátuas cetros y coronas de bronce do-

radas á fuego, como lo son todas las insignias que hemos referido, y costaron: cada corona 400 ducados, y pesan á 4 arrobas unas con otras; cada cetro 200 ducados, y cada estátua 2.200; de modo que su total importe, añadiendo 1.000 ducados que poco mas ó menos costaron las insignias, es de 195.800 rs.

Entre los pedestales hay un balconage de hierro, y por debajo se forma un tránsito que corre toda la fachada. A espaldas de las estátuas se eleva el segundo cuerpo, formado por seis pilastras en correspondencia con las seis medias columnas del primero, y en ellas sienta un frontispicio triangular, adornado con cinco bolas sobre sus almenas, en que remata la portada. Entre dichas pilastras hay tres grandes ventanas, y sobre la imposta que las enzala, á la distancia media, hay otra en arco de 13 pies de ancha por doble de alta, que rompe la cornisa inferior del frontispicio, y queda toda su vuelta dentro del tímpano.

A los lados de esta fachada están embebidas en el edificio dos torres de piedra, que no se descubren hasta la altura de los 80 pies. Sobre los caballetes de los empizarrados asoma la cornisa del segundo cuerpo, en la que sienta un pedestal de 8 pies, y sobre él cuatro pilastras de medio pie de resalto, pareadas á los lados. Entre cada dos de estas hay dos nichos, uno sobre otro, divididos por una faja, y en el claro del medio dos ventanas; la de abajo cuadrada, la de encima redonda, y en esta última, en la torre de la derecha está colocada la muestra del reloj, rematando este cuerpo en una cornisa de gran vuelo. El tercer cuerpo es igual al anterior en sus adornos, solo que en lugar de las dos ventanas hay en este una sola grande, en arco, de 14 pies de ancha por 32 de alta, habiéndose abandonado en ella la proporcion dupla, que es la mas perfecta y hermosa, por lo mucho que las líneas rectas disminuyen á tanta altura. Sobre la gran cornisa en que termina este cuerpo corre una balaustrada de piedra, con pedestales y bolas á plomo de las pilastras del anterior. En medio de esta plataforma se levanta un pedestal circular, sobre el que descansa la media naranja, que concluye en una linterna con ocho ventanas, cerrada por otra cupulita. De esta sale una espiga, tambien de piedra, y sobre ella está colocada una bola un poco prolongada, de metal campanil, fundida en dos mitades, que tiene 5 pies de diámetro, y termina con su cruz de 12 pies de alta, y veleta, que tiene 9, á los 270 pies. En la de la derecha está el reloj y campanas; en la de la izquierda no hay nada, por haberse quemado dos veces el órgano de campanas que estaba colocado en ella.

ZAGUAN A LA ENTRADA DEL TEMPLO.

A los cinco arcos de la fachada del estremo del patio corresponden en la pared de frente otros cinco, todos con puertas: las tres del medio dan entrada á la iglesia, las de los lados á unos patinejos. Entre estos 10 arcos se forma un vestíbulo de 138 pies de largo por 20 de ancho, obra de mucha fortaleza y muy bien entendida, adornada de pilastras, nichos, cuadros y círculos, fajas y lunetos en la bóveda, todo de cantería

trabajada con primor. En ambos testeros hay dos puertas de 8 pies de ancho por 16 de alto, que dan entrada á las porterías principales del convento y colegio. Las puertas del templo tienen los marcos y armadura de finísima acana, y los tableros de encina; pero la ignorancia, que todo lo vicia y desvirtua, hizo que las pintasen al óleo de color azul, quitándoles á la vista todo su mérito y hermosura. La del centro ocupa todo el arco; y las dos laterales, que son cuadradas, dan lugar en la vuelta del arco á dos medallones esféricos de mármol negro, en los que están escritas con letras de bronce, dorado á fuego, las inscripciones siguientes. La de la izquierda del espectador:

D. LAURENT. MART.
PHILIPP. OMN. HISP. REGN. UTRIUSQUE SICIL.
HIERUS. ETC. REX, HUJUS TEMPLI PRIMUM DE-
DICAVIT LAPIDEM D. BERNARDI SACRO DIE.
ANNO MDLXIII.
RES DIVINA FIERI IN EO COEPTA PRIDIE FESTUM.
D. LAURENT. ANNO MDLXXXVI.

La de la derecha:

PHILIP. II.
OMNI. HISP. REGNOR. UTRIUSQUE SICIL.
HIERUS. ETC. REX CAMILLI CAJET. ALEXANDR. PATRI-
ARCHÆ NUNTII APOST. MINISTERIO HANC BASILLI-
CAM S. CHRISMATE CONSECRAND. PIE AC DEVOTE
CURAVIT DIE XXX AUGUST. ANN. MDXCV.

Traducidas al castellano dicen asi: *Don Felipe, rey de todas las Españas, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, etc., colocó la primera piedra de este templo, dedicado á San Lorenzo Mártir, el dia de San Bernardo del año MDLXIII. Se comenzaron á celebrar en él los divinos Oficios la vijilia de San Lorenzo del año MDLXXXVI.*

La segunda: *Don Felipe II, rey de todas las Españas, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, etc., lleno de piedad y devocion procuró que esta basílica fuese consagrada con el crisma santo por mano de Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio apostólico, el dia* 30 *de agosto del año MDXCV.*

En la parte interior del templo están repetidas estas inscripciones.

BAJO CORO Ó ATRIO DEL TEMPLO.

Entrando por cualquiera de las tres puertas dichas se halla el *bajo coro*, que en el espacio de 60 pies en cuadro forma como un diseño del templo. Cuatro postes cuadrados, cortadas sus esquinas interiores, tra-

zan un crucero, en cuyos estremos se hacen cuatro grandes arcos de 13 pies de ancho por 26 de alto, que son otras tantas puertas; la de entrada, las dos laterales que dan á los patinejos, y la de frente (esta no tiene puerta), que da paso á la iglesia. Tambien forman como dos naves menores, en cuyos ángulos hay cuatro capilletas: las del lado de la entrada sirven de canceles; las otras dos, cerradas con rejas de hierro, son dos altares dedicados á los santos mártires Cosme y Damian el uno, y á San Blas el otro. Hay cuatro pilas para el agua bendita, labradas en mármol pardo, colocadas en el corte interior de los cuatro postes, sobre los que se sustenta una bóveda admirable, que á pesar de su larga fuga se ve tan llana como el pavimento, y aun con alguna convexidad.

CORO DE LOS SEMINARIOS.

Pasado el arco abierto en direccion del templo se halla un espacio de 14 pies de ancho por 48 de largo, rodeado de asientos de nogal, y respaldares con pilastras dóricas, entre las cuales se forman alacenas, en que se guardan los libros de canto para los niños seminaristas, á quienes este espacio servia de coro.

Se sale de él por tres grandes arcos, el del medio de 13 pies de ancho por 26 de alto, y los otros de 9 por 18, todos cerrados con elegantes y costosas rejas de bronce, compuestas de un ancho pedestal, balaustres estriados adornados de bellas molduras, una cornisa que las ata al nivel de los capiteles de las pilastras de los arcos, y que deja separados los medios puntos. El del medio esta adornado de semicírculos, triángulos, y un círculo con una cruz en medio, todo de bronce, de cuya materia son tambien los grandes aros en que están fijas; y sobre los dos menores hay sobre mármol negro las mismas inscripciones que afuera.

TEMPLO.

El cuerpo de la iglesia es un cuadrado perfecto de 180 pies; su materia piedra berroqueña; el orden de su arquitectura dórico. En medio de la planta hay cuatro pilares fortísimos de 30 pies de grueso, colocados entre sí á la distancia de 53 pies medidos por sus bases, á los que corresponden de frente otro ocho resaltados de las paredes, que distan 30 pies de los primeros. Sobre unos y otros dan vuelta 24 arcos, quedando por cualquier parte que se mire dos anchas naves de 53 pies, que forman la cruz griega ó de brazos iguales, y las otras cuatro que dan la vuelta al rededor, anchas de 30 pies.

Los cuatro grandes machones del medio tienen en la parte interior cortado el vivo de las esquinas, y en los lados que miran á las naves anchas tiene cada uno dos pilastras estriadas de 1 pie de resalto, dejando un espacio de 5 de una á otra. En las que miran á las naves menores las pilastras son lisas, y entre ellas hay dos nichos de 9 pies de ancho por duplo de alto, y el mismo adorno y distribucion tienen

con los pilares de las paredes que les corresponden de frente. Los nichos bajos en uno y otro lado son altares de que me ocuparé despues; los altos tienen antepechos de bronce, y estan vacíos.

A los estremos de la nave mayor que corre de Norte á Mediodía, se ven dos fachadas iguales. En lo bajo se forman tres arcos como los de entrada, uno grande en medio y dos pequeños á los lados, divididos por sus pilastras y traspilastras, cerrados todos con rejas de madera imitando hierro y molduras bronceadas; y detrás de ellas se forma otra nave estrecha ó capilla en que hay tres altares enfrente de los arcos. Sobre la cornisa se levanta un zócalo de 10 pies de alto, que ocupa todo el ancho de la nave, adornado tambien con pilastras, que dejan entre sus claros tres ventanas cuadradas en correspondencia con los arcos de abajo, adornadas con balcones de bronce. Por encima de estas ventanas, y á los 55 pies de elevacion, corre otra cornisa con balconaje de bronce, y sobre ella sienta un órgano que ocupa todo el ancho, y sube hasta los 95 pies de altura. La caja de dicho órgano esta formada por seis columnas corintias que apoyan sobre un zócalo con pedestales resaltados, dejando entre ellas cinco claros donde están colocados los cañones. Los cuatro claros estremos son cuadrados, el del medio sube en arco rompiendo el arquitrabe, friso y cornisa, y quedando su vuelta en el tímpano de un frontispicio triangular, que remata con tres bolas sobre sus almenas. La fachada de frente es enteramente igual. Las cajas de ambos órganos son de pino de Cuenca perfectamente dorado, y ejecutadas por Jusepe Flecha, italiano, y los instrumentos por el constructor Masigiles y sus hijos. En aquel tiempo eran unos órganos de primer orden, tenian treinta y dos registros y dos teclados; ahora no tienen mas que las fachadas, y están inservibles. Costaron estos órganos con los del coro 26.899 ducados con 300 mrs.

En los testeros de las cuatro naves menores hay ocho arcos de 13 pies de ancho por doble alto: los que arriman á la parte de Oriente son dos relicarios; los del Mediodía tienen rejas de madera y comunican con la sacristía y claustro principal; los del Norte, tambien con rejas de madera, tienen enfrente un altar dentro de las capillas menores; y los de Poniente, que están á los lados de la puerta de entrada, tienen, como aquella, las rejas de bronce. Por estas últimas se entra en dos capillas enteramente iguales, de 68 pies de largo por 22 de ancho, con bóvedas de piedra lindamente compartidas con fajas y lunetos. Enfrente de la reja hay en ambas un arco grande que es puerta al patinejo, pero en la del lado izquierdo hay ahora colocado un altar, en que se venera la imagen de Ntra. Sra. del Patrocinio. Las paredes de estas capillas están adornadas con pilastras resaltadas, y entre ellas hay cuatro altares, con otros dos colocados en unas capilletas que se forman en el hueco del arco de los testeros. En esta capilla se guardan tambien el tenebrario que sirve en Semana Santa, y un candelabro que se pone á la cabecera del féretro en los entierros de los reyes. Ambos son magníficos, ejecutados en bronce, y de enorme peso. En la capilla que corresponde á ésta en la parte del Norte, el un testero, en lugar del altar, está ocupado por una fuente

labrada en mármol pardo, donde se lavaban las manos antes de celebrar los monjes colegiales.

En esta capilla se ha quitado el altar del lado derecho del arco que da al patinejo, para colocar en su lugar el sepulcro de la Sra. Infanta D. Luisa Carlota, madre del Rey N. S.

Dicho sepulcro es de finísimo mármol blanco de Carrara. La traza es del arquitecto D. Domingo Gómez de la Puente; y los bajo-relieves y adornos, y la estátua de bronce en que termina, y que representa á dicha Sra. Infanta del tamaño natural en actitud de orar, son obra del Sr. Ponciano, ejecutada con el primor que distingue todos los trabajos de tan entendido artista. Pero por desgracia ni la eleccion del local, ni las luces á que está colocado el sepulcro, ni su traza, contribuyen en nada á la magestad, severidad y armonía que tanto se procuró en la edificacion de aquel templo, y que formaba el mas grandioso de sus encantos.

Sobre los once arcos que arriman á las paredes en las cuatro naves menores, están colocadas, en otros tantos círculos de mármol blanco, cruces de diaspro sanguíneo, que se pusieron en el acto de la consagracion del templo; la duodécima está detrás de la mesa del altar mayor.

A los 30 pies de altura da vuelta por toda la iglesia una cornisa, á cuyo nivel hay unos tránsitos que se forman entre las paredes esteriores y los pilares interiores, adornados todos los claros con antepechos y balaustres de bronce, con formas correspondientes á las pilastras de abajo. En la parte de Oriente hay en lugar de estos tránsitos unos relicarios; en la de Mediodia y Norte hay cuátro altares á sus estremos; la de Poniente la ocupa el coro y antecoros.

Sobre los arcos de las naves menores y los capitales de los grandes pilares á los 65 pies de elevacion; hay un ancho arquitrabe y friso, con su adorno competente; y á los 80 sale una cornisa de mas de 5 pies de vuelo, que rodea todo el templo. A su mismo nivel, y dentro del macizo de las paredes, que son de 17 pies de espesor, hay un tránsito en arco de 4 pies de ancho y altura dupla, por el que se da vuelta á toda la iglesia pasando por detrás del último cuerpo del altar mayor; y por un balconaje de hierro, que colocado sobre dicha cornisa atraviesa el coro.

Sobre los cuatro arcos que en el centro del crucero dan vuelta sobre los grandes pilares y sobre sus pechinas, sienta un arquitrabe con su fileton y cornisa, en la que apoya un pedestal circular, que deja un claro de 76 pies de diámetro. Desde él se levantan 16 pilastras resaltadas, entre las cuales quedan abiertas ocho enormes ventanas en arco, anchas de 13 pies por 27 de altas. Sobre estas corre otra cornisa de gran vuelo, en que apoya la pesada media-naranja, compartida en 16 fajas, que arrancando desde encima de las pilastras van á terminar en el claro de otro fanal pequeño. En este hay abiertas otras ocho ventanas de 18 pies de altura, y en su cupulita termina el cimborrio por la parte interior del templo.

VENTANAS.

Dan luz á esta grandiosa basílica 38 ventanas distribuidas del modo siguiente: las 16 del cimborrio; 2 sobre los órganos del crucero, de 12 pies de anchas por doble de altas; 3 en el coro; y encima de él sobre la cornisa, 1 enorme de 16 pies de ancha por 32 de alta; 2 en cada uno de los antecoros; 1 sobre cada uno de los altares de las reliquias; y las restantes repartidas al rededor de las naves en el tránsito que dije se hace en el macizo de la pared, y que corresponden en lo interior á los arcos y lunetos que se forman sobre la gran cornisa, sin contar la que hay detrás del sagrario. Todas están cerradas con vidrieras, y dan muchísima alegría y claridad á todo el templo. En fin, el pavimento está solado de mármoles blancos y pardos de Filabres y Estremoz, formando bellas labores que corresponden á la severa magestad del conjunto. El coste de todo este templo, en la parte de cantería, fué de 5.512.144 rs. vn.

Considerado el templo en su parte arquitectónica, describiré su parte de adorno, comenzando por las bóvedas, construidas todas de rosca de ladrillo, y cubiertas en lo esterior de froga y planchas de plomo. En lo antiguo quedaron estucadas de blanco y sembradas de estrellas azules; pero ya he dicho en la historia el motivo por que en el reinado del señor Don Carlos II fueron todas pintadas al fresco por el famoso Lucas Jordan, que con tanta verdad como maestría trazó en ellas los asuntos siguientes.

FRESCOS DE LAS BÓVEDAS DEL TEMPLO.

En la que está sobre el relicario del lado del Evangelio, representó el misterio de la Encarnacion. Se ve al lado de Oriente aquella gran señal que apareció en el cielo, una muger vestida del sol, con la luna bajo sus pies y coronada de doce estrellas, á quien el ángel anuncia la misteriosa concepcion: el Espíritu Santo la cubre con su sombra; el Padre Eterno la contempla afectuoso; y el Hijo la mira como Madre, y la acompaña su fiel custodio San José con la vara floreciente. Al Mediodía está la adoracion de los reyes; al Norte, el Arcangel San Miguel da aquella gran batalla en que fueron precipitados los ángeles malos, y á la de Poniente los ángeles buenos glorifican al Criador, todos colocados sobre nubes de rosicler, y pintados con un movimiento y valentía indefinible. En las pechinas de los ángulos están las cuatro Sibilas gentílicas: la Cumana, que predijo la Encarnacion y está señalando á la pintura que la representa; la Eritrea, que vierte la cornucopia; la Pérsica levanta su mano para verter el agua de una concha; y la Líbica, distinguida por el pez y el pan; acompañadas todas de graciosos niños, que manosean con placer los libros de sus vaticinios.

Sigue á ésta la vuelta del grande arco del crucero principal, en el que está representado el viaje de los hijos de Israel por el desierto y el paso del mar Rojo. Moisés desde una altura les señala el tránsito abier-

to en medio de las aguas, en las que ya han comenzado á sumerjirse Faraon, su poderoso ejército, sus carros y caballos. María, hermana de Aaron, colocada en otra altura y acompañada de otras mugeres, canta al son de varios instrumentos tan estraordinario suceso; y el Señor, desde un claro que se ve en el cielo, ordena á sus ángeles que destruyan á los enemigos de su pueblo. Sobre las ventanas están los artistas Betheseleel y Eliab, que fabricaron el tabernáculo y el arca, y en el opuesto Eliezer y Gerson, sobrinos de Moisés, que salieron desde Madian á recibirle y celebrar su triunfo. En el testero, á los lados de la ventana, está figurada la lluvia del maná, que los israelitas recojen dilijentes; y Sanson contemplando el enjambre de abejas que sale de la enorme boca del leon que poco ántes habia desquijarado.

En el ángulo entre Poniente y Norte se admira el triunfo de la Iglesia militante, á quien se ve adornada con el traje pontificio, sentada en un majestuoso carro triunfal, acompañada de la Fe, Esperanza, Caridad y demás virtudes. En su marcha triunfal va derribando y atropellando á los famosos herejes Arrio, Nicolao, Calvino, Lutero y otros; y mueven este carro misterioso los santos Doctores, á cuyo frente, reuniendo todos los tirantes, se ve al Dr. Angélico Santo Tomás de Aquino, que en su inimitable teología reunió las doctrinas de todos los otros. Las ciencias todas, en figura de lindísimas doncellas, celebran aquella victoria; y la Gracia desde lo alto vierte abundantes dones, figurados en unas flores que recojen los ángeles para tejer lindas coronas.

En la vuelta del arco toral se ve la Resurreccion, promovida por el sonido de las trompetas que cuatro ángeles dirijen á las cuatro partes del mundo, y obligan á los sepulcros á devolver sus muertos para que se presenten al juicio final. En el centro, en un grupo de nubes sostenido por algunos ángeles, están sentados los Apóstoles, que rodean el trono del Hijo del hombre, que se ve en lo mas elevado con corona y cetro de oro, y una segur en su mano derecha. Ocupa su lado la Madre de pecadores intercediendo aún por sus hijos; y sobre las ventanas se ven grupos innumerables, que separados por ministerio de los ángeles, caminan á cumplir su sentencia de premio ó pena eterna. A los lados de las ventanas se corresponden el Asia y Europa, el Africa y América.

En la bóveda que corresponde sobre la capilla del Patrocinio está representada la pureza virginal de María Santísima. Se ve á esta Señora vestida de blanco, con manto azul, suelto el cabello, con cetro en la mano, y una corona que sostiene un ángel sobre su cabeza. Descansa en un magnífico carro, en cuya proa el Esposo divino, en figura de cordero, abraza la cruz, y vuelve el rostro para mirar á su Madre Santísima. Multitud de vírgenes y mártires santas empujan las ruedas, y figuran darle movimiento por medio de unos tirantes que vienen á reunirse todos en el Amor divino, que las guia, y desde cuyo rededor muchos angelitos disparan flechas inflamadas á las vírgenes. Tambien acompañan este triunfo algunas santas del estado conyugal, que forman como un coro separado. En las pechinas están representadas las famosas

heroinas del pueblo de Israel: María, hermana de Aaron; Débora, juez y profetisa, sentada bajo la palma donde celebraba sus juicios; Ester, en el momento de oir de boca de Asuero, que no por ella sino por todos los demás se habia dado la ley de proscripcion; y Judit, que cortada la cabeza de Holofernes la tiene bajo su planta varonil. En la distancia entre estas por todo el recinto interior están Jael, Abisag, Rut, Rebeca, Raquel, Susana, Abigail, y otras que se distinguen entre sí por sus ropajes, y por los instrumentos que llevan en las manos.

En la gran vuelta del arco, encima del órgano de la derecha, está representada la victoria que el pueblo de Dios obtuvo contra los amalecitas. Josué, á caballo en medio del campo de batalla, arrolla con su brazo poderoso multitud de enemigos, y manda al sol detenga su curso mientras completa su derrota. Sobre la cumbre de una colina inmediata, Moisés, acompañado de Aaron y de Hus, tiene los brazos levantados al cielo para asegurar el triunfo de su pueblo. Sobre las ventanas de los lados están en una Otoniel y Aod, y en la otra Gedeon y Jefté, jueces insignes del pueblo hebreo. En los lados de la ventana del plano del arco está, en el uno Elías recibiendo de mano del ángel el pan y agua que le confortan hasta subir al monte del Señor; y al otro David, recibiendo de mano del sacerdote Aquimelec los panes sagrados.

En la que está en el ángulo frente á la sacristía se ve una multitud de bienaventurados mezclados con los coros de los ángeles, y á San Gerónimo presentado ante el tribunal divino, donde se le manda azotar en castigo de haberse aficionado estremadamente á la lectura de los buenos autores latinos. Tres de los principales Doctores de la Iglesia latina ocupan las pechinas, y en la cuarta, el leon guarda el manto y capelo de San Gerónimo.

La última, que es la inmediata á la Capilla mayor, figura á la parte de Mediodía la muerte de la Virgen, que está colocada sobre un lecho de flores que rodean los Apóstoles. Algunos de estos que no estaban presentes, son conducidos por el aire en manos de ángeles; y de lo alto, entre bellísimas nubes, descienden San Joaquin, Santa Ana y San José, que se adelantan al encuentro del alma purísima de su hija y de su esposa. Enfrente los Apóstoles admirados rodean el sepulcro de la Santísima Virgen, de donde los ángeles la han trasladado al cielo, en cuyos resplandores aún se marca el camino por donde ha pasado su cuerpo ya glorioso. A los lados de la ventana de la derecha están José y Josafat, y en el capialzado Abraham é Isaac en el acto del sacrificio. En los de frente se ve á los reyes Josías y Ezequías; y en el capialzado Jacob, viendo en sueños la escala misteriosa, figura de la Virgen.

ALTARES DEL TEMPLO.

Antes de entrar en la Capilla mayor, fuerza les será á los aficionados á la bellísima arte de la pintura dar otra vuelta al rededor del templo, para no confundirse, y poder considerar las ricas pinturas colocadas en sus altares. Estas están en el hueco de los nichos que se forman

en los pilares, sin mas adorno que un marco dorado, y un sencillísimo frontispicio en arco. Las mesas de altar son todas de piedra berroqueña, y los frontales de escayola, ejecutados en 1829 por D. José Marzal. Todas sientan sobre una meseta de mármol pardo de medio pie de alta, que en el invierno está cubierta con una alfombra proporcionada. El número de los que hay en la planta baja, entrando á su tiempo en las capillas, es de 42, que comenzando por junto al púlpito del lado del Evangelio guardan el orden siguiente.

1. San Pedro y San Pablo, pintados por Juan Fernandez Navarrete, conocido por el *Mudo.*

2. En frente, San Felipe y Santiago; *por el mismo.*

3. Altar de las reliquias. En lo interior y esterior la Anunciacion del ángel á la Virgen; *por Federico Zucharo*, retocado y enmendado *por Juan Gomez.*

4. En la capilla. Santa Ana; *por Lucas Canhiaso ó Luqueto.*

5. En id. La predicacion de San Juan en el desierto; *por el mismo.*

6. Los evangelistas San Juan y San Mateo; *por el mismo.*

7. Enfrente, San Lucas y San Marcos, Evangelistas; *por el mismo.*

8. En la capilla. Los arzobispos españoles San Ildefonso y San Eugenio; *por Luis de Carabajal.*

9. En id. La batalla de San Miguel y caida de los ángeles malos; *por Peregrin Tibaldi.*

10. En id. San Isidoro y San Leandro, hermanos; por *Carabajal.*

11. San Fabian y San Sebastian; *por el mismo.*

12. Enfrente. Los niños mártires Justo y Pastor; *por Juan de Urbina.*

13. En la capilla. El martirio de San Mauricio y de la legion tebea; *por Rómulo Cincinato.*

14. Capilla llamada de los Doctores, San Ambrosio y San Gregorio; *por Alonso Sanchez Coello.*

15. Enfrente. San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo; *por Carabajal.*

16. En id. San Basilio y San Atanasio; *por Alonso Sanchez.*

17. En id. San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino; *por Carabajal.*

18. En id. San Gerónimo y San Agustin; *por Alonso Sanchez.*

19. San Pablo, ermitaño, y San Antonio Abad; *por el mismo.*

20. En frente. San Lorenzo y San Esteban, mártires; *por el mismo.*

21. Debajo del coro. San Sisto, Papa, y San Blas, Obispo; *por Carabajal.*

22. Los Santos mártires Cosme y Damian; *por el mismo.*

23. Las santas hermanas Marta y María Magdalena; *por Juan Gomez.*

24. Enfrente. San Vicente y San Jorge, mártires; *por Alonso Sanchez.*

25. En la capilla. La Virgen del Patrocinio. Está colocado el altar en el arco grande que da al patinejo. Su materia es madera pintada al

óleo, imitando mármoles, y el retablo forma en médio como un cascaron, en que está colocada la Virgen, que es de talla, y vestida regularmente de seda ó terciópelo.

26. En id. Santa Leocadia y Santa Engracia; *por Carabajal.*

27. Santa Clara y Santa Escolástica; *por Alonso Sanchez.*

28. Santa Agueda y Santa Lucía; *por Carabajal.*

29. Santa Cecilia y Santa Bárbara; *por el mismo.*

30. Santa Paula y Santa Mónica; *por Alonso Sanchez.*

31. Santa Catalina y Santa Inés; *por el mismo.*

32. Al lado de esta capilla, y en el estremo de la pequeña nave que se forma bajo los tránsitos, hay otro altar con un Crucifijo del tamaño natural con el título de la *Buena Muerte*, de buena escultura, ejecutado en pasta.

33. San Martin y San Nicolás, obispos; *por Carabajal.*

34. Enfrente. San Antonio de Pádua y San Pedro Martir; *por Juan Gomez.*

35. En la capilla. Santo Domingo y San Francisco de Asís; *por Carabajal.*

36. En id. El martirio de las Once Mil Vírgenes; dibujado *por Peregrin Tibaldi* y ejecutado *por Juan Gomez.*

37. En id. San Benito y San Bernardo, abades; *por Alonso Sanchez.*

38. San Bartolomé y Santo Tomás, apóstoles; *por el Mudo.*

39. Enfrente. San Bernabé y San Matías, apóstoles; *por el mismo.*

40. Altar de las reliquias. En la parte esterior, San Gerónimo en el desierto. En el interior, en una de las puertas el mismo santo Doctor, y en la otra el Descendimiento de la Cruz; *por Federico Zucharo*, retocadas y enmendadas *por Juan Gomez.*

41. Santiago y San Andrés, apóstoles; *por el Mudo.*

42. Enfrente. San Simon y San Judas; *por el mismo.* Costaron los cuadros de todos estos altares 26.460 ducados con 34 mrs.

Recorrido todo el cuadro de la iglesia, volvemos al medio de ella para considerar la capilla mayor.

PULPITOS.

Antes de entrar en ella se encuentran dos púlpitos de mucho valor y hermosura, aunque disonantes, y poco á propósito para aquel grandioso templo. Segun dije en la parte histórica, se hicieron con las piedras de otro púlpito que habia en Parraces. Son de alabastro y mármoles finísimos, con columnas, pasamanos y adornos de bronce, de cuya materia hay en los tableros, en medallones de medio relieve, en el de la derecha los cuatro Doctores y las armas del monasterio, y en el de la izquierda los cuatro Evangelistas y las armas Reales. Desde la baranda se levantan cuatro columnas sumamente delgadas, que sostienen los tornavoces, que son, como los demás adornos, de bronce

dorado á fuego por dentro y por fuera, de mucho trabajo y primor, pero de poco gusto y efecto. Sobre las dichas cúpulas están la Fe y la Religion, tambien de bronce. Costaron aproximadamente 1.500.900 reales vellon.

CAPILLA Y ALTAR MAYOR.

La primera es una continuacion de la nave mayor del templo, y se forma en un espacio de 70 pies de largo (que es la distancia que hay desde la primera grada hasta la ventana que está á espaldas de la custodia), y en la latitud de 53. Divídese de lo demás del templo por un grande arco que vuelve sobre tres pilastrones resaltados y sobrepuestos uno á otro. En lo ancho de estos, y en la altura de 10 pies, se forman 12 gradas de mármol sanguíneo que atraviesan de uno á otro lado, esceptuando las primeras, que dejan libres las escaleras de los púlpitos y basas de las pilastras. Á nivel de la última grada se estiende una mesa de 15 pies, cubierto el pavimento de jaspes de diversos colores, embutidos y enlazados entre sí, formando labores bellísimas. A los lados de este plano están los oratorios y entierros reales, de que me ocuparé despues.

Desde él se suben otras cinco gradas de mármol sanguíneo, pero cortadas para dejar libre la entrada á los oratorios, y conducen á otro plano tambien de 15 pies hasta encontrar con el retablo. En medio de este plano hay otras dos gradas, sobre las que sienta la mesa de altar, que está una vara distante de la pared, para poderla servir con mas comodidad y reverencia. Su largo es de 12 pies, su ancho 5, su materia mármoles y jaspes embutidos, cubierta de una rica piedra jaspe de una pieza, toda consagrada en ara. En los testeros de este segundo plano hay dos bancos labrados en maderas finas; el de la derecha para sentarse el celebrante y ministros en la Misa solemne, el de la izquierda para prelados eclesiásticos, si quieren desde alli asistir á la Misa. Junto á estos hay unos balcones de bronce dorado, que cubren lo que quedó cortado de las gradas, y añaden adorno y hermosura. Entre los dichos asientos y la mesa del altar hay colocadas dos credencias labradas en maderas finas, donde se tiene preparado cuanto puede necesitarse en el sacrificio.

Sobre el último descanso hay un zócalo de 10 pies de altura, con su friso y cornisa que ocupan todo el ancho de la capilla, todo de mármol sanguíneo, con compartimentos de jaspe verde, en correspondencia con los intercolumnios del primer cuerpo. A los lados de la mesa hay en este zócalo dos puertas lindísimas de 3½ pies de ancho y doble de alto, con jambas y dinteles de jaspe verde. Su materia por la parte interior es caoba, y por el anverso están embutidos finísimos jaspes de colores sumamente variados y hermosos, con marcos de bronce dorado á fuego adornados con molduras. Estas dos puertas son las del sagrario.

En el zócalo dicho apoya el primer cuerpo del retablo, que es de orden dórico. Seis columnas de marmol sanguíneo de 2½ pies de diáme-

tro por 16 de alto, estriadas de alto á bajo, con basas y capiteles de bronce dorado á fuego, se presentan en primer término, y detrás les corresponden pilastras cuadradas, tambien con basas y capiteles de bronce dorado. Para evitar repeticion, todas las basas, capiteles y adornos del altar son de bronce dorado á fuego. En los espacios que comparten dichas columnas se forman cinco nichos por el orden siguiente; los estremos, de 4½ pies de ancho, se dividen en 2 nichos con fondo de jaspe verde, puestos uno sobre otro, y en ellos están colocadas cuatro estátuas del tamaño natural, que representan los cuatro Doctores de la Iglesia, trabajados con una delicadeza y primor admirables. El ancho de los siguientes es de 7 pies, en los que están colocados dos cuadros al óleo, que en figuras algo mayores que el natural representan el nacimiento del Señor y adoracion de los Reyes, pintados ambos por Peregrin Tibaldi. Tiene el del centro 11 pies y medio de ancho, formándose en él un grande arco vestido de jaspe de diversos colores, bajo el cual está colocado el tabernáculo, que por su preciosidad y mérito merece particular mencion. Termina este cuerpo en un ancho arquitrabe con los triglifos y gotas de bronce, y las metopas de jaspes finísimos de diversos colores, que lo hacen muy vistoso.

El segundo cuerpo, que es jónico, é igual en su disposicion al anterior, sienta sobre un podio de marmol sanguíneo, resaltados los pedestales de las columnas, que son del mismo jaspe con embutidos verdes. Sobre ellos se levantan, como en el primer cuerpo, seis columnas, y en los claros que dejan están, en los estremos los cuatro Evangelistas, algo mayores que el natural: en los dos siguientes Jesucristo con la cruz á cuestas, y en su correspondiente la flagelacion, pintados ambos por Federico Zucharo; y en el medio el martirio de San Lorenzo, por Peregrin Tibaldi. Enmedio del arquitrabe hay un bocelon de un jaspe sanguíneo oscuro de mucho brillo, sobre el que resaltan los dentellones de bronce que este orden pide.

El tercer cuerpo es corintio, y consta solo de cuatro columnas, en cuyos tres claros están colocados otros tantos cuadros al óleo, todos de mano de Zucharo. El del medio es la Asuncion de la Virgen, y los laterales la Resurreccion de Señor y venida del Espíritu Santo. En los estremos de este cuerpo, y debajo de la gran cornisa de la iglesia, hay dos pirámides de jaspe verde, á plomo de las columnas estremas del segundo cuerpo, y entre estas y las columnas estremas están colocadas las estátuas de San Andrés y Santiago el Mayor, altas de 7½ pies.

El último cuerpo es de orden compuesto, y tiene solo dos columnas en las cuales se hace una capilla cuadrada, vestido todo su fondo de marmol verde, en la que hay un gran Crucifijo, con la Virgen y San Juan á los lados. La cruz es la que dije se habia sacado del palo mayor del navío portugués *Cinco Llagas*. Sobre los capiteles de las columnas, apoyado en modillones de bronce, carga un hermoso frontispicio de marmol sanguíneo de figura triangular, en que remata todo el retablo, tocando en la clave del arco de la nave. Desde él bajan desarrollándose unas cartelas llanas de jaspe verde, que terminan en los pedestales de

los estremos. En ellos sientan dos estátuas de mas de 9 pies de altura, que representan á los apóstoles San Pedro y San Pablo. Al pie de esta última se lee: *Pompeius Leonius f.* 1588. De este y de su padre, Leon Leoni, son todas las quince estátuas de bronce dorado que hay en todo el retablo, cuya altura total es de 93 pies por 49 de ancho. Costó todo el altar 345.802 ducados y 114 mrs.

Por las dos lindas puertas del zócalo, al lado de la mesa del altar, se entra en el

SAGRARIO.

Consiste en un grande arco de 5 pies de fondo, formado en el macizo de la pared, al que conducen desde las puertas dos escaleras de marmol. A las tres gradas forman una meseta, y desde ella revuelven por otras ocho hasta encontrarse en un plano 1 pie mas bajo que el asienta del Tabernáculo. Enfrente de él hay abierta una gran ventana, que recibe la luz por el patio de la habitacion Real, y en la que se corren velos de seda de diferentes colores segun la festividad. Por la parte del templo queda abierto el arco, y por él se reserva y manifiesta el Santísimo Sacramento, se limpia el Tabernáculo, etc. Hasta la altura de esta última meseta, las paredes están vestidas de marmol sanguíneo con embutidos blancos; y desde alli hasta la vuelta del arco, en que está figurado un arco iris, están representadas, en los lados de las ventanas y sus correspondientes, cuatro historias del Antiguo Testamento, figurativas del inefable misterio de la Eucaristía, á saber: Abraham ofreciendo á Melquisedec las décimas de la victoria; los israelitas cojiendo el maná; la cena legal; y Elías recibiendo de mano del angel el pan subcinericio, pintadas al fresco por Peregrin Tibaldi; y esto fue lo primero que pintó en esta casa, donde dejó luego tan aventajadas muestras de sus vastos conocimientos en el arte.

TABERNÁCULO.

Es una de las joyas mas ricas, y la obra mas perfecta que se ha hecho en este género. Está colocado debajo del arco que dije se forma en el intercolumnio del primer cuerpo del altar. Su orden arquitectónico es corintio; su forma redonda; su materia piedras finísimas y bronces dorados á fuego. Sobre un zócalo de jaspes compartido con fajas de bronce, están colocadas á igual distancia ocho columnas de diaspro sanguíneo con vetas blancas, de singular belleza, y tan duras que tuvo el artífice que tornearlas á fuerza de diamantes, con sus bases y capiteles de bronce dorado, de cuyo metal son tambien los canes, florones y demás adornos de la cornisa que sienta sobre ellas. Rodea dichas columnas un cuerpo ó caja cilíndrica con encasamentos, molduras, nichos y puertas, y estas con guarniciones y frontispicios de bronce. A los cuatro puntos cardinales corresponden cuatro puertas; las de Oriente y Poniente abiertas y defendidas con cristales, las otras cerradas con una plan-

cha de alabastro blanco. En la de la derecha se puso cuando se restauró la inscripcion siguiente:

Penetrale Jesu Christo sacrum Gallorum aggressione dirutum Ferdinandus VII, Rex Pius. Aug. restituit, MDCCCXXVII.

En los otros intercolumnios se forman cuatro nichos cerrados, en que están colocadas cuatro estátuas de los apóstoles, tan perfectamente acabadas que son unos modelos.

Sobre la cornisa corre un podio con ocho pedestales resaltados, que sirven como de término á las columnas de abajo, y de peanas á otras tantas figuras de los apóstoles, tambien de bronce dorado y de 1 pie de altas; de suerte que con las cuatro de los nichos completan el apostolado. Sobre este pedestal sienta la cúpula, que está compartida por fajas de bronce en correspondencia con los pedestales; y entre ellas se ven piedras muy preciosas y de colores sumamente estraños. En la media naranja apoya una pequeña linterna con su cupulita, y encima una figura del Salvador, del mismo tamaño y materia que las de los apóstoles.

En lo antiguo el interior estuvo vestido de una piedra oscura finísima, y tenia, como cerrando la bóveda, un floron de oro esmaltado, y en él un topacio del tamaño del puño de un hombre, que desapareció cuando le desarmaron. En la restauracion se forró de marmol blanco.

El alto de toda esta magnífica custodia es de 16 pies, y su diámetro de 7½. La invencion y traza fue de Juan de Herrera, y la labró Jacobo de Trezo, que inventó muchas y muy útiles herramientas y máquinas para poderla labrar con el primor que se ve, y con todo tardó siete años en hacerla.

En el zócalo bajo, entre las dos columnas de la parte del Sagrario, se lee esta inscripcion del Doctor Arias Montano: *Jesu Christo Sacerdoti ac victimæ, Philippus II., Rex D. opus Jacobi Trezii mediolanen., totum Hispano è lapide:* que en castellano dice asi: *El Rey Felipe II dedicó á Jesucristo, á un tiempo sacerdote y víctima, esta obra, toda de mármoles de España, ejecutada por Jacobo Trezo, milanés.*

ORATORIOS REALES.

En una y otra parte del primer plano de la capilla hay dos arcos, anchos de 28 pies, en cuyo hueco están los entierros y oratorios Reales. Al nivel del plano hay en cada lado tres puertas, labradas en acana, con marcos de bronce y tableros de jaspe, jambas, dinteles y capirotes de marmol verde. Las primeras junto á las gradas son paso para la sacristía y relicarios; las otras dos dan entrada á los oratorios, que son en cada lado dos piezas pequeñas en forma de capillitas, con sus pilastras, cornisas y cúpulas, cubierto su suelo, paredes y bóvedas de mármoles de distintos colores, perfectamente ensamblados y embutidos. En

el testero de Oriente hay en ambos un altar (ahora no hay mas que las mesas) donde oian Misa las personas Reales. El del lado de la Epístola corresponde á la alcoba donde murió Felipe II.

ENTIERROS REALES.

Estos oratorios sirven como de pedestal, y á los 12 pies atraviesa todo el arco una cornisa, sobre la que apoyan dos columnas estriadas dóricas, de 17 pies de alto, con dos pilastras cuadradas que corresponden á los estremos del arco, todas con basas y capiteles de bronce dorado. Detrás de ellas se forma como una capilla de 10 pies de fondo hasta la pared, en la que corresponden á las columnas de fuera pilastras de marmol sanguíneo ensambladas de verde, y todo lo demás cubierto de una finísima piedra negra, que fue sacada de las canteras del lugar de Anda, 5 leguas distante de Miranda de Ebro, y costó 1.650 ducados. El marmolista italiano que la sacó y labró se llamaba Antonio Maroja.

Entre las dichas columnas quedan tres claros; los dos estremos están vacíos, y en el del medio, en la parte del Evangelio, se ven cinco estátuas; la primera, el Emperador Carlos V, armado y con manto imperial, en el que está incrustada el águila de dos cabezas, que es de una piedra negra que imita el color de esta ave. Tiene descubierta la cabeza, las manos juntas en actitud de orar, y puesto de rodillas en un almohadon delante de un sitial, cubierto con un rico paño de brocado, todo ejecutado en bronce dorado á fuego. A su derecha está la Emperatriz Doña Isabel; detrás su hija Doña María, ambas con manto y águila imperial; y despues las dos hermanas del Emperador, la una Reina de Francia, la otra de Hungría. En el claro que detrás corresponde en la pared se lee, entallado en letras de bronce dorado á fuego, el siguiente epitafio:

D. O. M.

Carolo V. Roman. Imper. August. hor. regnorum utr. Sicil. et Hierusalem Regi, Archiduci Austr., Optimo Parenti Philippus Filius P.

Jacent simul Elisabetha uxor, et Maria filia, Imperatrices: Eleonora et Maria, sorores, illa Franciæ, hæc Hungariæ Reginæ.

Que en castellano dice:

A honra y gloria de Dios Omnipotente y Máximo, y de Cárlos V, Emperador augusto, Rey de estos reinos, de las Dos Sicilias y de Jerusalén, Archiduque de Austria, su escelente padre, las mandó colocar su hijo Felipe II. Están tambien enterradas aquí Isabel, su esposa, y María su hija, Emperatrices; Leonor y María, sus hermanas, Reinas, la primera de Francia, la otra de Hungría.

En los espacios vacíos hay tambien inscripciones; la mas próxima al altar dice:

Hunc locum si quis poster. Carol. V. habitam gloriam rerum gestarum splendore superaveris, ipse solus occupato, cæteri reverenter abstinete.

Que quiere decir:

Si alguno de los descendientes de Carlos V sobrepujare la gloria de sus hazañas, ocupe este lugar; los demás, absténganse con reverencia.

En el testero que está contíguo, la siguiente:

Caroli V. Romanor. Imperatoris stemmata gentilicia paterna, quod locus cæpit angustior suis gradibus distincta et serie.

Esto es:

Blasones de armas de parte del Emperador Carlos V, segun sus grados y ramas; no todas, sino las que cupieron en este lugar estrecho.

En el espacio que queda á la parte de la iglesia:

Provida posteritatis cura in liberorum nepotumque gratiam atque usum relictus locus post longam annorum seriem, cum debitum naturæ persolverint, occupandus.

En castellano:

El cuidado previsor de los descendientes deje este lugar vacío á los hijos y nietos, para que despues de largos años de vida le ocupen cuando pagaren la deuda natural de la muerte.

En el testero inmediato dice lo mismo que en el de frente, solo que en lugar de ser los blasones paternos, son los maternos.

Remata este primer cuerpo con un arquitrabe adornado de triglifos y gotas de bronce, con las metopas de jaspes variados y su correspondiente cornisa. Sobre esta sientan dos columnas jónicas, que sostienen un frontispicio triangular, en que remata á los 53 pies de altura. A los lados tiene dos estribos de marmol verde, que van á terminar en las acroteras de dos medias bolas de bronce, que arriman al arco sobre las pilastras de abajo. Entre las dos columnas de este segundo cuerpo se forma un cuadro de marmol sanguíneo, á que están sobrepuestas las armas del Emperador, adornadas de vistosos timbres y penachos, sostenidas por el águila de dos cabezas, de piedra que imita el color aquilíuco,

de cuya materia son tambien los blasones y campos, buscadas las piedras con mucha diligencia y trabajo para que correspondan con los colores heráldicos.

El enterramiento del lado de la Epístola es enteramente igual al que acabo de describir. Tiene en el claro del medio otras cinco estátuas de bronce del tamaño natural, todas descubiertas las cabezas, de rodillas y en actitud de orar. Representan á Felipe II con armadura y manto Real, incrustadas en él sus armas de piedras, con sus colores naturales, que son de mucho trabajo y valor. A la derecha está la Reina Doña Ana, su cuarta mujer; detrás Doña Isabel de Valois, que fue la tercera; á su lado Doña María de Portugal, madre del Príncipe Carlos, que está detrás de todas. Las inscripciones de esta capilla dicen:

D. O. M.

Philippi II. omn. Hisp. Regnor. utriusque Siciliæ et Hierus. Rex Cathol., Archidux Austr., in hac sacra æde quam à fundam. extruxit sibi V. P. Quiescunt simul Anna, Elisabetha et Maria, uxores, cum Carolo Principe, filio primogenito.

En castellano:

A honra de Dios Omnipotente y máximo, Felipe II, Rey católico de todas las Españas, de las Dos Sicilias y de Jerusalén, Archiduque de Austria; viviendo aún las mandó colocar en memoria suya en esta sagrada basílica, que fundó desde sus cimientos. Juntamente con él descansan Ana, Isabel y María, sus esposas, con el Príncipe Carlos, su hijo primogénito.

En el espacio junto al altar:

Hic locus digniori inter posteros illo qui ultro ab eo abstinuit, virtutis ergo asservatur, aliter immunis esto.

Interpretándolo en castellano dice:

Este lugar queda reservado por el que voluntariamente se abstuvo de ocuparle, para el mas digno en virtud de sus descendientes; de no, permanezca vacío.

En el mas próximo á la iglesia:

Solerti liberorum studio posteris post diutina spatia ad usum destinatus locus claris cum natura concesserint monumentis decorandus.

En castellano:

Este lugar queda destinado, con particular cuidado de los hijos, para que los esclarecidos descendientes, cuando murieren despues de larga vida, le adornen con monumentos.

Los dos testeros de esto estában destinados, como los del anterior, á los blasones de armas, y las inscripciones que en ellos hay son las mismas, solo mudado el nombre; y ni unas ni otras tienen hoy objeto, porque los blasones ó árboles genealógicos que indican no llegaron á colocarse. Los diseños de ellos se conservan en cuatro cuadros pintados al óleo por Pantoja de la Cruz, que están en la iglesia vieja.

Remata este entierro como el de enfrente, solo que las armas son las de Felipe II, de mucho mas precio y mas esmeradamente ejecutadas. Costaron todas las armas y figuras de bronce de estos entierros 140.000 ducados.

Ultimamente, la bóveda de toda la capilla está pintada al fresco por Luqueto, que representó en ella la coronacion de la Virgen, y los cuatro profetas mayores á los lados de las ventanas.

RELICARIOS Y RELIQUIAS.

En los testeros de las naves menores, en su parte de Oriente, están los dos principales Relicarios, antes llenos de una riqueza material incalculable de que los despojaron los franceses, pero riquísimos aún en objetos venerandos en nuestra religion santa. Sobre el balconaje que hay en la cornisa se forman otros retablos de madera con puertas entre sus pilastras, que terminan en un frontispicio triangular. En el interior y esterior de dichas puertas están varias imágenes de santos, pintadas por Bartolomé Carducho. Por la espalda, tanto los de abajo como los altos, tienen grandes puertas de acana y caoba, por donde se colocan y limpian las reliquias.

Cada uno de los bajos tiene en lo interior siete tablas forradas de terciopelo morado como el fondo, distantes una de otra como 3 pies, y entre cada dos otra menos saliente, en las que están distribuidos con mucho orden los vasos que contienen las santas reliquias, que son en lo general de bronce dorado, cristales, y algun poco de lapislázuli. Sus formas son templetes, cajas, pirámides, brazos, cabezas y fanales; y el número de los que contienen ambos relicarios es de 212, poco mas ó menos.

El describir detalladamente todas las reliquias, aunque me limitara á solo las mas notables, sería cosa muy prolija, y me apartaria de la brevedad que me he propuesto; y asi solo en resumen diré que el total de las que se conservan en esta basílica es de 7422, entre ellas muchas de Jesucristo, de la Virgen y de los Apóstoles. Cuerpos enteros hay 10; cabezas 144; huesos enteros del brazo y de las piernas 306. Si alguno

quisiere conocer mas detalladamente la calidad de dichas reliquias, y los nombres de los santos á quienes pertenecieron, puede consultar una tabla que hay en el antecoro junto á la pila, donde están anotadas con toda especificacion.

Por la reja que está junto al relicario de la derecha se entra en un pequeño tránsito adornado con cuatro arcos, de los cuales el primero á la izquierda es una escalera, el segundo la entrada al panteon. Este último está cerrado por una puerta de caoba, ébano y otras maderas finas; y lo mismo los que corresponden enfrente, que son unos cuartos para guardar cosas del servicio de la sacristía.

ÁTRIO DE LA SACRISTÍA.

Se pasa á él por una puerta de 8 pies de ancho y doble alto. Es una sala de 25 pies en cuadro, solada de mármoles, y las paredes lucidas de blanco hasta la cornisa en que arranca la bóveda, que está pintàda al fresco por Fabricio y Granelio. En el centro de ella se representa un trozo de cielo abierto, por donde desciende un angel con un jarro y toalla en las manos; y lo demás es del género grotesco. La fachada de Oriente la ocupa una fuente labrada en mármoles, donde se lavan las manos los sacerdotes. Sobre seis modillones estriados sienta una pila de marmol pardo, toda de una pieza, de 16 pies de larga por 4 de ancha. Sobre su borde interior seis pilastras de orden dórico comparten cinco nichos, y debajo de cada uno corresponde una cabecita de angel de bronce dorado, que tiene en su boca el grifo ó surtidor del agua. Termina esta fachadita con su arquitrabe y cornisa, sobre la cual corre un podio con pedestales resaltados, y por remate una bola de jaspe. A los lados de la pila hay dos puertas de 7½ pies de alto, con jambas, dinteles y capirotes de marmol pardo, que dan entrada la de la derecha á una alacena, y la otra á las bóvedas subterráneas. Lo restante de la sala está rodeado de asientos con respaldares bien labrados en nogal, que al mismo tiempo sirven de arcas para ropa, escepto la fachada que da á la sacristía y el lugar que ocupan las tres puertas grandes. Las paredes están adornadas con los diez cuadros siguientes.

1.° Al lado de la puerta de la iglesia. Una Sacra Familia, en que el Niño Dios estiende los brazos hácia un angel que le presenta las insignias de la pasion; pintado en lienzo por *Simoneli.*

2.° El profeta Isaías sosteniendo una especie de escudo con esta letra: *Et livore ejus sanati sumus.* Figura menor del natural, en tabla; por *Pedro de Cortona.*

3.° Tabla de 4 varas de largo por 2 de alto, con un resalto encima. El descendimiento de la Cruz en figuras menores del natural; por *Alberto Durero.*

4.° La Sibila Eritrea con esta letra en el escudo: *Morte propria mortuos suscitavit;* por *Pedro de Cortona.*

5.° y 6.° A los lados de la puerta de la sacristía. Dos cuadros apaisados con figuras del natural y menos de medio cuerpo, que represen-

tan la adoracion de los pastores y la incredulidad de Santo Tomás; por *Pablo Matei*.

7.° San Juan de la Cruz orando; por *Lucas Jordan*.

8.° La adoracion de los Reyes; por el *mismo*.

9.° La Vírgen sentada junto á una cuna con el Niño en brazos y San Juan que le ofrece unas frutas; de *escuela veneciana*.

10. San Gerónimo, sumamente estenuado, se agarra de una cuerda para incorporarse; figura del natural; por *José Ribera*.

Hay por debajo de los cuadros unas tablas con marco, con las concesiones pontificias de los jubileos que pueden ganarse en esta iglesia.

SACRISTÍA.

Por la puerta del zaguan, que confronta con la del templo, se entra en la sacristía, que es una sala de 108 pies de larga por 33 de ancha, y 38 de elevacion hasta la clave de la bóveda. Al lado de la puerta de entrada tiene dos alacenas donde se guardan las cosas necesarias al servicio diario del altár. Recibe toda su luz de 14 ventanas que tiene en la parte de Oriente, 5 rasgadas sobre el pavimento, que alternan con cuatro alacenas ricamente labradas en maderas finas, y 9 en lo alto sobre la cornisa, á las que corresponden otras tantas figuradas en la pared de enfrente. Por toda la parte de Poniente se estiende una cajonería de acana, caoba, ébano, cedro, terebinto, boj y nogal, que consta de dos cuerpos. El primero está formado por unas pilastras que dividen todo el largo en siete partes iguales, y en cada una de ellas hay cuatro cajones con los fondos de cedro, tan grandes, que cabe en ellos una capa de coro perfectamente estendida. El esterior de ellos está adornado de molduras, embutidos y ensamblajes, ejecutados con mucho cuidado y primor. Cubre toda esta cajonería una gran mesa de nogal adornada con una rica alfombra, sobre la cual se colocan todos los ornamentos que diariamente sirven para el culto.

El segundo cuerpo es de orden corintio, y apoya en esta larga mesa. Sobre un podio labrado en las maderas dichas se levantan columnas de acana estriadas de alto á bajo, sobre las que descansa el arquitrabe, friso y cornisa, sostenida en canecillos de boj, labrado todo con estraordinario primor. Los tableros de los intercolumnios son puertas de otras tantas alacenas para guardar los vasos y ornamentos sagrados. En el centro está colocado el lindo espejo guarnecido de cristal de roca que regaló la augústa madre de Carlos II, y á sus lados hay otros seis menores colocados á distancias convenientes.

El piso es de mármoles pardos y blancos, como los del templo, aunque mas pequeños; las paredes están blanqueadas hasta la cornisa, y la bóveda pintada á lo grotesco por Fabricio y Granelio. Las fajas resaltadas se finjen cubiertas de piedras preciosas, y en los espacios intermedios unas pateras con adornos de follajes, flores, templetes y animales lindamente ejecutados.

De esta sola pieza, con pretesto de amor á las artes, se han sacado

mas de 24 cuadros magníficos; los restos que hoy quedan son los siguientes:

1.º Sobre la alacena de la derecha. Un florero; pintado por *Mario Nuzi.*

2.º Una sacra Familia, en que San Juan está con una manzana en la mano, como esperando despierte el Niño, que está dormido; por *Pablo Veronés.*

3.º En el nicho. San Francisco de Asís, en oracion; del *Greco.*

4.º San Pedro Alcántara orando delante de una cruz rodeada de resplandores; por *Francisco Zurbarán.*

5.º San Francisco de Asís estendiendo los brazos y como estasiado; por *Ribera.*

6.º En el nicho. Un anciano anacoreta que tiene en sus manos un rosario; por el *mismo.*

7.º La Transfiguracion del Señor; copiada del original de *Rafael.*

8.º Jacob guardando el ganado de Laban; por *Ribera.*

9.º La Virgen dando el pecho al Niño; de la *escuela de Vandyk.*

10. La Virgen sentada: tiene en su regazo al Niño, á quien Santa Isabel presenta una manzana; al rededor hay varias mujeres con niños, y algunos hombres; de *escuela florentina.*

11. Otra copia de la Transfiguracion de *Rafael.*

12. Lienzo de 19 pies de largo por 7 de alto: Jesucristo en el acto de lavar los pies á sus Apóstoles en el cenáculo; por *Tintoreto.*

13. En el nicho. Una Concepcion; de la *escuela de Veronés.*

14. La Virgen, San José, y San Juan en ademan de imponer silencio, observan al Niño dormido sobre unos almohadones; por *Lavinia Fontana.*

15. El descendimiento de la Cruz; en tabla.

16. San Pedro en la prision vuelve la cabeza para mirar al angel que viene á darle la libertad; bellísimas figuras del natural; por *Ribera.*

17. San Juan Bautista y San Juan Evangelista; por el *Greco*, segun su primera manera.

18. La Asuncion de la Virgen; copiada del original de *Rafael.*

19. Una imitacion alterada de la Perla, de Rafael; de *escuela veneciana.*

20. En el nicho. David cortando la cabeza del gigante filisteo; en tabla; por *Miguel Cusin.*

21. Cristo cargado con la Cruz, y un soldado armado que con una mano tira de un cordel, y pone la otra sobre la cabeza del Salvador; por *Guido Renni.*

22. La Circuncision de Jesus, figuras no enteras; del *Parmesano.*

23. En el nicho. San Gerónimo, penitente; por *Ribera.*

24. Parte de las ventanas. El descendimiento de la Cruz; de la *escuela de Peregrin Tibaldi.*

25. Jesucristo llagado y coronado de espinas orando sobre la cruz; por *Tintoreto.*

26. San Gerónimo, penitente; por *Matías de Torres*.

27. Un Crucifijo casi del natural; por *Ticiano*.

28. El Padre Eterno con el Espíritu Santo al pecho; por *Pablo Veronés*.

29. San Eugenio, Arzobispo de Toledo; por el *Greco*, segun su última manera.

30. San Antonio de Padua; de *escuela valenciana*.

31. San Onofre cubierto su cuerpo de cerdas, ceñido con hojas de arbol, puesto en oracion, y á su lado la corona y cetro Real; por *Ribera*.

32. La Magdalena recien convertida orando en su lujoso aposento; por *Tintoreto*.

33. La heroina Jael; tiene á sus pies á Sísara, general de los cananeos, y está en actitud de implorar el favor divino antes de traspasar sus sienes con el clavo y mazo que tiene en sus manos; por *Jordan*.

34. San Juan Bautista abrazando un cordero. Copiado del original de *Ribera*.

35. San Pedro Apostol en pie; por el *Greco*, segun su última manera.

36. El descendimiento de la Cruz en figuras pequeñas; por *Carlos Veronés*.

37. San Juan Bautista en el desierto; por *Ticiano*.

38. Un Ecce-Homo y San Pedro á su lado llorando; de autor desconocido.

39. David muy joven: tiene en la derecha el alfange, y bajo su pie la cabeza de Goliat; por *Don José Montier*.

40. La gloria en lo alto, y debajo el infierno con multitud de figuras que imploran la divina clemencia. En primer término se reconoce el retrato de Felipe II; por el *Greco*.

41. Sobre la alacena. Un florero; por *Mario Nucci*.

42. Encima de la puerta de entrada. El entierro de Jesucristo en figuras del tamaño natural; por *Ribera*.

BORDADOS EN LOS ORNAMENTOS.

A pesar de lo muchísimo que en la invasion francesa se destruyó y perdió de las ropas y ornamentos de esta Sacristía, donde habia algunos que la vara de tela costó en aquel tiempo á 550 rs., se conservan aún algunas cosas notables. Entre ellas es de un valor inapreciable un terno, el campo de tela de plata frisada de oro, con cenefas del último metal matizado, en las que están bordadas muchas historias de la vida del Salvador, pero de un modo tan acabado y admirable, que parece no pueden mejorar el pincel y los colores lo que allí pintaron la aguja y la seda. Segun el P. Sigüenza, esta manera de bordadura sobre los hilos de oro es invencion de españoles, nacida en Ciudad-Rodrigo. Estos fueron hechos aqui por los mismos legos bordadores, y bajo su direccion, sobre

dibujos de Peregrin, el Mudo y otros pintores. Estos dibujos se conservan en la biblioteca, y los picados á aguja y aun manchados del carbon con que se pasaron á la tela, de cuya existencia ya nadie tenia noticia; tengo la gloria de haberlos recojido, encuadernado y puesto en esta biblioteca.

CAPITULARIO.

Tambien es de mucho mérito y estima un capitulario que se guarda en esta sacristía; su tamaño es en fólio, sus cubiertas de terciopelo carmesí, con adornos, cantoneras y manecillas de plata. Está escrito por el célebre pendolista Fr. Martin de Palencia, monje benedictino, y contiene 18 viñetas ó historias, con lindas cenefas y adornos, pintadas á competencia por Fr. Andrés de Leon, Fr. Julian de Fuente-el-Saz y Ambrosio de Salazar.

ALTAR DE LA SANTA FORMA.

Todo el testero de Mediodía está ocupado por el altar de la Santa Forma, cuya historia, asi como el motivo de haberse construido esta capilla, queda ya referido. Ahora haré su descripcion.

Sobre el pavimento sientan seis pedestales, tres de cada parte del altar, de jaspe con embutidos de marmol, y adornados sus planos de medallas y follajes de bronce dorado. Sobre los cuatro estremos descansan otras tantas columnas enteras de 10 piés de alto, con sus pilastras, y sus basas y capiteles de bronce, y sobre los del medio dos pilastras, adornados sus planos con hojas y racimos de vid y espigas de bronce. En el claro entre estas dos se forma una capilla trasparente de 9 pies de ancha por cerca de 20 de alta, que rompe la cornisa del primer cuerpo y llega á lo alto del segundo.

En los intercolumnios estremos hay en cada uno una lindísima puerta labrada en maderas finas con adornos de concha y bronce, repartidos en sus tableros castillos y leones de este último metal, y sobre el dintel un leon, que con una de sus garras sostiene un globo, y empuña en la otra un cetro; todo de bronce. Desde dicho dintel hasta el tope de la cornisa se forma en cada lado un nicho en medio punto, cubierto con bajo-relieves ejecutados en marmol blanco. En el de la derecha del altar está representado el emperador Rodolfo II en el acto de entregar la Santa Forma á los comisionados por Felipe II, y en el de la izquierda á este piadoso monarca en el acto de recibirla. Sobre la clave de estos dos nichos hay dos águilas, abiertas sus alas, y pendientes de sus picos collarés de la insigne Orden del Toison, tambien de bronce dorado.

Á plomo de las pilastras del primer cuerpo cargan en el segundo dos machones de marmol, sobre los que se mueven las volutas que forman todo el alto de la capilla trasparente. Los planos de estos machones están adornados de follajes de bronce, pendientes de dos serafines de mar-

mol blanco de Génova colocados en los capiteles; y sobre las volutas se ven sentados dos ángeles de bronce coronados de laurel y con palmas en las manos. Cierra la clave otro serafin del mismo marmol blanco, coronado de laurel, el cual figura sostener un tarjeton de bronce, en el que está escrita en carácteres negros la letra siguiente:

EN MAGNI OPERIS MIRACULUM
INTRA MIRACULUM MUNDI
COELI MIRACULO CONSECRATUM.

Sobre las columnas estremas sientan cuatro pedestales, en que estan colocados otros tantos niños de marmol blanco, puestos de pie y sosteniendo unos flameros de bronce. Entre estos hay en cada lado un círculo con un bajo-relieve, que representan, el de la derecha á los zuinglianos pisando las Formas, y el de la izquierda el acto de tomar el hábito de San Francisco el hereje que se arrepintió á vista del milagro. En la parte superior de estos círculos hay dos serafines con coronas Reales sobre sus cabezas, y á los lados unas palmas de bronce. Todo el altar termina siguiendo la vuelta de la bóveda.

Todo el trasparente está cubierto con un cuadro al óleo, en que se representan la sacristía y la grandiosa procesion que se hizo al trasladar la santa Forma á la capilla que acabo de describir. Este lienzo está pintado por Claudio Coello con tanta verdad, con tal correccion de dibujo, con tal fuerza de colorido, con tanta propiedad en la perspectiva, que el altar, el Prior que manifiesta en sus manos la custodia, el Rey Carlos II, que acompañado de su Real familia la adora, y la Comunidad que canta las divinas alabanzas, todos parecen moverse, todos salirse del cuadro. En lo alto hay unas figuras que representan algunas virtudes, y unos ángeles que figuran levantar una cortina carmesí y sostener una cinta con esta letra: *Regalis mensa præbebit delicias Regibus.*

En los dias de jubileo, que son el 28 de setiembre y el 28 de noviembre, en que se manifiesta la Santa Forma, este cuadro se baja á torno hasta esconderse debajo del pavimento. Entonces se ve colocado en medio de la capilla sobre unas gradas un templete de bronce dorado á fuego, de 2 varas de alto y de muy buen gusto. En el zócalo tiene varios huecos distribuidos en buena proporcion, en que están colocadas algunas reliquias de San Lorenzo, y de sus dichosos padres Orencio y Paciencia. Sobre este zócalo, en sus cuatro ángulos, sientan ocho columnas pareadas con su correspondiente arquitrabe y cornisa, en que descansa la cúpula en que remata. Fue hecho por Fr. Eugenio de la Cruz, monje lego de este monasterio, de quien es tambien el frontaltar de dicho retablo.

De la clave de la capilla está pendiente un Crucifijo de bronce casi del natural, que figura estar sostenido como en el aire por dos ángeles tambien de bronce.

SAGRARIO DE LA SANTA FORMA.

Entrando por la puerta de la derecha del altar se halla una pieza de 10 pies de ancha, $32\frac{1}{2}$ de larga y $21\frac{1}{2}$ de alta. Recibe la luz de Oriente por dos ventanas una sobre otra; y en la segunda hay un antepecho de marmol con balaustres de bronce solo de adorno. Las paredes, el pavimento y la bóveda están vestidos de mármoles y jaspes de diferentes colores. Las paredes tienen pilastras resaltadas sobre sus pedestales, y en los planos de los intercolumnios, florones ó estrellas embutidas con mucho primor. La bóveda está compartida con ángulos y aristas en correspondencia con las labores del pavimento; y en este, frente al altar, hay un lindo floron que corresponde con otro de bronce que está encima como cerrando la bóveda. De este último pende una araña tambien de bronce, que viene á quedar en medio del trasparente, que por esta parte es mucho mayor por la fuga del arco. A las ventanas de Oriente corresponden en la parte opuésta, en lo bajo una puerta de igual labor y forma que la de entrada, y encima una tribunilla de 8 pies cuadrados, cubierta como todo lo demás de marmol y jaspe. Tiene delante un antepecho de marmol pardo, sostenido por cuatro pilastras de lo mismo, y balaustres de bronce con unos jarroncitos por términos. En el testero de esta tribuna hay un nicho de 4 pies de ancho por 6 de alto, que remata en una concha. Ahora hay cruzadas delante de él dos banderas, que tradicionalmente se dice ser tomadas en la rota de San Quintin.

La arquitectura del altar y demás es de orden compuesto; su traza y ejecucion de Don José de Olmo, y los bronces de Don Francisco Filipini. Lo demás véase en la parte histórica. Por la puerta de la izquierda del altar se pasa á otras dos piezas en el piso bajo y otras dos en el alto, rodeadas de cajonería y escaparates para guardar ornamentos, conocidas comunmente con el nombre de salas de los *Capotillos.*

PANTEON PRINCIPAL Ó DE LOS REYES.

En el tránsito desde la iglesia á la sacristía hemos indicado la puerta del panteon. Entrando por ella se bajan doce gradas en direccion á Oriente, donde hay una ventana, y debajo de ella una meseta ó descanso. A la derecha está colocado el retrato del Ilmo. Fr. Nicolás de Madrid, digno de este honor por los muchos y señalados servicios que prestó en la conclusion de esta obra magnífica. Volviendo sobre la izquierda se bajan otras trece gradas de piedra berroqueña, como las anteriores, hasta llegar á otro descanso en que está colocada la portada.

PUERTA DEL PANTEON.

Es de orden compuesto, ejecutada en marmol y bronce por el arquitecto Bartolomé Zumbigo. Tiene dos cuerpos, que ocupan todo el claro

de un arco de 16½ pies por mas de 6 de ancho; el primero está formado por dos zócalos, en los que sientan dos medias cañas, no enteras, sino figurando sus dos terceras partes embebidas en las jambas, pilastras y traspilastras, que todas tienen sus basas y capiteles de bronce, de cuya materia son tambien los modilloncillos que sostienen el vuelo de la cornisa, y los demás adornos de la portada. El claro del medio se cierra con una reja de dos hojas, formada de balaustres bien torneados, que apoyan en un zócalo de 2 pies de alto, todo de bronce dorado á fuego.

Sobre la cornisa en que termina el primer cuerpo hay una lápida de marmol negro de Italia, en la que en letras de bronce dorado está puesta una inscripcion elegante y bien entendida, que compuso Don Martin La-Farina de Madrigal, abad panormitano, aunque al ponerla se hizo alguna pequeña enmienda. Dice asi:

D. O. M.

LOCUS SACER MORTALITATIS EXUVIIS
CATHOLICORUM REGUM
A RESTAURATORE VITAE, CUJUS ARAE MAX.
AUSTRIACA ADHUC PIETATE SUBJACENT
OPTATAM DIEM SPECTANTIUM..
QUAM POSTHUMAM SEDEM SIBI, ET SUIS
CAROLUS CAESARUM MAX. IN VOTIS HABUIT;
PHILIPPUS II REGUM PRUDENTISSIMUS ELEGIT,
PHILIPPUS III VERE PIUS INCHOAVIT;
PHILIPPUS IV.
CLEMENTIA, CONSTANTIA, RELIGIONE MAGNUS
AUXIT, ORNAVIT, ABSOLVIT
ANNO DNI. MDCLIV.

que traducida al castellano, en gracia de los que no conocen el idioma latino, dice asi:

A gloria de Dios Omnipotente y Máximo. Lugar sagrado donde se guardan los despojos mortales de los Reyes Católicos, que esperan del restaurador de la vida (bajo cuyo altar mayor quiso la piedad de la Casa de Austria que estuviesen) el deseado dia de la resurreccion; cuya última morada deseó para sí y para sus hijos el Máximo de los Césares Carlos; Felipe II, el mas prudente de los Reyes, la eligió; Felipe III, verdaderamente piadoso, la comenzó; y Felipe IV, grande en la clemencia, en la constancia, en la religion, la aumentó, adornó y concluyó año del Señor MDCLIV.

A los lados de esta lápida se ven dos bichas de bronce arrimadas á dos machoncillos de marmol, con varios adornos de bronce, sobre que descansa la cornisa adornada de filetes y dentellones interpolados de metal y jaspe. Encima de esta cornisa se levanta un frontispicio en arco que no llega á unirse, dejando un claro en el que está colocado un escudo de armas de cerca de 2 pies de largo por 1½ de ancho, cuyos blasones eran todos de metales y piedras preciosas, ahora arrancados y destruidos. Sobre la parte esterior de la vuelta del frontispicio están recostadas dos figuras de bronce ejecutadas en Italia; la de la derecha representa á la Naturaleza humana desfallecida, cayéndosele la corona de la cabeza, y su mano izquierda parece abandonar el cetro para sostener una targeta en que se lee: *Natura occidit.* Al otro lado está la Esperanza sosteniendo en su izquierda un flamero, y en la derecha una targeta en que dice: *Spes exaltat.*

ESCALERA DEL PANTEON.

Comienza desde esta portada, y en la distancia de 64 pies forma treinta y cuatro gradas con tres descansos. Su ancho es de 6 pies, su alto contando la vuelta del cañon, de 13; y toda ella es de esquisitos jaspes de Tortosa y mármoles de Toledo, tan perfectamente ensamblados y unidos que parecen una sola pieza. En las paredes, por toda la estension de ellas hasta la altura de 3½ pies, hay un antepecho compartido con embutidos de jaspe, en cuya correspondencia están los tableros de las paredes adornados con molduras de jaspe, y cortados por fajas de la misma materia embutidas. Sobre estos carga una imposta, y en ella apoya la vuelta del arco del cañon, compartido tambien por cinchos de marmol.

Bajadas trece gradas se encuentra el primer descanso, que forma como una capilleta con cuatro pilastras, sobre que dan vuelta dos arcos, y en sus claros dos puertas labradas en caoba y ébano, que no son mas que de adorno, con jambas, dinteles y sobredinteles. Dentro de la vuelta del arco hay dos formas con círculos y triángulos bien dispuestos y de buen efecto. En las cuatro pilastras apoya una linda cupulita cerrada por un floron de bronce, del que está pendiente una araña con seis mecheros, tambien del mismo metal.

Continuando por otras trece escaleras hay otro descanso en todo igual al anterior, con la sola diferencia que torciendo en él la direccion de la escalera sobre la derecha, sus ángulos son desiguales formando un contraviaje de mucho movimiento, ejecutado con habilidad y hermosura grande. Las dos puertas de este descanso conducen, la de la derecha á la sacristía del panteon y uno de los pudrideros, y la de la izquierda á otros dos pudrideros y panteon de Infantes; de unos y otros haré mencion despues.

Desde este bajan otras siete gradas, al fin de las cuales hay otro descanso. Tiene á sus lados, como los anteriores, cuatro pilastras, con la diferencia que las dos en que termina la escalera son de marmol con

una forma encima, y las otras dos de bronce dorado, sobre las que descansa el dintel de la puerta. Hay en ella una reja de igual primor que la primera, tambien con balaustres de bronce, sin mas que sus pedestales están embutidos de marmol.

PANTEON DE LOS REYES.

Es una pieza ochavada de 36 pies de diámetro por 38 de alto. El orden de su arquitectura es compuesto, y su materia jaspes de Tortosa y mármoles de Toledo, adornados con bronces dorados que le dan mucha riqueza y magestad. El pavimento tiene en medio un gran floron de mármoles y jaspes de diversos colores, de que salen fajas en direccion de las pilastras y entrepilastras de la fábrica, formando como una estrella. Desde la planta, y siguiendo todas las líneas de su circunferencia, se levanta un zócalo de 2 pies de alto con una faja de ½ pie que corre por sus dos estremos. En el espacio intermedio se van haciendo recuadros en jaspes muy variados, guarnecidos de marcos de bronce imitando hojas de laurel de medio relieve. Sobre este pedestal, y á distancias iguales en todo el circuito, se elevan hasta la altura de 15½ pies, 16 pilastras de jaspe estriadas y de orden corintio, con basas y capiteles de bronce. Su ancho es de 20 pulgadas, y entre cada 2 y sus traspilastras, que son de marmol, queda un recuadro de la misma materia, de 1 pie de ancho, ceñido por una moldura de bronce. Sobre las pilastras carga el arquitrabe con filetes y dentellones de metal dorado; sigue el friso, que tiene sobrepuesto un vistoso follage de bronce; terminando á los 22 pies en la cornisa, sostenida por canecillos del mismo metal. Desde esta arranca la cúpula, que se eleva 16 pies, y sobre la cornisa se forman ocho lunetos de 6 pies de alto por todo el ancho de los intercolumnios, cuyos arcos son de jaspe, y sus huecos de marmol negro de Vizcaya, con molduras de bronce. Los dos de la parte de Oriente sirven de ventanas, que reciben tercera luz del patio de los Mascarones; al lado opuesto hay otra que da al panteon de Infantes; y otra entre estas, con la que se comunica la habitacion Real; y todos los capialzados con adornos de bronce. Perpendiculares á las pilastras de abajo salen otras tantas fajas de jaspe, resaltados y adornados sus claros, que son de marmol, con follage de bronce, y suben compartiendo toda la cúpula hasta unirse en la clave, que es un anillo de jaspe de 18 pies de circunferencia.

ARAÑA DEL PANTEON.

En el centro de dicho anillo hay un gran floron de bronce, y pendiente de él una araña del mismo metal, de figura ochavada, de 7 pies de alta por 3½ de diámetro, hecha en Génova á propósito para esta capilla por Virgilio Faneli. Tiene 24 brazos compartidos en tres órdenes; los superiores están sostenidos sobre las cabezas de unas bichas que tienen detrás un águila; los 8 del medio por otros tantos ángeles pues-

tos de rodillas sobre las volutas de unas cartelas que sirven de cadenas; y los inferiores por unos niños alados, sentados en el borde de la vacía. Debajo de estos están en otras cartelas los cuatro Evangelistas, y el arbol sobre que todo esto apoya está lleno de adornos y trofeos militares. En la parte superior forman el asa dos bichas colocadas sobre una corona Real, y en la inferior cuatro culebras enroscadas.

En los claros entre las pilastras quedan unos ochavos de 8 pies de ancho por 15½ de alto. Uno lo ocupa la puerta de entrada, y su correspondiente el

ALTAR DEL PANTEON.

Su misma mesa sirve de pedestal á dos columnas de jaspe verde de Génova, con basas y capiteles de bronce, que se elevan hasta los 11½ pies. Sobre estas descansa el arquitrabe, friso y cornisa del mismo marmol, con filetes, follajes y canes de bronce, rematando en un frontispicio en arco, que queda abierto en medio para dar lugar á un tarjeton de bronce, en que está escrito en letras negras: *Resurrectio nostra*. En el intercolumnio sobre dos pilastras da la vuelta un arco, y dentro de él se hace una caja cuadrada toda de pórfido, en que está colocado en una cruz de marmol negro de Vizcaya un devoto Crucifijo de bronce, de 5 pies de alto, clavado con cuatro clavos, obra de Pedro Tacca de Carrara, y colocado por el famoso pintor Don Diego de Velazquez.

La mesa de altar tiene cerca de 4 pies de altura; es tambien de marmol negro, y está toda ceñida por una moldura de bronce dorado de ½ pie de ancha, de cuya materia es tambien el frontaltar, que es calado, y tiene en el centro un bajo-relieve que representa el entierro del Salvador, labrado por Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepcion, legos de esta casa. Toda la fábrica de esta capilla está colocada en el hueco del ochavo, de manera que no interrumpe sus líneas.

URNAS SEPULCRALES DEL PANTEON.

A cada lado del altar hasta la puerta, quedan tres ochavos todos iguales. En cada uno se forman cuatro divisiones, forrados sus fondos de marmol negro, con molduras de bronce y dos cartelas del mismo metal á los lados. En cada una de estas divisiones hay colocada una urna; su materia es marmol pardo, su largo 7 pies, su alto 3, y su ancho poco menos. Están sostenidas por cuatro enormes garras de leon, de bronce dorado; luego forman un bocelon grande de marmol con follages de metal en sus esquinas; mas arriba hay un junquillo del mismo bronce, al que sigue una media caña que ciñe toda la caja. La cubierta forma un cuarto bocel con dos fajas encima, á las cuales siguen 21 estrículas de bronce y gallones de marmol que bajan en declive de otro bocelillo que le sirve de remate. En el centro de la caja tiene una gran tarjeta de bronce, en que con letras negras de relieve se pone el nombre

del Rey ó Reina cuyas cenizas guarda. Las urnas son exactamente iguales, y componen en todas el número de 26, contando las dos que hay sobre la puerta de entrada.

Comenzaron á ocuparse por las mas próximas al altar y de alto á bajo, los Reyes al lado del Evangelio, y las Reinas madres del Príncipe heredero, en el de la Epístola, siguiendo el orden cronológico.

Nombres de los Reyes que descansan en el panteon principal.

Primer ochavo. El Emperador Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV.

Segundo ochavo. Carlos II, Luis I, Carlos III, Carlos IV.

Tercer ochavo. Fernando VII.

A la izquierda corresponden.

Primer ochavo. La Emperatriz Doña Isabel, única esposa del Emperador. Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II. Doña Margarita, única mujer de Felipe III. Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV (1).

Segundo ochavo. Doña María Ana de Austria, segunda mujer de Felipe IV. Doña María Luisa de Saboya, primera mujer de Felipe V (2). Doña María Amalia de Sajonia, única mujer de Carlos III. Doña María Luisa de Borbon, única esposa de Carlos IV.

PUDRIDEROS.

Las puertas que están en el segundo descanso de la escalera conducen á los pudrideros, cuyo uso esplicaré para desvanecer las muchas patrañas que sobre ellos se cuentan. Son tres cuartos á manera de alcobas, sin luz ni ventilacion ninguna. Luego que se concluyen los Oficios y formalidades de entrega del Real cadaver que ha de quedar en uno de los panteones, el Prior, acompañado de algunos monjes ancianos, baja al panteon donde ha quedado el cadaver, llevando consigo los albañiles y algunos otros criados. Estos sacan de la de tisú ó terciopelo que la cubre la caja de plomo sellada que contiene el cadaver, y la conducen junto al pudridero. Mientras los albañiles derriban el tabique, los otros abren cuatro ó mas agujeros en la caja de plomo, la colocan dentro del cuarto ó alcoba sobre cuatro cuñas de madera, que la sostienen como dos ó tres pulgadas levantada del suelo,

(1) En la série de los Reyes que se han sucedido en España desde el Emperador, faltan aqui Don Felipe V y Don Fernando VI con sus esposas, que se hicieron enterramiento particular. En la de las Reinas, Felipe IV quiso conceder á sus dos esposas la gracia de ser enterradas en las urnas, de modo que una de ellas ocupa el lugar de una de las esposas de Carlos II, aunque en ninguna tuvo sucesion.

(2) Esta señora ocupa el lugar que correspondia á la esposa de su hijo Luis I, que murió en Francia, tambien sin sucesion.

y en el momento los albañiles vuelven á formar el tabique doble que derribaron. Allí permanecen los cadáveres treinta, cuarenta ó mas años, hasta que consumida la humedad, y cuando ya no despiden mal olor, son trasladados al respectivo panteon. Las cajas esteriores de las personas Reales que han de pasar al de Infantes, permanecen en la sacristía del dicho panteon, hasta que vuelve á colocarse en ellas la de plomo con el cadaver segun vinieron. Las de los Reyes se deshacen y aprovechan para ornamentos, porque ya nó han de tener uso, pues sus restos se colocan en las urnas de marmol.

PANTEON DE INFANTES.

Lo primero que se encuentra es una sala de 36 pies de largo por 16 de ancho, en que hay dos pudrideros. Al estremo de esta se encuentra una escalera de caracol incómoda y angosta, por la que se sube á otra pieza semejante á la de abajo, pero de figura irregular; y arrimados á sus paredes hay unos como estantes de pino pintado imitando marmol. La division de tres órdenes de nichos que hay unos sobre otros la forman unos machoncillos de la misma materia y pintura, con basas y capiteles dorados, que apoyan en un zócalo de 2 pies, y terminan en una imposta. La mas alta tiene por adorno unas bolas doradas. En sus intermedios se hacen 51 nichos, en que están colocadas las cajas sepulcrales, cada una con una tarjeta pintada de amarillo, y escrito en ella el nombre de la persona cuyos restos mortales contiene.

En honor de la verdad, este local, que no tiene luz ni ventilacion ninguna, es demasiado pobre, y hasta poco decente para que estén en él depositadas las cenizas de personas tan augustas y respetables en vida y en muerte; y este panteon es la única cosa que en el Escorial no corresponde á la grandeza y magnificencia de lo demás. Tal vez con la insignificante cantidad de 5 á 6.000 duros podria en una de las bóvedas de la sacristía hacerse un panteon, si no de gran lujo, al menos decoroso, y correspondiente al rango de las personas que han de ocuparlo.

El catálogo de las personas Reales cuyos restos descansan en este panteon va puesto al fin de la descripcion.

ESCALERA LLAMADA DEL PATROCINIO.

Se la da este nombre porque antes estaba colocada en frente de ella la imagen de la Virgen que con dicho título se venera en esta iglesia. Está á la derecha saliendo del panteon; tiene mucha anchura y claridad. El primer descanso que en ella se hace es el tránsito que va al presbiterio; á mano derecha hay en él una reja grande de hierro, delante de tres armarios que servian para guardar vasos sagrados; y á la izquierda otras dos; la primera sirve para cerrar la escalera ó el tránsito segun convenga; y la otra está antes de llegar á unos armarios donde se guardaba el servicio de oro y plata del altar mayor. Entre estas dos rejas hay á la izquierda unas grandes puertas en lo alto, que dan al relicario, y á

la derecha otra pequeña que tiene una linda fachadita de marquetería alemana, que comunica con la habitacion Real. En el testero hay un cuadro de la Virgen con el Niño en brazos, sobre fondo dorado, de manera antigua.

TRÁNSITOS AL REDEDOR DEL TEMPLO.

Al fin de esta escalera se hallan unos tránsitos bastante capaces, que en la parte de palacio están interceptados, formando lo que llaman Oratorios de Damas. Junto á la escalera se encuentra un altar que remata en un pequeño medio punto, en el que hay una tabla que representa á Jesucristo y la Virgen en actitud de rogar al Padre Eterno, y entre ellos una cruz tendida sobre un mundo. En la parte de palacio le corresponde otro altar en que está Santa Ana y demás Sacra Familia, tambien en tabla, pintados ambos por Miguel Cussin. A los lados tienen dos puertas iguales, y siguiendo el tránsito se hallan otras que van á los órganos y nichos altos, y al fin otro altar igual al anterior, en que está San Gerónimo penitente, pintado por Fr. Nicolás Borrás, monje geronimiano. Al lado de este hay un arco por donde se entra en los

ANTECOROS.

Llámanse asi, por estar á los lados del coro en la estension de Mediodía á Norte. Sus pavimentos son de marmol, y en cada uno hay dos ventanas á Poniente, una sobre otra, la de abajo rasgada y con balcon de hierro. En el testero de este antecoro hay dos puertas que dan al claustro principal alto, y entre ellas una capilleta labrada en marmol pardo con embutidos de jaspe. A los 3 pies de alto tiene una gran pila para el agua bendita, y sobre ella entre pilastras se forma un nicho donde está colocada una estátua de San Lorenzo, del tamaño natural, ejecutada en marmol blanco. Tiene un traje algo parecido al de los diáconos, en la mano izquierda un libro, y en la derecha unas parrillas de bronce dorado á fuego. Esta estátua fué hallada en Roma en una de las escavaciones, y enviada á Felipe II por su embajador en aquella corte. En lo alto un cuadro del nacimiento del Salvador, de escuela italiana.

La bóveda está compartida en cuatro lunetos, y en ellos pintadas al fresco por Lucas Jordán cuatro historias de David. En la primera el profeta Natan le reprende por su adulterio y homicidio; enfrente, en castigo de su ambicion, el profeta Gaad le dice de parte de Dios elija hambre por tres años, guerra por tres meses ó peste por tres dias, y le muestra un ángel que desciende de lo alto llevando en sus manos el azote, la espada y la calavera, en representacion de los tres castigos dichos; en la tercera está ofreciendo sacrificio al Señor, que le perdona, en cuya significacion se ve en el aire un ángel envainando la espada de la divina justicia; en la última entona las alabanzas del Señor al son

de su arpa, contemplando entre tanto un diseño del templo, y unos ángeles que le muestran el lugar dónde habia de edificarse.

El otro antecoro es igual á este, solo que en el testero no tiene mas que una pequeña puerta en arco, y detrás una fuente con su fachadita y pila de marmol pardo. Encima hay un lienzo de la escuela de Ribera, que representa á San Gerónimo. A los lados de esta fuente siguen dos tránsitos; el de la izquierda conduce al Colegio, el otro á palacio. A la entrada de este último se encuentra un altar como los del tránsito opuesto, con un lienzo que representa la vocacion de San Pedro y San Andrés, pintado por el Mudo.

La bóveda de este antecoro, tambien pintada por Lúcas Jordan, representa en el primer luneto el acto en que el sacerdote Sadoc y el profeta Nathan unjen á Salomon por rey de Israel; en el segundo está en aquel sueño en que Dios le infundió tan universal sabiduría; el tercero representa su primer juicio, en que mandó dividir el niño vivo para conocer su verdadera madre; y en el último, la reina de Sabá admira la facilidad con que le esplica los enigmas que le propone.

Parte de las paredes de uno y otro están ocupadas por la estantería y libros de coro, de que hablaré despues.

CORO.

Se entra en él por dos grandes arcos en que terminan los antecoros, y está situado sobre la entrada del templo. Por delante, tomando todo el ancho de la nave principal, y á la altura de los 30 pies, tiene un balconaje de bronce, y desde éste hasta la pared de Poniente hay 96 pies por 56 de ancho, y 84 de alto hasta la clave de la bóveda. Enfrente queda un tránsito algo mas estrecho que los antecoros, solado de mármoles, como lo está tambien todo el coro. Compónese de dos órdenes de sillas, colocadas unas 3 pies mas altas que las otras, cuya arquitectura es de orden corintio. Fueron trazadas por Juan de Herrera, y ejecutadas en acana, caoba, ébano, terebinto, cedro, boj y nogal por el intelijente ebanista Jusepe Flecha, y bajo su direccion por otros cuatro maestros españoles llamados Gamboa, Quesada, Serrano y Aguirre. Las sillas bajas son sumamente sencillas; sus respaldos están formados por unos pedestalés que sientan sobre los brazos, abrazan unos tableros con molduras y embutidos, y terminan con una pequeña cornisa á poco mas de la altura de un hombre. Por la espalda tienen tambien pedestales y tableros, que son otras tantas alacenas, formando encima un facistol por todo el contorno. Al medio de este coro bajo, y á sus estremos, hay 4 cortaduras con sus escalerillas de marmol que dan paso al coro alto, al que tambien se sube por otras dos escaleritas que hay á la entráda, adornadas con antepechos y balaustres de bronce dorado.

Entre la sillería baja y alta queda un anden de 10 pies, que da vuelta al coro. Las sillas altas son enteramente iguales á las bajas, hasta el alto del respaldar, que aquí sirve de pedestal á un bellísimo orden de columnas enteras, estriadas de alto á bajo, todas de acana, con basas y

capiteles de boj, ejecutados con tal perfeccion y delicadeza que parecen vaciados en una turquesa. Detrás les corresponden pilastras cuadradas con iguales basas y capiteles, y en sus claros unos tableros de cedro con guarniciones y molduras de acana y ébano, sobre los cuales corre el arquitrabe y cornisa. Encima de ésta sienta un podio saliente, tambien con pedestales y tableros, que apoya en unos canes puestos enfrente de las columnas, cubiertos con una hoja de cardo bien imitada en terebinto; y en el recuadro inferior que se forma entre cada dos de estos, un floron de la misma madera. Todo este podio sirve como de dosel á las sillas altas, que terminan en él á la altura de 16 pies.

En el testero de Poniente está la silla prioral, colocada en medio de un bellísimo trozo de arquitectura, tambien corintia, formado por 16 columnas. Ocho de ellas apoyan en el estremo esterior de los brazos de las sillas, y las otras ocho mas adentro, con sus pilastras detrás. En las ocho del medio se forma un arco, adornada su vuelta con molduras y florones de boj, y encima sienta un frontispicio cuadrado, compuesto de 4 columnas pareadas con sus pilastras detrás, y dos cartelas que le sirven de estribo. En el intercolumnio hay un cuadro que representa al Salvador, figura de medio cuerpo, terminando todo en otro pequeño frontispicio, cuyas volutas dejan en medio un claro en el que está una estátua pequeña de San Lorenzo. Las 8 columnas de atrás forman á cada lado otra silla que termina en cuadro.

El número de sillas en ambos coros es 124, y la que está en el ángulo derecho del testero es la que siempre ocupó Felipe II. Es un poco mas ancha que las demás, y tiene al lado una puerta escusada, por donde recibia algun pliego ó recado urjente, sin que tuviese el que lo llevaba que entrar por el coro, ni llamar la atencion de los que cantaban ú oraban. Costó dicha sillería de solas hechuras 24,200 ducados. De un enorme barron de hierro de mas de 30 arrobas de peso, y que viene á caer en medio del coro, está pendiente una magnífica araña de cristal de roca, formada por cuatro pabos reales que unen en el centro sus colas estendidas, terminando por la parte superior en una águila sobre un medio globo. Por todo lo demás tiene varios jarroncitos de flores, colgantes y otros adornos que distribuyen y forman sus arandelas, que son en todas 27. Su peso es de 35 arróbas. En la pájina 147 indiqué su procedencia, y el estar ya muy mutilada.

ORGANOS DEL CORO.

Desde donde concluye la sillería hasta la gran cornisa que da vuelta al templo, están las paredes pintadas al fresco, y en medio de cada uno de los lados hay un órgano colocado encima de la sillería alta, sobre la que apoya un balcon de bronce donde se colocan los músicos de voz. Detrás de este balcon se halla la caja del órgano, cuya arquitectura es corintia, su materia pino de Cuenca bien dorado, su ancho 20 pies y su alto proporcionado. Sobre cuatro pedestales resaltados de un gran zócalo, sientan otras tantas columnas enteras estriadas, que dejan entre sí tres

claros, los de los tres estremos cuadrados, el del medio en arco, que sube rompiendo el arquitrabe, friso y cornisa, y deja toda la vuelta en el plano de un frontispicio triangular, que concluye con tres bolas sobre sus acroteras, tocando la del medio la cornisa. Los claros están ocupados por los cañones del órgano; el de la derecha tiene tres órdenes de teclado, y el de la izquierda dos, y á espaldas del que toca tienen ambos sus cadaretas, que forman otra fachadita igual á la de los órganos. Fueron construidos, como todos los demás que hay en este templo, por Masigiles y sus hijos; y el de la derecha fué modernamente aumentado y reformado por D. José Berdalonga. Costaron, con los otros dos del crucero, 26.899 ducados con 300 mrs.

FRESCOS DEL CORO.

A los lados de estos órganos hay cuatro grandes cuadros pintados al fresco por Rómulo Cincinato, que tienen sus marcos figurados. Los de la parte de Mediodía representan el uno á San Lorenzo siguiendo al santo Pontífice Sisto, cuando le conducian al martirio; y suplicándole no le abandonase; y el otro al mismo Santo, presentando al tirano como verdadero tesoro de la Iglesia cristiana una multitud de pobres, en lugar del tesoro material que le pedia. Enfrente se ve en un cuadro á San Gerónimo escribiendo los comentarios de la Biblia, y un ángel que toca á su oido una trompeta, en representacion de lo muy presente que siempre tenia el Santo el juicio final; en lontananza se le ve haciendo penitencia. En el otro el máximo Doctor está esplicando la Biblia á sus monjes; y en lontananza su entierro.

Junto al testero hay dos balcones, uno de cada parte, de los cuales el de la derecha no sirve mas que para que se oiga bien desde el coro una campana del reloj que hay junto á él, y el de la izquierda para tribuna de las personas Reales. Tienen ambos sus jambas y dinteles pintados figurando jaspe, y sobre ellos dos nichos, fondo de oro, en que se representan en figuras de matronas la Fe y la Iglesia al Mediodía, y la Prudencia y la Justicia al Norte. Sobre los arcos por donde se entra al coro hay tambien unos nichos figurados en fondo de oro en que están puestas de pie la Caridad y Esperanza en uno, y la Fortaleza y Templanza en otro. En el testero entre las ventanas están San Lorenzo y San Gerónimo, de tamaño mayor que el natural; y todas estas figuras, escepto los cuadros, son de mano de Lucas Canbiaso ó Luqueto.

Del mismo autor es la vuelta del arco sobre la cornisa, en que se figura la Anunciacion, quedando la Virgen á un lado y el angel á otro de la gran ventana que allí hay. En la bóveda representó Luqueto la Gloria; hácia el testero se ve á la Santísima Trinidad sobre un trono de luz rodeado de querubines y espíritus celestiales; á la derecha de Jesucristo está su Madre Santísima, y despues el coro de los Apóstoles, entre los que se distingue á San Juan Bautista en lugar muy preferente. Por todo lo demás están distribuidos los coros de ángeles y santos de

todos estados y condiciones, que se reconocen por sus hábitos, insignias, ó instrumentos de su martirio.

No es esta bóveda de gran efecto óptico, ni su composicion y colorido agradan, pero el dibujo, en opinion de los inteligentes, es magnífico y bien entendido. A la entrada de esta bóveda, sobre la cornisa de la izquierda, puso Luqueto el retrato del P. Fr. Antonio de Villacastin, única memoria material que nos ha quedado de tan insigne lego; y detrás el suyo. Tardó once meses en pintarla, y se afanó tanto en postura tan incómoda, que murió á poco tiempo de concluirla.

FACISTOL.

Está á la entrada del coro, colocado sobre un zoco de jaspe sanguíneo, con compartimentos de mármol blanco. Sobre dicho zoco sientan cuatro pilastras de bronce dorado, con las esquinas esteriores cortadas, á imitacion de los postes del templo, y en ellas apoyan unos barrones de hierro, que se unen en el árbol del centro. Es éste tambien de hierro, y en él se forma un anillo sobre el que gira toda esta enorme mole. Su materia es acana, con fajas de bronce dorado, de cuyo metal le ciñe por debajo una cornisa de medio pie de vuelo, donde apoyan los libros del canto. Su periferia por esta cornisa es de 40 pies, y su peso de mas de 500 arrobas. Desde ella va subiendo en disminucion hasta perder 10 pies de circunferencia. Las esquinas están tambien cortadas, y en cada una hay abierta una visera, para por ella dirijir la vista al medio del altar mayor y dejarle de frente. Sobre la cornisa en que termina hay cuatro bolas de bronce, y tiene por remate un hermoso templete compuesto de doce columnas, que sientan sobre un pedestal en forma de cruz, formando en sus cuatro estremos otras tantas fachaditas con sus frontispicios triangulares, entre los que se levanta la cupulita, labrado todo en ricas maderas. Debajo del templete hay una estátua de la Virgen, y sobre su cúpula un Crucifijo de bronce, en que termina todo este grandioso facistol. Tiene de alto hasta el estremo superior del templete 16 pies, y 10 en su mayor ancho. Costó de solas hechuras, sin contar el valor del zócalo, bronces y hierros, 2.076 ducados.

CRUCIFIJO DE MARMOL.

Detrás de la silla prioral queda un hueco en el macizo de la pared, con tres grandes balcones al patio de los Reyes. Se entra á él por dos puertas que se hacen entre las sillas del testero y confrontan con los andeles del coro alto, y entrando por la de la derecha se encuentra una pintura en tabla, con portezuelas á manera de oratorio portátil, que representa la adoracion de los Reyes, pintada por Lucas de Holanda, y encima los desposorios de la Virgen con San José, tambien en tabla, de manera gótica antigua. Enfrente del balcon del medio se forma un altar en un hueco cuadrado, en el que está el famoso Crucifijo de mármol blanco, ejecutado por Benvenuto Celino en Florencia el año 1562.

Está la efigie, que es del tamaño que se cree tenia el Salvador, segun la medida de la sábana santa que se conserva en Saboya, clavada en una cruz de mármol negro de Carrara, asegurada en otra de madera. Su escultura es verdaderamente un portento del arte, peró particularmente la cabeza es inimitable. A los lados hay dos cuadros, que en el tamaño natural representan á la Virgen y San Juan, con los paños de solo claro oscuro, pero de lindísimas cabezas coloridas, pintados por el Mudo.

En el otro testero hay una tabla como de 5 pies en cuadro, en cuyo centro está Jesucristo, y al rededor los siete vicios capitales, y en cuatro círculos que hay en los ángulos los Novísimos, ejecutados por Gerónimo Bosco. Sobre ésta hay otra de vara de ancho y poco mas de alto, que representa el infierno, pintado por el mismo Bosco, ó por Pedro Brugel.

ESTANTERIA Y LIBROS DEL CORO.

Detrás del antecoro de la parte del convento queda una sala de 77 pies de larga por 25 de ancha, dividida en tres porciones iguales por dos arcos que apoyan en unos machones resaltados de la pared, y dividen igualmente la bóveda en tres compartimentos. Recibe la luz de un balcon solo que da al patio de los Reyes, y á uno de los ángulos de dicha sala está la puerta escusada del coro, junto á la cual, dije, se sentaba Felipe II. En el testero donde está dicha puerta hay un Crucifijo del tamaño natural, con la Virgen y San Juan á los lados, pintado sobre fondo encarnado por el Mudo. En lo demás de las paredes hay los cuadros siguientes: un San Gerónimo penitente, por Sebastian de Herrera; una resurreccion del Señor, una adoracion de los Reyes y un entierro de Cristo, copiados de los originales de Ticiano; otra copia del lavatorio, de Tintoreto; sobre la ventana un San Pedro en oracion; y de frente una Virgen de cuerpo entero, sentada, con el Niño en brazos, copiada del Ticiano; y por debajo de esta última unas grandes tablas, donde en miles de figuras rarísimas están representadas las tentaciones de San Antonio Abad, por Gerónimo Bosco.

En esta pieza principalmente y en los dos antecoros, es donde arrimada á las paredes está la estantería en que se guardan los libros de canto, que es tambien de maderas finas como el coro, con sola la diferencia de que en éstos hay mucha encina, para que resistan el enorme peso y contínuo roce de las ruedas de los libros. La ejecutaron los mismos maestros, y costó de solo manos 4.770 ducados, y su forma es la siguiente. Sobre unos canes de encina sienta una meseta de lo mismo que vuela 3 palmos mas que los estantes. En ella apoyan unas pilastras dóricas con sus basas y capiteles, y entre sus claros se forman cinco divisiones con tablas de encina de 1 pulgada de grueso, que corren de alto á bajo. Algunos estantes tienen solo cuatro divisiones, y otros seis, segun exijió el local, pero siempre guardando proporcion y armonía. Se cierran con una barreta de hierro fija en una pilastra, y con cerradura en la otra. En el friso que corre sobre las pilastras, en lugar de trigli-

fos hay colocadas unas tablitas con una targeta, que indica lo que contiene el libro que está debajo, igual á la que éste tiene en su cubierta.

En 8 de agostó de 1586 comenzaron á colocarse en esta estantería los libros, que indudablemente son una grandeza que no tiene igual en el mundo. Son en todos 216 de fundacion, y 3 que se han hecho despues, pero muy inferiores en mérito á los primeros. Están distribuidos 116 en los trascoros, 33 en el antecoro del convento, y 69 en el del colegio. Tiene cada uno de alto 5 palmos por 4 de ancho, y sus hojas son todas de piel de macho, tan bien curtida y trabajada, que ambas caras quedaron perfectamente blancas. Estas pieles, que aproximadamente componen un total de 17.000, se trajeron 14.000 de Valencia, y de ellas habla el Sr. D. Felipe II al Prior de este monasterio en carta de 29 de julio de 1572, y dice le han parecido bien. Costaron éstas á 11 rs. unas con otras, y las que se trajeron de Flandes á cerca de 20. En cada página de las que tienen canto-llano hay solos cuatro renglones, y en las que no lo tienen, diez. El carácter de la letra es de las que llaman peones, y los principales escritores fueron: el mejor, Cristóbal Ramirez, natural de Valencia (murió á poco tiempo); Fr. Martin de Palencia, monge benedictino de Valladolid; Francisco Hernandez, vecino de Segovia; y Pedro Salóverte, vecino de Burgos; y en 1581 vino Pedro Gomez, vecino de Cuenca. Lo que á estos escritores se les pagaba era desde 28 á 34 rs. por cada ocho hojas de leturía y 20 por las de canto, sin contar las letras quebradas, que se las pagaban á real y medio cada una. Además les daban casa, y asistencia de médico y botica.

Todos estos libros están escritos con singular hermosura, igualdad y limpieza; las vírgulas y letras iniciales vistosamente iluminadas, y contienen además, al principio de las grandes festividades, unas setenta viñetas que representan otros tantos misterios é imágenes de Santos primorosamente ejecutadas. Los iluminadores fueron el incansable y entendido Fr. Andrés de Leon, monje lego de esta casa; su discípulo Fr. Julian de Fuente-el-Saz, tambien lego profeso de ella; y Ambrosio Salazar. Por si algun inteligente quisiese cotejar el gusto y mérito de éstos entre sí, puede ver los tres pasionarios y el oficio de Santiago Apóstol, que son de mano de Fr. Julian, y el principio de la Misa de San Simon y Judas, que es de Salazar. A éste, todo el tiempo que estuvo trabajando en los dichos libros, se le daban 7 rs. diarios, y 25.000 maravedises de ayuda de costa en cada un año, con casa, botica y asistencia de facultativos.

Su encuadernacion tambien es magnífica. Forman sus cubiertas dos tablas de encina de ½ pulgada de grueso, forradas de baqueta, sin mas color que el que toma en el curtido, con ocho cantoneras de bronce con bullones y listas del mismo metal que cubren sus cortes. En el centro de la cubierta tienen dos medallones calados, y en un cuadrito que dejan enmedio, en un lado las parrillas, y en el otro una targeta de pergamino que indica la parte del Oficio divino contenido en aquel volumen. Se cierran con dos broches del mismo metal, del que son tambien

tres ruedas que tienen en la parte inferior, para poderlos manejar con facilidad y evitar se estropeen. Fueron todos encuadernados por Pedro del Bosque y sus dos oficiales, que se llamaban los Parises.

CORNISAS.

Debajo de los grandes arcos que dividen el coro de los antecoros hay en cada uno dos puertas, que dan, las esteriores á una tribunilla de las que hay sobre los altares de la iglesia, y la otra á un pasillo, donde en unos armarios de pino se guardan los instrumentos y archivo de música. En el de la parte del convento el pasillo se continúa hasta el trascoro, y como al medio de él se encuentra una escalera que conduce al órgano. Desde allí se divide en dos ramales, de los cuales el de la izquierda va á la torre de las campanas, y el de la derecha á lo que comunmente se llaman las Cornisas, que es el tránsito que dije hay abierto en el macizo de la pared, por el que se puede dar vuelta al templo á nivel de la gran cornisa que vuela por todo su rededor. Este es uno de los puntos desde donde, al pasar por el balcon que hay sobre el coro, se goza toda la estension y magnificencia de la nave mayor del templo; y desde los cruceros y demás claros y lunetos que hay abiertos en los arcos, se ven muy bien los escelentes frescos de las bóvedas. Al pasar por detrás del altar mayor, al llegar al contacto de las estátuas de San Pedro y San Pablo, colocadas en el último cuerpo, queda uno admirado al ver aquellas moles enormes de bronce, trabajadas con un primor y delicadeza tan admirable como su estension colosal. No llama menos la atencion lo bien entendido de la arquitectura en toda la estension del tránsito, en que se hacen recortes y contraviajes dificilísimos, y en que los inteligentes hallan mucho que considerar.

CIMBORRIO POR LA PARTE ESTERIOR.

Desde este tránsito por cuatro escaleras diferentes se sube á la gran torre del Cimborrio. Al salir se encuentra una plataforma cuadrada de 110 pies por lado, rodeada de una ancha cornisa, sobre la que descansa una hermosa balaustrada de piedra adornada de términos, pilastras y bolas. En los cuatro ángulos hay cuatro cupulitas bien labradas en piedra, en las que rematan las cuatro escaleras que suben desde las cornisas. Enmedio de dicha plataforma se levanta la enorme y pesada mole del cimborrio, dejando trecho bastante para que pueda darse vuelta al rededor. La estension de su circunferencia por esta parte esterior es de 295 pies, y en este trecho hay abiertas ocho grandes ventanas en arco, de 34 pies de alto por la mitad de ancho, que van disminuyendo en los 14 pies que tiene de grueso el muro, hasta quedar en lo interior de 13 por 27. Entre cada dos de éstas se elevan dos medias cañas dóricas, con nichos y cuadrados en los intercolumnios, con sus pilastras resaltadas

detrás (1). Sobre dichas medias cañas carga el arquitrabe, adornado de triglifos y gotas, y una cornisa de gran vuelo, en la que corre otra balaustrada con acroteras y bolas puestas á plomo de las medias cañas. Por cuatro escaleras de caracol abiertas en el macizo de los pilares se sube á este balcon, que ofrece una vista deliciosa. Desde él se ve perfectamente toda la traza y division del edificio; los jardines y huertas que le rodean, las poblaciones del Sitio y de la villa, las casitas de recreo, los bosques, y un horizonte sumamente vasto y delicioso. 3 pies mas adentro de la balaustrada se levanta un zócalo circular con su cornisa, sobre la que descansa la media naranja, compartida por diez y seis fajas resaltadas, en correspondencia con las medias cañas del primer cuerpo. Entre éstas hay cuatro escaleras esteriores que suben piramidalmente hasta una linterna que se eleva enmedio de la cúpula. Tiene tambien esta última linterna ocho ventanas cuadradas de 18 pies de alto, divididas por unas pilastras resacadas en lo bajo, y que van disminuyendo hasta encontrar la cornisa, donde carga otra cupulita. Desde ella se levanta una pirámide estriada, toda de piedra, terminando en una bola de metal campanil fundida en dos mitades y de figura algo elíptica, que tiene 7 pies en su mayor diámetro, y pesa 136 arrobas. Encima de la bola hay una cruz de hierro, que para mayor seguridad tiene 15 pies metidos en la pirámide de piedra, y descubre 16. Sus brazos son de 8 pies de largo, y de mas de 10 el arpon ó veleta, y pesan entre todo 73 arrobas. Hasta el estremo de esta cruz toda la altura del cimborrio desde el pavimento del templo es de 330 pies, á los que si se añaden los que está mas bajo el terreno por la parte de Mediodía, resultará que su altura, considerada desde el estanque de la huerta, es de 360.

Hácia el medio de la pirámide en que termina el cimborrio se nota un punto brillante, que es una plancha de cobre dorado á fuego, del tamaño de un pliego de papel marquilla, en que están grabadas una cruz y algunas oraciones. Esta sirve para indicar el punto donde Felipe II mandó colocar, metidas en una caja de madera forrada de plomo, varias reliquias, en particular de los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de Santa Bárbara. En las otras dos agujas de las torres que están al estremo del patio de los Reyes, hay otras dos cajas de reliquias, cubiertas con una plancha algo mas pequeña.

---

(1) Un poco de sentimiento que hicieron algunas piedras de los pilares de la iglesia, aun antes de cerrar los arcos, segun dije en la historia, hizo temer que no resistirian el peso de un zócalo de 11 pies, que debia haberse puesto bajo de estas medias cañas. Su falta se nota mucho, porque todo el primer cuerpo se goza poco, por quedar ahogado en la plataforma, y la torre enana.

PARTE DEL CONVENTO.

Para llevar algun orden en la descripcion, fácil de que le sigan los viajeros, supondremos, despues de recorrido todo el templo, que volvemos á salir de él, y que nos hallamos en el vestíbulo que se forma entre ésto y el patio de los Reyes, en cuyos testeros dijé habia dos puertas. Por la que está á la parte de Mediodía se entra á la

PORTERIA PRINCIPAL DEL CONVENTO.

Lo primero que se encuentra es un recibimiento con su bóveda de piedra; á la izquierda tiene una ventana por donde recibe la luz del patinejo, y á la derecha una puerta pequeña que comunica á los claustros menores. Enfrente de la de entrada hay otra puerta igual en grandor, con reja de hierro y puerta, por la que se entra á una sala de 60 pies de larga por 35 de ancha, con su bóveda compartida por fajas resaltadas, y toda rodeada de asientos con respaldares. En el testero de frente á la puerta hay un hueco, donde hasta hace muy poco ha habido un altar con un lienzo que representaba la Santísima Trinidad, pintado por Ribera, y de él tómaba nombre la sala, que se llamaba de la *Trinidad*. Al lado derecho tiene dos puertas pequeñas, y al izquierdo otra igual á la de entrada que da al claustro.

CLAUSTRO PRINCIPAL BAJO.

Es una magnífica galería casi cuadrada, de 210 pies de Norte á Mediodía y 207 de Oriente á Poniente, con 24 de ancho y 28 de alto, labrado todo en piedra berroqueña; escepto el pavimento, que es de mármoles pardos y blancos. En cada lienzo se corresponden de frente 24 pedestales de 5 ½ pies de alto, sobre que sientan otras tantas pilastras resaltadas con basas y capiteles de orden dórico. Sobre estas dan vuelta los arcos, dejando á cada lado once nichos con sus antepechos de piedra del mismo alto que los pedestales. En el espacio que dejan estos antepechos hasta la clave del arco, que es de 15 pies de alto por 10 de ancho, los de la parte interior están cubiertos con ventanas de nogal y pino bien ensamblado, pintadas por lo esterior, y los medios puntos con vidrieras. En la parte interior hay en cada nicho una his-

toria de la vida Jesucristo pintada al fresco por Peregrin Tibaldi, aunque de su mano no hay mas que el lienzo de Oriente; los demás, aunque dibujados y correjidos por él, están coloridos por sus oficiales, y se nota bien la diferencia. El orden de las historias comienza al lado de una puerta que hay en el lienzo del Norte, llamada de las Procesiones, porque salen y entran por ella en las grandes solemnidades. En el primer arco está representada la Concepcion de la Virgen anunciada por el angel á San Joaquin y Santa Ana, que estan abrazandose frente la puerta dorada del templo de Salomón. Concluyen dichas historias en el otro lado de la puerta misma, donde está representado el juicio final. Por cumplir con la brevedad, y porque los asuntos representados en estos frescos son tan conocidos de todos, omito su descripcion, limitándome solo á las pinturas al óleo que hay en los cuatro ángulos.

ESTACIONES DEL CLAUSTRO BAJO PRINCIPAL.

En cada uno de los ángulos de esta galería se forman dos capilletas ó altares, en que hay colocadas unas grandes tablas al óleo, con puertas pintadas tambien por ambas haces. En cada uno hay representadas tres historias del Nuevo Testamento, segun corresponden al orden que van siguiendo en los demás arcos, repetido el mismo asunto dentro y fuera, para que abiertos ó cerrados no se interrumpa el orden del historiado.

En el ángulo primero que se forma entre Norte y Oriente está en el altar la Natividad del Señor dentro y fuera, aunque variadas; y en las puertas abiertas, en una hoja la adoracion de los pastores, y en la otra la Circuncision. Cuando están cerradas, estas dos últimas historias se ven representadas al fresco en lo que queda de claro á los lados del altar; y quede dicho para los demás ángulos. En el otro altar está la adoracion de los Reyes, y en las puertas el bautismo de Jesucristo en el Jordán, y su primer milagro cuando en las bodas de Caná de Galilea convirtió el agua en vino. Todas estas tablas, con los frescos de los dos medios puntos en que están colocadas, las pintó con mucho cuidado y esmero Luis de Carbajal, hermano del escultor Juan Bautista Monegro.

Al fin de la banda de Oriente, y en el ángulo que forma con la de Mediodía, se hallan otros dos retablos pintados por Rómulo Cincinato. El asunto principal del primero es la trasfiguracion de Jesus en el Tabor; y en las puertas, en la una la Samaritana, y en la otra la mujer adúltera acusada por los fariseos. En el altar inmediato está pintada, fuera la cena legal que el Salvador celebró con sus Apóstoles, y dentro la Eucaristía; y en las puertas, en la una su entrada triunfante en Jerusalén, y en la otra el lavatorio de los pies á sus discípulos.

En el tercer ángulo está, en el primer altar Cristo crucificado, y en las puertas, el acto de clavarle en la Cruz en una, y el descendimiento en otra. En el inmediato el asunto principal es la resurreccion del Señor; y en las puertas, en una cuando colocaron su cuerpo en el se-

pulcro, y en la otra su descendimiento al limbo. Este ángulo está pintado por Peregrin Tibaldi, aunque la tabla grande de la resurreccion no es toda de su mano, sino dibujada, y despues de colorida, retocada y correjida por él mismo.

En el cuarto ángulo, en el primer nicho, se ve la ascension del Señor, y en sus puertas dos apariciones á sus discípulos despues de resucitado; y en el del lado la venida del Espíritu Santo, en el retablo, y en una puerta los discípulos imponiendo las manos á los nuevos creyentes, y en otra San Pedro predicando al pueblo judío. Todo este ángulo está pintado por el español Miguel Barroso, y es de gran mérito y dulzura; y los frescos de los lados, aunque de artista poco ejercitado en este género, no desmerecen de los demás. Todas estas pinturas, con los frescos que adornan todo el claustro, costaron 38.171 ducados y 2 reales.

PATIO DE LOS EVANGELISTAS.

En el centro de la gran galería que acabo de describir queda un patio de 166 pies por banda, en el que hay colocado un lindo jardin. Mirado por su parte interior, los arcos de los dos claustros forman cuatro hermosas fachadas compuestas de dos cuerpos, de los cuales el que corresponde al claustro bajo es dórico. Da principio en unos pedestales de 5 pies, sobre los que apoyan medias cañas resaltadas de los pilares del claustro, que rematan en su arquitrabe, friso y cornisa, con los adornos propios del dicho orden, á los 30 pies de altura. Sobre éste carga el segundo cuerpo, que corresponde al claustro principal alto, y es de orden jónico, formado tambien por medias cañas sobre un zócalo igual al de abajo, y con sus basas, capiteles, arquitrabe, friso y cornisa competentes. Por encima de esta última corre una lindísima balaustrada, tambien de piedra, con acroteras que cargan á plomo de las medias cañas, y termina en unas bolas á los 60 pies.

TEMPLETE EN DICHO PATIO.

En el centro hay un cenador ó templete de forma ochavada, labrado en lo esterior en piedra berroqueña, y revestido en ló interior de mármoles y jaspes de diversos colores. En los cuatro ochavos mayores hay cuatro portadas, que se cruzan en correspondencia de las calles del jardin, formadas por dos columnas dóricas enteras, con su arquitrabe, friso y cornisa, sobre la que corre una balaustrada que sigue todas las vueltas y movimientos de la fábrica. Dentro de la balaustrada se levanta un zócalo circular, y en él sienta la media naranja refajeada, que termina en una linternilla cerrada, adornada de nichos, sobre cuya cupulita está colocada una cruz de la misma piedra.

En los ochavos menores hay cuatro nichos, y en ellos colocadas otras tantas estátuas que representan los Evangelistas, de donde tomó nombre el patio. Son de 7 pies de altas, y están ejecutadas en mármol

blanco de Génova por Juan Bautista Monegro. Cada uno de estos Evangelistas tiene en sus manos un libro abierto, y escrito en él un testo de su Evangelio en el idioma que originalmente los escribieron, y traducido al latin. En el de San Mateo dice, en hebreo: *Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*. En el de San Marcos, en latin: *El que creyere y fuere bautizado será salvo; el que no creyere se condenará; las señales que acompañarán á los creyentes serán éstas: en mi nombre lanzarán los demonios, etc.* En el de San Lucas, en griego: *Yo os bautizo con agua; vendrá otro mas fuerte que yo: éste os bautizará con el Espíritu Santo, y con fuego*. En el de San Juan, en siriaco: *En verdad os digo, que el que no renaciere por el agua y el Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios*. A los pies de cada uno está la figura simbólica que los distingue, á saber: el águila, el leon, el becerro y el angel, labrados tambien en mármol de Génova. Delante tienen unos términos de mármol pardo, con coberteras de jaspe sanguíneo, y un caño por donde vierte el agua á cuatro estanques que se forman enfrente.

Dentro de cada una de las portadas, debajo del mismo arco, que tiene 10 pies de ancho por 23 de alto, hay dos nichos (labrados en una sola pieza con una sierra que se inventó á propósito para este efecto), con sus asientos debajo: en el centro de toda la obra se forma una capilleta primorosamente embutida, con otros cuatro asientos, y formando con los mármoles y jaspes cuadrados, fajas y cornisas. Remata en una media naranja cerrada, refajeada, y adornada en correspondencia con las labores del pavimento, que es tambien de mármoles y jaspes.

Enfrente de cada una de las estátuas hay un estanque de mármol pardo, solado de lo mismo, cortado por el lado donde arriman al templete. Por fuera tienen dos gradas, y á su rededor hay doce cuadros de boj, con hermosas labores recortadas en él, y llenos de flores que embalsaman aquel recinto. Junto á los arcos del claustro corre una calle de 10 pies de ancha, y enmedio, pasando por el templete, se cruzan otras dos algo mas estrechas, todas pavimentadas con losas de piedra berroqueña.

Volviendo á salir al claustro, y dando la vuelta por él, se encuentran seis puertas de 8 pies de ancho por doble alto; una enmedio de la fachada del Norte, otra que le corresponde en la de Mediodía, y otras dos en el lienzo de Oriente con sus correspondientes al Ocaso, cuyo uso esplicaré sucesivamente. La del Norte es la que dije de las *Procesiones*; las dos de Oriente dan á la sacristía; y la del Mediodía á las

SALAS DE CAPITULOS.

Toda su estension es de 200 pies en la direccion de Oriente á Poniente, y se compone de tres salas, una enmedio, que sirve de antecá-

mara, y dos grandes á los lados, todas soladas de mármoles pardos y blancos. La del medio tiene 30 pies de ancho por 34 de largo, con cuatro ventanas frente á la puerta, tres al nivel del pavimento, y otra encima de la cornisa. En los otros testeros hay en cada uno tres puertas que se corresponden de frente, una grande enmedio con jambas, dinteles, pilastras y sobre-dinteles de piezas enteras, y dos menores á los lados. Lo demás, hasta la cornisa, está lucido de blanco, y desde allí la bóveda está pintada al fresco á lo grutesco. En el medio de ella se finje un cielo abierto, por donde bajan algunos ángeles con guirnaldas de flores en las manos, y en doce nichos que se forman sobre las puertas y ventanas, Job y los Profetas. Lo demás está lleno de adornos y follajes de buen gusto.

Las otras dos piezas tienen cada una 34 pies de ancho por 80 de largo, con catorce ventanas, siete sobre el piso y otras tantas sobre la cornisa, á las que corresponden en la pared de frente siete nichos figurados. Por todo el rededor de ambas salas hay unos asientos con respaldares bien labrados en nogal y pino de Cuenca, y á las tres puertas de entrada corresponden en los testeros opuestos otros tres huecos iguales. Los de los lados son puertas, los del medio unos altares labrados en mármol pardo con embutidos de jaspe y adornos de bronce: En el de la derecha, llamada sala Vicarial, está colocado un lienzo que representa á San Gerónimo en el desierto; y en el de la otra, llamada sala Prioral, la oracion del huerto, ambos pintados por Ticiano, y modernamente restaurados.

Encima de éstos y de las puertas del medio que les corresponden, hay pintados unos encasamentos, donde en marcos dorados hay cuatro bajo-reliéves de pórfido sobre fondo de mármol blanco. Dos de ellos representan la cabeza del Salvador, y otros dos la Virgen con el Niño en brazos; por debajo de ellos se leen estas inscripciones que compuso el docto Benito Arias Montano.

Sobre el altar de la sala al Oriente:

HIC LAPIS OFFENSUS FERIET FERETQUE RUINAM
HIC ET INOFFENSUS PETRA SALUTIS ERIT.

En castellano suena asi:

Ofender á esta piedra, daña y acarrea la ruina; la misma no ofendida, es piedra de salud.

Sobre la puerta de enfrente bajo la imagen de la Virgen:

HANC HÆC MIRANDAM TIBI PROTULIT UNIO GEMMAM.
AUCTORI CHARA EST UTRAQUE PETRA DEO.

Esta union (se refiere á la de la divinidad y humanidad) *produjo en favor tuyo esta admirable piedra preciosa. Ambas piedras son sumamente gratas á Dios, su autor.*

Sobre el altar de la sala de Poniente. Debajo de la cabeza del Salvador:

JESU CHRISTO DIVINI TEMPLI LAPIDI PRÆSTANTISSIMO D.

Dedicada á Jesucristo, piedra preciosísima del templo divino.

Enfrente sobre la puerta, debajo de la imagen de la Virgen:

ABRAHAMICÆ LAPIDICINÆ SPECIMINI DUPLICI INCOMPARABILI S.

Consagrada á las dos muestras incomparables de la cantera de Abraham.

La bóveda está toda lindamente pintada á lo grutesco por los dos hijos del Bergamasco, Fabricio y Granelio, y lo restante de la cornisa á los respaldares de los asientos lucido de blanco. Este espacio, tanto en el atrio como en las salas, está adornado de multitud de pinturas al óleo que no me atrevo á describir, porque hace mucho tiempo que están sin colocacion fija, y mezcladas con lienzos que no merecen ocupar aquel lugar; pero pondré al fin una nota de los que se conservan en estas salas dignos de memoria. (Véase al fin.)

IGLESIA VIEJA.

En la parte del claustro que da á Poniente dije que habia dos puertas en sus estremos: la una es la portería principal, la otra corresponde á la iglesia vieja. Ya en la parte histórica dije la causa de llamarse asi, ó *iglesia de prestado*, como en sus cartas la llamaba Felipe II, y espliqué la distribucion y uso que tenia. Ahora es una gran capilla que se estiende 109 pies de Norte á Mediodía por 34 de ancho, solada de mármoles blancos y pardos, y con bóveda compartida en tres divisiones por tres arcos resaltados, que dan vuelta apoyándose en unas pilastras de piedra, sobre cuyos capiteles corre por todo el rededor una imposta ó cornisa de medio pie de ancha. En el testero del Norte está la capilla mayor, formada por tres altares de mármol pardo con embutidos de jaspe y adornos de bronce, compuestos de pilastras con su arquitrabe y cornisa, y un frontispicio en que terminan. Al mismo piso de la iglesia están los dos pequeños. En el lado del Evangelio hay un cuadro que representa la adoracion de los santos reyes y en su frontispicio un Ecce-Homo, ambos de Ticiano. En el de la Epístola el entierro de Cristo, copiado del original de Ticiano, de quien es original una Contemplacion que está en el frontispicio. Entre estos dos altares se forma una escalinata de siete gradas, de marmol sanguíneo, con pasamanos de lo mismo, por la que se sube al altar mayor. Hay colocado en él un gran cuadro que representa el martirio de San Lorenzo, tambien original de Ticiano. Debajo de las gradas y plano del altar hay una pequeña bóveda donde estuvieron colocados los cuerpos reales mientras se construia la iglesia principal.

Recibe esta pieza toda su luz de cinco ventanas abiertas en el testero de Mediodía, dos á nivel del suelo, con rejas que dan á los jardines, y tres sobre la cornisa. Entre las dos ventanas bajas hay cinco sillas, y

sobre los brazos de la de enmedio se forma una linda fachadita, en cuyo frontispicio está colócada una pintura que representa á Jesus con la cruz á cuestas, ejecutada por el Greco segun su primera manera. Lo restante de la pieza está rodeado de sillería, labrada en buenas maderas, sobre cuyos brazos apoyan pilastras con basas y capiteles, y los intermedios cubiertos con tableros de pino de Cuenca, terminando en su arquitrabe, friso y cornisa á los 7 pies de altura. Lo restante, asi de la bóveda como de las paredes, está lucido de blanco, y adornadas las últimas de buenas pinturas colocadas por el orden siguiente, comenzando desde el altar mayor por el lado del Evangelio.

1.° San Juan Evangelista en la isla de Patmos, del tamaño natural; *por Sebastian de Herrera.*

2.° El descendimiento de la Cruz, con figuras medianas en tabla; de *escuela alemana.*

3.° San Juan bautizando á Cristo en el Jordan; *por Jacobo Palma, el jóven.*

4.° El enterramiento real del lado del Evangelio, segun está en la capilla mayor del templo; *por Pantoja de la Cruz.*

5.° San Juan Bautista en el desierto, del tamaño natural; *por Sebastian de Herrera.*

6.° Las once mil Vírgenes, figuras del tamaño natural, con la impropiedad de haber un solo verdugo; *por Lucas Canhiaso ó Luqueto.*

7.° Una tabla prolongada. El paraiso terrenal, con Adan y Eva en figuras pequeñas; *por el Bosco.*

8.° Santo Domingo, el Soriano, de rodillas delante de la Virgen, que le muestra en un lienzo el retrato de Santo Domingo de Guzman; *por Lucas Jordan.*

9.° Blasones de la casa de Austria; *por Juan Pantoja de la Cruz.*

Estos son el diseño de los que debian colocarse en los testeros de los entierros reales en la capilla mayor del templo.

10. Las Marías buscando al Salvador en el sepulcro, y un angel en lo alto que muestra una targeta en que está escrito: *Et vitam resurgendo reparavit; por Parrasio.*

11. San Juan Bautista predicando en el desierto; *por Jordan.*

12. La adoracion de los reyes; de *escuela italiana.*

13. Sobre los anteriores. Una sacra Familia; San José trabajando en su taller de carpintero, y la Virgen sentada con el Niño dormido en su regazo, y San Juan al lado, en figuras del natural; *por José Ribera.*

14. Blasones de la casa de Austria. Diseños como los del número 9; *por Pantoja.*

15. Testero sobre la ventana. San Pedro con las llaves en la mano, poco mas de la cabeza, del tamaño natural; de *escuela italiana.*

16. El nacimiento del Salvador y adoracion de los pastores; *por Federico Zucharo.*

17. La adoracion de los reyes; *del mismo.* Este y el anterior fueron pintados con mucho esmero por Zucharo para el altar mayor del templo, pero no contentaron á Felipe II.

18. Santo Domingo (al parecer); *por Jordan.*

19. Blasones de la casa de Austria. Diseños como los anteriores; *por Pantoja.*

20. Un lienzo de 11 pies de largo por 8 de alto: el nacimiento del Salvador y adoracion de los pastores; *por Ribera.*

21. Una tabla con portezuelas, á modo de oratorio. En la tabla principal el martirio de San Felipe, que muere apedreado y puesto en cruz; en una de las puertas el mismo santo predicando, y en la otra un dragon que persigue á algunas gentes; *por Miguel Cussin.*

22. Santa Margarita con el dragon á sus pies; copiada del original de *Ticiano.*

23. Una tabla con puertas á modo de oratorio. La significacion de esta tabla es la interpretacion de aquellas palabras de Isaías: *toda carne es heno,* de cuya yerba ha figurado una carreta cargada, y encima los deleites humanos, que se afanan por alcanzar multitud de personas. En una de las puertas está el paraiso, el engaño de la serpiente, y el ángel que arroja de él á Adan y Eva, y en la otra el infierno; pintadas *por Gerónimo Bosco.*

24. Blasones de la casa de Austria; *por Pantoja.*

25. Una repeticion del infierno pintado en la portezuela del número 23; *por Bosco.*

26. San Miguel arrojando del cielo los ángeles rebeldes; *por Luqueto.*

27. Entierro real del lado de la Epístola, segun está en la capilla mayor del templo; *por Pantoja.*

28. El martirio de San Bartolomé; *de la escuela de Jordan.*

29. San Gerónimo, penitente; *por Jordan.*

ESCALERA PRINCIPAL.

Siguiendo el claustro por la parte de Poniente se encuentran cinco de sus arcos esteriores abiertos. Los dos estremos son tránsitos para los claustros menores; los tres del medio corresponden á la escalera principal, que por su grandeza, magestad y adorno puede tenerse por una de las cosas mas notables de esta casa. La traza de ella la dió Juan Bautista de Castelló Bergamasco, y la ejecutó Juan Bautista de Toledo. La uniformidad y simetría, tan guardada en todas y cada una de las partes de este edificio, fué causa de que su entrada quedase ahogada; mas luego que se pasa el arco de entrada sorprende mas su magnificencia. En los dos arcos de los lados se forman unas capilletas, y en cada una dos grades nichos con asientos, y un arco que da á la escalera. El hueco de esta desde el claustro hasta el testero de frente es de 59 pies, por 41 de ancho. Desde el claustro sube recta, en direccion á Poniente, por 26 gradas de mas de 16 pies, todas de piedra berroqueña y de una pieza. A la mitad forma un descanso de 8 pies, y continúa por otras 13 hasta una gran mesa de 12 pies de ancha, y larga todo el hueco de la caja. En esta hay tres grandes nichos con asientos, que confrontan con los tres ramales de la escalera; y en los testeros dos arcos abiertos, que

dan entrada al piso segundo de los claustros menores. Desde aqui se divide la escalera en dos ramales, que suben paralelos por otras 26 gradas, divididas tambien por un descanso, hasta desembocar en el claustro principal alto. Los costados y pasamanos son tambien de piedra y de piezas de enorme grandor, adornadas de cuadros, triángulos y buenas molduras.

A nivel del pavimento del claustro alto corre por todo el contorno de la caja una imposta de 1 pie de ancha, sobre la que sientan 14 machones con pilastras resaltadas en medio con sus basas y capiteles, y entre ellos se forman otros tantos arcos de 10 pies de ancho por doble de alto, distribuidos en correspondencia, tres en cada una de las fachadas de Oriente y Poniente, y cuatro en cada una de las de Mediodía y Norte. Todos tienen antepechos de piedra de una pieza, escepto los que dan salida al claustro, y los tres de Poniente con su inmediato en una y otra parte que son cerrados, formándose en ellos cinco capilletas como las del claustro bajo. Sobre estos arcos apoya el arquitrabe, friso y cornisa que corre á la altura de 50 pies, y á los 60 hay otra, dejando entre las dos un friso de 9½ pies de ancho. Desde esta última arranca la bóveda, elevándose hasta la altura de 82 pies; y sobre la última cornisa hay abiertas 14 ventanas con sus lunetos en correspondencia con los arcos de abajo, que le dan mucha claridad y hermosura.

Desde la altura de los 30 pies hasta lo alto de la bóveda está adornada de valientes pinturas al fresco, distribuidas del modo siguiente. En los cinco arcos cerrados se continúa el orden de las historias del Nuevo Testamento, que correspondian á los cinco arcos abiertos en el claustro bajo. Los pintó todos cinco Luqueto; pero no gustaron á Felipe II los tres del testero de Poniente, y mandó picarlos y que los pintase Peregrin Tibaldi, como lo ejecutó, imitando la manera de Luqueto, de cuya mano quedaron los dos inmediatos. Lo demás está todo pintado por Lucas Jordan.

En tres lados del ancho friso que queda entre las dos cornisas, representó en el de Mediodía la batalla que precedió al asalto de San Quintin, en la que fué roto el ejército francés, y preso el Condestable Montmorenci con su hijo y otros muchos de la nobleza de Francia. En la de Poniente figuró las disposiciones del sitio, situacion de las baterías y asalto de la plaza; y en el del Norte el momento en que los soldados vencedores presentan á Filiberto Emanuel, Duque de Saboya, las banderas tomadas en el asalto, y preso al Almirante de Francia, que la defendia, á quien se ve delante del Duque á caballo, pero descubierta la cabeza y desarmado. En la parte de Oriente se ve á Felipe II de pie, y delante á los famosos arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, acompañados del insigne lego Fr. Antonio de Villacastin, mostrándole la traza y planta del Escorial. En el otro estremo de este mismo lienzo se figura parte de la obra en su principio, y varios operarios abriendo zanjas, conduciendo piedras y colocándolas otros.

La cornisa que corre sobre este friso está perfectamente dorada, y lo mismo los marcos de las ventanas. A cada lado de estas últimas hay

unos ángeles, apoyados en escudos, en que están los blasones de armas de España; y en los lunetos de las mismas unos medallones imitando pórfido, en que están representadas algunas de las victorias del emperador Carlos V, escepto en el del medio de la parte de Oriente, en que se finje grabado en bronce el retrato de Felipe IV, y en el que le corresponde á Poniente el de D. Carlos II. Sobre este útimo se ve finjida en la bóveda una galería, desde donde dicho monarca está mostrando á su madre, Doña María Ana de Austria, y á su segunda esposa, Doña María Ana de Neuburg, aquella obra.

Lo restante de la bóveda representa la Gloria. En lo alto se ve el trono de la Trinidad Santísima, rodeado de luz y espíritus celestes; á su derecha la Virgen, y detrás unos ángeles que sostienen las insignias de la pasion. Enfrente de estos están agrupados todos los santos que supieron unir la santidad con la corona del imperio, como San Fernando, San Hermenegildo, San Enrique y otros; y debajo San Gerónimo, con hábito cardenalicio, introduce al emperador Carlos V y á su hijo Felipe II, que presentan ante el trono de la Divinidad, el primero las dos coronas de emperador y rey, y el segundo un globo, en representacion de su gran poder. En el otro lado, San Lorenzo se acerca al Dios de misericordia en ademan de interceder por tan ilustres personajes. En los cuatro ángulos están las cuatro virtudes cardinales, y agrupadas en torno suyo las que de ellas traen origen. En la parte de Mediodía está representada la Magestad real, y enfrente la Iglesia católica, en figura de bellísimas matronas, adornadas con los atributos é insignias que las caracterizan. Por todo lo demás se ven multitud de ángeles, que parecen moverse entre hermosos grupos de nubes, y juguetear en aquel espacio inmenso, que con tanto gusto óptico supo trazar Jordan en solo siete meses.

CLAUSTRO PRINCIPAL ALTO.

Corresponde sobre el bajo, y su disposicion y arquitectura es enteramente la misma, con sola la diferencia que los lienzos de Poniente y Oriente se prolongan hácia el Mediodía, hasta encontrar con los balcones que dan al jardin; y que los arcos cerrados de la parte interior están cortados por todo él con una imposta que corre al nivel de los capiteles de las pilastras, dejando separados los planos de los arcos. En estos, en los lados de Poniente y Norte, están pintados unos balconcillos con antepechos de hierro, que en los otros dos son verdaderos, y sirven para dar luz á dos galerías con habitaciones que hay á aquella altura. Los claros de los arcos, y los lunetos y compartimentos de la bóveda, están lucidos de blanco, y el pavimento es de mármoles como en el bajo. En cada uno de los arcos de Oriente y Mediodía hay una puerta que comunica á las celdas de los monjes, y por todo él otras varias, cuyo uso esplicaré segun se vayan encontrando. Adornan las paredes muchos cuadros al óleo, que comenzando desde el inmediato á la escalera principal, guardan el orden siguiente:

1.º La creacion del mundo; *por Bassan.*

2.º Una velada, donde hay unas mugeres que se quedan dormidas trabajando, y un muchacho encendiendo luz á soplo en un tizon; *por el mismo.*

3.º Cristo con la cruz á cuestas ayudado por el Cirineo, figuras del natural de medio cuerpo; copiado del original del *Guercino.*

4.º La vocacion de San Andrés, que está arrodillado á los pies de Jesucristo, y San Pedro que se arroja de la barca; *por Federico Barrocci,* pero está sin concluir.

Aqui continúa la prolongacion del lienzo. Al principio hay dos puertas, una enfrente de otra, con sus fachaditas de marquetería alemana perfectamente embutidas, y de ricas maderas, que comunican, la de la derecha al dormitorio de los novicios, que es una sala de 80 pies de larga por 30 de ancha, lucidas de blanco sus paredes y bóveda, y con tres ventanas al Mediodía. Enfrente de estas tiene una puerta grande, que sale junto á la escalera principal.

La puerta de la izquierda es la del noviciado, que nada tiene de particular. Sus habitaciones son abohardilladas, y situadas en los empizarrados, sin ninguna comodidad. Hay en él dos pequeñas capillas, y en ellas, en una la imagen de la Virgen, y en otra un Crucifijo de pasta de malísima escultura, pero que tiene la particularidad de ser una de las primeras imágenes que fabricaron los americanos despues del descubrimiento de aquellos paises. Ambas están colocadas en pobres altares.

Siguiendo el orden de los cuadros en esta prolongacion están:

5.º Los ángeles presentando viandas á Jesucristo en el desierto despues del ayuno de cuarenta dias; *por Lucas Jordan.*

6.º Jesucristo resucitado, como suspendido en el aire, aparece á su Madre Santísima qué está puesta en oracion; *por el Mudo.*

7.º La degollacion de los inocentes; copia de Jordan.

8.º Una repeticion ó boceto pequeño del entierro de Cristo; *por Ticiano.*

9.º San Pedro arrepentido, figura de medio cuerpo; copiado del original de Ribera.

10. Abraham adorando á uno de los tres ángeles que se le aparecen; copia del original del Mudo.

11. El martirio de Santa Justina, figuras de medio cuerpo; *por Jordan* imitando á Veronés.

12. Un Ecce-Homo, donde está Pilato con dos sayones; *por Pablo Veronés.*

13. San Lorenzo vestido de diácono; de autor desconocido.

14. Santa Brígida y su marido Hulfo, con la Virgen y el Niño, figuras de medio cuerpo; copia del original de Castelfranco.

15. La aparicion de Jesucristo á los Apóstoles en el castillo de Emaus; copia del original de Rubens.

16. Retrato de San Nicolás Factor, figura de medio cuerpo; *de escuela valenciana.*

17. San Gerónimo penitente; copia del original de Ticiano.

18. El nacimiento del Señor; copia en pequeño del original de Ribera.

Aqui se prolonga tambien el claustro, y se hallan otras dos puertas de marquetería semejantes á las anteriores. La de la derecha es de sola perspectiva; la de frente es la de la

CELDA PRIORAL ALTA.

Es una sala de 34 pies en cuadro, que ocupa todo el hueco de la torre, en la que se unen las fachadas de Mediodía y Oriente, á cuyos puntos tiene tres balcones en cada uno con antepechos de hierro, y en los otros lados tres puertas, la de entrada, y otras dos que comunican con las habitaciones de su dependencia. Por lo bajo tiene un friso de azulejos; por lo alto da la vuelta una cornisa, sobre la que apoya una bóveda artesonada lucida de blanco, como lo están las paredes. En estas hay colocadas algunas pinturas al óleo.

1.° Sobre la puerta contígua á la entrada. Una copia de la famosa Perla, de Rafael; *por el P. Santos.*

2.° Un lienzo de mas de 10 pies de largo, apaisado. La predicacion del Bautista en el desierto; *por Pablo Veronés.*

3.° y 4.° A sus lados los retratos de Don Fernando VII y Doña María Cristina; *por D. Manuel Miranda.*

5.° Sobre otra puerta. Una Sacra Familia; original *de Julio Romano.*

6.° Santa Paula con el hábito de su Orden; *por Jordan.*

7.° Nuestra Señora del Pez. Copia del original de Rafael; *por el P. Santos.*

8.° y 9.° Los marcos solos.

10. San Gerónimo con el hábito de su Orden; *por Jordan.*

11. La Concepcion.

12. Retrato de D. Felipe III, de cuerpo entero; copiado del original de Pantoja.

13. Los desposorios de Santa Catalina; copiado por *el Greco* del original del Correggio.

14. Retrato del Señor Don Felipe II, de cuerpo entero; *por Antonio Moro.*

15. Un martirio de San Lorenzo.

16. Retrato del P. Sigüenza, figura de medio cuerpo; *por Alonso Sanchez Coello.*

17 y 18. Retratos de Don Carlos IV y Doña María Luisa; *por Goya.*

19. Entre estos. El convite de Herodes, donde fue presentada la cabeza del Bautista.

20. El apostol Santiago, figura de mas de medio cuerpo; copia del original de Murillo.

Adornan además esta sala un Crucifijo con la Magdalena al pie de

la Cruz, todo de bronce, colocado sobre una mesita de maderas y escayola, y á sus lados dos papeleras chapeadas de concha.

Por una de las puertas de la parte del Norte se entra en un pasillo que conduce al recibimiento (en él estuvo preso el Señor Don Fernando VII), en que hay tambien siete cuadros, á saber: la Virgen, el Niño y Santa Catalina, jugando con un corderillo, de escuela italiana. Tres lienzos apaisados, que son: Tobías, Sara desterrada, y el Profeta Elías despertado por el ángel, los tres de Lucas Jordan. Y en otros dos las cabezas de San Pedro y San Pablo, copiadas de los originales de Guido Reni.

ORATORIO.

La pieza anterior comunica con un oratorio que tiene 34 pies de largo por 11 de ancho, con su bóveda bien compartida y una ventana al Oriente. Enfrente de esta, detrás de una mampara de cristales con marco dorado, hay un retablo de talla con una escultura de la Concepcion; y á la mano derecha una tabla á manera de altar, que remata en medio punto y tiene puertas. En una de éstas están los Apóstoles, y en la otra Santa Inés con varias santas. En la tabla principal está la Virgen sentada junto á una fuente, y vários santos y santas que cojen frutas de los árboles para presentárselas: de manera gótica. A la izquierda del altar otra tabla que representa un milagro de San Antonio de Pádua, por Lucas de Holanda. En lo restante del oratorio habia una preciosa coleccion de cuadritos de mérito, de que ahora está despojado.

SALA PRINCIPAL BAJA.

Volviendo al pasillo que sale de la sala grande se encuentra una espaciosa escalera que conduce á la celda prioral baja, que es igual á la alta, solo que su pavimento está cubierto de mármoles como las salas capitulares, con las que comunica, y la bóveda está pintada al fresco por Francisco Urbino, única obra que hay de él en esta casa, donde murió acabado de pintarla. En las pechinas están representados los cuatro Evangelistas; en los encasamentos sobre la cornisa las virtudes y algunos Profetas; y en el centro el primer juicio de Salomon. Parte de los cartones de esta bóveda se conservan en la biblioteca. En las paredes habia antes varios retratos de reyes de España, de que ahora la han despojado.

Continuando el orden de cuadros del claustro se encuentran en la prolongacion:

19. La presentacion de la Virgen al templo, que unos atribuyen á *Zurbaran* y otros á *Morales.*

20. La Anunciacion del angel á la Virgen; copiado por Benvenuto Garofalò del original de Alessandro Allori, que se conserva en Florencia y cubren con siete velos.

21. La presentacion de Jesus al templo; *por Zurbarán ó Morales*, como el número 19.

22. Una aparicion al Santo Rey D. Fernando en un templo gótico. Lienzo de 10 pies de ancho por casi doble alto, que termina en medio punto; por *Jordan.*

23. Copia de la Perla de Rafael; *por el P. Santos.*

24. La adoracion de los Reyes; *de escuela veneciana.*

25. El milagro de la multiplicacion de los panes y los peces, representado en tabla; *por Joachino Andratta.*

26. El diluvio universal; *por Bassano.*

27. La entrada de los animales en el arca antes del diluvio; *por el mismo.*

28. Jesucristo atado á la columna y dos sayones azotándolo; copia del original de Julio Romano.

29. Noé ocupado con su familia en la fabricacion del arca; *por Bassano.*

30. El mismo asunto; *por el mismo.*

31. San Cristobal pasando un rio con el Niño Dios sobre el hombro; *de escuela alemana.*

32. San Gerónimo penitente; *de escuela flamenca.*

AULA DE MORAL.

Una gran puerta de 8 pies de ancho por doble alto, que aqui se encuentra, es la del aula de moral. Como su mismo nombre indica, servia para que los monjes tuviesen su estudio y conferencias morales. Tiene 34 pies en cuadro, y el pavimento solado de mármoles, con su bóveda lucida de blanco, como lo están las paredes. A estas arriman unos bancos con respaldares, y en el lado de Mediodía dos sillas, sobre cuyos brazos se levantan unas columnas estriadas, sosteniendo un trozo de buena arquitectura, ejecutada en maderas finas. En medio de la parte de Oriente está la cátedra, y á sus lados una puerta y un balcon, con otra ventana sobre la cátedra. En la del Norte tiene dos puertas á los lados y enmedio un altar, en el que está representado San Joaquin retirándose como avergonzado por no haber sido admitido al sacrificio á causa de su esterilidad. A lo lejos se ve el altar, junto á él el sumo sacerdote, las tablas de la ley y algunos ministros, pintado por Miguel Cussin. Adornan las paredes algunos cuadros, que comenzando desde dicho altar y siguiendo por la derecha, son los siguientes.

1.° Sobre el altar, Jesucristo resucitado aparece á la Virgen acompañado de una multitud de santos; *por Pablo Veronés.*

2.° San Gerónimo penitente, del tamaño natural; *por Jacobo Palma, el joven.*

3.° San Hipólito y compañeros llevando á enterrar el cadaver de San Lorenzo; *por el Mudo.*

4.° San José.

5.° La resurreccion de la hija de Jairo; *por Gerónimo Muciano.*

6.° Jesucristo y un sayon que le ata á la columna, con un muchacho que guarda sus vestiduras; *por Luqueto.*

7.° El descendimiento de la cruz; *por Carlos Veronés.*

8.° La anunciacion del angel á la Virgen; *por Pablo Veronés.*

9.° El entierro de Cristo, figuras del natural no enteras; *por Tintoreto.*

10. El Nacimiento y adoracion de los pastores; *por el mismo.*

11. Un cuadro de mas de 2 varas de ancho con alto proporcionado, Santa Margarita asustada por el dragon que tiene á sus pies; tenido por original de Ticiano.

Volviendo á salir al claustro y continuando la série de los cuadros colocados en él:

33. Sobre la puerta del aula. Santa María Magdalena penitente; se cree de *Jordan*, copiado de Ticiano.

34. San Gerónimo en el desierto, y el leon bebiendo en un arroyuelo que corre por un bellísimo pais. Lienzo de mas de 2 varas de ancho por doble alto; *por el Mudo.*

35. Otro lienzo igual al anterior. El nacimiento del Salvador y adoracion de los pastores; *por el mismo.*

36. La fábula de Arachne convertida en tela de araña por la diosa Palas; *por Lucas Jordan.*

37. La fábula del sátiro Marsias, desollado por el dios Apolo, con quien se atrevió á competir en la música; *por el mismo.*

38. El sacrificio de Abraham; *por Andrea del Sarto.*

39. Una tabla de 7 pies de ancha por 6 de alta. En un círculo dorado una coronacion de espinas, en donde Pilato y cuatro sayones están representados en figuras estrañas; *por Bosco.*

40. La Virgen de la Silla; copiada con alguna alteracion de la original de Guido Reni.

41. Una tabla en que á un lado se ven unos monjes cubiertos los rostros, y enfrente San Pedro martir, puesto de rodillas, suplica á la Virgen y á Jesucristo, que están tambien de rodillas en aptitud de interceder con el Padre Eterno que está en lo alto. Los primeros estaban castigados por la Inquisicion, y los demás ruegan por ellos; *de escuela alemana.*

42. La Magdalena arrodillada ante el Salvador, que se le aparece en figura de hortelano; copia del original de Pablo Veronés.

43. El descendimiento de la cruz, figuras del natural; *de escuela veneciana*, aunque algunos le tienen por de *Carlos Veronés.*

Las dos grandes puertas que aqui se encuentran son las del coro, y sobre ellas están colocados:

44 y 45. San Gerónimo y Santa Paula con el hábito de la Orden; *por Jordan.*

46. Job en el muladar, y al otro lado su muger y sus tres amigos; *por el mismo.*

47. Una Sacra Familia del tamaño natural. Sobre el pavimento hay pintada á un lado una perdiz, y al otro un perro y un gato riñendo; *por el Mudo.*

48. La flagelacion de Jesucristo, figuras del tamaño natural; *por el mismo.*

49. La aparicion del Salvador á sus discípulos en el castillo de Emaus; *por Bassano.*

50. El viaje de Abraham y su familia y ganados desde Haran á Canaan; *por èl mismo.*

SACRISTIA DEL CORO, LLAMADA SALA DE CAPAS.

Antes de los dos últimos cuadros hay una puerta igual á las del coro, por la que se entra en la *sala de Capas*, llamada asi porque se guardan en ella las que los cantores usan en el coro en las festividades. Tiene 60 pies de larga por 34 de ancha, con buena bóveda, lucida de blanco como lo están las paredes. Es algo oscura, porque no recibe mas que segundas luces de dos ventanas que hay al lado de Oriente, y de otras tres al Poniente, que dan á los claustros menores. Por todo el contorno y enmedio hay una cajonería de nogal, en que se guardan las capas de coro; en el testero del Norte, en un hueco que antes era puerta de comunicacion al trascoro, hay una mesa de altar, y sobre ella una imágen de San Miguel con el diablo á los pies, ejecutada en madera por Doña Luisa Roldan, escultora de cámara del Señor Don Carlos II. Tambien se guardan en esta pieza un angel y una águila de bronce que sirven de atriles, su autor Juan Simon de Amberes, donde se labraron año 1571. De estas dos figuras ya hablé en la parte histórica.

Sus paredes están adornadas por algunos cuadros, á saber: copia del original de Tintoreto, que representa el convite dado á Jesucristo en casa del Fariseo; otra del entierro de Cristo, de Ticiano; otra del Nacimiento del Salvador, de Pablo Matei; un Crucifijo de escuela veneciana; la crucifixion de San Pedro, tenida por de Polidoro Caravaggio; y un San Antonio en oracion.

CAMARIN.

Es una piececita en forma de cañon, á la que se entra desde el aula de moral por la puerta que está al lado derecho de la cátedra. En él se guardan una infinidad de reliquias y objetos curiosos, esculturas, pinturas, y algunos libros, que si se hubieran de describir detalladamente ocuparian mucho tiempo. Por lo tanto indicaré solo lo mas notable. La bóveda está pintada al fresco por un monje de esta casa; en uno de los testeros tiene un balcon al jardin, y enfrente hay un altar que ocupa todo el ancho de la pieza. En lo mas alto de él y dentro de un retablo dorado hay un altarcito de ébano, en cuyos ocho intercolumnios están representados, en bajo-relieves de plata sobredorada, varios pasajes de la vida de Jesucristo. Segun tradicion de este monasterio es parte del altar portatil que el Emperador Carlos V usó en sus espediciones militares. Enmedio de las gradas sobre la mesa se ve una está-

tua de 3 pies menos 2 pulgadas de alta, que representa á San Juan Bautista vestido de pieles, muy bien ejecutada en alabastro por un tal Nicolás, segun se ve en su peana.

Entre las demás preciosidades son notables seis libros; el primero y mas antiguo es un tratado de San Agustin sobre la administracion del bautismo á los párvulos, que tradicionalmente se tenia por autógrafo del santo. Sin embargo no lo es, sino de mas de un siglo despues, esto es, de la primera mitad del siglo VII, mas por esto no menos digno de aprecio. El otro es un libro que contiene los Evangelios que se cantaban en la iglesia griega en tiempo de San Juan Crisóstomo, á cuyo santo doctor se cree haber pertenecido. Los otros cuatro son autógrafos de la insigne y virtuosa española Santa Teresa de Jesus: el uno, en fólio, contiene su vida; otro de igual tamaño, que es el de sus fundaciones; el tercero, en cuarto, contiene el modo de visitar los conventos de su órden; y el último, tambien en cuarto, el Camino de perfeccion. Tambien se conserva el modesto tintero con que escribió tan santas páginas esta sublime maestra de la vida espiritual.

Tambien es notable por su remota antigüedad una de las hidrias en que Jesucristo hizo su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Estaba con mucha veneracion en el castillo de Lagemburg, á dos leguas poco mas de Viena, de donde la sacó el Emperador Maximiliano para entregársela al Marqués de Almazan, que la envió á Felipe II.

Sobre la mesa del altar está colocado en una urna un esqueletito, que se dice ser uno de los niños Inocentes degollados por mandado de Herodes; y por todo lo demás hay infinidad de reliquias colocadas en cajitas, cuadros, cruces y otros diges.

Entre las pinturas, á pesar de los muchos despojos que ha sufrido esta pequeña habitacion, quedan aún notables: dos cuadritos ochavados, pintados sobre piedra ágata por Aníbal Caracci; otro sobre jaspe verde, de Ticiano; otro en pizarra, de Basan; dos en tabla, de Quintino Melsis; y otros varios de Albérto Durero, Alonso Cano, Maella, Rubens, Lucas de Holanda, y un retrato de San Pio V adorando á Jesucristo en el sepulcro, por Parrasio; sin otra infinidad de miniaturas é iluminaciones, entre las que hay algunas de los dos legos de esta casa Fr. Andrés de Leon y Fr. Julian de Fuente del Saz. Entre las puertas hay un lienzo que representa á Jesucristo muerto, apoyado en Nicodemus, á quien acompaña la Virgen, tenido por del Masaccio.

CLAUSTROS MENORES.

Junto á la escalera principal hay dos tránsitos de 13½ pies de ancho, con el pavimento de mármol, en cuyos lados interiores están los arcos de la escalera principal, y en los esteriores, el de Mediodía tiene una puerta grande en medio, que es la del dormitorio de los novicios, con dos huecos como de ventana á sus lados, y en el de frente corresponden otros tres huecos iguales, pero sin puerta. Estos pasillos están adornados con algunas pinturas de poco mérito en lo general, y sobre los

dos arcos en que terminan hay colocados un Ecce-Homo y una contemplacion por Ticiano, la última sobre pizarra. Por estos dos arcos se entra en los claustros menores, que son cuatro, comprendidos en una estension igual á la de la galería principal que acabamos de ver. Están cortados por seis corredores de 238 pies de largo por cualquier parte que se miren, divididos en 20 lienzos que dan vuelta alrededor de cada uno. En la parte esterior son en lo general celdas, y en lo interior por cada uno de sus lados hay nueve pilares de 3 pies en cuadro por 9 de alto, sin mas adorno que una imposta de medio pie, que les sirve de basa y capitel. Sobre ellos se forman siete arcos adornados con un pequeño bocel, y sus claros están con antepechos de piedra, y cerrados con ventanas hasta el medio punto, que lo está con vidrieras. De los demás pormenores me ocuparé al considerarlos desde el piso bajo; ahora continuaremnos por ellos hasta la

BIBLIOTECA PRINCIPAL.

En la parte histórica no hice mas que indicar muy ligeramente algunas noticias relativas á la fundacion de esta biblioteca; mas ahora, aunque con rapidez, trazaré su historia, haré su descripcion, y aunque muy en globo indicaré las preciosidades literarias que encierra.

Su primer origen fueron 4.000 volúmenes que Felipe II entregó de su biblioteca particular, entre los cuales habia algunos manuscritos en todas lenguas, y que se distinguen por la encuadernacion, que regularmente es en tafilete negro ó morado sobre tablas, y con sus armas grabadas en el centro. Se hizo la primera entrega en 1575, y aún se conserva un códice que contiene el catálogo de los libros que se iban recibiendo, segun venian en los cajones. En una de estas listas se hallan anotados el Códice áureo, el libro de San Agustin, y el de San Juan Crisóstomo.

A principios del año siguiente 1576 se le unió la biblioteca de Don Diego de Mendoza, que adquirió Felipe II de sus herederos, obligándose á pagar las deudas que contra dicho Don Diego resultaban al tiempo de su muerte. Estos indudablemente son los mejores libros que posee esta biblioteca, pues además de los manuscritos, tenia muchas ediciones del siglo XV, algunas de ellas rarísimas. Tambien se distinguen en lo general por su encuadernacion particular. Una de las cubiertas es negra y la otra encarnada, y en medio de cada una un medalloncito elíptico con algunas figuras de relieve dorado, como tambien lo son unas líneas paralelas que corren de alto á bajo. El corte de las hojas está tambien en muchos de ellos con los dos colores.

Ademas, por mandado de Felipe II se trajeron de la Capilla real de Granada 133 volúmenes. De la testamentaría de Don Pedro Ponce, Obispo de Plasencia, recojió y envió Ambrosio de Morales, comisionado al efecto, 94 libros. Del famoso historiador de Aragon y secretario Gerónimo de Zurita, se trajeron entre impresos y manuscritos 234. Del doctor Juan Paez de Castro, 87. En Mallorca, Barcelona, y en los monasterios

de la Murta y Poblet se recojieron 293 volúmenes, la mayor parte pertenecientes á las obras de Raimundo Lullio. De D. Diego Gonzalez, prior de Roncesvalles, envió Don Martin de Córdoba, visitador nombrado al efecto, 31 manuscritos. De los que Serojas tenia del rey, 130 cuerpos. Libros prohibidos en todo ó en parte, se trajeron de la Inquisicion 139. Don Alonso de Zúñiga regaló para esta biblioteca 45. Arias Montano regalo 206, entre ellos 72 manuscritos hebreos. De la biblioteca del Marqués de los Velez 486. De la testamentaría del Cardenal de Burgos 935, y de Don Antonio Agustin 135, la mayor parte manuscritos griegos; sin contar otros muchos que varios particulares regalaron, entre los que son notables por la antigüedad y mérito algunos de los que dió el doctor Burgos de Paz.

Componian ya todas estas entregas una suma de mas de 10.000 volúmenes, que basta el nombre de las personas que los habian poseido para reconocer su mérito; y provisionalmente fueron colocados en la pieza que despues sirvió para dormitorio de los novicios, siendo el primer encargado y bibliotecario el laborioso P. Fr. Juan de San Gerónimo, de quien tantas veces he hecho mencion en la historia. Allí los clasificó el célebre Benito Arias Montano, ayudado del dicho Fr. Juan y del P. Sigüenza, que despues quedó de bibliotecario, y por mandado del rey en 1577 los trasladó á la llamada ahora biblioteca alta, mientras se concluian las magníficas piezas donde debian quedar colocados. Estuvieron estas de todo punto corrientes en 1593, y entonces el mismo P. Sigüenza colocó en la sala principal todos los impresos, los manuscritos en una sala contígua que ocupaba casi la mitad de la fachada del patio de los Reyes que mira al Norte, en que habia una rica estantería toda de nogal; dejando en la alta los libros prohibidos y duplicados, por ser los de menos uso.

En 1609 se le unieron tambien los libros del licenciado Alonso Ramirez de Prado, que habia adquirido el señor Don Felipe III por la aplicacion de los bienes de dicho licenciado á su real fisco; y posteriormente en 1614 se enriqueció con la famosa biblioteca árabe de Muley Zidan, emperador de Marruecos.

Conocia muy bien el señor Don Felipe II que estos establecimientos necesitan una renta fija para sostenerse y aumentarse; y por real cédula de 15 de julio de 1573 destinó para la biblioteca y sacristía los productos del Nuevo Rezado. Despues el señor Don Felipe IV aumentó esta consignacion, señalando 1000 ducados anuales en dos beneficios simples, destinados tambien por mitad á los gastos de sacristía y biblioteca, y esclusivamente para la última 300 ducados sobre las rentas de Indias; de modo que podia contar con una consignacion anual de 2000 ducados aproximadamente. Le concedieron además el privilegio de recojer gratis un ejemplar de las obras todas que se imprimiesen en los dominios de España, y en 1619 se recomendó su observancia á los vireyes de Nápoles, Milan, Sicilia, Flandes y otros reinos, y lo confirmaron los reyes sucesores.

Con tanta proteccion y tantos elementos, la biblioteca del Escorial

debia ser la primera de Europa, no solo en el número de libros, sino tambien en su eleccion y mérito; pero por desgracia no ha sucedido asi. El primer yerro que se cometió fué en 1613, en que el Prior, que era entonces Fr. Juan de Peralta, pidió permiso á S. M. para quitar todos los broches, manecillas y adornos de metal precioso que tenian las encuadernaciones antiguas, para venderlos y comprar con su producto libros nuevos. No dudo de su buena intencion, pero tambien es cierto que (á juzgar por unas solas armas reales esmaltadas en oro, y un broche de plata cincelado que han quedado en dos solos devocionarios), destruyó bellezas artísticas de un mérito incalculable, despojó los libros de aquellos adornos de antigüedad tan venerada, y el producto sería bien corto. ¡Tanto importa no fiar estos establecimientos sino á manos que sepan apreciarlos!

Tampoco el privilegio se observó como debia, pues ya el P. Santos á mediados del siglo XVI se quejaba del descuido y mala fe de los encargados de recojer los libros. Posteriormente casi ha sido nulo este privilegio. Las rentas que para su conservacion y aumento se le habian asignado desde luego entraron en el fondo comun del monasterio, y la biblioteca jamás las ha percibido, ni se han destinado á enriquecerla, ni á hacer en ella ninguna mejora material. Por esto no debe admirar que haya quedado tan reducida, y que se encuentre hoy menos rica que lo era dos siglos atrás.

Verdad es que además de estas causas ha tenido desgracias lamentables. El incendio de 1671 devoró mas de 4.000 manuscritos y muchos impresos: en la traslacion que de ella se hizo á Madrid en 1810 tambien perdió algunos manuscritos é impresos, y quedaron algunas obras incompletas; desde 1820 á 1823 sufrió tambien alguna pérdida, contándose entre los libros que entonces desaparecieron un manuscrito que contenia varias cartas del señor Don Felipe II relativas á la muerte del Príncipe Cárlos, otro en que estaba la comedia original y autógrafa de Castillejo intitulada la Constanza; y algunas ediciones notables de cancioneros y poetas españoles.

Otra alhaja, otro recuerdo histórico perdió esta biblioteca, y aunque con sentimiento me veo precisado á consignarlo, porque el error es muy fácil de deshacer, y tal vez se acuse algun dia al que no haya tenido culpa. Con fecha 4 de octubre de 1766 se comunicó por el Marqués de Grimaldi al Prior de este monasterio una real orden, en que se le anunciaba que el rey, en vista de solicitud del embajador de Marruecos, en que pedia se enviasen á su Soberano los Alcoranes de lujo que se guardaban en esta biblioteca, habia resuelto regalar al emperador de dicho reino algun ejemplar del Alcoran; y en la misma real orden se mandaban retirar los de lujo que habia, dejando solo uno, que era el que comunmente se enseñaba, por ser el mas moderno y de menor aprecio; y se prevenia, que si el embajador preguntaba por los otros, se le dijese habian perecido en el incendio del año 1763. A pesar de tan justísimas precauciones el embajador recibió un Alcoran, y desde aquella época ya no se encuentra rastro ni noticias alguna del tomado en la jornada de Le-

panto. Por este mismo tiempo publicaba su biblioteca Arábigo-Española Don Miguel Casiri, y ya no hace mencion en ella de este manuscrito, que parece no debia omitir, tanto por ser un recuerdo histórico tan glorioso, como por su lujo y antigüedad. El que despues se ha dicho ser el tomado en aquella batalla naval no lo es, ni puede serlo, porque está escrito en el año 1574, mas de dos años despues de dicha victoria de Lepanto. Ademas, el P. Santos, al referir en el lib. 2, fol. 92, que se salvó del incendio, marca algunas señales de las que caracterizaban aquel libro magnífico, y ninguno de los Alcoranes que hay en esta biblioteca las tiene. A nadie culpo de esta pérdida, pero el Alcoran tomado en Lepanto no existe en esta biblioteca. Pasemos á describirla.

La biblioteca está situada sobre el zaguan del pórtico principal, y su entrada la tiene por el ángulo que los claustros menores del tercer piso forman entre Poniente y Norte. Aqui se encuentra una portada compuesta de dos columnas estriadas en espiral, que sientan sobre dos pedestales y sostienen la cornisa. Encima de esta hay un frontispicio abierto, y en medio de él finjida una lápida negra ovalada, en que está escrita la escomunion fulminada contra los que sacaren libros ó algun otro objeto de ella. El intercolumnio lo ocupan las puertas, que, como toda la fachada, son de maderas finas, ensambladas con una exactitud admirable. Por ellas se entra á un salon de 184 pies de largo por 34 de ancho, y 36 hasta lo alto de la bóveda. El pavimento es de mármoles blancos y pardos; á las paredes arrima una lujosa estantería, diseñada por Juan de Herrera y primorosamente ejecutada por Jusepe Flecha, en caoba, ébano, cedro, naranjo, boj, terebinto y nogal. Todo lo demás, desde encima de la estantería, está pintado al fresco. En medio de la sala hay cinco mesas de mármol pardo con cercos de bronces, colocadas sobre un zócalo y pilastras tambien de marmol y jaspe, entre las cuales se forman dos senos llenos de libros. Entre estas mesas hay colocados dos veladores de pórfido sobre pies de madera imitando á bronce, con dos globos encima. Estos fueron regalo del señor Don Felipe IV. Al fin de las mesas y en la misma línea hay una gran esfera armilar de madera, segun el sistema de Ptolomeo, sostenida por un pie que forman cuatro sirenas.

Recibe abundantísima luz por cinco balcones de 7 pies de ancho y 12 de alto, rasgados á nivel del piso y con antepechos de hierro, á los que corresponden encima cinco ventanas que miran al patio de los Reyes. En el otro lado hay otras siete ventanas con antepechos de piedra embebidos en la misma pared.

Considerada la sala en globo, descenderemos á sus bellezas en particular. La estantería es de orden dórico, y sienta toda sobre un pedestal de jaspe sanguíneo de un pie de alto. Sobre este se levantan otros pedestales cuadrados con sus basas, capiteles y molduras, sosteniendo una mesa de nogal, que sirve como de arquitrabe á este primer cuerpo ó sotabanco, dejando en los claros un hueco que está lleno de libros en fólio. Encima de la mesa y á plomo de los primeros hay otros pedestales resaltados, cuya distancia intermedia está cubierta por una puerta de nogal puesta en declive, que al mismo tiempo que puede servir de atril, cierra

otro seno en que tambien hay libros. En los últimos pedestales apoyan columnas de acana enteras, estriadas, con las basas de boj y los capiteles de naranjo, con sus pilastras detrás, entre las cuales se forman cuatro senos, que ascienden de mayor á menor, cerrados, como todos los demás con rejillas de alambre dorado. Por encima corre el arquitrabe, cuyo plano inferior está adornado con recuadros; y en cada uno de ellos un gracioso floron de terebinto, de que son tambien los canecillos que sostienen la cornisa. Por remate hay un podio dividido por unas pilastrillas, y sobre cada una, una bola de naranjo. Costó esta estantería de solas hechuras 12.727 ducados.

Toda la sala está dividida en tres porciones por dos arcos sobre pilastras resaltadas de las paredes, con las que nivela el fondo de los estantes; y entre las columnas de la estantería, que abrazan dichas pilastras, hay colocados cuatro retratos originales del tamaño natural, á saber: el primero á la derecha, el emperador Cárlos V á la edad de 49 años, tomado por Pantoja de la Cruz de los originales de Ticiano. Enfrente Felipe II, de edad de 71 años, tambien orijinal de Pantoja. En el segundo arco á la derecha, Felipe III á la edad de 23 años, por el mismo Pantoja; y enfrente Carlos II, de 14 años, pintado bellísimamente por Juan Carreño Miranda.

8 pies mas arriba de la estantería corre por toda la sala una gran cornisa perfectamente dorada con labores de claro-oscuro, y el espacio que queda entre ella y los estantes está pintado al fresco por Bartolomé Carducho, asi como toda la bóveda lo está por Peregrin Tibaldi. La idea de los frescos de la bóveda, asi como la eleccion de las historias que hay en las paredes, quiso el fundador que fuesen del P. Sigüenza, que las dispuso con la sabiduría y tino que á aquel hombre eminente distinguian. Dividió la bóveda en siete partes, y en cada una de ellas quiso se representase una ciencia ó arte liberal; escojió dos historias sagradas, fabulosas ó profanas para cada una; y señaló los hombres eminentes en cada facultad, para que ocupasen los medios puntos y capilletas; y á la entendida eleccion de los asuntos, correspondió de un modo sorprendente la ejecucion artística. Peregrin Tibaldi, en unos jóvenes que figuran sostener ya los arquitrabes, ya unos paños y círculos que se finjen en los lunetos de las ventanas, puso una completa escuela de dibujo, presentó actitudes dificilísimas, ejecutó escorzos admirables; en fin, nada dejó que desear: y Bartolomé Carducho, en el plano que queda entre la cornisa y los estantes, desempeñó las historias con no menos verdad y arte, y uno y otro pintaron con una fuerza de colorido, que se conserva puro al través de tres siglos. Veamos ahora lo que dichos frescos representan.

En los dos medios puntos que sobre la cornisa se forman en los dos testeros, están representadas en figuras colosales la Filosofía y Teología, como las ciencias que abrazan todos los conocimientos humanos, la primera los adquiridos por el estudio, la segunda los revelados. En el de Mediodía está la ciencia santa, rodeada de resplandores y suspendida una corona sobre su cabeza, á la que acompañan los cuatro Doctores de la Iglesia latina. Debajo de la cornisa el primer concilio general celebrado en

Nicea, presidido por el emperador Constantino, donde fué condenada la doctrina de Arrio, y donde quedaron declarados los artículos de la fe, base de la teología cristiana. En el del Norte se ve la Filosofía acompañada de los cuatro famosos filósofos de la antigüedad, Aristóteles, Platon, Séneca y Sócrates, á quienes señala un globo que tiene delante.

Por debajo de la cornisa están representadas las dos sectas en que se dividieron los filósofos atenienses, en cuya representacion, Cenon y Sócrates están desde las cátedras esplicando á sus discípulos sus doctrinas respectivas. Desde este estremo comenzaremos á considerar los demás frescos, porque desde aqui comienza en ellos el orden ascendente en el saber humano.

Primera division. En el recuadro de la bóveda se finje un trozo de arquitectura, y enmedio un claro abierto en que está la Gramática sentada sobre nubes, rodeada de varios niños con libros y cartillas, á quienes presenta una corona y deja entrever un látigo. En el capialzado se forma un círculo abierto, por donde baja un angel ó genio llevando en las manos alguna insignia ó instrumento propio de la ciencia ó arte á que alude, y á los lados de las ventanas sobre la cornisa, y de un medallon dorado en los arcos de Poniente, hay representados dos de los filósofos que mas se distinguieron en cada una de las ciencias. Tanto en la bóveda como en los capialzados se ven á cada lado cuatro mancebos desnudos, que dije figuran sostener los arquitrabes y paños que se finjen.

Esta misma distribucion y adorno guardan los restantes compartimentos, por lo que me escusaré de repetirlo, asi como de poner los nombres de los filósofos que acompañan en cada uno de los arcos, porque todos lo tienen escrito.

Debajo de la cornisa corresponden dos historias, que ocupan todo el ancho del arco. En la de la derecha, en esta primera division, está representada la confusion de las lenguas en la torre de Babel, de donde la necesidad de las gramáticas para aprender las lenguas que allí tuvieron origen. Enfrente la primera escuela de gramática de que hay noticia, establecida en Babilonia por mandado de Nabucodonosor, para enseñar á los niños hebreos la lengua caldea.

Dividen cada una de estas ciencias tres anchas fajas, que dan vuelta á la bóveda en correspondencia de las pilastras y entrepilastras de los arcos, las dos estremas con grecas sobre fondo de oro, y la del medio á lo grutesco, formando capilletas, follajes y adornos de buen gusto y linda ejecucion. En los arranques de los dos arcos resaltados se finjen unas capilletas, en que se ven otros tantos hombres eminentes en la ciencia y arte que inmediatamente les corresponde.

Segunda division. Está en la bóveda la Retórica, á quien se ve con el caduceo en una mano y un leon al lado. Las historias por bajo de la cornisa que le corresponden, representan, en la derecha á Marco Tulio Ciceron defendiendo ante el senado romano á Cayo Rabirio, acusado del crimen de lesa nacion; y en señal de haber con su elocuencia alcanzado su absolucion, los soldados cortan los cordeles con que está atado el

reo. A la izquierda se finje que de la boca del Hércules francés salen una porcion de cadenas de oro y plata, que prendidas á los oidos de un grupo de filósofos los lleva en pos de sí, para indicar con esta alegoría el poder y fuerza de la elocuencia.

TERCERA DIVISION. En esta se ve á la Dialéctica en figura de matrona, coronada por la luna en menguante, y le corresponden las historias: á la derecha Zenon Eleates estableciendo el criterio de los sentidos, para lo cual se acerca á dos puertas, en las que se lee: *veritas, falsitas*, y está en aptitud de tocarlas para manifestar que si la vista ha podido dejar en duda, el tacto la desvanece y encuentra la verdad. Le corresponde en el otro lado San Agustin disputando con San Ambrosio, y Santa Mónica puesta de rodillas entre ambos, en aptitud de rogar por la conversion de su hijo. Debajo está escrito en latin: libradnos, Señor de la lógica de Agustin; para mostrar la sutileza y vehemencia de sus argumentos.

CUARTA DIVISION. En medio de la bóveda está la Aritmética, rodeada de varios jóvenes que sostienen tablas con números. Por bajo de la cornisa la reina de Sabá, que habia ido á admirar la ciencia de Salomon, le propone enigmas, y él declara aquellas palabras del salmo: *todo lo hizo el Señor con número, peso y medida*, que es lo que indican los objetos que hay sobre la mesa, y lo que en lengua hebrea está escrito en el tapete de la mesa á que los dos están sentados. En la banda opuesta, algunos grupos de antiguos gimnosofistas echan sobre la arena cálculos matemáticos, mientras otros observan los números pares é impares de un triángulo, con cuya figura comparaban el alma racional, creyendo llegar á poder comprender por su cálculo su naturaleza, afecciones y potencias.

QUINTA DIVISION. Se distingue en el siguiente á la Música con rostro placentero y una lira en la mano. Las historias que recuerdan el mágico poder de sus encantos, son: á la derecha David mitigando con los sonidos de su arpa el enojo de Saul, que está en actitud de haberle disparado la lanza; enfrente la fábula de Orfeo, que sin mas armas que los acordes de su lira penetró en el infierno, adormeció al Cancervero, y sacó á su esposa Eurídice, que le habia robado Pluton. A un estremo se ve la entrada del infierno, y al otro la salida á un delicioso campo.

SESTA DIVISION. Sigue en el claro de la bóveda la Geometría, ocupada en medir con el compás una porcion de picos desiguales, y le hacen alusion por bajo de la cornisa, á la derecha los sacerdotes egipcios, que despues de las grandes inundaciones del Nilo están restableciendo los límites de las posesiones, para devolver á cada colono el terreno que proporcionalmente le correspondia. A la izquierda Arquimedes, embebido en la solucion de un problema geométrico que tiene trazado en el suelo, no oye el asalto y toma de Siracusa, ni las amenazas de los soldados de Marco Marcelo, que lo matan sin dejárselo concluir.

SÉPTIMA DIVISION. En la última se representa la Astrología, recos-

tada sobre el globo celeste. En la historia de la derecha se ve á San Dionisio Areopagita y á Apolofanes, que están observando con el astrolabio el eclipse acaecido en la muerte de Jesucristo, causa de su conversion, y varios grupos de filósofos que lo observan en distintas direcciones. Á la izquierda el rey Ecequias, enfermo en la cama, recibe del profeta el anuncio de que Dios le ha concedido quince años mas de vida, dándole por señal el retroceso del cuadrante que habia mandado construir su padre Acaz. Las pinturas al fresco de toda esta magnífica sala costaron de solas manos, sin contar el valor del oro y colores, 25.000 ducados.

Además de las pinturas al fresco, en los huecos de las ventanas de la fachada de Poniente hay en la primera dos retratos en lienzo, el uno de Arias Montano, el otro del P. Fr. Fernando Ceballos, monje Gerónimo, ambos poco mas de la cabeza. En la segunda otros dos retratos en tabla, que se ignora su autor y qué personajes representan, aunque algunos inteligentes los han creido retratos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz siendo muy jóvenes. En la tercera dos bajo-relieves circulares de estuco, con marcos dorados, que son los dos anversos de la medalla que Felipe II concedió á Juan de Herrera, y grabó Jacobo de Trezzo. En la cuarta un busto de Ciceron en marmol blanco, que se dice fue encontrado en las escavaciones del Herculano, y otro en yeso del célebre marino español Don Jorge Juan. En la quinta el retrato de Juan de Herrera, de medio cuerpo, y enfrente una tabla, y pegados á ella varios juguetes de Olbens, pintados al temple en vitela ó papel.

BIBLIOTECA ALTA Ó DE MANUSCRITOS.

Sobre la sala que acabo de describir hay otra enteramente igual en estension, aunque mucho mas baja de techo y mucho mas pobre en sus adornos. El pavimento es de ladrillo, el techo de entramado de pino de Cuenca, de cuya materia son tambien los estantes, que están pintados al óleo imitando maderas finas, y cerrados con rejillas de alambre dorado. Como una cuarta parte de dicha sala está cortada por una reja de madera, detrás de la cual se guardan la mayor parte de los manuscritos. Recibe luz por cinco círculos abiertos en la parte de Oriente y seis ventanas á la de Poniente. Las paredes están blanqueadas, y en el espacio que queda entre los estantes y el techo hay una coleccion de retratos de escritores españoles, la mayor parte pintados por Don Antonio Ponz.

Dar una idea de las riquezas literarias y artísticas que contienen los libros de estas dos salas, sería obra mas prolija que lo que me he propuesto. Sin embargo, daré una noticia muy general de lo mas notable. El número total de cuerpos que contiene es aproximadamente de 35.000, aunque los libros ó tratados son muchísimos mas. En este número están comprendidos 1920 manuscritos árabes, 562 griegos, 72 hebreos, y 210 latinos y en las demás lenguas vulgares, que componen un total de manuscritos de 4564. La sala principal está destinada á los

libros impresos, entre ellos algunos rarísimos, y muchos de los llamados incunables, de los cuales el mas antiguo es el *Speculum vitæ humanæ*, impreso en Roma por Pedro Máximo, año 1468. Tambien hay algunas ediciones en vitela, entre las que se cuentan dos ejemplares de la Biblia Regia de Arias Montano, el uno incompleto; todas las obras de Santo Tomás de Aquino; una edicion de Virgilio de 1470, y otra de las Cartas de Ciceron del 1475, esta última algo mutilada. Se guardan tambien grandes colecciones de grabados bellísimos, y una en particular que tiene muchas láminas de Alberto Durero, Lucas de Holanda, Miguel Angél y otros famosos grabadores.

Los manuscritos árabes son en lo general muy estimables, porque siendo de la parte de Africa, además de ser menos comunes y conocidos, son de mucho interés para la historia de nuestro pais. Entre los griegos hay mucha riqueza en obras y opúsculos de los Santos Padres, algunos de ellos inéditos, y una Biblia de antigüedad remotísima, que perteneció al emperador Cantacuzeno. Entre los latinos son notabilísimos el Códice Aureo, que contiene los prefacios de San Gerónimo, los Cánones de Eusebio de Cesarea, y los cuatro Evangelios, escritos en letras de oro por mandado del emperador Conrado, y concluido en el año 1050, en tiempo de su hijo Don Enrique. Todo es digno de veneracion en este códice: el testo, la antigüedad, el lujo, y hasta las viñetas de que está adornado, que revelan la infancia del renacimiento de las artes. Aún son mas antiguos los códices Vigilano y Emilianense, que comprenden la gran coleccion de concilios, escritos el primero en 976 y el segundo en 994, y el de concilios toledanos, conocido con el nombre de Beteta, que es del siglo XI. Biblias ricamente escritas hay 19, algunas del siglo XII y XIII, y una del siglo XIV al principio, notable por su pequeño volumen en 8.º, la finura de sus vitelas, y lo microscópico de su letra, que sin embargo es clara y muy igual. Tambien hay dos Apocalipsis notabilísimos, el primero del siglo X, adornado con pinturas de aquella época, y otro de últimos del siglo XIII, escrito con un lujo, pintado y adornado con tanta profusion, que puede decirse que es una de las cosas mas notables que encierra esta biblioteca.

Entre los castellanos hay muchas crónicas, entre ellas riquísimos ejemplares de la general del Rey Don Alonso, de quien hay tambien dos códices de las Cántigas, el uno coetáneo de dicho monarca, y tal vez el que usó él mismo, á juzgar por la infinidad de viñetas que le adornan, y el lujo y limpieza con que está escrito; su coleccion de juegos de ajedrez, dados y tablas, tambien con viñetas; y su Libro de montería. Se guardan tambien seis volúmenes del censo general de España mandado formar por Felipe II; algunas traducciones del antiguo Fuero-Juzgo; muchos ordenamientos de Cortes, entre ellos auténtico el famoso de Alcalá, adornado con una viñeta, y de oro las letras iniciales. Tambien hay siete Biblias castellanas, unas completas, otras que comprenden alguna parte de ella, y con viñetas y adornos de mas ó menos mérito, segun la época en que se escribieron.

No es menos rica esta biblioteca en la parte artística, y en ella

pueden seguirse paso á paso los progresos de la pintura desde los primeros esfuerzos del siglo X hasta fines del XVI. Hay en este género 32 breviarios y 14 devocionarios, que además de la estima que merecen por haber pertenecido á la inmortal Reina católica Doña Isabel I, al Emperador Carlos V, á su hijo Felipe II y otros monarcas, están llenos de adornos, orlas y viñetas de gran mérito. Se guarda tambien una magnífica coleccion de códices florentinos del siglo XV, adornados con viñetas, orlas y letras de oro, que comprenden los clásicos latinos. De pluma hay un trabajo esquisito, que son las antigüedades de Roma, diseñadas por Francisco de Holanda, reinando en Portugal Don Juan III, y la copia de los bajo-relieves de la columna Trajana, hechos por Apolodoro Ateniense. De lapiz y de claro-oscuro se conservan los dibujos originales que Peregrin, Luqueto, el Mudo y demás famosos artistas hicieron aqui para los bordados de la sacristía, y parte de los cartones del fresco de la celda prioral baja, de Francisco Urbino.

Tambien se guardan con esmero 13 grandes volúmenes de plantas naturales pegadas al papel. No se sabe quién fue el que formó esta coleccion, y se duda si algunos pertenecerán á la que por comision de Felipe II formó Hernandez. Por la encuadernacion, el tamaño y aun antigüedad se conoce ser dos colecciones distintas. Nunca acabaria si hubiera de esplicar todo lo que abraza este rico depósito literario, pero he procurado dar una idea de sus preciosidades mas notables. Ahora volvamos al edificio.

CLAUSTROS MENORES.

Aunque los hemos ya considerado en el piso á la altura de los 30 pies, es indispensable los volvamos á ver en la planta baja, por ser muy diferente, y para dar noticia de las oficinas que en ellos se hallan. Su distribucion, orden arquitectónico y demás es lo mismo que en los altos, y todos cuatro son iguales entre sí. Por consiguiente, considerado el interior de uno de ellos habremos visto los demás. En el centro de cada uno, que forma un patio cuadrado con el suelo de piedra berroqueña, hay una fuente, compuesta de un pilon redondo de marmol pardo de 29 pies de circunferencia. En medio, sobre un pedestal, se levanta un balaustre que sostiene una taza, y continúa hasta terminar en una bola, de la que sale el agua por cuatro mascaroncillos con sus caños, que vierten á la taza y de esta al pilon. Forman en sus respectivos lados cuatro fachadas, con los tres órdenes de arcos que corresponden á los tres pisos, y componen el número de 48, todos con ventanas pintadas de verde y los medios puntos con vidrieras. A los 45 pies de altura corre una cornisa, sobre la que sientan los empizarrados. Estos están por esta parte divididos en dos, uno mas llano sobre el cuarto piso de la casa, y otro muy pendiente hasta el caballete, con dos órdenes de bohardillas que dan luz á los tránsitos interiores, y son en cada patio 28.

En la parte interior estos claustros están separados entre sí por un

espacio en forma de cruz, de 38 pies de ancho. El centro de él está ocupado por una torre, á que se da el nombre de lucerna porque sirve para comunicar luz á los tránsitos y habitaciones que hay á su rededor, y á este efecto tiene en lo interior 12 puertas en el piso bajo, que sirven, unas de comunicacion á los claustros, otras de alacenas, y las tres de Mediodía dan entrada al refectorio. Sobre estas puertas corresponden cinco órdenes de ventanas: las inmediatas á ellas son balconcillos de un tránsito por donde se comunican los claustros intermedios, abiertos parte en el macizo de la pared, y lo restante pasa por unas pechinas en los ángulos con balconaje de hierro; y las siguientes salen, ya á los claustros menores, ya á algunas habitaciones. El número de ventanas que esta torre tiene en su interior, contando las 8 que hay abiertas en la media naranja en que termina, es de 68. Por la parte esterior tiene á los 85 pies de elevacion una gran cornisa de cantería, sobre la que apoya un alto capitel empizarrado, octógono, que sube piramidalmente hasta rematar, como todas las demás torres del edificio, en bola de cobre, cruz y arpon de hierro. Su pavimento es de piedra berroqueña, de cuya materia es tambien una fuente que tiene enmedio, pero sin pilon.

En el espacio dicho se hallan las habitaciones siguientes. Entrando por una de las dos puertas que dan á la fachada principal, se encuentra primero un zaguan con piso y bóveda de piedra, y una gran reja de madera enfrente de la puerta, que es la bajada á la bodega. A los lados están suspendidas de unas argollas de hierro las dos descomunales quijadas del pez que dije en la historia habia muerto en la playa de Valencia el año 1574, y debajo de ellas dos puertas, por donde se entra á la cocina principal. Esta pieza es muy espaciosa y desahogada, su altura ocupa dos pisos, y tiene dos fuentes para su servicio y limpieza; pero está mal situada, y era tan humosa, que afeaba muchísimo la fachada esterior. En los dos testeros del dicho zaguan hay dos puertas que comunican con los claustros menores.

En el otro estremo al Oriente, detrás de la caja de la escalera principal, corresponde el vertedero, que es el mismo en los tres pisos. En el bajo es una gran balsa de piedra, donde vierte una fuerte abundantísima, y dispuesta de modo que todos los dias podia limpiarse, para evitar todo mal olor. En los otros dos pisos corresponden, encima de esta gran balsa, los comunes, en los que tambien hay una fuente en el segundo y dos en el tercero; y todo lo demás con mucha ventilacion, y con la comodidad y limpieza posibles.

REFECTORIO.

En el brazo de Mediodía está el refectorio principal, que es una sala de 120 pies de larga por 35 de ancha, con una bóveda bien compartida, con fajas resaltadas y lunetos, lucida de blanco como las paredes. El pavimento es de ladrillos y azulejos, de los cuales rodea la pared un alto friso que sirve como de respaldo á los bancos que hay por todo el rededor. Las mesas son de nogal sostenidas por columnas de piedra,

que sientan sobre un podio de la misma materia. En el testero de Mediodía tiene cinco ventanas, dos con rejas al nivel del piso y tres encima. Debajo de estas está colocado un lienzo de cinco varas y media de ancho, apaisado, y representada en él la famosa cena del Tiziano. Ahora, últimamente, se han colocado tambien allí un cuadro de Velazquez, que en figuras del tamaño natural representa á los hijos de Jacob presentándole la túnica ensangrentada de José; dos tablas al claro-oscuro, que son, la una la resurreccion del Señor, y la otra el descendimiento al limbo, de escuela italiana; y un Nazareno con la cruz á cuestas, pintado en tabla por Gerónimo Bosco. A la mitad de la sala hay dos púlpitos labrados en piedra berroqueña, á los que se sube por una ingeniosa escalera abierta en el macizo de la pared, y servian para que desde ellos un monje leyese mientras comian los demás. Al estremo hay dos grandes puertas que comunican con los claustros; las tres del testero salen á la lucerna.

ROPERIA.

Al refectorio corresponde en el lado del Norte otra sala semejante, aunque algo mas corta, porque por frente de ella continúa seguido el claustro, donde tiene su entrada. En el testero de Norte tiene seis ventanas al patio de los Reyes. Se llama la *Ropería*, porque era donde se guardaban y hacian los vestuarios de los monjes, y á este efecto tiene perchas de hierro, y cajonería junto á las paredes, y enmedio.

Lo restante de esta planta baja lo ocupan los cuatro claustros. En los de la parte de Mediodía se encontraban, en el primero la enfermería, botica, cocina y refectorio de los enfermos, y la puerta de comunicacion con el paso á la Compañía, y en el segundo algunas celdas. En la parte del Norte, en el primero la procuracion, almacenes de comestibles y porterías de las cocinas, y en el segundo solo algunas puertas de comunicacion con la ropería y portería principal. En los ángulos de estos cuatro claustros hay otras tantas escaleras que suben á todos los demás pisos de la casa.

En el piso segundo correspondian, por el mismo orden que en el anterior, celdas de enfermería, oratorio para los convalecientes, barbería y hospedería, que está sobre la procuracion. Antes adornaban estos claustros y oficinas algunos cuadros y objetos notables; ahora están despojados enteramente.

En el piso tercero es donde no hay ninguna oficina mas que las anteriormente esplicadas; lo demás todas eran habitaciones para los monjes, y lo mismo en el piso cuarto. En estos claustros del piso tercero es donde únicamente han quedado algunos cuadros; los de la vida de San Lorenzo, que son once, ocho pintados por Bartolomé Carducho; los de la vida de San Gerónimo, seis de ellos pintados por Juan Gomez, y los restantes de manera flamenca; las cuatro estaciones del año, copiadas de las de Basan, hijo; una Virgen del Pópulo, copia del original de Sasoferrato, y enfrente otra Nuestra Señora dando de mamar al Niño, co-

piada por Luis Carabajal del original del Parmesano. Los demás son retratos y lienzos, en lo general de escaso mérito.

COLEGIO.

Hemos recorrido dos partes de las tres en que se divide todo el paralelógramo, y nos falta la que está situada al Norte. A esta parte, en el zaguan que precede á la iglesia hay una puerta que corresponde con la portería principal del convento, y es la del colegio. Al entrar por ella se halla una sala cuadrada que ocupa todo el ancho de la torre, y se llama *Sala de secretos*, porque la configuracion de la bóveda hace que hablando bajo en un ángulo se oiga en el otro sin percibirse en el medio. Lo demás de dicho colegio es igual á los claustros menores que acabo de describir, con sola la diferencia que uno de sus cuatro patios no tiene arcos, y sirve para el servicio de las cocinas del colegio. En el espacio que en forma de cruz los separa, como á los del convento, tiene en el centro otra lucerna igual en lo esterior, pero en lo interior ni tiene fuente en el pavimento ni ventanas en sus paredes: solo en una de ellas hay colocado un gran lienzo, en el que está pintada una esfera segun el sistema de Ptolomeo. Las demás oficinas están, con poca diferencia, en la misma disposicion que en el convento, y son tambien cocina, vertedero y refectorio. Este solo tiene 60 pies de largo por 28 de ancho, y un púlpito á la izquierda.

PASEO DEL COLEGIO.

En lo que corresponde á la ropería del convento, esto es, en la parte de Mediodía, hay aqui un paseo hermosísimo, que parece hecho á propósito para actos ó representaciones públicas. Su largo es 112 pies y su ancho de 26, solado de piedra berroqueña, y con un cielo raso pintado al óleo por Francisco Llamas. Por el contorno de esta gran pieza hay 19 arcos abiertos, en correspondencia de los que forman los claustros menores de sus lados, dejando entre unos y otros una galería de 13 pies de ancha. Sobre estos arcos hay, en el piso segundo, otros tantos balcones con antepechos de hierro, que le dan mucha hermosura. Los dos últimos arcos hácia el Mediodía corresponden al claustro que corre por todo el largo de Oriente á Poniente, y desde sus pilastras arrancan dos arcos que atraviesan todo el paseo. Desde estos hasta la pared del patio queda como separado un espacio en que hay dos puertas de 8 pies de ancho por doble de alto, que son las de las aulas de filosofía y teología. Estas son dos salas, la una de 85 y la otra de 75 pies de largas, y anchas de 27, rodeadas de asientos de nogal y pino con respaldares, y una cátedra en la parte de Mediodía, colocada entre 14 ventanas que hay en la una y 16 en la otra, que dan todas al patio de los Reyes. Una reja de hierro que apoya sobre un pedestal de piedra, deja en ambas separada una cuarta parte del aula, donde asistian los oyentes seglares sin tener comunicacion ninguna con los monjes.

PINTURAS DEL TECHO DEL PASEO.

En el espacio desde la pared á los arcos forma el cielo raso un gran lienzo, al que sirve de marco una cornisa dorada que le rodea. En él está representada en el centro la filosofía, y por el contorno la aritmética, geometría, astronomía, óptica, maquinaria y demás artes y ciencias, entre las que se distinguen algunos de los hombres eminentes que las cultivaron.

Entre los dos arcos se ve á la dialéctica sentada en un carro triunfal tirado por cuatro caballos, y á sus lados y en las pechinas Cenon, Eleates, Homero, Séneca, Arquimedes y otros filósofos.

Lo restante desde los arcos hasta el fin es un gran cuadro, en cuyo centro se representa á la Trinidad Santísima en accion de crear al universo, cuyas partes se ven como saliendo de una masa confusa. Mas abajo Adan y Eva sentados al pie del arbol de la ciencia, quebrantando el precepto de su Criador, comiendo el fruto vedado. En uno de los estremos está la Iglesia, representada en una hermosa matrona vestida de pontifical, y acompañada de San Pedro y San. Pablo y de los cuatro evangelistas; y en el opuesto la sinagoga en figura de una muger anciana y descarnada, sentada sobre un altar de tierra destruido, y á quien acompañan Noé, Moisés, Aaron y David. Por los lados, en el de Poniente, están las virtudes teologales, y en el opuesto los doctores de la Iglesia. Por todo lo restante del cuadro se ven grupos de ángeles y nubes, targetas y escudos dorados, en que se representan en pequeño algunos misterios.

Se comunica esta planta baja con el piso intermedio y alto por dos escaléras, la una en el ángulo que forman estos claustros entre Poniente y Mediodía, y la otra al lado de la portería, que es la principal, y tiene 9 pies de ancha. En el piso á los 30 pies, sobre el paseo de abajo, se forma otro semejante, aunque mas corto, tambien con 20 arcos abiertos en correspondencia de los de los claustros, y dejando todos por cuatro lados un corredor de 13 pies de ancho. Sobre los arcos hay otros tantos balcones con antepechos de hierro, y sobre ellos, por todo el contorno, una cornisa en que apoya la bóveda, artesonada, con compartimentos y molduras de buen gusto. El pavimento es de ladrillo y azulejos.

CAPILLA DEL COLEGIO.

En este mismo piso, por una puerta que hay en el ángulo de Mediodía y Norte, se entra á una capilla donde los monjes colejiales rezaban el Oficio divino. Enfrente de esta puerta hay otra que sale al antecoro del convento. El pavimento es de piedra berroqueña, la bóveda está dividida en dos mitades por un arco que da vuelta sobre sus pilastras, resaltadas de las paredes, que están lucidas de blanco como tambien la bóveda, y recibe toda la luz de un balcon con antepecho de hierro, que

da al patio de los Reyes. Tiene esta capilla 28 pies de ancho, y se estiende por 67 de Norte á Mediodía. En el testero de esta parte hay colocado un altar de talla dorado, y en él un Crucifijo de bronce, obra de Lorenzo Bernini, y que en lo antiguo estuvo colocado en el altar del Panteon. Alrededor de las paredes hay unos bancos con respaldares, y frente al altar una silla, labrado todo en nogal y pino de Cuenca, y en las paredes están colocadas las pinturas siguientes.

Dos cuadros grandes que se hicieron para la iglesia principal: el uno representa el martirio de San Lorenzo, por Luqueto; el otro el de San Mauricio y compañeros mártires, por el Greco; dos tablas prolongadas puestas al lado del altar, que son la Anunciacion y el Nacimiento, de manera flamenca; otro de 3 varas de ancho por doble alto, la degollacion de Santiago, por el Mudo; Cristo crucificado en medio de dos ladrones, y una multitud de figuras pequeñas al pie, por Ribalta; un San Gerónimo penitente, por Jordan; la Vírgen sentada con el Niño en pie sobre sus rodillas y San Juan al lado, de escuela florentina; Santa Inés en el martirio del fuego, en tabla; San Gerónimo azotado por un angel, por Diego Polo, imitando á Ticiano; una Magdalena, por el mismo; una copia de la gloria, de Ticiano, por el P. Santos.

SEMINARIO.

Ocupa las inmediaciones de un solo patio, situado junto á la torre que une las fachadas de Poniente y Norte. Es enteramente igual á los del convento y colegio, sin mas diferencia que no tener ninguna ventana ni vidriera. Su entrada principal es una de las puertas laterales que hay en la fachada esterior de Poniente. Como era una Comunidad enteramente separada de las otras dos, tiene cuantas oficinas son indispensables, sus aulas, refectorio, sala de estudio y dormitorio comun, todo con mucho desahogo y amplitud, celdas para el rector y becas, enfermería y oratorio para que oyesen Misa los convalecientes. Por lo demás nada notable hay en él.

PALACIO.

Ocupa éste una mitad de las tres partes en que está dividido el edificio, ó lo que es lo mismo una cuarta parte de él, no contando la iglesia y patio de los Reyes, y además todo el cuerpo saliente que rodea la capilla mayor, y abraza media fachada de Norte y otra mitad de la de Oriente hasta encontrar con la iglesia. La planta baja es casi igual á la del claustro principal del convento, solo que en esta el patio grande está dividido en dos mitades por un trozo de fábrica con dos órdenes de habitaciones; las bajas son oficinas del ramillete, las altas alojamientos para la servidumbre real. A la parte de Oriente queda un patio de 170 pies de largo por 100 de ancho, y la otra mitad está tambien dividida, dejando á cada lado un patinejo con su fuente colocada en uno de sus arcos. Su arquitectura interior es bien sencilla, y se compone de dos

cuerpos; el primero lo forman unas pilastras de 6 pies en cuadro por 18 de alto, con solo zócalos y fajas sin molduras, y sobre ellas dan vuelta nueve arcos por banda, cerrados con ventanas y vidrieras, terminando á los 30 pies en una imposta que le sirve de cornisa. En esta apoya el segundo cuerpo, en que en vez de arcos hay balcones con dinteles, jambas y capirotes, y adornados de fajas y pilastras resaltadas á los lados de las jambas, terminando en una cornisa, sobre la que corre una balaustrada de piedra. Alrededor de estos patios se forman tres galerías de 218 pies de largo por 20 de ancho, con el piso y bóveda de piedra berroqueña. La cuarta, que arrima al colegio, está ocupada por las cocinas y despensas.

En la galería del Norte, y junto á una de las puertas de la fachada esterior, está la escalera principal, que se hizo en tiempo del Señor Don Carlos IV, bajo la direccion del arquitecto Don Juan de Villanueva, que á pesar de la estrechez del local sacó todo el partido posible. El frontis de dicha escalera está compuesto de dos pilares cuadrados, y sobre ellos se forma un arco grande en medio, y dos puertas cuadradas á los lados. Por debajo del arco sube la escalera que conduce á todos los pisos, y á las habitaciones reales.

El hacer la descripcion de todas y cada una de ellas, y marcar el uso á que están destinadas, sería de poca utilidad y enfadoso para el lector; por lo tanto me limitaré á describir las preciosidades artísticas que dicho palacio encierra. Todas las paredes de las habitaciones reales están cubiertas de riquísimos tapices, hechos la mayor parte en la fábrica de Madrid, sita junto á la puerta de Santa Bárbara, bajo la direccion de Don Gabino Stuich, sobre dibujos de Goya. Quedan todavía algunos flamencos dibujados por David Teniers, unos y otros de muchísimo mérito y valor, y ejecutados con una perfeccion que admira. En lo demás, las habitaciones están colgadas y amuebladas con la decencia y lujo que á las personas augustas que han de ocuparlas corresponde.

PIEZAS DE MADERAS FINAS.

Son notables por su riqueza y coste, que se calculó en 28 millones de reales, y por su primor artístico, cuatro pequeñas habitaciones formadas en el cuadro de la torre en que se unen los lienzos de Oriente y Norte, que son el despacho, ante-reclinatorio, reclinatorio y retrete de S. M. Se llaman las *piezas de maderas finas*, porque sus pavimentos, frisos, contraventanas, ventanas, puertas y molduras son todas de delicadísima obra de taracea ó ebanistería. En ellas se ven paises, jarrones con flores, lazos, colgantes y adornos de todas clases, ejecutados en madera con un primor que compite con el pincel. Se comenzó esta obra, verdaderamente régia, en tiempo del Señor Don Carlos IV, que solia pasar algunos ratos en la sencilla diversion de trabajar en maderas, tanto en la ebanistería como en el torno, y se continuó luego bajo la direccion de los ebanistas de cámara, y señaladamente de Don Angel Maeso, que fue el que en 1831 las acabó de sentar.

El herraje de todas las puertas y ventanas fue trabajado tambien en los talleres reales por Don Ignacio Millan. Es de hierro abrillantado con embutidos de oro, pero hecho con tan prolija y esmerada perfeccion, que admira, y honra mucho á este inteligente artista español. La mesa de despacho es tambien una muy acabada obra de ebanistería, y lo mismo los taburetes. Estos y los claros de las paredes están forrados de ricas telas de seda y oro, de diferente color y gusto en cada una de las habitaciones. Los techos están pintados, el despacho, reclinatorio y retrete por Maella, el antereclinatorio por Galvez, y en los huecos de las ventanas y otros puntos del despacho hay algunos paisitos pintados en cobre por Bartolomé Montalvo.

En el reclinatorio hay un devoto Crucifijo de marfil, y alrededor los cuadritos siguientes. Un Crucifijo en la agonía, á la aguada; una Sacra Familia, en miniatura, de la escuela de Rafael; la Virgen de la silla, copiada del original de Guido Reni, sobre pizarra, por Cisneros; y un bajo-relieve en marfil, que representa el bautismo de Jesucristo en el Jordan.

SALA DE BATALLAS.

Otra de las preciosidades artísticas que encierra este palacio es una gran sala que se forma á la parte de Mediodía, de 198 pies de larga por 20 de ancha, y 26 hasta lo alto de la bóveda, que está pintada á lo grutesco por los hermanos Fabricio y Granélio. Se le da el nombre de *sala de Batallas* por las que estos artistas pintaron en sus paredes con el motivo siguiente.

En unos arcones viejos arrumbados en el Alcázar de Segovia se encontró un lienzo de 130 pies de largo, en que estaba representada al claro-oscuro, y con muy buen gusto para la época en que se habia pintado, la famosa batalla que Don Juan II de Castilla dió contra los moros de Granada en el año 1431, llamada de la Higueruela por el terreno donde se comenzó el choque. Se los presentaron á Felipe II, que apreciador de las bellas artes, y deseoso de perpetuar la memoria de los triunfos de las armas españolas, encargó á los dichos hijos del Bergamasco, que en la pared de esta galería que linda con la iglesia copiasen aquellos lienzos con toda exactitud, sin mas que correjir el dibujo, pero sin alterar en nada la forma de las armas y armaduras, la colocacion de los campamentos y trincheras, ni la distribucion y orden militar de los escuadrones. Ejecutáronlo estos famosos artistas figurando tres lienzos pendientes de unas escarpias y en ellos trazada la dicha batalla. En el primero se ve el campamento del rey de Castilla con sus tiendas, trincheras y fardaje; despues el ejército de ambas partes puesto en orden de batalla: el castellano lleva por general al famoso y desgraciado Condestable Don Alvaro de Luna, á quien se distingue por sus pendones, armas, sobrevesta y lucido acompañamiento. El rey va en medio del ejército, armado de todas armas; y mas adelante, donde se representa lo mas encarnizado del choque, se le encuentra rodeado de moros y peleando como un soldado de

valor, lo mismo que al Condestable. En el último lienzo se representa al ejército agareno en completa dispersion y derrota, y á los valientes castellanos penetrando ya en los arrabales de Granada, en la que todo es confusion y espanto. Se ve á las moras, unas asomadas á las ventanas y azoteas, y otras huyendo á los montes con sus pequeños hijos.

En los testeros están representadas las dos espediciones marítimas que con tan buen éxito hizo la armada de Felipe II á las islas Terceras; y en la parte del Norte entre los macizos de las ventanas, que son nueve, algunas victorias de Felipe II, señaladamente las que alcanzó en la jornada de Picardía. En el 1.° están los preparativos del sitio que se peso á la plaza de San Quintin; en el 2.° la batalla que se dió el dia 10 de agosto de 1557, en que fué preso el Condestable Montmorenci; en el 3.° el asalto y toma de la plaza de San Quintin; en el 4.° la rendicion del fuerte de Chatelete, que se verificó el 6 de setiembre del mismo año 1557 en el 5.° el movimiento de las tropas despues de salir de San Quintin; en el 6.° el incendio de la fertilísima y bella poblacion de Han, bañada por las aguas del Soma, y la toma de su castillo, que se entregó el 11 de setiembre del mismo año: en primer término se ve la ermita donde se hospedó Felipe II mientras atacaban el castillo; en el 7.° la toma de Noyon, en el 8.° la batalla que dió junto á Lisboa el famoso Duque de Alba, en que fué derrotado Don Antonio, prior de Ocrato; en el 9.° el alarde y revista general que Felipe II pasó á sus tropas en la dehesa de Cantillana á 13 de junio de 1580 siendo Capitan general el anciano Duque de Alba.

APOSENTO DE FELIPE II.

Nos falta que recorrer una parte del edificio que es la habitacion real situada á espaldas de la capilla mayor, en que está el humilde aposento donde vivió, y donde murió despues de tan horrible enfermedad como hemos visto en la historia, el poderoso rey fundador. Por una puerta que hay en la galería baja de palacio en el testero de Oriente, se entra en un largo pasillo que dando vuelta por detrás de la capilla mayor conduce á un patio que se forma en el centro de este pequeño palacio, llamado *patio de los Masçarones*. Es de 46½ pies de largo por poco menos de ancho, y se componen sus fachadas de tres cuerpos de arquitectura dórica. El bajo de tres de sus lados tiene columnas enteras formando arcos abiertos con ventanas y vidrieras; y el cuarto, que es el de Oriente, tiene solo pilastras con arcos cerrados. En estos hay dos fuentes colocadas en unos nichos, que se componen de un mascaron, por el que vierte agua á una concha y de ella á una pila en forma de media naranja, todo labrado en mármol pardo, escepto los mascarones que son de mármol blanco. Termina todo el primer cuerpo en una cornisa, sobre la que se eleva el segundo con pilastras á plomo de las columnas, y en sus claros, balcones cuadrados con antepechos de hierro, que vuelan sobre la cornisa del primero. El tercero es de la misma forma que el anterior, pero sus ventanas son menores, y sobre el empizarrado está la que da luz al sa-

grario. En el piso bajo corresponde á está la que se abrió en el muro de la iglesia para dar mas luz al panteon.

Al rededor de este patio se forma una galería estrecha, en que hay seis grandes cuadros pintados al óleo por Luqueto, en que están representados varios movimientos de la armada real de la liga que, mandada por Don Juan de Austria, ganó la célebre batalla de Lepanto. Desde esta galería hay algunas comunicaciones con las habitaciones bajas. Las altas la tienen por el tránsito desde el presbiterio á la escalera del Patrocinio, y por el primer descanso de la escalera llamada de la Reina.

No me detendré en esplicar las habitaciones que se forman en este palacio, porque nada hay en ellas digno de mencion particular, escepto una coleccion de 88 cuadros poco mas ó menos que heredó el Infante Don Cárlos de la testamentaría de su augusto padre, y que mandó colocar en estas habitaciones, que eran las que ocupaba en las jornadas. Entre ellos hay algunos muy notables de Velazquez, Mengs y Camuchini, y dos ó tres paises lindísimos de Pedro Orrente, que son muy estimables, y bastantes retratos de familia muy bien ejecutados.

A la parte de Mediodía está el aposento de Felipe II. En lo esterior del edificio se ve un resalto, que es el arranque de la torre que debia haber alli, segun el plan de Toledo, y en lo interior queda una sala de 33 pies en cuadro, y que se divide en tres departamentos por un tabique á lo largo y otro cruzado. A la parte del jardin queda una sala de 17 pies de ancha, con tres ventanas rasgadas á nivel del suelo, dos á Mediodía y una á Oriente. Su pavimento es de ladrillo, la bóveda y paredes lucidas de blanco, y sin mas adornos que un friso de azulejos. La otra mitad está tambien dividida en dos aposentos que no tienen mas luz que unas grandes puertas que ocupan la mayor parte de su ancho. El de la derecha era el despacho del Fundador, donde no habia mas adorno que una mesa y estante de nogal, segun hoy se conserva, y en el estante tenia colocados los libros siguientes:

Officium diurnum, in 8.° Antuerpiæ, 1570.

Historia de la santa casa de Loreto, por Don Francisco de Padilla, en 8.°, Madrid, por la viuda de Alonso Gomez, 1588.

Contempto del mundo, nuevamente romanzado y correjido por el P. Fr. Luis de Granada, en 8.°, Amberes, por Plantino, 1572.

Officium B. M. V. jussu Pii V editum, in 4.° Antuerpiæ, ap. Plantinum, 1573.

Ejusdem Officii aliud exemplar.

Landulphi carthusiani Vita Christi, in 4.°, 1530.

Breviarum Romanum Pii V. Duo exemplaria. Antuerpiæ, ap. Plantinum, 1573.

Acta Ecclesiæ Mediolanensis in fol. Mediolani ap. Pontium, 1582.

Obras de Santa Teresa, 2 tomos en 4.° Salamanca, por Foquel, 1588.

Missale Romanum restitutum decreto Concilii Tridentini, in fol. Parisiis, ap. Kerver, 1571.

Sacrarum Cæremoniarum seu rituum Ecclesiasticorum S. R. E. libri tres. Venetiis ap. Juntas, 1582.

Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, por Fr. Gabriel de Talavera, en 4.° Toledo, 1597.

Ordinarium Carthusiense, in 8.°

Nova collectio statutorum ordinis Carthusiensis, in 4.° Parisiis, ap. Theodericum, 1582.

Agricultura de Herrera, en fol. Medina del Campo, por Canto, 1584.

Descrittione del sacro monte di Varale di Valdesisia, in rima, 8.° Varale, 1595.

Ejercicios espirituales de Fr. García de Cisneros, en 8.° Barcelona, 1580.

Institucion de la orden de la Cartuja, por Fr. Juan de Padilla, prior de las Cuevas, en 4.° Sevilla, 1580.

Proprium SS. Ordin. S. Hieronymi, fol. Salmanticæ, ap. Foquel, 1590.

Pontificale, fol. max. Lugduni, 1542.

Missale Romanum, in 4.°, Antuerpiæ ap. Plantinum, 1573.

Kalendarium perpetuum Petro Reiccio, pbro. Toletano auctore, in 4.° Toleti, 1577.

Obras del P. Juan de Avila, en 4.° Madrid, por Madrigal, 1588.

Missale Romanum Pii V, in 4.° Salmanticæ, ap. Foquel, 1586.

Cæremoniale Dedicationis et consecrationis Ecclesiæ, 4.° Matriti, ap. Juntas, 1595.

Prado espiritual de Basilio de Sanctoro, 3 tomos en fólio. Burgos, 1588.

Milagros de Nuestra Señora de Monserrate, en 8.° Barcelona, 1594.

Obras de Fr. Luis de Granada, 12 tomos en 4.° mayor. Amberes, por Plantino, 1572.

Kalendarium perpetuum secundum institutum FF. Prædicator., per Fr. Didacum Gimenez, in 8.° Salmanticæ, 1563.

Officium majoris Hebdomadæ, in 12.° Compluti, 1573.

Martirologio romano traducido por Vazquez, en 4.° Valladolid, 1586.

Arte de servir á Dios, por Fr. Rodrigo de Solís, en 8.° Valencia, por Hurtado, 1574.

Officium S. Didaci Complutensis, in 8.° Compluti, ap. Gratianum, 1549. Al fin de este estaban escritos los nombres de Juan Gallo de Andrada y Hierónimo Paulo.

Flos Sanctorum, de Villegas, 5 tomos en folio. Madrid, 1594.

Cartujano en romance, vida de Cristo, 4 tomos en fol. Sevilla, por Cromberger, 1551 (1).

El otro departamento era la alcoba donde dormia, donde pasó la última enfermedad, y donde murió. Además del estante se conserva la silla

(1) Como nada de cuanto pertenece á Felipe II es insignificante, me ha parecido importante dar noticia de los libros que este Monarca conservaba en su despacho, porque ellos prueban que á este sitio venia á retirarse enteramente del mundo, y á dedicarse solo á Dios.

en que se sentaba; dos banquillos, el uno bordado en cañamazo y de tafilete encarnado el otro; y dos especies de sillas en que descansaba la pierna enferma de la gota. Estos muebles, dos bufetes que hizo el Padre Villacastin de marmol de las Indias de color de ágata, y algunos cuadros devotos que adornaban las paredes, era todo el lujo del Monarca de dos mundos.

Estas dos habitaciones últimas comunican con los oratorios reales, y abiertas sus puertas se ve desde ellos la capilla mayor del templo. En el lado opuesto se forma otra sala enteramente igual, que sirvió en el principio de la fundacion para aposento de la Reina.

COMPAÑA.

Se da este nombre á un edificio separado del monasterio, y que comunica con él por la galería que dije hay sobre los jardines al estremo de la fachada de Mediodía. Al salir de la citada galería se encuentra un pequeño patio, que á la parte de Mediodía mirando á la huerta forma una linda fachada encima del estanque. Este edificio fue antes botica y oficinas de ella: en la parte baja hay una escalera al aire labrada en piedra berroqueña, que tiene 20 pies de estension, sin mas apoyo que los dos puntos estremos. Alrededor de este pequeño patio hay otras varias piezas, y en una de ellas un baño labrado en marmol pardo, de mucha comodidad. Desde este patio á nivel del piso segundo se estiende un largo pasillo de 100 pies con siete ventanas á cada lado, que termina sobre siete arcos abiertos, por los que pasa el camino de las Navas del Marqués. Dicho pasillo desemboca en un patio de 200 pies en cuadro, y enmedio una fuente como la de los claustros menores. Está todo rodeado de postes cuadrados de piezas enteras, con dos fajas que les sirven de basa y capitel, y entre ellos se forman quince arcos por banda, sobre los que en el piso segundo hay otras tantas ventanas cuadradas, terminando en una cornisa que recibe los empizarrados. Por dentro de estos arcos se forman unas galerías de 11 pies de anchas, y desde ellas se comunica á todos los talleres, almacenes y oficinas indispensables al servicio y comodidad del monasterio.

Mas allá de este patio hay otros varios, y en ellos está la panadería, horno, trojes, fábrica de curtidos, carnecería, caballerizas, fraguas, leñeras y molino, dispuesto todo con mucha comodidad, proporcion é inteligencia. Se encargó de esta obra desde el paseo sobre los jardines el arquitecto Juan de Mora, que ya habia dado pruebas de su mucha inteligencia en el arte en la hermosa casa de labranza que habia construido en la dehesa del Quejigar, que gustó mucho á Felipe II.

Con la descripcion que acabamos de hacer hemos recorrido las partes mas principales y notables del edificio, pero apenas hemos abrazado una mitad de él, porque nada hemos dicho de las inmensas galerías subterráneas, cantinas y sótanos que tiene por debajo, y que son admirables por su construccion arquitectónica. No son de menor mérito los conductos que reparten las aguas á 76 fuentes y algibes que hay re-

partidas en toda la fábrica, y que dan sálida á las sobrantes, concebidos con tanta inteligencia aun antes de trazar los cimientos, que desde el sótano mas profundo hasta los 30 pies de elevacion no hay oficina, por pequeña y despreciable que parezca, donde pueda necesitarse el agua, en que no haya una ó mas fuentes.

La parte alta no está concebida con menos inteligencia. Los empizarrados, aunque sus armaduras son de madera, tienen toda la solidez que la materia permite, y debajo de ellos se forman habitaciones muy despejadas, perfectamente entendidas. Pero no siendo artista, la descripcion minuciosa de todo esto me sería sumamente embarazosa, y no me haria entender de mis lectores, que si con ojos intelijentes pueden considerarlo comprenderán todo su mérito, toda la gloria que adquirieron, toda la inmortalidad que alcanzaron Felipe II en concebirlo, Juan Bautista de Toledo en trazarlo y comenzarlo, Juan de Herrera en llevarlo á cabo, y el humilde lego, el P. Villacastin, en haber ayudado á todos con su celo, laboriosidad é inteligencia.



DESCRIPCION

DEL

CASINO DEL PRÍNCIPE,

LLAMADO COMUNMENTE CASA DE ABAJO.

Ya dije en la historia, que esta linda Casita de recreo se comenzó á edificar el año 1772, siendo Príncipe de Asturias el Señor Don Carlos IV, el objeto con que se hizo, y los destinos que tuvo. Ahora haré ligeramente su descripcion.

Está situada á la parte oriental del monasterio, casi en lo mas hondo del valle, enfrente de la villa del Escorial. Se compone de una torrecilla cuadrada en medio, de la que salen tres brazos iguales en los lados de Oriente, Poniente y Mediodía. Por la que mira al Norte se estiende en una fachada de 100 pies, y delante de la torrecilla que está en medio tiene una portada. La forman cuatro columnas dóricas estriadas de alto á bajo, á las que sirven de base tres gradas que corren por todo el ancho, y de término un balconaje de hierro con adornos dorados que descansan sobre su arquitrabe y cornisa. Entre dichas columnas y la pared queda una especie de zaguan de 5 pies de ancho por 20 de largo, formándose en dicha pared, frente á los intercolumnios estremos, un nicho con su asiento, y una ventana encima en cada lado; y en el intercolumnio del medio está la puerta de entrada. Sobre el balcon se levanta un segundo cuerpo muy semejante al de abajo, con una puerta en medio y dos ventanas á los lados, con su cornisa sobre que apoya el empizarrado.

PIEZA DE ENTRADA Ó RECIBIMIENTO.

Es una salita cuadrada; la bóveda está pintada por Gomez, las paredes tapizadas de raso blanco con flores moradas, y de la misma tela son las colgaduras y sillas. En medio hay un velador, cuyo tablero es un medio relieve de china, que representa un pasaje del Telémaco. Fue hecho en la fábrica de la china del Buen-Retiro por Tho. Mir, año 1788,

segun se lee en el pie. Adornan además esta pieza las siguientes pinturas al óleo:

1.° En la sobrepuerta á la derecha de la entrada. Un florero; por *Parra*.

2.° Otro florero en la otra sobrepuerta; por el *mismo*.

3.° La muerte de la Virgen; por *Jordán*.

4.° Debajo del anterior. Un florero; por *Espinós*.

5.° La presentacion de Jesus en el templo; por *Jordán*.

6.° Debajo del anterior. Un florero; por *Espinós*.

7.° Otro florero; por *Parra*.

8.° San Juan en el desierto, hermosa figura del natural; por *Aníbal Caracci*.

9.° Otro florero; por *Parra*.

10 y 11. Dos fruteros; por *Melendez*.

SALA ENCARNADA.

La bóveda está pintada por Gomez; sus paredes tapizadas de raso carmesí con flores blancas, como el cortinaje y taburetes. La adornan nueve vistas del Real Sitio de Aranjuez pintadas al óleo; la perspectiva por *Brambilla*, las figuras por *Miranda*.

GABINETE DE LA REINA.

La bóveda está pintada por Gomez, y las paredes cubiertas de raso blanco con cenefas de color de rosa y verde, como las colgaduras y taburetes. Hay en ella los cuadros siguientes:

1.° Un San Gerónimo, en tabla; copiado del original de Lucas de Holanda.

2.° Un pais pintado á la aguada sobre vitela; original de *escuela veneciana*.

3.° La Virgen sosteniendo en sus brazos al Niño, que juega con un rosario, en tabla; por *Artemisa Gentileschi*.

4.° Un San Gerónimo, penitente; copia en cobre del original de Alberto Durero.

5.° Un pais, en cobre; de *escuela flamenca*.

6.° Debajo del anterior. Un pais á la aguada, compañero del número 2.°

7.° Una Sacra Familia; copiada en cobre del original de Rafael.

8.° La galería de San Pedro en Roma; por *Pannini*.

9.° Una contemplacion; de *escuela italiana*.

10. La Virgen con el Niño envuelto en pañales; por *Francisco Preciado*.

11. La Santísima Trinidad, copiada en miniatura del original de Ribera que ahora está en las salas capitulares.

12. Vista de una galería de Roma, compañera del número 8.°; pintada en tabla por *Pannini*.

13. La Virgen con el Niño en brazos; por *Fontales*.
14. El Niño Dios en miniatura; por *Cisneros*.
15. Perspectiva interior de una catedral gótica, en tabla; por *Peter Neef*.
16. La Virgen, el Niño, San Juan y varios ángeles cojiendo flores y jugando con un corderillo, en cobre; por *Rubens*.
17. La Virgen, el Niño, San Roque y San Sebastian, en tabla; por *Garofalo*.
18. Santa Ana con el Niño Dios; por *Fontales*.
19. San José acariciando á Jesus; por *Santos Romo*.
20. Otra perspectiva interior de una catedral gótica, compañera de la del número 15; por *Peter Neef*.
21. La Virgen en contemplacion, pintada sobre porcelana; por *Camaron*.
22. Sacra Familia en miniatura; por *Castor Velazquez*.
23. La Virgen de la Silla, copiada del original de Rafael; por *Cisneros*.
24. Un descanso en la huida á Egipto, en tabla; por *Castor Velazquez*.
25. Retrato de un enano; pintado por *Don Diego Velazquez*.
Hay tambien un Crucifijo de biscuit; la cruz está rota.

SALA DEL BARQUILLO.

La bóveda está pintada por Gomez, las paredes y colgaduras de raso azul: tiene los cuadros siguientes.
1.° San Ildefonso, en lienzo; por *Corrado*.
2.° La astronomía, copiada de los frescos de la escalera del Real palacio de Madrid; por el *mismo*.
3.° El sacrificio de Isaac, en cobre; por *Rubens*.
4.° La Victoria, copiada del fresco de la escalera de Madrid; por *Corrado*.
5.° San Pablo predicando en la Sinagoga; *escuela italiana*.
6.° El Centurion puesto á los pies de Jesucristo; de *escuela italiana*.
7.° Una fábrica de balas; por *Goya*.
8.° San Juan Bautista predicando en el desierto; de *escuela italiana*.
9.° Una fábrica de pólvora; por *Goya*.
10. Sanson derribando el templo; por *Jordán*.
11. Una vacada; de *escuela flamenca*.
12. Una liebre muerta; por *Montalbo*.
13. El sacerdote Achimelech presentando á David los panes consagrados; de *escuela italiana*.
14. Asunto mitológico; por *Corrado*.
15. San Hermenegildo; por *Corrado*.
16. Asunto mitológico; por *Jordán*.
17. Otro asunto mitológico; por *Corrado*.

18. Santa María de la Cabeza; por el *mismo*.
19. Debajo. Una batalla; de *escuela flamenca*.
20. La degollacion de San Juan Bautista; por *Carabaggio*.
21. San Isidro Labrador; por *Corrado*.
22. Una batalla; de *escuela flamenca*.
23. La muerte de Hércules; por *Jordán*.
24. Algunas perdices muertas; por *Nani*.

SALA JUNTO AL PASILLO.

La bóveda pintada por un discípulo de Gomez; el adorno de las paredes, colgaduras y sillas de raso encarnado; la adornan los siguientes cuadros.

1.° Un frutero; por *Melendez*.
2.° Un pais; de *escuela flamenca*.
3.° Otro id.; de *escuela holandesa*.
4.° Una Virgen con el Niño; de *escuela española*.
5.° La cabeza de una matrona romana; de *escuela italiana*.
6.° Debajo. Un retrato; por *Alberto Durero*.
7.° Dos figuras leyendo un papel; de *Teniers*.
8.° Un pais; de *escuela flamenca*.
9.° Un bebedor, en tabla; por *David Teniers*.
10. Debajo. Un hombre tocando la gaita; por *Wraber*.
11. Un pais; de *escuela italiana*.
12. Unos monos jugando á los naipes; por *Teniers*.
13. Una batalla; de *escuela flamenca*.
14. La cabeza de una matrona romana; de *escuela italiana*.
15 y 16. Dos retratos de señoras de la casa de Austria. (Segun una nota que uno de ellos tiene por detrás, fueron pintados por Ticiano en 1489.)
17. Una marina; firmada por *Pedro Aistock*, 1700.
18. Un pais; de *escuela flamenca*.
19. Otro pais; *idem*.
20. Una batalla; *idem*.
21. Un frutero; por *Melendez*.

Además, en el testero de frente á la ventana hay 16 cuadritos en tabla que representan otras tantas historias de la vida de Jesucristo, todos de mano de *Alberto Durero*.

SALA DE COMEDOR.

La bóveda está lindamente estucada con adornos dorados, por Terroni, y las paredes tapizadas de raso verde, de lo que son tambien las colgaduras, sillones y sillas. Puede decirse que las paredes están cubiertas con los cuadros siguientes:

1.° La Oracion del Huerto; por *Corrado*.

2.° Santa Cecilia, lindísima figura con un violin en la mano; por Domenico Zampieri, llamado el *Dominiquino.*

3.° Varios niños jugando; de *escuela italiana.*

4.° El Niño Dios, cuadro pequeño; de *Rafael.*

5.° Santa Catalina; de *escuela italiana.*

6.° Bocetos de los frescos de la escalera del palacio de Madrid; por *Corrado.*

7.° Un gran lienzo en que está representada la muerte de Juliano Apóstata, que está derribado del caballo, cojiendo un puñado de la sangre que brota de su herida; por *Jordán.*

8.° El Niño Dios; por *Rafael.*

9.° La Magdalena penitente; por *Jordán.*

10. Un asunto mitológico, boceto de los frescos; por *Corrado.*

11. Varios niños jugando; de *escuela italiana.*

12. El Salvador caido con la Cruz; por *Corrado.*

13. La presentacion de la Virgen en el templo; por *Andrea del Sarto.*

14, 15, 17 y 18. A los lados de la puerta. Las cuatro partes del mundo; por *Jordán.*

16. Sobre la puerta. Jesucristo salva á San Pedro en el mar Rojo; por *Jordán.*

19. El nacimiento de la Virgen; por *Andrea del Sarto.*

20. Cristo atado á la columna; por *Corrado.*

21. Una batalla; por *Spolverini.*

22. La Purísima Concepcion; de *escuela italiana.*

23. Boceto de los frescos de la escalera; por *Corrado.*

24. Asunto mitológico; por el *mismo.*

25. Otro gran lienzo en que está figurada la caida de San Pablo; por *Jordán.*

25. San Cristóbal; de *escuela italiana.*

27. Boceto de los frescos ya dichos; por *Corrado.*

28. Otro boceto; por el *mismo.*

29. Una batalla; por *Spolverini.*

30. La Coronacion de espinas; por *Corrado.*

31. Santa Catalina martir; por el *Dominiquino.*

32. El rapto de las Sabinas.

33. Semíramis.

34. La aparicion de Jesucristo á la Magdalena.

35. Pluton y Proserpina.

36. La caida de Faeton; todos cinco pintados por *Jordán.*

SALA DEL CAFÉ.

Su forma es ovalada: en los estremos de sus diámetros hay dos puertas y dos ventanas; en los intermedios se forman cuatro nichos, en los que hay otros tantos bustos de marmol blanco con pedestales de jaspe.

Las paredes y bóvedas son de estuco con adornos de oro, hecho por los Briles; los taburetes, de raso de color de fuego.

ESCALERA.

Está construida con mucho primor y arte, cubierta toda de jaspes, y el pasamanos de hierro y bronce dorado. Tiene hasta el piso principal 21 gradas, y entre ellas se forman cuatro mesetas, en las que revuelve, y en una de ellas se encuentra la entrada al piso intermedio.

PIEZAS DE MADERAS FINAS.

Se llaman asi porque todos sus pisos son de maderas preciosas, embutidos con mucho primor formando flores, grecas, follajes y otros adornos. De la misma materia son tambien todas las puertas y ventanas, cuyas cerraduras, escudos, fallebas, tiradores y visagras son de hierro abrillantado, algunas de ellas con esmalte de oro, trabajado con tal primor y tan perfectamente acabado, que puede tenerse por lo mejor que se ha hecho en esta materia. Se hizo todo este magnífico herraje en los talleres del Rey, bajo la direccion de Don Ignacio Millan, el mismo que hizo el de las habitaciones de palacio.

La primera tine el techo de estuco blanco con relieves y adornos de oro, ejecutado por Ferroni. Las paredes y taburetes tapizados de seda fondo verde con flores, y en ellas hay colocados 23 retratos de la Real familia de Borbon, desde el Señor Don Carlos IV hasta el último de los hijos varones del Sermo. Señor Infante Don Francisco de Paula, con los de la casa de Nápoles y la de Etruria, la mayor parte pintados por La-Coma. Sobre la mesa hay un busto pequeño, en bronce, del desgraciado Luis XVI, Rey de Francia.

SALA SEGUNDA.

Todo como la anterior; las paredes y asientos cubiertos de seda con flores tejidas.

SALA TERCERA.

Como las anteriores, solo que el estuco del techo deja en medio un círculo en que está representado Ganimedes, al óleo, por Maella. Las paredes y taburetes, forrados de seda azul listada. Adorna sus paredes una coleccion de 37 cuadros de marfil, todos con marcos de ébano, que representan en medios relieves, ya asuntos mitológicos, ya pasajes de la historia, en lo general de muchísima perfeccion y mérito.

Hay entre ellos cuatro algo mayores, que representan á la hija de Faraon sacando á Moisés de las aguas del Nilo; á Susana solicitada por los viejos lascivos al salir del baño; el sacrificio de Isaac, y los sueños de Faraon. Estos son hechos de pasta, con tan esmerada prolijidad,

que parece imposible puedan en ninguna materia hacerse cosas tan delicadas.

Sobre la mesa, en un pequeño escaparate, está representado, tambien en marfil, el primer juicio de Salomon. A cada lado de él hay una figura que, á competencia, parecen quererse disputar el mérito artístico por lo atrevido y bien ejecutado de la idea. La de la derecha es un hombre desnudo, casi envuelto en una red, y á su lado un genio con alas y corona, hecho todo en una sola pieza de marfil; y la de la izquierda una mujer, tambien desnuda, ceñida con una guirnalda de flores y cubierta toda con un velo, que sin embargo de la dureza del marfil deja traslucir perfectamente las facciones del rostro y las formas del cuerpo.

Volviendo á la escalera se suben otras siete gradas de ella, hasta el último descanso, donde termina en una linda cupulita, en que está representada la Fama, y la España, que lleva en sus manos el pendon Real. En las tres paredes que forman la caja de la escalera (la cuarta está ocupada por una ventana) están pintadas en lienzo: á la derecha, la célebre batalla de Clavijo; en el medio, la defensa de Tarifa por Guzman el Bueno; y á la izquierda, la no menos famosa victoria conseguida por los cristianos en las Navas de Tolosa.

PASILLO.

Desde este mismo descanso se entra en un pasillo en forma de cañon, cubierto de jaspes con embutidos, fajas y cuadros de varios colores, y el techo muy bien pintado por Duque. En medio de dicho pasillo está á la izquierda la

SALA DEL PASILLO.

Su techo está pintado por Duque; las paredes cubiertas de tela de seda matizada de verde, lo mismo que las colgaduras y sillas. Adornan sus paredes las pinturas siguientes:

1.° La Paciencia; por *Andrea Baccari.*
2.° La degollacion de los Inocentes, lienzo apaisado; de *escuela italiana.*
3.°, 4.°, 5.° y 6.° Cuatro paises; *por Montalbo.*
7.° La Caridad; por *Baccari.*
8.° La Iglesia católica; por *el mismo.*
9.° El rapto de las Sabinas; de *escuela flamenca.*
10. La cabeza de Santa Mónica; por *Guido Renni.*
11. La cabeza de San Agustin; por *el mismo.*
12. La Pureza; por *Baccari.*
13. Nuestra Señora de la Concepcion; por *Jordán.*
14. La huida á Egipto; por *Gomez.*
15. La Asuncion de la Virgen; por *Jordan.*

Sobre una mesa, dentro de un grande escaparate de cristales y bron-

ce dorado á fuego, encima del cual está el Tiempo, hay una estátua de vara de alto, trabajada con mucha perfeccion y prolijidad en marmol de Carrara por el escultor Adan. Representa al Señor D. Carlos IV, con armadura, cetro y manto Real.

Al fin del pasillo, de que antes hice mencion, se encuentran otras siete gradas de marmol, y en las paredes á su rededor están pintadas en lienzo: el desembarco de las tropas españolas en la isla de Mahon; el sitio del castillo de San Felipe en dicha isla, y su entrega al Duque de Crillon, pintadas todas por Maella, de quien es tambien la pequeña cupulita que forma en lo alto.

Por las dichas gradas se baja á otras tres salas, tambien de maderas finas. La primera está sin pavimento y molduras, y quedan solo las cubiertas de las paredes, que son de raso blanco con lindos bordados de sedas de colores, y el techo de estuco blanco, hecho por los Briles.

La segunda, adornada como todas las anteriores, con su pavimento de maderas finas, tiene las paredes tapizadas de raso blanco, y sobrepuestos en él treinta y tres paisajes bordados en sedas de colores, y guarniciones de hilo de oro, por Don Juan de Robledo Lopez en el año 1797. Los taburetes son tambien de raso blanco con cenefa de oro, y uno de ellos lo bordó la reina Doña María Amalia de Sajonia, tercera mujer de Don Fernando VII, para que sirviera de modelo. El techo es de estuco.

La tercera tiene tambien el techo de estuco y las paredes cubiertas de raso azul, como los asientos. Están simétricamente colocados, y cuajando sus paredes, 226 cuadros trabajados en porcelana en la Real fábrica del Buen-Retiro de Madrid. En lo general representan asuntos mitolójicos, canastillos y ramos de flores, bustos y figuras caprichosas trabajadas con primor y gusto.

Volviendo al piso bajo se encuentra á la derecha de la escalera la sala del ante-retrete. El techo está pintado por Perez; las colgaduras, sillas y cubiertas de las paredes de raso amarillo; y la adornan las pinturas siguientes.

1.° Un cuadrito con varias aves, frutas, un jarro y un vaso de agua, todo muy bueno, pero singularmente el vaso, de mucha verdad; por *Enguídanos*.

2.° Un florero al temple; de *escuela alemana*.

3.° Otro florero; por *Espinós*.

4.° Aves y frutas; por *Enguídanos*.

5.° Un bebedor aleman; por *Teniers*.

6.° Un asunto mitolójico; por *Corrado*.

7.° Un florero con la vista del palacio real y colejio de San Pio V en los arrabales de Valencia; por *Parra*.

8.° Una vieja pelando manzanas; por *Teniers*.

9.° Un bodegon; de *escuela flamenca*.

10. Un hombre que fuma y bebe; por *Teniers*.

11. Asunto mitolójico; por *Corrado*.

12. La familia de Rubens: boceto en cobre del que hay en gran tamaño en el museo de Madrid; por el *mismo Rubens*.

13. Retrato de persona desconocida pero de gran mérito; por *Teniers*.

14. Un bodegon; de *escuela flamenca*.

15. Un florero; por *Margarita Cafari*.

16. Un trovador francés requiriendo de amores á su desdeñosa dama; de *escuela flamenca*.

17. Otro florero; por *Margarita Cafari*.

18. Un galan formando un ramillete para la linda joven á cuyos pies está sentado; de *escuela flamenca*.

SALA DE TORTILLONES.

El techo está pintado por Duque; las cubiertas de las paredes, colgaduras y taburetes, de raso azul celeste con flores blancas. La adornan cuatro vistas del Real Sitio de Aranjuez por Brambilla, é igual número de cuadros en porcelana.

SALA DE JAPELI.

Llamada así porque dicho artista pintó su techo. Las paredes, colgaduras y banquetas cubiertas de raso blanco; y la adornan tres vistas de Aranjuez, dos de Solan de Cabras, y una de los baños de la Isabela.

Por un pasillo abierto formado por cuatro columnas dóricas, de piedra berroqueña, que sostienen el cobertizo de pizarra, se comunica el cuerpo principal de la casa con otro departamento que contiene las habitaciones siguientes.

SALA DE LAS LOGGIAS.

El techo pintado por Perez; la cubierta de las paredes, colgaduras y taburetes de raso verde. En sus paredes hay colocadas en sus marcos con cristales 35 estampas perfectamente grabadas é iluminadas, que reproducen las famosas Loggias de Rafael de Urbino.

SALA AZUL.

El techo de Perez; las paredes, colgaduras y banquetas tapizadas de raso azul. Hay en esta pieza 35 cuadritos pequeños, á la aguada, que representan historias del Nuevo Testamento, delicadamente ejecutadas sobre vitela por Wivanvel.

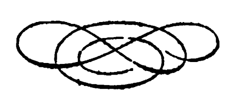
SALA TERCERA.

El techo como lo anterior; las paredes, colgaduras y banquetas de raso de color de caña. La adornan 14 láminas con sus marcos, de la coleccion de Loggias de Rafael, y algunos otros grabados.

SALA DE APARADOR.

El techo está pintado por D. Felipe Lopez; el pavimento es de mármoles, y en medio de la sala hay una mesa sostenida por 16 columnas de madera fina, de orden corintio. El tablero por la parte superior es de mármoles y jaspes embutidos, y por la inferior de una prolija labor de madera de doradillo y bronces, que se reproduce en unos espejos que hay debajo. Al rededor de todas sus paredes hay una estantería de caoba de orden corintio. Sobre un zócalo de dos pies apoyan unas pilastras resaltadas, cuyos recuadros, como tambien los del zócalo, tienen el fondo azul sobrepuesto un cristal tallado, con adornos de oro fino. Sus basas y capiteles son dorados, y termina en una cornisa que enrasa con el techo. En las entrepilastras se hacen unos grandes escaparates, cerrados con cristales de una pieza, y en ellos hay colocada una vajilla de cristal de roca regalada al Señor Don Fernando VII por Aguado; un templete de alabastro con el busto de Fernando VII y seis jarrones compañeros, con algunos otros objetos análogos al uso á que está destinada dicha sala.

Aunque todas las habitaciones que hemos recorrido están adornadas con mesas, espejos, arañas (entre estas últimas las hay de bastante valor y mérito) y otros muebles, no me he ocupado de ellos, tanto por procurar la brevedad, como porque son cosas muy conocidas.



CASINO DEL INFANTE

llamado comunmente

LA CASA DE ARRIBA.

Está hermosamente situada en un altozano á la parte de Poniente del monasterio. Es un solo cuerpo cuadrado labrado todo en piedra berroqueña, al mismo tiempo que se hacia la del Príncipe, por mandado y á espensas del Infante Don Gabriel. No tiene, como la de Abajo, pinturas ni objetos preciosos, y está adornada con sencillez. Solo hay en ella notable un pequeño barquichuelo hecho todo en madera de boj por Don F. Isern, natural de Mataró, admirable por su delicadeza y finura en materia de suyo tan quebradiza. La sala del centro de la casa es de mucho gusto, y en medio tiene sobre un velador, y bajo un templete de bronce, un reló de esfera de buena construccion y mérito. Por la parte esterior rodean este Casino unos pequeños jardines y bosque.

CATÁLOGO

de los Señores Reyes y Reinas cuyos cadáveres están sepultados en el panteon principal.

DON CARLOS V, EMPERADOR DE ALEMANIA y primero de este nombre en España; fue hijo de los Reyes Don Felipe I y Doña Juana: nació en Gante á 24 de febrero de 1500; murió á 21 de setiembre de 1558 en el monasterio de San Gerónimo de Yuste, donde estuvo depositado su cadaver quince años y medio, y de allí trasladado al Escorial á 4 de febrero de 1574. Su cadaver está entero, y perfectamente conservado.

DOÑA ISABEL, EMPERATRIZ, esposa del Emperador Carlos V; fue hija del Rey Don Manuel de Portugal, y de Doña María su segunda mujer, hija de los Reyes Católicos; nació en Lisboa á 29 de octubre de 1503; murió en Toledo á 1.° de mayo de 1539. Fue llevado su cuerpo á Granada y depositado en la Capilla Real de la iglesia mayor, y de allí trasladado al Escorial en 4 de febrero de 1574.

DON FELIPE II, fue hijo del Emperador Carlos V y de la Emperatriz Doña Isabel; nació en Valladolid á 21 de mayo de 1527; murió en el Escorial á 13 de setiembre de 1598.

DOÑA ANA, REINA DE ESPAÑA, cuarta mujer de Don Felipe II; fue hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Doña María; nació en la villa de Cigales, junto á Valladolid, en 2 de noviembre de 1549; murió en Badajoz á 26 de octubre de 1580. Su cadaver llegó al Escorial á 11 de noviembre del mismo año.

DON FELIPE III, fue hijo del Señor Don Felipe II y de la Reina Doña Ana, su cuarta esposa; nació en Madrid á 14 de abril de 1578; murió en dicha corte último dia de marzo de 1621. Llegó su cadaver al Escorial el dia 3 de abril.

DOÑA MARGARITA, REINA DE ESPAÑA, esposa única de Don Felipe III; fue hija de Don Carlos, Archiduque de Austria, y de Doña María, hija del Duque de Baviera; nació en Graiz á 25 de diciembre de 1584; murió de parto en el Real Sitio de San Lorenzo á 3 de octubre de 1611.

DON FELIPE IV; fue hijo de los Reyes de España Don Felipe III y Doña Margarita de Austria; nació en Valladolid á 8 de abril de 1609; murió en Madrid á 17 de setiembre de 1669. Llegó su cadáver al Escorial el 20 del mismo mes y año.

DOÑA ISABEL DE BORBON, REINA DE ESPAÑA, primera mujer del Señor Don Felipe IV; fue hija de los Reyes de Francia Don Enri-

que IV y Doña María de Médicis; nació en Fontainebleau á 22 de noviembre de 1603; fue bautizada cuatro años despues, el 27 de setiembre de 1607; murió en el palacio de Madrid á 6 de octubre de 1644. Llegó su cadaver al Escorial dos dias despues.

Don Carlos II; fue hijo de Don Felipe IV y de Doña María Ana de Austria; nació en Madrid á 6 de noviembre de 1661; murió en Madrid el 1.° de noviembre de 1700. Su cadaver llegó al Escorial el dia 6 del mismo mes y año.

Doña Maria Ana de Austria, segunda mujer del Señor Don Felipe IV; fue hija de los Emperadores de Alemania Don Fernando III y Doña María de Austria; nació en Nastat á 22 de diciembre de 1634; casó con Don Felipe IV en Navalcarnero en 7 de octubre de 1649; murió en Madrid á 16 de mayo de 1696. Su cadaver llegó al Escorial dos dias despues; se conserva entero y sin corrupcion.

Don Luis I, rey de España; fue hijo de los Reyes Don Felipe V y Doña Luisa Gabriela de Saboya; nació en Madrid á 25 de agosto de 1707; entró á reinar en 16 de enero de 1724; murió en el palacio del Buen-Retiro en 31 de agosto de 1724. Su cadaver llegó al Escorial á 4 de setiembre del mismo año.

Doña Maria Luisa Gabriela Emanuela de Saboya; fue hija de Victor Amadeo II, Duque de Saboya y Rey de Chipre, y de Doña Ana de Orleans; nació en Turin el 17 de setiembre de 1688; casó con Don Felipe V el año 1706; murió en el palacio de Madrid á 14 de febrero de 1714.

Don Carlos III, rey de España; fue hijo de los Reyes Don Felipe V y Doña Isabel Farnesio; nació en Madrid á 20 de enero de 1716; reinó en Nápoles 25 años, y en España 29; murió en el palacio de Madrid á 14 de diciembre de 1788. Su cadaver llegó al Escorial el 17 del mismo mes y año.

Doña Maria Amalia de Sajonia, única esposa del Señor Don Carlos III; fue hija de Federico Augusto, Rey de Polonia, y de su esposa Doña María Josefa de Austria; nació en Sajonia en 24 de noviembre de 1724; murió en el palacio del Buen-Retiro el 27 de setiembre de 1760.

Don Carlos IV, rey de España; fue hijo de los Reyes Don Carlos III y Doña María Amalia; nació en Nápoles á 12 de noviembre de 1748; falleció en Nápoles el 19 de enero de 1819. Llegó su cadaver al Escorial el 18 de setiembre del mismo año.

Doña Maria Luisa de Borbon; fue hija de los Duques de Parma Don Felipe y Doña Luisa Isabel, y única esposa del Señor Don Carlos IV; nació en Parma en 9 de diciembre de 1751; falleció en Roma á 2 de enero de 1819. Llegó su cadaver al Escorial á 18 de setiembre del mismo año. Está perfectamente embalsamado y entero.

Don Fernando VII, rey de España; fue hijo de los Reyes Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; nació en el Real Sitio de San Lorenzo en 14 de octubre de 1784; murió en el Real palacio de Madrid el 29 de setiembre de 1833.

CATÁLOGO

de las Señoras Reinas é Infantes de España, cuyos cadáveres están depositados en el panteon de Infantes.

Doña Leonor, Reina de Francia; fue hija de Don Felipe I y de Doña Juana, esposa de Don Manuel, Rey de Portugal, y despues del Rey Francisco I de Francia; nació en Malinas á 15 de noviembre de 1498; murió en un lugar pequeño junto á Mérida, llamado Talaveruela, á 18 de febrero de 1558. Estuvo su cadaver depositado en Mérida hasta 4 de febrero de 1574, en que fue trasladado al Escorial.

Doña Maria, Reina de Hungría; fue hija de los Reyes de España Don Felipe el Hermoso y Doña Juana; nació en Flandes á 13 de setiembre de 1505; casó con Don Luis, Rey de Hungría; murió junto á Valladolid, en la villa de Cigales, á 18 de octubre de 1558. Su cuerpo estuvo depositado en San Benito el Real en Valladolid, de donde fue trasladado al Escorial en 4 de febrero de 1574.

Don Fernando, infante de España; fue hijo del Emperador Carlos V y Emperatriz Doña Isabel; nació en el año 1529, y murió en Madrid; su cadaver fue depositado en San Gerónimo del Prado, desde allí fue trasladado á la Capilla Real de Granada en 1559, y desde ella al Escorial en 4 de febrero de 1574.

Don Juan, infante de España; fue hijo del Emperador Carlos V y de la Emperatriz Doña Isabel; nació en Valladolid á 19 de octubre de 1537; murió en la dicha ciudad en el año siguiente de 1538. Su cadaver fue depositado en el Colegio de San Gregorio, y de allí llevado á la Capilla Real de Granada en 1559, desde donde fue trasladado al Escorial en 4 de febrero de 1574.

Doña Maria, princesa de España; fue hija del Rey de Portugal Don Juan III y de la Reina Doña Catalina, hermana del Emperador Carlos V; nació en Coimbra á 15 de octubre de 1527; casó con Felipe II siendo Príncipe, y fue su primera mujer; murió en Valladolid, de parto del Príncipe Carlos, á 12 de julio de 1545. Su cuerpo fue depositado en el monasterio de San Pablo de dicha ciudad; desde allí trasladado á Granada, y despues al Escorial en 4 de febrero de 1574.

Don Carlos, principe de España; hijo primogénito de Don Felipe II y de su primera esposa Doña María; nació en Valládolid á 8 de junio de 1545; murió en Madrid á 24 de julio de 1568. Su cadaver estuvo depositado en el convento de Santo Domingo el Real

de dicha villa, hasta que en 8 de junio de 1573 fue trasladado al Escorial.

Doña Isabel de Valois, reina de España, tercera mujer del Señor Don Felipe II; fue hija de los Reyes de Francia Don Enrique II y Doña Catalina de Médicis; nació en Fontainebleau á 11 de abril de 1546; murió en Madrid á 3 de octubre de 1568. Su cadaver estuvo depositado en las Descalzas Reales de Madrid hasta el 8 de junio de 1573, en que fue trasladado al Escorial.

Don Fernando, principe de España; fue hijo de Don Felipe II y de su cuarta mujer Doña Ana; nació en Madrid á 4 de diciembre de 1571; murió en el monasterio de San Gerónimo del Prado á 18 de octubre de 1578. Su cuerpo fue trasladado al Escorial el dia 20 de dicho mes y año.

Don Diego, principe de España; fue hijo de Don Felipe II y de su cuerta mujer Doña Ana; nació en Madrid á 12 de julio de 1575; murió en dicha villa á 21 de noviembre de 1582. Su cadaver fue depositado en el Escorial á 23 del dicho mes y año.

Doña Maria, infanta de España; fue hija de Don Felipe II y de su cuarta mujer Doña Ana; nació en Madrid á 14 de febrero de 1580; murió en la misma villa á 4 de agosto de 1583. Fue su cuerpo trasladado á este monasterio á 23 del dicho mes y año.

Don Carlos Lorenzo, infante de España, fue hijo de Don Felipe II y de su cuarta mujer Doña Ana; nació en la villa de Galapagar á 12 de agosto de 1573; murió en Madrid á 30 de julio de 1575. Fue traido su cuerpo al Escorial á 10 de agosto del mismo año.

Don Wenceslao, Archiduque de Austria; fue hijo del Emperador Maximiliano II y de la Emperatriz Doña María. Nació en Neustrat á 9 de marzo de 1561; murió en el palacio de Madrid á 22 de setiembre de 1578. Fue su cadaver llevado al Escorial á 24 del mismo mes y año.

Don Juan de Austria; fue hijo natural del Emperador Carlos V, nació en 25 de febrero de 1547; murió en Flandes en medio de su ejército, cerca de la villa de Namur, en 1.° de octubre de 1578, á los 33 años y 7 meses de su edad. Su cadaver fue conducido al Escorial desde la catedral de Namur, donde estuvo depositado, en 24 de mayo de 1579.

Doña Maria, infanta de España; fue hija segunda de Don Felipe III y de la Reina Doña Margarita; nació en Valladolid á 1.° de febrero de 1603; murió á 1.° de marzo del dicho año. Fue trasladado su cadaver á este panteon á 6 del dicho mes y año.

Don Felipe Emanuel, Príncipe del Piamonte; fue hijo primogénito de Don Carlos Emanuel y de Doña Catalina de Austria, Duques de Saboya; nació á 9 de diciembre de 1586; murió en Valladolid á 9 de febrero de 1605. Su cuerpo fue traido al Escorial á 17 del mismo mes y año.

Don Alonso Mauricio, infante de España; fue hijo de Don Fe-

lipe III y de Doña Margarita; nació en el monasterio del Escorial á 22 de setiembre de 1611; murió en Madrid á 16 de setiembre de 1612. Su cuerpo fue traido al Escorial el 18 del mismo mes y año.

Doña Margarita Francisca, infanta de España; fue hija séptima de Don Felipe III y de Doña Margarita; nació en Lerma á 24 de mayo de 1610; murió en Madrid á 11 de marzo de 1617. Su cuerpo fue enterrado en el Escorial á 12 del mismo mes y año.

Doña Maria Margarita, infanta de España; fue hija primera de Don Felipe IV y de Doña Isabel; nació en el palacio Real de Madrid en 14 de agosto de 1621; murió á 16 del mismo mes y año. Fue enterrada en el Escorial á 17 del mismo.

Doña Margarita Maria Catalina; fue hija segunda de Don Felipe IV y Doña Isabel; nació en el palacio de Madrid á 25 de noviembre de 1621; murió á 22 de diciembre. Fue su cuerpo llevado al Escorial el 24 del mismo año.

Don Carlos, Archiduque de Austria, fue hijo del Archiduque Carlos y Doña María de Baviera; murió en Madrid á 27 de diciembre de 1624.

Emanuel Filiberto, Príncipe de Onella, Gran Prior de San Juan; fue hijo de Don Carlos Emanuel y de Doña Catalina de Austria, Duques de Saboya; nació en Turin á 17 de abril de 1588; murió en Palermo á 3 de agosto de 1624. Llegó su cadaver al Escorial á 21 de diciembre de 1625.

Doña Maria Margarita, infanta de España; fue hija de Don Felipe IV y de Doña Isabel de Borbon; nació en el palacio de Madrid á 21 de noviembre de 1626; murió en la misma villa á 21 de julio de 1627; fue llevado su cadaver al Escorial á 22 del mismo.

Doña Isabel Maria Teresa de los Santos; fue hija cuarta de Don Felipe IV y Doña Isabel de Borbon; nació en el palacio de Madrid á 31 de octubre de 1626; vivió poco mas de 24 horas, y su cadaver fue llevado al Escorial al dia siguiente.

Don Carlos, infante de España; hijo de Don Felipe III y de Doña Margarita de Austria; nació en Madrid á 15 de setiembre de 1607; murió en el palacio de dicha villa á 30 de julio de 1623, y su cadaver fue llevado al Escorial al dia siguiente.

Don Francisco Fernando, infante de España; fue hijo del Señor Don Felipe IV y de Doña Isabel de Borbon; murió en la villa de Isaci en las montañas donde le criaban, en marzo de 1634.

Don Fernando, Príncipe de Saboya; fue hijo de Don Tomás de Saboya y de la Princesa de Cariñan; murió en Madrid á 8 de julio de 1637.

Doña Maria Antonia, infanta de España; fue hija sesta de Don Felipe IV y Doña Isabel de Borbon; murió en Madrid á 5 de diciembre de 1636.

Don Fernando, infante de España y diácono Cardenal; fue hijo quinto de los Reyes Don Felipe III y Doña Margarita de Austria; nació en el Real Sitio de San Lorenzo á 16 de mayo de 1609;

murió siendo gobernador de los Paises-Bajos, en Bruselas, á 9 de noviembre de 1641. Llegó su cadaver al Escorial á 29 de junio de 1643, y la caja tiene en la parte interior de la cubierta una plancha de bronce con una inscripcion que espresa la persona, cargos, dignidades, etc.

Don Baltasar Carlos; fue hijo de los Reyes Don Felipe IV y Doña Isabel de Borbon; nació en Madrid á 17 de octubre de 1629; murió en Zaragoza á 9 de octubre de 1646. Llegó su cadaver al Escorial el 28 del mismo mes y año.

Doña Maria Ambrosia, infanta de España; fue hija de Don Felipe IV y de Doña María Ana de Austria; nació en 7 de diciembre de 1665; murió á 20 del mismo mes y año. Dos dias despues fue depositado su cuerpo en el Escorial.

Don Fernando, infante de España; fue hijo de Don Felipe IV y Doña María Ana de Austria; nació en Madrid á 21 de diciembre de 1658; murió en 23 de octubre de 1659.

Don Felipe Próspero, Principe de España; fue hijo del Señor Don Felipe IV y de Doña María Ana de Austria; nació en Madrid á 28 de noviembre de 1657; murió en 1.° de noviembre de 1661.

Don Juan de Austria; fue hijo natural del Señor Don Felipe IV, que lo reconoció siendo ya adulto. Tomó el hábito de San Juan en el Escorial: murió á 17 de setiembre de 1679. Su cuerpo fue llevado al Escorial el 20 del mismo. Su corazon está en Zaragoza.

Doña Maria Luisa de Orleans, Borbon, Estuard y Austria, Princesa de Francia; fue hija de los Príncipes Felipe de Borbon y Madama Enriqueta Ana Estuard; nació en 27 de marzo de 1662; casó con el Rey Don Carlos II en 30 de agosto de 1679. Su cadaver fue conducido al Escorial dos dias despues.

Don Felipe Luis, infante de España; fue hijo de los Reyes Don Felipe V y Doña María Luisa Gabriela de Saboya; nació en Madrid á 2 de julio de 1709, y murió en dicha villa á 18 del mismo mes y año.

Don Jose Luis, Duque de Vandoma; fue hijo natural de Luis XIV, Rey de Francia; nació en París el 1.° de julio de 1654; vino á España en 1710 á mandar las tropas españolas; murió en un pueblo pequeño del reino de Valencia en mayo de 1712. El Rey mandó que su cadaver fuese trasladado al Escorial y colocado en el panteon de Infantes.

Don Francisco, infante de España; fue hijo de Don Felipe V y de Doña Isabel Farnesio; nació en Madrid á 12 de abril de 1717; murió en dicha corte á 21 de dicho mes y año.

Don Felipe Pedro, infante de España; fue hijo de Don Felipe V y de Doña Luisa Gabriela de Saboya; nació en Madrid á 7 de junio de 1712; murió en dicha corte á 30 de diciembre de 1719. Llegó su cadaver al Escorial el 1.° de enero de 1720.

Doña Maria Ana de Neuburg; fue hija del Príncipe elector Fe-

lipe Guillermo, Conde Palatino del Rhin, y de Isabel Amelia Magdalena, Princesa de Lansgrawe de Hasia; nació en Dusseldorpio, junto al Rhin inférior, en 28 de octubre de 1667; casó con Don Carlos II en Neuburg en 1690; murió en Guadalajara á 16 de julio de 1740. Su cadaver llegó al Escorial el 25 del mismo mes y año.

Don Francisco Javier, infante de España; fue hijo del Señor Don Carlos III y de Doña María Amalia; nació el 17 de fébrero de 1757; murió en Aranjuez á 10 de abril de 1761. Su cadaver llegó al Escorial el 15 del mismo mes y año.

Don Carlos Clemente Antonio de Padua, infante de España; fue hijo de Don Carlos IV y de Doña María Luisa de Borbon; nació en el Escorial el 19 de setiembre de 1771; murió en el Pardo el 7 de marzo de 1774. El cadaver llegó el 9 del mismo mes y año.

Doña Maria Luisa, infanta de España; fue hija del Señor Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; nació en San Ildefonso á 11 de setiembre de 1777; murió en el mismo Real Sitio á 4 de julio de 1782. Su cadaver llegó al Escorial al dia siguiente.

Don Carlos Antonio; fue hijo de Don Carlos IV y de Doña María Luisa; nació en el Pardo á 4 de marzo de 1780; murió en Aranjuez á 11 de junio de 1783.

Don Felipe, infante de España; fue hijo de Don Carlos IV y de Doña María Luisa; nació de un mismo parto con el Infante Don Carlos, en San Ildefonso á 5 de setiembre de 1783; murió el 17 de octubre de 1784 en el Escorial.

Don Carlos, infante de España, gemelo con el anterior; murió en el Escorial á 11 de noviembre de 1784.

Doña Maria Carlota; fue hija de los Señores Infantes Don Gabriel de Borbon y Doña María Ana Victoria de Portugal; nació en 3 de noviembre de 1787; murió el 7 del mismo mes y año.

Doña Maria Ana Victoria, infanta de España; fue hija de Don Pedro de Portugal y de Doña María Francisca Isabela, su esposa; nació en Portugal el 15 de diciembre de 1768; se desposó con Don Gabriel, Infante de España, año 1785; murió en el Escorial de viruelas á 2 de noviembre de 1788.

Don Carlos Jose, infante de España; fue hijo de Don Gabriel y de Doña María Ana Victoria, Infantes de España; nació en el Escorial á 2 de noviembre de 1788 ya lleno de viruelas, de que murió el 9 del mismo mes y año.

Don Gabriel de Borbon, infante de España; fue hijo de los Reyes Don Carlos III y Doña María Amalia; nació en Nápoles á 11 de mayo de 1752; murió de viruelas en la celda Prioral del monasterio de San Lorenzo el 23 de noviembre de 1788.

Don Felipe Maria Francisco, infante de España; fue hijo de los Reyes don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; nació en Aranjuez á 28 de marzo de 1792: murió en el mismo Real Sitio el 1.° de marzo de 1794.

Doña Maria Teresa, infanta de España; fue hija de los Reyes

Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; nació en Aranjuez á 16 de febrero de 1791; murió en el Escorial á 2 de noviembre de 1794.

En 23 de julio fue llevado al panteon del Escorial y enterrado en el pavimento de dicho panteon el feto muerto estraido á la Infanta Doña María Amalia, esposa del Infante Don Antonio.

Doña María Amalia, infanta de España; fue hija de Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; nació en 10 de enero de 1779; casó con su tio el Infante Don Antonio; murió en Madrid de resultas de haberla operado en su primer parto, á 27 de julio de 1788.

Don Luis Antonio Jaime, infante de España; fue hijo de los Reyes Don Felipe V y Doña Isabel Farnesio; nació en Madrid á 25 de julio de 1725. Fue en su menor edad Cardenal y Arzobispo de Sevilla y Toledo, cuyas dignidades renunció para casarse en 1776 en la villa de Olías, con la Iltre. Señora Doña María Teresa de Villabriga y Rozas. Murió en Arenas el dia 7 de agosto de 1785. Su cadaver estuvo depositado en la capilla de San Pedro Alcántara de dicha villa, hasta que por Real orden del Señor Don Carlos IV fue trasladado á este panteon en el año de 1800.

Doña María Antonia de Borbon y Lorena, princesa de Asturias; fue hija de Don Fernando VI y Doña María Carlota, Reyes de Nápoles; nació en Nápoles á 14 de diciembre de 1784; murió en Aranjuez á 21 de mayo de 1806.

Don Luis de Borbon, Rey de Etruria; fue hijo del Infante Don Fernando, Duque de Parma, y de Doña María Luisa de Lorena; nació en Plasencia á 5 de julio de 1773; falleció en Florencia en 1803. Su cuerpo estuvo depositado en dicha ciudad hasta el 16 de febrero de 1808, en que fue colocado en el panteon del Escorial.

Don Antonio Pascual, infante de España; fue hijo de Don Carlos III y Doña María Amalia, Reyes de España; nació en Nápoles á 31 de diciembre de 1755; murió en Madrid el 20 de abril de 1817, y el 23 del mismo fue depositado en el panteon.

Doña María Isabel Luisa; fue hija de Don Fernando VII y Doña María Isabel de Braganza; nació en Madrid á 21 de agosto de 1817; falleció en dicha corte á 9 de enero de 1818, y el 11 del mismo fue depositada en el panteon.

Doña Isabel de Braganza, reina de España; fue hija de Don Juan VI y Doña Carlota Joaquina, Reyes de Portugal; nació en Lisboa á 19 de mayo de 1797, y fue esposa segunda de Don Fernando VII; falleció en Madrid á 26 de diciembre de 1818. Su cadaver, juntamente con el de la niña que le habian estraido, fue dos dias despues colocado en el panteon.

Don Francisco de Borbon, infante, gran Duque de Cadiz; fue hijo de los Infantes de España Don Francisco de Paula y Doña Luisa Carlota; nació en Madrid á 6 de mayo de 1820, y murió en el Escorial á 14 de noviembre de 1821.

Doña María Luisa de Borbon, infanta de España; Reina viuda

de Etruria, gran Duquesa de Luca; fue hija de los Reyes Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; murió en Roma á 13 de mayo de 1824. Llegó su cadaver al Escorial el 9 de agosto del mismo año.

Doña María Josefa Amalia, reina de España, tercera mujer de Don Fernando VII; fue hija de los Príncipes de Sajonia Maximiliano y Carolina María Teresa, Infanta de España; nació en Dresde á 6 de diciembre de 1803; falleció en Aranjuez á 17 de mayo de 1829. Llegó su cadaver al Escorial el 21 del mismo mes y año.

Doña María Teresa Carolina; fue hija de los Infantes de España Don Francisco de Paula y Doña Luisa Carlota; nació en Madrid á 16 de noviembre de 1828; murió en dicha villa á 3 de noviembre de 1829.

Don Eduardo Felipe María; fue hijo de los Infantes de España Don Francisco de Paula y Doña Luisa Carlota; nació en Madrid á 4 de abril de 1826; falleció en dicha corte á 22 de octubre de 1830.

Doña Luisa Carlota, infanta de España; esposa del Sermo. Señor Infante Don Francisco de Paula; fue hija de los Reyes de Nápoles; nació en dicha ciudad de Nápoles el 24 de octubre de 1804; murió en Madrid á 28 de enero de 1844 (1).

(1) El cadaver de esta Señora fue trasladado despues á su sepulcro mandado construir al efecto en una de las capillas de la iglesia.



PINTURAS AL ÓLEO

QUE ACTUALMENTE HAY EN LAS SALAS CAPITULARES.

En el átrio hay seis cuadros de vara y media de ancho por doble alto, que antes estaban colocados en el paseo alto del Colegio, y representan en figuras del natural la Fe, la Esperanza, la Caridad, la Aritmética, la Astrología y la Dialéctica, que se han tenido siempre por originales de Lucas Jordan.

En la llamada Sala Prioral, que es á la izquierda entrando, hay algunos colocados por el orden siguiente comenzando por la izquierda segun se entra por la puerta del medio.

Un florero; pintado por *Mario Nuzzi.*

Debajo. La aparicion de Jesucristo á sus discípulos; por *Basan.*

El Emperador Carlos V, retrato del tamaño natural de medio cuerpo; por *Pantoja de la Cruz.*

Las hijas de Lot embriagándole; por el *Guercino.*

La Santísima Trinidad: el Padre Eterno tiene en sus brazos al Hijo muerto, figuras del natural; por *Ribera.*

Esther desmayada delante de Asuero; por *Tintoreto.*

El convite á Jesucristo en casa del Fariseo, y la Magdalena arrepentida á los pies del Salvador; por el *mismo.*

Lot y su familia saliendo de Sodoma precedidos por un angel, figuras del natural; por el *caballero Mdximo.*

San Gerónimo penitente; por *Ribera.*

La anunciacion á la Santísima Virgen.

Un florero; por *Daniel Segers.*

El Ecce-Homo, con varias figuras; por *Basan.*

Otro florero que tiene en el centro á la Virgen; por *Segers.*

Jesucristo resucitado se aparece á la Magdalena; por *Basan.*

Esopo en figura de un pobre andrajoso; por *Ribera.*

La caida de San Pablo; de *Jorddn*, aunque algunos le creen del *Guercino.*

La Virgen en contemplacion; por el *caballero Mdximo.*

San Antonio de Padua; por *Ribera.*

El Salvador, figura de menos de medio cuerpo; por el *caballero Mdximo.*

Un Descendimiento en figuras no enteras.

La Magdalena penitente, figura del natural; por *Jordán*.

San Gerónimo con el hábito de monje; copia mala del *mismo*.

Jesucristo crucificado en medio de dos ladrones, y una multitud de figuras al pie. Tabla que termina por arriba en tres esquinas; de *escuela alemana*.

Santa Paula; copiada del original de Jordán, de poco mérito.

Un florero; por *Mariano Nuzzi*.

El filósofo Crisipo contemplando el fuego; por *Ribera*.

Otro florero; por *Mariano Nuzzi*.

San Bernabé, figura de medio cuerpo; por *Sebastian de Herrera*.

Un florero; por *Daniel Segers*.

Debajo. El nacimiento del Señor; por *Basan*.

Dos floreros, puestas las flores en jarrones de cristal; por *Segers*.

En la sala de la derecha ó Vicarial solo hay que merezca citarse:

Noé embriagado, Can que se burla de él, y Sem y Jafet que tratan de cubrir su desnudez; por *Jordán*.

El profeta Balaam; por el *mismo*.

El nacimiento del Salvador; por *Ribera*.

San Juan Bautista en el desierto; por *Sebastian de Herrera*.

FIN DE LA OBRA.

INDICE

DE

LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA HISTORIA.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

INDICE DE LOS OBJETOS MAS NOTABLES CONTENIDOS EN LA DESCRIPCION.

